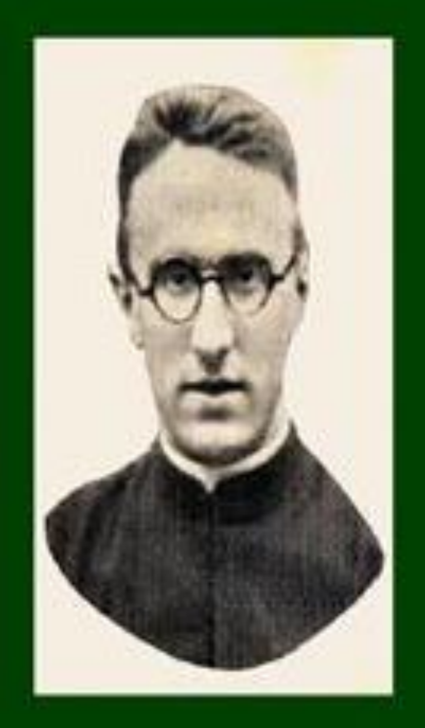


R. VALDES



FERNANDO HUIDOBRO

intelectual y héroe

FERNANDO HUIDOBRO
INTELECTUAL Y HEROE
por el
P. Rafael Valdés, S. J.

De nuevo se ofrece al público una biografía del P. Fernando Huidobro. Fue su corta vida (1903-1937) rebosante en simpatía y heroísmo. Aunque él rehuía el sobresalir, sus grandes cualidades nunca le permitieron ser en nada vulgar.

Dos PARTES bien diversas tiene esta biografía: primero, los años plácidos de estudiante y religioso, marcado su paso con el brillo de los grandes dones regalo de Dios. Después, su actuar en la Legión.

La primera parte atrae por la ejemplarísima hermosura de su interior, carácter firme y operoso. La segunda, por su espontánea y sencilla grandiosidad.

Llena de contrastes su vida. Era intelectual hasta atraer la atención más benévola de profesores y compañeros. Pero él ponía sus preferencias no en los sabios, sino en los obreros, los niños, los más pobres. Vida de abstracción filosófica, pero trasladado de pronto al Tercio, hace allí tales derroches de cariño y de heroicidad, que los mismos héroes legionarios quedaban asombrados.

A los intelectuales interesará no sólo el brillo de sus estudios, sino la seguridad con que tomó posiciones aun en terreno atrevido ante el filosofismo alemán contemporáneo.

Vida tan sencilla y tan compleja, de tal manera se afianzaba en las virtudes heroicas, que las máximas autoridades eclesiásticas no han dudado en formar Proceso Canónico para examinar sus hechos en vistas a una posible canonización.

Quizás en tiempo no lejano sea presentado oficialmente ante toda la Iglesia Fernando Huidobro como modelo en la práctica del cristianismo y como intercesor en el cielo.

Rafael Valdés S.J.

FERNANDO HUIDOBRO

Intelectual y héroe

1966

IMPRIMI POTEST:
Luis GONZÁLEZ, S. J.
Provincialis

NIHIL OBSTAT:
D. FRANCISCO PINERO

IMPRÍMASE:
DR. RICARDO BLANCO
Vicario General
Madrid, 12 de abril de 1965

Editorial Apostolado de la Prensa

ÍNDICE

A la veneranda memoria de D. José de Huidobro y de D. María Polanco, en cuyo cristianísimo hogar encontró su hijo Fernando los primeros fundamentos para la santidad;

y a los heroicos Legionarios de la 4.ª Bandera, a los que su Capellán tanto amó y entre quienes triunfó definitivamente, por abril del 37, en la Cuesta de las Perdices.

ADVERTENCIA

Desde 1947 se halla introducida la Causa de Beatificación y Canonización del Padre Fernando Huidobro. Es la Autoridad eclesiástica la única que puede dar el fallo definitivo sobre su virtud heroica, sobre su santidad. A este fallo nos sometemos incondicionalmente desde ahora. El título de santo, que tantas veces, en una u otra forma, aparecerá en este libro, no tiene otro valor que el que suele darse en la común apreciación humana.

PRÓLOGO

Mientras estudiaba en Alemania, en diciembre de 1935, escribió Fernando Huidobro un artículo lleno de optimismo. Lo titulaba: *Jóvenes nuevos y Evangelio integral*. Recojo sólo unos párrafos:

> «Aquí y allá se oye hablar de nuevos jóvenes y de una nueva juventud.
>
> Es algo poco claro todavía, pero muy real ya que la juventud empieza a ser otra cosa en esta revolución del siglo XX, que está cambiando la humanidad de arriba abajo.
>
> Es un movimiento de juventud que acaba ya en Alemania, está en plena efervescencia en Francia, y en España rompe apenas en los brotes primeros.
>
> No trato de describirlo: difícil tarea. Sólo algunos rasgos que nos hagan reconocer lo que ya hemos visto.
>
> La nueva juventud es ese grupo de jóvenes que rompen radicalmente con lo que hay de contrahecho y convencional en la sociedad; que quieren buscar, en una vuelta a la naturaleza, elementos de vida para esta gastada civilización, madre de niños que nacen viejos.
>
> Quieren una vuelta a la verdad, sobre todas las mentiras en que hemos convenido. Y dentro de esa verdad, poner los ojos en lo que está más alto y se llama el Ideal. Y ofrecerse, por servirle, al sacrificio y a la muerte.
>
> Están aburridos del mucho hablar y poco hacer de los viejos, y quieren ser fuerza de acción. Un querer; no un razonar.
>
> Les importa, sobre todo, lo eterno y lo último: la solución de la vida, según Cristo o contra Cristo.
>
> Y la buscan. No con la observación expectante y pasivo escepticismo de las generaciones estériles que les han precedido; sino en una decisión de la voluntad impetuosa que quiere vivir.
>
> Porque esta juventud gusta de posiciones absolutas: o niega a Dios y es comunista, o quiere arrebatar hacia Dios a

toda la sociedad en un impulso hacia arriba.

O es internacionalista, en un sueño loco de universal República roja, o busca en el Nacionalismo el vigor de la raza, arraigándose en las tradiciones y encontrando a Dios a través de España.

Hay vida en la juventud española. Hay riqueza de energías. Más no se puede pedir. Está desorientada, tal vez. No sabe dónde va; pero, ¿es que hay quien la oriente?»

Para ayudar a la deseada orientación de la nueva juventud en sus ansias de superación, viene este libro.

Fernando Huidobro, a quien tanto preocupó siempre el porvenir de los jóvenes, tiene un Mensaje juvenil de valor extraordinario. Este Mensaje es su propia vida y sus escritos. El, en todo campo de acción, caminó en vanguardia; también le gustó andar entre las juventudes de vanguardia. Quería, acompañándolas, dirigirlas. Se nos fue de la vida en plena juventud. Precisamente cuando iba ya a comenzar su tan preparada labor de enseñanza.

Es increíble cómo vida tan corta está tan entretejida de hechos de primera línea. Aunque no hay que exagerar demasiado los cortos años que llegó a vivir. Treinta y cuatro son edad suficiente para que un hombre pueda hacer —el que tenga cualidades y oportunidades— bastantes cosas. A esa misma edad murió Don Juan de Austria, y entre otras nonadas, hacía ya siete años que había salvado la Cristiandad en Lepanto. Y al insaciable coleccionador de hazañas, Alejandro Magno, le faltaron todavía dos años para alcanzar esa edad. Y Balmes, muy pocos más tenía al morir; y, sin embargo, sus libros filosóficos, aún ahora, sustentan escuela.

Parece como si Fernando Huidobro hubiese presagiado que iba a disponer de muy poco tiempo, y por eso quiso vivir su vida tan intensamente. Y al irse, nos dejó la gratísima herencia de su simpatía y de sus heroísmos.

Va dedicada esta biografía, ya en su primera página, a sus padres y a sus Legionarios. Es justicia enaltecer a aquellos entre quienes nació y a aquellos entre quienes murió. Pero a quienes principalmente se dirige este libro es a los jóvenes.

Ya hace tiempo se han ido agotando las tres biografías que de él se han publicado. Aun la última, que fue también la más comple-

ta, escrita por el Padre Francisco Peiró.

Esta Vida, que ahora ofrecemos, tiene dos partes muy desiguales en duración. La segunda, supera en emocionante fantasía a las aventuras más soñadoras de una novela; con la ventaja de ser histórica.

La parte primera no tiene un brillo tan alucinante; pero es más profunda, y también es más aleccionadora, pues desarrolla ante nosotros el empuje y optimismo de un carácter riquísimo. Los finales de la vida de Fernando de Huidobro son como el rápido abrirse de una flor, que deja de pronto que se esparza el intenso aroma que, poco a poco, se había ido formando en su interior.

No es un panegírico lo que aquí me he propuesto hacer. Aunque, debido al esfuerzo hecho por retratar la objetividad, aparezca un cúmulo de alabanzas. Casi estoy por decir que, desgraciadamente, no he encontrado apenas defectos en él, que ayudasen al claro oscuro en la presentación de su figura. He buscado con afán este aspecto negativo. Desde ahora anuncio que es poquísimo. Lástima que todavía no puedan utilizarse los testimonios dados en el Proceso de su Beatificación.

No siempre he de señalar en el texto del libro las citas. Pero desde ahora doy fe de que no he de hacer afirmación ninguna que no tenga el aval de algún testigo, o no conste en algún serio documento. Aparte de los motivos generales, hay otro, de índole personal, que me exige el guardar la mayor exactitud en todo cuanto aquí escriba; y es el gran cariño de amistad y de veneración que me ha unido a Fernando Huidobro. No quisiera deformar en lo más mínimo su figura. Presentarlo tal cual fue, en cuanto me sea dable conseguirlo, es el mejor homenaje que puedo rendir a su amable recuerdo. Mi ilusión se vería colmada si lograse hacerlo revivir en estas páginas de tal manera que los que le han conocido —y son tantos aún— tuvieran que repetir en la lectura de cada capítulo: « ¡Así era Huidobro! »

La lectura de este libro va a dejar en todos los lectores —lo espero— un halo de optimismo, de empuje hacia lo noble y lo santo.

En los numerosos escritos de él que aparecerán en la biografía, advierto que los subrayados serán únicamente los que así estén en los originales.

La cronología de su vida, bien sencilla: Nace en Santander, en 1903. A los dieciséis años entra en el Noviciado de jesuitas, en Granada. Sigue una larga vida de estudios, que se interrumpen con tres años de Magisterio en Aranjuez y Chamartín. En 1933 es ordenado sacerdote, en Holanda. Pasa un año en Portugal, en retiro. Luego, a Alemania, a doctorarse en Filosofía. Regresa a España y es Capellán del Tercio. A los pocos meses, un cañonazo ruso pone fin a su existencia. Tenía, al morir, treinta y cuatro años.

Tuvo un profesor que compendió así la vida de Fernando Huidobro: «Es una alegre línea recta de luz, dirigida siempre hacia arriba.»

Los que hemos sido sus compañeros, nos sentimos felices de haber visto de cerca sus ejemplos, y orgullosos de haber gozado de su amistad. Los que le contemplen revivido en esta biografía, recibirán también el gozo de caminar luego más seguros, siguiendo el Mensaje de luz y de entusiasmo que, en su vida y en sus escritos, nos ha dejado Fernando Huidobro.

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMEROS AÑOS

1. ¿Qué llegará a ser este niño? 2. A Melilla.
3. Colegio «Mangas». 4. Orfandad.

1. ¿QUÉ LLEGARÁ A SER ESTE NIÑO?

En el cristiano hogar santanderino de los esposos don José de Huidobro y Ortiz de la Torre y doña María Polanco y Bustamante, se notaba en todos los moradores una incontenible alegría al atardecer del día 10 de marzo de 1903: es que allí, a las cuatro y media, había nacido un niño.

Sus padres lo recibían como un nuevo regalo de Dios. Los cinco hermanos que le habían precedido en la vida: Rosario, José María, Carlos, Joaquín y Rafael iban acercándose a contemplarlo de cerca con la curiosidad infantil suscitada ante un hecho extraordinario; curiosidad tan sobrenatural y cordialmente encauzada por las personas mayores de la familia. La gran satisfacción de todos hubiera sido todavía mucho más completa si se hubiera descorrido ante ellos el porvenir santo de aquel niño. Comenzaba aquella tarde, ante los ojos encariñados de padres y hermanos, una vida que treinta y cuatro años después, como final de una trayectoria toda blanca, iba a culminar de un modo trágico, pero heroicamente glorioso, en las afueras de la capital de España. Y diez años más tarde se había de iniciar oficialmente el público proceso para la posible Beatificación y Canonización de este niño recién nacido.

A los dos días le llevaron a la Parroquia de la Anunciación, llamada vulgarmente «la Compañía», por haber pertenecido a los Jesuitas hasta la expulsión decretada por Carlos III. El Párroco, doctor don Gervasio de la Maza, le administró el Sacramento. Le apadrinaron su hermana Rosario, aunque tan pequeñita aún, y su

tío paterno don Fernando. Recibió el nuevo cristiano el mismo nombre de su padrino, más los de José María —porque era devota costumbre de la familia añadirles a todos estos dos sagrados nombres— y el de Melitón, recuerdo del día de su nacimiento. Tenía el niño Fernando poco más de un año cuando, el 20 de abril de 1904, recibió en aquella misma iglesia la Confirmación, administrada por el señor Obispo, doctor Sánchez de Castro, en su visita pastoral.

Los padres de Fernando, ambos de Santander, procedían de familias muy noblemente vinculadas en la Montaña. Pero lo que es más de estimar, ambos con una catolicidad ejemplar, en público y en privado.

Dios les concedió la alegría de ver nueve veces florecer en su hogar la bendición paternal: nueve hijos que constituyeron el objeto de sus desvelos y de los que siempre se pudieron cristianamente gloriar.

Él, ingeniero de Minas, iba a tener a dos de sus hijos también ingenieros, aunque de Caminos: José María e Ignacio. Y dos militares: Joaquín, que llegaría a Coronel de Infantería, y Rafael, Teniente Coronel aviador. Los tres hijos que siguieron a Fernando fueron también religiosos: Ignacio, que luego de graduarse en la Escuela de Caminos se hizo jesuita, y María del Carmen y María Teresa, ambas Religiosas Esclavas.

Es lástima que ya no se conserve la casa en que nació y vivió sus primeros años Fernando —número 5 de la Plazuela del Príncipe—. Durante el devastador incendio que desoló todo aquel hermoso sector de la ciudad de Santander —16 de febrero de 1941—, quedó totalmente destruida. Esta casa se hallaba enfrente de la Iglesia del Sagrado Corazón, de los Jesuitas, y esto contribuyó a que la familia Huidobro mantuviese más fácilmente su antiguo afecto a esta Orden religiosa. En una ruidosa manifestación revolucionaria contra aquellos Padres, también participó doña María Polanco de los insultos y amenazas, pues a duras penas pudieron su esposo y su cuñado sacarla ilesa de la Iglesia del Sagrado Corazón, en donde a esa misma hora se encontraba.

Los primeros años de Fernando, como los de todo niño: era alegre, simpático, noble, comunicativo. Ojos grandes, pensadores; con un mirar lleno de bondad. Era, en medio de su alegría, algo travieso, mostrando en esta ingenuidad su alma tan sana.

Anécdotas, como en la historia de todo niño; minucias que entre los familiares se comentaron en su tiempo como hechos graciosos y que, con el pasar de los años, se recuerdan con especial interés, cuando el entonces niño ya ha entrado en la historia de los hombres afamados. Fernando Huidobro, al igual que la mayoría de los niños de aquel tiempo, llevó melena hasta los cinco años. Cuentan ahora sus hermanos el miedo que pasó cuando vio venir sobre su cabeza las tijeras del peluquero, y su contento porque resultó que no le había hecho daño. Mayor fue el lloro que tuvo cuando le cambiaron unas monedas de cobre que le habían regalado, por unas pocas de plata; creía que le habían engañado quitándole mucho de su capital.

2. A MELILLA.

Y fue creciendo, como todo niño. Aunque no es esto exacto, pues no todos los demás niños tienen la gran suerte de él, de ir creciendo en el ambiente de un hogar cristianísimo, ni de tener unos padres que le encaminaban al bien con su tan honda piedad y con su catolicismo practicado según las costumbres más tradicionales de la España de entonces. Recuerdan todavía sus familiares la singular atención con que su madre le iba enseñando e inculcando en el tierno ánimo del pequeño Fernando los primeros conocimientos religiosos y morales, que el niño tan dócilmente asimilaba. La preparación para su Primera Comunión se la dio, ayudando en esto a los propios padres, el Comandante-Capellán de Artillería, don Fernando Solanilla; a padres y hermanos admiraba el recogimiento con que el niño escuchaba las explicaciones y el ansia de comulgar que en aquellos días manifestaba. Esta Primera Comunión no la hizo en Santander, sino en Melilla, y precisamente el día del Sagrado Corazón de Jesús, 23 de junio de 1911, en la Capilla del Buen Suceso.

Y es que unos años antes, en marzo de 1908, toda la familia se había tenido que trasladar a aquella plaza fuerte del Norte de África, cuando el Presidente de la Compañía Transatlántica, Marqués de Comillas, le pidió a don José de Huidobro se encargase de dirigir la construcción del puerto en aquella principal ciudad del nuevo Protectorado español. La vida familiar en Melilla, preci-

samente por lo más reducido allí de las relaciones sociales, se hizo aún más íntima y también de mayor intensidad en las prácticas religiosas. Fernando, desde su Primera Comunión, comenzó a comulgar —lo mismo que todos en la casa— los Primeros Viernes de mes. Piadoso, sí; pero procuraba evitar las funciones largas de iglesia; le cansaban. Todavía recuerdan los suyos la vez que, por no tener que asistir con los demás a una Misa cantada, se arregló para escuchar —él, a solas— una rezada.

Es en este ambiente de Melilla cuando, ante la vista de los soldados, las músicas militares, el ruido de la guerra cercana, el ejemplo de dos de sus hermanos mayores, se empezó a llenar de marcialidad guerrera el alma infantil de Fernando. Y a todos decía que él iba a ser militar. Cuando su madre le contestaba que ya eran bastantes dos militares en la casa, alguna vez contestaba: «Bueno, mamá. Entonces seré cura castrense.»

La tranquilidad de la familia se había tristemente perturbado poco después de su llegada a Melilla, cuando, en julio de 1909, ocurrió la terrible tragedia del desastre militar del Monte Gurugú y del Barranco del Lobo, en que centenares de españoles perecieron a manos de los moros sublevados a unos pocos kilómetros de la ciudad. Huyendo de este centro de guerra, la familia se trasladó en seguida a Málaga, en donde se quedaron todo el verano en un chalet que alquilaron muy cercano al mar. Aunque a los dos meses sobrevino la interina tranquilidad, pero la natural consternación y sobresalto, y la suspensión de las obras del puerto, obligaron a la familia Huidobro a ir preparando su retorno a la Península: en diciembre de 1911 abandonaron Melilla y se establecieron en Madrid; primeramente en un piso de la calle Villalar, 5; luego, en el año 12, pasaron a Claudio Coello, 24, y al fin, poco tiempo después, definitivamente, a la calle Villanueva, 43. Las vacaciones de verano las pasaban todos en el Astillero o en la misma ciudad de Santander.

Ya para entonces se iba perfilando el sello inconfundible del carácter de Fernando, aunque muy niño todavía. Rápidamente se manifestaban en él su inteligencia clara y viva y su bondad de carácter.

«Era de genio muy activo —dice uno de sus hermanos—. Era alegre. Hasta en una época le dio por hacer el ganso; llegó él a decir, en broma, que era el más gracioso del mundo. Mi madre decía

que a veces estaba insoportable. Otro pariente nuestro, que le trataba bastante, pero que no veía las cosas del mismo modo que mi madre, aseguraba que Fernando era graciosísimo. Esto sería hacia 1915. A veces teníamos, entre hermanos, nuestras discusiones violentas y aun riñas y golpes. Creo que fue desde que empezó a tener vocación cuando, alguna rara vez que ocurría esto, me pedía que le perdonara. Se le notaba la violencia que se hacía para pedírmelo. El distintivo más característico, quizá, en aquel niño de doce años, era la naturalidad. Hacía las cosas —aun las que, dadas sus excelentes cualidades, le salían mejor— sin darles importancia, sin pretender alabanzas ni preocuparse por ellas.»

En una carta escrita por Fernando desde El Astillero en septiembre del 16 cuenta lo mucho que se divertía y jugaba durante el verano: «El jueves hubo una rifa en casa de tío Gabriel y una corrida de toros. Los matadores éramos Carlos, Ignacio y yo. A mí me dieron la oreja.»

Le gustaban, como a todo joven a esa edad, pero en grado notable, los deportes, la Naturaleza. Jugaba al futbol; remaba y nadaba muy bien. Cuánto gozaba ejercitándose con sus hermanos y amigos, en la gran bahía de Santander.

3. COLEGIO «MANGAS».

Apenas llegada la familia a Madrid en 1912, comenzó su Segunda Enseñanza. Hasta entonces había hecho los estudios preparatorios dentro de casa. Notablemente había aprovechado en estos comienzos de sus estudios, debido en gran parte a las clases que en Melilla había recibido de su maestro, cabo de tropa de la guarnición, que en horas libres daba lecciones de enseñanza elemental a los niños cuyas familias se lo solicitaban.

Buscaron un colegio que fuera de orientación totalmente católica, seguro para la formación, y a la vez que no estuviese demasiado lejos de la calle Villanueva. Felizmente, a muy poca distancia —en Jorge Juan, 20— comenzó aquel mismo año a funcionar el ya de antiguo llamado «Colegio del Sagrado Corazón», conocido también desde ese mismo año con el título de «Academia Hispano-Americana», y más familiarmente nombrado «Colegio Mangas»,

por ser éste el apellido del Director. Ocupaba el Colegio el piso alto correspondiente a las casas 20 y 22. En el piso bajo del 20 vivía la familia del señor Mangas. En el 22 había una Oficina de Correos, que aún perdura allí. Al fallecimiento del señor Mangas, en enero de 1922, cesó su Colegio, y fue sustituido por los Colegios Nacionales que actualmente existen en el mismo local. Acudían a este Colegio bastantes alumnos de familias muy conocidas en el barrio.

Allí estudiaron Fernando y su hermano Ignacio todo el Bachillerato. Contenta su familia de tenerlos tan cerca y en un colegio tan prestigiado. Por eso, sus padres, que nada ansiaban tanto como la educación moral e intelectual de sus hijos, los mantuvieron tantos años en aquel centro de enseñanza. El que no fuera muy numeroso el alumnado —pues las clases eran solamente de unos veinte estudiantes— favorecía el que pudieran ser mejor atendidos. En los tiempos de recreo, sus juegos, en especial la pelota, los tenían en un patio o solar frontero, o simplemente jugaban también en la calle, en Gurtubay, entonces con suelo de tierra y con campos de tenis a uno y otro lado. Téngase en cuenta que por entonces no había tantas construcciones ni tanto tráfico como en el día de hoy.

El aprovechamiento en los estudios del alumno Huidobro fue excelente. En el Instituto al que concurrían para sus exámenes, cada año obtenía Sobresaliente en todas las asignaturas, y además, de ordinario, al menos un par de Matrículas de Honor. En el único prospecto del Colegio que hemos conseguido aparece en el Cuadro de Honor, con cinco Sobresalientes y tres premios. Se unía en él, a un gran entusiasmo por el estudio, una muy superior capacidad intelectual.

Como no puede menos de suceder en cualquier centro donde se junten muchos jóvenes, pues no hay cuidado ni vigilancia que del todo lo pueda evitar, no le faltaron a Fernando algunos compañeros de corazón y costumbres extraviadas. Fernando se mantuvo íntegramente puro, tal cual lo estaba dentro de su propio hogar: ni una sola vez se le escuchó palabra soez o menos digna, ni tomó parte en juntas inconvenientes. Lo afirma su propio hermano, alumno como él en este Colegio, y lo afirman otros dos condiscípulos con quienes he logrado entrevistarme.

Entre sus numerosos hermanos, en familia, su espíritu se for-

talecía en ejemplos de gran piedad cristiana. Algunos de aquellos malos compañeros que se encontraba fuera de casa, no lograron empañar su limpieza de alma. Tenía a su favor el hogar, su firmeza de carácter y su Ángel de la Guarda que velaba por él. Año más adelante, agradeciendo a Dios sus misericordias, escribió en su Diario: «Y a la impudicia fascinante que me rodeaba, oponías la clara pureza de mi hogar, donde Tú reinabas por el nombre limpio de mis padres.»

La estima que tenían de Fernando, como joven de alma y cuerpo puros, revélase en este hecho que el mismo Huidobro contó, años más tarde, a otro estudiante jesuita: durante su permanencia en el Colegio Mangas, al salir una tarde de las clases, uno de los alumnos se presentó ante él llevándole para que contemplase una fotografía muy inmoral: al punto, otro de los mayores, interponiendo su mano para impedir que la pudiese ver, exclamó: «¡No, a éste no!»

Al mes escaso de su entrada en el Noviciado de la Compañía, escribió a su madre con una referencia a sus propios cuidados en las lecturas durante estos años de Bachillerato:

> «Entre los libros que dejé en el armario de los juguetes hay algunos que no son a propósito —según creo— para que los lea Ignacio. Así que pregunte a los padres, cuando quiera leerlos. Uno hay, *Flores de poetas ilustres de los siglos 16 y 17*, que tiene varias poesías no muy buenas, que yo tampoco las leí. Cógele y guárdele o tírale, que para nada servirá. Te digo esto porque se me olvidó a mí hacerlo, con las prisas del viaje.»

No deja también de ser bien significativo, para hacernos ver la limpieza de conciencia del joven Fernando en estos tiempos estudiantiles y la inocencia de su alma, la anécdota siguiente: durante el Noviciado, entre las faltas de que ante sus connovicios se acusó en cierta ocasión pública, fue una ésta: «de haberme dejado llevar en el mundo del gusto de oler vinos generosos».

Un hecho bien singular ocurrió durante el tiempo de estudios en el Colegio Mangas. Es gran manifestación de la nobleza de sentimientos del alumno Fernando. Se presentó una vez uno de los profesores a la señora de Huidobro para hablarle de su hijo: que era, sin dudar, el mejor alumno que tenían en el Colegio. Esta ala-

banza general no fue lo que más emocionó a la feliz madre de Fernando, sino el oír que su hijo —que solía ocupar el primer puesto en todas las asignaturas—, llevado por la compasión hacia otros compañeros, rogaba a veces al Director que ese primer puesto se lo quitaran a él, en alguna de las clases, y se lo dieran a algún otro de los alumnos que no tuviera ninguno. Agregaba que el Director, naturalmente, no accedió a tal cambio, en el reconocimiento público de los méritos de cada uno; pero que quería decirle a ella, su madre, que durante sus largos años de magisterio, nunca había presenciado caso semejante en ningún alumno.

Así transcurrieron los años de la primera juventud de este alumno lleno de entusiasmo, de alegría, de entrega a toda actividad en el estudio, en el juego, en la amistad; querido por todos sus compañeros porque siempre iba por el camino del bien y la bondad. ¡Con qué cariño, después de más de cuarenta años, hablan de él, recordándole, dos condiscípulos presentes ahora en Madrid: el arquitecto Fungairiño y don Juan María Bonelli! En medio del bienestar de su alma tan sana no dejaban de gustarle esas inocentes travesuras de los de su edad: como cuando se ingeniaba, aunque no siempre con demasiado éxito, para vender al mejor precio sus libros ya en desuso, en la conocida casa de compraventa de doña Pepita, en Jacometrezzo.

Todo él franqueza y simpatía, juntas a la vez con entera fortaleza de carácter, que resplandecía más aún en aquel aspecto infantil y candoroso de rostro que conservó toda su vida.

Parecíales a algunos que su figura evocaba la del jovencito polaco patrono de la juventud. Y así el Hermano Portero de la casa de los Jesuitas en Isabel la Católica, solía anunciar su llegada al Padre Leguina, confesor un tiempo de Fernando: «Padre, ahí, en la Sala, está esperándole San Estanislao de Kostka.»

Su vida se iba poco a poco llenando de piedad: obediente y cariñoso en la casa, compasivo fuera de ella con los chicos pobres, a quienes tantas veces regalaba el dinerillo que a él le daban. Con alguna frecuencia iba a la Iglesia de la Concepción a hacer solo el Vía Crucis o la visita al Santísimo. Y hacia el final de su Bachillerato comenzó ya a comulgar semanalmente. Para la Misa solía más bien acudir a la Iglesia de San Manuel y San Benito, en donde encontraba a su confesor —que también lo era de algunos otros de

la familia—, el Padre Negrete. Cuando estaban en Santander iba a la Iglesia de los Jesuitas que tan cercana tenían, y allí oía Misa a diario.

Amante asiduo de los libros, ninguno leía sin antes consultar si era conveniente para él su lectura. Sin retrasar en nada las asignaturas, en estos años leyó íntegros los 25 tomos de la *Historia de España* de Lafuente; gran parte de las novelas de julio Verne y de Pereda; Alarcón, *Fernán Caballero*, Trueba; no digamos del Quijote: seis veces lo leyó entero. Más llama la atención el que leyó también, y no una sola vez, la *Vida de San Luis Gonzaga* escrita por el Padre Cervós. Desde muy pequeño leía cada mes —y con tan inusitada concentración que en esos momentos a ninguna otra cosa atendía— la revista *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

En esta costumbre de emplear algunos ratos en lectura religiosa, no hacía sino seguir el ejemplo de sus propios padres: él, lector constante del Kempis, ya desde sus años de estudiante en Lovaina, y su madre, quien, por su devota amistad con la Congregación de los Ángeles Custodios, tanto leía y meditaba la larga Vida de su Fundadora.

4. ORFANDAD.

Por este tiempo sobrevino a la familia un luto inesperado. Poco antes de terminar Fernando su Bachillerato, cuando tan sólo tenía trece años, ocurrió un hecho familiar que conmovió dolorosamente todo su ser: la repentina muerte de su padre. Para toda la familia, estrechísimamente unida en el cariño más íntimo, y de modo muy particular para Fernando, de temperamento tan sensible, este acontecimiento necesariamente tuvo que influir muy hondo en la dirección de su espíritu.

Muy a principios de septiembre de 1916, se dirigió don José al Balneario de Liérganes (Santander), cosa que solía hacer cada año, pues aquellas aguas medicinales le eran muy provechosas para su crónica afección bronquial. Acostumbraba albergarse en Solares, a pocos kilómetros del Balneario, en casa de su cuñada, la señora viuda de López Dóriga. Al poco de llegar a Solares, enfermó gravemente con un fuerte ataque de uremia que le privó totalmente

de sus sentidos. Pudo solamente recibir la Extremaunción. Urgentemente viajó el día 3 desde Madrid a Solares su esposa, doña María, que llegó únicamente a tiempo para asistir el 4 a los últimos momentos de vida de su esposo. Ella misma lo amortajó. El venerado cadáver quedó al día siguiente depositado en el panteón que la familia López Dóriga poseía en Solares. A los dos hijos pequeños, Fernando e Ignacio, a quienes su madre había dejado en El Astillero, les comunicaron la triste noticia, al día siguiente del fallecimiento, sus tíos don Antonio de Huidobro y su mujer la señora García de los Ríos. Recuerdan los allí presentes que Fernando, el mayor de los cuatro pequeños, recibió la noticia con gran fortaleza de ánimo y viéronle retirarse para llorar a solas y rezar arrodillado con gran fervor.

Para felicidad del recién fallecido y para consuelo de su esposa y sus hijos, don José vivía siempre preparado a presentarse delante de Jesucristo a dar cuenta de su vida, tan enteramente dedicada a su servicio. «Feliz el varón —dice Jesucristo— a quien el Señor cuando venga encuentre vigilante.»

Esta fue la niñez y primera juventud de Fernando Huidobro. Muchos años después, en carta muy expresiva, dirigida a su madre con ocasión de los graves disturbios del 31 y anunciada disolución de la Compañía de Jesús en España, y de la guerra sistemática contra la educación cristiana en la enseñanza oficial, recuerda y agradece una vez más cuanto por él han hecho sus padres. A medida que van pasando los años va también uno cayendo más en la cuenta del enorme beneficio que es el haber vivido en un hogar de verdad cristiano:

> «Te agradezco muchísimo tus oraciones por la Compañía. El ver que todos los de casa —y tú sobre todo— no os preocupáis tanto de nosotros personalmente, cuanto del bien de las almas y de nuestra Compañía, me consuela mucho; porque veo que es espiritual, y según Dios, el amor que nos tenéis; y me da mucha esperanza de que nos vamos a juntar los nueve hermanos con papá y contigo en el gozo eterno de Dios. La última carta que he tenido de Joaquín era también muy hermosa y cristiana de veras. ¡Qué gloria vas a tener por todo lo que has sufrido y te has sacrificado para educarnos, sin hacer otra cosa! Cuando lo hacías no lo sabíamos apre-

ciar; pero ahora ya reflexionamos y vemos que con nada se paga, cuando se ve a tantos vacilar en la fe y dejarse arrastrar; y a los de casa todos firmes al lado de Jesús, nuestro Rey. Recuerdos a todos. Y te abraza tu hijo, Fernando.»

CAPÍTULO II

A LA VIDA RELIGIOSA

*1. Con los alumnos del I.C.A.I. 2. Vocación.
3. Su último examen. 4. A Granada. 5. Su alegría y su
amor a la Compañía.*

I. CON LOS ALUMNOS DEL I.C.A.I.

En el año 1932 se incautó la República laica del incendiado edificio que, en el Paseo de Areneros, tenían los Padres jesuitas, desde hacía ya veinticinco años, para su Colegio de Ingenieros, Mecánico-Electricistas y Alumnos de Bachillerato. Se vio obligada a trasladarse esta Institución docente —I.C.A.I. — a un local que en el Paseo de Rosales encontraron. Desde ese triste momento quedó cambiado su antiguo y conocidísimo nombre, por el casi anónimo de «Didaskalion».

Durante el 1935 varios antiguos alumnos habían tenido charlas a los colegiales —cada uno sobre su propia carrera—, orientándoles para el futuro antes de que los próximos bachilleres definieran su porvenir. De paso por este tiempo en Madrid, e invitado por el nuevo Rector, Manuel de Larragán, también se presentó una tarde en «Didaskalion» el Padre Fernando Huidobro, que por aquel entonces hacía su Tercera Probación en Portugal.

Llegaba al Colegio en el que dieciséis años antes había estudiado como alumno, a fin de exponer, ante los alumnos actuales, lo que es la vida religiosa que él había elegido: uno de los caminos que, entre tantos otros, se les abriría a aquellos jóvenes una vez terminada su Enseñanza Secundaria.

Nos ha quedado una hojita con la pauta de la conversación familiar allí desarrollada:

«¡Queridos compañeros! Así os llamo, por el recuerdo

de Areneros y de aquella Virgencita nuestra que se quemó...

Estáis en la encrucijada de la vida. Y nos llamáis a nosotros, a los que hemos ya casi llegado a lo más alto de la vida humana y empezamos ya a descender, a morirnos, para que os hablemos de este camino y os dirijamos. Por eso me perdonaréis que os hable de mí, de lo que yo mismo he experimentado y visto.

Me dais envidia y me dais miedo... Yo estuve muy perplejo en la encrucijada: en sexto año de Bachiller.

Vocación es: inclinación racional y constante, por motivos sobrenaturales, a un estado de vida.

¿Qué pensaréis de que empiece carrera de médico, uno que se desmaya si ve sangre; o político, el tartamudo?

Empecé carrera de abogado, sin vocación. ¡Camino bien repisado! Y a los pocos días, de repente, vi. Y nunca más volví atrás. Y si ahora eligiese, con todo el peso de la experiencia de dieciséis años de jesuita, elegiría lo mismo. Y otra vez, y otra, y otra. Soy feliz. Tengo la paz de quien encontró lo que buscaba.

Aquí tenéis mi caso. ¿Por qué me oís?»

2. VOCACIÓN.

¿Cuándo comenzó Fernando a tener vocación para entrar en la Compañía? Seguramente que ni él mismo hubiera podido responder señalando fecha. En la gran mayoría de casos semejantes al suyo, cuando el alma es pura y piadosa, el llamamiento de Dios viene tan suave, tan poco a poco, que ni siquiera se da cuenta el joven de que Dios le está atrayendo a la vida de perfección. Se sienten los efectos de esa voz, pero sin todavía distinguirla.

Un par de años antes de culminar sus estudios de bachiller, comenzó a comulgar semanalmente. Tal vez coincidió esta mayor insistencia en las prácticas de piedad con el fallecimiento de su padre, hecho que tan dolorosamente le afectó. Durante las vacaciones de 1917 trató bastante con los Padres Jesuitas de Santander, a quienes tan cercanos tenía en su Iglesia del Sagrado Cora-

zón.

Llegó la Cuaresma de 1918. Cuatro meses más y Fernando obtendría el título de bachiller. Dos de sus hermanos mayores cursaban los estudios militares. ¿Sería éste su camino? Algunas veces así se lo imaginó. Antes de tomar una decisión de tan sin igual importancia para su vida entera, quiso, a fin de pensarlo mejor, hacer unos días de Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Nunca los había hecho. Aconsejado por su hermano José María y por el Padre Leguina, se unió a los Congregantes de San Estanislao de Kostka en la Iglesia del Sagrado Corazón, en Isabel la Católica. Allí, en aquel retiro dirigido por el Padre Mariano Madrid, meditó despacio en su porvenir. Salió de estos Ejercicios fervorosísimo.

Desde esta fecha ya comenzó a decir confidencialmente a su hermano Ignacio que pensaba hacerse jesuita. Ignacio no llegaba a persuadirse que hubiera tomado tan en serio esta resolución. Se imaginaba que eran simplemente unos deseos buenos.

Luego de a su hermano, el primero a quien el joven Fernando comunicó su determinación fue a su confesor, el agustino de Columela, Padre Negrete, con quien también varios de la familia se confesaban. Veinte años más tarde, escribió este Padre sus impresiones:

> «En los no pocos años que llevo en el ejercicio de nuestro ministerio, no he tropezado con un alma tan angelical como la suya: castísimo, obediente, fervoroso, aplicado en sus estudios. Puedo asegurar que su inocencia de vida me infundía cierta veneración; y no pocas veces se me antojaba como un reproche a mi frialdad en el servicio de Dios. Cuando le veía acercarse a mí, solía decirme yo mismo: 'Aquí viene San Luis Gonzaga.'
>
> Así que, cuando, terminado el Bachillerato, vino a decirme que había resuelto ser Religioso, le contesté: 'Esperando estaba la noticia. Ve y ponte a las órdenes del P. Leguina' (de los jesuitas de la Flor).»

Su madre, digna de tal hijo, opuso solamente a las pretensiones de Fernando un reparo: podía, sin duda alguna, entrar religioso, puesto que él así lo quería; pero siendo demasiado poco aún lo que él conocía a los jesuitas, era menester que los tratase más de cerca para conocerlos y luego proceder con más pleno cono-

cimiento para la resolución definitiva. A este fin lo mejor sería hacer un tiempo de estudio en alguno de sus Colegios.

Este consejo, tan prudente en sí, adolecía de insuperable dificultad: Fernando era ya bachiller y los jesuitas no tenían en Madrid Colegio de Estudios Superiores.

La Providencia se encargó de allanar inesperadamente la tan insuperable dificultad: aquel año —y únicamente aquél— estuvieron abiertas en el Colegio de Areneros las clases de Preparatoria de Derecho, instituidas por el nuevo Rector, Padre D'Arcy. Al finalizar este curso moría el Rector, víctima de la famosa *grippe*, y con él desaparecieron todos sus proyectos de dejar establecidas en Areneros las Preparatorias de carreras especiales.

> «Se cerró al final de aquel mismo curso la Preparatoria de Derecho —decía más tarde Huidobro—, sin más consecuencias, ni al parecer más intenciones de Dios, que la de ofrecerme en aquel año la ocasión de conocer y decidirme a entrar cuanto antes en la Compañía de Jesús.»

Y por su parte —añadimos nosotros— la Compañía bien se podía dar más que recompensada de sus trabajos durante aquellos efímeros Estudios Superiores, con la entrada en su Noviciado del alumno Fernando Huidobro.

Con gran cariño y con gran agradecimiento a Dios recordó Huidobro toda su vida un acontecimiento, muy sencillo exteriormente, dentro de su año de estudiante en el I.C.A.I., pero de gran influjo para su vida espiritual en el porvenir: el día de la Inmaculada de este año 1918 ingresó en la Congregación Mariana de San Luis Gonzaga. Su Director era en este tiempo el Padre José María Ponce de León. Durante toda su vida fue uno de los actos de devoción más consoladores para él y más repetidos, el renovar la Consagración a Nuestra Señora hecha por él ese día 8 de diciembre. Y de la Medalla de la Congregación que le recordaba este acto, tan no se quería más tarde separar, que aun durante la campaña militar la llevaba consigo, y con ella al pecho —debajo de su camisa legionaria— terminó su vida en la Cuesta de las Perdices.

Mucho le estimaron los tres profesores de aquel único año que estudió en Areneros: el Padre Ponce de León, que le enseñó Filosofía, y los dos insignes catedráticos de la Universidad Central: don Pedro Sainz Rodríguez y don Antonio Ballesteros, que tenían las

clases de Literatura e Historia.

El Padre Vicente Gómez-Bravo dirigía la Tertulia Literaria a la que Fernando perteneció ese curso.

Dos acontecimientos religiosos, de extraordinaria publicidad en España, presenció en este su último verano de seglar el estudiante Fernando Huidobro, y de ambos envió poco tiempo después a la Revista de Areneros muy interesante relación.

El primero fue la solemnísima y oficial Consagración de España al Corazón de Jesús, realizada por el Rey Alfonso XIII en el Cerro de los Ángeles el día 30 de mayo del año 19. Formaba allí parte Fernando de la representación que el Colegio de Areneros había enviado a hecho tan trascendental.

La otra visita, tres meses más tarde, la realizó, desde El Astillero a la iglesia parroquial del cercano pueblecito de Limpias, para presenciar los prodigios —de muy dudosa autenticidad— que las multitudes que de todas partes acudían afirmaban realizarse en la tan devota imagen del Señor Crucificado.

Así como, años más tarde, le gustaba hablar del Cerro de los Ángeles y de cuanto se relacionaba con aquella Consagración, cuyos detalles conservaba vivísimos entre sus mejores recuerdos; en cambio, rehuía la conversación sobre Limpias. Lo único que contaba de esta visita era lo que ya tenía él escrito en la relación publicada entonces a raíz de aquel suceso:

> «un inmenso dolor de los pecados llenó mi alma, y caí de rodillas implorando perdón».

3. SU ÚLTIMO EXAMEN.

De las tres Matrículas de Honor obtenidas en las tres asignaturas, la última —despedida de sus estudios como seglar, poco meses antes de su entrada en la Compañía— la alcanzó entre circunstancias bien simpáticas: en la Universidad Central de Madrid se presentó para dar ante don Julián Besteiro su examen de Lógica. Fernando Huidobro tenía, por aquel entonces, voz y cuerpo de niño. Le preguntó Besteiro su materia predilecta, sobre la que tenía él escrita una pequeña —y poco lúcida— monografía: la teoría de

Kant sobre los juicios sintéticos a priori.

El joven Fernando, con su transparencia habitual, los expuso concisamente. Don Julián se iba ya entusiasmando al oírle, y le dio con el codo al otro examinador, Ovejero, que aun cuando solía participar de sus mismas ideas, no participaba en aquellos momentos de sus entusiasmos, pues estaba medio dormido: « ¿Pero es que usted, Ovejero, no oye el examen que está dando este muchacho?» Y dirigiéndose al alumno: « ¡Muy bien! ¡Excelente exposición! »

Huidobro prosiguió entonces con pasmosa serenidad: «Pues si ahora ustedes me lo permiten, refutaré el sistema expuesto, porque yo lo estimo por falso.» «Está usted en su derecho», repusieron algo asombrados y llenos de curiosidad los dos catedráticos.

Y el joven Fernando, con su pujanza —también habitual—, refutó discreta, pero a la vez despiadadamente, la teoría kantiana, en medio de la admiración desilusionada del profesor socialista, que se veía materialmente acosado por las rápidas respuestas a sus objeciones.

Don Julián se lamentó sin duda alguna de haber despertado a Ovejero y haberle hecho presenciar la vergonzosa situación en que le había dejado aquel niño, alumno de un Colegio de jesuitas. Con caballerosidad que le honra—no hay por qué lo neguemos—, Besteiro le dio Sobresaliente y opción a Matrícula —que ganó—, haciéndole constar que no había derecho a rebajar la calificación merecida por quien había defendido tan brillantemente su posición, aunque fuese contraria a la del propio catedrático de la Central.

Esto ocurrió en el verano de 1919.

Así había entrado Fernando Huidobro con extraordinaria brillantez en la Universidad de Madrid. Sentíase con todo el entusiasmo juvenil —dieciséis años— de quien se reconoce sano de alma y de cuerpo; pujante en su inteligencia; ídolo de todos sus compañeros; capaz de medir sus habilidades con los mejores en el estudio y en los deportes, con franca entrada a cualquier carrera que intentase seguir. Ante él se extendían halagadores los caminos del fácil triunfo en la vida.

Pero no buscaba el triunfo fácil, sino el mayor, aunque para alcanzarlo se exigiese el heroísmo de renunciar a tantas glorias

que, no por fugaces, cautivan con menor apremio a la juventud. Y como había ya terminado el año de prueba que para su vocación se le pedía, suspendió con toda naturalidad su carrera, y con la misma naturalidad salió de Madrid, en la noche del 15 de octubre, para el Noviciado de Granada.

De este modo hacía sus cosas —sereno y equilibrado en sus heroísmos más costosos— el amable Fernando Huidobro. Con ecuanimidad en su alma, y a la vez con ardor juvenil y altísimos ideales. Años más adelante había él de escribir, contraponiendo la sinceridad en el discurrir y en el obrar de los jóvenes al cálculo egoísta de los que ya tienen intereses creados:

> «El raciocinador frío, cuando lee en el Evangelio: 'Vete, y vende lo que tienes, y ven, y sígueme', dice que esas son expresiones semíticas de sentido ponderativo para indicar que hay que dar algo a los pobres y andar con Cristo, 'cuando sea menester'. Y así destruye el Evangelio. El joven de voluntad, oye, ama, y va.»

Tal fue el proceder de Fernando. Que el heroísmo no es esclavo del corazón. Mes y medio antes de su partida había escrito al Padre Director de la Tertulia Literaria en Areneros:

> «Tengo grandísimos deseos de vestir ya la sotana de la Compañía y poderme hacer la cuenta de que, en todo lo que hago, no hago sino la Voluntad de Dios. ¡Cómo envidio a Pedro Ilundáin! Pero se conoce que el Señor me exige el sacrificio de retardar un poco mi entrada.»

4. A GRANADA.

Por fin, en la noche del 15 de octubre del año 19, se despidió en la estación del Mediodía de su madre y hermanos, que acudieron a darle el adiós. Nadie le iba a acompañar en el viaje, porque el Rector del Noviciado granadino, Padre Valentín María Sánchez, viajaba en el mismo tren, y así llevaría al futuro novicio.

Sintió Fernando —y cómo no iba a sentir, él tan encariñado dentro de su unidísimo hogar— gran emoción al separarse de su madre y hermanos; pero este natural sentimiento, así como no le había hecho retrasar un solo día su plan, así tampoco le hizo dar

muestras de enternecimientos. Él, tan delicado en su sensibilidad, mostró fortaleza admirable. Pretendió sin duda no acrecentar la pena de los suyos, de su madre sobre todo. Se despidió, con la naturalidad con que había de realizar luego los hechos más costosos. Una especial emoción le costó el último abrazo de despedida de su hermano menor, Ignacio, compañero inseparable de estudios y juegos y confidencias.

A las diez de la mañana del 16 llegó el tren correo a Granada. La Casa Noviciado se hallaba, desde hacía veinticinco años, en un gran edificio construido en una altura que domina con su vista casi toda la maravillosa Vega. Comúnmente recibía el nombre de «Cartuja» por ocupar parte de la huerta que había pertenecido hasta su exclaustración, casi un siglo antes, a los monjes cartujos, y colindar con la iglesia de este nombre, maravilloso monumento nacional.

El recibimiento a la puerta del Noviciado fue solemne: claro que no por el pequeño candidato, sino por el Rector, a quien toda la Comunidad salió a recibir en la portería. Todos los que allí nos encontrábamos pudimos observar el espontáneo y alegre saludar a unos y a otros de aquel jovencito, como si ya nos conociera de toda la vida, sin cobardía ni encogimientos, respondiendo graciosamente a nuestro saludo con su boina en la mano.

Durante los primeros días suelen algunos Padres, de mayor prudencia y experiencia, examinar al candidato sobre la sinceridad de su vocación. El agudo profesor de Filosofía, Padre José Pérez, no pudo reprimir clamorosa risa cuando oyó que el pequeño aspirante a novicio, un poco amoscado de tantas preguntas y argucias acerca de su preferencia por la Compañía, le dijo de pronto: «Bueno, Padre, y entonces dígame: ¿Por qué entró usted jesuita?»

A muy poco de su llegada, era ejemplo a imitar por todos. El testimonio que, años más tarde, había de escribir sobre el nuevo candidato el Padre Ignacio Zurbano, maestro de novicios en aquellos años, es de lo más ponderativo: «Se le veía un alma angelical que había correspondido y seguía correspondiendo a las gracias que Dios derramaba sobre él.» Este mismo Padre, y al poco de su entrada, a muchos otros novicios recomendaba —privadamente, ya se entiende— que tomasen para su conducta por norma a aquel nuevo modelo, particularmente por su asiduidad en la oración. Era prototipo del fervor más prudente dentro de la vida religiosa. Si ti-

bieza es flojedad de ánimo, él lo tuvo siempre en tensión. Eficaz y práctico en su empeño de santificarse, juntó ya desde Novicio —y así se mantuvo en su vida entera de jesuita— el cumplimiento más exacto de lo concreto y vulgar cotidiano, con el ideal más generoso, casi soñador, de empresas grandes. Al pensar en Fernando Huidobro, desde los comienzos de aquellos años de Cartuja, se convence el ánimo de que no han pasado los tiempos de jóvenes religiosos limpios hasta de faltas mínimas, como Juan Berchmans o Luis Gonzaga. No fue lo principal su empeño por abrazarse esporádicamente con los actos más costosos, como, por ejemplo, en ser de los más asiduos en bajar a la portería inferior a comer en la misma escudilla de los pobres que a diario acudían, o en no querer cuidarse sus sabañones en los frígidos inviernos, sino que ponía su primordial fervor en la observancia continua de las virtudes religiosas que, según las condiciones de la vida en que se iba encontrando, se le presentaban como cumplimiento de su deber ante Dios. Hacía cuantas penitencias corporales le permitían, y era bien conocida su práctica de entregarse, en tiempos extraordinarios, a hacer oración. Los testimonios en alabanza de su observancia, su alegre caridad, su mortificación, su humildad durante todos lo primeros años de su vida en la Compañía, son —con rara unanimidad— abundantísimos entre los que fueron sus connovicios.

Rasgo quizá el más saliente de su vida de novicio —y es uno de los que más van a sobresalir a todo lo largo de su vida religiosa— es la generosidad sin límites con que abrazaba cuanto llevara consigo sacrificio.

Refiriéndose a todos estos primeros años de permanencia en Granada, decía de él su primer Rector, Padre Manuel Grund:

> «Sabía juntar la inocencia y sencillez y candor de un ángel, con la entereza y fortaleza de un apóstol.»

La vocación religiosa de Fernando Huidobro a la Compañía de Jesús es de las más típicamente claras: base de sólida piedad y pureza de alma en un ambiente familiar muy hondamente cristiano; inclinación a la vida de perfección, que viene suavemente y contrastada con halagos que, naturalmente, habían de hacerle más costoso el sacrificio; largo tiempo de examinar los pros y los contras, aun dentro de la intensa vida de estudios; serenidad sin titubeos, cuando la luz que había empezado a brillar ya de antiguo,

llega a su esplendor, y se acerca la hora de la decisión. Y luego, sin ya nunca vacilar, perseverancia, en creciente amor y fidelidad a la vida que ha elegido.

5. SU ALEGRÍA Y SU AMOR A LA COMPAÑÍA.

La alegría que le invadió al entrar en el Noviciado —sustancialmente ininterrumpida los dieciocho años que había de vivir— se la comunicó a su madre a los pocos días de su entrada:

«Ayer, sábado, tomé la sotana. Hoy estoy ya con los demás Novicios muy contento. Y por tu carta, y según me dice el P. Leguina, veo que tú también lo estás de haberme dejado venir. Dios premia todos los sacrificios, aun en esta vida.»

No andaba descaminado al comunicar con tanta satisfacción el propio holocausto. La grande alegría que siempre había inundado el alma del joven estudiante de Madrid, se convirtió de religioso en gozo que fue creciendo al compás de los años, a medida también que él iba creciendo en fervor. «Estando él en la Compañía —dice uno de sus hermanos— teníamos en casa la broma de que Fernando siempre se estaba riendo.» Y tan feliz se consideraba, que deseaba la misma gracia a quienes él más quería. Diez años perseveró pidiendo a Dios sin descanso la vocación de jesuita para su hermano Ignacio. Cuando éste, al fin, ya ingeniero de Caminos, entró en el Noviciado, Fernando, que le había aguardado con indeficiente esperanza, le recibió entre sus brazos con inmenso gozo.

Un gran alegrón recibió —como él mismo comunica en carta al Padre Gómez-Bravo— cuando el día de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de septiembre de 1921, los superiores le concedieron que el 21 de octubre pudiese hacer sus Votos primeros.

Y así lo realizó: en el cuaderno de los Novicios de Granada, conservado actualmente en la casa de Aranjuez, está escrita de puño y letra de Fernando de Huidobro y Polanco el Acta en que consta que, en dicho día, hizo sus Votos en la Misa celebrada en la Capilla del Noviciado por el Padre Juan Cañete, Provincial entonces de Toledo.

La obligación contraída es muy seria. Son Votos de Pobreza, Castidad y Obediencia, a los que el novel jesuita se obliga de por

vida, aun cuando pueda el Superior General —si graves razones intervienen— conceder dispensa de los Votos y, por consiguiente, declarar libre de toda obligación con la Compañía al que los pronunció. Por los Votos renuncia uno, por amor a Dios y a las almas, a tres cosas que, siempre y sin ninguna excepción, son muy amables al hombre.

Conservó siempre consigo el Hermano Huidobro, firmado también por el Padre Cañete, un duplicado de esta Acta de sus Votos. Puede verse que, en el dorso de este pliego, ponía Huidobro su firma por devoción, las dos veces al año en que se tiene Renovación pública de los Votos, hasta que llega la Profesión última. Aparece escrito simplemente: «Me complace cuanto prometí», la fecha y su firma. Pero es curioso notar en este reafirmarse en sus Votos, algunas manifestaciones de especial devoción. Así, por ejemplo, la primera vez que renueva en Aranjuez, sobreabundaba de consuelo, porque escribe: «Me complace, y mucho me complace.» Al año siguiente, impresionado tal vez por los martirios mexicanos, pone: «Me complace lo que prometí, hasta el derramar mi sangre.» Y el día de Reyes del 32, víspera de la expulsión de los jesuitas de España: «Me complace, y cual por vez primera, renuevo mis Votos en la Compañía perseguida.»

Siguieron al bienio del Noviciado tres años de estudios de Letras, «juniorado», y otros tres de Filosofía. Todos ellos en la casa de Granada.

En medio de la buena salud de que hasta entonces había disfrutado, estuvo muy seriamente enfermo de fiebres malignas, paratíficas, en el verano del 25. Entre otros remedios estuvo sometido a larga serie de baños muy calientes. Desde aquella época ya su estómago se le quedó bastante debilitado. Los Superiores le hicieron ir un mes a convalecer, juntamente con algunos otros condiscípulos suyos, en el Colegio de «El Palo» en Málaga.

Mientras estuvo enfermo en cama no perdió su paz y alegría. Aun con temperaturas que llegaron a sobrepasar los 40 grados, se pasaba, a veces, grandes ratos cantando a media voz el Corazón Santo y demás cánticos populares, de los que cantaba en sus Catequesis.

Si es verdad lo que muchas veces se dice, que, de ordinario, es dable medir en un religioso su grado de fervor interior por el

grado de cariño y apego que tenga para con el propio instituto que ha abrazado, como el mejor camino para caminar él hacia Dios, muy grande concepto hemos de formar del interior de Fernando Huidobro. Porque se mantuvo tenso en su ánimo el amor a su vocación religiosa en la Compañía de Jesús. Y a la par de este amor, iba la tenaz constancia de perseverar, año tras año, con el entusiasmo santo del primer momento de su Noviciado.

Con gran cariño recibió el encargo que le señalaron los Superiores, durante sus últimos años de permanencia en la casa de estudios granadina, de ir fomentando entre niños de los alrededores la vocación religiosa, a fin de que luego pudiesen entrar en el Seminario Menor del Puerto de Santa María. Algunos jesuitas viven ahora que se reconocen deudores al entonces Hermano Huidobro, que, con tanta prudencia y piedad, supo irles encauzando en los primeros brotes de vocación.

Cuando se encontraba terminando sus estudios de Filosofía, se conmemoró en Granada, con un triduo de Sermones, el Centenario de la Canonización de San Luis Gonzaga. Uno de esos días predicó el Hermano Huidobro con el tema «La vocación de San Luis, modelo de elección de estado». Mucho agradó por lo acertado y profundo del pensamiento.

No podemos ir enumerando las pruebas de amor que dio el Hermano Huidobro durante toda su vida a su vocación y a la Compañía. Un párrafo copiaremos de una carta suya tras una enfermedad que padeció en 1930:

> «Para conocer la caridad de mis hermanos, me ha servido esta enfermedad maravillosamente. '*¡Societas Iesu, Societas amoris!*' (La Compañía de Jesús es Compañía de amor.) ¡Es verdad, es verdad!... y es gracia de Dios conocerlo más experimentalmente para no negar a nuestra santa madre ningún sacrificio.
>
> ¡Y de los Superiores, y del amor y caridad de quienes no me conocían, pero eran hermanos en la Compañía!»

Unos meses más tarde anota en su Diario, al hacer la meditación del Niño perdido en el Templo —Ejercicios del año 31—:

> «Soy religioso; luego soy para el culto de Dios con mis Votos. (¡El pecado, qué amargo; qué desabrido!) Amor a la

> Compañía. Nunca olvidar que le debo todo lo poco bueno que tengo, y que me ha querido hacer infinito más.»

Esto es casi lo mismo que asegurará al Asistente del Padre General, al agradecerle se hubiese interesado por él cuando estaba herido:

> «Aunque reconozco muy bien que no merezco tales muestras de caridad, doy muchas gracias a Dios de recibirlas. Porque siempre aprietan más los lazos de amor que me unen a nuestra santa Compañía de Jesús, a quien cada día reconozco más lo que debo.»

Amar a la Compañía no puede estar desunido del amar a cuantos pertenecen al mismo cuerpo religioso y siguen con los mismos ideales y la misma vida. En ellos mostraba el Padre Huidobro su amor al instituto religioso por él elegido.

> «Todo lo de la Compañía le interesaba y se rezumaba en sus palabras. Con frecuencia —dice el P. Alfonso Arana, que fue de sus primeros discípulos en Aranjuez y hoy es Misionero en Marañón—, cuando venía con nosotros, nos contaba anécdotas y casos curiosos de sus compañeros. Yo gozaba oyéndole hablar de estas cosas, pues siempre lo hacía con mucha estima de todos; y dejaba entrever lo mucho que él se recreaba en el trato con los demás Padres y Hermanos y en la vida familiar en la Compañía. Era muy gráfico en reconstruir las escenas y se le veía gozar cuando las describía. Sabía encontrar siempre algo bueno en sus hermanos, y excusar sus deficiencias.»

Pocos habrá —si alguno hay— de cuantos jesuitas se han cruzado con él en alguna ocasión de la vida, que no recuerden algún favor, alguna manifestación de este amor fraternal del Padre Huidobro.

Concretaba su aspiración, como religioso, en ser todo «ignaciano». Repetía mucho esta frase: obrar como San Ignacio mismo obraría, como San Ignacio, en circunstancias semejantes, procedería. Lector asiduo de las Constituciones y sus Comentarios. Más de una vez, en las conversaciones sobre futuros apostolados, terminaba él con la consideración tan espontánea: «Yo creo que esto es lo que San Ignacio haría si viviese ahora.» Es que desde muy temprano, al hacerse religioso, vio claramente que su perfección tenía

que buscarla en conformar su vida, lo más que le fuera dado, con la doctrina y espíritu de su Fundador. Y se esforzó muy eficazmente por conseguirlo.

CAPÍTULO III

CAMINO DEL DESTIERRO

1. Al Monasterio de Oña. 2. Albores de persecución. 3. Los incendios. 4. Guardando libros. 5. El Decreto del 23 de enero. 6. Últimos días en la Patria. 7. Despedida.

1. AL MONASTERIO DE OÑA.

En el ferrocarril de Burgos, inaugurado muy pocos años antes, llegó el Padre Huidobro a la Estación del pueblecito burgalés de Oña, en la tarde del 5 de octubre de 1930. Iba a comenzar sus estudios teológicos en el Colegio Máximo que la Compañía de Jesús, desde hacía entonces cincuenta años, tenía allí establecido, en el antiquísimo Monasterio de San Salvador.

Muy importante es todo este período de su formación cultural y religiosa, pues durante él ocurrieron hechos que iban a ser decisivos en la orientación de los siete años escasos que le quedaban de vida.

Llegó contentísimo. Porque su ida a Oña era el anuncio y cercana preparación para el Sacerdocio, y porque la materia que iba a estudiar le atraía muchísimo. Además, se reuniría en aquel Teologado con antiguos y queridísimos compañeros de vida religiosa y de pasados estudios. También le ilusionaba el pasar estos años, con preferencia a otros Colegios Máximos de España, en aquel apartado centro de estudios, tan ajeno a cualquier distracción, entregado al trabajo retirado y profundo de la Teología. Por otra parte, aquel clima, de valle y de altos montes, era sanísimo.

El pueblo de Oña se halla en el ensanchamiento de una frondosa vega, larga y estrecha, bañada por el río Oca, que en aquel mismo paraje une sus aguas a las del Ebro. Dan plácida vida a Oña, aunque agrestemente hundido su paisaje entre formidables

montes rocosos, los pintorescos valles de Bureba y Tobalina.

Junto al minúsculo pueblo oniense se alza, desde comienzos del siglo XI, la imponente mole del Monasterio del Salvador, llamado a veces el Escorial medieval norteño. Fue fundado por el Conde de Castilla, Don Sancho Garcés, y su mujer Doña Urraca, después de haber él participado en la victoria de Calatañazor sobre los moros de Almanzor.



Monasterio del pueblecito burgalés de Oña, donde hizo sus primeros estudios de Teología. De Oña salió en 1932 para el destierro.

Dedicado este monasterio a monjas benedictinas, fue su primera Abadesa Santa Trigidia, hija de los fundadores. A su muerte, relajada notablemente la observancia, se retiraron las religiosas, y traídos por el Rey de Navarra, Sancho el Mayor, vinieron benedictinos de San Juan de la Peña bajo la exacta observancia de Cluny. Uno de los primeros abades fue San que rigió el convento por más de treinta años; de extendidísima fama en toda la España de entonces, debido muy especialmente a sus tan numerosos milagros en vida y desde el Cielo.

Para defender San Salvador de las soldadescas extranjeras, fue amurallado y dotado de fuertes Torres en el siglo XIV. Y en el siguiente, se le construyeron la cerca que rodea su inmensa huerta y, dentro, el hermosísimo claustro gótico.

Alfonso X el Sabio dedicó una de sus Cantigas en honor de

Nuestra Señora de Oña, dando en ella gracias a la Virgen Santa María por haber milagrosamente curado de muy grave enfermedad a su padre San Fernando III, que, cuando niño, fue traído a aquel monasterio en peregrinación por la Reina madre Doña Berenguela.

Por la suma importancia que en la Iglesia tenía este cenobio de monumental arquitectura, mereció ser visitado por ilustres personajes que acudían a conocerlo y admirarlo. Así, a continuación de otros varios soberanos, los Reyes Católicos, que allí se detuvieron varios días a raíz del agasajo hecho al descubridor Cristóbal Colón. En octubre de 1556 llegó a Oña, en muy detenida visita, Carlos V, traído en litera, ya enfermo, camino de Extremadura. Y aun hubo propuestas para que en Oña, y no en Yuste, fuera fijado el retiro imperial. Poco después recibió este monasterio la devota visita de Felipe II, recién llegado de Inglaterra.

Muy rica arqueta de plata encierra el cuerpo de San Iñigo dentro del Templete central, en el Camarín de la iglesia. En la iglesia se guardan también los restos de Santa Trigidia. A derecha e izquierda del Presbiterio reposan, en majestuosos panteones, los despojos de condes y reyes; entre estos últimos, en muy labrada urna sepulcral, Sancho II el Fuerte. Es fama que el mismo Cid, con sus mesnadas, fue quien trajo a Oña, desde Zamora, este destrozado cadáver de su Señor. En los claustros se ven los sepulcros de varios nobles caballeros de los que lucharon en la Cruzada contra el infiel. Están algunos con estatuas yacentes de alabastro.

Gran parte de la grandeza e inmensas riquezas artísticas de este monasterio fueron abatidas durante la extinción de las Ordenes religiosas, decretada en España en la primera mitad del siglo XIX. Aunque ya en siglos anteriores había sufrido este gran monumento múltiples expoliaciones.

A este notabilísimo centro de arte y de recuerdos históricos, lleno de amplios claustros, de grandes bibliotecas y de grande soledad, lugar tan apto para el estudio sosegado, llegó el Padre Huidobro: venía del Colegio de Chamartín, en donde había terminado su tercer año de enseñanza a los alumnos.

Pocos meses de ánimo tranquilo en clases y estudio se pudieron allí mantener. En abril del año siguiente ocurrió en España el advenimiento de la República; un mes más tarde, los incendios de iglesias y conventos en Madrid y en todo el Sur del país, y en-

tremezclándose con estos sucesos, el ambiente en calles y Parlamento de persecución religiosa, particularmente contra la Compañía de Jesús.

Las repercusiones de todos estos tristes acontecimientos bien se manifiestan en las cartas que, por estas mismas fechas, escribió a su madre y hermanos. Eran los mismos sentimientos, que tantas veces le escuchamos esos días sus compañeros de estudios, en las efusivas expansiones de los recreos: notable elevación sobrenatural al mirar cuanto sucedía; carencia de todo espíritu de venganza o de malevolencia; confianza tranquila en Dios. Por lo demás, todos sus condiscípulos sabemos la intensidad con que siguió entregado a sus estudios. El único cambio que se manifestaba en él era que en su fervor religioso se encendía aún más.

No poseemos las cartas que de los suyos iba él recibiendo; pero, a juzgar por las contestaciones de Fernando, se ve que vibraban en la misma altura de miras y de generosidad cristiana. Podemos en sus cortas líneas ir contemplando a la par la serenidad del hijo y de la madre.

El 20 de abril, a los pocos días de la algazara republicana:

> «Queridísima madre: No sabes cuánto me ha consolado tu carta... Seguimos saliendo, yendo a los pueblos a enseñar la doctrina, predicando en la Iglesia. Por lo demás, estemos siempre en las manos de Dios, que es nuestro Padre. Y pidámosle perdón por nuestros pecados, que deben ser muchos. Aquí hace mucho frío y hasta ha nevado; con esto, si es general, se pierden las cosechas y viene el hambre. Son terribles los juicios y castigos de Dios. Oraciones y penitencias es lo que podemos hacer. No dejes de pedir mucho por mí para que me entregue a Dios del todo. Te abraza tu hijo, Fernando.»

El 13 de mayo, arrojados ya muchos jesuitas de Madrid y sus alrededores de las Casas incendiadas o amenazadas, vuelve a enviarle unas líneas. Brevísimas, pero repletas de afecto santo. La última, cinco palabras, elocuentísima. Recuerda a los que ahora la leemos, la frase que muy pocos días antes de su muerte iba a escribir a su hermano, pensando en cuanto podría acaecerle: «y si es la muerte, será por amor»:

> «Queridísima madre y hermanos: Yo bien, y aquí tran-

quilidad. En lo que podáis, ayudad a los míos como haríais conmigo mismo. Dios os lo pagará. No hay más que escribir. Cristo dice que nos alegremos en las persecuciones, porque será grande en el Cielo nuestra recompensa. Por su amor, la sangre. Os abraza, Fernando.»

Al escribir esto, no sabía él que acababa de comenzar en España un período de gran lucha religiosa, que para él iba a culminar en la entrega de «por su amor, la sangre». No lo sabía. Pero se estaba ya ofreciendo a todo esto, porque en una tarjeta que le dirige —dos o tres líneas— el día 19 así se expresa:

> «Sigo bien. Pedid a Dios que me haga digno de sufrir algo por el Nombre de Jesús. ¡Qué pena! ¡Todas nuestras casas desmanteladas o quemadas!»

2. ALBORES DE PERSECUCIÓN.

En septiembre de 1931 se dirigió varias mañanas a las aulas de la Universidad Central de Madrid el alumno Fernando de Huidobro Polanco, jesuita desde 1919; mas vestido en esta ocasión de seglar, apenas era reconocido por nadie.

Buscaba el Doctorado en Filosofía. Porque los Superiores, previendo futuras dificultades para la enseñanza religiosa, determinaron que algunos de sus teólogos obtuvieran título universitario. El Padre Huidobro, que ya tenía aprobado el primer año de Preparatorio de Derecho, fácilmente podía examinarse de algunas asignaturas en la carrera de Filosofía y Letras. Pasó, pues, con algunos otros, este verano del año 31 en Madrid.

De los tres exámenes aquel verano obtuvo otros tantos sobresalientes con dos Matrículas de Honor y efusivas felicitaciones de catedráticos y compañeros. Pocos días más tarde tomó el tren en Atocha y se retiró al Colegio de Aranjuez, casi totalmente desierto desde los incendios de mayo.

Dos años antes, allí había vivido el Hermano Huidobro. Ambiente de vida y de entusiasmo: los jóvenes novicios y estudiantes, los obreros que habían levantado aquel gran edificio. ¡Qué cambio tan radical encontraba en el pueblo y en aquellos jóvenes albañiles a quienes él amaba con tan marcada predilección!

Ocho días permaneció en Ejercicios. Rodeábale el silencio del caserón vacío y triste. En el limpio cielo de aquellas apacibles noches de otoño, se dibujaba en la altura el resplandor del Madrid alegre y confiado... ¡Pero qué cerrado en nubes se mostraba en esta dirección el horizonte contemplado desde Aranjuez!...

Continuadas horas de oración, de pensar en la vida de Cristo, de fervientes súplicas para prepararse a imitarle en un futuro áspero, cada vez más cercano... y en su cuaderno privado, de recuerdos y sentimientos más íntimos, escribió en estos Ejercicios:

> «Tú, Jesús, vas buscando Belén para nacer; y enseñas allí a José y María a ver tu mano y la de tu Padre en todo. Como van, pacientes, así yo al destierro, a la dispersión. Y beber gozoso los desperdicios, mendigar, pasar privaciones y hambre, como es natural que lo sufra quien es pobre. El precioso Niño lo ha pasado antes.
>
> Imitaré a Jesús que huye a Egipto. Pobrecito como El. Paciente y callado como la Sagrada Familia, que no maldice a Herodes. Sufriendo como ellos las privaciones que habrá, las incomodidades. Aguardando, hasta que El me diga.
>
> Preparar el ánimo para el destierro, despojo, estrechuras, etc.
>
> ... La vida es sufrir. ¡Sea sufrir con El! ¿Qué vida mejor? Sentí el gozo de sufrir con Cristo, más que todas las alegrías del mundo.»

Día por día amenazaba a los jesuitas el Decreto de disolución. El ánimo del Padre Huidobro se encontraba vigorizado para el inminente sacrificio. Ante la persecución religiosa que se va perfilando en las leyes, sobre todo en el artículo 26, aprobado en las Cortes el día de Santa Teresa, «contra las Congregaciones que tengan voto de obediencia a poderes extranjeros», y ante la simultánea aprobación de la libertad de cultos, la escuela laica y la desaparición del Crucifijo en las escuelas, escribe a los pocos días a su madre:

> «... yo creo que veremos aún cosas mayores y que nos queda a los católicos por beber la mayor parte del cáliz. Considerémosle como dado por la mano del Señor y bebámosle con su gracia, perdonando a los desdichados 'que no saben lo que hacen'.

Dices en la última carta qué será de nosotros. Sólo Dios sabe esto; pero desde luego no será nada que no sea para nuestro mayor bien. Más son de llorar tantos como se perderán por falta de quien les enseñe; que si hasta ahora había en nuestra desdichada España tanta ignorancia, ¿qué será en adelante? Sobre todo, da lástima los niños, los pobres niños. El divorcio, la escuela laica; todo va derecho a corromperlos. Lo mismo han hecho en Rusia. Es un plan infernal convertir la escuela en lugar de corrupción, que eso es toda escuela donde no está Dios; y deshacer la familia para que no tengan quien les guíe y les eduque.

Confiemos en el Corazón de Jesús; que tras una tribulación, una persecución, martirios si hace falta, vuelva a tener la Iglesia el puesto que le corresponde, y que no tenía siquiera con la Monarquía, vigilando las Escuelas y Universidades para que no se pervierta allí a los niños y jóvenes. Más vale una persecución sangrienta que una perversión metódica...»

3. LOS INCENDIOS.

Un suceso dramático y repetido puso en tensión los ánimos ya bastante sobreexcitados de los centenares de moradores en el monasterio de Oña. El 23 de octubre, a los pocos días de comenzado el curso escolar, todos nos despertamos sobresaltados antes del amanecer: un terrible incendio —fue imposible descubrir sus causas— destruía por completo la gran torre de la fachada.

Antes de los dos meses, ya avanzada la noche del 8 de enero, otro rapidísimo y más voraz incendio; tampoco fue esta vez posible señalar sus causas, aunque las repetidas amenazas por parte de las Casas del Pueblo de Bilbao y de Miranda de Ebro, y el haberse iniciado simultáneamente el fuego con llamas azuladas en los extremos del techo de la fachada, daban fundamento para algunas sospechas. Quedaron destruidas clases, laboratorios y casi todo el frente del edificio.

El espectáculo era imponente: en medio de la noche aquel infierno de llamas.

«Pero pensemos que mayor mal es un solo pecado ve-

> nial», añadía Huidobro al describir a su madre en carta este incendio.

Hasta las cuatro de la mañana —siete horas sin un momento de descansar— todos los religiosos, el pueblo, los bomberos venidos de Burgos, Medina de Pomar y Briviesca, afanándose, impotentes, por fijar un límite al fuego, que dejó reducido a poco más que los robustos muros, todo un sector del antiquísimo monasterio.

El Hermano Huidobro se mostró en estas ocasiones animoso y trabajador. Nos lo describe el Padre Mantilla, que se fijó especialmente en él en estas dos penosas noches:

> «Trabajó hasta con peligro de su vida. Aún le recuerdo, con su boina calada hasta las orejas y la sotana chorreando, arrojar cubos y más cubos de agua a las llamas que avanzaban, sin cuidarse de los trozos de cielo raso que de vez en cuando caían con estrépito.
>
> En el incendio del Filosofado tuvimos que llamarle la atención varias veces, ante el peligro a que se exponía de rodar por el tejado y caer al patio. Tan pronto estaba en el sitio más próximo a las llamas, cortando a hachazos las vigas para aislar la parte aún inmune, como se le veía animando a los onienses que ayudaban a las cadenas de baldes, o dando él mismo a la bomba instalada junto al estanque.»

Con gran abundancia de pormenores describe el Hermano Huidobro en carta a su madre este último incendio, y termina con estas frases:

> «Me daba miedo ver tantísima gente por los tejados y aun en el borde mismo del alero, llevando cubos de agua, cortando vigas, arrancando tejas, y todo con la nerviosa rapidez y azoramiento propio de tales momentos.
>
> La causa bien puede ser la que tú dices: un contacto eléctrico. Algunos creen más bien que es cosa intencionada, pues para casualidad es mucho y ya ha habido amenazas. Nada sabemos y una y otra cosa pueden haber sido. Yo estoy bien, esperando otro golpe mayor, pero completamente puesto en las manos de Dios. Buenas son... El nos quiere más y mejor que nosotros mismos. Los hombres... ¡pobrecillos! También están en las manos de Dios, y ¡ay de ellos si no

hacen penitencia! Más dignos son de lástima que de otra cosa.»

4. GUARDANDO LIBROS.

Por esta misma época de hacia fines del año, el Hermano Huidobro —que había sucedido al Padre La Cerda como Bibliotecario del Teologado y de la Sala especial de Consulta—, el Hermano Conrado Pérez y un grupo reducido de estudiantes, tuvo un trabajo de circunstancias, suplementario: el ir, en noches alternas, asegurando los mejores libros de las Bibliotecas —la joya más preciada—, a fin de ponerlos a salvo en el futuro despojo que se avecinaba. Muy reciente estaba aún el triste precedente de Madrid, donde en un solo día —11 de mayo— y en solas dos Casas —la Profesa y Areneros— habían quedado destruidos por las llamas 180.000 volúmenes.

La consigna dada por el Padre Juambelz, Bibliotecario general del Colegio de Oña, era hacer dicha labor sin que nadie, ni aun los de Casa, pudiera sospechar nada: el secreto era allí la base del éxito. Y si algún otro, por el inevitable ruido en la noche, descubría el trabajo que se estaba realizando, inmediatamente quedaría obligado a agregarse al grupo, y sujeto por lo tanto al trabajo nocturno y a la consigna. Con esta ley draconiana, se fue venturosamente aumentando un poco la tan pequeña brigada inicial, gracias a los que por tener el sueño más ligero, oían ruidos extraños —y en aquella temporada de ansiedades, muy sospechosos— y se asomaban a ver qué ocurría en la casa.

A pesar del cansancio, la suciedad y el sueño, estas noches eran deliciosas para aquellos jóvenes teólogos. Nadie hubiera pensado que pesaba inminente sobre ellos una ley de despojo y expulsión.

La consigna era tan severa que, no obstante acostarnos a veces a las dos de la madrugada, teníamos luego que levantarnos a la misma hora señalada a todos, para de esta forma no suscitar sospechas ante los demás. El trabajo, así a la continua, era tan agotador, que recuerdo que en una ocasión —aun entrando en el acuerdo el jefe del grupo, Huidobro— quedamos, a espaldas del

Padre Juamblez, en hacer huelga de consigna, y permanecimos al día siguiente en la cama un par de horas más. La única sospecha que se suscitó entre los demás teólogos fue si acaso el frío del invierno, que se acercaba, había ya enviado por delante hasta Oña la acostumbrada «grippe».

Primeramente se estableció ir ocultando los libros, con ímprobo trabajo, entre los dobles de inmensos muros del monasterio, allá en los claustros altos y en los sótanos más apartados, o en los desvanes. Se sacaba la tierra que desde siglos había entre medio; se sepultaban en el fondo los paquetes (ya en las prisas finales, hasta sueltos se metían los libros), y se rellenaba todo de nuevo con el polvo negrísimo, y así aguardar hasta que el monacal edificio se nos devolviese (¿cuándo iba a ser?). ¡Cuántos tumbos dimos, fatigados y molidos, por los claustros larguísimos o por entre las vigas de los desvanes, cuando ya las piernas se negaban a sostener la carga del cuerpo, más las pesadísimas resmas de papel!

Al cabo de unas cuantas noches, con mejor acuerdo, temiendo que el edificio o no regresase ya nunca a la Iglesia, o, y esto era lo más probable, que entre la tierra, las ratas y la humedad dejasen inservibles tan valiosos volúmenes, los volvimos, aun con mayores dificultades, a desenterrar para luego distribuirlos en depósito por casas de honrados labriegos de Burgos y de Bilbao. En las noches iban desde entonces saliendo cabalgaduras o carritos con paquetes de libros.

Toda esta labor, ya se imagina uno, daba lugar a variedad de aventuras. Una sola anécdota curiosa: el buen Párroco del vecino pueblecito de Penches, don Antonio González, gran amigo de los Padres, aceptó el guardar entre los libros de su pequeña parroquia, un buen lote que se le confiara. Se quedó en que a primeras horas de la noche aguardaría él mismo, «disfrazado» de civil, y a caballo, la partida de libros que, descolgándolos por la tapia de la huerta, a espaldas del pueblo de Oña, le entregaríamos. Capitaneados por el Bibliotecario Huidobro, trasladarnos a lomos de borrico y al anochecer, a escondidas de todos, los paquetes de libros. Los pasamos, con increíbles dificultades, al otro lado de la tapia. Una hora aguardando a oscuras, y el Párroco no apareció. Equivocaciones de sitio y hora, impidieron el coincidir: el bondadoso sacerdote había esta-

do muy largo tiempo, con frío y oscuridad, esperando, pero en otro lugar cerca. Al otro día nos dijo él mismo:

> «Miren ustedes, si quieren hacer las cosas sin llamar la atención, vengo yo de sotana, con un caballo y a mediodía. Y me entregan los libros por la entrada principal. Es esto mucho menos llamativo que el que los caminantes vean al Párroco vestido de seglar y en la noche, detenido en descampado ante la tapia del Convento.»

Tenía sobrada razón. Es que el nerviosismo de la amenazante expulsión había obnubilado un poco la habitual sagacidad del Bibliotecario, de su Ayudante Huidobro y de todos.

5. EL DECRETO DEL 23 DE ENERO.

Aún no del todo repuestos de la pesadilla del último incendio, y cuando rumores insistentes amenazaban con repeticiones del que ya se daba por criminal intento, sobre las nueve de la mañana del domingo 24 de enero, llega precipitadamente en auto un buen amigo de Burgos y, apenado, comunica que la víspera se ha firmado en Madrid el Decreto que disuelve la Compañía de Jesús en España. No por temida la noticia fue menos dolorosamente sentida de todos. Por encima de la inquietud, comentarios, tensión nerviosa que el atropello inicuo producía, levantábanse generosos sentimientos de perdón, mirada sobrenatural.

El día 25 hubo todo el día Exposición del Santísimo, de despedida, con el canto, durante la Bendición, del Salmo del perdón: *«Parce, Domine, parce populo tuo»*. (¡Perdónale, Señor, perdona a tu pueblo!)

Ese mismo día, al anochecer, emocionante y dolorosa despedida de los estudiantes filósofos ante su «Virgen de la Escalera», lugar de tantas reuniones habidas en años pasados, artísticas o piadosas. Era ya el adiós a aquellas asambleas familiares.

Para la numerosa Comunidad, de estudiantes filósofos y teólogos, estaba trazado el sendero del destierro. Lo esperábamos. Llegó más retrasado de lo que todos creíamos, pues el programa religioso del Gobierno Provisional de la Segunda República Española no constituía para nadie un secreto. El 14 de abril, en la lista de

nuevos ministros, ya se podía leer en voz alta la fulminante amenaza. Y en la votación del día de Santa Teresa, se alzó la sacrílega mano que, por fin, el 23 de enero se encargó de descargar sobre la Compañía de Jesús —contra el Sumo Pontífice— el Excmo. Sr. D. Niceto Alcalá Zamora, que Dios haya perdonado.

Se les daba a los jesuitas, a partir de la publicación del «Ukase», diez días enteros para abandonar todas sus Casas. Generosidad en el plazo con la que no se contaba. Se les permitía quedarse en España dispersos, en fondas o entre familias caritativas, pero de ningún modo formando grupos. A los novicios y escolares que para su formación y estudios por fuerza han de vivir reunidos, la República les obligaba, como indeseables, a pasar la frontera para la medianoche del 2 de febrero.

Tres días después escribe Fernando esta carta:

> «Querida madre: Por fin se va consumando la iniquidad. ¡Bendito sea Dios y que El les perdone! Lo peor es la herida honda al catolicismo en España. La prueba, la lucha, nos hace falta para purificarnos. Gran consuelo es que digan claramente que se nos disuelve, no por algún delito, sino por ser servidores del Papa, con especial título y más peculiar obediencia a Su Santidad. Padecer por el Papa, es ciertamente padecer por Cristo. Y los que padecen por Cristo, son bienaventurados.
>
> Supongo que pasarán por encima de protestas, alegatos y recursos judiciales, y nos disolverán aunque sea a cañonazos. Te abraza tu hijo Fernando, de la Compañía de Jesús, ahora más que nunca.»

El 26 comenzaron a salir las primeras expediciones a Bélgica, el país más cercano que consintió admitir a tanto desterrado. De otras Casas irían a Italia. De Oña salían 338. El viaje hasta la frontera de Irún se hacía en autobuses. Se cargaban los equipajes durante la noche. De madrugada, la Misa. Y antes de amanecer corrían los autos.

Así cruzaban las últimas porciones de tierra española, desgarrado el corazón al sentir de cerca la irreligiosidad que marcaba la dirección en los destinos de la Patria.

En todo el recorrido de Oña a Marneffe, incidentes que, sobre

todo ahora, transcurridos tantos años, sólo ya interesan a quienes los han pasado. De la gran mayoría de caseríos burgaleses y sobre todo de los caseríos vascos, saludos y lágrimas al paso. Muy aisladas algunas voces —contagio de periódicos y del ambiente— como la de aquel muchacho que, al paso de los autobuses, les lanzó en despedida el grito insultante: « ¡Así se estrellen!»

En cambio, algunos de aquellos honradísimos Guardias Civiles que custodiaban la Casa en Oña, lloraban de pena. Alguna vez hubo entre ellos quien se volvía de espaldas cuando iba a salir algún camión, para excusarse después de no haberlo registrado antes de que partiese: «ni lo había visto salir». Bien sabía él que lo que salía no era robado a nadie; salía, para que las autoridades no lo robasen a sus legítimos dueños.

> «Difícil es describir el aspecto de la Casa en estos últimos días —escribe el Padre Huidobro en la Memoria que los Superiores le encargaron—. La portería hormiguea de visitas, a que apenas se puede atender: amigos de Oña o de los pueblos vecinos que acuden a decirnos adiós, a pedir un recuerdo, a lamentarse, a ofrecérsenos por centésima vez. Las piadosas mujeres del pueblo que lloran desconsoladas; niños que llenan el zaguán y aun se desbordan más adentro, mirando con curiosidad a la cara a ver qué tristes están los Padres.

En algunos momentos extraordinaria concurrencia, como cuando sale de casa el Hermano Abad, natural de Oña, con Valentín el cojo, criado, que está aquí casi desde la fundación, popularísimo por sus Catequesis. Por los claustros, amigos o familiares, que han venido de San Sebastián, de Bilbao, de Burgos... hasta de Madrid, a ofrecerse para todo, a llevarse algunos a su casa. Grupos de Hermanos que recogen colchones o mantas de los cuartos ya abandonados... ¡qué triste el aspecto de abandono, de huída, que tiene todo...! »

6. ULTIMOS DÍAS EN LA PATRIA.

El Hermano Huidobro no se fue en ninguna de las expediciones. Se quedó en Oña, con otros cuatro o seis, hasta el momento

en que se apoderó del edificio el Delegado gubernativo.

Razón no le faltaba para estar fatigado. Vivió todos los últimos días en febril actividad, ayudando y, en gran parte, organizando la preparación de expediciones y de equipajes.

Le conmovían hondamente al Hermano Huidobro las muestras de sincero afecto y dolor de muchos, la mayoría del pueblo de Oña. Pueblo sano de Castilla, en él se reflejaba el sentir de la Patria. Con ocasión de sus predicaciones en aquella parroquia, había el Hermano Huidobro conocido más de cerca y tratado especialmente al elemento obrero. La ayuda que honrados trabajadores, con lealtad sincera y cariñosa, nos prestaron en los dos incendios y que después nos custodiaban contra posibles agresiones, le impresionaban: « ¡Estos son castellanos de verdad! ¡Esta escena nos recompensa de todo! ¡Es incomparable!», nos repetía mientras por la noche servíamos un poco de alimento al grupo que turnaba en la vigilancia. Le había ganado el corazón, entre otros, un tal Pedro el gaitero, que, acostumbrado a la caza de jabalíes, estaba ganoso de enfrentarse con los comunistas de Miranda, quienes amenazaban venir a provocar un nuevo incendio.

Así resume el Hermano Huidobro, con mal disimulada fruición, este fiel comportamiento de la mejor parte del vecindario oniense:

> «Estos castellanos viejos, de sentires muy hondos, pero avaros de manifestaciones afectivas, con su obrar callado, y pródigo de sacrificios en las horas de prueba, nos han mostrado un amor viril y fuerte que no hubiésemos sospechado.
>
> Con esfuerzo titánico trabajaron por extinguir el último incendio, durante una larga noche.
>
> Claro que no todos valen tanto. Un grupo hay corrompido por la mala prensa, que está en plena fermentación comunista y anticlerical. Estos ya habían hecho un hipotético y gracioso reparto de la casa y huerta. Por cierto que uno de ellos, después del incendio, decía: 'Se me ha quemado la parte que me tocaba. Ya poco me importa que los echen.' Algunos ha habido que, vendiéndose por amigos hasta última hora, han procurado sacar su buena tajada y cortar leña del árbol caído.
>
> Pero otros muchos han estado con nosotros. Entre los

cuales descuella Pablo Saiz, carpintero que fue de la casa muchos años: hombre de cuerpo cenceño y menudo, y color cetrino; frío al parecer, aunque de vehementes sentimientos; de temple recio; de amor a la Compañía arraigadísimo; católico por encima de todo.

Con él, un buen grupo; muchos de ellos obreros, de casa y de fuera; gente sencilla, piadosa y valiente.

Estos, movidos por los rumores de intentos incendiarios, organizaron guardias en casa desde el 30 por la noche. A eso de las 9 y media entraban, llevando casi todos pistolas o escopetas escondidas. Les servíamos café y entonces solían expansionarse. 'Ahora sí que pueden dormir tranquilos.' `Después de salir ustedes, que lo quemen todo. ¡Pero mientras quede aquí uno...! ''Padres, no nos digan lo que tenemos que hacer si cogemos a alguno...' Y varios de ellos, tras una jornada de trabajo, no pegaban por la noche los ojos, para guardar, leales, nuestro sueño. La primera noche se empeñaron en pasarla al sereno, con un frío de las noches burgalesas, que cortaba como un cuchillo. Las siguientes, se recogían a partes estratégicas de la casa y aceptaron las mantas que les ofrecíamos.»

A medida que los moradores del Colegio iban abandonando Oña camino de la frontera, y el plazo de evacuación concedido por el Gobierno llegaba a su término, el trabajo se hacía más intenso para los pocos que, como el Hermano Huidobro, se iban a quedar allí hasta el final. Los permisos del Gobierno, y las negativas, y las interpretaciones, y las órdenes y contraórdenes para poder sacar cada uno su ajuar y los libros más necesarios de estudio, se sucedieron y se contradijeron constantemente. De ahí las indecisiones y, a última hora, las ansiedades y prisas en el trabajo. El Hermano Huidobro, Bibliotecario del Teologado, multiplicó su incansable actividad que entonces era, como nunca, necesaria. Testigo presencial, él fue luego el cronista de esta salida al destierro.

Pero las escenas de labor abrumadora —sobreactividad externa que absorbía casi por entero la atención y aun la pena de los que se iban— se entremezclaban con otras más íntimas, de familia, en las que el dolor y la amistad reclamaban su puesto y se mostraban. Unas líneas del Hermano Huidobro en su Relación nos reve-

lan estos sentimientos: en la Comunidad, en la iglesia, en la visita de los vecinos de Oña al anciano Rector, que iba a morir apenas llegado al destierro:

> «El día 31, en el comedor, presentes bastantes seglares de los que venían a recoger a los de su familia, festejamos por sus Bodas de Oro en la Compañía al simpático veterano carlista, Hermano Usabiaga. ¡Qué particular sabor tenía esta fiesta en tales circunstancias!
>
> En la función de la tarde estaba materialmente todo el pueblo llenando la iglesia, como nunca la habíamos visto. A la Bendición con el Santísimo subimos al presbiterio los de la Comunidad. Aún quedábamos unos 60. Ofició el P. Rector, y de acólitos, fervorosos fieles de Oña. Entonces comprendió el pueblo que nos íbamos. Entonces con su presencia, silenciosa y triste, dio testimonio de su cariño. Cuando el señor Párroco dirigió palabras de agradecimiento a todos, y sobre todo al P. José María Ibero, por su ternísima y longánime caridad para con los hijos de la villa, estaban todos los ojos llorosos. Nosotros también llorábamos. España nos decía adiós; España, la Patria infortunada...
>
> Un grupo de 60 hombres subió al cuarto del P. Rector a despedirse. Dos que empezaron a hablar tuvieron que desistir, ahogados por las lágrimas, y sólo pudo acabar el tercero. El P. Rector, aunque también muy conmovido, les dio las gracias; les exhortó a que continuaran viviendo en las tradiciones católicas de sus antepasados; y a que no se olvidaran de los buenos ejemplos y consejos recibidos de la Compañía. Al salir, besaron uno por uno la mano a nuestro P. Rector, con lágrimas en los ojos.
>
> En la última de las expediciones que partieron de Oña, se fue el P. Rector, Blas Beraza. El día 3 podrá celebrar en Marneffe su santo. ¡Qué golpes han venido a caer sobre el buen anciano en su rectorado! Tres incendios, amenazas, sobresaltos de la revolución; y luego, esta Disolución tiránica... Vida apacible de profesorado —como un día despejado y sereno—, y, al ponerse el Sol, el resplandor siniestro del rayo y el tronar de la tormenta desencadenada.»

No es posible copiar toda la Relación hecha por el Hermano

Huidobro. Minuciosamente narra los últimos momentos de su estancia en Oña. Muy pronto ya no le sería permitido permanecer en su Colegio. Llegó por fin un Delegado del Gobernador de Burgos. «Un tipo incoloro, escribe Huidobro. De esos que se desdibujan por su misma vulgaridad. Algo crecido al verse en funciones superiores.» El mismo decía al Alcalde de Oña: «¿Para qué me habrán metido en estos líos?»

Excesivamente complicada fue la última entrevista con él, en la semi-almoneda hecha con los baúles de los que abandonaban la Casa. Claro es que no podían faltar notas cómicas, mientras se ponía en claro qué podían llevarse y qué no.

> «Había en uno de los cajones —dice la Relación—una colcha floreada. 'Este damasco no puede pasar', dijo con aplomo el Delegado. 'Pues quédese usted con el damasco', respondió uno de los Padres, subrayando el mote dado al infeliz trapo. Otro baúl detuvo el Delegado porque llevaba una sierra, unas alpargatas, y unas tablas para planchar, con pretexto de que eran herramientas. '¡Gracias! —le dijo el mismo Padre—; si yo hubiese sabido lo que iba aquí, también lo hubiera detenido'.»

Continuaban entretanto las ayudas, abnegadísimas, dadas por nuestros amigos del pueblo, sin dar paz a la mano para ir preparando en la portería todo cuanto era permitido sacar. Formaban interminable cadena, desde el desván hasta los tránsitos y escaleras, clásica ya en Oña, que lo mismo servía para irse pasando baldes de agua en los incendios que libros u otras cosas. Hasta el hijo del Alcalde se pasó toda la noche en la labor, y para no mancharse andaba con una sotana puesta.

> «El día 1 servimos la comida a nuestros auxiliares los obreros. Las caras mustias de tristeza y de fatiga —algunos llevaban varias noches arreo sin dormir— dan a la comida el aspecto de un banquete funeral. A poco, una actividad nerviosa, agotadora, se extendía de nuevo por la casa. Sólo los nervios sostenían el trabajo, en una especie de delirium tremens. Ya hubo quien preguntado no podía ni responder ni atender. Entre docenas de seglares, por acá un Padre, por allá un Hermano, sin saber apenas lo que hacíamos, ni si estábamos despiertos o soñando. Parecíamos poseídos todos

> de una especie de furor del trabajo, de una fuerza eléctrica, que nos sostenía tantas horas sin descanso. Hasta mocosos de 4 y 5 años cargaban con libros de la Biblioteca y mareaban a todos con sus voces... La noche fue como la pasada: sin ningún descanso. Y se cargaban los camiones para que a la madrugada salieran...»

7. DESPEDIDA.

Vino, por fin, la confesión franca del Delegado: «Bueno, señores, ¡yo no entiendo una palabra de todo esto!» Y la firma del Acta Notarial, donde constaba la protesta ante el atropello de los derechos de la Iglesia Católica. Anochecía el último día, el 3 de febrero. El Hermano Huidobro y los otros tres jesuitas que allí permanecían aún, tienen que abandonar la Casa. Hacía ya veinticuatro horas que se había cumplido el plazo «legal» de evacuación y ya la Guardia Civil custodiaba las puertas. Salieron, pues, arrojados materialmente del Colegio, para acogerse a la hospitalidad de los buenos amigos onienses.

Como primer representante de la Compañía y de la Iglesia, estaba allí el Padre Emiliano de Echaguíbel, Ministro de la Casa, personificación de la franqueza, de la honradez y de la verdad, cualidades que le hacían simpático a todos. Gran amistad tuvo con el Hermano Huidobro, arraigada en la mutua estima, que por ambos lados era merecidísima.

Con un párrafo lleno de suave emoción termina el Hermano Huidobro su «Relación», pintándonos la «despedida», los postreros momentos de «su» permanencia legal en España, como estudiante jesuita. En medio de los odios persecutorios, contrastan la paz y grandeza de alma de los que salían entonces del Monasterio de Oña:

> «Había llegado el fin. Salió rápidamente el último camión. Volvimos a juntarnos con el P. Echaguíbel y, silenciosos, abandonamos con él su cuarto. Al atravesar el Patio del Sagrado Corazón de Jesús, se sentía toda la fuerza del momento. Allí había vivido 51 años la Compañía de Jesús.

¡Cuánta virtud, cuánto estudio, cuánto generoso esfuerzo y deseos santos habían albergado estas paredes!

Ahora nos echan como malhechores entre la fuerza pública. Y costaba verdadero esfuerzo no romper a llorar.

En la plaza, una multitud de mujeres y niños, entre el asombro y la tristeza, nos miran en silencio.

Le estrechamos la mano al Delegado. De nuevo se aludió allí al Acta Notarial. Sí —recalcó el Agente de vigilancia con poderes delegados—. Exijo las llaves del Colegio, y las cojo, si hace falta; para eso tengo la Guardia Civil.' Así, no nos cabía duda: aquella fuerza estaba allí contra nosotros.

El Alcalde nos saludó con efusión. Puente Careaga y Alvaro Barón, caballeros sin tacha y amigos leales, nos abrazaron llorando. D. Baldomero Saiz, el simpático Procurador de Briviesca, también nos abrazó conmovido: ‘¡Que Dios les ilumine, Padres...!’

Salimos afuera. Y mientras arrancaba el auto en que partían aquéllos, y los Guardias hacían retirarse a los chiquillos, echamos nosotros por la calle de Barruso abajo... El P. Echaguíbel, levantando los ojos y respirando fuerte, exclamó: '¡Háblenme ustedes de algo bueno...! ¡De la guerra carlista...!'

Unos momentos después, tranquilamente sentados los cuatro alrededor de la cama del septuagenario enfermo, H. Tomás Lizarralde, unidos por la caridad que se sentía inefablemente en esta hora de la tarde triste, sin rencor ninguno en el corazón, oíamos, entre las exclamaciones efusivas del P. Echaguíbel, la apacible charla con que el enfermo nos contaba su herida en la guerra carlista...

Y ¿a estos se persigue como a gente peligrosa...? ¡Dios mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen...!»

Con estas palabras se cierra la Relación hecha por el Hermano Huidobro. La Guardia Civil ya se vería obligada a impedirles reingresar al Colegio, si lo intentasen.

Después, una rápida visita a la casa solariega de San Ignacio de Loyola. Y de aquí, sin detenerse, a la frontera.

El Hermano Huidobro ya no pisa tierra española.

Al poco de salir de Hendaya entraron en el departamento de tercera en el que el Hermano Huidobro y los otros, sus compañeros de la salida de Oña, viajaban, unos cuantos obreros españoles. No les iban a ofrecer su ayuda de compatriotas. ¡Estaban alborozados! Se les veía esforzarse por manifestar en sus rostros y en sus palabras el inmenso regocijo de que ya los pícaros jesuitas estaban arrojados fuera de España, y deseaban que ni en Francia les permitiesen permanecer..., «¡que se tiren todos ellos al mar, y acaban antes...!». El Hermano Huidobro, que sufría más por ellos que por sí mismo, logró entablar conversación con aquellos obreros españoles, y apenado, pero lleno de entereza, les hizo ver el engaño que padecían al creer que se les abriría a ellos un paraíso con el destierro de los jesuitas y con las fallidas promesas del socialismo. Fue ésta la última despedida de la España laica. Ni aun al lado de allá de la frontera dejaba de zaherirles.

Bélgica recibió a los desterrados con caballerosidad cristiana. Pronto se encontró el Hermano Huidobro en la Casa de Marneffe, su nuevo Teologado. Allí se reanudaron en seguida los cursos ordinarios de estudio, aunque con las incomodidades propias del destierro. Lo que más le costaba al ex bibliotecario de Oña es que ya no había aquella abundancia de obras de especialización. «En el destierro se paga muy caro el pan de la tierra», nos decía.

Sus primeras impresiones las comparte con su madre y sus hermanos, en carta, apenas entrado en el destierro:

> «Muy bien nos ha recibido la hospitalaria Bélgica.
>
> Gozamos aquí de una paz que ahora se desconoce en España. Sin embargo esta misma tranquilidad me da tristeza, porque pienso en la lucha en que queda España dividida, y quisiera estar allí luchando, o a lo menos compartiendo los peligros y sinsabores de los que ahí habéis quedado. Parece que es mucho egoísmo —si no fuera necesidad— recrearse en esta tranquilidad, mientras España va no sabemos aún a dónde. No hay más remedio que resignarse a trabajar aquí en prepararse, para volver ahí a reconquistar los corazones para Cristo.»

CAPÍTULO IV

CARÁCTER - SIMPATÍA

1. ¿Simpatía? 2. Cualidades básicas. 3. Optimismo y alegría. 4. Un juicio parcial. 5. Atractivo en la bondad. 6. Semblanza.

1. ¿SIMPATÍA?

Querer presentar en esta biografía la figura de Fernando Huidobro y no insistir algo sobre la simpatía que irradiaba —irresistible— a su alrededor, sería dejar trunca su imagen. Porque esto era lo más característico en él.

Por encima, o mejor expresado, imbuida en toda su persona, sobresaliendo en su pujante y transparente inteligencia, en su bondad, en su heroica virtud, en su ininterrumpida alegría, en su elocuencia, estaba en él, para con todos sin excepción y en grado notable, su simpatía, su poder de arrastre extraordinario; se hacía querer, se hacía buscar.

Quienes le han conocido podrán haber ya olvidado otras muchas cualidades de él; pero de ésta se acordarán siempre, porque era cosa muy destacada y era un aspecto que a todos agradaba.

Mas antes de continuar, se hace imprescindible, para que nos demos bien a entender, que claramente sepamos qué cosa es esa cualidad, la Simpatía. Por más que ¿sabrá alguien adecuadamente definirla, no con una frase esquemática para un libro frío, sino en la realidad del trato humano? Bien difícil es, si es que es posible, concretar sencillamente ese *algo indefinible* que poseen algunas personas y que les hace luego ser tan agradables, atraer a los demás. Ese algo es lo que nosotros queremos expresar con dicha palabra. Es seguramente el epíteto de los más deseados por toda clase de personas, pues encierra en sí un conjunto de encomios, ya que la simpatía es el brillo atrayente que abarca un cúmulo de cualidades.

De alguien afirmo que tiene simpatía, porque es que me entiende plenamente, y sabe ponerse en seguida en el plano en que yo me encuentro;

es que se interesa por mis cosas, y me oye atento como quien escucha algo propio, y vibra conmigo, poniendo en acuerdo con los míos sus propios sentimientos;

es que comparte mis penas y mis alegrías, y sabe asociarme a las suyas;

es que habla de mí y no de sí;

es que no sólo está siempre de buen temple, sino que, aun sin proponérselo, sabe infundirme optimismo y alegría en cada conversación con él;

es que tiene gracia, chispa, al hablar; y es ingenioso, sabe usar bromas, pero ni me hiere, ni hiere con sus chistes al ausente; y así no me deja el temor, cuando me alejo, de si también quizá con los que allí se quedan, se ponga a mis espaldas a reírse de mí;

es que —sobre lo anterior—, aunque tiene mucho sentido del humor y no se tiene a sí mismo como intangible, no me deja nunca «al descubierto» con sus finas ironías;

es que me ayuda, y aun me sirve, en las cosas que necesito; y esto sin que sea ni menester que se lo pida;

es que sabe estar en su propio puesto; y, como si penetrara en las almas, tratar a cada uno según el modo de ser de cada uno, y no según como a él mismo le agrada, sino como me agrada a mí;

es que todo esto lo sabe hacer siempre en su límite, ni más allá ni más acá; y espontáneo, natural, nada forzado, como quien halla satisfacción en todo esto;

¿algo más? Ah, sí; algo muy importante es que, por encima y en todo, es llano, sencillo, humilde; que yo nunca le veo, como a algunos, echado para atrás, ni que, al tratar conmigo, se suba sobre un pedestal como si temiese parecerme pequeño, sin caer en la cuenta de que a cada uno se le mide la altura desde los pies de la persona, y no desde los pies del taburete al que se haya encaramado.

Y tantas otras perfecciones de este género, naturales y morales, encierra la Simpatía. Porque es muy compleja, y es muy difícil

ser uno totalmente simpático. Fernando Huidobro sí lo fue. Y, lo que parece ya inasequible, con todos.

Puede que alguien diga que se le notaba era demasiado intelectual. Sí que lo era, pero de serlo no alardeaba. Y en fin de cuentas, para el trato simpático no riñe el ser —cuidado, que no diga «intentar parecer»— intelectual. De excederse por algo, más vale que por ingenio, no por lentitud de ideas.

Para gozar en tan elevado grado de este don no le bastaba al Padre Huidobro con ser muy bueno, aunque esto ayuda mucho, ni le bastaban otras grandes cualidades. Grandes personajes, sabios, hombres de gobierno ha habido, y hay, que eran, o son, cualquier cosa, menos simpáticos. Hay hasta santos que han estado adornados de todo lo bueno, menos de eso precisamente. Recordemos un ejemplo con el que a nadie se hiere: alabadísimo por su heroica virtud, que lo llevó caminando hacia los altares, era el buen Padre Pablo Ginhac, francés; pero repelía; hasta sus novicios a veces se le marchaban, y aun gozaban en decírselo antes de abandonar la casa: «¡me voy por lo antipático que es usted!». Y cuidado que era bueno, el austero y soso jesuita francés. Y con qué resignación llevaba la cruz de su poco atractivo modo de ser. Quizá llegue un día a recibir de la Iglesia el título de santo. Sería entonces un consuelo para los que le imitan en llevar cruz parecida, ya que no se le parezcan en la santidad de sus virtudes. No creo que, ni aun canonizado, llevasen sus devotos muchas flores ante su altar. Si el Padre Huidobro hubiese llegado a ser Maestro de Novicios, puede que entrasen algunos en la vida religiosa sólo por el atractivo de oírle y tratarle. Porque los breves años de su vida los pasó conquistándose, aun a su pesar no pocas veces, los ánimos de cuantos le rodeaban.

¿He estado pensando en el Padre Huidobro al enumerar cada uno de los hermosos aspectos de la Simpatía, catálogo de sus condiciones? Inconscientemente, puede ser. Al menos creo que cuantos le conocieron afirmarán que todo se hallaba cumplido en él, en mayor o menor grado; de ordinario más bien en mayor.

Quizá algún lector me diga, a propósito de lo que aquí, o en otros capítulos, afirmo, que lo alabo demasiado, que cuanto escribo de Fernando Huidobro se parece a un panegírico.

¿Y acaso es mía la culpa? No es mía, que es de él, pues era

así.

No puedo ocultar las cosas que cuantos le conocimos admirábamos en él. Ya desde el Prólogo he dicho que prometía ser sincero. Lo cumpliré hasta el Epílogo. Ser sincero para decir las cosas que son luz en su vida, y las sombras, las que hubiera. Lo que ocurre es que de sombras hay muy poco, pues entre Dios y él parece que durante los treinta y cuatro años de su existencia, como que hubieran colocado un sol de luz sobre su cabeza, siempre fijo en el cenit, bañándole en total claridad. Y al fin, por algo se escribe de él una biografía. Que si se tratara de un ser vulgar, no hubiera merecido la pena.

2. CUALIDADES BÁSICAS.

De que existiese en Fernando Huidobro un regalo de perfecciones, base de su carácter y, consiguientemente, de su simpatía, hay testimonios en abundancia, dados por quienes más de cerca le conocieron, testigos de su valer y testigos de sus fallas.

Aunque el testimonio es algo largo, merece la pena copiar aquí el juicio pormenorizado que, del conjunto de cualidades del Padre Huidobro, hizo a su muerte el Padre González Gil de Santibáñez. No hay otro, entre los que han enviado cartas sobre él, que con tanta detención y, a lo que podemos suponer, con tanta precisión, haya presentado en toda su exacta medida la figura del Padre. Su párrafo es elogioso en extremo, no cabe duda; pero bien se advierte en él que lo pasó antes su autor por el tamiz de la más ponderada sinceridad. Escribió así:

> «Fui connovicio del P. Huidobro. Desde entonces le profesé, no propiamente cariño, sino ese amor reverencial que despiertan en nosotros las personas de valer indiscutible. En Filosofía fuimos compañeros rigurosos, los tres años. Entonces formé de él el juicio, que ahora mismo no tengo que reformar: de todos mis compañeros, el número 1 por el conjunto de cualidades, era el P. Huidobro. Incluyo en mis compañeros a todos aquellos con quienes he estado más o menos en contacto durante mis estudios, fuesen o no compañeros de clase. Pero observe que digo: 'en conjunto de cualidades'.

No quiero exagerar panegíricamente. Alguno que otro me parecía aventajarle en virtud, en cuanto ésta puede juzgarse por ciertas manifestaciones externas. Alguno que otro le aventajaba, a mi juicio, en agudeza o en prontitud de ingenio. Alguno que otro le aventajaba quizá en cualidades oratorias... Pero apenas había uno que le pudiese aventajar en dos cosas simultáneamente; y en general, los que le superaban en un punto, le eran muy inferiores en los demás. Y aun en esos mismos puntos en que era inferior a otros, esa inferioridad era escasamente apreciable. Así se formaba ese 'conjunto de cualidades' que, a mi juicio, le hacía ser como hombre completo, mejor dicho, como jesuita completo, el número uno de todos mis compañeros. Lo mismo defendía una mensual de Filosofía o Teología, que entretenía a los niños en una Catequesis. Se podía contar con él tanto para una investigación científica, como para un campo a Sierra Nevada. A todos alcanzaba ese 'conjunto de cualidades', desde las cualidades físicas de salud y fuerzas y ‘apariencia honesta, con que más suelen edificarse aquellos con quien se trata’, pasando por aquella 'gracia en el hablar', hasta las más elevadas de 'índole de buen juicio para adquirir doctrina', y 'voluntad deseosa de toda virtud y perfección espiritual'. Como ve, no hago más que citar las Constituciones, en el Capítulo de las condiciones para admitir en la Compañía.

Si vale este juicio relativo, el P. Huidobro es uno de los poquísimos —en total, son dos o tres— a quienes siempre he mirado de abajo para arriba; es decir, como a hombre de más talla que yo; lo cual no es poco decir, si esa apreciación se considera en razón de mi no pequeña dosis de estima propia. Recuerdo muy bien que a él dí más de una vez a corregir mis sermones o discursos, aun en Teología; lo cual no hubiera hecho más que con otro, fuera de él. Y con él consulté algún asunto de conciencia, lo cual no recuerdo haber hecho con ninguno de mis compañeros.»

Con este juicio tan completo y ponderado coincide, en lo esencial, el de otro condiscípulo también de Huidobro. Es muy breve, pero va a lo mismo. Pudiera alguno sospechar si se habrían los dos puesto antes de acuerdo. No es posible: con pequeñas diferen-

cias de fecha escribió el primero —misionero en el Japón—desde Tokio. Este segundo escritor, desde Jerez de la Frontera.

> Dice de este modo el P. Jesús Granero: «El P. Huidobro no era, a lo que creo, uno de esos hombres geniales que se imponen por la desmesurada superioridad de algunas facultades, a costa tal vez de las otras. Consideradas sus cualidades una a una, aunque en ninguna era vulgar, sería fácil encontrar quien le aventajase. Pero en el equilibrio de todas ellas, en un plano por cierto brillantísimo y superior, muy pocos podrán ser comparados con él. Y todas estas cualidades estaban realzadas por una extraordinaria simpatía en el trato con los demás.»

Muy fácil sería, pero innecesario, acumular coincidencias en afirmar el conjunto de notables y equilibradas cualidades en Huidobro. No quisiera repetir demasiado estas ponderaciones, aunque tan valiosas. Uno de sus profesores de Teología no dudó en asegurar que este su discípulo tenía «dotes extraordinarias, que raras veces se ven reunidas en un solo sujeto.»

> «Huidobro ha sido sin duda uno de los jesuitas más completos que he conocido —añade el Padre Enrique Simonet—. Lo notable en él, a mi modo de ver, era precisamente juntarse en él, en grado extraordinario y con gran armonía, todo un conjunto excepcional de cualidades que le hacían muy estimado de todos. Gran talento, memoria felicísima, cualidades oratorias, trato simpático, sencillez en su modo de ser, mucho corazón, energía de carácter; virtud y fervor religioso nada vulgar.»

Era este valer humano el que le hizo escribir a quien le trató mucho en Berlín, durante la temporada en que allí coincidieron, Eugenio Montes:

> «Conocí al P. Huidobro, aunque menos de lo que hubiese querido; porque almas de esta calidad no son frecuentes.»

> «Puedo asegurar no haber encontrado entre los jesuitas que conozco —dijo el P. Sebastián Mantilla— otro que pudiera comparársele; y note usted que ya voy conociendo bastantes de muchas Provincias. Habrá alguno acaso más santo, habrá otro acaso más listo; pero difícilmente se hallará otro en quien se hallen reunidas tantas buenas cualidades y en el

> grado tan excelente en que se hallaban en el P. Huidobro. El lo reunía todo, a mi parecer. Y su carácter excelente, afable sin remilgos, le conquistaba las voluntades de todos.»

La obra de naturaleza que Dios se complugo en realizar sobre él, fue riquísima. Y él se esforzó por que fructificasen al máximo esos cinco talentos recibidos.

Sobre esta sólida base de tan grandes cualidades, póngase optimismo, alegría, espíritu comunicativo, bondad, y ¡qué fácil es que brote incontenible la simpatía en el trato!

3. OPTIMISMO Y ALEGRÍA.

Porque tenía optimismo sano y, sobre todo, comunicativo. Transfundía la jovialidad y entusiasmo. Era de una sencillez y naturalidad encantadoras.

> «Quiero consignar una observación, dijo de él el P. Cubero, más elocuente que cualquier hecho extraordinario: durante los varios años que he vivido con él, tratándole continuamente, con toda sencillez y confianza, siendo como era de natural vivo y sensible, nunca le encontré de mal humor, ni triste o enojado.»

Los más grandes sacrificios que él hacía —frecuentes, dentro de su carácter impetuoso, enemigo de medias tintas— los hacía siempre con sencillez, con la sonrisa en los labios. Es que para alma tan grande son pequeñas las obras más costosas, hechas por un grande ideal.

Este rasgo era muy usual, mas era de siempre: su rostro estaba siempre iluminado por una franca expresión de alegría contagiosa, manifestación externa de su serenidad y fervoroso goce continuo en Dios, con el perfecto equilibrio de sus facultades.

> «Entre mis compañeros de vida religiosa —dice uno de sus condiscípulos— he conocido otros con una apariencia exterior más compuesta, pero no con una virtud tan sólidamente viril y tan atractiva. ¡Tan atractiva! Fernando Huidobro era la alegría de la Comunidad. No sabía lo que era el 'mal humor'. Expansivo y bullicioso. ¡Gran hablador! ¿Y la risa de 'Maestro

Polanco?' ¿Cómo olvidarla? Clamorosa y espontánea. ¡Parece que todavía se la oye resonar en los tránsitos bajos de Granada, con ecos de metal y de cielo! »

Lo mismo que más tarde esas sus risas, espontáneas, con dejo inconfundible, iban a escucharse también cuando los juegos de *base-ball* —escribe el Padre Joaquín Jiménez—, durante los recreos en el Parque, con los estudiantes teólogos alemanes de Valkenburg, mientras él pugnaba por hacerse entender en su incipiente hablar germano.

Contraste bien singular: Fernando Huidobro, todo intelectualidad, que gozaba en las elucubraciones filosóficas más abstrusas, y todo sobrenaturalidad y amor al recogimiento de la oración larga, maravillosamente se adaptaba a las circunstancias, y en los descansos y juegos se hallaba entre los primeros, y difundía alegría y él mismo la recibía del recreo en que se encontraba, y de los compañeros, a quienes hacía partícipes de su sano y chispeante humorismo. Sus conversaciones, aunque solían ser serias y gustaba de enderezarlas, sin afectación, al apostolado futuro, sabía hacerlas amenas e interesantes, sin ninguna pedantería. No es que fuese un cuentista, ni tampoco ligero en sus bromas, pero sí muy ocurrente, ingenioso, y como tenía tan prodigiosa memoria, mezclaba en sus charlas de los recreos la mar de historietas que amenizaban su conversación.

Es cierto que tenía una concepción seria de la vida y era enemigo de todo lo superficial y vano; pero daba su lugar a la alegría y esparcimiento.

No es de extrañar este su modo inalterable de espontaneidad de carácter, porque tuvo, ya desde niño, todo su ser inundado de optimismo y alegría. Y la virtud, la gracia sobrenatural, no destruye las cualidades naturales; las acrecienta y perfecciona. Cuando niño, era el encanto de sus parientes y compañeros. Amigo de deportes. Siendo ya jesuita, no olvidó estas aficiones, cuyo ejercicio, moderado siempre, le servía de cuando en cuando por descanso de sus estudios y fomento de amigable caridad.

Recuerdan especialmente sus compañeros de paseo, aquellos días de campo después del trabajo intenso de la semana, cuando por los alrededores de Granada pasaban los días de excursión: entre los bosques de Santa Fe, o sobre las peñas de Alfacar o Sierra

Nevada. Y en el verano, por las playas del Puerto y de Rota, llegando a veces a Chipiona a visitar el Santuario de Nuestra Señora de Regla. Y en estas ocasiones su natural ingenuo y alegre se explayaba libremente, convirtiéndose en un verdadero niño, aunque con su moderación natural y espontánea, que le alejaba siempre de todo exceso, y contribuyendo, con su alegre trato, al fraternal descanso de sus compañeros de excursión.

Montañés por nacimiento y afición, gozaba él, y lo expresaba en frases entusiastas, contemplando la bravía naturaleza de los alrededores de Oña, y nos evocaba entonces frases y párrafos de Pereda, mientras trepaba por las salvajes montañas de ese hermoso rincón de Burgos: Frías, Poza de la Sal, Trespaderne, o se hundía y jugaba en la nieve por las alturas del inmenso monte Caballón. Presencié su entusiasmo y admiración en una excursión por este monte, la vez primera que pisaba nieve, fuera de las calles de una ciudad. ¡Y cómo gozaba, alborozado, remando un rato en el Lago de las Truchas en el Teologado de Oña! Bien es verdad que, ejercitados por él únicamente estos juegos y excursiones como prácticos medios de descanso, ni se volvía a acordar de ellos, una vez vuelto a sus trabajos y estudio, ni se le solía oír comentando campeonatos ni concursos deportivos.

Un día hubo, el de las mayores nevadas en Oña, en el que no sólo fue gozar en la contemplación de los campos blanqueados: fue —estábamos, por suerte, en día de vacación, el 17 de febrero— una verdadera batalla de nieve, en la que él tomó parte con un grupo de estudiantes teólogos de los menos propensos a enfriamientos o reumas, parapetándose todos entre las grandes arcadas del Claustro Romano. Y en tanto les contemplaban desde los ventanales cerrados en el corredor alto, los graves profesores, satisfechos unos del inusitado espectáculo, y rígidos censores otros de que se introdujese tal algazara junto a las aulas teológicas. Algunas bromas le dieron luego al tan edificante Hermano Huidobro, que había quedado, al igual que sus acompañantes en el juego, todo blanco de nieve y sudoroso.

Y más tarde, en las llanuras belgas, qué espontaneidad en sus exclamaciones, al ver de pronto algún corzo que cruzaba, a nuestro lado, a inmensa velocidad.

Las últimas grandes excursiones las realizó —interrupción

muy transitoria en medio de sus agotadores estudios en Friburgo— por las alturas de la maravillosa Selva Negra.

4. UN JUICIO PARCIAL.

Una sola persona había que tenía formado del carácter del Padre Huidobro un concepto muy diferente. Esta persona era él mismo. Cosa bien singular. Quien solamente le conociera por lo que él sinceramente escribió de sí en su Cuaderno privado de conciencia, creería que era uno de esos seres ásperos, bruscos, que repelen. Es que, o él ponía muy alto su ideal de bondad en el trato, o que en él se cumplió, una vez más, aquello de que ninguno es buen juez en propia causa.

Terminados sus tres años de magisterio e iniciada una nueva etapa de su vida en la apacibilidad de los estudios teológicos, en el pueblecito burgalés de Oña, comenzó, en la paz de aquel retiro, a recapacitar sobre el modo tenido por él en su trato con los alumnos. Y se encontró con seria falla. Así se lo manifestaba, apenado, en larga conversación tenida durante un largo paseo por el bosque de aquel Colegio, a su conteólogo Carlos Gómez Martinho, con quien tan antigua confianza tenía. Quejábase de sí mismo, por haber sido demasiado duro con sus discípulos de Chamartín.

Es esto mismo lo que algo más adelante escribió privadamente en su Diario; su párrafo es de junio del 32. Se hallaba en Marneffe, en segundo año de Teología. Parece referirse principalmente a tres años antes, a su magisterio en el Colegio de Chamartín:

> «Hace falta unción de piedad, don de Dios, para llevar la vida interior con dulzura y para hacer bien; para que con lenidad y silenciosamente brote de mi alma un agua de gracia que refresque.
>
> ¡Cuánto he pecado siendo cruel y riguroso con los niños! ¡Perdón, Jesús mío!
>
> ¡Ay, que ellos también me perdonen: que ellos perdonen asperezas de trato; brotes de soberbia; que ellos perdonen impaciencias, furores, sofocones, palabras injuriosas! ¡Que ellos me perdonen! Debí llevarles a Cristo, y tal vez les apar-

té. Soy alma dura, áspera, salvaje.»

No creo haya uno solo, de cuantos fueron sus alumnos de Chamartín, que en el anterior autorretrato reconozca a su tan querido profesor.

Ni cesó más adelante de insistir consigo mismo en la necesidad de suavizarse en su modo de tratar a los demás. Dice en su Diario, al ser ordenado diácono en Valkenburg:

> «Vivir para el Cuerpo de Cristo. Ver en todos las almas que debo salvar. Apostolado es obra de Cristo: identificación con Cristo para que Él viva en mí; y dulzura, sin espantar las almas, sino atrayéndolas a Cristo. ¡Cuántas cosas he estropeado con brutalidad!

Tanto se ha oído ponderar la continua mortificación, aun en los días de descanso, la austeridad del Padre Huidobro, que tal vez alguno se forme la idea de que ese inclinado esfuerzo por el propio vencimiento le hiciese perder naturalidad, sencillez en el trato, alegría interna y externa. Aun él mismo llegó alguna vez a temerlo.

He de confesar que en parte yo fui el causante de esos temores suyos. Movido por la gran confianza que me inspiraban su sincera humildad y los muchos años pasados juntos, le dije, al despedirme de él en Marneffe, que su excesivo afán de vencerse y de cumplir, en cada instante, del modo más perfecto su deber, le podían hacer aparecer, ante algunos, rígido en demasía; que llegaba a no querer hablar de cosas propias, como si anduviese temiendo la vanidad. En muchas ocasiones me había insistido le dijese cuantos defectos notase yo u otros en él: nunca logré encontrar defecto mayor que advertirle. Así era de perfecto en su vida. Gran consuelo para cuantos le han tenido por hermano y compañero.

Copiaré aquí unos párrafos de la contestación suya en una carta, hermosa por la notable humildad de su alma. Está escrita poco después de haber expresado en su Cuaderno los sentimientos que un poco más arriba hemos consignado:

> «Valkenburg, 15 septiembre 1932. —Sepa que estoy decidido a escribir esta carta con sinceridad cristiana, que es ya bastante decir. Y yo no sé decir más. Se lo digo para suplicarle que me quiera creer.

Es verdad, no lo quiero negar, porque no es usted solo el que me lo ha dicho —aunque sí el que más claro y con más insistencia me lo ha dicho, lo cual yo nunca agradeceré bastante—; debe de haber en mi exterior algo así como de estoico, a lo Catón o a lo Séneca; más bien a lo Séneca, porque va envuelto en pujos de sabio. Algo que echa para atrás, que retira de mí a los hermanos.

Usted lo atribuye a celo mal entendido de la observancia minuciosa. Puede que haya algo de eso; pero no creo que sea eso todo.

Créame usted; en mi interior me tengo por peor que los demás —o así me creo yo—, y tentaciones y escrúpulos me traen siempre por dentro muy humillado. Tal vez no me he convencido de lo que soy, y en mis juicios prácticos me antepongo a los demás, aunque en los especulativos me pospongo; y por eso es necesario que siga la batería abriendo brecha.

Y en cuanto al no comunicar cosas interiores, es que tengo miedo; me da vergüenza comunicar mi alma. Ahora mismo, si fuera posible, iría a sus pies y haría con usted confesión general, para que usted me despreciase y me tuviese lástima. Y ya he dicho bastante.

Pero además de lo que pueda haber de soberbia espiritual, hay en mí, para alejar a la gente, cierta sequedad muy montañesa —entre los de mi familia resulto muy efusivo— y cierta aspereza, nacida en parte de que he sido demasiado querido y me he hecho arisco.

Todo esto creo que es todavía poco. Lo principal es acometividad en cuestión de opiniones y con mucha suficiencia. No sé si me conozco, pero presumo que no ando lejos.»

Cuantos le hayan conocido saben cuán lejos estaba de ser arisco o repeler a los demás, como él afirma de sí en la carta.

Su bondad de trato y su alegría las había aprendido a los pies de Jesucristo, mirándole y oyéndole en el Evangelio. Fruto de su oración.

Algunos ejemplos de sus propósitos del año 34. Había meditado la vida de Jesucristo. Y escribe luego en su Diario:

«*Emaus*. —Ser amigable en invitar y aceptar, como Jesús. Y luego, ser espiritual, sobrenatural, en la fracción del pan; y la misma jovialidad, alegría y condescendencia de Cristo en la aparición a los discípulos.

¡Tanto daño he hecho a mí y a la virtud, por tiesura, hipocresía!... Sí, la cruz; pero sin echársela a los demás, y sin ponerme, como los hipócritas, 'triste'.

Tiberiades. —Otra vez: amabilidad, bondad, jovialidad en el trato de parte de Jesús. Y pide amor.

¡Qué poco aparece Cristo en el Evangelio urgiendo preceptillos menudos! Dice en general que se guarden. Basta.

Y luego, la gran ley de la Fe y el Amor. De la Misericordia y de la Abnegación total; porque sin ésta no hay Amor.

No ir atando cabos, que es no acabar. Sino beber de una vez Espíritu. Esto es cristianismo.»

Y poco después, en frases gráficas y concisas, se traza a sí mismo el camino que ha de seguir para imitar lo que ha visto en Jesucristo. Había estado meditando, a propósito de la gloriosa escena de la Transfiguración, el trato tan familiar de Jesucristo con los Apóstoles y con todo el pueblo, a pesar de su divinidad y a pesar de la gloria que a El se le debe. Conviene tengamos en cuenta varias alusiones que aquí hace: Cristo en esta escena habló de su Pasión. San Ignacio, durante la dolorosísima operación de su pierna herida, no dio otra señal de dolor horrible que apretar, silencioso, los puños. San Lorenzo, en su martirio, quemado sobre una parrilla, bromeaba con los asesinos. El Padre Doyle, Capellán militar jesuita en la guerra del 14, y muerto heroicamente, juntaba enorme celo con carácter bondadosísimo. Escribe Huidobro el año 34:

«Toda espontaneidad, carácter abierto y franco, me ayuda. No obsta a la Cruz. No hacer la mortificación trágica y de cara larga.

Llorar cuando hay que llorar. Y llorar con los que lloran. Pero no hacer llorar.

Por dentro, la alegría del amor. Por fuera, la gentileza del caballero, que sufre como si gozara.

Hacer chistes sobre la parrilla, como S. Lorenzo.

> Y cuando no hay más remedio, apretar los puños como S. Ignacio. Nunca llorar como Boabdil.
>
> Padre Doyle, modelo.»

La cruz, que él se buscaba, no le impedía su carácter abierto. Pues si su espíritu de sacrificio era continuo, también —aunque él haga de sí un juicio «tan parcial»— era continua su alegría, que él debía compartir con los demás en la vida cotidiana, monótona, en el trabajo de los estudios.

5. ATRACTIVO EN LA BONDAD.

Sus compañeros todos, suscribirían lo que de él escribe el Padre Félix Abarquero:

> «Durante el tiempo que viví con él en Granada, Oña y Marneffe, le vi lanzarse siempre a lo más costoso y sacrificado; pero con una naturalidad reflejada en su sonrisa tan sobrenatural, que atraía y elevaba.»

Así era en efecto. Aunque en su vida personal era muy mortificado, duro, áspero consigo, y en sus criterios era inflexible, pero no era de los que saben hacer amarga la vida con sus vencimientos. Todo lo contrario: con su ejemplo hacía amable y gustosa la práctica de la virtud.

Para sus ministerios, prescindiendo de los medios sobrenaturales, encontraba gran parte del secreto de sus éxitos en la viril simpatía que despertaba su trato, y en la llaneza con que, sin el menor esfuerzo, sabía acercarse aun a los más humildes. Se ganaba a todos ya desde el principio con su mirada y su risa franca. Es que a tan relevantes cualidades —de conductor de masas— no era fácil resistir.

Un su compañero de estudios —desde Holanda hacía el Padre Huidobro frecuentes viajes por Alemania— cuenta que durante un paseo por los alrededores de Berlín se encontraron con unos muchachos protestantes, y por añadidura, de la juventud hitleriana. Tomando ocasión de una pregunta sobre el camino, se pusieron al habla con ellos. Y a pesar de sus grandes prevenciones contra el sacerdote católico, pronto se sintieron ganados por la afabilidad y

el abierto y viril trato del Padre Huidobro.

Si espontáneas eran en él sus manifestaciones de alegría y optimismo, más aún lo eran, si esto es dable, las manifestaciones de su sincerísima y abnegada caridad con todos, los de dentro y los de fuera. Jamás se negaba a favor que se le pidiera, con tal de que no estuviera impedido por alguna obligación de obediencia. Aunque estuviera cargado de trabajos, sabía arreglárselas para sacar tiempo para todo. Naturalmente que era a costa, en muchas ocasiones, de privarse del descanso necesario. Trato abierto y cariñoso con todos. No alardeaba de saber mucho, y se sabía abajar en su trato con los más pequeños. Como era grande, no necesitaba empinarse para parecerlo. Dábase enteramente a lo que tenía que hacer y a aquel a quien tenía que hablar. Con la particularidad de que parecía que podía darse y acomodarse a todo y a todos. Y esto sin violencias, como le salía de adentro. Al hablar con él, sabía cada uno que Huidobro se estaba interesando, de veras, con lo que se le estaba contando o preguntando.

Se acomodaba a todos: se le veía con unos sostener conversaciones de las más espirituales, con aquella espiritualidad suya, tan natural, tan varonil y valiente. Con otros, de ciencias o estudios, con entero dominio y altura. O de planes apostólicos con contagioso entusiasmo. Unas veces usando conversaciones serias. Otras, según los caracteres, de broma. Y todo de modo que el gusto de cada uno encontraba siempre a su tono, y en grado excelente, al querido Padre Huidobro. Ese hacerse todo a todos en grado tan extremo, aunque sus cualidades naturales mucho le ayudasen, no puede explicarse sin una gran virtud. Bastaba tratarle una vez para quedar gratísimamente impresionado. Su espiritualidad optimista rebosaba caridad, y se adaptaba a todas las personas. Trato llano, sin meticulosidades ni melosidades de ningún género. Nunca se le oía decir cosa que pudiera herir o pudiera desazonar a un hermano.

Todos guardamos gratísimo recuerdo de los tiempos pasados con él, tiempos de paz y de cariño fraterno, sin roces ni pesares, sin puerilidades ni soberbias.

Su bondad no era fingida, ni siquiera forzada. No tenía dentro una cosa y mostraba otra.

«Ni aparecían en él —dice quien muchos años le cono-

> ció, el P. Justo Collantes— estos altibajos algo molestos, aunque tan naturales, que a veces se notan en personas por otro lado bien virtuosas. Nunca le vi más alegre que de ordinario, porque siempre lo estaba mucho; ni tampoco le vi dejarse llevar de un primer ímpetu de enfado por algo mal hecho; con aquella afabilidad que siempre remediaba lo malo...»

Sabía llevar sus grandes cualidades. Jovial, llano, abierto a todos. Risa franca y sincera, como su mirada. Y la espontaneidad de su proceder le abría la benevolencia aun de los mal predispuestos. Un caso típico.

Uno que le acompañó por Madrid en septiembre del 31 cuenta este hecho: Montamos en el Metro, y ante el público de obreros que llenaba el coche no se recataba en mostrar su faja de jesuita. Envalentonados con la victoria del 14 de abril y las incendiarias algaradas de mayo, primero demostraron asco por el «tío cura»; después, cierta admiración por el frailecito «que no tiene miedo», en días que apenas nadie salía a la calle vestido así, y reconocían la superioridad, aun en la valentía, del casi imberbe sacerdote, que audazmente se muestra como jesuita ante todos. Y cuando Huidobro, con naturalidad popular, cedió su asiento a una buena mujer del pueblo que acababa de entrar, aparecieron en las caras de los comunistas la impresión que les causaba y encantados, a pesar suyo, por el ascendiente atractivo del Padre, se dijeron unos a otros « ¡Lástima que este muchacho sea cura...!» Cuando él tenía tiempo suficiente para demostrarles que era así... precisamente porque era cura, quedaba poco que hacer para alguna conversión.

6. SEMBLANZA.

A los que hemos vivido largos años con él, cuando evocamos ahora su memoria, se nos presenta su figura aureolada de simpática luz. Con mirada clarísima y penetrante. Con palabra precisa y luminosa. Así era su carácter: atracción y claridad. Luz su entendimiento: vasto, potente, sereno, apto para toda cultura. Nada de bruma intelectual. Impecable en su argumentación. Y luz, me atrevo a decir, también su voluntad, tenaz y decidida, que iba camino

recto sin doblegarse nunca: como onda luminosa. Y también, como la luz, marchaba a su fin sin estridencias, sembrando a su paso bienestar. Y hasta su corazón era luz: pues abierto, rebosando afectos, jamás, ni aun en sus años más tiernos, se desvió hacia debilidades de las que tuviera que arrepentirse.

> «Esto—escribe el P. Pedro Leturia—supone toda aquella fragancia del trato, aquella comprensión y simpatía por las ideas de los otros, aquella entrega de lo propio en aras del ideal común y universalista, que en él reconocíamos cuantos tuvimos la gracia de tratarle.»

Toda su bondad con el prójimo la mostraba aun permaneciendo siempre acentuadamente viril, sin dependencia que amenguara su personalidad. En Huidobro se encontraba, en difícil armonía, grande complacencia con los gustos de los demás, y a la vez firmeza inflexible ante el cumplimiento del propio deber. Lo notable es que procedía así, sin violencias, sin esfuerzo aparente ni sombra de respeto humano. Y de ordinario —y esto sí que es notable— sin choque alguno con los de parecer contrario. Tal era la armonía de todas sus facultades, la alteza de miras, el dominio de sí.

Rara vez se encontrarán mejor armonizadas la claridad en el entendimiento con la firmeza en la ejecución. Y ejecución inmediata, rapidísima; no admitía treguas en entregarse a hacer lo que veía que tenía que hacer. Si alguna tacha en esto se le podría poner, es de ímpetu excesivo en el obrar.

Muy pocos días después del 18 de julio, algunos lamentaban ante él, en Bélgica, la calumniosa campaña iniciada en el extranjero contra el Movimiento Nacional. Al momento atajó la conversación el Padre Huidobro: « ¿Qué adelantamos con lamentarnos? Lo mejor es 'hacer'. Escribamos artículos, propaguemos el verdadero sentido de nuestra Revolución...».

En diversas ocasiones le oí decir al admirarle su rapidez y firmeza en realizar algún proyecto:

> «Es que me encanta la norma de proceder que concretó Salustio en su frase: 'Priusquam incipias, consulto; et, ubi consulueris, mature facto opus est' (Antes de empezar, piénsalo bien. Pero una vez pensado, a ejecutarlo sin más dilaciones).»

Serie de contrastes en su riquísimo carácter. Juntaba, de la manera más connatural, una devoción tierna, delicada, con una fortaleza poco común en su piedad. Todo lo grande le atraía. El llegar a derramar su sangre por una causa santa era su gran ilusión. Ya hemos visto que no fue simple ilusión devota. ¡Cuánto se enardecía en Aranjuez —allí estaba cuando se recrudeció la persecución mexicana—, mientras hablaba de los actuales mártires, y decía que quisiera poder ir entonces a México a dar su vida por la fe! El fortísimo carácter del obrero mártir, Anacleto González, le llenaba de gozosa admiración. Aplicábale a este campeón mexicano, a más persecuciones más valiente, y repetía en su honor la estrofa de Fray Luis de León ensalzadora del varón constante en la lucha, comparable a la encina, que adquiere inusitado vigor cuando se la desmocha.

Termino este capítulo sobre el carácter del Padre Huidobro copiando aquí la descripción que alguien le dio a un pintor que quería saber para comenzar su obra cómo era el Padre Huidobro, a quien solamente conocía por algún retrato:

> «¿El color de los ojos? ¿Quiere usted creer que no lo sé? Cierto que no eran negros ni claros. Me parece eran castaño oscuro. Muy alegres, eso sí; muy expresivos. Cuando miraba fijamente (otras veces los tenía como «húmedos», por la bondad que transparentaban), adquirían una expresión penetrante. El pelo era también claro, pero no llegaba a rubio.
>
> ¿El carácter? Eso sí que no sé describirlo. Junte usted en uno todas las cualidades buenas, aunque sean opuestas, y así era. Me sería difícil nombrarle a usted otra persona en quien se encuentre tanto bueno en su modo de ser.
>
> Simpatiquísimo. Bondad muy vigorosa, pero de continuas delicadezas.
>
> Alegre, no dicharachero, pero sí ingenioso, bromista. Rezumaba sobrenaturalidad.
>
> Ansioso del trabajo, para lo que le ayudaba su salud vigorosa; él no era de aspecto fuerte, más bien menudo.
>
> Yo pienso que San Xavier fue el modelo que Dios tuvo delante cuando mandó al mundo a Fernando Huidobro. Rostro muy inteligente.

Si esto que le he dicho le da algo a entender cómo era él, ponga Vd. todavía más cualidades buenas a mi descripción, y se acercará a la realidad que existía en el Capellán militar fallecido en abril del 37.

Por cierto, hay algunos retratos que le ponen con cara de 'intelectual'. Huya usted de retratarlo así. Nada de eso tenía. Precisamente por lo mucho que valía, era de lo más llano, y sencillo, y sincero.»

CAPÍTULO V

ESTUDIOS Y ENSEÑANZA

1. Preparatoria de Leyes. 2. Estudios eclesiásticos. 3. En Aranjuez. 4. Con alumnos de Chamartín. 5. Memoria del Colegio. 6. La predicación. 7. Su palabra. 8. Poesía en la verdad.

1. PREPARATORIA DE LEYES.

Entre libros pasó su vida Fernando Huidobro.

Entre libros se fue santificando.

Es imprescindible que nos detengamos a examinarle en esta labor, que fue para él principalísima, por, el tiempo que ocupó en su vida y porque fue, en definitiva, su primordial obligación, ante Dios y ante los hombres. Toda su vida se le fue en estudiar o en enseñar: todo lo otro fue intercalado. Aprender y comunicar lo aprendido, ya en su magisterio breve, ya en la esporádica predicación.

Dios le dotó de gran inteligencia, y él la supo aprovechar.

De niño, en la preparación del Bachillerato. Ya jesuita, en su larga carrera sacerdotal y en los profundos estudios filosóficos que le preparasen a la definitiva enseñanza a que sus superiores le tenían destinado. Solamente cerró los libros para una cortísima etapa, y completamente nueva, para acudir a la Cuarta Bandera; aquí poco más de medio año en febril actividad. Ironía de la Providencia en la historia humana: una gran parte de estos últimos pocos meses los pasó en una Ciudad Universitaria; pero en aquel año estaba cerrada; allí no había entonces libros, sino peleas. Y en esta nueva etapa, a los treinta y cuatro años, terminó su acción en el mundo.

Para muchísimos jóvenes el entregarse de lleno al estudio supone un gran sacrificio, aun cuando quizá muy gustoso, durante

largos años. Pero Fernando Huidobro se encontró además con otro aspecto, no tan frecuente en esta ocupación científica y literaria, y es que tuvo que mantener consigo mismo una lucha bastante viva y constante, a fin de conservarse en humildad, dados los fáciles éxitos que le proporcionaban sus brillantes cualidades naturales. De niño y de mayor. En todas partes se encontraba siempre entre los primeros.

En 1912 comenzó el Bachillerato en Madrid. Cuando lo terminó, seis años más tarde, en el cuadro de calificaciones, su nombre, sin excepción, nunca aparece más abajo de Sobresaliente, y está el cuadro salpicado de muchas Matrículas de Honor. Y adviértase que siempre fue alumno libre.

Entre el fin de su Bachillerato y la entrada en la Compañía de Jesús, transcurrió un año: lo pasó en el Colegio de Areneros, estudiando Preparatoria de Leyes. En las tres asignaturas: Historia de España, Lógica Fundamental, Historia de la Lengua y Literatura Española: otras tantas Matrículas de Honor. Dos Sobresalientes también y una Matrícula obtuvo en otras dos asignaturas de las que se examinó en el verano del 31. Su Hoja, pues, de estudios en el campo de preparación intelectual no deja de ser brillante.

Interesará conocer el juicio que de Fernando Huidobro, estudiante, se formó el señor don Pedro Sainz Rodríguez, que ese año 1918 era prestigioso Catedrático de Literatura Española en el I.C.A.I., y más tarde Ministro de Educación Pública al terminar la guerra en España. Lo tomamos de un artículo publicado por el mismo Catedrático Sainz Rodríguez en el *A B C* y de una carta escrita por él en junio de 1964:

> «El trabajo de aquel curso es hoy día para mí uno de los más agradables recuerdos de mi juventud. Allí conocí yo a Fernando Huidobro, del que he guardado siempre un recuerdo indeleble; pues no vacilo en afirmar que, en mis muchos años de docencia, no ha pasado por mis manos un alumno mejor dotado.
>
> Aunque estudiaba el preparatorio universitario, parecía un niño todavía por su pantalón corto, por su alegría bulliciosa y por aquella su manera de andar, como jugando, característica de los muchachos de cierta edad. Pero este infantilismo y la movilidad y alegría consiguientes, se mezclaban

con gran madurez de juicio y seriedad viril, cuando se abordaban temas de estudio.

Yo paseaba algunas veces con él a la salida de clase por los amplios corredores del I.C.A.I., hablando de sus lecturas y de los trabajos especiales que le confié. Era sorprendente cómo podría un niño tan alegre ser a la vez tan serio y ponderado en la expresión. Como inteligencia y cualidades de estudioso, era lo que en la jerga pedagógica llaman un superdotado. Para iniciar los nuevos métodos, no memorísticos, de estudio que deseábamos implantar, encargué trabajos particulares de lectura y exposición a varios alumnos. Huidobro se mostraba muy interesado por el texto medieval *La danza de la muerte* ([1]). Hizo un trabajo precioso y documentado, digno de cualquier centro superior de estudios. Yo le presté libros y le proporcioné bibliografía que consultó en diversas Bibliotecas. Esta Conferencia, redactada exclusivamente por él, la pronunció utilizando diapositivas para ilustrarla, exhibiendo las diversas ilustraciones que ha tenido la danza macabra desde las célebres de Holbein a los grabados de los pliegos de *colportage* de tipo popular ([* *]).

Tuvo la exposición de cuanto se sabía sobre el célebre Poema medieval, con tal seguridad y desembarazo, que impresionaron a su auditorio, y muy especialmente a sus compañeros, que le profesaban verdadero cariño y un cierto res-

---

[1] Se trata de un *Mimodrama* lúgubre de la Edad Media, o sea, una producción dramática de las antiguas compañías de actores ambulantes, representado gráficamente por varios personajes, de todas las clases sociales, danzando —quieras que no— al compás con otros tantos esqueletos. Representación del absoluto poder que tiene la Muerte sobre la vida de todo hombre: poderoso o débil, eclesiástico o civil. Parece se inició hacia el siglo XIV: primitivamente en representaciones escénicas, con intercalación de versos. Aparece reproducido en lápidas de antiguos cementerios, franceses especialmente. Otras veces hasta en tapices.

[* *] Juan Holbein, el Joven, alemán, pintó hacia 1530, en 40 exquisitos cuadros, la obra irónica y dramática *La Danza de la Muerte*. Descubre fines moralizadores. Los grabados de *colportage* son los que vendedores, ambulantes o no, ofrecen al gran público.

peto, a pesar de ser tan niño y seguramente el más joven de la clase.»

2. ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS.

Terminado este curso de Preparatoria de Derecho, llegaron para él los largos estudios en la carrera sacerdotal: Letras, Filosofía y Teología.

Era privilegiado su talento. «De los primeros de la clase», afirman sin vacilar condiscípulos y profesores. Inteligencia clarísima, verdaderamente profunda y equilibrada, realzada luego al hablar en público, con nítida y exacta facilidad de expresión.

De jesuita, casi todos los años recibió el encargo que —solamente a los más adelantados se hace— de tener, durante los estudios superiores, la llamada Mensual, o defensa pública de las tesis estudiadas, o bien de redactar el discurso que en estas ocasiones suele leerse.

> «Aún recuerdo las explicaciones del Padre Huidobro en los llamados 'círculos', o sea, exposición y defensa de las materias ya vistas en clase —dice el P. Mantilla, su condiscípulo en Valkenburg—, tan claras y precisas, que no tenían nada que envidiar a las del profesor. Su memoria prodigiosa recordaba fácilmente pasajes enteros de los Santos Padres o textos de la Sagrada Escritura, y su erudición histórica era enorme. Admiraba el dominio con que disputaba en las clases, y llegaba, sereno, a resolver de frente la dificultad principal en la materia propuesta.»

Pero es que unía a su capacidad de trabajo un dinamismo feraz.

Todo el tiempo señalado para el estudio —lo pueden atestiguar sus condiscípulos, seglares y religiosos— lo estimaba sagrado. Se le veía en la preparación de sus clases, tanto si él aprendía como si tenía que enseñar. Y ante el deber no había gustos ni amistades que lo separasen del trabajo. Esa tenacidad en el estudio le hacían modelo de estudiantes, pues aprovechaba extraordinariamente el tiempo. Naturalmente, esta asiduidad infatigable le

proporcionaba avances muy rápidos en las materias que traía entre manos.

Cuando las materias de estudio, las asignaturas, son gustosas, es gran placer para un despejado talento pasar las horas entregado a las investigaciones. Se explica naturalmente esta aplicación. Pero no es tan gustoso, a los dieciocho o veinte años, dedicarse meses y meses, casi exclusivamente, al árido aprendizaje del latín, cuando todos los entusiasmos se tienen puestos en la Historia, en las Ciencias Sagradas y más aún en el trabajo del apostolado.

> «Otros ven la dificultad y se echan atrás —escribe su profesor de latín, allá en Granada, P. Sempere—. El entonces Hermano Huidobro la veía, y lejos de arredrarse, parece que se gozaba en enfrentarse con todo lo que fuera duro y áspero. Un ejemplo: ante la dificultad, que lo era para todos, de componer elegantemente en latín, emprendió con los 50 difíciles temas latinos —todos—, hechos a conciencia y con toda precisión y entusiasmo. Todos los demás ejercicios de clase los abrazaba con toda el alma, y ponía en ellos todo el esfuerzo y brío juvenil. No rechazaba nada.»

El Padre Pedro María Abellán nos da su juicio sobre la manera de estudiar de su condiscípulo en Teología:

> «Prefirió siempre lo sólido a lo brillante. En clase le vi siempre renunciar a ciertos éxitos fáciles, pero inútiles o poco menos. Se preocupaba más de saber que de mostrar ciencia. Su espíritu de trabajo fue admirado de cuantos le tratamos. De constitución fuerte, abusó bastante de sus energías; y en los últimos años se le notaba más decaído.
>
> Algo me indicó en sus conversaciones, del esfuerzo que le costaba su vida universitaria de Friburgo; con doble trabajo: el de la lectura extraña y el de la Filosofía de Heidegger.
>
> No le gustaba estudiar obras de segunda mano. Y su buena cabeza le permitía abordar directamente los campeones de la Fe y sus enemigos; estudiaba, por ejemplo, muy a fondo, autores tan difíciles como Hegel y San Agustín.»

Constancia idéntica mostró en el estudio de la lengua alemana, imprescindible para el Doctorado que pretendía obtener en Fi-

losofía. Ya no era un niño cuando empezó su difícil aprendizaje. Pero se propuso conseguir el objetivo, y lo alcanzó. Su voluntad enérgica le esforzaba en el empeño.

Sabía solamente balbucear unas cuantas frases—aprendidas en cursillos de verano, en Chamartín, con el profesor Herr Willy Guhl —cuando fue enviado a continuar su Teología entre los Padres alemanes de Valkenburg, en tierra holandesa. Decidido a llegar a dominar a todo trance la nueva lengua, impúsose a sí mismo la obligación de no hablar una sola palabra en latín o castellano, y para entrar más de lleno en ambiente extranjero y verse en la necesidad de vencer, cuanto antes, la dificultad en la lengua, se aisló por completo de los demás españoles y sudamericanos, pues aun con ellos no hablaba sino en alemán, aunque fuese chapurreado. Del hablar en latín se les había dispensado, con tal de que no hablasen en castellano. Todo esto le costaba muchísimo, ya que este período de aprendizaje coartaba la expansión, tan propia de su carácter comunicativo. No obstante, guardó fidelidad a su propósito, aun en los jueves de vacación, cuando los demás extranjeros solían reunirse en el comedor por naciones. «Yo hablaré mal —decía, con gran satisfacción, poco después de su llegada a Valkenburg—, pero aún no me he ayudado ni una sola vez del latín para entenderme con los alemanes.» Y eso que rodeado únicamente de ellos había estado en todas partes, desde el primer momento. El fruto de este esfuerzo fue doble: al poco tiempo ya se había hecho muy popular entre sus compañeros alemanes, que le estimaban y querían de verdad, y sabían apreciar la voluntad de unirse con los de lengua extraña. Y a la vez fue de los que primero se familiarizaron con este idioma, que, a juicio de los mismos alemanes, llegó a manejar con toda soltura.

Apenas ordenado sacerdote, ya pudo decir en una carta a su madre:

> «Mañana salgo para Ringenberg, donde voy a predicar y confesar para el cumplimiento pascual. Os extrañará que me atreva a predicar en alemán. Es la primera vez que predico desde que salí de Oña. Un sermón cortito el día de Resurrección. Ya lo he ensayado y me dicen que se me entiende muy bien. Con esto basta por ahora.»

Y al año siguiente, el 34:

«Al alemán estoy muy acostumbrado y no me cuesta nada no hablar en castellano.»

Consiguió el fruto de aprender la lengua, y también de fortificar su voluntad en los propósitos. Cuando andaba todavía rompiendo con las primeras dificultades de lengua tan difícil, tenía que buscar algún bondadoso intérprete, sobre todo cuando se trataba de hacer alguna compra. Contaba el Padre Huidobro que, al comenzar los intensos fríos de Friburgo, pidió a un Padre que le acompañase para ir a comprar un abrigo bien fuerte. Accedió muy amablemente; naturalmente, solucionó la dificultad del idioma con el vendedor; pero no tanto con la buena elección del abrigo: «me costó 52 marcos; nada barato. El Padre alemán se mostraba muy entendido y hasta miraba el paño con una lupa — ¡buen germano! —; pero no sé hasta dónde llegaría su competencia en examen tan minucioso del tejido».

Era siempre lector asiduo de obras de especialización en la «Sala de Trabajo», en las Bibliotecas de las diferentes Casas en que estudió, antes de ser sacerdote. En tiempo tan poco apto para el estudio reposado, como los primeros meses tras la salida al destierro, a mitad de curso, muy cansado y en una casa a medio instalar, no se contentó con los libros de texto teológicos, más que suficientes, para los próximos exámenes de *Deo uno*. Estudió con gran detención las Actas de los Concilios. Cosa parecida hizo al corresponderle ver el Tratado sobre la Santísima Trinidad: entre otras muchas obras, leyó y anotó los 15 Libros que San Agustín escribió sobre este augusto Misterio. Andaba por entonces entusiasmado con los escritos de este santo Doctor de la Iglesia, y con gran convicción negaba que fuese desordenado u oscuro en estos escritos. Al mismo tiempo leyó en lengua griega —que perfectamente dominaba— los cuatro Discursos teológicos de San Gregorio Nazianceno, pues supuso que le habían de ayudar para penetrar más a fondo en otra de las materias que estudiaba: la Divinidad de Jesucristo.

Llegó hasta pensar alguna vez si no era ya excesivo su afán por los libros. Hacia el final de su vida, según parece, se reprende a sí mismo en una nota para la cuenta de su conciencia: «Dejarme llevar de gustos no apostólicos de estudios.»

Que sepamos, una sola vez en su vida tuvo un examen, ya de

teólogo, deslucido y menos brillante. No es que quedase desaprobado —superó la medianía—, pero sí en situación inferior a la acostumbrada por él. Y el causante de este deslucimiento fue uno de los profesores que más le estimaba, el Padre Victoriano Larrañaga, quien, precisamente para darle ocasión de mostrar toda su gran capacidad de bueno entre los buenos, le preguntó una materia singularmente intrincada, que cogió al estudiante demasiado desprevenido.

«Presencié al poco —contó el examinador— un ejemplo que por primera vez se me presentaba: cuando Huidobro se despidió de los Padres de aquella Casa, se dirigió a su examinador y, con gran sencillez y la más sincera gratitud, le dio las gracias por aquellas preguntas, tan interesantes, que le había hecho en el examen. Buena demostración de la tan superior mirada del discípulo.»

Con sus estudios de la ciencia eclesiástica fue simultaneando los de la Universidad de Madrid, para luego doctorarse aquí en la Facultad de Filosofía, a la vez que obtendría ese mismo título en la Universidad de Friburgo. Su gran capacidad de talento y de trabajo se lo consentían.

Aunque cansado del año en Portugal de su tercera Probación, vino a Madrid para preparar sus exámenes. Los fortísimos calores del agosto madrileño no le disuadieron de esta sobrecarga. Más aun, a los pocos días de su llegada, cambió de domicilio y, dejando el piso de Villanueva, 15, se fue a vivir con otros pocos Padres a un piso más retirado, en la calle de Lagasca, 35, a fin de evitar que las frecuentes visitas de todos sus conocidos en Madrid le interrumpiesen en el estudio. Finalmente, al necesitarse para otro el cuarto que estaba ocupando, tuvo que trasladarse a Plaza de Santa Bárbara, 10. Hacia las ocho y media de la mañana se iba cada día a la Biblioteca Nacional; allí estudiaba hasta cerca de la una, y tras una hora u hora y cuarto de descanso y siesta, acabada la comida, de nuevo a su intenso trabajo, hasta la puesta del sol. Apenas si salía de casa para otra cosa. « ¡Pero si hoy casi no he hecho nada!», solía responder a quien le invitaba a dar un breve paseo.

Con tal aplicación y su gran poder asimilativo, dio luego magnífico examen, alabado extraordinariamente por los catedráticos de la Central.

3. EN ARANJUEZ.

Terminó el año 27 sus estudios filosóficos en Granada. Antes de proseguir al Teologado para su propia formación intelectual, había de pasar un trienio en la enseñanza. Primeramente fue enviado con los jóvenes religiosos de Aranjuez.

Nunca todavía se había sentado en una cátedra de profesor; allí enseñó Latín, Griego, Literatura e Historia. Si lo hizo bien de estudiante, no lo hizo menos bien de maestro.

Llegó a aquel su primer campo de enseñanza, lleno de alegría y entusiasmo, que sin interrupción conservó. Su enorme capacidad de trabajo y su claro entendimiento los puso al servicio del bien intelectual de los discípulos. Cierto que éstos eran religiosos, y así no podía encontrar en ellos las preocupaciones para el aprendizaje que se suelen hallar entre niños colegiales. Pero, en cambio, era allí mucho más necesaria la diligencia en la preparación de las materias, pues los alumnos suelen estudiar a conciencia. Por mucho que ellos avanzasen, ni una sola vez lograron encontrar a su profesor no preparado, pues sobre las grandes cualidades de que estaba dotado, puso él, en grado límite, su ardor en el trabajo de preparación de clases y de dirección a cada uno de sus discípulos. Era el entusiasmo que Huidobro puso siempre en toda ocupación que le encargaban: estaba persuadido de que su santificación, delante de Dios, estaba en hacer lo que tenía que hacer, y del mejor modo posible. Este fue el secreto de sus éxitos en Aranjuez, en clases y exámenes.

Uno de sus discípulos, actual profesor de Filosofía, Padre Martínez Gómez, describió así la obra realizada entre ellos por su maestro:

> «Durante todo el año, no tuvo con nosotros otra preocupación más viva que la de lograr una plena formación de cada uno. Para sacar más tiempo de estudio, hasta se levantaba antes que los demás, y así rezaba el Rosario y hacía su lectura espiritual antes aun de la Meditación de la mañana. Le obsesionaba la idea de preparar bien sus clases y obligar a sus discípulos a rendir la máxima utilidad en el estudio. Todavía recuerdo con qué ardor se erguía contra ciertas poquedades de ánimo, que ocultan las cualidades y no las explo-

> tan. Al contrario, nos exhortaba a reconocerlas y a estimularlas para ponerlas, en la máxima capacidad de rendimiento, al servicio de la causa de Dios.»

Exigía a sus alumnos. Les obligaba en muchas ocasiones a rehacer una y más veces sus escritos, hasta conseguir lo mejor que cada uno podía dar de sí. Pero luego sabía sufrirles con amable paciencia.

Corno por aquellos tiempos su salud le ayudaba, era incansable en su cuarto, ante los libros o ante los cuadernos de sus discípulos. No tenía cuenta con el propio cansancio. Una muy breve salida por la huerta al atardecer —eso sí, derrochando sana alegría y sanísimo buen humor—, para encerrarse de nuevo en su aposento. Para conseguir que alargase un poco ese descanso de la tarde, el medio era invitarle a recorrer los andamios de la obra de Casa: allí, entre las conversaciones y las risas con los jóvenes albañiles, sobre todo con sus «Cruzados de la Eucaristía», perdía ya un poco la cuenta con el reloj.

Uno de sus discípulos que ya tenía hechos sus estudios sacerdotales, con grandes ponderaciones exclamaba:

> «Espanta ver cómo prepara las clases. Y con qué precisión habla, aun teniendo que tratar materias teológicas que él aún no ha estudiado.»

Quien daba este juicio, siendo en Aranjuez su alumno, era el Padre Juan Martínez, compañero suyo años más tarde como Capellán en la Cruzada.

Entre otras clases, enseñó entonces Historia. La materia le atraía muchísimo. Había llegado a especializarse. Uno de sus autores favoritos era Menéndez Pelayo. Una vez hubo que se dejó arrastrar demasiado de su entusiasmo. Proyectó e inició una Academia de casi ilimitadas dimensiones: abarcaría la Unidad Católica en España, encerrando en este estudio todo nuestro Siglo de Oro. A su compañero de profesorado también embarcó en esta ingente labor. Total, que únicamente se pudo presentar uno solo de los subpuntos del plan; y aun así, dio para dos actos académicos y una porción de discursos en el comedor. Pero sirvió en mucho para levantar los ánimos de todos los jóvenes estudiantes: uno de los frutos que el Hermano Huidobro más ambicionaba.

4. CON ALUMNOS DE CHAMARTÍN.

Muy contento, satisfechísimo, estuvo dos años el Hermano Huidobro en Aranjuez. Con sus alumnos jesuitas y con los muchachos y obreros de la obra. Aún le quedaba otro año más de Magisterio. Y pidió a su Padre Provincial pasarlo en algún Colegio de alumnos seglares, para conocer ese campo de apostolado y sus propias aptitudes, y conocer también más enteramente la psicología infantil.

Fue destinado, el curso 1929 al 30, al Colegio de Chamartín. Tuvo clases de Literatura y Religión con alumnos de diversos cursos, desde segundo a sexto año, más la subprefectura con la segunda División de internos.

Una gran cualidad tenía para los Colegios, y es que no se había olvidado de cuando él había sido niño, y de cómo se graban las cosas que en esa edad se aprenden, y de cuán listos suelen ser los colegiales para juzgar la justicia o injusticia de los castigos. Supo hacerse niño con los niños, se impuso a todos por su rectitud y desempeñó las clases con gran competencia.

Vigilaba mucho a los alumnos, pero sin suspicacias y sin juzgar mal sus actos, hasta estar plenamente convencido. Contaba él más tarde que un día, al recorrer el salón de estudio, vio en la carpeta de un chico un papel escrito en cifra. El tal chico era uno de esos que, por desgracia, nunca faltan, y que son la pesadilla de sus profesores e inspectores. No quiso, sin embargo, juzgar ya de pronto mal. Llevándose el papelito a su aposento, tuvo la paciencia de ir con gran trabajo descifrándolo. Cuando logró al fin leerlo todo, se le saltaban lágrimas de emoción: aquel alumno díscolo, tenido por indeseable, había escrito un Voto a la Santísima Virgen, lleno de sinceridad y hasta heroico para sus cortos años. Pasando el tiempo, aquel alumno, convertido ya en un ejemplar cristiano, llegó a soportar injurias y aun golpes, al salir en público por el honor de Nuestra Señora, a quien un desalmado acababa de ofender y blasfemar.

Aunque en las clases y en el trato con los jóvenes sólo vio éxitos, ya desde el comienzo, con espontánea humildad, se acomodaba a los consejos de su compañero de prefectura.

Uno de los alumnos mayores, de carácter travieso y muy difícil, declaraba luego:

> «Creíamos que el Padre Huidobro iba a ser como el Padre X —uno con quien habían hecho verdaderas tropelías—, y que íbamos a pasar un año divertido. Pero a la primera que le hicimos en clase, nos echó un sermón que nos metió miedo para todo el año.»

Mas no era con la amenaza con lo que lograba imponerse. El dominio que tenía sobre ellos era no sólo externo, sino que influía en su espíritu cuanto quería. No es que se hiciese Padre Espiritual y se metiese en terreno propio de sacerdotes. Pero sabía hablarles tan oportunamente al corazón, que los muchachos le oían con veneración y respeto. Descubiertas en una ocasión faltas más serias y descubierto el grupo culpable, el Hermano Huidobro les habló tan delicadamente uno a uno, que todos le iban manifestando cuanto de malo había, y esto, como en otra vez aconteció, aun tratándose de casos de verdadera expulsión y sabiendo el chico que, por lo menos, iba a recibir fuerte castigo. Tenía especial gracia para ganarse la voluntad de los niños más díscolos del Colegio y conseguir luego de ellos lo que quería.

No hubo en el Colegio alumno, por incorregible que pareciese, que pudiera resistir a la acción suave e insinuante del Padre. No cejaba hasta rendirle. Sabía hablarles tan adentro, que los chicos, al fin, no le negaban nada. Aun después de tantos años como ya han pasado, más de un alumno recordará con agradecimiento a aquel buen Subprefecto que consiguió enderezarle a tiempo.

A fin de atraerse a los mejores talentos y también a aquellos que ejercían mayor influjo sobre los restantes, debido a su carácter dominador, a ellos les toleraba a veces algunas faltillas, para que esta indulgencia les hiciera estar contentos y sumisos. Dirigiendo a estos pequeños jefes de masas, más seguro y universal era luego el influjo sobre todos. Procedía así no por condescendiente debilidad, pues castigaba severamente el más ligero asomo de rebelión. El resultado fue que chicos díscolos, verbigracia, dos de sexto año, se le volvieran manejables.

Uno de sus alumnos de entonces, y actual Provincial de los jesuitas de Madrid, Padre Luis González, sintetizó así algunas de

las impresiones sobre su profesor Padre Huidobro:

> «Uno de los rasgos que le hacía más simpático era su trato varonil. A lo que yo puedo recordar nunca se enfadó con nosotros, porque tampoco tuvo necesidad de hacerlo. Su persona nos imponía respeto. Nos trataba como a hombres. Nos aconsejaba como un hermano mayor.
>
> Fomentó la vida de estudios, y nos hizo conocer la trascendencia que tenían para el día de mañana. Esta sensatez y confianza con que nos hablaba, nos llamaba la atención. No estábamos acostumbrados.»

No dejó de contribuir a que los alumnos le quisieran y respetaran, el ver lo mucho que por su bien se sacrificaba, y la delicadeza que siempre había en su trato. No se les pasó, por ejemplo, inadvertido, que el Padre Huidobro se iba, muy frecuentemente, a pasear por las noches por el tránsito cercano al dormitorio de los más pequeñitos, de siete y ocho años, aun cuando a él no le correspondían, a fin de que los niños, sabiéndose acompañados, se durmieran sin miedo.

Ni dejaron de saber que la noche del jueves al Viernes Santo se la pasó toda ella en vela, para cuidar de ir llamando, a su hora, a cada uno de los colegiales, que querían estar algún tiempo ante el Monumento.

Ingenioso e incansable en buscar medios para estimular a los alumnos en el arte de hablar y escribir, con la especial finalidad de irles preparando a la propaganda y acción política, apenas llegado a Chamartín de la Rosa estableció una Academia dentro de su División con los alumnos mejores en talento y conducta. Reuníales todos los domingos y los ejercitaba en lecturas y declamaciones. Hacíales presentar artículos que ellos hubieran redactado de antemano. Fue un gran acierto. Un día llevó a los académicos de excursión a Segovia; volvieron encantados de lo bien que los trató. Les llamó también la atención, y lo comentaron entre ellos, cuando él les presidió la mesa en el hotel, lo dignamente que comía.

Le llegó al Padre Huidobro la hora de abandonar el Colegio de Chamartín.

De lo hondamente que habían penetrado en el corazón del Sub-prefecto los alumnos, son buen testimonio las palabras que les

dirigió al decirles adiós, al término de este curso —30 al 31—, que era entrada para él a sus estudios teológicos. Conservamos el papel en el que escribió algunos párrafos de esta despedida:

> «La verdad es que vosotros os vais alegres y yo me quedo triste. ¿A qué negarlo? De vivir con vosotros, de cuidar de vosotros, de pensar todo el día en vosotros, y, sobre todo, de rezar por vosotros, se os toma cariño. Cristo me mandó que os amase como a hijos; y ya desde antes de conoceros, todo el verano pasado, estuve pensando en vosotros y orando, sin cesar, por vosotros.
>
> Si he vigilado, si he reñido, si he hablado en particular y en público, si muchas veces me he apenado y hasta he llorado, por el bien de vuestras almas fue. Si en ellas he dejado caer alguna semilla fecunda de bien, eso me basta por recompensa.
>
> En este viaje de la vida hemos coincidido en un departamento; hemos vivido juntos unos momentos, para mí felices; no sé para vosotros. Ahora, yo cambio de coche. ¿Nos volveremos a juntar? Dios lo sabe. Sólo quiero que sepáis que, si alguna vez nos encontramos, tendréis en mí un siervo vuestro para todo lo que es conforme a mi oficio y profesión: para consolaros, para aconsejaros, para reconciliaros con Cristo y haceros partícipes de su Cuerpo si, como espero, soy pronto Sacerdote.
>
> Nunca os olvidaré. Y al veros partir, no solo estoy triste porque os apartáis de mi lado. Veo a lo lejos, sobre el mar al que os lanzáis inexpertos, deseosos de gozar, con el alma iluminada de sonrosados albores de esperanza y ventura; veo unas nubes negras, sobre las que cabalgan desbocados los corceles del pecado y de la muerte. Veo un huracán que se desencadena sobre ese mar y arrebata las más de las naves... Y ¿queréis que no tiemble por vosotros? ¡Virgen del Recuerdo... Tú que puedes, sálvalos!»

En el único año que trabajó entre alumnos, logró penetrarse de tal manera con los mejores métodos pedagógicos, que al llegar a Bélgica, pudo presentar para la «Semana de Colegios», celebrada en el de Les Avins, una Memoria con normas que son un

verdadero programa de Pedagogía, acomodado a la dirección de los colegiales. Tiene verdaderos aciertos en los consejos que allí se dan a cuantos trabajan con alumnos. Es fruto principalmente de su permanencia en el Internado de Chamartín, y seguramente reflejo de cuanto él había practicado, y que tan óptimos resultados produjo.

La Encuesta proponía cuatro preguntas, a las que se había de responder: Medios para conocer a los alumnos, para conseguir su respeto y cariño, para inculcarles virtudes y amor al trabajo y, en fin, algo peculiar del Colegio en que uno había estado.

«RESPUESTA:

> I. Para conocer a los niños la primera condición es quererlos mucho a cada uno en particular y con esto observarlos. Como se convive con ellos, poco se tarda en conocerlos. Hay que preservarse de la fama que traen los chicos de otras clases inferiores; de lo contrario se perpetúan con grave daño de la justicia y del niño opiniones erróneas, desfavorables a la pobre criatura. Después es muy conveniente el hacer oración sobre ellos, uno por uno, con lo cual se adquiere un amor paternal —y por ende varonil—y sobrenatural. Luego hay que hablar con ellos mucho, en grupo y en particular. En la oración por cada chico, que se puede hacer muy bien en las horas eternas de inspección, hay que pensar, tratándolo con Dios, sus cualidades, sus defectos, cuanto bueno o malo puede salir de esa vida que empieza y cómo puedo yo entrarle. Estos ratos concentran las observaciones que, sin querer, se van haciendo durante el día y que sólo necesitan un poco de reflexión.
>
> II. Ese amor se manifiesta espontáneamente, sin zalamerías —que por otro lado son lo mejor para hacerse repulsivo—, en las mil ocasiones que se ofrecen: respondiendo pacientemente a sus preguntas innumerables, tomando a pecho todo lo suyo, consolándolos cuando están tristes, visitándolos cuando están enfermos —tal vez nada gana tanto como esto—. En una palabra, entregándose del todo como a hijos que le ha dado a uno el Señor, de suerte que sinceramente se pueda decir como Cristo: ‘Estos son mi madre y mis

hermanos.’ Tratándoles como hombres, con la misma seriedad con que hablan ellos de sus cosas unos con otros. Ni hay que desdeñarse de oficios humildes, como servirles a la mesa en un día de campo. Para conservar el respeto, mantenerse siempre religioso: no acariciar ni pegar, saber cohibir siempre la ira, pero mostrar, cuando hace falta, una voluntad invencible. Para esto no querer a toda costa sino pocas cosas y esenciales, pero esas quererlas sin condiciones. Cuando un hombre así dice una vez: 'por esto no paso', todos se agachan. No ayuda nada al respecto poner cara de guardia; en cambio, sí es conveniente guardar cierta reserva hablando pocas veces de sí mismo. Todo esto es muy personal y cada uno tiene que conocerse y saber hasta dónde puede bajarse. Cuanto más talento y más energía de voluntad hay, menos peligro existe de una confianza excesiva.

III. Los medios sobrenaturales tienen una fuerza increíble. Lo que un muchacho no hace por el Corazón de Jesús o por la Virgen, no lo hace por nadie. Claro que hay que administrar esos motivos. No gastarlos en pedirles memeces, como que lleven los brazos cruzados, etc. A un maestrillo le decía un niño: ‘Usted con que seamos buenos tiene bastante, lo demás no le importa.’ Tiene que haber orden: por tanto, al que estorba le pondré alguna sanción, pero no voy a romper con un niño porque es muy charlatán y enredador, señal de que está sano y de que le retoza el alma. Sin embargo, eso que no debía pasar, pasa. A propósito del uso de medios espirituales, decía un chico una vez al P. Rector: 'Gracias a Dios, esto no parece ya una escuela laica.'

IV. En el colegio de Chamartín era el culto muy solemne, lo cual gusta, cuando no se alarga demasiado. Y comulgaban casi todos todos los días y todos casi todos los días. De ahí nacía una pureza —digo del tiempo que yo estuve allí— que la iban vendiendo por la cara.

Fernando de Huidobro.»

5. MEMORIA DEL COLEGIO.

Terminado ya aquel curso escolar, le encargó a Huidobro el

Padre Rector de Chamartín, Enrique Jiménez, que durante el verano arreglase la publicación de la «Memoria extraordinaria» que, con ocasión de las Bodas de Oro del Colegio, deseaba que se editase. Con su acostumbrada eficacia se dedicó a esta labor, empleando todas las vacaciones en preparar los materiales y redactar la Memoria. Copiaremos aquí unos párrafos del Prólogo que escribió, introducción a toda la Revista, y a la vez, presentación de don Joaquín Aguilera, uno de los ex alumnos fundadores, que iba a hacer la crónica de los primeros años colegiales.

Con atinada delicadeza habla el Padre Huidobro en la Introducción de los frutos de un buen Colegio:

> «Cincuenta años se cumplen en este día desde aquel venturoso en que la sosegada quinta de los Duques de Pastrana resonó por vez primera con el estruendo de infantiles voces; y para conmemorar tan fausto aniversario, nada ha parecido más oportuno que la evocación de aquellos tiempos por uno de los que con más intensidad los vivieron...
>
> La vida de un Colegio es la vida de cada uno de sus discípulos; y para exactamente dar a conocer su obra, habría de meterse el historiador en el ánimo de aquéllos, recoger sus impresiones y sentimientos de muchacho y acompañarles después en el variado tejido de las andanzas y sucesos de la vida, rastreando lo bueno y virtuoso que en ella se debe a la educación recibida: la resolución enérgica de un carácter firme que reacciona ante los embates del mar del mundo; el grito que suena en la soledad de la conciencia condenando, en nombre de Dios, pecados y flaquezas o marcando inexorable una línea de conducta; la profesión en las obras y en la vida pública de la fe católica cristiana, sin transacciones ni miedos; esos sacrificios callados; esas caridades ocultas, ¡en cuántos se habrán debido al lastre de verdades religiosas asimiladas entre estos 'tutelares muros', a ese continuo forjar el carácter al fuego de la piedad y sobre el yunque de la disciplina, al amor al Corazón de Cristo aquí encendido y a la frecuente Comunión de su Cuerpo, al recuerdo santo de la Virgen del Colegio a quién se juró de niño: '¡Hasta que muera, Madre, hasta que muera —me acordaré de Ti'! »

Un párrafo tiene —no podía faltar aquí— dedicado a la Ima-

gen de la Virgen del Recuerdo, Patrona del Colegio y centro y estímulo para tantas obras buenas en alumnos y ex alumnos:

> «La Imagen, sobre todo, de esta Madre, esculpida en el alma por las prácticas de la Capilla, por la Congregación, por las flores y obsequios de Mayo, por los consejos particulares, por aquella despedida de la Virgen que en el comienzo de *Pequeñeces* consagró el P. Coloma con la perennidad del arte, ¡a cuántos ha levantado a esfuerzos de virtud excelsa!, ¡a cuántos ha iluminado en momentos de duda y tentación y tinieblas!, ¡a cuántos náufragos volverá aún a la orilla, como única tabla de esperanza en las angustias de la borrasca! »

Por eso, los más devotos de Nuestra Señora, sus congregantes, al encontrarse, al cabo de los años, en sus Asambleas de Chamartín, se sentirán más unidos entre sí —dice el Padre Huidobro—: «al reunirse tantos que corrieron separados el mar de la vida mirando siempre el semblante de Nuestra Estrella Soberana».

Avanzando más en este Prólogo, recoge una anécdota que había de ser bien grata recordada entre los antiguos y modernos ex alumnos del Colegio del Recuerdo: el Himno de Chamartín, en tierras africanas:

> «Y acaeció también que cuando los Cazadores de Arapiles y Las Navas, después de escalar en la mañana del 29 de Setiembre de 1909 las cumbres del Gurugú, celebraban con vivas ensordecedores tan fausto suceso, la Música que allí se hallaba, era la misma que meses antes había dejado oír sus vibrantes sones en la Procesión del 31 de mayo en Chamartín. Y buscando un Himno Sacro con que dar gracias al Cielo, vino a la mente del Músico Mayor, el nuestro de la Virgen del Recuerdo. Así, con las notas varoniles y tiernas a la par, de D. Pantaleón Legarra, sonaron por primera vez las alabanzas de María, después de 13 siglos de Imperio exclusivo de Mahoma, sobre las alturas que dominan las costas del Rif.»

> «Son estas páginas —escribe al terminar— satisfacción a los que en el Colegio trabajaron, al ver que así germinan sus fatigas en tierra generosa; y recrean y deleitan, con el sabroso rumiar de los pasados tiempos, a cuantos reconocen que se debe el Nombre de Nuestra Patrona, a la prerrogativa

que esta Casa tiene de haber sido para los Duques, para los Padres y para los alumnos, 'la de los santos y dulces recuerdos'.»

Es notable que en esta larga Memoria, en la que se trata muy particularmente de todo lo acontecido en el último curso, 29 al 30, y se pormenorizan hechos en los que el Padre Huidobro había intervenido, ni una sola vez se le nombra, ni en una de las fotos aparece. Es más: ni aun cuando expone las actuaciones de la Academia por él fundada. Nada dice del Director, ¡y era él!

Gran mérito fue, al preparar la Revista extraordinaria, el haber conseguido que se hiciera una descripción de cada uno de los cerca de 300 objetos artísticos conservados hasta aquel entonces en el Colegio. Unió el autor de la Memoria, con su modesta humildad, un muy señalado gusto artístico literario.

Aquéllas no habían sido más que escaramuzas de profesor novel. Prueba de sus fuerzas para el mañana. Y el mañana le iba a llegar en la enseñanza, al menos en los planes humanos. Los superiores, conociendo sus tan buenas cualidades intelectuales y sus cualidades pedagógicas, destináronle a la enseñanza de Historia de la Filosofía. Antes debería prepararse y doctorarse en alguna Universidad. No eran éstas sus aficiones; pero, fiel a la obediencia, llegó a entusiasmarse tanto con sus estudios filosóficos, que pocos meses antes de morir dijo en una carta:

«Sentiré ahora apartarme de la Filosofía, después de haberme llegado a aficionar a ella.»

6. LA PREDICACIÓN.

La cátedra de enseñanza, que ocupó el Padre Huidobro, no sólo fue la de Aranjuez y Chamartín ante jóvenes estudiantes. Otra cátedra hubo mucho más deseada por él y de resonancia más amplia y a la que volvía los ojos para el futuro: el Púlpito. Lamentablemente, ese futuro apenas si le llegó, pues su vida fue muy corta y muy entregada al estudio.

En las pocas manifestaciones que tuvo ocasión de hacer demostró poseer gran preparación y muy especiales dotes de orador.

Para juzgarle hemos de tomar aquí la predicación en su acepción más amplia: todo lo que sea enseñar públicamente para persuadir verdades, aun cuando no se congregue ningún gran auditorio en una iglesia o en una sala de conferencias: sus muchas catequesis, sus predicaciones durante los meses de Capellán, sus escritos, sus variadísimas charlas educativas. Con estos elementos sí nos podemos formar exacta idea de lo que era su oratoria.

Para Huidobro el predicar era el estricto cumplimiento de su deber: el bien de las almas. Y al mismo tiempo, una satisfacción. Necesitaba hablar. No estaba hecho para vivir custodiando, encerrado en sí mismo, un mundo de ideas. Por su gran poder de comunicativa penetración, vibraba en seguida acorde con su interlocutor, ya fuese éste compañero de diálogo, ya uno de tantos en numeroso auditorio. Era un esclavo de la verdad. Se le veía, en tantas ocasiones, pero sobre todo durante sus estudios filosóficos y teológicos, ansioso de descubrir más y más la verdad, sin sosegar hasta gozarse en su posesión. La verdad es luz, y él, temperamento vigoroso, de nobilísimos ideales, vivía con su alma bañada en esa luz de sinceridad, y deseoso de comunicarla y persuadirla a los demás. Huidobro era de los que, una vez vista la verdad, ni en sus ojos ni en sus palabras saben esconderla.

Nunca le faltó viril firmeza para exponer la verdad, sin respeto humano, al igual que en todo su actuar en la vida, sin que ninguna cobardía le detuviese.

Seguramente que recibiría gran satisfacción en escuchar un día —el 31 de diciembre del 35, en Munich— al valeroso campeón de la causa católica en Alemania, Cardenal Faulhaber, durante una de sus predicaciones en la Catedral. La firmeza en exponer la verdad ya le venía de antiguo al Padre Huidobro: «Un muchacho era aún —afirma uno de sus familiares— y ya se señalaba entre todos por su extraordinaria rectitud y valentía.»

Al poco tiempo de su entrada en la Compañía estudió el tratado de Elocuencia en Granada. Su gran modelo en la predicación era San Pablo.

> «Recuerdo —dice un condiscípulo, el P. Leal— el entusiasmo con que él escogió hacer el sermón de San Pablo. Hizo un magnífico panegírico, lleno de ideas, pero más de corazón. Aquel tema se le acomodaba a su gran talla de após-

> tol. No manejó muchos libros: las Cartas, leídas y profundamente meditadas por él. Fue en esta ocasión cuando me empezó a parecer grande la figura de Huidobro.» Y su profesor de Retórica, el ya difunto P. Ramírez: «Casi cada línea fue un chispazo. El conjunto, el desarrollo de idea grandiosa. Conciso el estilo.»

Con el estudio que en esta ocasión hizo, se entusiasmó con el gran Apóstol. Toda su vida fue lector asiduo de sus Cartas, y en ellas buscaba frecuentemente materia de meditación. Lo evidencian sus Notas espirituales, y el libro de que más se sirvió hacia el final de su vida y que llevaba consigo al morir: un pequeño manual, con los Evangelios y con las Cartas. Algunas de éstas se las había aprendido de memoria hacía mucho tiempo.

Le amó, por lo mucho que amaba a Jesucristo. Huidobro quería ser apóstol «a lo Pablo», como él decía. Hasta tenía algo del carácter de este modelo de apóstoles: sanguíneo-nervioso, con las dos cualidades que brotan de ese complejo: ímpetu y corazón.

Ni sólo en las ideas. Hasta en su manera de concebirlas, hasta en su mismo estilo, rezumaba algo a San Pablo: sobriedad y audacia en la expresión de ideas profundísimas, y a la vez —y esto es lo más singular— tangibles, de aplicación práctica, sencilla y cotidiana.

En su predicación se manifestaba todo él. Era reflejo fiel de su persona, de su modo de ser. Bastaba oírle una vez hablar al Padre Huidobro, para comprender que le atormentaba su espíritu el ansia de ir al entendimiento del pueblo a resolver sus dudas, las que el pueblo tiene, y resolverlas de la manera que el pueblo le pudiera mejor entender. De ahí su deseo constante de mezclarse con el pueblo, de penetrar su mentalidad, para poder después hablarles de sus materias y en su lenguaje. Fuerte inclinación a conocer el pensar y el sentir de la masa popular.

> «Hay una filosofía escolar —decía— con pruebas, definiciones, escolios o elucubraciones de largas páginas, que hay que leerse de un tirón. Otra, de la vida: que es la apreciación de las cosas propias del hombre. Y el español, como se ha dicho muy bien, es ante todo eso: un Hombre.»

Eminentemente científico popular. Las verdades más sublimes

al alcance de la percepción vulgar.

La talla de su espíritu se hallaba a elevado nivel intelectual, pero sabía entender a los niños y hacer que los niños le entendiesen a él. Brillaba en las clases de Filosofía y Teología por su talento. De allí se iba a las catequesis, y era el entusiasmo de los niños, que sin ningún esfuerzo entendían sus explicaciones sobre la fe. Con inimitable sencillez exponía los puntos más oscuros del Catecismo, y su discurso caminaba con tanta facilidad, tal tersura en el pensamiento y vigor en la expresión, que no costaba nada seguirle.

Ya, por ejemplo, al poco de entrado en la Compañía, cuando era todavía un jovencito, sorprendió a algunos la precisión y dominio con que exponía en el Puerto a los muchachos de la calle la devoción al Corazón de Jesús.

Lo que muchas veces no podía sospechar su popular y sencillo auditorio, al oírle explicar tan a su alcance, es que el Padre Huidobro había preparado estas explicaciones leyendo a San Agustín y otros Padres de la Iglesia.

Sabía hablar con tono insinuante, delicado. En alguna ocasión reunió en la capilla de Aranjuez a un pequeño grupo de muchachos de la Cruzada Eucarística por él fundada. Y les habló él muy cerca del Sagrario, en pie, en voz recogida, muy devota, muy en la intimidad. Le dije al terminar, que me parecía excesivo tanto recogimiento para hablar a aquellos obrerillos. «Es que son unos muchachos muy buenos —me contestó— y tenía miedo de disiparles con mis palabras.»

Pero no era ése su tono ordinario al predicar. El suyo, el natural, el frecuentado, era el de alocución enérgica, tajante; elocuencia militar. Se reflejaba así su propio carácter: juvenil, algo rasgado, no por petulancia, sino por reacción contra ciertas blandeces, que nunca le agradaron en ningún sitio.

Al predicar más tarde en campaña no tuvo que modificarse en nada. Era el mismo de siempre, aun dentro de sus conversaciones familiares: franco y noble en sus apreciaciones, expuestas con todo vigor. En San Pablo, aun las imágenes usadas son a menudo bélicas: habla y repite la comparación con milicias, con asaltos, combates, cascos y espadas. Pocas veces gozaba tanto el Capellán de la Cuarta Bandera —lo aseguró él— como cuando salía de las trincheras para un asalto y arengaba a sus legionarios a vencer y a

morir en la batalla por la Patria y por Dios.

Era Huidobro uno de los que escuchados una vez, ya no se olvidan. No pertenecía al vulgo. Poco amigo de la predicación francesa por lo académica y, frecuentemente, fría. Muy amigo de la homilética, al estilo de los Santos Padres de la Iglesia. Tendía a predicación de combate, de lucha. En Tertuliano, el gran apologista del primitivo cristianismo —de cuyo estilo era muy conocedor y admirador—, se encontrarán muchas formas de semejanza.

Su predicar estaba lleno de sentimiento, porque hablaba metiendo en ello todo el corazón. Y esto, lo mismo si ejercitaba su elocuencia no desde un púlpito o una tribuna, sino de pie, en medio de un pequeño grupo. Y aun quizá hasta en habla individual, mientras se tratase de persuadir una verdad de aplicación inmediata.

Ardor sereno, lleno de unción. Mientras él hablaba parecía estar poseído de la santa inquietud del soldado de la verdad y se descubría tono de dramatismo en sus palabras. El mismo que trascendía toda su vida y su actuar.

Grandes cualidades pedagógicas para persuadir. ¡Con qué fuerza de expresión hablaba! Como quien posee talento para penetrar a fondo la verdad y gran corazón para sentirla:

> «Cuando en Oña me encargaron de las explicaciones del Evangelio en las Misas de los Domingos —dijo una vez—, me excitaba tanto al hablar, que consulté luego a ver si debería encargar a otro esta predicación; pues después de bajar del púlpito, me costaba un buen rato el poder estudiar. Me respondieron que era de más gloria de Dios el que yo siguiera, y así me tranquilicé.»

¡Buen declamador! ¡Qué brío el suyo al realizar el papel de protagonista en el auto de Lope de Vega sobre el Santo Oficio! Entusiasta de este autor por lo que tiene de pujante y genial.

Las directivas que el Padre Huidobro se señaló a sí mismo para sus predicaciones, las concretó en unos propósitos que hizo durante el mes de Ejercicios en Portugal:

> «Predicación: Preparar con oración extraordinaria, si puedo. Buscar hombres y pobres. *Contemplata praedicare* (predicar lo que ya haya contemplado antes en la oración).
>
> Materia de predicación: ‘Se acerca el Reino de los Cie-

los.’ No predicarme a mí, ni profanidades. Renuncio, ¡Sagrado Corazón!, de lo más íntimo de mí, a esa satisfacción de amor propio en las alabanzas. Propongo no gozarla ni saborearla nunca; y exteriormente rechazarla, dirigiendo a Dios la gloria.

Unión con Dios y oración larga necesito en el apostolado.»

7. SU PALABRA.

Algo hemos de fijarnos en la fraseología empleada por el Padre Huidobro en la predicación; por más que no es tan fácil distinguir entre su estilo y su oratoria, ya que la oratoria es el alma, y el lenguaje es su vestimenta.

Dueño de su palabra y de su pluma, adoptaba el lenguaje más propio de su auditorio. No estaba el Padre Huidobro apegado a un solo género de decir. Lo único que buscaba: el ser entendido con la diafanidad que toda exposición de la verdad exige. «Porque el Padre nos habla en nuestro lenguaje», dirá más tarde el legionario Luis del Castillo.

Ya al comenzar sus estudios de Letras en Granada, censuraba él a otro novel predicador. La frase que éste había usado: «Hay en nuestras ciudades mendigos que van vestidos de pobres túnicas»; le había disgustado por anticuada; «ningún mendigo de nuestros días lleva una túnica sobre sí». Pues, ¿cómo habría de decirse?, le preguntó el profesor. «Que diga: con una chaqueta vieja y rota», respondió Huidobro.

La claridad que procuraba, y conseguía, en la exposición de las materias de estudio, dentro de las clases, se esforzaba por tenerla en su palabra al conversar, y más al predicar. Su estilo era diáfano, como era lúcida en su entendimiento la verdad que contemplaba. Esta claridad de ideas y viveza de expresión hacía que gustasen mucho sus predicaciones. «Si parece que te está hablando a ti, y que estás viendo lo que dice», comentaban los mozos de Oña, que salían satisfechísimos de las exhortaciones dominicales del Hermano Huidobro.

A este mismo fin de usar los conceptos y aun el lenguaje de nuestros días, iba la contestación que, tiempo más adelante, dio al Padre Francisco Larrea, que le escribió hablándole de la compra de unos libros:

> «De Literatura y otras obras castellanas no estoy bien enterado ni sé hasta dónde se ha llegado. Pero todo lo que sea insistir en que nos pongamos en contacto con el medio y con la manera de hablar y escribir de ahora, me parece poco. Esto digo sujetando mi juicio a los que saben más.»

Su lenguaje era vivo, muy expresivo, pero lleno de sencillez y naturalidad. No vamos a hacer aquí antología, ni las brevísimas notas que él apuntaba antes de sus sermones o ejercicios lo permitiría. De ordinario sólo nos quedan frases desligadas, no párrafos trabajados. Unos pocos ejemplos: A los padres de familia de la Concepción, en Madrid, les exhorta al comenzar los Ejercicios a que oren con devoción:

« ¡Rezad, rezad!... El Rosario a la Madre de Dios... Doblas las rodillas, porque eres pequeño. Juntas las manos, como quien implora, como quien nada puede... Bajos los ojos, como recogiendo todo tu ser... como el niño acude al regazo de su madre y tapa allí su cara entre su falda y llora... Y allí, como un mendigo, como un hijo: PADRE... unos con otros unidos 'que estás en los Cielos'... y nos arrancas de las cosas de este mundo... 'Tu Gloria'... que todo lo has hecho para eso... 'Tu Voluntad' en nosotros... que esa es nuestra santificación.»

Alienta, en otros Ejercicios, a los jóvenes — ¡entusiasta!—a que tiendan siempre a ideales nobles

> «Un IDEAL es lo único que puede hacer héroes. Y estamos en tiempos de tal avalancha de carne y bajeza, de tal esfuerzo de lo demoníaco, de lo rebelde, contra Dios, que, juguetes del atractivo, hojas secas al viento... sólo siendo héroes podéis vencer, podéis lograr la vida. IDEAL es la idea clara, alta, hermosa y serena: Sola, como un Sol en Cielo azul, que da unidad a la vida; que da fijeza y cohesión para vencer. Es calor, y luz, y vida; como el Sol de oro incandescente.»

Gráfica manifestación de la entereza de su carácter y de su

manera de entender la vida, y al mismo tiempo ejemplo de la viveza de su estilo, son unas pocas frases que trazó en una hoja, ayuda para su plática en tiempo de Ejercicios:

> «Esa locura que se resume en dos palabras: CRISTO CRUCIFICADO, es lo que San Pablo predicaba a los sabios del Areópago y a los muelles cortesanos de la casa del César.
>
> Hemos llegado a tiempos de combate, en que sólo las grandes afirmaciones y las negaciones rotundas hacen prosélitos. Los equilibrios se quedan para el Circo.
>
> Aun en un plano humano, la eficacia de las ideas está hoy día, y tal vez siempre, en razón directa de lo que tienen de categórico. Las grandes agrupaciones, las grandes multitudes, van tras los radicalismos.»

Claro y familiar en la expresión cuando se dirige a las gentes sencillas. Sencillez, sin embargo, que no quita nada a la pulcritud de frase. En la Catequesis granadina de El Albaicín tocóle predicar durante la Misa, que se celebraba en la rústica gruta de Lourdes. Entusiasmada ante elocuencia tan popular y gráfica, no pudo contenerse una gitana que le escuchaba: « ¡Bendita sea la boquita de oro que tienes... y bendita sea tu mare...!»

Modelo de predicación sencilla, fervorosa, práctica, es el comienzo de una explicación al Credo escrito, es fácil advertirlo, casi al correr de la pluma, y aun con pequeñas correcciones, en las primeras cuartillas. Al redactarlo pensaba en sus legionarios. Lo compuso en la cama, convaleciente de su herida, en el Hospital de Talavera. Fruto de su entendimiento, claro y sintético, y de su celo apostólico popular. Un párrafo en que explica la Creación:

> «Fue un juego de la Sabiduría de Dios. Jugó a hacer mundos en la alegría infinita del que es plenitud de vida, exuberancia de bien. Y en su alegría produjo soles de luz y azules en los cielos, y plantas verdes, y aguas y pájaros parlanchines. Y el hombre en pie, en medio de todo, la frente al ciclo, y los ojos ensalzados para que todo lo vean, hecho para gozar de todo, y para reír en medio del mundo y alabar a Dios con la alegría que su corazón rebosa. Ese fue el pensamiento y el consejo primero de Dios. Y así amaneció la

primera luz en la tierra.»

«Si lees en el Génesis la Creación, no te escandalice la sencillez infantil con que se cuentan los orígenes del mundo. Para los niños es la verdad; y solo quien puede entender el lenguaje poético y simple de los niños es capaz de entender los arrullos que rodean en el Génesis a la cuna del mundo. No se te pide que creas que se hicieron las cosas en los seis días de la semana. Para decirte el Génesis, con la fuerza de la poesía y de la verdad, que Dios lo hizo todo de la nada, y para presentarte aquel obrar de Dios, como modelo de tu trabajo semanal, describe la creación del mundo con el orden de los seis días, a los que sigue el séptimo que se llama del descanso de Dios.»

Cultivado humanista del lenguaje, adornaba su estilo cuantas veces lo intentaba; pero no tenía la paciencia y sosiego que requiere este género. Ni tampoco era deslumbrante. Temía que, entre tanto follaje, no sería tan fácil encontrar el verdadero fruto de hacer penetrar la verdad, y en cambio tal vez se hallase un poco de vanagloria. En cambio, era muy dado a frases muy gráficas, muy fuertes en su concisión.

Su energía de frase, al revestir ideas concebidas por él con audaz entereza, las clavaba en la mente de sus oyentes. De nuevo el lenguaje de San Pablo. Respondía en los Ejercicios de la Concepción al « ¿Qué debo hacer por Cristo?» de San Ignacio:

«... ¿Qué?... ¡Abrir ancho campo a la generosidad...! Zaqueo... San Pablo... San Francisco de Borja... Los cuerdos... Los prudentes... ¡Yo quiero locos! » «Los Ejercicios son para caballeros generosos, y por eso para jóvenes..., ¡para héroes!...»

Habla también en sus Ejercicios del castigo eterno de los réprobos:

«El rechinar de dientes es la desesperación, el odio contra Dios... ¡Pero inútil!... Dios, sereno, imponente de poder y majestad, rechaza al condenado... 'Te llamé y no me oíste. Yo me reiré en tu muerte'. ¡Risa de Dios sobre los impíos!... ¡Horrible risa, que es rechinar de dientes de los condenados!...»

Anima a resistir a las tentaciones:

> « ¡Jóvenes! ¡Podéis vencer! — ¡Padre, soy débil!... ¡El Cuerpo de Cristo es manjar que ceba leones! »

Con un grafismo bien vivo traduce la frase evangélica del avaro que, en la noche, goza pensando en sus riquezas y repentinamente se muere:

«Daba vueltas en la cama y no se podía dormir de puro contento... ‘Ah… voy a mandar tirar graneros y hacer otros... Ya puedo descansar... ya puedo gozar...' ¡Necio!... esta noche...»

Estas sus tajantes frases, que no pocas veces necesariamente van envueltas en ropaje duro, las empleaba sin herir susceptibilidades, ya que se manifestaba patente su alma sincera y recta. Ninguno de sus soldados se ofendió con el Pater, cuando le oyeron un día, en la Misa, quejarse de lo poco que comulgaban:

> «Si así continuáis, tendré que sacudir mis zapatos —como dijo Jesucristo—, y marcharme. Pues que vine, no a que me queráis; os lo agradezco, pero no busco eso. Vine a buscar vuestras almas.»

Con desenfado, no exento de buen humor, dice en una charla por altavoz a los rojos, hablándoles desde el Clínico, para no descubrirles que es un sacerdote:

> «Nadie crea que mi cualidad de bachiller me ha llevado a estampillarme de Alférez. No me llamo Doctor; porque después de rodar por muchas Universidades, no he llegado a serlo. Ni Licenciado, por no parecerlo del servicio. Por lo demás soy una voz de persona desconocida, del montón. En mis conversaciones de trinchera he llegado a sentir el querer de todos.»

8. POESÍA EN LA VERDAD.

Un aspecto que hemos de mirar en su lenguaje oratorio. No era su elocuencia fruto de sólo el entendimiento que percibe verdades, para después esclarecerlas ante sus oyentes. Esta sería elocuencia muy fría. Estaba muy caldeada la del Padre Huidobro: na-

cía también del corazón, que iba siempre al par de su entendimiento, inundándose en luz y, a su vez, irradiando sentimiento y calor. Y es que el habla del Padre Huidobro —fuese conversación, predicaciones, escritos— tenía un peculiar encanto: el que provenía de su mirada artística, de su 'humanismo': de lo que podríamos calificar, no con estricta propiedad, pero sí con palabra inteligible: su fina sensibilidad poética. Esta cualidad es más que percibir la belleza de las cosas, más que poseer gusto estético que ennoblezca las ideas. Es sentirlas como algo propio, vivificarlas con su propia vida, y así, retrasmitirlas luego con el interés y vida de quien comunica lo que es suyo. Todo lo bueno y lo grande, hallaba eco y vibración en su espíritu íntimamente humano. Todo había de participar de su vida.

Ni durante sus estudios de Filosofía, ni menos en Teología, admitía ir con sola la especulación. Quería verlo con ojos más reales, más humanos. No era capaz de estudiar las verdades más abstrusas sin encuadrarlas en la vida real. Ganan en grandeza y belleza. Sobre todo si se encuadran, como él lo hacía, en la Providencia divina, que todo lo dirige y todo lo hermosea.

> «Cuando usted estudie en Teología los Tratados acerca de la Santísima Trinidad y de los atributos divinos —le decía a un estudiante más joven que él—, verá qué gusto y consuelo produce el meditar después todos esos misterios divinos que, a primera vista, parecen tan áridos y aptos solo para un seco raciocinio, pero están plenos de vida para nosotros.»

El hizo sus estudios de Teología —dogma y moral— penetrados con calor de vida y alma de apóstol. No es extraño que le dejasen defraudado ciertos autores de Teología y ciertos métodos de enseñanza, por la ausencia en ellos de elementos dinámicos de apostolado: al fin, carencia de esa mirada artística que, según él, estaba movida por lo sobrenatural que puede hallarse en todas las cosas.

La naturaleza y el arte, cuyo profundo significado sentía, le producían intenso placer estético:

> «A veces —escribe su hermano Ignacio— salía de la clase, en la Universidad alemana de Friburgo, muy cansado. Para reposar se iba un rato cerca de la Catedral y se estaba

allí contemplando cómo se recortaba la Torre sobre el Cielo de la Ciudad: el arte le llevaba a Dios. Aquella Torre, que se alza sobre cuantos edificios la rodean, le hacía pensar a veces que así es la vida espiritual: cuanto más avanza, cuanto más se aparta de la tierra, más se acerca a Dios y al Cielo; es más sutil, más inmaterial en la altura; más libre de piedra y de materia.»

Semejante efecto le había producido antes la Catedral de Estrasburgo.

En diciembre de 1935 le enviaba, desde Friburgo, al Padre Antonio Capel una fotografía de esta ciudad tomada desde lo alto de la catedral. Aparecen en la postal dos torres y los tejados de las casas cubiertos de nieve:

«Eso es Friburgo, imagen de mi vida: allá por las alturas heladas de la Filosofía, por los tejados de las cosas... ¡Dichosos ustedes que viven dentro de las casas y hablan con las personas! ¡Si al menos sirviera esta soledad para elevarse al cielo como esas agujas de la catedral...! Leibnitz, Kant, Descartes, Aristóteles, son mis amistades, señores bastante aburridos...»

Muestra de esta artística sensibilidad de espíritu, es el sentimiento de belleza que en su alma despertaba la contemplación de la naturaleza. Todos sus compañeros recordamos su intelectual fruición ante la apacible vega granadina o los picachos de Oña, vestidos de nieve.

No pocas veces me decía en Aranjuez, mientras desde lo más alto de la huerta recorría con su vista las riberas del Tajo y del Jarama perfumadas en flores:

«Cuando en este tiempo de primavera se presentan los campos tan hermosos, no sé qué es; pero me apetece, créame, correr por ellos y cantarle a Dios como le cantan los pájaros...»

Yo, sin querer, me acordaba entonces de San Francisco de Asís.

Este percibir el encanto de la naturaleza —alma de artista— se descubre en algunos de sus escritos. Son espontáneos y since-

ros, pues aparecen casi todos en sus apuntes espirituales privados.

Se encontraba en Oña, un mes antes de salir al destierro, en aquél rincón burgalés enclavado en un círculo de montes agrestes y altísimos. Durante varios días un gran manto de nieve ocultaba campos y montañas. Con temperaturas de hasta 14 grados bajo cero. Era grandioso el espectáculo. Por estos mismos días estuvieron todos los jóvenes estudiantes jesuitas en Retiro —tres días— preparándose a la Renovación de los Votos el día de Reyes. Es notable cómo los afectos que le va suscitando su propia vida espiritual: gozo de su alma en la vida religiosa, paz por la confesión general del semestre, Providencia de Dios que le sostendrá entre los duros ataques que se anuncian contra la Compañía, próxima Fiesta de los Magos, van siguiendo a la par en su alma curso paralelo con los que le suscita la vista de las montañas y de la nieve, y hasta de los ateridos pájaros que encuentran con dificultad, pero encuentran, alimento y vida, no obstante la gran nevada. En la vida espiritual del Padre Huidobro, la vida de la naturaleza hallaba eco e influía. Cada uno de los tres días va anotando alguna frase:

> «3, 4 y 5 de enero, 19332. ¡Párate tiempo en ésta hora! No para gozar yo de la consolación, que sería egoísmo, sino para sentir más que Jesús es bueno. ¡Sí, eres bueno, tienes buen Corazón! ¿Quién pensara algo tan generoso? Que sólo te ofendo y falto y ando enredado en zarzas, y sucio del barro de la carne, y me quieres subir y me quieres llevar...
>
> La nieve helada, endurecida, lo rodea todo; parece que estamos hundidos en hielo.
>
> Pues tal es la frialdad exterior. Este frío siente Jesús por el mundo y por eso quiere entrar al calor de los corazones: Aperi mihi, quia caput meum plenum est rore et cincinni mei guttis noctium (Ábreme, porque ya mi cabeza está cubierta de rocío, y mis guedejas de la escarcha nocturna).
>
> ... La Sabiduría Divina arropa la tierra en nieve. Todo blanco, y el Sol cayendo en cascadas luminosas desde el inmenso azul.
>
> Pureza, luz, el aire sosegado... Un gorrión que picotea la nieve. Milagro de Cristo en la Confesión: Mi alma blanca, blanca, sin una mancha: lavabis me et super nivem dealbabor. (Me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.)

Amor tierno del que cuida a ese gorrión alegre.

Austera sequedad me dio el Señor en la meditación de la tarde, para sentir que se preparan horas duras, y que debo constantemente vivir el sacrificio. Pero sin temor, con ancho corazón, que Jesús no me faltará.

El en brazos de la Santísima Madre de Dios.»

Alguna vez son la naturaleza y el arte religioso al mismo tiempo. El 22 de abril, a los dos meses de su llegada a Bélgica, visitamos unos pocos con el Padre Huidobro la Abadía establecida en un pequeño chalet del pueblecito de Amay-sur-Meuse. Un largo camino, atravesando Huy y las riberas espléndidas del río Mosa, hasta ser recibidos en hospitalidad benedictina dentro del Priorato de rito oriental. La mayoría eran allí rusos exiliados de su país. Íbamos a agradecer la visita que ellos primeramente habían hecho a nuestro nuevo Teologado de Marneffe. Al regreso, escribió para sí solo unas líneas, recuerdo de una naturaleza riente y de una Abadía en la que se respiraba ambiente de fraternal catolicidad:

«Día suavísimo de perdurable recuerdo. Sin más dificultades que el correr demasiado acelerado del tiempo y de las impresiones dulces en pocas horas.

Gótica altivez de la Colegiata de Huy; sobre ella, la Ciudadela, como un guerrero viejo.

Desde la otra orilla del grave y caudaloso Mosa, vista de tono medieval, ensueño romántico.

Todas estas impresiones borró luego la del Priorato de Amay-sur-Mcuse. Unas horas en que nos alzamos por encima de las pequeñeces de la vida; y recogidos subimos a Cristo y a la ‘Beresitza’ (la Santísima Virgen), siempre a su lado. Y desde la altura del 'Jesú niká' (Cristo vencedor) de los Crucifijos rusos, ver una Iglesia, santa, católica, apostólica, por todo el mundo extendida, y muchos miembros místicamente unidos a Cristo...

¿No lo estará así ese joven ortodoxo, cuyo rostro tiene algo maravillosamente virginal, del que nos habla el P. Superior?

Y tantos que guardan con amor allá en el fondo —hon-

dón— del alma, su fe; y viven una vida casi mística, entre el dolor de la emigración.»

Otras veces es aquel mismo sentimiento, con que estéticamente se enardecía ante la naturaleza primaveral de Aranjuez, renovado ahora entre las nebulosidades belgas. También, aunque no demasiadas veces, se les mostraba a los allí desterrados el sol, reflejo del que hermoseaba a su lejana Patria. Estaba allí el Padre Huidobro haciendo Ejercicios Espirituales en el Teologado de Marneffe. Recuérdese que en casi todas las iglesias de Bélgica hacen resonar el «Carrillón», que es un juego de campanas que, movidas eléctricamente, producen suave y cadenciosa tonada:

«Día 8.º Alegría de amanecer es la Resurrección. Gozo en Cristo. Reír de la mañana; cantar de las aves que hablan aquí la misma lengua que en España...

... ¿Qué no sabes lo que dicen?... ¡Sí, hombre, sí! Dicen maravillas, dicen amores: que la mañana está muy buena, que el sol brilla glorioso, que Dios derrama su bondad. Y le alaban, y cantan en notas alegres el himno al Creador y a Cristo resucitado.

¡Carrillón dulce de Bélgica!, ¡tú también cantas el himno de las Iglesias cristianas! »

Tres años después, en abril, se encontraba el Padre Huidobro en El Escorial, ayudando a una tanda de Ejercicios que, durante la disolución de la Compañía, allí se daba en la finca llamada «El Castañar». Escribe a su hermano que estudiaba entonces en Bélgica. Al final de la carta compara el cielo vivificador de España con el otro norteño. Pero lo que él contempla en ese cielo y en esa naturaleza feraz, es una imagen de la hermosura de Cristo, para cuyo servicio y gloria ha sido hecha toda la Creación. A la mirada poética que, tan frecuentemente, ennoblece la oratoria del P. Huidobro, se junta la mirada mística, fruto de su oración:

«... Y ahora me tienes aquí, en esta finca deliciosa del Marqués de Montemira, al pie de la Silla de Felipe II, acompañando y ayudando algo en los Ejercicios a un grupo de bachilleres *Didaskalion*.

En medio de esta lluvia de oro encendido del sol de

Castilla, con el azul fuerte de este cielo y las nubes blancas tendidas sobre Madrid, y el perfil bien recortado de otros montes salvajes; me acuerdo de ti, y de los celajes walones, y de esa humedad; y bendigo a España, que es la tierra mejor del mundo.

Estoy gozando lo indecible en esta naturaleza fuerte que tanto acerca a Dios.

Ahora todo es alegría de Resurrección. ¡Qué hermoso es Jesucristo, que es la flor y el pimpollo de todo esto!

El vive y es la Vida. Y nosotros vivimos de su vida. Pide que permanezca en El; que si yo de mío soy pecado, en El y por El soy renuevo de vida.»

Como último ejemplo de esa penetración artística con que el Padre Huidobro miraba todas las cosas, en el mundo de la naturaleza sensible y en el mundo de las ideas, y que luego se manifestaba en el suave encanto de su oratoria, unas breves frases de las anotaciones suyas para Ejercicios. Describe lo que es la Gracia en los Ángeles. Pinceladas poéticas y llenas de exactitud en su simbolismo:

«Criados en gracia. Es decir: luz en la inteligencia, a Dios dirigida; puro, como luz de la mañana, el espíritu; ardiente en amor, como aquella espada a la Puerta del Paraíso; capullo cerrado que se abrirá en la rosa de la visión de Dios.

El sol sobre la corola roja, encendida: dando color el sol a la rosa, y la rosa alabando al sol.

El sol desde lo alto purifica el aire, caliente, mueve la Tierra.

Y la rosa se abre cantando al sol una loa humilde y recogida.»

En el Padre Huidobro, las dos vidas, la científica y la espiritual, no hallaron nunca la menor oposición entre sí. La vida de estudios, en vez de «secarle» el espíritu, lo nutría, proporcionándole nuevos elementos para entusiasmarse con la verdad suprema, y para hacerle desear exponer su hermosura a los prójimos.

CAPÍTULO VI

EL SACERDOCIO

I. En las cercanías del Sacerdocio. 2. Preparación a la Primera Misa. 3. Diaconado. 4. Ordenación sacerdotal. 5. Misas primeras.

1. EN LAS CERCANÍAS DEI. SACERDOCIO.

«El sentirme, si no frío, tibio, me avergüenza, ¡a estas alturas!» Así escribió Fernando Huidobro a su hermano Ignacio, a los comienzos del año 32, año de su ya próxima Ordenación sacerdotal. Se encontraba por entonces estudiando Teología entre los jesuitas alemanes, en el pueblecito holandés de Valkenburg.

¿De verdad creemos nosotros en la «tibieza» de que en esta carta nos habla? ¿Es posible que él mismo pudiera estar convencido de tal falta de preparación ante su cercano Sacerdocio, cuando, por aquel mismo tiempo, todos sus compañeros de Valkenburg eran testigos del ejemplar fervor de su vida?

Era totalmente sincero en la expresión humilde de su carta —no es posible ni ponerlo en duda—. Lo expone en la fraternal confianza con la que siempre hablaba a Ignacio. Y lo expone también, y casi con las mismas palabras, a Dios y a sí mismo, en las notas del Diario privado, en el que a solas habla en su oración con el Señor.

Ni en realidad hay por qué querer hallar contradicción entre el elogioso juicio, que de tan ejemplar religioso hacen superiores y condiscípulos, y la falta de disposición interior que él lamenta en sí mismo.

Cierto que exteriormente había razón sobrada para que, al verlo rebosante en fervor, dentro de la más exigente observancia religiosa, todos cuantos le conocían le considerasen preparado,

como el que más, para acercarse a recibir el Sacerdocio.

Pero, a la vez, también él tenía razón cuando se dolía de reconocerse tan deficiente en las proximidades de ser ya sublimado con esta gracia sacramental.

Es que comparaba Huidobro la realidad y pobreza de cuanto contemplaba dentro de su propia alma, con el ideal altísimo a que era llamado, y, como no podía ser menos, íntimamente sentía su personal pequeñez. Toda la labor de su preparación anterior le parecía bien poca.

Se había mantenido en él, desde muchos años antes, un concepto absorbente del hombre que aspire a consagrarse al Señor en el Sacerdocio. Era aún muy niño, y ya entonces el llegar a este estado cumbre dentro de la Iglesia, era el anhelo supremo, meta divinizada que se hallaba constantemente ante sus ojos. No nos referimos a aquellos infantiles deseos que manifestaba apenas comenzó a salir de la primera niñez, cuando, al ver que no le dejarían buscar la gloria militar, que ya había empezado a brillar en algunos de sus hermanos, repetía que él, en ese caso, se haría cura para los soldados. No es esto. Hablamos de lo que en serio decidió, desde antes de irse al Noviciado de Granada, cuando muy jovencito todavía, andaba entre los estudios del Bachillerato y Preparatoria de Derecho. Ya a esa edad vio en el Sacerdocio la realización del más sublime ideal al que, dentro del camino cristiano, podía aspirar, y atraído por ese ideal —es testimonio dado por él años más tarde—se obligó con voto a hacerse sacerdote, y de este modo realizar los sueños de su alma.

Durante los largos años de espera, en sus hablas con Dios en la oración —lo manifiestan sus anotaciones—, iba cada vez más penetrando lo que significaba el Sacerdocio, que un día no lejano habría de recibir: era la unión con Jesucristo, al hacerse su representante en mutua y total entrega, y era, en lo más interior de la Iglesia, ponerse a su servicio, y era el poder más eficazmente ejercitar el apostolado con los prójimos y acercarlos a Dios.

Le asombraba, casi le oprimía —lo escribe emocionado—, la grandeza del Sacerdocio: lo que da y lo que exige; la preparación que requiere en quien lo va a recibir, y la perfección a que obliga a quienes llegan a tan ennoblecida situación ante Jesucristo.

Mirándolo así sinceramente, tenemos que reconocer, aunque

esto nos sea a muchos de tácita reprensión, que toda la razón estaba de su parte, cuando Fernando Huidobro se declaraba frío y tibio en las cercanías de estado tan excelso.

En el presente capítulo no vamos a recordar su actuación como sacerdote. Vamos únicamente a seguirle hasta el día de la Ordenación. Pero vamos a verle muy principalmente «por dentro». El secreto de su alma. Lo que no aparecía ante sus compañeros. El efecto que le va haciendo el Sacerdocio que se le acerca. Luego de ver así su interior, de preparación sacerdotal, no nos admiraremos tanto de la obra que posteriormente realizó.

Hacía ya catorce años que había entrado en la vida religiosa. Con sinceridad, la más limpia, había hecho entrega total de sus energías, para el absoluto servicio, a Jesucristo en la Compañía. Pero aún le faltaba la consagración oficial a la que esas energías iban encaminadas: el Sacerdocio; juramento irrevocable de adoración humana y aceptación divina, para la mediación entre Dios y los hombres.

Más tarde había él de aconsejar a su hermano, jesuita como él, lo que él mismo había tomado, desde mucho tiempo antes, por norma práctica para sí mismo. Un doble camino le señala en la preparación: perfeccionar cada vez más el alma y pensar mucho en la sublime gracia que se va a recibir.

> « ¿Que cómo te prepararás al Sacerdocio? —escribirá el año 35 en su carta—. Es corto y es largo: Santificándote; pues eso es 'consagrarse', separarse para ser inocente, incontaminado, apartado de los pecadores; es decir: libre de pecado.
>
> Esto ya lo sabías. Y no sé más.
>
> Pensar en la Misa, y que en tus manos verás al Cordero blanco, será bueno para espolearte.»

Andaba entregado, con entusiasmo creciente, al duro aprendizaje del alemán. Y con un entusiasmo todavía mayor, a los hermosísimos tratados teológicos, en aquella plácida casa de formación científica y religiosa. Pero entretanto, durante sus meditaciones cotidianas y durante las frecuentes visitas al Sagrario, su corazón se centraba en el Sacerdocio, tan ardientemente esperado.

Hay en su Diario íntimo, por esta misma época, unas líneas en

evocación al futuro Sacerdocio, que de todo tienen menos de la frialdad, de la que tanto se lamenta en la carta a su hermano. Rebosan en devoción y manifiestan ansia de disponerse a las Órdenes sagradas. Fue cuando, en julio del 32, meditaba sobre el Evangelio del Nacimiento durante sus Ejercicios anuales, en Marneffe, y cuando, a los pocos meses, en la Noche Blanca, andaba pensando en el Niño Dios recién nacido. No se apartaba en estas meditaciones sacerdotales de la Madre benditísima:

> «NACIMIENTO. Pureza sacerdotal. Todo el tiempo pensando en la Virgen y contemplando su virginidad. El Verbo al encarnarse designa y concibe para Ella un canal purísimo, que tenga el cuerpo tan limpio como son las angélicas inteligencias. 'Termino fisso d'eterno consiglio', la llamó el Dante.
>
> Alma purísima y cuerpo que es arca de Dios intemerada. '¿Cómo podrá suceder esto, dado que yo no conozco varón?' He ahí adonde de pureza la llevó el Santo Espíritu.
>
> Cristo purísimo, por esta virginalísima Virgen, admiración de pureza, pasó al mundo.
>
> Yo, Sacerdote, tendré que concebir en mi corazón y dar a luz con las palabras de mis labios, a Cristo Hostia, y que alzarle en mis manos, y ofrecerle, desde mi corazón, en sacrificio. ¿No lo tendré todo puro?»

A continuación pone la consagración de su limpieza sacerdotal a Nuestra Señora. Quiere, por medio de la Virgen Madre, prepararse a la gracia suprema de la Ordenación. Quizá nunca como cuando habla del Sacerdocio en sus apuntes privados, explaya más su tan sólida devoción, ni acumula tan hermosos conceptos:

> «Consagrar especialmente hoy mi pureza a Nuestra Señora, cuya Fiesta del Carmen es, para ser Sacerdote puro y sagrado:
>
> Purísima Virgen María, Purísima Madre de Jesús purísimo: mi flaqueza Os es bien conocida, Madre piadosa y toda misericordia, y, sin embargo, queréis Vos y quiere vuestro Hijo que yo sea Sacerdote y ofrezca su Cuerpo y Sangre inmaculada. Tomad mi cuerpo, tomad mi alma, mi corazón, mis afectos todos, que Os consagro con voto de perpetua castidad. Tomadme a vuestro amparo; y sea vuestro cuidado, Se-

ñora y Reina de la virginidad, defenderme, y preparar a Vuestro Hijo digna morada, digno Sacerdote: manos, ojos, corazón, alma y cuerpo limpios y puros.

¡Oh Santa Teresita del Niño Jesús! Si me alcanzas aquel grado de pureza que ni afectos sensuales me inquieten, ya para el día del sacerdocio, a ti te ofreceré mi segunda Misa (salva la obediencia), por la santificación de los Sacerdotes de Jesús.»

«24 noche, diciembre 32: Mi pureza sacerdotal, sólo *María*.

Ella, *Madre de Dios*, sabe cómo hay que engendrarlo. Ella, medianera de todas las gracias, puede. Oración intensa a Ella. Esta noche nace Dios, y nace también a mi pobre corazón que, vigilando, le aguarda. *Hazme puro*, para que sea tu Sacerdote, Niño Divino, y mañana te lleve a las almas, y para Ti las custodie puras, contigo. Tu embajador... el que absuelve y preserva... ¡hazlo muy puro!

¡Confiar en Dios! Este es el remedio de mi vida. Si no, me voy al abismo. Pero una confianza inmensa: El me llamó, El me dará el acabar. Tengo conciencia cierta de que me llama, me llama al Sacerdocio; pero tengo que amarle a El solo.»

Este capítulo, que hemos querido dedicar a la Ordenación sacerdotal de Fernando Huidobro, podemos, sin exageración, decir que estará escrito todo por él. Tal es la abundancia de cartas y apuntes en que él habla de su Sacerdocio. Al igual —lo aseguran quienes eran entonces sus conteólogos— eran frecuentes sus conversaciones, en aquellos meses, sobre la grandeza de la gracia que iba a recibir, y la enorme responsabilidad para la que se reconocía tan desprovisto. Así creía él. Los demás no lo pensaban así.

En el primer año de su destierro en Bélgica, el día de San Ignacio, ayudó la primera Misa que celebró en Marneffe el Padre Augusto Segovia. Nueva ocasión para que él, metido ya en estudios de Teología, se llenase más en los santos sentimientos sacerdotales.

De cuánto le consolaba el ser ayudante de Misas, tengo feliz

experiencia. Decía él que mucho le aprovechaba la cercanía y servicio al santo Sacrificio. Cada día, durante los cinco meses que permanecí en Marneffe el año 32, me ayudaba siempre a la Misa el entonces Hermano Huidobro. Como la estuve celebrando toda esta temporada en una capilla algo retirada, en el altar de la Dolorosa de Quito, podía el teólogo ayudante entregarse más libremente a la devoción. Muy recatadamente —nunca fue amigo de exterioridades—, pero no tan ocultamente que no se lo pudiese yo percibir. Cuánto me ayudaba el sentir en esos momentos su piedad. A pesar de que por el gran número de turnos de Misa, era menester madrugar más que los otros para ayudarme a una hora muy temprana, raro era el día que no le tuve de acólito. «Con eso —me decía— gano también tiempo de estudio, porque hago también más pronto la meditación matutina.»

2. PREPARACIÓN A LA PRIMERA MISA.

Con las tan frecuentes alusiones hechas en cartas y Diario, fácil es seguirle durante todo el año anterior a su Primera Misa: pensamiento constante, ansia de que llegue, reconocimiento de la propia nada y, por encima de todo, entrega de sí, amorosa y generosísima. A medida que se le acerca el gran día se van intensificando sus emociones, su devoción, su anonadamiento. Modelo de rectísima preparación para acercarse al Altar de Dios.

A los comienzos del año 33 escribe a su madre, quien, lo mismo que el hijo, está siempre con el pensamiento en la cercana Ordenación de Fernando:

> «Me preguntas qué quiero para la Misa. El Breviario ya lo he encargado. El Alba no creo que sea cara haciéndola en casa, y tiene la ventaja de que, mientras se hace, se está trabajando para el santo sacrificio de la Misa, es decir, para honra del Cuerpo de Cristo. Y así debe de ser cosa devota hacerlo, que hace pensar mucho en Nuestro Señor; y también que os acordéis de mí y pidáis que me prepare bien; que para una cosa tan grande todo lo que se pida es poco.
>
> Mucho me gusta que siempre en tus cartas me hables de la Misa, que esto me indica lo que te acuerdas de ella y de

pedir por tu hijo. Y si me descuido en contestarte es por las muchas ocupaciones, no porque no me gusten muchísimo tus cartas. Una cosa que a casi todos les hacen sus familiares, es la cinta —una cinta de seda—, bastante sencilla, algo ancha, con que se atan las manos al ordenarse, y que es un buen recuerdo para que luego lo guardéis.»

Casi con la misma fecha escribe a Ignacio. A éste, como a religioso y próximo también al Sacerdocio, le habla aún con mayor intimidad:

«No dejes de pedir ahora por mí intensamente en la santa Comunión. Es tiempo decisivo este de la preparación inmediata al Sacerdocio. ¡Si no supiésemos que es inagotable en sus tesoros de misericordia el Corazón de Jesús, se podría decir que es la última gran gracia!

Es algo así como el Noviciado, del que suelen decir que, como regla general, allí se toma el nivel que luego se mantiene, aunque se avance dentro de él.

Yo no soy muy devoto de estas doctrinas algo descorazonantes y contradichas, muchas veces, por las grandes obras de amor y de elección del Corazón de Cristo, pero algo hay de verdad, y las infidelidades a la gracia son temibles en sus consecuencias. Secan la fuente o tapan el caño.

Con mi preparación al Sacerdocio se junta el Centenario de la Muerte del Redentor, y además la materia que estudio este año —una de ellas— es *De Verbo Incarnato*, tratado lleno de consuelos y estimulantes para pedir más conocimiento de El, que es todo para nosotros; y que, a veces, por desgracia, no ocupa en nuestro entendimiento y en nuestra fantasía, aquel trono real que le corresponde. Me parece que, a veces, es fácil preocuparse más de problemas humanos, sociales, etc. —aun con buen celo—, que de El, que es solución de todo.

En fin, mira si tengo motivos para entregarme de veras. ¡Ayúdame; siquiera por lo mucho que por ti he pedido!, pues estoy en grave necesidad.»

No contento con desahogar así sus inquietudes de humildad

con su hermano, va también anotando en su Diario, casi en estos días:

> «Ante el temor, al acercarse la Misa y ver mi vida fría y pecadora, una confianza: la misma Misa, una sola Misa, ofreciendo el Cordero de Dios, llena los abismos. Actuarme en la penitencia de la Misa; y actuarme en el amor, que es la plenitud de la ley.»

3. DIACONADO.

Y así se fue acercando el tiempo, por etapas, como la Iglesia señala, a fin de que el futuro sacerdote pueda ir pensando, más despacio, en lo mucho que recibe de Dios. Ya habían precedido las cuatro Órdenes menores, que recibió, juntamente con otros varios de sus compañeros jesuitas, el 20 de septiembre del año 28, en el Colegio de los Barros. Con esta inicial ordenación, dice por entonces en una carta, «he recibido muchos estímulos para santificarme. La preparación que usé fue meditar las oraciones y fórmulas del Ritual, que son hermosísimas, como todas las de nuestra Santa Madre la Iglesia». Les ordenó don Ramón Pérez Rodríguez, Obispo de Badajoz.

Y en abril del año 33 ya sube al Diaconado, en la capilla de San Ignacio, de Valkenburg. Dice en una carta el 28 de marzo:

> «Esta noche entro en medio Ejercicios, para ordenarme el 4 de Subdiácono y el 5 de Diácono. En sus ardientes 'mementos', espero un lugar especial. Tengo especial consuelo en que sean así, separadas, las Ordenes, para ir subiendo despacio las gradas del Altar y saboreando todo y haciéndome bien a la idea de que se acerca el gran don. Y pronto empezaré a repartir la Sagrada Comunión, a tener en mis manos ya al Cuerpo de Cristo y a cooperar así más inmediatamente a la comunicación de la gracia por las junturas del otro cuerpo de Cristo.»

En su Diario va dejando constancia de lo más emotivo —como siempre— para saborear luego a solas, releyéndolos, los grandes beneficios divinos:

«Para el día de mañana, la gran oblación; a vivir sacrificado,... Mi apostolado por Dios y por Cristo, en su radical sobrenaturalismo, pluma infatigable y organización de apóstoles. El misterio de iniquidad a través de la Historia y hoy.

En la cumbre de la vida, o en medio del camino — ¡30 años!—, voy a dar el paso definitivo, voy a entrar indisolublemente al servicio de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo, en orden y jurisdicción.»

Ese mismo día de la ordenación, conferida por el señor Obispo de Limburgo, en Alemania, se extiende largamente en anotar sus impresiones santas:

«A medio día he jurado la Fe, la tradición de los Padres, la inteligencia católica de la Escritura, la racionalidad del dogma en su credibilidad, la sujeción a Roma, a Pedro.»

Mas a buen seguro que nadie a su alrededor lo sospecharía. Cuando tanta devoción llenaba a todos, ¡cuánto le probaba Dios! En medio de tanta luz espiritual y tan gran deseo de recibir la gracia abundantísima del Sacramento, soportaba —aun en esos momentos sagrados— la lucha de la tentación. Consta por su Diario, donde él mismo lo atestigua:

«Tentado, agitado, mordido por mis nervios que mueve el demonio, llego mirando sólo a Cristo; y amándole a El solo, bajo el manto maternal de la Virgen María. Aunque haya que servir toda mi vida en sequedad y amargura y tinieblas; aunque haya de pasar en esta noche oscura años largos y solos, más quiero a Cristo crucificado, más quiero ser así servidor de la Iglesia, levita del Señor, que nada del mundo. Solo Cristo: desnudo, escupido, dolorido. Y en este Sacrificio, consumar con Cristo y por Cristo la salud de muchos. ¡Qué bueno es el Señor para quien Le busca!

Ya declina este santo día de las Órdenes: el día feliz. ¡Con qué deseos ansiaba yo que viniese sobre mí el Espíritu Santo! ¡Con qué hambre todo mi ser, hasta el último rinconcito de mi alma y de mi cuerpo, saltaba de gozo y ansiaba por la visita del Divino Espíritu!... ¡Y vino! Puso sobre mi cabeza la mano el Obispo y dijo: 'Recibe al Espíritu Santo para fortalecerte y para resistir al demonio y a sus tentaciones, en el

Nombre del Señor.'

Renovación interior. Soy otro; todo otro; vida del todo nueva. Y me ofrecí a ser otro: uno con Cristo: en Cruz, en dolor; pareciéndome a El en todo.

Parece que en la ordenación del Diácono tiembla el mismo Obispo antes de dar el último paso. Primero ha preguntado: '¿Sabes si son dignos…?' ¡Ay!, ¡si yo hablara allí alto, me rechazarían! Pero al llegar a la ordenación, confiesa que no conoce los misterios de la elección divina, que su juicio y su obrar es humano. ¡Cuántas veces ha dicho esto un Obispo que tenía ante sí a un heresiarca o un réprobo! Me acordé de Loisy.»

No le basta su cuaderno privado. Quiere con su cristianísima madre comunicar la felicidad que rebosa su alma. Y el mismo día le envía una carta:

«Querida madre: Quiero, en este día de tanta alegría para mí y de tan riquísimas bendiciones de Dios, escribirte para que sepas que ya soy Diácono. Ayer dí el paso definitivo, y la Iglesia de Dios me admitió a su servicio, sin que yo pueda ya volver atrás. Hoy, al recibir el Sacramento del Diaconado, ha bajado sobre mí el Espíritu Santo para santificarme y consagrarme al servicio del cuerpo de Cristo... Ya tengo obligación de rezar todos los días el Oficio Divino, que es hermosísimo; y así se hace más oración durante el día y es más fácil pasarlo santamente. Además, el Oficio no lo rezamos en nombre propio, sino oficialmente, en nombre de la Iglesia, con lo que tiene más eficacia.

El jueves Santo estoy ya señalado para repartir la Sagrada Comunión en la Parroquia ¡Pensar que ya tan pronto voy a tener al Señor en mis manos indignas!

Pide mucho por mí para que no haya recibido en vano tantas gracias, sino que me santifique y piense sólo en servir al altar y a la santificación de los cristianos.»

Y a las pocas semanas le puede ya comunicar:

«El Jueves Santo estuve dando la Comunión hora y media. Uno de los mayores consuelos de mi vida. Especial devoción sentí

repartiendo la Comunión a los niños, que se acercan aquí muchísimos y muy bien instruidos. Da gusto verlos en la Iglesia.»

Es en realidad impresionante y aleccionador el modo con que se va aproximando al Sacerdocio, penetrando toda la profunda significación y grandeza de la Liturgia sacerdotal. Tiene su ánimo sumergido en los dones que recibe de Dios. A pesar, no lo olvidemos, que, entretanto, sigue viviendo su vida de estudio con plena entrega al trabajo exterior.

Una muestra del espiritual consuelo, que muy frecuentemente sentía, ante la gracia del Espíritu Santo, derramada tan abundante en la Ordenación sacerdotal, por él ardientemente deseada, nos la da una anécdota sencilla, llena de espontaneidad, muy expresiva: cuando en el Teologado iba a celebrarse alguna Primera Misa, solía el Hermano Huidobro acudir la víspera, en la noche, al misacantano para hacer con él su confesión habitual y recibir de esta manera las primicias de sus poderes de perdonar. Varios de sus compañeros le hemos visto en ese acto de íntima devoción.

Los tres días de retiro que, como preparación para renovar sus votos religiosos, tuvieron a fines de junio, los dedicó preferentemente a pensar en su próxima Misa. Así lo inferimos de sus apuntes:

> «Triduo de Renovación: ¡Cuántas luces van en este librito y cuántos favores de Dios! Me veo un abismo hondo y negro; pero también veo a Dios que lo quiere llenar con lluvia de luz dorada.
>
> Voy a ser Sacerdote pronto. Es tiempo de aparejar la posada. Querer barrer, y barrer, y siempre barrer, es tontería. El centro de mi vida ni he de ser yo, ni mis tentaciones o escrúpulos: Sólo Jesús. Preocuparme continuamente con estos pensamientos.»

Y con éstas, ya se iba acercando el día de San José de Calasanz, 27 de agosto, señalado para la Ordenación sacerdotal. Veinte días antes escribe a su madre, exponiéndole, con todo lujo de detalles, las Instrucciones para poder hacer el viaje de Santander a Valkenburg, ya que ella y algunos de sus hermanos tenían decidido estar presentes el día solemnísimo en que Fernando celebrase su Primera Misa.

«Además de descansar ahora en vacaciones —dice en esta carta—, casi no hago otra cosa que ensayar la Misa. Si no se sabe muy bien, luego, con la emoción, se equivoca uno con facilidad. Yo quisiera saberla tan bien, que pudiese despreocuparme y sólo pensar en lo que estoy haciendo. Ya es muy grande la emoción al tener al Señor en las manos. ¡Qué será consagrar y celebrar el Santo Sacrificio, y eso delante de vosotros, de ti, sobre todo! Este año, el 4 de septiembre, podré ya decir la Misa por papá, aunque no la ha de necesitar, sino que el día de San Agustín estará en el cielo gozando de la fiesta.

Ya se acerca el día —añade—y quisiera estar ardiendo en deseos de servir a Dios y de sacrificarme del todo por El; de ser un Sacerdote ejemplar, que sólo piensa en las almas y en la gloria de Dios. Se ve tantísima miseria y tantos desgraciados que no conocen al Señor, que se comprende bien la necesidad que hay de Sacerdotes, que vivan sólo para la santa Iglesia, que es vivir para salvar almas. Aunque las obligaciones son graves y muchas, la ayuda de Dios es tan generosa, tan potente, que no hay más que arrojarse confiado en sus manos. Pide mucho para que se me comunique este espíritu de sacrificio que tanto necesito».

Este pensamiento, tan «sacerdotal», de ansiar el Sacerdocio más que por el propio bien y consuelo, por ser con él más eficaz instrumento mediador en bien de las almas, le era muy antiguo. El Padre Ulpiano López recuerda la verdad con que Huidobro, estudiante aún de Filosofía en Granada, le decía al regreso de una de sus tantas visitas al Hospital de San Juan de Dios:

« ¡Qué ganas tengo de ser Sacerdote, para poder hacer el bien más por entero a tantos desgraciados que viven lejos de Dios porque no hay quien los lleve a Dios! »

Esa hora ya se le acercaba. Y va subiendo paso a paso al altar, anonadado por su pequeñez, pero lleno cada vez más de amor a Dios y a las almas.

Es pensamiento muy semejante al expresado en su Diario durante los Ejercicios del año 32, pensando en su futuro Sacerdocio:

«No ser un hombre que diga Misa y haga otras cosas.

> Sino, todo y esencialmente Sacerdote que 'hace a Cristo' bajo las especies sacramentales y Le hace en las almas.»

Todavía había de hundirse más en la intimidad con Dios antes de llegarse a la Ordenación, y esto lo encontró en los Ejercicios que, inmediatamente antes de recibir el Sacerdocio, hicieron como última preparación. En las anotaciones que hizo la víspera de terminar este retiro, se ve que le absorbe la grandeza de la misericordia y de la permanencia en nosotros de la Trinidad Santísima:

> «Día de diversos afectos. Por la mañana, profunda y hermosa meditación del capítulo 1.° de la carta a los Efesios, viendo cómo toda la obra de nuestra santificación es del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; con aquel ser 'sellados' con el Espíritu.
>
> Aquella predestinación de Dios para que seamos santos. Y esa obra la lleva Jesús adelante en nosotros.
>
> Se nos da el Espíritu que nos santifica, y con El el Padre y el Hijo, que habitan en nosotros.
>
> Y así es en la Santísima Trinidad nuestra santificación y nuestra vida verdadera. Y todo es Uno en una esencia.
>
> Allá en el fondo del alma engendra el Padre al Hijo y se aman Padre e Hijo en el Espíritu Santo.
>
> Y luego, a la tarde, al meditar de la liturgia de la Misa, sentí en silencio profundo, correr aquellas aguas eternas, y vi que esa es la vida.
>
> Y no podía amar sino a la Trinidad. Y me sentía redimido y santificado; y hundíame en una confianza en aquel mar sin riberas. Como si Dios me empapase y me rodease por todas partes.
>
> Y en paz dejar resbalarse el tiempo, sin miedo ante la Ordenación. Sino con una confianza, con un abandono total.
>
> Y con esto, querer hacer penitencias, para semejarme a Cristo; y llevar en mí la mortificación de todos los deseos, de todos los caprichos...
>
> En la consagración sacerdotal, entro en la Trinidad; soy asociado al Hijo que se ofrece en Sacrificio, para ofrecerLe y ofrecerme en la Hostia con El, en El incorporado.»

4. ORDENACIÓN SACERDOTAL.

El 26, al atardecer, llegaron de España su madre y sus hermanos José María y Carlos, y su tío carnal don Manuel. También llegó, desde el Noviciado de Chevetogne, su hermano Ignacio.

> «Con él estuve este día —dice Ignacio— un rato largo, inolvidable, a solas. Se sentía anonadado por su pequeñez y la grandeza de la elección divina. ‘No soy nada, nada, Ignacio, ni sirvo para nada’, me decía con gran vehemencia. 'No he hecho más que una cosa: oponerme a lo que Dios ha querido hacer en mí.' Tenía en su cuarto, y las había leído la temporada anterior, las Obras de S. Juan de la Cruz.»



Con su madre y hermano jesuita, el día de su primera misa en Valkenburg.

El día 27, monseñor Juan Ross, S. J., Obispo de Hiroshima, del Japón, consagró a 40 nuevos sacerdotes en la capilla del Teologado de Valkenburg. La mitad pertenecían al Colegio español de Aalbek. Cuatro horas, de 8 a 12, en la conmovedora ceremonia. Asistieron muchos familiares venidos de Alemania y de la lejana y sufrida España. El Obispo, además de la plática en alemán, glosando el tema: « ¿Qué es lo que yo daré al Señor, agradecido por todo cuanto ha hecho por mí?», tuvo otra en español, aludiendo a la persecución religiosa que se había levantado en la Patria de muchos de los ordenandos.

Son gravísimas las últimas palabras con las que el Obispo termina la exhortación a los diáconos reunidos ante él, momentos antes de imponerles sus manos episcopales y conferirles así el sacramento del Sacerdocio. Pide a Dios la santidad para aquellos nuevos sacerdotes, pero tiembla ante la posibilidad de un muy sombrío futuro para alguno de ellos:

> «…Que ni Nos por haberos promovido al Sacerdocio, ni vosotros por haber tomado tan elevado oficio, merezcamos ser condenados por el Señor, sino más bien galardonados por El.»

Si monseñor Ross, allí en Holanda, o más tarde en el Japón ––en donde todavía se encuentra al frente de su Vicariato—, llegó a conocer la trayectoria seguida por el neosacerdote Fernando Huidobro, dará gracias a Dios de haber sido él el instrumento para elevar al Sacerdocio a quien lo utilizó para tan grande bien de las almas y tan grande honor de la Iglesia Católica.

Al día siguiente habían de celebrar su Primera Misa 20 estudiantes teólogos de Valkenburg. Casi todos alemanes. De los tres españoles, uno era su pariente: Sebastián Mantilla. Otro, él, Fernando de Huidobro y Polanco.

El alma de Huidobro era riquísima en sus matices.

El mismo que era todo ímpetu en el trabajo, en la acción; el que en las horas de estudio quedaba sumergido en la más entusiasta investigación; el que en el trato familiar y de amistad y apostolado no pensaba sino en quien tenía delante de sí; cuando se encontraba a solas con su Dios en la oración, desbordaba ante El los afectos más tiernos y devotos de un misticismo que era, a la par, fuerte y delicado. Son sus hablas, sus soliloquios con Jesucristo.

Demasiado solemne era aquella noche para no prolongar en ella su oración. Los afectos en estas horas que ya se unían con el comienzo del 28, día de San Agustín, mañana de su Primera Misa, nos han quedado, felizmente, sintentizados en su cuaderno íntimo:

> «Noche soberana… mientras todas las cosas yacen sumergidas en profundo silencio... Fecha cumbre en mi vida..., mañana, transformación del todo en Cristo. No es ilusión; dogma es.
>
> Cristo es todo y único lo que amo y lo que para mí es. El

lo vende todo y lo da todo por comprarme. Yo me doy todo por El... No quiero discurrir. Sentir y amar tan sólo. Me doy a Cristo y Cristo se me da.

O mejor: Se posesiona de mí la SSma. Trinidad y en Ella me anego.

Mañana: ¡Señor Jesús! Si yo fuera digno de consumar mi vida en el martirio cruento, dando por Ti mi sangre..., ¡y desde ahora muriendo cada día, abnegándome a mí por Ti!

Que la obediencia disponga, contraríe, mate…

Y así sea yo hostia contigo y en Ti...»

Y tras las sublimidad de estas sentidísimas ideas —difícilmente, en su género, superadas—, aparece en el Diario una manifestación delicadísima de aquella alma tan de Dios y tan de sus prójimos. Porque se puso en la noche, después de su oración, a escribir en el Cuaderno una larga serie de personas por quienes especialmente desea rogar, dentro de pocas horas, en su primera subida al altar. Era indudable qué nombre había de encabezar esta lista de peticiones. Para consuelo de quienes aún viven y encuentran en este Diario sus nombres, y para mejor conocer la delicadeza y devoción de Fernando Huidobro, copiamos aquí la serie de intenciones particulares en su primera hora sacerdotal: personas de su familia, de su amistad, y entre ellas, con candorosa ingenuidad —gusta aún más dentro de un tan varonil carácter—, recuerda a quienes le atendieron en su niñez.

«Memento para la Primera Misa:

Mi madre - Rosario - Ignacio - P. Martinho - P. Valdés - Carlos - José - Joaquín, María y los niños - Rafael - M. Teresa - M. del Carmen - mi ama y las de M. del Carmen, Enrique y José - tío Eduardo - tío Manuel - Antonio - Rosario - Nila - Carmen - Paz Trinidad - Jesús - Rafael S. J. - Manolo S. J. - José María - Juan Antonio - Manolo Hornedo - Fernán - Tatín - Antonio Solado - Antonio Hornedo - Felipe Leguina - P. Leguina - P. Zurbano - P. Grund - P. Jiménez - P. Rodríguez - Moreno P. - González J. - Cano P. - Lamadrid - Revuelto - Medina -S. Robles - Cañete - Larrea - Echaguíbel - Beraza - Juambelz - Bernabé - Hellín - Berrocal - Monasterio - Díaz - González Bueno - Leal - M. Colom - González M. - González

Diego - Cólogan - Vargas - Abellán - Brokmuller - Angulo - S. Céspedes - La Cerda - Brú - A. Martínez - Moreno Alfonso - Periago - Peñuela - G. Acebo - Prat - Arteaga - Cereceda - Luis, M. - F. Emilio -Fernández - Montes, J. - José Luis y Fritz. Alej. Fernández - Ostalé - el Moreno - Aceituneros - Niños del Puerto - Chamartín -Aranjuez - A. y F. G. Evangelista - Julián de Sagredo.»

5. MISAS PRIMERAS.

Y pasó al fin aquella noche soberana, y amaneció el día más grande de su vida: le ayudaron dos de sus hermanos. Y como presbítero asistente, su condiscípulo y compañero de toda la vida, el Padre José Pedromingo. En el Cielo iban a entrar ambos casi juntos: le precedería Pedromingo, vilmente asesinado en la cárcel de Guadalajara en la noche del 6 de diciembre del 36, por los «sin-Dios».

La Misa del 27, en la Ordenación, la había ofrecido por la Santa Iglesia. Esta Primera Misa, por el Reinado del Corazón de Jesús en España: la petición más íntima y «católica» de aquella nobilísima alma. Fue en el altar de la Virgen del Rosario.

El momento más emocionante de esta Misa fue para él —lo manifestó más tarde a unos Padres españoles que allí estaban— cuando, tomando a Jesucristo en sus manos, instantes después de la Consagración, ofrecía con aquella Hostia Santa al Padre Todopoderoso y al Espíritu Santo, unidos en la misma divinidad, toda la honra y gloria que Jesucristo puede ofrecerles. Instante solemnísimo, ya que el sacerdote, ante el altar del Sacrificio, se pone en contacto, el más directo, con la Augustísima Trinidad, en presencia de la Víctima Divina... «Por Jesús... y con Jesús... y en Jesús..., a Ti, oh Padre Omnipotente, en la unión con el Espíritu Santo, sea todo honor y toda gloria...» Pocos días antes había escrito en su Diario, refiriéndose a esta parte de la Misa:

> «Alrededor de este punto culminante del Canon, vivir Su Vida, no mi vida, que ha de estar muerta. Intimidad de la vida con Jesús... Escondido con Él en Dios.»

Gratísimas fueron todas las impresiones de esta Misa y de este día. Compartida su alegría entre su familia allí presente.

Pero antes de acostarse tuvo que abrir su cuaderno, y en monólogo consigo mismo, recordar y agradecer a Dios tantas gracias y tantas emociones purísimas:

> «Día 28. S. Agustín. A las 10 y media al irme a acostar.
>
> Día cumbre de mi vida. Empieza una carrera que es un sacrificar continuado hasta morir y entrar en la Liturgia eterna, y ver...
>
> Cuando consagré, como si un Sol me hubiese salido entre las manos. Se me iluminó el alma y me rió la vida. Mi vida que ha tenido horas de interior negrura, tuvo un instante radioso, que vale solo él por todo.
>
> Un ver así, eterno, sin las sombras y límites, sería ya por sí, Cielo.
>
> Y seguí absorto, mirando a la Víctima que yacía en el Altar.
>
> Y el Cáliz; y ofrecer la Sangre.
>
> Y luego de rogar por tantas cosas, consumar el Sacrificio, comiendo y bebiendo Carne y Sangre, cual pan y vino. Y así del todo ofrecido.
>
> Se me infundió —temporalmente al menos— instinto de pureza.
>
> Sin querer, ni examinar, ni ver. Sino vivir sólo para el Altar.»
>
> En las estampas-recordatorio de esta su Primera Misa, quiso que se pusiera aquella frase de San Pablo a los cristianos de Corinto: «Anunciaréis la muerte del Señor.»

A los pocos días, juntamente con su madre e Ignacio —todos felicísimos— salió para el cercano Noviciado de Chevetogne, en territorio belga, para descansar y saborear, en la paz de aquella Casa, las impresiones de estos días. «Con una simple camarilla de novicio tengo allí bastante», había dicho cuando le pidió a su Padre Provincial permiso para este corto viaje.

En el Padre Huidobro no podía tampoco faltar el deseo de asemejarse en el sufrir —nuevo sacerdote— a Cristo, cuya Pasión

comenzaba con toda verdad a conmemorar. Escribió pocos días después:

> «Fue afecto de las primeras Misas: que debe de ir mortificado y semejante al Cuerpo de Cristo, el que va a representar su Pasión sagrada y conmemorarla.
>
> Cuerpo llagado y herido de cilicios y disciplinas. Alzar los brazos con dolor, como crucificado.»

Él lo quiso realizar en sí mismo. Y según contó el entonces novicio en Chevetogne, Padre Luis González, al pasar en esta ocasión por allí el Padre Huidobro después de su Primera Misa, pidió que le hicieran en el Noviciado unos cilicios para ponerlos en sus brazos: quería, dijo, que el Celebrar y el Alzar al Señor fuese con dolor.

Según se iba serenando su ánimo, después de las intensas emociones pasadas, iba trabajando por acomodar su vida cotidiana al nuevo estado, tan superior, en que se hallaba constituido.

El día 3 de octubre, festividad de Santa Teresa del Niño Jesús, se explaya un poco por carta con un su compañero, y le decía, como exponiéndole una especie de plan de vida dentro de su reciente Sacerdocio:

> «Usted pida, pida que me enseñoree del todo la ley del amor, pues he recibido al Espíritu Santo, que es amor.
>
> Que aquella humilde delicadeza de hermano que es tan esencial y que tanto me falta, sea en adelante como un efluvio al exterior de su comunicación a mi alma. Y que el celo ardiente de su gloria, de llevarle almas, consuma todas las miserias que me comen.
>
> Cuando pienso cada día en que he consagrado, me parece todo fácil y que voy a ser un santo. Y luego, al punto, vuelven las frialdades, los egoísmos, los descuidos en guardar la pureza de conciencia. ¡Gran Misericordia la que me escogió, conociéndome!
>
> Pida Vd. que al menos me haga humilde y me dé algo del espíritu de Santa Teresita.
>
> Ahora trato de hacer la Misa el centro de mi vida. Ayúdeme Vd. que puede mucho. Que cuando pienso en lo que soy,

> me espanto y no sé para lo que voy a servir. ¡Y eso que estoy en consolación y lleno de confianza en el Señor! »

Esto en la carta. En su cuaderno anotaba para él sólo y para Dios:

> «Es verdad que yo vivo desde las Órdenes una vida nueva. Vida de sol y de cielo azul sereno, aunque se nuble a ratos. Las turbaciones nervioso-sexuales vienen, pero suenan las más veces como algo lejano. En las antesalas del Castillo riñen los guardas. Y están las moradas interiores hacia el centro del alma muy tranquilas. Como si mi vida antes hubiera sido un fluir, ahora un estado. Así igual me da ser esto que aquello.»

Y unos días más tarde:

> «He de seguir aquí escribiendo los sentimientos de mi alma, porque Jesús va obrando por la Misa secretísimamente en ella, y la Sangre de Cristo me va purificando y dando la paz. En medio de las mayores tentaciones, puedo decir: Paz en la guerra.»

El nuevo sacerdote perseveró, ya en adelante, en los mismos sentimientos del día de su Misa primera. Meses más tarde, expresaba a su hermano religioso el reconocimiento de la propia pequeñez ante la grandeza del poder recibido:

> «... Y yo estoy lejos (de ofrecerle el entero sacrificio de sí mismo a Dios), muy lejos de ahí; y ¡Le tengo en mis manos cada día!, y Le hago con las palabras de mi boca; y se puede decir que al Consagrar, Le engendro otra vez como su Madre, ¡y soy lo que soy! Si en el Juicio me juzgase un hombre o un Ángel o un Santo, cualquiera que no tuviese misericordia infinita, creo que me condenaría. Por eso, pide mucho por tu hermano Fernando, SJ.»

Al llegar a la Ordenación se había producido en su alma el fruto que la Iglesia desea para todos sus sacerdotes y por lo que quiere tan larga preparación y espera. No se trata del simple consuelo del Sacerdocio —como aquél de las tres Misas en la noche de Navidad, en Portugal, que le hizo escribir en seguida a su madre: «Se goza mucho en estas circunstancias. Yo no cambio esa noche por

todo lo que se pueda gozar en el mundo»—, sino que la unción sacerdotal había sublimado todo su espíritu, embalsamándolo en aromas de divinidad. Se entregaba, al igual que antes, al estudio y a las actividades exteriores. Pero —todos lo notaban— su vivir era más elevado; bien se conocía que era ya un hombre consagrado únicamente y unido plenamente a Dios.

CAPÍTULO VII

VIDA INTERIOR

I. Triunfos en la vida. 2. Su vida de oración. 3. En unión con Dios. 4. Agitación interior. 5. Observancia religiosa. 6. Sus defectos. 7. Fiel en la humildad. 8. El «espejo». 9. Diario espiritual.

1. TRIUNFOS EN LA VIDA.

Fernando Huidobro pasó su vida cosechando triunfos, escuchando incesantes aplausos. Entre tantos éxitos, durante el recorrido de treinta y cuatro años, apenas si supo nunca lo que es el fracaso. Cuando niño, fue querido por todos sus compañeros, y en sus estudios contaba, por los sobresalientes y Matrículas de Honor, el número de sus exámenes.

En los años de estudios sacerdotales iba siempre entre los primeros, y en cada curso era uno de los elegidos para las actuaciones de renombre mayor.

Los tres años de Magisterio se le convirtieron en tres años de fáciles frutos con los alumnos.

Por su carácter y simpatías excepcionales, recorrió la vida recibiendo afectos y amistad.

Se presentó en la Universidad de Madrid y de Friburgo, y allí los mejores catedráticos le señalaron con su preferencia.

Algo comenzó a actuar en los Ministerios Apostólicos, y jóvenes obreros y padres de familia le oyeron, contentísimos siempre, sus predicaciones y enseñanzas.

Hasta la salud se pone de su parte, y las escasas enfermedades que tuvo que pasar, o fueron ligeras o muy transitorias.

Llegó al Tercio y, allí, la estima que por él tuvieron soldados y jefes, subió hasta casi la fascinación.

¿No es esto triunfar plenamente en la vida? En lo humano, parece que no habría más que pedir.

Pero, ¿qué impresión causaban en el ánimo de Fernando Huidobro todas estas flores que, sin interrupción, cubrían el camino que él iba pisando?

Por los pinares de Chamartín de la Rosa, durante una tarde de vacación, en el tercer año de su magisterio, se explayaba en fraternal conversación con un compañero de enseñanza en aquel colegio:

> «... vea usted, le soy sincero. Es cierto que, criado en una familia tan buena y dado mi carácter, he vivido, hasta ahora, sin experimentar esas grandes amarguras o desengaños por los que otros pasan. Y, no obstante, créame, no me atrae nada esta vida de la tierra. ¡Me causa asco! Bien es verdad que esta vida que, en sí, vale tan poco, puesta al servicio de la gloria de Dios y salvación de las almas, puede tener valor incalculable.»

A Huidobro, como a todo hijo de Adán, necesariamente le agradaba la lisonja, y que sus hechos fuesen admirados, y su talento reconocido. Y una vida, año tras año pasada así, tenía que satisfacer su espíritu. Pero tenía él plena razón al sentir, por todo ese triunfar humano, soberano desprecio.

A la luz sobrenatural, luz de fe, que es, en fin de cuentas, la luz única de verdad, sabemos que todo ese triunfar no le deja a uno —nos lo recuerda San Pablo— sino lo que deja tras sí el tañido inútil de una campana, o el ruido monótono de un pedazo de hierro que choca sobre otro. «Ruido y Viento que paran en nada», había ya dicho mucho antes el inspirado Libro del Eclesiastés.

Huidobro vivía, como el justo del que habla San Pablo, en ambiente de luz clara de fe. Por eso, por encima de los otros triunfos, que tan de barato le daban, ansió, con diligencia apremiada, conseguirse uno muy superior, el único, el que vale ante Dios y nunca pasa, y es el aplauso supremo del «Alégrate, siervo bueno y fiel.»

Este sentimiento se le rezuma en cada página de su Diario. Los triunfos de acá —ya lo dice él—, sólo en cuanto ayuden para servir mejor a Dios.

¿Triunfó él durante su vida con este otro triunfo, el de Dios?

Sus brillantes actuaciones externas atraían, de ordinario, más la atención y alabanza de los de fuera. A los de dentro, a los que le conocían en la intimidad de sus días, llamaba mucho más la atención el brillo tan brillante de su ejemplar virtud.

No vamos a recoger aquí íntegramente el tan interesante aspecto de SU vida espiritual. Cuando estudiemos la vida del Capellán, podremos, de alguna manera, completarlo. Que allí fue, durante esos últimos meses de su existencia terrena, cuando aparecieron las mejores flores de santidad; flores que se habían ido preparando, años y años, con fidelidad a la gracia divina, y que entonces, en medio de unas circunstancias, que se creerían tan contrarias, se mostraron en toda su lozanía primaveral.

Ahora nos contentaremos con señalar algunas cosas más salientes de su vida interior, durante sus años de estudios.

2. SU VIDA DE ORACIÓN.

Persuadidísimo el Padre Huidobro de su propia impotencia para lograr victoria en la práctica de las virtudes, supo buscar la necesaria fortaleza allí en donde, con toda seguridad, la iba a encontrar abundante: en una vida de muy intensa oración. Recogida y devota, siempre. Larga, tanto más, cuanto más iba avanzando en la vida.

El trabajo y el estudio le reclamaban. No pretendo hacer creer —porque no es verdad— que se dedicase a la meditación como un monje contemplativo. Pero sí tenía radical tendencia a acudir a la oración, en demanda de ánimos y de consuelo, para la perfección de su obrar heroico. Porque su espiritualidad era dinámica, verdadera mística militar.

Aún era estudiante de Filosofía, en Granada, cuando le encargaron de atender especialmente a un grupo de jovencitos inclinados a la vida religiosa. Les llamaba la atención la gran piedad que se traslucía en todo su proceder. Uno de ellos, niño entonces de diez años, Justo Collantes, escribió más adelante:

> «A aquella edad, poca cuenta podía yo darme de lo que eran las virtudes. Sin embargo, a veces, me decía yo a mí mismo: 'El H. Huidobro tiene algo que le hace superior a los

> demás.' Siempre que yo iba a visitarlo, me llevaba a la Capilla, y allí, arrodillado, sin que nadie más que Dios y yo le oyeran, hacía una Comunión espiritual. Y, después, durante breves momentos, le decía al Señor, en la Eucaristía, algunas palabras tiernísimas, para que yo también las repitiera. De este modo me enseñaba a hablar con Jesucristo y despertaba deseos de recibirle, él que tan encendidos los tenía. Aquellas palabras, que encendían en amor a Jesucristo, eran señal de que salían de un corazón también abrasado. »

En cuanto se puede juzgar por su exterior, era hombre de mucha vida interior. Ya desde que entró religioso había sobresalido en este amor a la oración. Y era notable su recogimiento y devoción siempre que, en alguna forma, trataba con Dios. Todavía recuerdan algunos de sus connovicios de entonces, cómo, aun el verle rezar el Rosario por los tránsitos de Granada, era para los demás un estímulo.

Mucho más adelante, el año 32, a los pocos días de llegados los estudiantes teólogos al destierro belga, tuvieron un día de especial recogimiento, como entrada a la nueva vida. Huidobro escribió en su Diario privado:

> «21 de febrero. —Día de Retiro en el Chateau de Marneffe, sobre San Juan Berchmans. Observancia regular; amor a la vocación. Los ejercicios de año, quien los haga bien, en ese año no sale de la Compañía, suele decirse. Ni pecará en ese día quien haga bien la oración. La oración es el arma que me tiene a mí junto a Ti. Si hago bien mi oración, estoy seguro de no salir de la Compañía, sino de amarla cada día más. Debo también renovar mi devoción a la Santisima Virgen y, con sumo cuidado, rezarle el Rosario.»

En la Compañía de Jesús, los nuevos sacerdotes, una vez terminada la Teología, tienen un año de especial retiro, llamado 3.ª Probación, antes de entregarse definitivamente a sus estudios y ministerios. Se parece en algo a los dos años de Noviciado. El Padre Huidobro pasó este tiempo, del 34 al 35, en Portugal. Se había alquilado para este fin —ya que dentro de España les estaba prohibido— una casa, a ocho kilómetros de Braga, en una montaña muy conocida, por el cercano Santuario de Bom Jesus, que da

nombre a todo aquel paraje. Es un lugar sanísimo, a 500 metros de altura, todo rodeado de bosques. De lo más hermoso. Allí iba a estar el Padre Huidobro, con unos 30 sacerdotes más, en el recogimiento de la paz y de la oración. La sed de Dios y del trato con El en la oración, crecieron muy sensiblemente —así se lo había propuesto él conseguir— durante este remanso en su agobiante trabajar de años anteriores. Desde esta Casa escribía, el 1 de enero, a su hermano Ignacio:

> «Mi vida aquí es toda por dentro. Mucho bien me prometía yo de la 3.ª Probación, pero nunca soñé tanto. ¡Qué bueno es el Señor, y cómo le gusta ser generoso con los más ruines, para mostrar más su estilo! Pide por mí, que no siga malgastando y correspondiendo mal.
>
> El mes de Ejercicios es la gran gracia. Y luego esta vida dada del todo al espíritu, para quien es tan inclinado a disiparse, como yo, es inapreciable.
>
> Sobre todo quisiera sacar de este año, unión continua con Dios y amor sacrificado a Jesucristo N. S. Las dos cosas van juntas. 'Vuestra vida escondida con Cristo en Dios', que dijo San Pablo. Pide por mí eso.»

A su carácter abierto, anheloso de apostolado y acción, le costaba grandemente la perspectiva de su futuro destino, de una vida consagrada a la enseñanza de Filosofía en la soledad del destierro belga. Su consuelo —aparte el fundamental que puso siempre donde está, en la obediencia— lo encontraba en la vida que allí podía tener de más oración. En uno de sus cuadernos, enteramente privados —habla, pues, con entera libertad—, había ya escrito, en mayo del año anterior:

> «La vida de profesorado, que me parece triste, negra y aburrida, puedo fecundarla y regarla y orearla con la oración. Más oración. Diré que es una necesidad. Y me pasaré las horas en la Capilla hablando con El y pensando a sus pies.»

Y pocos días después, tras una meditación de la vida en Nazareth:

> «Después de estas meditaciones, no tengo miedo a la vida oculta. Sería vida de oración, que es la más divina. Sentí

> algo de la oración de Jesús. Dulzura de la monotonía, suavidad, escondimiento de Nazareth. Jesús, María y José, tan unidos. ¡Qué horas más dulces! Quien se queja de monotonía, no ama.
>
> ... La oración de Jesús..., la divinidad, como que mueve el alma, y ésta toda en la luz de Dios...; y la voluntad, ¡cómo arde en Dios! Y si llego a alguna unión, no necesito más. Viviré con mi Jesús, con mi oración, con visitas muchas a Jesús en el Santísimo.
>
> Firme en más oración. Oración. Silencio. Recogimiento, Kempis después del desayuno.»

Observamos algo bien curioso en la vida del Padre Huidobro: en medio de la absorbente ocupación exterior, mantenía incesantemente tanta ansiedad por llevar vida de intensa y, en lo posible, larga oración. Más aún: parece como si a medida que crecían las ocupaciones exteriores, aumentase el tiempo que él dedicaba a la oración. ¿No le impedía, o al menos no le estorbaba al trabajo? Es que sucedía en él, lo que no raras veces ocurre: que precisamente quienes más oran, son aquellos a quienes luego el trabajo más cunde; quizá porque con el deseo más encendido de agradar en serio a Dios, se esfuerzan por aprovechar sus ocupaciones al tope, y así sus deberes quedan más colmados.

A fin de que todos sus anhelos de oración se concretasen en algo determinado, él mismo se propuso, durante el mes de Ejercicios:

> «Necesito menos estudio y más oración. Para cualquier oficio sirvo, con tal de orar más. Siempre cada día dos horas, por lo menos.»

Para saber qué significado tenía para él la vida de oración, mucho encontramos expresado en una frase clave, escrita por él en su Diario el año 35:

> «Es necesario, pues me llama Dios a vida de oración, total desasimiento.»

Cuando habla, pues, de la importancia de llevar vida de oración, o se propone entregarse más a ella, no se refiere únicamente a dedicar algún tiempo, más o menos largo, pasado en la Capilla o

arrodillado en su aposento. Profundiza más en su sentido. Sobre todo lo hace consistir en la entrega de sí mismo hecha a Dios. San Ignacio de Loyola, que no separa vida de oración de vida de mortificación; San Juan de la Cruz, que exige, para bien orar, el total desprendimiento, son los modelos que el Padre Huidobro tiene delante al juzgar que, hombre que quiera tener vida de tratar más familiarmente con Dios en la oración, es hombre que ha de irse desasiendo de las ataduras terrenas. Este es el total significado que da Huidobro a la vida de oración. De aquí la importancia tan superior que tiene a sus ojos.

Bien claro aparece que era para él no pequeño sacrificio el mantenerse fiel a su oración. Por eso tan continuos y fuertes propósitos. Le atrae por el gran fruto que saca y por el amor a Jesucristo. Pero le cuesta, sobre todo, porque quiere hacerla con entera entrega. No es sino aparente la contradicción en estos dispares sentimientos.

Escribe en su Diario, a propósito del Monte de la Tentación y de la Cena en Betania y del Huerto:

> «Estos ejercicios son la Cuarentena. Y aquí, en 3.ª Probación, prepararme para el apostolado. Celo sin oración y mortificación, no es celo o, por lo menos, no celo apostólico. Necesito ser santo para santificar. Ya lo he experimentado. Necesito en confesionario, dirección, conferencias y sermones, un temple que sólo lo pueden dar la oración y la mortificación. Hambre de oración y de mortificación. Buscar esos ratos perdidos y ganarlos y acentuar, sin dejar la corporal, la mortificación de concentrar el pensamiento, por medio de distribución apretada y fiel.
>
> Unión íntima con Jesús, toda cuanta oración haga falta, hasta conformarme a la imagen del Hijo de Dios, y hallarle allí dentro, en lo hondo de mi alma, de modo que viva yo en el Espíritu; esto es, en Cristo Jesús, y Cristo Jesús esté en mí, por su Espíritu.
>
> La desolación del huerto duró toda la Pasión, hasta la Cruz. Perseverar en oración así como perseveró Cristo. Alargándome, si soy tentado a aflojar, en tiempo y fervor.»

Sabemos que en días marcados con algún notable o doloroso

acontecimiento, prolongaba su oración. Y así, el 14 de abril y el 11 de mayo del 31, lo mismo que en los repetidos pronósticos del Decreto de Disolución contra la Compañía, se le pudo ver largas horas en la Capilla ante el Tabernáculo, privándose de su descanso. Esta misma costumbre de alargar bajo especiales circunstancias su orar en las noches, la siguió practicando aún durante sus meses de Capellán. Hay de ello testigos. Es que en las horas difíciles de su vida, ya sabía Fernando Huidobro a dónde había de acudir para robustecer su espíritu.

Y ¡qué respeto siempre, cuando estaba ante el Sagrario! Verle en esos momentos, era consuelo para la fe de quienes le contemplaban. Infundía devoción. Pero ni en la práctica de la virtud, ni en las manifestaciones de su espontánea devoción, hubo nunca nada de espectacular ni de teatral.

> «No le he visto hacer la oración sino de rodillas. Y el tiempo era de unas dos horas diarias», afirmó su compañero, por muchos años, Padre Pedro María Ilundáin.
>
> Tan inclinado a la acción y tan inclinado al conversar, buscaba, sin embargo, las ocasiones de especial recogimiento. En la última Semana Santa pasada por él en Alemania, fue un día a la Abadía benedictina de Maria Laach. Allí se encontró con un antiguo y muy querido compañero, el Padre Moreno Pareja. A pesar de que no era poco lo que ambos deseaban hablarse, después de años de separación, le pidió que, entrada la tarde, se retirasen, para poder así darse más enteramente a la devoción en aquel ambiente tan propicio.
>
> Y es que buscaba en la oración y en la piedad fortaleza para su vida de unión con Dios. «Las almas tan disipadas y dadas al exterior como yo —exclamaba mientras, rebosando entusiasmo, dirigía la tanda de Ejercicios en Lieja—, necesitamos esto. Porque yo, en los estudios, me entibio no poco.»

Mientras vivió en Friburgo, fue muy constante en una piadosa costumbre: cada vez que entraba o salía de casa, para acudir a la Universidad o a cualquier otro sitio, siempre hacía una visita en la Capilla, y frecuentemente la repetía al pasar por la Catedral o por otra Iglesia. Y en Berlín, durante los meses que estuvo como Cape-

llán en una pensión de religiosas, dos cosas atestiguaron de él: que pasaba largos ratos en la Capilla, y que soñaba con una muerte como la del Padre Pro.

Oraba fielmente; y oraba más en ocasiones o de tribulación o de algún apostolado especial. Y así, notaron en Lieja que, mientras dio Ejercicios a aquellos alumnos de Ingeniería, se preparaba a las Pláticas, más que nada, con oración y con mucha aspereza en la comida. Es lo que él había visto inseparable: oración y mortificación.

En su propia vida espiritual, buscaba también el unir a la oración, la austeridad. Contó el Rector de Aranjuez que, cuando hizo allí sus Ejercicios, antes de viajar para el Teologado, al menos una de las noches, le pidió dormir en el suelo.

Diligentísimo en todos sus actos de piedad. No fue vana excusa para salir del paso, aquella su respuesta en Friburgo, al no aceptar la invitación de ir con otros Jesuitas a una reunión amigable:

> «Siento no poder aceptar, pero tengo aún tres cosas importantes por hacer: no he acabado de rezar el Breviario. Ni el Rosario. Y, además, tengo un grave caso de conciencia que arreglar.»

3. EN UNIÓN CON DIOS.

Consecuencia de su amor a Dios y a la oración, y de su abnegada práctica de la mortificación, y de su vivísimo y perseverante deseo de conocer a Jesucristo, era de esperar, en el espíritu del Padre Huidobro, un avance rápido y seguro en la unión con Dios. Lo que él ansiaba; lo que concretó en esta frase, que escribió en su Diario en noviembre del 34: «Oración. Con toda la mortificación y entrega necesaria para subir en ella. Al cabo de este año, hábito de oración, y presencia de Dios; y consultarlo con El todo.»

¿Obtuvo de Dios este su deseo?

Muy valioso es lo que, en este aspecto de la vida espiritual de Huidobro, da el Padre José Caballero, Maestro de Novicios durante algún tiempo, y que tan larga y amistosamente trató con él:

«Tengo la impresión —dice que, en los últimos años de su vida, alcanzó una presencia de Dios, habitual y afectiva, que llegaba a él en forma de sencilla noticia amorosa, considerando a Dios como Padre.

Pero anonadado al mismo tiempo ante la majestad divina.

Por el trato que tuve con él, infiero —aunque no puedo asegurarlo— que rebasó los límites de la contemplación adquirida, y que, en algunos momentos u ocasiones, llegó, si no al estado habitual de contemplación infusa, por lo menos a este grado de contemplación en forma actual. Y lo infiero de que, en sus palabras, muchas veces, se echaba de ver la influencia que el don de Sabiduría ejercía en su alma, de una manera sencilla y natural. El buen sabor con que hablaba de Dios Padre y con que sentía la presencia divina, me lo hacen suponer.

Tuvo especial devoción a la Santísima Trinidad. Hablé bastante con él, cuando vino a Madrid desde el Terceronado de Braga, y aprecié la gran devoción que, como reminiscencia de los estudios teológicos, principalmente de la patrística oriental, le había quedado a este Misterio. Le agradaba, y sentía gran devoción en ello, decir, como suelen los griegos: 'Gloria al Padre por el Hijo, en el Espíritu Santo.' También me habló de cuán íntimamente sentía devoción por la interpretación de la célebre visión trinitaria, acerca de la santidad divina, en el Profeta Isaías. Y me maravilló el oírle expresarse en términos tan profundos y afectuosos sobre este Misterio. Parecía ser como el fundamento de toda su piedad.

Su intensísimo amor a Jesucristo desembocaba luego en amor a la Augustísima Trinidad. Para ésta su gran devoción había encontrado ayuda en las lecturas de Lippert y Prwzywara.»

Sabe a pregustos místicos lo expresado en unas frases de su Cuaderno, durante los Ejercicios del año 35. Precisamente al meditar de la Indiferencia, y como excusándose de no sentirse indiferente ante el pensamiento del Cielo:

«No es egoísmo, Hambre y Sed de Cielo. Si amo el Bien

> sumo, quiero verlo y poseerlo por amor, no por egoísmo. Si amo a Cristo, *cupio dissolvi* (ansío ser desatado de esta vida). Si amo a Dios, le pido, como Moisés, que me enseñe su rostro.
>
> No es deleite del sujeto —que se complace en sí mismo y se alegra de su goce y considera a Dios como cosa beatificante—, sino alegría del amigo en el Amigo muy amado; y (en el) purísimo relucir de la inteligencia a presencia del sol inteligible, con arder limpidísimo de la voluntad, en el derramarse de la Bondad infinita sobre sus senos espirituales.»

Muy explicable es que en el trato fraternal con el Padre Huidobro —sobre todo cuando se confiaba algo más íntimamente, aunque era pocas veces—, su interior, tan sobrenaturalmente metido en Dios, se trasluciese. Coincide esto con la afirmación del Padre Pedro Leturía:

> «Lo que había por dentro de él, lo gusté un poco cuando, en julio del 32, hizo Ejercicios conmigo, antes de su ida a Valkenburg. Entonces vi de cerca cómo el encanto de su persona y de sus virtudes nacía del trato íntimo con Dios; sobre todo, en la Eucaristía. Y cómo sabía él, con su instinto de santo, usar sus más pequeños defectos y reliquias de defectos, para mantenerse ante Dios y ante sí mismo, en la humildad y bajeza debidas.
>
> Su modestia con los demás era, por eso, tan verdadera y no buscada.»

Durante sus estudios teológicos procuró, con prudente diligencia, aprovechar los nuevos conocimientos para su adelanto espiritual. Contaba él mismo que, mirando a su provecho personal, había empleado varios días en leer cuanto dicen varios autores, sobre todo Suárez, acerca de los ángeles. Mucho le gustó, y mucho le aprovechó, el Tratado de San Bernardo sobre el Cantar de los Cantares, de la Sagrada Escritura.

Un director de Ejercicios en Valkenburg se extendió largamente en sus pláticas hablándoles de los Misterios divinos, particularmente de la Santísima Trinidad. Algunos teólogos comentaban que, en unos Ejercicios a Ordenandos, no parecía oportuno entretenerse tanto en esas materias tan sublimes y tan difíciles. «Pues

miren —respondió Huidobro—, yo he gozado mucho. Y al estudiar esos tratados en Teología, siempre encontré gran gusto y consuelo al pensar y meditar estas cosas.»

Y es que todo lo sobrenatural le atraía. Y él lo buscaba. Una vez, va en sus últimos años, ocasionalmente, se encontró con un su antiguo compañero, a quien hacía tiempo no había visto. El comentario que luego hizo Huidobro de esta conversación, fue exclamar: « ¡Qué encuentro más agradable! Estuvimos tres o cuatro horas hablando de cosas espirituales. »

Su entusiasta fervor religioso en el hablar, de antiguo le venía. Se conserva una carta que, el año 29, escribió el Padre Huidobro, saboreándose en pasadas charlas familiares durante los recreos, en una de las Casas en que él vivió de estudiante. Alude a la conversación de Jesucristo resucitado, con los discípulos, camino de Emmaús:

> « ¡Cuántas veces —dice— se nos encendía el corazón mientras manteníamos nuestras conversaciones en aquellos crepusculares paseos!
>
> Aunque es cierto que sólo Dios basta y que si Él viene a nuestro corazón nada necesitamos, ni echaremos de menos a nadie; pero también, creo, se alegra en la caridad que une a los que desean servirle en todo.
>
> ¡Qué párrafos, si de nuevo se nos diese encontrarnos!»

Las ansias de Dios, siempre crecientes, inmensas, en su alma, nunca se las lograba saciar cosa terrena, por más que esta vida no le regateó los mayores triunfos. No necesitó avanzar mucho en los años para despegarse de lo caduco, unido como estaba, y cada vez más, con lo sobrenatural. Pero es cierto que en los últimos años, máxime desde su sacerdocio, sentía mucho más intimamente el gran vacío que dejan las cosas humanas. En sólo Dios hallaba satisfacción. El Padre Jesús María Granero, que le trató durante varios años con mucha intimidad, describe así este aspecto del alma de Huidobro:

> «Como toda alma profunda, padecía, con frecuencia, esas que llamaríamos nostalgias románticas. No hay que confundirlas con ciertos estados sentimentales más o menos morbosos de algunos espíritus débiles. Sino las ansias insa-

> tisfechas, que emergen de lo más hondo de nuestro ser, que no pueden reposar en nada caduco y que vuelan sin descanso continuamente más alto, al infinito, a lo eterno.
>
> ¡Cuántas veces hablábamos de eso! Y luego recuerdo que, alguna vez, me lo repetía en sus cartas. Creo que fue con motivo de su Ordenación sacerdotal, cuando me volvió a escribir de esos mismos anhelos íntimos y de las sorpresas y emociones infinitas, cuando viéramos al Amado 'al par de los levantes de la aurora'.»

A estas mismas ansias místicas se refiere una frase, que leemos en su Diario, por octubre del 35. Son muy pocas palabras, pero que descubren horizonte inmenso en lo más interior de su alma. Forman monólogo, pero lleno de nostalgia, porque aún no llega al diálogo divino:

> «2 octubre 1935. — Nunca había tenido yo tanta sed de Dios como ahora. Nunca había sentido tanto ese hueco aquí dentro, que anhela por un tú íntimo, entrañable.»

Para conocer más exactamente su vida espiritual en lo más profundo, el interior de su conciencia, nada como su Diario Privado, en el que iba conservando él, para releerlo luego, algo de lo que en su corazón iba sintiendo ante Dios. Desahogos espirituales. Este Diario quedará transcrito al final del presente capítulo.

Se conservan felizmente unas líneas poéticas, pequeño manuscrito encontrado al acaso en Les Avins, en el que el Padre Huidobro había expresado esos «vacíos» de su alma, esa «nostalgia» por un algo todavía no saboreado, pero que él anhelaba con todo el ardor de quien quiere encontrar lo que llene por entero el corazón. Estas líneas, por lo que dicen y por la ocasión en que fueron escritas, son de un valor incalculable para conocer el interior, pletórico de vida y de ansiedades, del Padre Fernando Huidobro.

Tres aspectos de su carácter quedaron simbolizados en ese papel manuscrito que, entre otros, se quedó sobre la mesa de su cuarto en el Colegio Pignatelli, cuando abandonó Bélgica para dirigirse al Frente.

En una misma página había trazado unas notas filosóficas, que eran disquisiciones sobre el «Ser», centro de sus estudios con

Heidegger en Friburgo; un tosco dibujo con el mapa de España, señaladas en él las regiones «blancas» y «rojas», futuro campo de conquistas apostólicas; y una poesía, puede que sin extraordinario mérito literario —el Padre Huidobro nunca tuvo obras, ni menos pretensiones poéticas—, pero fiel expresión de una arcana vida interior, quizá mística, que se desenvolvía mirando en su propia alma a Dios, y gozándose en su misteriosa presencia. La frase final, calcada en San Juan de la Cruz, encierra la idea-sentimiento integral de este tríptico afectivo:

Intimidad

Yo tengo un Amigo callado y profundo,
fiel pecho de roca
y negros los ojos, abismos del mar;
y dice palabras calladas al alma su boca,
susurro delgado
que yo sólo entiendo,
que lengua no puede ni pluma narrar.
Muy alto, muy alto;
muy hondo, un abismo;
muy cerca, muy cerca;
Le llevo aquí dentro, cual fuente del ser de mí mismo.
¿Le llevo?... Me lleva;
Yo estoy de El colgado
cual luz de una estrella,
cual voz de una boca,
cual gesto de un brazo,
cual agua de un caño...
«... no sólo morir por el Amado, sino morir sobre la muerte del Amado».

4. AGITACIÓN INTERIOR.

No todo fue calma y consolación en el alma de Fernando Huidobro. También pasaba sus períodos de lucha espiritual, en su interior. Alma ansiosa de toda perfección, con un temperamento inclinadísimo a la acción, aunque a la vez tan apto para la investigación científica; con un poder extraordinario de afectividad; tuvo, sin embargo, que permanecer largos años en inactividad externa, dedicado casi exclusivamente a la quietud de las labores escolares. Podremos luego percibir, más de cerca, en su Diario íntimo, los combates interiores que conmovían todo su ser. Dios, en su Providencia amorosísima —y oculta tantas veces a nuestra pobre razón humana—, permitió estas duras pruebas, materia indudable de méritos.

Levantábase frecuentemente en él la tentación, ininterrumpida y fuerte, que, unida con corrientes de escrúpulos, turbaba su ánimo. Sus apuntes nos permiten asomarnos en algo al escenario de esas luchas ocultas. El amor a Jesucristo y la oración a Nuestra Señora fueron, en todo caso, sus grandes refugios.

Íntimos compañeros del Padre Huidobro sí llegaron a conocer otra clase de sufrimientos en su interior: cuando, en alguna corta época de su vida —esta prueba no le duró mucho—, los asaltos contra la confianza en Dios, y aun contra la Fe, oscurecían todo el consuelo en su alma.

No le fue muy difícil el sobreponerse a esta clase de agitaciones, que mordían su espíritu; y maravillosamente sabía luego, quizá por lo mismo que él tanto la necesitaba para sí, infundir a los demás confianza en la paternal misericordia divina. Fuera de estas luchas espirituales, y aun durante ellas, la alegría y la paz le acompañaban en su interior unido con Dios, en el trato con El en la oración. Más bien se puede considerar como excepción el que anduviese con sequedad en su ánimo, aunque él ponderaba a veces su frialdad en la devoción. Durante la dispersión ocasionada por la República, vivió unos días en Madrid, en un piso de la calle de Lagasca, mientras preparaba sus exámenes en la Universidad. Salía en las mañanas con el Padre Carlos Sáenz y se ayudaban mutuamente la Misa en la Capilla de los señores Arístegui. Se alargó un día, desacostumbradamente, en la Celebración. «Creerá usted —

dijo luego a su compañero— que hoy estuve con mucha devoción y consuelo. Pues no fue así. Es que me distraía y tenía que andar esforzándome para mantener la atención.»

5. OBSERVANCIA RELIGIOSA.

Dentro de la vida religiosa, a todo lo largo de sus años de formación y de Sacerdocio, fue ejemplo a todos de delicada observancia en el cumplimiento de las Reglas.

Una frase que escribió el Padre Vidal Marín del Campo, Secretario muchísimos años del Provincial de Toledo, lo sintetiza oficialmente: «Puedo decir que siempre que hemos tomado informes del Padre Huidobro, han sido extraordinariamente laudatorios.» Y es que nunca dejó de ser, en cualquier Casa en que estuviese y en cualquier ocupación que le encomendasen, ejemplarísimo religioso. Esta es frase que se repite hasta la saciedad en todas las cartas, sin excepción, de cuantos presentaron datos y recuerdos referentes a él. Por lo que a mí me toca —y cuidado que le he tratado bien de cerca y largos años— suscribo sin vacilar lo que de él escribió, a raíz de su muerte, uno de sus más antiguos condiscípulos: «Durante el tiempo que conviví con él en Granada, Oña y Marneffe, nunca le vi faltar a ninguna Regla.» Heroica constancia, constatada por cuantos vivimos muchos años con él, en la monotonía de la vida de estudios.

Más tarde, aun en los tiempos de Friburgo y de Berlín, perseveró en la misma observancia que hasta entonces, reforzada por sus firmes propósitos finales de Tercera Probación. Los testimonios de quienes mejor en estas ciudades alemanas le trataron, Padres Rhaner, Prieto, Lotz, la Hermana Canisia, Superiora de las religiosas en la casa de Friburgo, coinciden en lo mismo:

> «No era el P. Huidobro, a ratos buen estudiante y a ratos dado a la piedad; era un religioso que informaba toda su vida de sacerdote estudiante, con un espíritu eminentemente sobrenatural. Religioso modelo; un hombre —escriben— según el corazón de Dios. Modesto y sacrificado, nunca manifestaba su deseo personal. Iba y venía de su cuarto, recogido siempre y silencioso. Si se le hacía alguna advertencia, se

> alegraba de recibirla y la agradecía mucho. Sobrellevaba, sin quejarse, cualquier incomodidad. Le quisieron aliviar cuando en el invierno estaba en su cuarto estudiando sin que le llegase la calefacción: 'No pasen cuidado por mí, que estoy muy bien.' De aquí provenía el afecto que se le profesaba, pues constantemente se mostraba amable y bondadoso con todos. Por la mañana era el primero en acudir a la Capilla, y en sus funciones sacerdotales era siempre muy edificante.»

Fácilmente queda persuadido, quien penetra un poco en la vida interior del Padre Huidobro, que sus heroísmos del final fueron todos ellos fruto de la vida anterior. Fue después un gran Capellán, porque antes había sido un gran estudiante y un gran religioso. Los heroísmos no se improvisan.

Su escrupulosa exactitud en la perseverante observancia, como el más fervoroso religioso, era clara manifestación de un temple de alma extraordinario.

Bástenos un relato que tiene muy singular valor: el del Padre Isacio Morán, hombre de tan reconocida autoridad espiritual y tanta experiencia. Instructor de 3.ª Probación en Portugal, tuvo a su cargo el atender especialmente al grupo de nuevos sacerdotes jesuitas, entre los que se encontraba Huidobro. Un año entero le trató y le ayudó con su dirección. Hemos de tener en cuenta que la salud del Padre Huidobro no fue buena durante ese año. Adelgazó notablemente, pues sea por el agua o por el clima, sus males de estómago se recrudecieron y con dificultad se alimentaba. Llegaron algunos de sus compañeros, seriamente preocupados, a avisar de todo esto a su Provincial de Madrid. A pesar de esta debilidad corporal, todo el mes de Ejercicios siguió levantándose a media noche para la última meditación.

«El P. Huidobro —escribe el P. Morán— me pareció siempre un excelente religioso y de grandes esperanzas. Los dones recibidos de Dios N. S., naturales y sobrenaturales, y su fiel cooperación, seria y constante, le iban formando instrumento muy apto. Ni sus mismas deficiencias, por él sinceramente reconocidas y humildemente aprovechadas, vinieron a ser sino ocasión de acudir más al Señor y a sus representantes, para hallar y saber emplear los mejores remedios contra ellas. Fue siempre muy filial, humilde, sincero y muy deseoso de formarse lo mejor posible, según nuestro

Instituto. El mes de Ejercicios lo miró como el mejor de su vida y lo aprovechó de veras, teniéndole que ir a la mano, sobre todo en la mortificación exterior, ya que la salud no le ayudó mucho en Braga; se levantó siempre al ejercicio de media noche. Las molestias de su salud no le impedían llevar las cargas comunes, y aun suplir a cualquiera en lo que se ofreciese, valiéndose y casi abusando a veces del cargo de Bedel —es decir, representante del P. Instructor ante los demás— para escoger lo más duro y costoso. En este punto de oficios modestos y humildes, y en todo lo que se refería a servir y ayudar a los Hermanos Coadjutores, su caridad le hacía ingeniarse de manera que, más de una vez, me pareció excesivo y me aproveché de la ocasión para contrariarle y humillarle, con verdadero agradecimiento de parte suya; 'pues así —decía— aprenderé a quedarme en el justo medio'. No quiero dejar de decir que para todo le valió siempre mucho su devoción filial con la Santísima Virgen.»

6. SUS DEFECTOS.

¿Y defectos? ¿Es que no los tenía? Con todo deseo de hallarlos, he estado recordando mi largo trato con él. Le conocí en público y en privado, entre seglares y en el vivir de la Comunidad, en las Catequesis y en las clases y recreos; y durante el estudiantado, en los largos paseos en días de vacación. Tengo que confesar, con la verdad del que puede equivocarse, pero que no quiere desfigurar, ni por más ni por menos, lo que él era, que no logro aducir de mi parte defecto alguno que merezca la pena señalar. Es cierto que mientras fui su compañero, nunca se me ocurrió andar a la rebusca de sus faltas, excepto cuando él me rogó le avisase. Y aun entonces, a duras penas lograba acceder, por la razón más sencilla: que no hallaba materia de admonición. He recorrido las cartas — ¡tantas son!— que se han enviado con los testimonios y juicios acerca de él y de los actos de su vida; todo son alabanzas, ponderaciones, con singular unanimidad.

Por fortuna, para que este párrafo sobre sus defectos no quede del todo vacío, uno he logrado entresacar. Seguramente que es algo objetivo, porque son tres o cuatro los que lo afirman: que en algunas ocasiones, dicen, era algo brusco y autoritario en su ha-

blar, y esto podía desagradar, pues parecía entonces como querer imponer sus pareceres.

Bien es verdad —añaden todos— que se fue corrigiendo de este defecto, y ya después de su Sacerdocio, casi ni se le notaba. Y afirman, sin excepción, que él procuraba dominarse, y que cuando incurría en ese defecto, era fácil y rápido en, fraternalmente, pedir en seguida disculpa a quienes se hubieran podido sentir heridos por su actitud o por sus palabras.

> «En un recreo —escribe uno de sus condiscípulos, actualmente Profesor de Sagrada Escritura— tuvimos un pequeño disgusto durante nuestros estudios en Marneffe. Le faltó tiempo para venir a mi cuarto en el examen de conciencia de la noche. Hablamos largo rato. Me pidió que le dijera todos sus defectos. Lo único que le dije fue que, por la subconsciencia que tenía de su propio valer, hablaba con algo de autoridad, y a veces con menos consideración de los demás. Esto era lo único que a mí no me gustaba en él.
>
> Siempre me había tenido cariño, pero desde aquel día quedó amicísimo mío.»

Hay quien señala este defecto, pero lo atenúa: ocurría, dice, que era de percepción clara y rápida, muy amigo de la sinceridad y franqueza, y a esto se unía un lenguaje conciso, un poco sacudido, de mucha precisión. Las aserciones llegaban a sus labios caldeadas y rotundas.

Quizá, dice otro, este pequeño defecto de mostrar en alguna ocasión un modo de hablar algo como autoritario, y alguna dureza al enjuiciar las cosas, fuese en parte debido a alguna vehemencia por su celo en la observancia y rectitud o por huir de formulismos y cobardías.

De todos modos, fue dulcificándose con el paso del tiempo.

Siendo Superior de los Capellanes de los alrededores de Madrid, extrañó a uno de ellos alguna frase que, con religiosa franqueza, le escribió una vez el Padre Huidobro. Este le volvió muy pronto a escribir:

> «Comprendo que el tono rajado de mi carta —así es mi manera de ser, que procuro ir mortificando— le llamó a usted la atención. Es usted soldado. Por eso me perdonará, más

fácilmente, mi tono un poco militar.»

Bien puede ser que, a veces, se excediera algo en su energía al exponer o defender sus ideas. Tiene demasiadas virtudes y cualidades el Padre Huidobro para que, panegiristas, nos esforcemos por disculparle de este pequeño defecto, único que en él pudieron algunos pocos descubrir. Muchos de sus compañeros, que vivimos varios arios a su lado, nunca lo habíamos advertido. Y este defecto, considerablemente circunstancial, desaparece dentro de la llaneza y bondad y alegría de su trato y del atractivo de su conversación. Y hay varios compañeros de él que niegan positivamente el que Huidobro mostrase la menor molestia cuando, en la conversación, otros le contradecían o corregían.

Fuera de este defecto más concreto que alguno que otro le advirtió durante un tiempo de su vida, no hay nada. Tendría— ¿quién se ve libre de ellos?— esas pequeñas debilidades que suelen cometerse en las Comunidades más fervorosas y que aun pasan inadvertidas: alguna falta de silencio, de puntualidad; alguna discusión un poco acalorada y cualquier pequeñez por el estilo. A pesar del ímpetu con que acometía las empresas —de su estudio y de su apostolado—, nadie le tachó nunca de imprudente o irreflexivo. Jamás propendió al laxismo, sino más bien al rigor, y las ráfagas, más o menos largas, de conciencia escrupulosa, por la serenidad con que en ellas se mantenía, se ve eran indicios de la delicadeza de su alma. Llegó a dominar las vehemencias propias de su carácter, sobre todo merced a la oración.

Quizá se debía a un como residuo de escrúpulos anteriores, el excesivo cuidado, que se le notaba, al pronunciar las palabras de la Consagración en la Misa.

El mismo Padre Huidobro señalaba en sí mismo los defectos principales que se había encontrado. Refiriéndose a otra persona, en carta privada,

> «Yo le inculco —escribe— calma, sosiego, prudencia, dulzura en el trabajo..., las virtudes que a mí más me faltan. Y anchura de corazón.»

Y al llegar a Portugal para su 3.ª Probación —por cierto que se presentó, procedente de Holanda, vestido con un levitón alemán, bien llamativo; «¡Ábranle paso a este monsieur francés!», gritaba el

maletero—, al decirle el Padre Instructor que le tenía señalado para Bedel de los otros Padres, quedó extrañado, y con toda humildad le expuso sus defectos, especialmente los que más se oponían a tal cargo: que si era algo exigente, que si menos flexible, dominador, poco discreto; que no sería ejemplo para los demás.

Esta fue su limpieza de defectos en lo exterior.

De su limpieza interior, algo nos habla un documento suyo secreto, que, afortunadamente, no rompió. Es la declaración del estado de su alma ante su Superior. La hemos encontrado en una papeleta escrita de su mano. No sabemos a qué año pertenece ni dónde la escribió. Muy probablemente es de su Retiro en Portugal o muy poco anterior. Parte está escrita en latín; parte, en castellano:

> «Cuenta de conciencia.
>
> 1) Aumentó el amor a la Compañía.
>
> 2) En cosas pequeñas de obediencia, juzgar en contra. Y a veces interpretar maliciosamente. —Castidad: cortar mejor los pensamientos. Afectos puros que el temor perturba. Confianza en Dios. Pobreza. Biblia castellana. Tendencia a adquirir libros con facilidad, no para mí.
>
> 4) En los viajes, antes más valiente.
>
> 5) Más Contemplación mental que Meditación; ésta me es más trabajosa y molesta y seca. Generalmente, dos horas de meditación. —Últimamente trabajé más en el Examen de conciencia.
>
> 6) De ordinario, consolación en la Misa; pero no en el Breviario y Rosario.
>
> 7) Examen particular, mejor.
>
> 8) Peor en la mortificación; v. gr.: en ir a ayudar en la cocina, etc. Mejor en la oración y en la confianza en Dios.»

7. FIEL EN LA HUMILDAD.

Ponderábale un día, en conversación familiar, el Padre Carlos Sáenz, lo repulsiva que ha de ser a los ojos de Dios la soberbia:

«'Sí, P. Sáenz, hábleme usted mucho de esto, que me hace mucha falta. Pues, crea usted, que de tanto andar con libros y Universidades, necesito mucho oír estas cosas. Ande, dígamelas usted.'

Y todo esto —añade el P. Sáenz—, dicho con una sencillez y un fervor de novicio, sin la más ligera afectación.»

Quizá porque, en el transcurso de la vida, sus fáciles éxitos le atrajeron tantas alabanzas, insistió mucho en el amor y práctica de la humildad. De especial mérito en él, pues no podía desconocer su superioridad, en brillantes cualidades naturales, a la mayoría de cuantos le rodeaban.

Ya en el Noviciado, y al poco de entrar, llamó la atención el gran vencimiento —voluntario— que en él suponía el decir, en voz tan alta, aquellas confesiones públicas en la Capilla del Noviciado, acusándose particularmente de lo que heriría más su amor propio: de haber hablado de lo que no entendía.

Su humildad era sincera y espontánea. Aunque era tan emprendedor, sentía la necesidad de consultar, y de someter su juicio al control de otros compañeros suyos; y recibía gustoso sus observaciones, abandonando a veces planes proyectados por él, y dejando la impresión de preferir el juicio ajeno.

Un profesor suyo en Teología decía que le encantaba la sinceridad y llaneza con que el Padre le proponía las dudas y dificultades, cuando iba a su aposento, a la vez que mostraba en estas consultas la profundidad de su ingenio. Y es que, a pesar de la superioridad de sus dotes, no se notaba en él rastro de vanidad ni propia estima, procediendo constantemente con la sencillez y modesta afabilidad que fueron cualidades tan señaladas en su carácter. Siempre fue gran contraste, que le honró, el de sus preeminentes cualidades y la espontaneidad con que se acomodaba a todos, y aun con más naturalidad a los que le eran inferiores.

Un rasgo de gran delicadeza en la humildad y caridad nos recuerda el Padre Sebastián Mantilla, su conteólogo en Valkenburg: «Extremaba su caridad en las clases y en Círculos y Argumentos; llegando a veces a abstenerse de urgir en algunas dificultades, así que disentía de las doctrinas del Profesor.»

Cuenta su compañero en Portugal, Padre Capel, que el Padre

Instructor, deseoso de hacer adelantar en humildad al Padre Huidobro, aprovechó, entre otras, esta ocasión: Se les concedió a todos una excursión en autocar a Guimaracs. A la vuelta, todos deseaban detenerse a visitar el histórico castillo. El responsable del retraso había de ser el Bedel. Muy dudoso de lo que debería hacer, se asesoró con algunos compañeros y, al fin, recorrieron tan importante monumento. En efecto, llegaron tarde a la Bendición y a la cena. El Padre Instructor, delante de todos, le dice seriamente, cuando el Bedel se le quería acercar a pedirle disculpa: «Ya me suponía yo que, estando el paseo bajo la dirección de usted, había de resultar mal.» Bien sabemos que, aunque así hablaba en público el Padre Morán, al escribir a su Provincial, dándole razón del joven Padre Huidobro, lo hizo muy encomiásticamente.

La gran devoción que tenía a Nuestra Señora le proporcionó ocasión —que él previéndola no desvió de sí— de soportar una muy sensible humillación delante de todos sus condiscípulos y profesores. Como alumno de los más aventajados en los estudios teológicos, fue designado en Valkenburg de defender en público, el día de Santo Tomás de Aquino, las materias vistas últimamente en clase, acerca del poder de intercesión de Nuestra Señora. Había expuesto el Profesor sentencias, que no eran todo lo favorables a la gloria de la Madre de Dios, que la inteligencia y, más aún, el corazón del Padre Huidobro apetecían; y así obtuvo del mismo Profesor permiso para, apartándose de las enseñanzas de clase, defender tesis más favorables a la Mediación Universal y a su cooperación al Sacrificio de Cristo en la Cruz. Bien sabía él a lo que se exponía procediendo así. Por muy aventajado que sea un alumno, no es fácil que pueda competir con su maestro. Con paz de ánimo sobrellevo este deslucimiento que generoso ofreció a la Reina del Cielo. Su condiscípulo en aquellos años, el Padre Pedro María Abellán tuvo, en esta ocasión, frecuentes conversaciones sobre Mariología con el H. Huidobro y pudo comprobar la solidísima devoción de su conteólogo a Nuestra Señora.

Cada día iba creciendo el concepto que todos teníamos del Padre Huidobro, acrecentado todavía más últimamente con las glorias adquiridas por su actuación como Capellán del Tercio. Pero Huidobro continuaba inalterable en la misma sencillez. Las alabanzas —tantas como escuchó en su vida— no alteraron la ingenua y

convencida humildad, la pobre opinión de sus propios méritos.

En un papel con anotaciones espirituales —sin fecha—, se recrimina a sí mismo: « ¡Cuántas buenas iniciativas ahogó este año el respeto humano! ¡Qué vergüenza! »

Cuando el Padre Huidobro fue herido y se supo que su curación iba a ser muy lenta, pensó el Padre Carlos María Gómez Martinho —Maestro de novicios en el pueblecito belga de Chevetogne— que como se hallaba incapacitado para volver a la guerra, bien podrían los dos, con la natural aprobación del Provincial, cambiarse los puestos: el Padre Martinho se marcharía a la Legión, y el Padre Huidobro quedaría, aunque fuese temporalmente, al frente de los Novicios. La contestación a esta propuesta no se hizo esperar:

> «Talavera, 6 de diciembre (le habla de que el P. Val le ha sustituido por un tiempo en la 4.ª Bandera, y sigue): así, no necesitaba usted venir. En cuanto a cambiar con usted, el P. Sánchez Robles (Provincial) se sonreiría. Yo, para legionarios de vivir roto, hombres a quienes 'la vida hirió con zarpa de fiera', puedo pasar. Para almas delicadas que suben a las alturas, soy torpe y grosero. Así lo siento. Y mi ejemplo bastaría para deshacer todo; ahora especialmente, que el rodar por la guerra me ha hecho a mí también, dentro de la Compañía, lo que el legionario es en el mundo.»

Es el mismo sincero reconocimiento de su propia pequeñez espiritual el que manifiesta en otra carta, escrita un año antes también al Padre Martinho. Le dice cuánto ruega a Dios por unos muchachos a quienes dio Ejercicios. Y añade:

> «Procuré echar la semilla; y ahora puedo decirle a usted que les llevo en mis trabajos y caminos por Cristo; pues todas las dificultades, sufrimientos y tentaciones me parecen muy poco para sufrirlas por ellos. ¿No le parece a usted que, por poco que sea todo ello y por sucio que vaya —y sólo Dios sabe cómo va, digan los hombres lo que quieran, pues hablan de lo que no entienden— es todo oro puro al ir unido con Cristo místicamente? No hay nada que me dé más consuelo que este pensamiento.»

En varias de sus cartas últimas se firmaba en esta forma: «Es-

te pecador, Fernando Huidobro».

Se dirá que no está en sólo palabras la humildad. Cierto. No sólo. Más en las obras. Pero sí también está en las palabras.

8. EL ESPEJO.

Para dar a conocer lo que el Padre Huidobro era a los ojos de los demás Padres que vivieron en continuo trato con él, durante el retiro de Portugal, en el año de Tercera Probación, vamos a copiar aquí la Hojita, llamada familiarmente «Espejo», que antes de que se marchen del Terceronado suele darse a cada uno, con la lista de defectos notados, o de consejos más necesarios, que los demás Padres han confiado al Padre Instructor. Se entregan sin firma, totalmente anónimos para mayor libertad en la manifestación. Es de notar que habiendo sido Huidobro, Bedel, había estado más a la vista de los demás, y mejor aparecería lo que en él hubiera que advertir.

«P. Fernando Huidobro: De los 25 Padres, escriben 10:

1. Quizá no se cuida lo bastante y se carga a veces con demasiado trabajo.

2. Edificante rectitud de proceder, pero acaso no siempre le acompaña el tacto suficiente. Diría yo que su fisonomía moral es de dibujo exacto, pero tal vez un poco dura.

3. Se cuida poco.

4. Me parece algo rígido en el pensar y juzgar. A veces parece le gusta llevar la conversación en recreo.

5. Tal vez convendría pusiera antes la distribución, cuando la hay extraordinaria.

6. De excelentes cualidades y gran capacidad. Una cosilla puede desvirtuarle: alguna vez parece sospechar mal, acaso sin el suficiente fundamento.

7. Tenga cuidado no parezca en las conversaciones quiere decir la última palabra sobre lo que se trata.

8. No sé si tiene el cuidado suficiente de su salud. Hace, sí, lo que le mandan, pero cuando procede por iniciativa propia, llevado de su deseo de mortificarse, tal vez se trata como si estuviera sano

y fuerte. Algunas veces habla algo autoritativamente.

9. Como es muy fácil, tiene algún peligro de prepararse poco y lanzarse, improvisando demasiado. Con la salud debe tener más cuidado y no hacer excesos.

10. Es bastante distraído, parándose a veces de repente, dejando a uno en la mitad de la conversación.»

Así era Fernando Huidobro en su interior. Muy pálido es cuanto hemos logrado presentar. Defectos muy pocos, virtudes muchas y llenas de solidez. En toda su vida lo demostró.

Toda la espiritualidad de Fernando Huidobro —que enseguida se manifestaba en su obrar— tenía dos aspectos que se complementaban: imitación de San Ignacio e imitación de San Pablo.

No era el Padre Huidobro un convertido a Jesucristo, como lo fueron Saulo de Tarso y el Capitán herido de Pamplona. Su alma, hermosa y pura, desde niño estuvo en manos de Dios. Y, sin embargo, la gran modalidad de su amor a Cristo se asemejaba mucho a la ardiente y conquistadora, con que se entregaron a Jesucristo, Redentor del mundo, estos dos convertidos; San Ignacio y San Pablo; que no se contentaron con su oblación personal, y quisieron compensar, con el agradecimiento de su batallador apostolado, la gloria que le habían restado al Divino Fundador de la Iglesia, en su anterior vida pecadora.

Huidobro, aun en su vida espiritual íntima, miraba a los prójimos.

Con gran unanimidad afirman casi todos los que conocieron al Padre Huidobro, que su espiritualidad, que su fervor de alma era ignaciano, y San Pablo, su modelo. Parecería que se habían puesto previamente de acuerdo en esta afirmación.

Su piedad, con ser filiar y sentida y hasta tierna, como en San Ignacio y en San Pablo, también tenía rasgos de Capitán de batalla, como en ellos también.

Su vida de piedad era esencialmente varonil y militar. Es que se había entregado sin reservas, como un caballero sabe entregarse —en Damasco o en Loyola—al servicio de Jesucristo y al entero servicio por su santa causa.

Mucho había recibido de Dios y todo lo consagró a El. En Fernando Huidobro encontramos todos un ejemplo para, en nuestra

vida interior, negociar diligentemente con los talentos, pocos o muchos, que el Señor nos haya dado. Y cuando El vuelva a pedirnos cuentas de ellos, saberlos entregar alegremente, con sus frutos multiplicados, porque suyos son y para El los habremos negociado.

9. DIARIO ESPIRITUAL.

No son muchos los apuntes espirituales que nos han quedado del Padre Huidobro. Solamente cinco pequeños cuadernos, en los que fue anotando sus más íntimos sentimientos. Abarcan desde el año 31 al 36. Comienzan, pues, esas notas en el segundo año de su Teología.

Una gran parte del Diario se llena con lo que escribió, en ocasión de sus propios Ejercicios de cada año. Estos apuntes aparecerán en la Biografía, en Capítulo aparte.

Reproduciremos, a continuación, todo lo demás del Diario. Aunque no todo, porque hemos ido intercalando muchas de estas notas suyas, dentro de las materias a que mejor corresponden, según cada capítulo.

Varias veces se había ido él proponiendo escribir algo cada día. No cumplió casi nunca este deseo, sino solo de tarde en tarde. En su estilo es conciso. No menciona hechos; solamente a veces, muy de pasada. Son afectos, sentimientos, ideas que más le han impresionado, lo que sucede dentro de su alma, coloquios con el Señor. Por eso, esta historia brevísima de su alma es de especial interés para que conozcamos el interior de Huidobro.

Intercala, de cuando en cuando, frases en latín, en griego o en alemán. Las pondremos sin más advertir, traducidas al castellano, entrecomilladas, para satisfacción del lector curioso.

Extraña, ciertamente, el que en su Diario, apenas aparezca alusión a los acontecimientos externos, entre los que fue atravesando el camino de su vida. Y eso que algunos le tuvieron que impresionar vivamente. Se ocupa tan solo de ir anotando lo que va pasando por su alma; lo más ordinario es el fruto de su oración.

Y esto es lo notable. Corren en él, paralelas, dos vidas: la exterior y la interior. Con todo el empuje de sus grandes facultades

estaba, en cada hora, entregado al trabajo externo, que llevaba entre manos, al estudio principalmente; era pródigo en actividad personal; al máximo —porque así fue él siempre— ponía toda su atención en los acontecimientos domésticos o mundiales, que a su alrededor se iban sucediendo. Podría pensarse que no existía para él, otra preocupación que aquella externa presente; y sin embargo, cuando al recogerse dentro de sí, se sumergía en el trato con Dios, de tal manera se reconcentraba en su vida interior, que nada le abstraía de ella; como si ya solamente existiese para él esta otra vida, llamémosla mística, sobrenatural. Esta segunda es la que únicamente aparece en su Diario. La otra, queda allá afuera, lejos del Castillo interior de su alma.

Notable pujanza anímica: Llevar estas dos vidas, tan penetradas las dos en él y él dándose todo entero a cada una.

Es claro que toda su vida exterior —estudios, predicación, trato social, campaña militar— no era sino superabundancia de aquella otra vida interior. Por que allá adentro, en su unión con Cristo, se hallaba el resorte de su proceder externo, el acicate de su actuar ejemplarizador, de su actividad incansable y de sus heroísmos.

Al transcribir ahora su Diario, iremos haciendo constar algunos hechos, que se iban sucediendo paralelamente en estos años de sus escritos, y a los que él para nada hace referencia. Sucesos, a veces, de muy pequeña trascendencia, pero que indudablemente le afectaban.

Así penetraremos mejor en el alma del Padre Huidobro, durante el correr de sus sentimientos, expresados en el Diario.

> «*Lliure* del Amor. Cosas de conciencia. (Quien encuentre este cuaderno, entréguelo a su autor o destrúyalo).
>
> Comienza el Libro del amor divino. Así intitulo este cuaderno, en el que me propongo escribir cuanto sienta, cada día, sobre Jesús. En frase sencilla y sin correcciones, para que no se meta la vanidad. Mañana y noche, en el examen, anotaré a diario algo sobre mi amistad con Jesús, mi único amigo, del caminar de mi mente hacia Dios: qué he hecho, qué he leído, qué he dicho, cómo he amado.
>
> Inmenso gozo por la Confesión general. Jesús me ha perdonado. El llenará mi impotencia. La gracia perseverante

es cosa suya.»

Para estas fechas, ya se sabía inminente el Decreto de expulsión contra los Jesuitas. Un mes antes ya había sido aprobado en las Cortes de un modo indeterminado. El Padre Huidobro se hallaba agotado, por su trabajo excesivo, para el salvamento de las Bibliotecas del Teologado de Oña.

«27 noviembre 31. — ¡Paz!, ¡Paz!, ¿Dónde estás? Yo, fatigado, ¿dónde te encontraré? Oh Jesús, en Ti. Tú eres mi bien, Tú eres mi vida. Y hoy ¿qué he hecho por Ti? He reído, fui negligente, leí periódicos. No temer nada. Descansaré en los brazos de Jesús.»

Fuera de su Padre Espiritual, ninguno, aun entre los más íntimos compañeros, nos podríamos imaginar la fuerza de las tentaciones sufridas por el Padre Huidobro. Es verdad que, dado su temperamento ardiente, lleno de enorme afectividad, nos puede ahora parecer muy explicable la continuidad y fuerza de esta lucha. Pero quien veía la apacibilidad de su proceder, su entusiasmo en el estudio, su bondad y alegría ininterrumpida, difícilmente podía suponer que se desarrollaba su vida en tal combate interior.

«12-XII-31: ¡Jesús mío! Hoy poco te he amado, a pesar del aviso de ayer. En la mañana me atormentaban las tentaciones. Soy ligero; me atrae cualquier vanísima imagen que se me presente a la mente o a la vista. Pero te amo más que a todas las cosas, detesto el pecado; y yo que muy pronto ya seré Sacerdote, me entrego totalmente a la pureza.»

«19. — Quieres mi alma pura de todo contacto material; limpia de todo amor, que se termina en la criatura por sí misma; quieres que todo mi afecto, toda el agua de amor que brota de la fuente del corazón, sea para Ti, Jesús mío, y así fluya límpida, transparente. Atorméntame para purificarme; y mientras río por fuera, a todos —pues todos me tratan bien y me quieren— por dentro sufra y me purifique y sea víctima de tu amor. Si mi ánimo se fatiga por tantas e ininterrumpidas tentaciones y se abate por tanta miseria, fijo sin embargo en tu Corazón, ¡que nunca se aparte de Ti!

»Muy grande tribulación, pero ¡qué paz después de la

tempestad!

»¡Oh, buen Jesús! Tú eres para mí, siempre, Jesús. Quisiste que me sintiese humillado, quisiste que solamente me goce en Ti. En Ti Jesús, Jesús mío, millares de veces. Jesús en Ti solo, en tu Corazón se goza el mío, y todo mi ser exulta ante Ti, en la confianza. La imaginación me tenía alocado, y Tú, por medio de tu siervo, imperaste al mar y el mar se calmó. ¡Qué bueno es, oh Señor, que me hayas humillado!

Vd. es equilibrado, tiene un temperamento equilibrado. No hay que pensarlo todo materialmente, según la escuela psicológica de Lausano. En las tentaciones y en los escrúpulos hay misterios de vida sobrenatural, que no explica la medicina. Aunque se valga el demonio de la disposición anímica, no es eso todo, ni hay que experimentar con ignorancia de la Teología, donde la gracia obra.»

Después de la tan ajetreada vida de su Magisterio, esta primera Navidad, pasada en la paz de su primer año de Teología, en Oña, con la compañía de tantos otros teólogos, en cuyo trato fraternal mucho se animaba, le hacía aumentar su devoción al Niño Jesús. La mayor agitación en que se encontraba su conciencia, tenía que hacerle sentir más la necesidad de centrarse en la devoción.

«24 diciembre, noctu. —Ven a mi corazón; alégralo, pues está confuso por la turbación del pecado. ¡Que allí resuene tu voz! Amar y tener seso, apenas se concede a Dios. Esa locura quiero: Volverme loco de decir: 'Jesús', de pensar en Jesús, de unificar mi afecto y concentrarle y apretarle y cuajarle en Jesús. Jesús, sé para mí Jesús. Cuando te veo más pequeño, Niñuco, que eres la Bondad Divina, tanto es para mí esta bondad mayor.»

«25 diciembre 1931. —Es el drama continuo, la lucha, la división entre el amor de lo sensible y el de lo eterno; y el esfuerzo del cristianismo por concentrarlo en Jesús. Verbo Eterno, Imagen, Resplandor, y carne, debilidad mortal al mismo tiempo, y en todo su Cuerpo Místico, la Iglesia santa con su jerarquía, con el bullir de la savia de la gracia, y con sus tesoros, que son sus pobres y sus vírgenes, como San

Lorenzo dijo al Prefecto de Roma.»

Los estudiantes de Oña han comenzado el Retiro para prepararse a Renovar sus Votos religiosos el día 6 de enero. Dios le concedió a Fernando Huidobro un río de paz.

«3 enero 1932. — ¡Párate, tiempo, en esta hora! No para gozar yo de la consolación, que sería egoísmo, sino para sentir más que mi Jesús es bueno. Sí, eres bueno, tienes buen Corazón. ¿Quién pensaría algo tan generoso? Que sólo te ofendo, y falto, y ando enredado en zarzas, y sucio de barro de la carne, y me quieres subir y me quieres llevar... No tengo fuerzas; mañana decaeré y andaré otra vez a trompicones..., pero ¡atráeme en pos de Ti, y caminaré!

Por el dolor, conservar el corazón. Que el Amor en esta vida se ceba de dolor. Sacrificio para parecérmele; y con deseos, no de mi gloria, sino de Él y para Él y por Él; con esa sola esplendente luz, enloquecido.»

«4 enero 1932. —Estás en lo hondo y Dios te llama: No te ensoberbezcas porque te llama: humíllate de estar en lo hondo.»

«5 enero 1932. —Austera sequedad me dio el Señor en la Meditación de la tarde, para sentir que se preparan horas duras, y que debo constantemente vivir el sacrificio. Pero sin temor; con ancho corazón; que Jesús no me faltará, y teniéndole a Él —que nadie me puede quitar—, todo lo tengo. Él en brazos de la Santísima Madre de Dios. Ver siempre a Jesús en brazos de María, que nos ha conservado, lo que de Jesús Niño sabemos.»

«16 enero 1932. —Muy claramente ha entrado Jesús en mi alma; y con Él, la luz, la paz, gran tranquilidad.»

De un día a otro, se aguardaba el decreto de disolución de la Compañía. La vida de estudios continuaba, en lo posible, normal; pero ya se iba disponiendo la Casa para su abandono, sobre todo, porque se temía viniese fulminante la disposición republicana, como la regia de Carlos III. El Hermano Huidobro tenía, como Bibliotecario, gran labor en asegurar los mejores libros. En el Diario se

trasluce algo de la agitación en que vivía. Pero, en cambio, ni una palabra alude al imponente incendio producido en una de estas noches en el Teologado.

> «22 enero 1932. —Mi vida hasta aquí ha sido un torbellino: Del torbellino de dentro provenía el de fuera; de la turbación, oscuridad, inestabilidad, ante las tentaciones que dentro llevaba, provenía una honda tristeza; rumbo algo incierto en las cosas de la vida; falta de paz. Parece que una suave brisa del Cielo va disipando las nubes; el sol brilla; un sereno azul se muestra abierto. Este curso he comenzado a vivir y a ser hombre.
>
> 26 enero 1932. — ¡Qué de prisa vivimos desde el decreto de disolución! Me rindo y me fatigo, pero todo por Cristo, luchando por Él. Descuido en el corazón no puro. Por el excesivo cansancio nervioso proviene más debilidad en refrenar los afectos.»

Y llegó la vida nueva en el destierro belga: Marneffe. En su Diario nada habla del viaje de salida, ni de sus impresiones, y nada de queja contra los perseguidores. Las primeras Notas, en su Cuaderno, se refieren al Retiro espiritual, con el que comenzó para los teólogos esta tan diferente etapa.

> «21 febrero 1932. —En nuestra vida interior, el Vivificador es realmente el Espíritu Santo. Habita en nosotros, y así somos Templos de Dios. Y nos mueve a toda obra buena y hace que broten frutos suavísimos.
>
> 13 abril 1932. — ¡Señor, si he pecado, tened piedad de este cuerpo de pecado, y de esta carne de pecado, que me fatiga! ¡Que en lo más santo tenga la concupiscencia asidero, y allí vayamos, ¡Jesús dulcísimo!, a despeñarnos! Tú, asegúrame; Tú, sosiégame; Tú, entra en mi alma; Tú, sé mi fortaleza, para que yo diga: Todo lo puedo en Aquel que me conforta. Venza yo, o mejor: vence Tú en mí, venza en la flaqueza la fortaleza, venza en lo sucio el limpio y puro e inmaculado y sin brizna o mancha.»

Y vemos, por lo que al día siguiente escribe, que esa paz le vino:

«14. —Con razón dice el P. La Figuera que Jesús habla como Dios; y advierte el imperio de sus hablas, que ellas mismas dicen es Dios, porque nadie puede hablar al alma con semejante señorío, si no es Dios. Dices: '¡enmudece!', y calla el ruido de dentro y se asientan en su sitio las fierecillas que gritaban.»

En este tiempo estuvo, un par de semanas, enfermo. Ninguna alusión hace de ello en el Diario. Los especiales actos de culto, por el mes de mayo, le fueron ocasión para renovar su devoción a Nuestra Señora.

«30 abril 1932. — ¡Nada hay que temer!, la concupiscencia y la lucha forman la vida del hombre; y del Cielo viene la salvación. La Madre de Dios, que tiene en brazos al pequeño Niño, acude Auxiliadora. En Ella la esperanza para mi pureza.

1 mayo 1932. —Para la pureza virginal, odiar todo pecado venial, de modo que antes prefiera yo morir.

3 mayo 1932. —Durante el día, gran descanso de tentaciones, gracias al fervor matutino, a la confesión de ayer y a la oración frecuente. En la cena tuve gran turbación, debida a un mal pensamiento, que de pronto me sobrevino; pero luego volvió la paz. Pensando en la misericordia de Jesús, ¿iba El a dejarme solo y abandonarme? Luchando yo, ¿dejarme El? Es bueno; si yo hubiese caído, mi conciencia clarísimamente clamaría. Son señales de no haber consentido: hallarse como contrariados con la tentación, y faltar el libre juicio: ¡HE PECADO!

6 mayo 1932. —Entre Ascensión y Espíritu Santo, prepararme para recibirle: Subiendo el Señor a lo alto, se lleva consigo mi corazón. Allá va a interpelar por mí, 'y rogaré al Padre y os enviará otro Consolador'. Y dice que nos conviene; sin duda para vivir más de la fe. Pida El por nosotros con gemidos inenarrables, y sea el sello de la promesa, el Arra, el Espíritu de adopción que nos haga hijos y clame por nosotros, Abba ¡Oh Padre! Así, herederos y coherederos. Sugiere toda verdad en la Iglesia, responde ante los jueces y presidentes, sopla adonde quiere.

Qué sentimiento suave y puro el tratar almas puras, cuya limpieza aparece en los ojos, en la conversación, compostura, etcétera. Y, sin embargo, hay el peligro, que la parte sensible tuerza el afecto recto. Pero, ¿qué será con los santos ángeles, donde no hay ese peligro?

13 mayo 1932. —También soy yo, Jesús mío, inquietud, fragilidad, ligereza. Soy inestable corriente de pensamientos, de afectos, de preocupaciones, tentaciones, escrúpulos, inquietudes. Soy un devenir, un constante hacerme donde hay lo menos de sustancia, porque el alma es juguete del momento, de la digestión, del placer, del agrado, del sentir. Tú sé mi fortaleza; Tú, mi estabilidad; Tú, mi sustancia; Tú, mi firmamento: 'El Señor es mi esperanza desde mi juventud.' Para los que no me conocen, parezco algo; para Dios, para María, para los Ángeles, para todo lo que vale y sabe, para todos los santos, soy pecado y hediondo y purulento.

22 mayo 1932. —Pureza y paz: Quietud del alma, en quitar de ella lo que perturba; y perturba lo que mancha; y mancha cualquier viscosidad de amor terreno. Para la pureza: Más devoción a la Madre y Señora. Más allegarme a la Eucaristía en las visitas. Buscar la poesía y la belleza intelectual y sensible, sintetizadas en la Teología de la Divina Comedia.

5 junio 1932.— Que me mata, Señor; que me mata este cuerpo; que me arrastra a lo sensible; que voy por el desierto, y, como Agar, creo a veces que voy a morir de sed. Hacia Ti voy, y contigo. Contigo, porque voy, y vas labrando tu imagen con el dolor. Dolor, cuanto más puro, más purifica.»

En estos mismos días había recibido de su Provincial el destino para continuar sus estudios de Teología en Holanda, con los jesuitas alemanes.

«26 junio 1932. —Me llamas, Buen Jesús; más bien atráeme. Mi corazón dama a Ti con su silencio. Había noche en mi alma, oscurecida con tantas tentaciones; y en sequedad y aridez por tantas ansiedades de mi espíritu. Pero Tú, oh Señor, escuchas la voz de los polluelos del cuervo, cuando abren silenciosos sus picos; y Tú sacias su hambre. ¡Sá-

ciame, Señor, sacia mi alma sedienta de Ti!

Jesús quiere apartarme de todo, para el sacrificio. Que yo me arranque de todo lo humano. ¡Qué!, ¿si quiere mi ida a Rusia? Mucho he pecado amando lo que no debía, o amando como no debía. Mucho he pecado. Ofrecerle el holocausto de no volver a España.

27 junio 1932. —No todo es una depresión de nervios. Eso es tal vez lo más y, por eso, he pasado hoy ese purgatorio, que ofrezco al Señor, en expiación. Pero hay también, que me desgarra el dolor de sentir que amo a las criaturas, y con esto me divido, me mancho, me pego a la tierra, me atormento. Sujétame con tus cadenas, oh Señor; no permitas que yo ame otra cosa sino a Ti.»

Nada dice del Examen de Dogmática y Moral que dio, con gran éxito, en este día.

Parece como si el Señor, a fin de mantener en humildad y vigilancia y oración a Huidobro, hubiera permitido en él una lucha interior tan continuada. Exteriormente, grandes triunfos, dentro de su vida religiosa; se puede asegurar que ni en estudios, ni en trato con los prójimos, conoció otra cosa que éxitos y afectos de todos. Dios los contrapesó con insospechada —y bien disimulada— amargura interior. De este modo iba acumulando méritos, y se sentía más obligado a buscar, como intensamente lo hizo, el acercamiento a Jesucristo.

«28 junio 1932. —No encuentro consuelo en los hombres. ¡Con qué frialdad el Padre Espiritual! Cuando me siento atormentado, casi desesperado, allá una palabra vaga. Y esto siempre. Hasta ahora, este Padre el que me consolaba. Hoy se acabó. Sólo me quedas Tú, Jesús bueno. Quieres que me suelte de todo y entre en verdad en la noche oscura. ¡Cómo deseo morir ahora mismo!

'Es para mí bueno, oh Señor, el que me hallas humillado.' Todo es dolor ahora para mi alma, dolor puro, y sin turbación, pero hondísimo, porque todo en mí me parece malo. ¡Cuánto desearía ahora ser humillado y abofeteado! Parece que el alma se encuentra, en el dolor, en su centro, y viendo cómo todo lo propio se deshace, y queda sola, sola, sola...

¿No estás Tú, Señor, en el Cielo? Parece como si me rechazara, reprobándome.

Vocación: Me parece que debía ser cartujo. Pero al revés, la vida activa me salva y la solitaria me pierde. Lucharé y todo lo arrojaré en el Corazón de Jesús.

Entretanto: Hago el pacto con mis ojos de no mirar fijamente el rostro de nadie. Y me esforzaré por permanecer en la paz, despreciando los afectos desordenados. Muy lejos está el que haya materia grave en esto; por eso es dificilísimo el que aquí se peque. Hacer siempre lo que menos agrada, para asemejarme más a Jesucristo.

30 junio 1932. —Sólo Cristo; los tesoros de su Corazón me bastan. Nada más quiero y soy rico con esos amores. Y no estoy solo, que El está conmigo. Entregado a Cristo, todo lo puedo en El.

Abnegación: Para ser perfecto e imitar a Cristo, perfecta desnudez, abnegación en todo, en absoluto: Familia, nombre, comodidades, libros. Sólo Jesús. De lo demás, la nada, como dice San Juan de la Cruz: Subida al Monte Carmelo, L. 1.°, c. 4; L. 2.°, c. 7.

Por la noche, desvelado, me había levantado a pedir castidad sacerdotal, semejante a la de María; y sentí el desprendimiento de la estepa.»

Se va al Teologado de Valkenburg. Nada dice del viaje ni de sus primeras impresiones, con los alemanes, en Holanda. Lo que sí se ve claro es que la nueva vida en país y casa nueva, rodeado de condiscípulos, tan diferentes de los que había tenido en Oña y Marneffe, no variaron en nada su interior, ni en la lucha, ni en el deseo, maravillosamente conservado a través de los años, por la perfección.

«Valkenburg, 8 octubre 1932. —Tanto tiempo sin escribir nada de Jesús. Hoy tengo necesidad de desahogarme con este fiel amigo, que luego me repite cosas viejas. ¡Qué buenos ratos paso con mi cuaderno! Me hace falta el equilibrio, la serenidad. Cierto que no la he de hallar en los clásicos, sino en Cristo. Pero es medio necesario la salud. Y para uno y otro, vivir sin cuidados. Cuidar de Cristo sólo.

20 octubre 1932. —Deseo de perfección, de hacer en todo y siempre lo más perfecto, y de vivir en la abnegación del sacrificio; lo más alto del amor. Ese es el camino único de mi paz. Paz en la guerra: No aspiraré a otra paz, que es imposible. Pero, despreciando la tentación, buscaré sólo lo más perfecto.

30 octubre. — ¡Cristo Rey! Paz soberana y saboreo de gozo en la Bendición. Desprecio de lo pasajero, de lo terreno. Aquel interior reinado de la gracia, por sujeción de inteligencia y voluntad.

5 diciembre 1932. —Paz y pureza—con desprecio de las tentaciones—, es lo que más falta me hace para el Sacerdocio, y en lo que voy viendo la mano de Dios, que me lleva. No me deja caer, ni quiere que me turbe: 'A mi diestra está, para que yo no sea arrastrado.' Acordarme de Santa Teresita.

¿Por qué mi vida gira alrededor de mí mismo? De ahí viene mi vértigo. ¡Sobre un radio tan pequeño, girar! Orbita inmensa alrededor de mi Dios. Salir y entrar; salir de mí, y entrar todo entero en el Evangelio, y con esfuerzo alzarme hasta Cristo, y meterme en su Corazón. Y tapar mi miseria y mi oscuridad en el sol, que es mar de luz. El sol es la Iglesia; considerarme en comunión y parte del cuerpo. Yo, nada; yo, feo, pero desaparezco en el cuerpo.»

Para estas fechas ya hace meses que es sacerdote. La expresión escrita de sus sentimientos, en la espera y en la realización de este acontecimiento, cumbre en su vida, queda recogida en el capítulo que hemos dedicado a su sacerdocio. En sus apuntes nada habla de la presencia de su familia en Valkenburg; y sabemos cuánto le llegó a impresionar, sobre todo, la Comunión a su Madre en la Primera Misa.

«14 noviembre 1933.— Sólo una cosa da firmeza a nuestra vida en todo caso: Dios. Creerle a El da firmeza absoluta en el pensar; es una roca desnuda, y viva, y sobre ella una choza. La choza es lo personal que yo pongo sobre el edificio: mi voluntad y mi razón cegata. Pero la roca, inconmovible. Y esa roca me sostiene a mí. En enfermedades, peligros, locura,' etc., el Padre nuestro que está en los Cielos,

cuidará. Y en mi vida espiritual, en mis tentaciones: el abandono total y el hondo conocimiento de que lo puedo todo.»

Presenció la primera Navidad germana, tan diferente de cuantas anteriormente había presenciado.

«24 diciembre 1933. —Esperando al Niño, ¡siento tan diversos afectos! Pero ya voy a llegar a tenerle otra vez en las manos. Nacerá en mi corazón y me traerá una alegría purísima. La de sentir en mí el palpitar de su vida.

26 mayo 1934. —Segunda Renovación de Votos. Insistir en la anterior. Experimento que mi vida va mejor en su doble aspecto, con mucho trabajo y muy disciplinado, que con holgura; presupuesta la quietud de los nervios. Disciplina apretada de trabajo, con generosidad en el recreo. De apretarse en negarse distracciones necesarias, con soberbia, viendo el aflojamiento general de la vida. Y la vida serena fija en Cristo. Mirándole veo al Padre. El es la Revelación, la Verdad. No he venido a la Compañía para hacer mi voluntad. Conformidad total con El. Vivir unido con El en la Iglesia. 'Mirad, Yo estoy con vosotros todos los días' Y al venir El, 'viene el Padre y se me da el Espíritu Santo'.

De las tentaciones sensuales y aficioncillas, lo mejor para mi actual estado, es San Juan de la Cruz: Subida, L. 3, c. 21, 22.

5 noviembre 1934. —Vaciar y sacar, sí. Pero no sólo; sino llenar de Dios. Necesito la oración continua y la presencia continua.»

El año 35 lo comenzó el Padre Huidobro en Portugal, haciendo su Tercera Probación. Para estas fechas, ya había hecho su mes de Ejercicios.

Para ser representado por él mismo y por sus compañeros en la casa de Bom Jesu, escribió, en las Navidades del año 34, un drama religioso, Cristo que vuelve, que es un canto al triunfo de Cristo sobre el poderío humano. Sin grandes méritos artísticos —ya se podía suponer—, pero con vigor grande de ideas y de expresión, y rebosante de amor a Jesucristo. Uno de sus contercerones, Padre Capel, dio este juicio compendiado sobre dicho trabajo litera-

rio:

> «Magníficas intuiciones de imaginación: es el entendimiento transmitiendo rápidamente desde lo profundo de las cosas, con relámpagos de fantasía.
>
> Llama la atención un rasgo, tan significativo en autores dramáticos: el manejo de personajes invisibles. Toda la acción la lleva quien ni asoma a la escena. Cristo es aquí el resorte oculto, que hace bailotear a los figurines de la farsa. Y esos juguetes (llámense representantes de las naciones), con inflacción ridícula, se las dan de personajes de interés mundial.
>
> Esto es subrayar, magnífica y fuertemente, la nota ridícula del contraste entre esas actitudes falsas, rutinarias, frente al acontecimiento inaudito de Jesucristo.
>
> El lenguaje lo maneja corno gran señor, rico en mucha hacienda. Lenguaje que habla pensamientos.»

Se ve que el Padre Huidobro vivió todo este tiempo metido dentro de los ideales que expuso en su drama.

> «Enero 1935. —Se va serenando todo, y voy encontrando en paz a Dios.
>
> El Adviento fue tiempo de mucha bendición. Sentí muy sincero dolor de mis pecados y tranquila humildad en el dogma de que 'nada tiene el hombre por sí mismo, sino mentira y pecado'. Y así, ansias del Redentor. Y la Nochebuena lo fue de veras. El corazón henchido y el alma llena de 'Dios con nosotros'. Confianza sin límites de ser por El redimido. Y luego, confirmación en esta misma confianza, al revolver las ideas de mi ‘Cristo que vuelve’.
>
> Soy feliz con Cristo y sólo con El; esa es mi vida. Y meterme en la noche oscura, negando todo lo otro. No saborear mis triunfos. 'Yo soy tu salvación.' Yo soy tu Jesús.
>
> ¡Eslo, eslo! Sacrificio y comunión; y me hace Jesús para los demás. La gran obra de la salud de Dios. Y todo lo hace Dios por el Espíritu: No por el ruido, sino entrando a la parte de su intercesión y de su cruz: Sólo al mismo tiempo y con más peligro para él viene 'el ministro de la palabra; y cierta-

mente no por fuerza humana ni proveniente de los hombres'. Luego sólo de Cristo, por Cristo, con Cristo. Esperar, entrar en la noche del despojo y dejarme mover. Como hasta ahora.

Pienso frecuentemente: Mi vida es un sin sentido... Yo soy como un juguete, cuyos movimientos yo no entiendo. Estoy movido por Dios y no sé adónde. Este es el sin sentido.

8 febrero 1935. —Propongo reanudar el escribir cada día mis sentimientos espirituales. Se pidió cruz y padecer con Cristo: por su Cuerpo y su Sangre, que El sea mi vida, vida crucificada.

EXAMEN: ¿Fui amable y condescendiente? Todo para el hermano. Juicio benigno del prójimo. Dios en el alma y cuerpo de mi hermano.

12 febrero 1935. —Hay el tiempo del día y las horas tempranas para trabajar algo de prisa: Instituto, etc.; conservando, sin embargo, la unión con Dios y espíritu interior y de oración quieta, lo necesario para esto; v. gr.: Misa, etc. Oficio en quietud y dos exámenes. Luego, al caer la tarde, oración y lectura de sabor, no de fatiga.

20 febrero 1935. —Todos los métodos, en el fondo, una cosa: Despojarse de sí y revestirse de Jesucristo. Esa, la fe de San Pablo y el '¿qué debo hacer por Cristo?', con la Indiferencia de San Ignacio y el: Dejar el todo para ganarlo todo, de San Juan de la Cruz, y el: Dejar del todo al Sagrado Corazón los propios intereses. La Indiferencia es la noche oscura y sube, de la del sentido, a la del espíritu.

22 febrero 1935. —Hebreos, 12-1: Allí todo el desarrollo de los santos Ejercicios. Pues yo, imitar a Cristo: propuesto el gozo de la gloria, lanzarme a la ignominia de la cruz, en guarda de todas las Reglas que crucifican. Meditarlas estos días.

26 febrero 1935. —La Pasión es nuestra vida. Unión mística con Cristo crucificado, concrucificados. La nada de mi sufrir está unida con el sufrir de Cristo; son Pasiones de Cristo en mí: eso lo hace algo. Todo lo mío, de mío es nada; por Cristo, es algo.»

Durante la quietud retirada del año en Portugal, pudo pensar,

a su sabor, en muchos de los problemas de su vida espiritual. Y más, que allí tenía, para sus consultas, un Director de tanta experiencia y conocimientos como el Padre Isaacio Morán. Una vez más, su preocupación interior que le duró años: el sentirse objeto del afecto de los demás, y el sentir él, por su parte, tanto afecto a los demás, sobre todo, cuando iba unido al deseo de atraer a alguien hacia Dios. Consecuencia, el que a veces —como aquí él mismo da a entender— haya coartado la amabilidad en el trato. Coartado, digo, a juicio de él, porque en realidad, a juicio unánime, la bondad era una de sus características. Aparecen algunas alusiones a los consejos tan prácticos que el Padre Morán le iba dando.

> «1 marzo 1935. —Retiro. Primer Viernes. En el Corazón de Jesús no temo nada, ni desviaciones del celo. Celo, por El, por unir a El, como su embajador; nada de interés por mí. Y no pensar siquiera. No temo nada. 'Todo lo puedo en quien me esfuerza.' Celo en vida de unión constante.
>
> 15 mayo 1935. —Moción grande a escribir. ¿Habré perdido todo? Porque aquel darme a la mortificación y a seguir a Cristo, eligiendo siempre de mi parte lo más duro; aquello que vi tan claro en los Ejercicios, no se ha cumplido. Ante todo, seré sincero. He ido cuidándome, buscando el azúcar y evitando, buenamente, la cruz; a escondidas, pero escurriendo el hombro, como se dice.
>
> 7 junio 1935. —Renovar la gracia que está en mí por la imposición de manos. Efecto real que transformó física y entitativamente mi alma. Todo el Triduo preparación al Espíritu Santo.
>
> Vi: Dureza en el trato: no me entrego, dejándome llevar del afecto real que tengo; y debo hacerlo, que me esperan almas ansiosas de jóvenes. ¡No por mí, por Él! Se trata de un afecto excesivo; por supuesto, no malo.
>
> ‘Puede retraerle esa preocupación del trato de personas, a quienes puede hacerles mucho bien.’ ¿Qué, si me hubiese retraído así de Pedro Blázquez, Pepe Marañón, a quienes tuve afecto natural bueno, y sobrenatural al tiempo? Despreciar el primero e insistir en el segundo. Por haberme vencido, tengo ahora afecto sobrenatural, premio de Dios.
>
> 'Dar gracias a Dios por la luz que le da y pedirle más luz,

dispuesto a seguir en todo las inspiraciones del Espíritu Santo, sin negarle nada, con docilidad. Dejar a Dios que le santifique según su plan. A usted le toca la confianza filial. Fomente mucho la confianza. Disponiéndose para santificar a otros.'

Vivir en Cristo crucificado. Amar la cruz, porque es cruz. Si al fin recibo la gracia que espero, del apostolado directo, entregarme a la cooperación de la redención del todo, por tal y tal alma y por la gloria grande de Yahvé.

18 junio 1935. —No coartar, no violentar la naturaleza. Ser natural, abierto. Por pequeños males, ganaré grandes bienes. Un acto de confianza. Y en nombre de Cristo. Y por su Corazón.

Corazón de Jesús, garantía de la Compañía. Amor a la Compañía. Ella y mi madre y España; y por medio de todos, la Iglesia me ha hecho. Y por la Iglesia, Dios.»

Las últimas páginas de su Diario están dedicadas a algunos propósitos con ocasión de los Ejercicios Espirituales de este año 35. Fuera de los Ejercicios, escribía ya raramente. Son resoluciones en su trato con Jesucristo y con los prójimos. Y en un ponerse bajo el amparo de Nuestra Señora, lleno de tierna delicadeza y devoción.

«... ‘que donde yo estoy, siempre estén allí conmigo’. El medio mejor de estar con Jesús:

1) Sacramentado. —Cuando puedo estar en otro sitio, estar allí, presencialmente delante de El. Si puedo ir a clase por dos sitios, ir por delante de Jesús, pasar por la Capilla. Estar con El, hablar con El y de El.

2) Vivir, estudiar el Instituto. —Constituciones en castellano; después del Evangelio, nuestro Libro.

3) No como intransigentes, duros, con los otros, fariseos a la letra, sino mansos. Pero sí, sinceramente, hacer profesión de hombres espirituales, de hombres religiosos, de la Compañía.

Un Memento especial para que todos vivamos unidos con Jesucristo y unos con otros.

Vivir una temporada de caballero de Nuestra Señora,

ante la limpieza de María Inmaculada con el Niño Divino en los brazos. Porque un amor de caballero sin mancha, se guarda de todo toque, de todo mirar de ojos, que pueda empañar el espejo de su fidelidad. Y así, ni el más mínimo gusto, no sólo sexual —por supuesto—, pero ni aun sensual o sombra de él. Con frecuencia, el pensamiento en Nuestra Señora y en su modestia, majestad, alteza de amor de Dios: De modo que el pensar en Ella, componga y recoja a oración y penitencia. Y que así quede fuera del aspecto todo lo sexual, no viendo ni el peligro de ello. Creo que Nuestra Señora y Reina me concederá este don, que Ella, cuya devoción en mí tan impensadamente, con nuevas fuerzas, renace, espante y disipe todas las tinieblas.

Y cada día dedicarle algo. Y aquí escribirlo. Voy a comprar un cuadrito y tenerlo siempre ante los ojos.

14 julio 1936. —Víspera de Renovación: Hacer mañana, con mucha alegría y pronta voluntad, la oblación y los Votos a Dios Nuestro Señor, en el espíritu recibido en la Contemplación para alcanzar amor.»

Se cierran sus cuadernos espirituales con un párrafo, lleno de emoción apenada, al recibir, el 14 de julio, en Alemania, la noticia del asesinato de Calvo Sotelo.

CAPÍTULO VIII

DEVOCIÓN AL CORAZON DE JESÚS

I. En los comienzos de su vida. 2. «Hora Santa». 3. Consagrado al Corazón de Jesús. 4. Deseos de apostolado. 5. Significado de la Consagración. 6. Su vida con El.

1. EN LOS COMIENZOS DE SU VIDA.

Entre las páginas evangélicas hay un cuadro de sorprendente belleza: se nos presenta una esplendorosa escena, la única de todo el Evangelio en que Jesucristo concedió a sus discípulos el contemplar la hermosura de su Divinidad.

Sucedió durante una noche del mes de agosto; en la cumbre de un alto monte cercano a Nazareth y al Lago de Tiberíades. Allí, Jesús en oración; los tres discípulos le acompañaban, pero —era su costumbre— dormidos.

Repentinamente les despertó una claridad irresistible: «Su rostro —el de Jesús— resplandecía más que el sol del mediodía palestinense; y sus vestiduras eran maravillosamente blancas, más que la misma nieve.» Todo estaba rodeado de fulgores nunca por ellos vistos.

Con dos personajes celestiales hablaba Jesús, y les contaba —anegado en un mar de dulzura— su próxima muerte por los hombres, en el Calvario. Aquello mismo que, unos días antes, al escuchárselo, había horrorizado a Pedro.

¡Visión deslumbradora!

El Apóstol, aunque oprimido entonces, más aun que por el sueño, por la pena, enajenado ante tales reflejos de la hermosura de Dios, abría, extático, sus ojos, y contemplaba a su Maestro; y por más que oye hablar de su espantable sacrificio cruento, pero lo

ve con la realidad triunfante, en aquel horizonte de luz divina. Y con todo el ímpetu de su entusiasmo, se postra a los pies del Maestro Dios; y sin pensar ya en sí, sino sólo arrebatado por el atractivo de Cristo, pone toda su alma en una suplicante petición: « ¡Señor, qué bueno es estar aquí contigo!, ¡déjame quedarme siempre a tu lado!... ¡no te vayas! » Expresión que es síntesis de todas las expresiones, en las ansias de cuantos se sienten atraídos por Jesucristo y ponen sus ideales en Él.

Este cuadro, exuberante de luz y calor, es todo un símbolo en la vida del Padre Huidobro, lleno de amor impetuoso —parecido al de Pedro— hacia Jesús. Es representación y compendio de su espiritualidad. Porque su vida interior tuvo un eje: el amor a Jesucristo. Cada vez fue poniendo más sus ansias — ¡tan ardientes como eran!— en estar lo más cerca de El, en jamás apartársele. Y esto iba en aumento, a medida que avanzaba en Su conocimiento y en el ejercicio de seguirle. De este su interesantísimo amor a El, es de donde brotaba el manantial de felicidad que inundaba su hermosa alma, y que en una u otra forma, consigo a solas en su oración y escritos, o explayándose a los demás, dejaba entrever: «¡Qué bien se está amando y sirviendo, tan de cerca, a Jesucristo!»

Ponderar aquí el inmenso amor del Padre Huidobro a la Persona Divina del Señor, sería totalmente superfluo. A lo largo de su Biografía y de sus obras, bien claro aparece.

Mas ahora, en un aspecto de esta su entrega a Jesucristo, es necesario que nos detengamos. Y hasta me atrevo a decir que escribiré el presente capítulo por deseo del mismo Padre Huidobro. Si pudiera él comunicárseme, estoy cierto que me habría de rogar pusiera en lugar bien destacado la presente materia, por él tan preferida. Si de ella no dijera aquí nada, la echaría él de menos; y casi casi ni me perdonaría mi silencio.

Y es que cuando comenzaba a tratársele, caía uno en la cuenta, de inmediato, en algo muy peculiar suyo: que en sus conversaciones y en todo su proceder, lo mismo que en sus cartas, en su predicación y en su Diario privado, siempre se manifestaba extraordinariamente devoto del Corazón Santísimo de Jesucristo. Señal de que llevaba esta devoción muy metida en lo más hondo de su alma.

Quítesele al Padre Huidobro su profundo amor al Corazón de

Jesús, y entonces su vida espiritual quedaría radicalmente otra muy distinta. Porque el nervio de toda su espiritualidad, lo que siempre y en todo caso a él más le impulsaba al bien y a la generosidad máxima con Dios, era su vivísima devoción al Corazón de Jesús. En esta forma de adorar y servir al Redentor, centraba él todos sus ideales de perfección propia, y de celo y caridad con el prójimo. Aquí buscaba, y encontraba, fortaleza y confianza y alegría interior.

Al hacer de esta devoción el centro de su vida espiritual, y al llegar tan rápidamente a una vida santificada, vio cumplirse en sí lo que había declarado Pío XI en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor*, que: «Esta devoción es compendio de toda la religión y un medio aptísimo para conseguir la perfección cristiana; ya que conduce las almas a un conocimiento más profundo de Jesucristo, y a amarle más apasionadamente y a imitarle más de cerca.» Que es, precisamente, la gracia que, en su Libro de Ejercicios, señala San Ignacio como tan principal. Por eso tenemos en el Padre Huidobro un viviente testimonio de que esta devoción se adapta, en modo el más perfecto, a una vida espiritual recia y entera, como la suya: viril, atractiva.

Aunque más exacto será el decir que, precisamente, al amor que Huidobro mantuvo al Corazón de Jesús, debió el haber conseguido una manera de vida espiritual tan delicada y, a la vez, tan robusta y operosa; y una prueba bien palpable de que —como escribió el Papa Pío XII en la Encíclica *Haurietis Aquas*— «no es esta devoción una piedad sensiblera, más propia de mujeres que de hombres instruidos».

La vida del Padre Huidobro es una apología muy eficaz de esta devoción.

¿Aparece también este aspecto en la escena del Tabor, que hemos recordado, como símbolo de la vida de Fernando Huidobro? De un modo manifiesto, no. No dejó Jesucristo ver, en esa noche venturosa, su Corazón; esto se reservaba para la hora última del Calvario. Pero sí dejó bien patente, en el Tabor, el amor inmenso de su Corazón, al saborear —en medio de las delicias de su Divinidad— su salida de este mundo en dolorosísimo sacrificio; salida de la que nos testimonia San Juan: que él vio en esas horas postreras a Jesús encendido entonces, más que nunca, en amor a los hom-

bres.

¿Por qué, en vez de exponer simplemente su amor a Jesucristo, se habla de su devoción al Corazón de Jesús? ¿Es que en el Padre Huidobro, como, en general, en cualquier cristiano, añade algo esta devoción por encima del amor a la Sagrada Persona de Jesucristo?

Sí y no. Es claro que, sustancialmente, todo va dirigido al Verbo hecho Hombre. Pero la Devoción al Corazón de Jesús añade esto: el entregarse sin reservas a Jesucristo, pero puestos los ojos en su amor inmenso; y al pensar que ese Amor está, muchísimas veces, tan mal correspondido, ansiar el compensar esas ingratitudes y pecados, con una más intensa entrega de amor.

Y todo esto, viéndolo expresivamente simbolizado en su Corazón, rodeado de espinas.

Esta es la forma de devoción que, en frase de Pío XII, constituye «un don inestimable, concedido por el Verbo Encarnado a su Iglesia, en estos siglos tan llenos de dificultades».

Dos notas, muy marcadas, tenía el Padre Huidobro en su modo de buscar la perfección respecto al servicio de Jesucristo: una de ellas era su generosidad optimista e ilimitada, que no hallaba nunca trabas para exigirse abnegación, sacrificios. La otra, que pudiera creerse opuesta a la primera, y no lo es, era la delicadeza en todo cuanto se hallaba en relación con Jesucristo. Notas ambas que brotaban, en el Padre Huidobro, precisamente de esta su devoción: pues por entrar en la intimidad del Corazón, se le iba espontáneamente acrecentando un amor lleno de ternuras para con Él; y de otra parte, el buscar reparación a las culpas, exigía de sí mismo cada vez mayor generosidad ante el propio sacrificio. Los que hemos vivido con Fernando Huidobro, ¡en cuántas ocasiones y formas hemos visto manifestarse en él la ingenua sencillez de su piedad, y simultáneamente, la enérgica virilidad en todo lo que significase servir al Señor!

¿Cuándo comenzó en Fernando Huidobro a encenderse esta peculiar manera de amar a Jesucristo?

Los comienzos de esta su orientación espiritual, como de tantas cosas buenas que fue aprendiendo, los hallamos en los ejemplos que veía en su tan cristiana familia.

«¿Te acuerdas —escribe en 1921 a su madre— de cuando Lo entronizamos en casa, estando todos juntos? Yo me he acordado bastante y he pedido por todos mucho al Sagrado Corazón. Entonces Le decíamos que, en adelante, sólo El iba a reinar, no sólo en la casa material, sino más bien en los corazones de todos y cada uno. ¿Lo habremos cumplido? Por lo menos en parte, me parece que sí. Pídele tú también que reine más cada día. Y sobre todo, para mí, pídele que Le ame con todas mis fuerzas; no sólo para que reine en mi corazón, sino para que yo lleve su conocimiento a otros muchos.»

Al año siguiente vuelve sobre el mismo grato recuerdo familiar:

«Yo atribuyo sin duda a esta devoción al Sagrado Corazón, la paz y unión que ha reinado siempre en casa. Por eso creo que el Sagrado Corazón de Jesús y la Santísima Virgen no pueden menos que cuidar, con amorosa providencia, de todos nosotros.»

Esta especial providencia del Corazón de Jesús sobre la familia Huidobro, a El consagrada, hizo que aumentase su confianza, cuando llegó la amargura del grave accidente de aviación, sufrido el año 25, por uno de sus hermanos:

«Comprendo, mamá, lo que estarás sufriendo por la desgracia del pobre Rafael. Yo, desde que supe la noticia, procuré, lo más fervorosamente que pude, ofrecérselo al Sagrado Corazón de Jesús, y ponerlo todo en sus manos, para que El se encargue de todo. Y siempre que he vuelto a encomendarle, siento gran confianza en ese Corazón, que tanto nos ama a todos los de casa. El querrá auxiliarle. Y si es su voluntad que muera, El le dará la muerte de un santo. Te consolará saber que muchas almas buenas, y muy amadas del Sagrado Corazón, están pidiendo por Rafael.

Te mando esta Hojita con una oración del P. Hoyos, para que, si te parece y llega a tiempo, le hagas una Novena.»

Muy poco después de entrar en el Noviciado de Granada, aprovechaba algunos ratos de su descanso en extractar la Carta que, sobre el Corazón de Jesús, había escrito a toda la Compañía

el Padre General, el año 19. Y también por estos tiempos, mientras leía las Cartas de Santa Margarita María de Alacoque, iba cuidadosamente anotando las citas en que habla la Santa de la Consagración. Notas que se conservan aún entre sus papeles. Se ve que ya desde esta época andaba deseoso de consagrarse a El, y de hacerlo con clara inteligencia de lo que esta entrega debe llevar consigo.

Durante sus años de religioso estudiante —mientras su Teología, más en especial—, incesantemente procuró ir conociendo más a fondo, y practicando este modo de honrar y entregarse a Jesucristo. Años más tarde recordaba con su hermano Ignacio esta época de su formación; y una de las cosas que le ponderaba, como de las más gratas, era la de haber profundizado en los sólidos fundamentos teológicos de la devoción al Corazón de Jesús, y el haberse ayudado, con varios de sus compañeros, en ir formando planes de este apostolado para el futuro.

No es de extrañar que ahora —lo mismo que sucedía mientras él vivía— tantos sean los que, al dar su testimonio acerca del Padre Huidobro, hagan resaltar al mismo tiempo que era muy fervoroso y que era muy sólidamente devoto del Corazón de Jesús, atribuyendo en gran parte a esta su devoción la generosidad que mantenía en toda perfección espiritual.

2. HORA SANTA.

No hay en esta devoción especiales actos que sean obligatorios. Muy buenas son, encomiables, diferentes prácticas de manifestar esta devoción, y la Iglesia ha recomendado vivamente varias de ellas. Pero no son esenciales. Cada uno ha de mostrar a Jesucristo, como mejor quiera, su entrega y su vivo deseo de siempre consolarle.

Es, indudablemente, una de las prácticas más frecuentada la de hacer una oración extraordinaria, al menos durante una hora, en las noches vísperas de los Primeros Viernes de mes: imitación de la que, en la noche antes del Primer Viernes Santo, hizo Jesucristo en el Huerto. El Señor se lo pidió así a Santa Margarita, y los Sumos Pontífices mucho han encarecido esta devoción, «Hora San-

ta», como suele llamársela.

Huidobro tomó con gran cariño este ejercicio de la oración nocturna en los jueves. Y lo practicó en su vida entera, con la generosa fidelidad con que él cumplía sus ofrecimientos al Señor. Se exigió así mismo el nunca dejar esta Hora Santa, que, a la larga, encierra bastante de vencimiento; pero que también encierra bastante de cariño a la entrega, que se ha hecho al Corazón de Jesús. Al menos en algún año, también hizo estas Horas Santas en los nueve Viernes anteriores a la Fiesta del Sagrado Corazón.

Desde el año 25 —antes aún de empezar su magisterio en Aranjuez—, ni un solo mes dejó de hacer esta hora nocturna de oración. A lo largo de sus años de estudiante, esta práctica de amor y de sacrificio requería de él un especial esfuerzo en los días en que se hallaba especialmente cansado y, en consecuencia, más necesitado de sueño, bien debido a actos especiales en sus estudios, que en todo tiempo preparaba con entero entusiasmo, bien por haber tenido alguna larga caminata, en excursiones o en catequesis por los pueblos, precisamente en los jueves de vacación.

La hacía, muy de ordinario, en la Capilla interior, ante el Sagrario. Se le podía entonces, muchas veces, observar cuánto luchaba con la fatiga o el sueño, ya que se veía obligado a andar cambiando de postura, en pie o arrodillado o sentado, todo para ofrecer, hasta el fin, este acto de sacrificio reparador y de delicadeza en el amor. Y así, mes tras mes. Y no lo dejó ni aun en la campaña militar.

En no pocas ocasiones alargaba todavía el tiempo de la hora, y luego, a pesar de sus esfuerzos por no ser notado ni despertar a nadie, se le oían, a veces, ya muy avanzada la noche, sus pasos quedos, camino de su aposento.

El Padre José María Marín, que durante un tiempo de teologado en Oña vivió con él en el mismo cuarto, cuenta cómo todas las vísperas de Primeros Viernes el Padre Huidobro aguardaba algún rato, hasta que suponía —no siempre acertaba— que ya estaría su compañero dormido. Y entonces se levantaba con mucho sigilo, y arrodillado a los pies de la cama, perseveraba la hora entera en oración.

Hubo, sí, una excepción: Durante los Ejercicios del año 32 se sintió algo enfermo aquel primer jueves; pidió consejo al Supe-

rior, y se acostó sin hacer la Hora Santa. En sus apuntes espirituales deploró luego, con gran sentimiento, el haber dado a conocer — ¡cobarde!— este su pequeño malestar, que le hizo abandonar aquella costosa oración. Así se queja, con toda humildad, de sí mismo:

> «Día 7.º: Oración del Huerto. — ¡No he hecho Hora Santa! Por primera vez, desde hace ocho años, la he omitido. Todo por falsa aprensión de cansancio. De todas maneras, no me dormí hasta las once y cuarto y me desperté a las cuatro y media. Y luego, la reprensión interior del Sagrado Corazón. No la hice por no representar bien. Quise contentar mi ánima. Nunca omitir la Hora Santa. Jesús luego sostiene. Es don suyo esa amargura y desolación, que se saborea por las noches. Ser siempre fiel en esto. Y renovar la devoción reparadora, con total desinterés.»

En las mañanas de los Primeros Viernes, si uno se fijaba en él, más aun que señal de cansancio o falta de sueño, lo que se le apreciaba era una especial alegría. Tal vez provenía esto del gozo por el acto de devoción realizado en la noche anterior; tal vez, porque esos Viernes eran días peculiares en el amor y servicio a Jesucristo.

3. CONSAGRADO AL CORAZÓN DE JESÚS.

Tomó el Padre Huidobro muy en serio su entrega, en el amor, al Corazón de Jesús. Y para más confirmarse en ella y para su personal devoción compuso, en diversas ocasiones, Actos de Consagración. Le gustaba renovar estas Consagraciones, que hacía ante el Sagrario, para mantener siempre tensa su voluntad de entrega. Recuerdo haberle oído varias veces decir que, principalmente, aprendió de la enseñanza del Padre Florentino Alcañiz y de sus libros la importancia que, en la devoción al Corazón de Jesús, tiene la Consagración. Fórmula breve o larga, poco va en esto. El caso es hacerla, no como mera fórmula de piedad, sino como quien toma una posición decidida delante de Cristo: ser ya un «hombre entregado» a su Amor ofendido, a su Corazón.

Tan sinceramente quería él hacer e ir renovando esta Consa-

gración en el amor al Corazón de Jesucristo, que, cual acto muy decisivo y de gran trascendencia en su vida, lo trataba cuando iba a pedir dirección para su propia alma. Entre sus escritos hay una papeleta de su mano —no aparece fecha— en la que hasta pide permiso a su Superior para la obligación que va a tomar sobre sí:

> «R. P. Rector: Mañana, Dios mediante, con aprobación del P. Espiritual, pienso consagrarme especialmente al Sagrado Corazón de Jesús y ofrecerme, del todo, para ser apóstol suyo. Supongo no tendrá usted inconveniente en ello, pues me dijo lo tratara con el P. Espiritual. Dios se lo pagará, si me encomienda usted, para que mi entrega al Corazón de Jesús sea total y definitiva. — F. Huidobro, S. J.»

Pensó, muy despacio, en lo que se comprometía al consagrarse; y luego se entregó a El, en amor y en expiación, «con todas sus consecuencias». Y como por la meditación continua, y por la petición y por el ininterrumpido ejercitarse, tan compenetrado llegó a estar con este modo generosísimo de servir a Jesucristo, por eso luego, en su hablar y actuar, hablaba y actuaba conforme en un todo con lo que pide esta devoción santificadora.

Se comprende mucho mejor y a plena luz toda la vida interior del Padre Huidobro, si se tiene presente que estaba íntegramente dedicado al Corazón de Jesús, con todo lo que la esencia de esta devoción, llevada hasta lo más hondo, exige, y que él, hombre fiel, era consecuente a su ofrecimiento.

Es un modelo de los más definidos en lo que es vivir según el espíritu de esta devoción. Vivió «entregado» con radical generosidad, sin reservarse nada, buscando el consolarle a Jesucristo con su vida entera, en compensación de tantos pecados.

Cuando, dos años antes que él, celebré en Oña mi Primera Misa, minutos antes de salir de la Sacristía para el Altar, se me acerca y me entrega una hojita de papel, que con veneración conservo. En ella tenía escrito un Acto de Consagración al Corazón de Jesús: «... acuérdese usted, ahora en la Misa, de pedir esto por mí...» Era una brevísima entrega, que, con unas u otras palabras, tantas veces aparece en sus escritos:

> « ¡Corazón Sacratísimo de Jesús! Por mediación de la Bienaventurada Virgen María, yo me entrego a Ti, como víc-

tima y apóstol; para que, siendo semejante a Ti en el sacrificio y en la mortificación, siempre te conserve mi corazón puro, y con tu gracia viva unido a Ti. Amén.»

Y añadió al darme el papelito: «¡Mire!, que yo sea siempre y únicamente para Jesucristo...!» Este era el anhelo mayor de su vida, la gracia máxima a que aspiraba: que su Consagración al Corazón de Jesús fuese total, eficaz.

Se conserva el original, breve y sencillo, del último acto de Consagración personal al Corazón de Jesús. Lo llevaba consigo durante los meses de Capellán y en el momento de acabar su vida, en la Cuesta de las Perdices. Era como testimonio perenne de que su voluntad perseveraba en la decisión de entrega, que allí aparece. En este Acto de, Consagración, después de ofrecerse él mismo, sin reservas, a Jesucristo en su Corazón Divino: «quiero olvidarme de mis intereses y vivir siempre para Vos. Quiero consolaros...», termina con esta doble entrega a sus prójimos:

> «Y oyendo de Vos que ame a mis hermanos, a ellos consagro mi amor; sacrificándoos, en ellos, mis gustos e intereses. Y conociendo vuestro amor a la Iglesia, me consagro a ella, a servirla y amplificarla.»

Ni falta en esta solemne oblación al Hijo Divino, el recuerdo devoto a la Virgen Madre: Dice que se acerca para hacer esta Consagración: «Llevado de la mano de vuestra Madre y Señoría mía», y hacia el final, persuadido de que nada de lo suyo vale gran cosa: «yo Os ofrezco —dice— a mi Madre y Señora, Santa María».

Así era en Fernando Huidobro: práctica, santificadora y apostólica, enraizada en la más pura Teología, la devoción al Corazón de Jesucristo. Y así fue él en cumplir lo que en sus Consagraciones ofrecía.

Tiene anotados, en 1931, algunos puntos para un examen particular sobre la devoción al Corazón de Jesús:

> «Examen particular. — Caridad perfecta al Corazón de Jesús. Y sacrificio.
>
> Todo por el Corazón de Jesús, pensando en Él.
>
> Examen particular de amor y reparación.
>
> Jesús, cada vez más centro de mis estudios.

Reparación: todos mis sufrimientos, voluntarios o no.»

El gran deseo de reparar por los pecados, que es una de las manifestaciones esenciales dentro de esta devoción, le impulsaba de continuo a ofrecer a esta intención, con su generosidad habitual, sacrificios en cuantas cosas podía.

> «Enamorado como estaba del Corazón Sacratísimo de Jesús —escribe su compañero Pedro María Ilundáin—, se entregaba a la mortificación hasta la imprudencia. Juzgadas algunas mortificaciones suyas, según el criterio corriente de prudencia, que en la vida espiritual suele aplicarse, serían incluso censurables. Y es que para el P. Huidobro, el que una cosa le mortificara, era ya un argumento para abrazarse con ella. Pero esto lo hacía siempre llevado del deseo de asemejarse más y más al Sacratísimo Corazón de Jesús, e impulsado del celo de las almas, que era una de las características de su intensa y sólida espiritualidad.»

Los afectos y la renovación de su entrega a Jesucristo, aparecen de continuo esparcidos en apuntes privados y en cartas; lo mismo que aparecían en sus conversaciones. Hace la impresión de que, consciente o inconscientemente, vivía ininterrumpidamente en el espíritu de esta devoción y sin más pensar, como naturalmente, va a la generosidad, al deseo de compensar y consolar a Jesucristo, a manifestarle su amor. Imposible, ni en síntesis, presentar cuanto expresa en sus apuntes privados. Sólo ahora dos frases del Diario, en el año 32, con solamente unos días intercalados:

> « ¡Corazón Sacratísimo de Jesús! Viviré sólo para Ti. Toda preocupación acerca de mí, la coloco en Ti, pues Tú cuidas de mí. Yo me entregaré a trabajar en todas las cosas de tu Reino.
>
> La pureza pacifica en el amor y en el dolor. ¡Corazón Santísimo!, Amor perenne, fuego que quemas en caridad las manchas: Amándote a Ti, me conservaré puro.»

Cuando en sus meditaciones se pone a pensar en los sentimientos de Cristo —y con suma frecuencia lo hace—, va en seguida a querer penetrar en lo íntimo de su Corazón humano y divino, y allí aprender. Sea un ejemplo, entre tantísimos, el de la con-

templación de Cristo en la Pasión. Estaba en Valkenburg:

> «Oprobio de Cristo y fracaso ante el Sanedrín; contemplar cómo Le escupen. Y entrar dentro del Corazón. Y saborearme en aquellas amarguras. Amar la humillación y pedir luz, humildemente, para entender esto en el Evangelio. Que esto es el Evangelio; y tanto hubo de sufrir y tan por menudo narrar, para que yo me convenciese.»

Al llegar al Sacerdocio, no encontró otra intención mejor que la de ofrecer su Primera Misa, como lo más importante que se le podía ocurrir, «por el Reinado del Corazón de Jesús en España».

Y un mes antes de salir para el frente, durante los Ejercicios en St. Blasien, tuvo ante sus ojos, ya desde el comenzar: «Confirmar el Plan de Vida de 3.ª Probación. Insistiendo en: Llamado a la Contemplación: a devoción al Corazón de Jesús.»

4. DESEOS DE APOSTOLADO.

> «El mayor consuelo de mi vida—escribió a su hermano al poco de ser ya sacerdote— es que, en todas partes donde he estado, he hecho algo —poquísimo y con muchas resistencias a la voz de Dios— por extender la devoción al Sagrado Corazón.»

Realmente, en las limitadas ocasiones que se le presentaron, así lo realizó, hasta que se le acabó la vida. No está todo el apostolado en las grandes obras exteriores. El mismo Padre de la Colombiere, el primer gran apóstol de esta devoción, hechos visibles, muy pocos, pudo llevar a cabo. Tampoco el Padre Huidobro realizó muchos hechos externos de apostolado. Mas dondequiera que él estuviese, allí había irradiación de amor a Jesucristo; pero con ese modo peculiar de amarle: con entrega ilimitada, con confianza en Él, con ansia de reparar el pecado, de consolarle. En sus conversaciones y en sus ejemplos, en casa y fuera, entre los niños y los obreros, en los pocos Ejercicios que dirigió y en su predicación esporádica, no perdía ocasión oportuna de difundir esta devoción.

Sobre su memoria recae esta solemne felicitación de Pío XII:

> «No podemos menos de felicitar paternalmente a todos

aquellos —del Clero y seglares— que han contribuido, con eficacia, a promover este Culto.»

Este ayudar a otros, para que se acercasen al Corazón de Jesús y para que se Le fuesen entregando, formó la más grande de sus aspiraciones. A lo largo de esta biografía, palabras de él y hechos lo confirman.

Acababa de llegar a Aranjuez —estudiante todavía— para dar comienzo a su magisterio. Era el año 1927. Estábamos en la Novena del Sagrado Corazón de Jesús. Las primeras palabras que me dijo, apenas entramos en la Sacristía, luego de haber hecho la media hora de Adoración al Santísimo Expuesto:

> «No deje de pedir mucho por mí, para que yo sea apóstol de la devoción al Corazón de Jesús; quiero alcanzarlo; ¡ayúdeme! »

¡Con qué encendido entusiasmo me lo decía! Y estas fueron, casi exactamente, las mismas con las que, un año más tarde, se despidió al marcharme de Aranjuez.

En otro capítulo de esta biografía, *Hacia la juventud*, se ha de ver cuánto se valió en esta ciudad para sus obras de apostolado, con los muchachos y con los obreros, de la devoción al Corazón de Jesús.

Durante el año que, a continuación, estuvo en el Colegio de Chamartín, formó con los mejores alumnos una Academia Literaria. Quiso que llevase el nombre de Academia del Corazón de Jesús; a El la consagró, y para ello compuso una devota fórmula, que los socios habían de repetir, y en la que, muy al alcance de los niños, insiste en las ideas principales en que se basa esta devoción. También consiguió que, con toda solemnidad, la Segunda División del Colegio, en la que él estaba de Subprefecto, se Le consagrara. Antes, les tuvo a todos una preciosa plática, explicativa de la entrega que de sí mismos iban a hacer, en público, al Sagrado Corazón. Luego, el brigadier, ante el Santísimo Sacramento Expuesto, leyó el Acto de Consagración, del que se conserva el original, compuesto también por el Padre Huidobro. Así, procuraba el devoto Subprefecto que los niños fuesen comprendiendo y practicando, según su alcance, esta divina devoción a Jesucristo.

Para atraer a otros hacia la fe, hacia el bien, ningún otro medio tanto le gustaba emplear como el que a él mismo tanto arrastraba: Jesucristo y su Amor.

Una anécdota, entre otras tantas, y bien emotiva, nos dejó él mismo descrita:

> «Necesitamos la respuesta de un hombre, que sea, al mismo tiempo, respuesta de Dios.
>
> No hace mucho tiempo sentí, como nunca, esa necesidad de todos nosotros y su satisfacción única en el Maestro.
>
> Tenía delante un muchacho, de quince a dieciséis años, llegado ya a aquel punto en que se deja de ser niño y se revisa todo lo recibido como verdad. Se veía lanzado a la lucha por su fe, y a tomar una decisión respecto a las cosas últimas. En su rostro se leía la angustia de un alma noble, que lucha por el bien. 'Porque se me ocurre muchas veces: ¿y si todos se engañan?... ¿y si se ha equivocado toda la Humanidad... y es todo mentira?'
>
> Yo no sé si fui yo mismo el que pronuncié las palabras o si fue él, pero, en todo caso, la respuesta vino de Otro que estaba allí, a quien no veíamos. Tan inesperada sonó para los dos: '¿y Jesucristo también?... ¿También se puede haber equivocado El?'...
>
> No, Jesucristo no; El no se equivoca; El nos ha dicho la verdad... y en sus ojos brillaba una luz, que no es de este mundo...»

Esta devoción, que todos sabíamos cuán por entero se hallaba compenetrada en su vida espiritual, no la tomaba él, ni para sí ni tampoco para otros, como mero consuelo del alma, sino como cordialísima y firme unión con Jesucristo; fortaleza en su servicio divino. En circunstancias de especiales tribulaciones, escribió así a otro Padre:

> «... el Sagrado Corazón le espera a usted ahí. Y de ese Corazón van a desbordar riquezas sin cuento sobre el suyo de usted. Riquezas de las de Cristo, que sabe usted cómo son y cómo suelen saber a la carne. Pero riquezas, las únicas riquezas. Todo es suave con Cristo; y los mayores desconsuelos se pueden llevar. O se llevan, por lo menos. Que

> es una cosa que el Señor hace a las veces: hacernos ver que no podemos y, sin embargo, las llevamos. No podemos y las llevamos, luego no nosotros, sino El... ¡Qué usted se hunda en el Corazón de Cristo; que se pierda allí, y se anegue!... ¡Feliz! Acuérdese usted de mí ante el Corazón de Jesús.»

Esta misma idea, de que en la devoción al Corazón de Jesús no hemos de buscar simplemente el consuelo del espíritu, sino buscar nosotros, y prometer a los que a El acudan, fortaleza y protección divina, la meditaba él y la anotaba en su Diario. Cuando la persecución religiosa arreciaba en la España republicana, el año 31, tomó, como materia de meditación, la lanzada al Costado de Cristo muerto:

> « ¡Corazón alanceado! Entré en aquel Santuario. ¿Quién podrá separarme ya del amor de Cristo?
>
> Nada ni nadie. Podrán los enemigos poner trabas a la entrada en religión; podrán perseguir, matar, llegar al Edicto de Nerón, 'christianos esse non licet' (se prohibe hacerse cristianos), pero ¿quién me arrancará de Cristo? Ni muerte, ni tormento, ni destierro, ni nada. Esta devoción no está sólo en consolaciones, ni es para buscar dulzuras. Sino que más está en el amor desnudo, por sequedad y angustia. Y entonces, más meterme en el Corazón de Cristo.»

Confiaba muchísimo en la eficacia de esta devoción al Corazón de Jesús para convertir y para santificar las almas. Gran instrumento de apostolado. Uno de los primeros ejercicios en bien de las almas que realizó en su vida religiosa fue en el primer año que los estudiantes pasaron, durante las vacaciones, en el Puerto de Santa María. Grandes ratos de aquellas calurosas tardes los empleaba —llevando de compañero a su condiscípulo Hermano Moreno Pareja —en recorrer las pobrísimas casuchas de la campiña portuense, distribuyendo estampas del Corazón de Jesús por los caseríos, y recomendándoles se Le consagrasen.

Para él fue siempre uno de los mayores móviles en su labor por infundir en los demás devoción al Corazón de Jesús, la íntima persuasión que le dominaba de los grandes frutos que luego se seguían. Refiriéndose a uno de estos efectos, tan frecuentes, el del gozo espiritual y la paz, cierra el Prólogo a la Memoria del Colegio de Chamartín, escrito por él. Habla de la Academia Literaria por él

fundada y por él consagrada al Corazón de Jesús:

> «Lo mejor de la Academia, ha sido el entusiasmo de sus socios, y aquel espíritu de alegría franca, de piedad, de unión en Jesucristo, que es prerrogativa de las obras consagradas al Divino Corazón.»

Las tandas de Ejercicios Espirituales que dirigió, particularmente la que a los ingenieros dio en Lieja, no dejó de aprovecharlas para hablar algo y exponer los fundamentos y prácticas de esta devoción.

Una ocasión muy delicada y escondida se le presentó, siendo todavía estudiante teólogo, para, por medio de la Consagración, difundir bien sobrenatural. Era en Marneffe, en el destierro belga. Se propuso el noble fin de conseguir, con el aumento de este amor a Jesucristo, en su Corazón, que se aumentase más, en todos los de aquella Casa, el ansia de perfección religiosa, tal como los duros tiempos de persecución a la Iglesia estaban exigiendo. En aquella tan numerosa Comunidad de Marneffe —con centenares de jóvenes— estaban representadas muy diferentes naciones y regiones, y había que conseguir del Corazón de Jesús, intensificando esta devoción, que, por encima de miras particulares, se intensificase también la unión total de ánimos. El gran efecto de la caridad. Muy buena ocasión se le ofrecía con la proximidad de la fiesta del Sagrado Corazón, día en el que solía poner sus mejores entusiasmos el Hermano Huidobro. Aquel año era el primero que pasaba en el destierro, y había que celebrar esta fiesta con solemnidad especial, y con gran devoción. El fue uno de los que más contribuyeron a conseguirlo, con toda suavidad, pero con toda eficacia.

Precedieron oraciones de muchos; y precedieron dos reuniones en las que Padres y estudiantes expusieron el significado y oportunidad del consagrarse al Corazón de Jesús.

El día de la fiesta amenazaba lluvia. Mucho influyó el ánimo v optimismo del Hermano Huidobro ante el Vicerrector, Padre Echaguíbel, para que no se abandonase el programa anunciado; y así recorrió el Parque del Teologado, procesionalmente, el Santísimo Sacramento, asistiendo, además de la tan numerosa Comunidad, gran número de personas de los vecinos pueblos de Huccorgne y Marneffe. Al terminar, se hizo, solemnemente, la Consagración de

la Casa de Marneffe al Corazón de Jesús.

El Hermano Huidobro —lo recuerdan sus compañeros de entonces— mostraba especialísima alegría de este gran homenaje ofrecido en ese día al Señor.

Coincidencia bien notable, que años más tarde algunos habían comentado con cierta emotiva curiosidad, buscando posible explicación sobrenatural: a la par que, entre los estudiantes teólogos, Huidobro procuraba enfervorizar la Casa, incrementando la Devoción al Corazón de Jesús, eso mismo estaba realizando, lleno de ardor, entre los filósofos, allí mismo, en Marneffe, el simpático «Juanón» —el Hermano Martínez—. Los dos, precisamente, que, muy pocos años después, habían de ser los primeros en dar su vida como Capellanes en la Cruzada. ¿Coincidencia? ¡Providencia! ¡Predilección de amor por parte de Jesucristo!

> «Ahí te mando esta Hojita con la Consagración de Marneffe al Santísimo Corazón —escribe por entonces a su hermano—. Yo no la hice, pero trabajé para que se hiciera, y promoví con otros la cosa.»

Y en su Diario íntimo se explaya con el Señor, contándole la historia y los móviles de su apostolado:

> «31 mayo 1932. — ¡Sacratísimo Corazón de Jesús! ¡Gracias! ¡Gracias! Queréis la unión de esta Comunidad. Queréis que reine aquí vuestro Corazón. Vuestro Corazón une y ha prometido esa unión. Aquí está esa devoción caída. Ya se me abrió un ancho campo de apostolado.
>
> 2 junio. — Abrió un soldado el Costado y quedó aquel interior abierto. Por esa cueva entrar; o por esa luciente puerta, excavada en la roca. Entrar adentro, y buscar allí la unión con Cristo; y buscar allí a Cristo. Buscar un consuelo a aquel dolor que hiere a ese Corazón. 'Busqué quien se compadeciese conmigo.'
>
> 4 junio. — Es claro. El Sagrado Corazón de Jesús me pide que me entregue a la gran obra. El sólo ha de ser para que salga bien. 'Que todos sean unos...'. De manera que el abismo lo cubra y lo allane quien sólo puede: El.
>
> La grieta rodeó el búcaro, y el agua se fue, y se marchitaron las flores. Fuera no hay choques; hay una superficie

plana, tranquila, al parecer. Pero ¿es poco abismo que no participemos de una misma vida, que haya esta desconfianza mutua, este recelo? Y luego, ¿que tantas energías, que serían para el reinado del Corazón de Jesús, se consuman para el mundo?

5 junio. —La unidad de Cristo, el vivir todos, hechos uno, de su vida; recibir de su mismo Corazón los espíritus vitales, la sangre oxigenada, que es la gracia divina, merecida por Cristo, y producida en nosotros por Cristo. Si nos replegamos sobre nosotros mismos para vivir eso, todo lo demás será estiércol para nosotros.

Tendré que sacrificar todos los idealismos patrióticos. Así lo hizo San Pablo. Privilegios más excelsos que los del judaísmo, glorias más puras, comparadas con el resto del mundo, en ningún pueblo actual. Y, sin embargo, se hubo de borrar todo ante la caridad de Cristo, ante la gran diferenciación de la elección de Dios. Los santos, los elegidos, todos en un cuerpo; y respecto a los demás, todos llamando a todos. Todos tendiendo a la perfección en «uno». Un Espíritu, una Fe, un Cristo, un Bautismo, un Pan, una Mesa. 'Todos, uno'.»

Excepto en los pocos meses de su Capellanía militar, su vida la iba pasando en el retiro de los estudios. Muy pocos ministerios sacerdotales. No se hallaba en favorables ocasiones de propagar más extensamente esta devoción. Pero siempre —le salía espontáneo— iba difundiendo, suave e insinuantemente, lo que forma las bases de este modo de honrar a Jesucristo: la Reparación, la Confianza.

Este «consolar a Jesucristo», de lo que con tanta frecuencia habla el Padre Huidobro, tiene un significado más amplio y más vital de lo que suele exponerse en libros piadosos.

Es cierto que, debido al conocimiento que su Ciencia divina le comunicaba del futuro de nuestras acciones, sufrió realmente Jesucristo durante su vida mortal, por cada uno de nuestros pecados, y a la vez recibió consuelo por cada uno de nuestros actos buenos y de expiación. En cada espina de su corona y en cada uno de los látigos en los azotes, conoció la parte que cada uno de nosotros

iba a poner con nuestras ofensas, y conoció también lo que en retorno Le íbamos a consolar.

Pero, sin necesidad de acudir nosotros tan lejos con la consideración, hasta el Huerto o a la Cruz, notemos que aunque hoy —ahora— en el Cielo no puede ya sufrir, pero sí puede en el Cielo, ahora, en este día nuestro, ser consolado.

Como el Papa Pío XII escribe en la ya citada Encíclica, sobre la devoción al Corazón de Jesús, «los afectos humanos y divinos que su Corazón experimentó en el curso de su vida mortal, los sigue experimentando ahora en el Cielo». Su naturaleza humana continúa perfectísima eternamente y mantiene los afectos mucho más perfectos y nobilísimamente sensibles que los nuestros, y sigue allí amándonos con el amor inflamado, que palpita en su Corazón.

Lo mismo que puede sentir compasión por nuestros males, puede recibir de nosotros alegría. Esto no le hace ganar ni perder en la esencia de su gozo infinito. Es aumento y disminución accidental.

Pero el saber que podemos proporcionarle alegría, consuelo, a Jesucristo, ahora, en el Cielo, en el Sagrario, acrecienta en mucho nuestra devoción cuando le ofrecemos actos expiatorios; al pensar que todo lo está, en estos instantes, contemplando, en gozo de complacencia, y que le podemos hacer palpitar de consuelo su Corazón, y compensarle de la vista de tantas ingratitudes.

Gran devoción hallaba el Padre Huidobro en este alivio que podía proporcionar a Jesucristo; por eso tanto insiste en procurárselo, en sí y en otros, con obras buenas de reparación. La Consagración, que tantas veces renovaba, no era sino el reafirmarse en su gran deseo de que él, con su vida y toda su actividad, fuese un incesante consuelo expiatorio ante Jesucristo.

Desde Valkenburg escribía en octubre del 32 a una de sus hermanas, refiriéndose a los grandes pecados públicos y ofensas a la Iglesia:

> «Pide mucho por España y hazte muy santa, para consolar al Sagrado Corazón, tan ofendido ahí.»

Espigando en sus cartas, cuántas frases semejantes encontramos, manifestación del gran deseo que en su propia vida espiri-

tual siempre tuvo: En compensación de las ofensas —«las espinas»—, darle el lenitivo de las buenas obras. La idea de la Reparación, tan esencial en esta devoción, no la olvida. Como que forma el gran deseo de su vida.

Cuando, en 1932, ayudó la Primera Misa del Padre Augusto Segovia, un pensamiento le llenaba, al que más tarde aludirá en carta a sus amigos Cereceda:

«... dicha inmensa de tener a Jesucristo en las manos, y ofrecerlo a Dios en sacrificio por los pecados propios, y por los de todos los hombres.»

5. SIGNIFICADO DE LA CONSAGRACIÓN.

¿Cómo se debe exponer esta devoción, tanto al pueblo sencillo, como a la gente más ilustrada? Bien sabido es que no son pocos los cristianos que muestran oposición o menos aprecio de practicarla. Interesante es el conocer lo que pensaba el Padre Huidobro, tan versado en esta materia y tan práctico en sus exposiciones religiosas.

Repetidas veces venía desde Alemania, cuando allí preparaba su doctorado en Filosofía, al Filosofado de Jesuitas españoles en Bélgica. Durante una de las últimas entrevistas con los jóvenes estudiantes, entre quienes vivió unos días, antes de salir para España, el año 36, les estuvo hablando de los sólidos fundamentos que en la Teología cristiana tiene la devoción al Corazón de Jesús.

El Padre Díez Alegría, que se hallaba por aquellos tiempos entre los filósofos de Les Avins, hizo el resumen de la charla que con ellos tuvo el P. Huidobro:

> «Una frase incidental, hablándonos del carácter y la espiritualidad de las juventudes alemanas, nos hizo comprender el profundo sentido con que el Padre entendía la devoción al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y la importancia que le concedía.
>
> Esto nos hizo desear un cambio de impresiones con él sobre este tema tan interesante. En una charla larga, paseando por el Parque del Château de Bassinnes, nos indicó cómo

entendía él esta devoción.

Según él, era preciso darle un sentido teológico profundo, sobre todo para proponerla a personas de cierta cultura intelectual y religiosa. A un espíritu sencillo —nos decía— basta entregarle una imagen de Cristo mostrándonos su Corazón, para que comprenda en seguida todo el misterio del amor de Cristo, todo el sentido de esta devoción.

Pero a otras personas de mayor cultura, hay que darles más, si no se quiere correr el peligro de que conciban la devoción como algo superficial y casi sin sentido.»

El Padre Díez Alegría resume luego la exposición, solidísima y muy personal, que les hizo, los pasos que es conveniente seguir para presentarla a gentes más instruidas. Tiene muy en cuenta la psicología del cristiano de hoy, se deriva de la doctrina del Cuerpo místico:

1.° Es evidente que ha de ser muy íntima la unión del cristiano con Jesucristo, Cabeza del Cuerpo místico y de quien nos viene toda gracia.

2.° Espontáneamente, tiene que brotar de aquí la intimidad con El, de nuestro corazón con el Suyo. Quiere esto decir: verlo en lo más íntimo de sus sentimientos, de su santidad y amor.

3.° De aquí se ha de seguir el que nuestra vida esté dedicada a El; con decisión de servirle; y servirle amándole.

4.° Y como esto no es otra cosa que el estar consagrado a El para mejor concretarlo, es muy conveniente expresarlo en un Acto de Consagración.

Se fijaba el Padre —continúa el resumen de la charla del Padre Huidobro— en la doctrina del Cuerpo Místico, de nuestra incorporación a Cristo —estamos injertados en El—, que hace de Cristo algo tan íntimo en nuestra vida: Arrancar a Cristo de nuestra vida, suprimirlo en ella, sería cambiar de repente toda su fisonomía y su sentido.

De esta consideración profunda de lo que es Cristo para mí, deriva, naturalmente, el ver a Cristo íntimo, e ir a El íntimamente, de corazón a Corazón.

Por eso —nos decía— hay momentos en la vida en que, natural y espontáneamente, nos dirigimos a Jesucristo, precisamente en el simbolismo del Corazón y en las fórmulas de la devoción.

Nos hablaba de la Consagración y del Acto de Consagración. La Consagración al Sagrado Corazón es algo vivo: entrega vital, real. Y la fórmula, el acto, es necesario para nosotros, los hombres. Puede haber momentos —añadía— en que, bajo el impulso de una gracia extraordinaria, le baste a uno arrodillarse delante de un Crucifijo y decirle una palabra, para dar un sentido nuevo a toda su vida.

Pero, generalmente, no ocurre esto, y, por tanto, necesitamos expresar esta realidad de nuestra entrega a Cristo en la fórmula de Consagración, que concreta este anhelo de toda la vida.

Nos hablaba del problema que supone en Alemania, por ejemplo, la enorme cantidad de prejuicios contra la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El creía que conviene proponer la devoción, con un gran sentido de amplitud, sin dejar perder por esto sus caracteres fundamentales: Amor de Cristo y el Simbolismo de su Corazón.

Acerca de los escritos sobre el Sagrado Corazón, aconsejaba esta misma amplitud. Por ejemplo, recordaba el orden de Obras que un antiguo director suyo recomendaba, para introducirse a la devoción al Corazón de Jesús: Evangelio de San Juan; San Agustín; Liturgia; Santa Margarita María de Alacoque. Algunos —nos decía— ven en esta amplitud un peligro de desvirtuar el carácter de la devoción y perderla. Es cierto que existe el peligro, y hay que precaverse. Con todo, para él, la posición indicada era la mejor.»

Puede ser que muchos hombres de hoy reciban con más agrado la devoción al Corazón de Jesús, si se la razona como aquí indica el Padre Huidobro: viéndola brotar de la unión misma que cada uno tiene con Cristo en el Cuerpo místico. Y no simplemente— como suele exponerse —mirando el amor del Corazón de Jesús a mí.

Pío XII se lamenta amargamente de estos prejuicios. De que haya —dice—: «Cristianos, y aun cristianos que hacen profesión de gran catolicidad, y, sin embargo, no tienen este culto nobilísimo en el honor y estima debidos.» Y añade: que «como Maestro de la Fe y de la piedad en la Iglesia, y obedeciendo a un deber de su propia conciencia», exhorta a que, depuesto todo prejuicio, apreciemos esta eficacísima devoción, para que no vayamos temerariamente en contra del sentir de los Romanos Pontífices. «Ni hay —añade— forma de piedad más excelente y eficaz para las necesidades actuales del mundo.»

¿Quién no está oyendo de continuo hablar, entre personas buenas, del hacer Actos de Consagración al Corazón de Jesús? En toda novena al Señor, en toda fiesta, casi en cualquier acto devoto, cuántas veces se «reza» alguna Consagración. Es la manifestación más repetida en honor del Corazón de Jesús, aunque, por desgracia, no siempre se realiza tan convenientemente como sería menester, ya que la Consagración es la quinta esencia de esta devoción.

Convenientísimo es, como con tanto acierto les ponderaba el Padre Huidobro, que se haga previamente conocer su íntimo valor y sus consecuencias, en la práctica de la vida cotidiana, a fin de que, realmente, influya luego en quienes así se consagran, y no se reduzca a una devota oración que se rece.

Entre los apuntes privados del Padre Huidobro existe una exposición ascético-mística sobre lo que ha de ser una Consagración. Brevemente y con gran fundamento teológico la estudia. Es un escrito que sin duda miraba él con gran cariño, pues al fin de esta síntesis pone una corta Consagración personal y luego su firma.

De gran utilidad es oírle esta explicación, pues en el consagrarse está, con mucho, lo principal, dentro de la devoción al Corazón de Jesús.

Se compara a sí mismo con el Cáliz de la Misa, «así he de estar dedicado a El, y a cuanto le sirva a El, aun cuando al principio quien se consagra no tenga todavía su alma limpia de culpas».

Se ve lo tajante—lo generoso que es siempre Fernando Huidobro. A Cristo, regatearle, nada. Huidobro no entiende del medio y medio. Por eso escribe así su explicación:

«Consagrarse es entregarse, darse. Darse de un modo que nada quede sin dar, y que aquello que se da, quede sagrado.

Consagrar un vaso es deputarlo para el servicio divino. La copa del Cáliz sagrado, sólo ha de recibir la Sangre de Cristo, o el vino y agua necesarias para el Santo Sacrificio. Infundir otro licor, es profanar, manchar el Cáliz.

Corazón consagrado con perfección al Corazón de Cristo, es copa que sólo recibe la Sangre y el agua que salió del Costado; es decir, corazón que sólo sabe amar del Amor del Corazón de Jesús. Cuando lo que se entrega es algo viviente, activo, entonces hay que dar también esa actividad. La actividad humana la rige la voluntad. Dar la voluntad de una vez, y con ella dar la actividad que ella gobierna, eso es devoción.

La Consagración es una devoción. Ser devoto del Corazón de Jesús —en el sentido que llena la capacidad de la palabra— es lo mismo que estar consagrado, en el sentido que excluye todo lo profano.

La perfección de esa Consagración y de esa devoción a Cristo, por amor de su Amor, por amor generoso y fuerte, es la santidad cristiana.

Pero estar consagrado no significa haber realizado, en toda su amplitud, esa consagración. Significa más bien una «dirección de la vida», una «tendencia hacia Cristo», por su amor.

No basta una veleidad —desearía, quisiera amar y servir sólo a Dios—; pero no es necesario para que uno se diga consagrado, una pureza tal de afectos que excluya toda mancha. Eso, para la otra vida se queda.

También se empolva, también se empaña el Cáliz y hay que limpiarlo; y no se pierde por eso su Consagración. El que diligentemente purifica su cáliz y cuida de que cada día lo llene la Sangre de Cristo, lo guarda consagrado.

El que lo deja manchar, ni se cuida de celebrar, en peligro está que un pecado mortal se lo profane.

Tenerle devoción, es vivir en lo hondo de la intimidad de

> Cristo. Abrazarme con El y hundirme en su oprobio, su cruz y sus espinas, para unirme con El, queriendo más dolores con Cristo dolorido, que bienestar.»

Lo que él recomendaba a otros, eso es lo que él mismo ponía como fundamento de su vida espiritual: la Consagración, tantas veces ofrecida a lo largo de sus estudios, de su Sacerdocio, de su campaña en la Legión. Consagración renovada en ocasiones solemnes, y de la que luego provenía su trato con Jesucristo, su apostolado, su ansia de reparación por los pecados.

6. SU VIDA CON EL.

Su interior iba centrado en el amor de Jesucristo, tierno y vigoroso. Sin detenerse, con el rápido pasar de sus breves años, se iba aumentando, adentrando, su unión vivida con El. El fruto de perfección que lleva consigo esta devoción, quedó comprobado una vez más en Huidobro.

Durante los Ejercicios del año 32, y más tarde, en las Navidades, escribe:

> «Institución del Santísimo Sacramento (1 Cor. 11). La Misa, la Comunión, el mirar a mi vida. El tener aquel tú sublime, íntimo, que sea mi vida, mi centro.
>
> Tengo que amarle a El sólo. No amar nada sensible, es el fin y el problema que tengo que resolver. ¿Cómo? Con aumento del amor al Sagrado Corazón. Deshacer esta vida, en que todo gira alrededor mío, y empezar a vivir aquella otra alrededor de Jesús y para Jesús, llenándome de El por todas partes. De suerte que sea la tentación despertador de su amor.»

Los afectos, el descanso en su pensar y en su obrar, estaban en el Corazón de Jesucristo.

El 20 de octubre del 32 —andaba algo enfermo por ese tiempo— escribe en su Diario:

> «Me hace falta el equilibrio, la serenidad. Cierto es que no la he de hallar en los clásicos, sino en Cristo. Pero es medio necesario la salud. Y para uno y otro, vivir sin cuidados.

Cuidar de Cristo sólo, de conocerle a El y de estar con El.

Conformidad con la Cruz, y nada turba. Modestia y saboreo de la vida interior; oído atento al Poema largo de amor que resuena en el alma con angélicos conceptos; y lo de fuera, es sombra.

Rumiar despacio con el pensamiento mis ideas, sobre la síntesis del cristianismo en el Corazón de Jesús.»

Durante los Ejercicios, dos años más tarde, 1934, medita las Apariciones de Jesús resucitado a la Magdalena y los Apóstoles:

«Necesito el trato personal, íntimo, con Jesús. Para vivir tranquilo y sentir su providencia personal y el cuidado especial de su Corazón por mí. Por un racionalismo semejante al de Santo Tomás Apóstol, he caído en incredulidad, sobre este cuidado personal de mí y remedio de mis yerros, por el Sagrado Corazón. Dogmáticamente, sólo en general el 'todas las cosas ayudan al bien para los que aman a Dios'. Pero cabe preguntar: ¿también los yerros que, al menos *in causa*, fueron culpables?

Y a esto, sólo sintiendo al Sagrado Corazón, se puede responder: El va conmigo, derramando altísimas bendiciones a mi paso, en tantas almas.

¿Que yo he sido poco atento y cariñoso? El lo remediará, pues, en parte al menos, fue por atender a las almas.

Aquí me habló muy cerca y callado; me hizo meter mi mano en su Corazón por la Llaga. Trabajaré, no Le negaré nada; buscando ese trato íntimo, personal, encerrado en la confesión de fe con que me entrego a El, a no conocer sino a El, a no amar sino a El: 'Señor mío y Dios mío'.»

En este ambiente ve la Consagración personal, hecha por él tras larga preparación, y tantas veces repetida; añade unas cuantas frases, que son un estimularse a llevar su propia vida cada vez más unida a la de Jesucristo:

«'Si alguno quiere venir en pos de Mí (¡quiero, Señor, llévame!), niéguese a sí mismo (desnudarse de querer y pretender, pobreza espiritual y actual), tome su cruz (amar el dolor y la humillación, y buscarlos), y sígueme (conmigo y como

Yo...).'

Sacerdote del Sagrado Corazón; con su pureza y santidad y su interior inmolación, negándose a todo.

Olvidarme de mí y aborrecerme, pecador, para amar al Sagrado Corazón y a mis hermanos; y en ellos pensar.

Renovar mi Consagración, para, olvidado de mí y deshecho el hombre viejo, transformarme en Cristo, viviendo solamente a El, en El y por El. Cuida tú de Mí y de mis cosas, que Yo cuidaré de ti y de las tuyas, me dice, sacándome de mí y llevándome al apostolado.

Soy llamado para gran apóstol del Sagrado Corazón. Sólo lo seré 'Si granum frumenti mortuum fuerit...' (si el grano de trigo muere). Y habrá gran fruto.»

Todos sus escritos los cierra una brevísima Consagración, pero completa y base de todas las demás fórmulas que, unas y otras veces, iba empleando. Es la misma, con ligerísimas variantes, que él entregó al conteólogo, que salía para celebrar su Primera Misa. Se ve que consideró él esta Consagración como la fundamental. Por eso la firmó en su cuaderno con frase litúrgica:

«Sic placet, sic iuvat, et mori in Societate Iesu. —Postridie Nonas Octobris, anno Domini 1931. —Fernando Huidobro.»

Perseveró en esta complacencia de haberse entregado al Corazón de Jesús. Y escrita la llevó consigo. Y, sobre todo, la llevó cumplida, cuando el grano de trigo cayó y quedó deshecho en la Cuesta de las Perdices.

Gran modelo es Fernando Huidobro en la práctica de la Devoción al Corazón de Jesús. Y sin duda, gran intercesor en el Cielo para este apostolado.

CAPÍTULO IX

HACIA LA JUVENTUD

1. Ambiente juvenil. 2. Con los obreros de Aranjuez. 3. Visita a antiguos Congregantes. 4. La juventud alemana. 5. Escritos sobre los jóvenes.

1. AMBIENTE JUVENIL.

El trato de Fernando Huidobro era universal. Quien haya conocido su carácter no podrá ponerlo en duda. Se encontraba gustoso con toda clase de personas: con niños y con legionarios; con pobres y con gente rica; con sus compañeros religiosos y con incrédulos; con ancianos enfermos y con jóvenes. Pero sobre todo con estos últimos.

Sus preferencias —no era ningún secreto ni él lo intentaba ocultar— iban dirigidas a los jóvenes, cultos o ignorantes, quienes fuesen. Se inclinaba en todo caso a esos años en que aún no se ha definido fijamente la dirección del hombre en la vida, y se halla en la encrucijada. A Huidobro le gustaba encauzar, hacer ver el ideal, mostrar caminos.

Luego de haber dado Ejercicios a unos jóvenes el año 35 en Madrid, escribe una carta llena de franqueza y alegría a su hermano Ignacio:

> «Allí me desenvolví más holgadamente, y Dios quiso bendecir muy generosamente mi trabajo. Me parece que la inclinación que tengo hace tiempo, a trabajar por la juventud, no estaba del todo descaminada, pues les entiendo y me entienden.»

Y esto mismo le acontecía siempre que trataba con muchachos.

No puede menos de representársenos la amable figura del

Padre Hiudobro circundada por una especial aureola de juventud. No tan solo porque, dentro de una edad juvenil, realizó toda la intensa labor que Dios le había encomendado en su vida. Es que además tuvo espíritu que irradiaba entusiasmo, generosidad, empresas alentadoras; y así permaneció año tras año, inalterable, en el vigor de su espíritu, sin jamás marchitarse con el contagio del desaliento que a tantos otros, y demasiado pronto, tantas veces, empieza a amargar, inundándoles de pesimismo, aun dentro de los años jóvenes. Para Fernando Huidobro no existió día de desánimo.

Los jóvenes constituían su ideal soñado, como futuro campo de apostolado. Se sentía él joven en años, y sobre todo en espíritu; y entre ellos se encontraba centrado.

Hasta en los duros meses, que le habían de llegar al final de su vida, perseveraron en él las mismas inclinaciones; y así en sus Legionarios admiraba, más que otra cosa, el espíritu de ardiente coraje y juventud. Y el tener que apartarse, según él pensaba, del trabajar con los jóvenes, era lo que le convertía en más amargo su futuro destino, como Profesor de Filosofía.

En un descanso, durante la campaña, iba un día con otro Padre, en Toledo, por la calle. Un grupo de chicos, atraídos por el uniforme legionario, corren a él. Al capellán todo el rostro se le iluminó de alegría: ¡Cómo me gusta verlos, después de tanto tiempo que estoy en el Ejército!... ¡Qué impresión más agradable de inocencia...! Y les daba a besar el Crucifijo.

Tan grande era esta su ilusión de dedicarse más tarde al apostolado con las juventudes, que a un compañero suyo, que le hablaba de ser éste el ministerio en que, como Sacerdote, se ocupaba, le contestó desde Valkenburg:

> «En lo de trabajar con los jóvenes, no me alegro; porque le envidio; y la envidia no deja lugar a la alegría, como Vd. sabe.»

Dios ha querido eternizar esta juventud del Padre Huidobro. A él le concedió la perenne lozanía del Cielo. Y ha hecho que su recuerdo vaya en nosotros inseparablemente unido a una existencia que, en heroísmos y simpatía, se llenó en pocos años.

Vamos ahora a verle en alguna de las pocas apostólicas actuaciones, que tuvo en su corta vida, con niños y jóvenes, logrando

triunfos, derramando bienestar y cariño; alegre entre ellos y, esto es lo primordial, acercándoles a Dios.

2. CON LOS OBREROS DE ARANJUEZ.

Fue en Aranjuez donde, por vez primera, se puso en entera comunicación con los jóvenes. Y los halló, como él los prefería: jóvenes y obreros al mismo tiempo. Es verdad que no todos los trabajadores, en medio de los cuales iba a vivir, eran unos muchachos; no, los había, en buen número, entrados en años. Pero la mayoría, sí. Con éstos y aun con sus meros ayudantes, que eran casi unos niños, iba a hallarse dos años como en familia.

Al terminar el H. Huidobro brillantemente sus estudios filosóficos en Granada, fue designado por los Superiores como Profesor de Letras de los estudiantes jesuitas. Recuerdo ahora, con la dulce añoranza de aquel curso feliz, su entrada en la Ciudad del Tajo: era el verano del 27. El Director de estudios, Padre Felipe Rodríguez y yo, únicos profesores ese año, fuimos a recogerle a la estación, en la vieja tartanilla del Noviciado. Apenas nos pusimos en camino hacia la casa, ya nos manifestó su alegría por aquel destino, en un centro de formación religiosa; y su agradecimiento al saber que les habíamos rogado a los Superiores nos lo diesen de comprofesor. Aquella alegría y aquel entusiasmo no disminuyeron durante los dos años de permanencia en Aranjuez.

Se estaba construyendo el edificio del Colegio-Noviciado. Todos, pero especialmente los Padres y Profesores, tenían ocasión de encontrarse y de tratar con los 130 a 150 obreros, que acudían diariamente al trabajo, y que con su actividad, sus voces y sus cantos, llenaban la casa. Los de fuera y los de dentro casi formaban una sola familia. Y la caridad de los de dentro y el buen comportamiento de los de fuera, fue uniendo poco a poco a todos en sincerísimo cariño.

En este ambiente conoció al joven obrero el H. Huidobro. Púsose su alma en contacto íntimo con el alma de ellos. Y como el obrero, si es que no tiene el corazón estragado, suele ser extremadamente apto para la generosidad y el sacrificio —que pocas cosas educan como el trabajo—, Fernando Huidobro apenas los conoció,

se sintió totalmente atraído hacia ellos. Podríamos aplicarle lo que el Evangelio nos cuenta de Jesucristo, cuando se encontró, frente a frente, con el joven bueno que le buscaba: «apenas lo miró a fondo, lo amó».

Todos los sábados, la última media hora de trabajo se les conmutaba por la asistencia voluntaria —ni uno solo jamás faltó— a la explicación del Catecismo; a la Conferencia, como ellos gustaban decir. Se les dividía según su edad, en tres grupos; y allí mismo, entre los andamios, sentados sobre paredes truncadas o sobre sacos de arena, escuchaban la instrucción religiosa. El H. Huidobro tuvo a su cargo, durante los dos años, uno de estos grupos; el de los más jóvenes, de ordinario. Le oían con verdadera avidez. ¡Qué explicaciones las suyas, tan amenas! Para estas fechas, era ya catequista veterano.

Los obreros, los jóvenes y los más mayores —salvo contadísimas excepciones, que solo por la energía de Enrique, el maestro de obras, soportaban los otros— pertenecían a la Casa del Pueblo. Allí estaban —en la obra del Noviciado de jesuitas— el Presidente, el Secretario, todo lo más significativo del socialismo ribereño. Y la Casa del Pueblo, aun cuando nadie directamente la combatiese, llegó un día a cerrarse, por inanición, por falta de ambiente para vivir. Las obras del Colegio la cerraron cuando la ignorancia religiosa, y las prevenciones de clase, y las calumnias contra la Iglesia fueron desapareciendo. ¡Cómo gozaba el Padre Huidobro esperanzado!

> «Hemos de ver —nos repetía— en esa Casa del Pueblo, establecido un Centro Católico y aun consagrado al Corazón de Jesús...»

Llegaron a celebrarse fiestas, que maravillaron a cuantos habían conocido al Aranjuez irreligioso. Así las resumía más tarde el mismo Padre Huidobro.

> «Año 1928. El Domingo de la Santísima Trinidad cumplieron con Pascua todos los obreros de casa, sin más que alguna rarísima excepción. Fue un día de alegría para todos. Daba gusto ver a aquellos hombres tan barbados, hechos unos chiquillos, pidiendo estampas, crucifijos, etc.,
>
> El día de la Purísima, para celebrar la feliz terminación

del tejado, se celebró una doble fiesta: por la mañana, Comunión en acción de gracias por los beneficios recibidos durante la obra.

¡Qué consuelo ver en nuestra Capilla más de cien obreros tan recogidos, rezando todos juntos en voz alta, llorando alguno!

A mediodía comieron en el campo.

Por la tarde algunos dieron un paseo en uno de los dos camiones de la obra, con el Padre Rodríguez y el Padre Huidobro, los dos profesores en aquel año. Allí iban los principales, los más viejos. Y fueron cantando cánticos piadosos dirigidos por el maestro de obras.

Algunos decían: 'Yo no tengo miedo a morir. ¿Cuándo mejor? Como hemos confesado, iríamos al Cielo.' Otro, de los más fieles: 'Padre, esta obra no se debía acabar nunca.'»

Por las tardes, en sus descansos, entre estudios y clases, aprovechaba siempre algún rato para irse con los obreros, para hablarles, para interesarse por sus cosas. No era raro verle —todo manchado de polvo— sentado en un andamio, entre dos pertenecientes a la Congregación formada con los pequeños, pulimentando con piedra unos ladrillos. O bien —cuando en alguna ocasión se les señalaba tarea a destajo— unir su propio trabajo al de ellos para aumentar, a costa de su propio cansancio y sudor, la paga del sábado a sus obreros. Cuando en público o en privado les hablaba, lo hacía siempre con tal cariño, que bien se le descubría la inclinación.

Cariño, abnegación, sinceridad... pronto le ganaron el corazón y la familiaridad de aquellos obreros. Cuántas veces oíamos de una parte y otra, a lo largo de la obra, las francas voces de algunos obreros: « ¡Hermano Huidobro! ¡acuérdese del libro que me va a dar!», « ¡Hermano Huidobro!, cuidado no se caiga, que ese andamio está falso...» Entremezclábanse estas voces con las risas y voz metálica del afable Hermano Huidobro, que iba saludando a los obreros, mientras recorría las diferentes partes de la casa en obras.

La Congregación de obreros de San Luis, estaba dirigida por el Padre Felipe Rodríguez. El Hermano Huidobro, aparte de ayudarle eficazmente, formó él, por su cuenta, una «Cruzada Euca-

rística» con unos cuantos de los obreros más jóvenes. Intentaba especialmente fomentar —célula eucarística— la frecuencia de comuniones. Soy testigo de la fidelidad extraordinaria y abnegadísima, con que, en vísperas de fiestas o de primeros viernes de mes, iba recordando, cariñosamente, a cada uno la próxima Comunión.

Un año entero él les explicó también el Evangelio a todos, durante la Misa de los domingos.

El les visitaba si caían enfermos. Les animaba y aun adiestraba en el fútbol; allí mismo, en la finca del Colegio, se les preparó un buen campo, exclusivo para ellos. Les procuraba libros para entretenerse e instruirse. Los aranjuezanos —carácter sereno, dócil, enérgico, muy agradecidos a las muestras de cariño— respondieron plenamente.

Se llegaron a abrir, en una habitación frontera a la portería inferior, unas clases para obreros. De 7 a 9 de la noche: Catecismo, leer, escribir, aritmética... Primera base de las actuales magníficas Escuelas Profesionales para muchachos obreros, establecidas y dirigidas años más tarde por el Padre Heliodoro Fuentes. Las tomó con increíble entusiasmo. La fidelidad y gratitud de cuantos venían a esta escuelilla, le conmovían. Recuerdo que algunas noches, al salir del Colegio para bajar a las clases, llovía torrencialmente. « ¡No importa —me decía—. Vamos sin paraguas..., que ellos tampoco lo tienen». Y con espontánea alegría se lanzaba, a toda prisa hacia la escuela, sin luz ni paraguas, «porque así iban también los obreros».

En la primera carta, que el Padre Huidobro me escribió al salir de Aranjuez, me decía recordando —añorando mejor—, el año en que convivimos: «Aquel año en Aranjuez, del bendito Aranjuez, no lo puedo olvidar...»

El Padre Huidobro quería, con la sinceridad toda de su afecto, a estos obreros, y conservó siempre gratísima memoria de aquellos dos años. Los hechos que más le habían atraído la atención en este tiempo, los describió él mismo algún tiempo más tarde. Así, entre otros, una procesión a la que, caso inaudito en Aranjuez, habían asistido los hombres:

> «Día del Sagrado Corazón. Aquí apenas si solía ir media docena de hombres en las procesiones. Se nos ocurrió llevar a los obreros a la del Sagrado Corazón. Parecía imposible,

pues hay aquí un respeto humano increíble.

Había que lanzarse. Se preparó el terreno: se les propuso a ellos. Estaban un poco reacios, aunque no se negaron. Entre tanto, con los muchachos Congregantes de San Luis y San Estanislao, ensayamos los cantos populares más vibrantes al Sagrado Corazón.

Llegó el día. ¡Gloria al Sagrado Corazón de Jesús! El triunfo fue completo.

Delante, centenares de niños y niñas de escuelas y colegios. Las filas largas de las mujeres del Apostolado. Luego, en apretada formación de cuatro en fondo, Estanislaos y Luises, con sus juntas, cantando sin cesar hasta quedar roncos, y vitoreando a Cristo Rey, al Corazón de Jesús, a España Católica, a las Congregaciones Marianas.

Y en fin, rodeando el camión de casa —que, engalanado con flores, llevaba la imagen del Sagrado Corazón— los obreros: al principio tímidos, luego cuando empezamos a dar vivas —que ellos contestaban con sus robustas voces— triunfantes y gozosos, imponiéndose y haciéndose respetar de todo el mundo. Con una alegría que, bien se conocía, no podía venir, sino del que obra secretamente en los corazones.

Y entre tanto, todo el pueblo, agolpado en las calles, se edificaba y admiraba con el espectáculo nuevo.»

Se les preparaba e invitaba a todos para cumplir el precepto de la Comunión anual; casi todos lo hicieron con gran edificación del pueblo. Una vez que se dio el Viático a un compañero enfermo, acompañaron al Señor por las calles de Aranjuez, más de sesenta, con sus blusas de trabajo.

El Padre Huidobro rebosaba de gozo: el obrero ribereño entraba en la Iglesia. Los que habían sido testigos, dos años antes, del Aranjuez apartado de Dios, se maravillaban. Antes, no era raro, al preguntar por las calles o en el trabajo, a un joven, «pero al menos, dime, ¿cuántos dioses hay?, escuchar la respuesta, fría como un puñal, tanto más fría, cuanto por desgracia más verdadera: «Padre, lo sabía, pero ya se me olvidó...» Este olvido era más desolador que una acerada blasfemia.

Para el trato amigable y lleno de celo y cariño, buen maestro tuvo allí el Hermano Huidobro en el Padre Felipe Rodríguez, que se desvivía por los obreros todos, con tal abnegación y buen deseo, que a todos, sin excepción, se los había ganado. Soy de esto muy cercano testigo, y es justo dar de ello testimonio.

No faltaba, en este medio, algún que otro hecho impresionante, que daba ocasión para un especial ejercicio de celo. Así una vez, uno de los obreros más jóvenes encontró una pequeña imagen —una placa— del Corazón de Jesús; la puso en el suelo y la golpeó con un pico de trabajar. La rompió, como es natural. El Hermano Huidobro, al enterarse, fue a hablarle en particular al pequeño iconoclasta y consiguió que el mismo obrerillo, arrepentido, diera pública satisfacción al Corazón de Jesús, delante de sus mismos compañeros.

No olvidemos que todos estos trabajos con la juventud obrera eran suplementarios, «de adorno». Que Huidobro tenía, entre tanto, que preparar y dar clases en el Colegio; y las preparaba como él todo lo hacía: a conciencia.

Una velada pública, a la que asistieron centenares de personas del pueblo, preparó el Hermano Huidobro con los muchachos más jóvenes de la obra. Versó sobre los mártires mexicanos y los niños mártires, Justo y Pastor. Se tuvo el día de Navidad. Entusiasmó a los actores. Entusiasmó al público. Entusiasmó también al Hermano, por la docilidad y buen corazón de los suyos. Aumentóse con todo esto su unión con los jóvenes de Aranjuez, que era una de sus principales intenciones; pero fueron 15 días que precedieron, de incesantes ensayos, de quitar tiempo al sueño para prepararles composiciones y trajes, de no tener un momento de descanso, porque todo el tiempo libre se lo llevaba el bajar, a todo correr, al salón de conferencias, que estaba a la altura del campo de fútbol; el ensayar 20 veces con cada uno, para que aquellos obrerillos quedasen con buen nombre de artistas, ¡su ilusión!, delante de un público, que les veía en escena por primera vez. En toda esta temporada, no nos era posible conversar con el Hermano Huidobro de otra cosa, que del acto literario de sus obreros.

3. VISITA A ANTIGUOS CONGREGANTES.

Este su apostolado entre los jóvenes del pueblo de Aranjuez, penetró muy en el alma de aquellos buenos muchachos. Ocasión muy grata tuvo el Padre Huidobro de comprobarlo por sí mismo, años más tarde. La cosa fue así.

En abril de 1935 salía en el tren de Madrid en dirección a Aranjuez, el Padre Huidobro, ya cinco años ausente. Eran tiempos muy aciagos para la Religión. En aquel pueblo, la irreligiosidad reinante durante la República roja, había hecho estragos. El Padre Huidobro, ya Sacerdote, había encontrado un día libre durante sus trabajos cuaresmales, y quiso visitar a sus antiguos amigos. ¿Qué habría sido de ellos? Solamente habían mediado unos pocos años; pero, ¡cuántos acontecimientos dolorosos! Porque el cese de la construcción del Colegio, el auge de la Casa del Pueblo, apenas caída la dictadura, y la expulsión de los jesuitas ¡aventaron —demasiado pronto y lejos— las semillas, colocadas con tanto amor y cuidado en aquel abandonado campo!

Con su presencia, esperaba el Padre Huidobro animar el grupo de los siempre fieles, heroicos al arreciar la lucha. Y confiaba también Huidobro lograr atraer a algunos que andaban descarriados, más por cobardía, que por abandono de sus ideas cristianas. Mientras viajaba en el tren, iba ilusionado, en que su cariño a los obreros, y el cariño de los obreros de Aranjuez a él, triunfaría una vez más.

No se equivocó. Gozoso escribió días más tarde a su hermano:

> «El martes 15 de abril por la tarde, hice una escapada a Aranjuez, a dar una *Conferencia* (¡) sobre Acción Católica, en el Círculo de los «Luises». Presidieron el Comandante militar y el Alcalde. ¡Bravo por nuestros Congregantes! Amor a la Compañía, como no he conocido nunca. Me esperaron en la estación —Chacón, Benito Arana y Juanito Marañón— y me acompañaron al Círculo; estuvimos allí charlando después de la Conferencia.
>
> Luego fui a cenar a casa de Arana. Una cena inolvidable: un banquete con espárragos y ternera y entremeses. Pe-

ro plato del día y salsa de todo, una caridad y una delicadeza, que sólo cabe en los que lleva el Espíritu Santo.

Y a casa de Arana fueron acudiendo otra vez los Congregantes. Y de allí me acompañaron a San Pascual, donde pernocté. Y no me querían dejar dormir. Hasta que la noche iba ya mediada.

Entre ellos los hay que no me habían conocido. Luego es amor a la Compañía, no a la persona. Y los mismos extremos, y mayores, han hecho con el Padre Díez, que estuvo allí enfermo, y le velaban por la noche, quedándose a dormir sobre las esteras del suelo.

A la mañana siguiente vinieron bastantes a mi Misa; y siguieron conmigo hasta que arrancó el tren.»

Completa la narración de esta carta, uno de los jóvenes allí presentes. Es mirar la misma escena desde dos puntos de vista distintos:

«Nos tenía ganados por completo a todos. El éxito fue grandioso. Muchos de los chicos obreros que, al terminar la obra de Casa, se habían alejado de la Iglesia, y habían reingresado en la Casa del Pueblo, volvieron aquel día al P. Huidobro, como otros tantos hijos pródigos.

Parece que le estoy viendo al Padre en aquella tarde gloriosa. Mientras estaba charlando con los congregantes, venía uno: ¡Padre, ahí está *el Chori*, que quiere verle!' El Padre contestaba gozoso: '¡Que venga *el Chori*!' Entraba. El Padre le acogía con aquella afabilidad de apóstol tan suya y le daba un abrazo: Ya lo había ganado. Y así otros muchos.

Durante la Conferencia tuvo un lleno. Los chicos no le dejaron parar aquel día.

Estudiaron con él, en la Hospedería del Convento de San Pascual, hasta las once y media de la noche, y no más, porque le quedaba todavía una parte del Breviario por rezar.

Fue un día de desahogo para los chicos. Lo de la Conferencia —me dijo el mismo Padre— había sido un pretexto. El principal fin era visitar a aquellos antiguos congregantes, que tan bien habían conservado el fervor infundido durante la

> obra del Colegio, y reanimarles en sus trabajos y en su acción apostólica.
>
> Y ¡cuántos mártires habrán salido, últimamente, de aquel puñado de jóvenes valientes! »

Los mártires que de aquel grupo fiel hubo en los comienzos de la Revolución, no los llegó a saber el autor de esta carta, sino mucho más tarde, y el Padre Huidobro los ignoró, hasta encontrarse con ellos en el Cielo.

Al frente de todos ellos, Fernando Arana Vidal, celosísimo apóstol entonces; desde su fundación, Prefecto de la Congregación Mariana; mártir al año siguiente de la visita del Padre Huidobro, ¡y qué martirio más sádico, más refinado; y de parte de él, más nobilísimo! ([2]). Antes de dar este último testimonio de su sangre, había dado ya, por largos años, el testimonio, no menos glorioso, de su vida intachable, de su valor religioso, de su entusiasmo en defensa de la fe y de la castidad, y de su amor a su Patrona la Inmaculada. ¡Cuánto le admiraba y le quería el Padre Huidobro! ¡Gloria al joven Fernando Arana, héroe de Cristo, en Aranjuez!

El Padre Huidobro no nos da más pormenores de esta fructuosa tarde pasada en aquella ciudad con los jóvenes obreros.

La inclinación por el Apostolado con Jóvenes fue de siempre. Entre ellos encontraba con júbilo los ojos más abiertos y más ávidos:

> «Edad —decía él en unos Ejercicios— de las grandes resoluciones. La juventud es un tiempo de fuerza y de decisiones. Necesitamos héroes. España y la Iglesia los necesitan. Es tiempo de lanzarse.»

4. LA JUVENTUD ALEMANA.

Terminados los tres años de magisterio, el Padre Huidobro

---

[2] De la Checa de Porlier, donde, repetidas veces, fue apaleado y herido, se lo llevaron a Aranjuez para entre los suyos bárbaramente martirizarlo.

había vivido muy breve tiempo en Oña, donde inició sus estudios de Teología, inmediata preparación al Sacerdocio. Y más tarde en Bélgica, Holanda y Alemania.

Con los sentimientos, que abundaban en el corazón del Padre Huidobro, de predilección por la juventud, se entiende lo espontáneas y generosas que habían de brotar de su pluma frases como éstas, escritas desde Valkenburg, en enero del 33, al poco de su salida de la sufrida y católica España:

> «Aquí vivo en uno de los países mejores del mundo en punto a catolicismo. Da gusto ver, en los pueblos de por aquí, cómo está la Iglesia. No digo los domingos, sino los jueves, que se celebran en honor de la Eucaristía, llena de obreros y de niños y jóvenes —sin ningún predominio de mujeres— que van a comulgar. Y ver rapaces de ocho años, rezando tan serios el Rosario. Y lo bueno es que esta piedad es general.»

Se refería a Holanda. Pero eran también los tiempos en que el Nacional-socialismo alemán movilizaba las grandes concentraciones y manifestaciones colosales de las juventudes hitlerianas. E impedida toda otra asociación dentro de aquel Estado paganizado, se arrastraba a los jóvenes, infundiéndoles la soberbia de raza y el desprecio hacia todo cuanto fuera cristianismo.

> «En nuestro Colegio de St. Blasien, en la Selva Negra —escribió por este tiempo el P. Huidobro desde Alemania—, tuvo que fundarse entre los alumnos la Juventud Hitleriana. Casi todos los colegiales pertenecen a ella. El militarismo prusiano de esta organización da a este centro de enseñanza un ambiente curioso. Por todas partes se ven uniformes, se oyen voces de mando y el pisar acompasado de las filas de jóvenes, en formación correctísima. Dos días a la semana dedícanse casi enteros a instrucción militar, ejercicios gimnásticos y formación política. A pesar de esta situación extraña, los muchachos quieren a los Padres, tienen buen espíritu y están contentos con nosotros, gracias, sobre todo, al tacto del P. Prefecto, que ha sabido crear ambiente de familia con una libertad razonable. Pero el Gobierno tiende a acabar con la enseñanza libre.

> La persecución religiosa sigue de manera calculada y sistemática. Se buscan capítulos de acusación contra clérigos y frailes. Se da gran publicidad a cada caso. La finalidad de esta ofensiva es debilitar el influjo de la Iglesia, para apretar más las filas nacionalistas, borrando diferencias. La única religión, o al menos, lo primero y lo último para el pueblo, debe ser 'honra y sangre', es decir: raza alemana pura, y soberbia, hasta el desprecio de todos los mestizos que andamos por el mundo.
>
> Berlín es la ciudad donde el fervor y la firmeza de los católicos más resplandece.»

Huidobro percibió este ambiente y presenció los grandes desfiles de jóvenes que se iban imbuyendo de ideas al margen y aun en contra de Jesucristo. Y sentía que todo su ser se conmovía, y pensaba en la Iglesia y en España. Mientras que con toda la aplicación se dedicaba a sus estudios —primeramente de Teología y más tarde filosóficos—, no dejaba de volver los ojos, llenos de deseo y aun de visible añoranza, hacia los trabajos más inmediatamente apostólicos, y sobre todo hacia su gran aspiración, la juventud. «Allí —es frase suya— donde la vida es más libre; donde los ojos, más claros, y las ataduras, menos fuertes.» La juventud no dirige los Estados, pero sí los conmueve y les marca el rumbo. Los mayores son los que logran infundir sus mentalidades en la masa juvenil; pero son éstos los que muchísimo influyen —decisivamente, a veces— en la marcha de los acontecimientos.

Razona el Padre Huidobro, en unos apuntes, uno de los motivos por los que él confía tanto y más en las juventudes:

> «La voluntad de los mayores, hecha ya a calamidades y acostumbrada a doblarse muchas veces a la contrariedad; quizá fracasada en alguna empresa, en que puso el norte de su vida, se rinde con facilidad a la idea de decadencia, de ocaso de un pueblo.
>
> El joven, psicológicamente, no puede rendirse, o es un anormal.
>
> Quien siente pujar en su interior una vida vigorosa, y ve por delante una larga carrera de años, se yergue ante la calamidad, se levanta después de la caída, se rebela y busca

un ideal, y ofrece una fuerza para crear algo.

Lleva en sí una potencia que actuar; y si mira hacia el horizonte de la vida, no puede conformarse con verlo todo vacío, y pasarlo sin hacer nada.

Por otra parte, tiene una voluntad, a la que los golpes de la vida no han vuelto tan del todo hacia el Yo, como tal vez sucede en otras edades egoístas. Siente más el bien colectivo; y su rectitud intuitiva se indigna más ante lo que tiene por injusto, porque no está desgastado de ver muchos años la injusticia de cada día.

A esto se añade que la impresión de las gestas de los antiguos, con su nimbo de oro, es más reciente en su sensibilidad nueva, para que el patriotismo arda en él con más viveza. Así brota el ansia generosa, rebelde, contra la decadencia y la ruina.»

Ya para estas fechas, los Superiores le habían aprobado, con inmenso consuelo del Padre, que, durante el Profesorado, pudiese, más tarde, simultanear con las clases estos otros ministerios, por los que tan intensa inclinación sentía.

«Ahora —escribe desde Holanda a su madre— hay peligro de que en Alemania disuelvan las organizaciones católicas, y me convenía visitar algunas. El sábado estuve en Godesberg, una ciudad junto al Rin, en el sitio más romántico de Alemania, donde tenemos un Colegio.

Los Nacionalsocialistas alemanes quieren que todo lo haga el Estado —que son ellos—, y molestan, todo lo que pueden, a todas las organizaciones católicas. Por aquellos días habían quemado, por la noche, en el jardín de nuestro Colegio de Godesberg, una Caseta de la Juventud católica, y llenado la fachada del Colegio de letreros enormes —las letras, de más de un metro de grandes— contra los jesuitas.»

Los frecuentes desfiles de la juventud alemana por las calles de la ciudad le hacían pensar constantemente y entusiasmarse con la futura juventud española. Pero pocas veces le impresionó, tan profundamente, la vista de una concentración de jóvenes alemanes, como durante el verano del 34, en Berlín. Esta vez —cosa ex-

cepcional— no pertenecían al partido hitleriano. A todos les decía luego que nunca había visto una cosa tan grandiosa.

En uno de los últimos domingos de junio, se tuvo la Asamblea anual de los católicos berlineses: en ese año, como se iba a realizar la Consagración de la Diócesis al Corazón de Jesús, la solemnidad era extraordinaria. Se tuvo el acto en el Hipódromo, que presentaba aspecto magnífico, con unos 60.000 concurrentes. Comulgaron más de 10.000 personas, en la Misa de Pontifical, en la que predicó el Obispo de Berlín. Era impresionante el escuchar a toda aquella inmensa multitud, que iba repitiendo las frases de la Consagración. Después de comer hubo bendición, discurso de un Profesor y luego desfile de todas las juventudes ante el señor Obispo. ¡Espectáculo soberbio! Todas las juventudes, de chicos y chicas, uniformadas y hasta casi militarizadas; con riqueza admirable de banderas de los colores más variados; con músicas, y todos cantando cánticos admirablemente ensayados. Desfilaron formados, con banderas desplegadas. Unos tocaban trompetas y tambores; otros, distintos instrumentos: bandurrias, guitarras, timbales. Realizóse este acto en medio de extraordinario entusiasmo. Asombrado quedó el Padre Huidobro de tantos y tan fervorosos jóvenes católicos, en la protestante Berlín.

Hizo entonces lo que solía hacer cuando algo le impresionaba: escribir. Porque era muy aficionado a trasladar al papel, de inmediato, sus propias impresiones. Mas esta vez, no tanto acerca de lo que acababa de presenciar, como acerca de su reflejo en la juventud española.

Se encuentran multitud de esos apuntes sueltos, escritos por él en un cuaderno, en el primer papel que encontraba a mano. Su espíritu comunicativo, si no tenía al lado alguien con quien compartir lo que entonces mismo acababa de impresionarle, se desahogaba escribiendo. Unas veces era un probable artículo; otras, simplemente un conservar, para futura ocasión, lo que más adelante pudiera serle útil. O el juicio literario o religioso de algún autor. Esto hizo a propósito de las juventudes berlinesas.

Y mirando el inmenso esfuerzo del Nazismo por apoderarse, a marchas forzadas, de la juventud, lo compara con el desaliento de muchos en España.

Otro día —esto ocurrió en Friburgo—, notablemente afectado

al ver reunidos a todos los estudiantes de la Universidad para celebrar la inauguración del curso, volvió a casa y escribió unas cuartillas describiendo el acto y haciendo una aplicación a la juventud española. ¡Cuánto esfuerzo del Nazismo por ganarse a la juventud, y cuánta pasividad de muchos, dentro de ese mismo campo, en España! Aquel día sí tuvo el modo de comunicarse con otro. Fue en seguida al cuarto de su condiscípulo, el P. Prieto, y le leyó aquel escrito: expansión llena de entusiasmo y de esperanzas. Faltaba poco más de medio año para que, en España, se lanzase la juventud, heroicamente, a la gran obra de salvar a la Patria.

Solamente algún párrafo:

> «Apertura del curso: Un profesor me dice: 'Esto era antes muy distinto: venían todas las corporaciones estudiantiles con sus banderas y sus uniformes. Ahora toda la variedad ha desaparecido. ¡Muy aburrido, muy aburrido! ¡Qué sosería!.'
>
> Un grupo de la Estudiantina nacional-socialista proletaria, uniformado de negro, calzón bombacho y negras polainas. En apostura militar, con sus camisas pardas. El discurso del Rector y el del Führer de la Estudiantina tienden a acentuar la importancia de la unidad. El Rector procura consolar a los amigos de la tradición, por la desaparición de las corporaciones. El joven jefe de la Estudiantina grita en tono de combate y jura que ha de haber unidad, pese a quien pese. Y hay un momento que da la impresión de unidad, cuando, los brazos extendidos e hinchados los pechos, resuena el avasallador ‘Deutschland über alles!’ (El Himno: Por encima de todo, ¡Alemania!)
>
> Aquí se concentra ahora todo el esfuerzo nacional-socialista: la lucha por la Juventud. Hace pocos días lo decía Goebbels, por centésima vez: 'a los hombres de cierta edad hay que dejarlos con sus ideas: lo que nos importan son los jóvenes'. Y el aro de hierro se va estrechando poco a poco, con una coacción lenta, para meter a toda la juventud alemana en las filas de la Hitlerjugend.
>
> ¡Gran lección! ¡Mirada honda de hombre de acción! La juventud es lo que importa. Cosa, de puro evidente, abandonada, porque nos llegamos a cansar de lo que es demasiado evidente. ¿Hacemos en España los católicos lo que pide

esta hora de transición, en orden a ganar a la juventud? No respondamos a medias: 'Se hace lo que se puede'... Porque eso es capote de nuestra pereza. Los hombres que han hecho algo han creído todo lo contrario: que se puede lo que se quiere. Y se quiere, con firmeza y heroísmo, aquello que se tiene por incondicionalmente necesario.»

6. ESCRITOS SOBRE LOS JÓVENES.

Medio muy eficaz de conocer los ideales del Padre Huidobro respecto a la juventud es leer escritos suyos, principalmente los redactados cuando su ánimo se encuentra bajo la punzante impresión de las espectaculares manifestaciones de la juventud alemana. Son escritos de fecha incierta; pero, en todo caso, de unos pocos meses antes de iniciarse el Movimiento Nacional del 36.

Habla, ¡lo sentía de verdad!, de la importancia que tiene en toda nación la juventud, sobre todo en épocas en que todos ansían un mejoramiento radical.

> «Los que nacen —escribe el P. Huidobro— nos van echando de la escena. Van tomando, insensiblemente, el puesto que teníamos nosotros; hasta que un día nos encontremos con que no nos queda sitio más que en el cementerio.
>
> Estos niños serán mañana España; y si crecen tan mal o peor que las generaciones viejas, España dentro de unos años será peor que hoy. Y para quien siente el dolor de España, no hace falta ponderar más.
>
> Siempre es capital la formación de la juventud. Pero cuando una nación lleva una vida estable, parece que los hijos van siguiendo el carril que marcaron sus padres. Ahora se puede afirmar todo lo contrario. La continuidad se ha roto por la revolución.
>
> Y la juventud, hirviente de ideales y aspiraciones renovadoras, está ahí, ante una resolución trascendental, que decidirá no sólo el destino de cada uno de nuestros jóvenes, para tiempo y eternidad, sino el de muchas generaciones, tal vez siglos.

> Porque una revolución honda, si no da una forma estable al pueblo —las formas estables van siendo cada vez más raras, según el ritmo de la vida va siendo más acelerado—, al menos marca un rumbo y deja una estela larguísima. Los pueblos no tienen fuerza vital para hacer una revolución cada diez años. Una revolución, se entiende, como la que tenemos delante. Porque no se trata de la revolución menuda, a que juegan los políticos, sino esa otra, que está cambiando las raíces morales del pueblo, y que hará que un chico, dentro de diez años, no podrá concebir nuestra manera de ser de hace otros diez.»

Y mirando siempre a España, la hundida en el caos del 35, y viendo el innegable cambio que se había empezado a advertir, en no pequeño sector de nuestra juventud, instintivo movimiento de propia defensa al choque brutal de la antipatria, se alegraba y esperanzaba. Se respira en esta página acerada inquietud por lo presente, y a la vez vislumbres certeros de la Patria nueva que ya parece anunciarse:

> «Y no hay que pensar siquiera en detener, en su carrera, esa rueda disparada, porque esa revolución es europea, es mundial, sólo que entre nosotros lleva unos años de retraso.
>
> Es que entra una época nueva en la historia y se abre una edad. Nuestra juventud, en parte, lo ha comprendido. Los que empezamos a dejar de ser jóvenes, podemos ya constatar el cambio.
>
> Hace unos años, cuando empezábamos a serlo, era la juventud sin brío, la madurez prematura con los rasgos del cansancio y del desengaño; aquel muchacho de cara pálida, ojos apagados, cigarro en la boca y salivazos gargajosos, incapaz de todo esfuerzo que fuera más allá de beber café, jugar al billar o leer novelas de aventuras; o el otro cuyas aspiraciones, tempranamente maduras, se cifraban en un sueldito seguro y una vida de burguesillo egoísta.
>
> No que no hubiera excepciones y pequeños héroes aislados, y hasta algún conato de movimiento colectivo. Pero la postura general era rastrera. Ideales positivos, faltaban en

> general a blancos y a negros. ¡Qué poco de arranques generosos y qué burla para lo heroico! La grandeza estaba desterrada, con Don Quijote, en el país de los mentecatos. Era el signo fatal de la decadencia de un pueblo.
>
> Hoy, con toda la corrupción babilónica de la civilización del siglo XX, hay una fermentación en nuestra juventud, que abre horizontes a la esperanza: anhelos de grandeza patria, de saber sobre las grandes cuestiones, de renovación literaria, de no vivir de recuerdos de tiempos mejores; tendencia a la acción, al esfuerzo arduo, capaz de formar un pueblo nuevo.
>
> A todo lo que, a tuertas o a derechas, quiere ser alto y levantado, responde nuestra juventud con un rasgo de grandeza antigua, que alimenta la esperanza de que España dormía, pero no había muerto. Y siempre con un radicalismo y con una decisión absoluta, que sobre ser propia de jóvenes, es muy de españoles.»

El Padre Huidobro —tantas veces lo habremos ya echado de ver— propendía siempre al optimismo. Mucho más inclinado a buscar lo bueno en medio de lo malo, y a aprovecharlo, que no a desechar hasta lo bueno, simplemente porque se encuentra entremezclado con lo malo. Este era su método, y más especialmente en lo relacionado con los jóvenes, quienes, debido a su inexperiencia, es fácil admitan o sigan lo torcido; pero que, así lo pensaba él, también fácilmente lo reconocen y se enderezan. Por este su modo de juzgar, aplaudía en ellos cuanto fuera entusiasmo por algún noble ideal. «¡Paso al héroe!», exclamaba en unas notas dedicadas a los jóvenes de la nueva España, a raíz del 18 de julio.

Más le gustaba ser «constructivo» que vano crítico «negativo».

Cuanto más sombrío se presentaba el horizonte en España, más aumentaba su confianza de que entre las tinieblas muy pronto brotaría la luz. En ese último año, no todos veían el porvenir con tan serena clarividencia, ni menos aceptaban la renovación de España con las ansias revolucionarias de la juventud. Este fue su consuelo en los años de destierro: aun cuando España presentaba tan tristísimo aspecto, si los antiguos habían fracasado, los nuevos

la salvarían. Así lo escribió desde Friburgo:

> «Esa juventud tiene ante todo que salvar a España; y es deber urgentísimo, porque está enferma de muerte.»

Hace un rápido recuento de nuestras fuerzas: «lo son todas», dice con optimismo; pues en todas las agrupaciones juveniles de España se descubre el mismo impulso vital y esperanzador de resurgimiento. Fuerzas contrarias, puédense encauzar si hay quien se decida a encauzarlas. Su mira la tenía puesta en la generosidad insospechada, que ya empezaba a mostrarse en la juventud con el ímpetu de quien no aguanta más.

> «Fervor interior, activo y sacrificado, en las Juventudes Católicas de todas las clases sociales. Acometividad de caballeros con su honor en la Cruz de la espada de los Tradicionalistas. Organización vigorosa y vuelo de águilas imperiales en la JAP. Ímpetu patrio de esos falangistas, casi imberbes, que saben mirar cara a cara a la muerte. Y, ¿por qué no decirlo?, empeño hasta lo último por un ideal equivocado, pero concebido con grandeza y heroísmo muchas veces, en los jóvenes comunistas, una de las más ricas energías nacionales que urge conquistar.
>
> Pero esa fuerza que se hace sentir en la juventud, necesita dirección. Porque no es mero impulso biológico o fatal lo que da forma a la sociedad, sino que, al lado de esa fuerza instintiva, está la conciencia de que la razón alumbra; por no hablar de la que está encima y es causa primera: la dirección divina.
>
> Pero esa conciencia racional no es la de cada uno aisladamente, que, por sí, no es determinante de la sociedad, sino la conciencia social. Y ésta hay que formarla.
>
> Hace falta luz, dirección, una verdad a que enderezar el ansia de renovación que existe ahora.»

Entrañado en el espíritu de la juventud, se ha dado cuenta, con previsora mirada —nótese que todos estos escritos son de hace treinta años—, que nuevas ideologías están arrastrando a los jóvenes; que una desconocida inquietud se hace sentir en las nuevas generaciones. El nombre que hoy se le da a este fenómeno in-

ternacional juvenil, nombre que el Padre Huidobro aún no había escuchado, es «nueva ola». El nombre no existía. El movimiento, sí. En vez de asustarse infructuosamente, dice, lo que hay que hacer es meterse entre ellos, encauzarlos, que no se nos escapen de entre las manos; y, sobre todo, que no se escapen de las manos de la Iglesia de Cristo, si es que se les abandona a la aventura. Algo de su pensamiento ha quedado ya recogido en el Prólogo de esta Biografía.

Pensando en el futuro, ya tenía en proyecto una serie de artículos para una revista de orientación de la Juventud.

Tenía firmísima persuasión de la importancia de los guías para encauzar a los jóvenes. El deseaba ser encargado de esta altísima enseñanza:

> «La vocación sobrenatural de nuestra juventud es clara. La responsabilidad de los guías que necesita para subir a la cumbre, es gravísima.
>
> Es preciso romper en un movimiento de verdadera agitación religiosa, más eficaz, porque más honda, que la social y política, para despertar a la juventud que duerme, y para ganar a la que ya está en actividad para la causa suprema.
>
> Y no se asusten los políticos ni los sociólogos. El movimiento religioso no les robará ninguna fuerza; dará a los jóvenes, allí donde estén, espíritu de honradez, de valor de mártir, de caballero de Cristo. Lo que más falta.
>
> Y dará alteza de ánimo y alcance de ojos de águila a los jóvenes, al llevarlos a regiones de aire puro.»

Pasado un tiempo largo, más que por el número de meses transcurridos, por los acontecimientos que se fueron sucediendo, se puso el Padre Huidobro —ya por entonces, Capellán del Tercio— más en proximidad y en conocimiento con la juventud marxista. Y lo mismo que había sabido encontrar tan optimistas valores en la juventud ilusionada con estructuras y modos nuevos de vida, lo mismo los sabe encontrar en la juventud abiertamente extraviada y maleada. Y es entonces, al tratarlos tan de cerca, cuando escribe un párrafo dedicado a las dos juventudes contemporáneas, a las que urge atender: a la roja, a la que es necesario atraer, no destruir, y a la que se halla en buen camino, a la que es preciso ayudar

y asegurar:

> «La edad juvenil, impulsiva, inexperta, disculpa a los muchachos que se han dejado arrastrar por el movimiento comunista. En ellos hay mucho de idealismo sincero, aunque desviado por manos criminales. Esos chicos generosos son capaces de estimar lo que vale el perdón. Y son también muy capaces de ser reeducados, y de que puedan salir de ellos hombres nuevos, a gusto del nuevo Estado.
>
> Aunque hayan cometido crímenes, muchas veces los han hecho bajo la fácil excitación de guías perversos, que son los verdaderos autores de esos hechos.
>
> Hay que tener una piedad inmensa de esa pobre juventud extraviada, que no deja de ser el pueblo español, generoso y bueno, y muy capaz de abrir los ojos y ver sus errores.
>
> Acábese con la mala prensa; ciérrense las fuentes de corrupción de la escuela laica y la literatura pornográfica y sin Dios, y será muy fácil una obra de reeducación, con tal de que el nuevo Estado sepa estar tan lejos del capitalismo egoísta, como del marxismo.»

Esto lo escribió mirando a las juventudes marxistas. Pero hay otro papel, incompleto todavía y en borrador, que escribió dirigiéndose a la juventud sana y heroica. Se encontraba él herido en el Hospital de Talavera. El espectáculo, cercano y sangrante, de sus legionarios insuperables, hácele mirar con optimismo el alzarse de una juventud a la que muchos creían, llenos de pesimismo, incapaz de salvación. Todo hace creer que comenzó este escrito para enviarlo a la revista Signo, de Burgos. Lástima hayamos encontrado solamente el comienzo. Propugna la supremacía del espíritu sobre todos los demás valores humanos, y concentra su esperanza en la presente juventud española:

> «Espíritu que vence.
>
> Desde la vida agonizante y amarga de las trincheras, envío estas líneas a la juventud, que es levadura de la Nueva España: a los jóvenes todos de Acción Católica, a los que luchan en primera línea y a los que, en las ciudades, iluminan, con el resplandor de sus vidas puras, el ambiente dudoso de la retaguardia.

Tal vez sean estas líneas prólogo a páginas sucesivas; tal vez testamento, si el Gran Rey quiere llamarme con el relevo definitivo.

Sois la única prenda de la victoria, y también la única garantía de que ésta sea fecunda. Con visión penetrante me escribía, hace poco, un gran filósofo: ‘La fuerza del espíritu decide sobre la victoria.' Y decide también sobre cómo se aguantan los culatazos de la victoria.

El Espíritu es fuerza creadora. Hace barcos, cañones, fusiles; alista hombres, forma cuadros de mando, empuja al pueblo a la colaboración y al sacrificio, convierte a las ciudades en hospitales de sangre y en fábricas de guerra, y da el ímpetu de acometer y el aguante de sufrir.

Por el frente pasa un soplo del Espíritu.

A la sombra de la Muerte, que es reina y señora de los campos de España, brotan flores de esperanza.

Ese Espíritu vence necesariamente. Tiene todo carácter de redención.

Era precisa esa crucifixión de la carne joven de España, para redimir a nuestra juventud. Es vaho de sangre, que purifica el aire lleno de exhalaciones de burdel y perfume podrido de cabaret. La juventud impura recibe en la carne la llaga, que es castigo; y la juventud limpia, el estigma de la Pasión, que la asemeja a Cristo y la hace corredentora con él.

Caen los mejores, porque son los más dignos.»

Podemos considerar este escrito como la despedida hecha por el Padre Huidobro a las juventudes. Cuando esto escribía, desde la cama de un hospital, no sabía él, aunque lo vislumbraba, que aquella sangre de su primera herida no era sino el anuncio de que muy pronto él, uno de esos 'mejores', iba a entregar toda su sangre juvenil para que, después de la amarga noche de laicismo y de lágrimas que sobre la Patria se cernía, al fin en España 'empezase a amanecer'.

CAPÍTULO X

EN LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO

1. Director de Ejercicios. 2. Ejercicios meditados por él.

Si se exceptúan la Biblia — ¡palabra de Dios!— y la Suma de Santo Tomás de Aquino, quizá no exista libro en toda la literatura religiosa que, durante los últimos cuatro siglos, haya recibido tan expresas alabanzas de los Sumos Pontífices y del Episcopado universal, como el de los Ejercicios Espirituales.

Libro muy pequeño, de estilo no brillante, obra de un militar poco instruido en asuntos religiosos, que, inmediatamente después de su conversión, se retiró unos meses a hacer oración y penitencia en una cueva cercana al Santuario de Montserrat, en Manresa. Allí escribió todo el libro, fuera de algunas añadiduras agregadas poco después.

Sin ayuda especialísima de Dios —tradicionalmente, sus compañeros pensaban que Nuestra Señora había intervenido—, es incomprensible cómo pudo redactar tan maravillosas páginas.

Pío XI y Pío XII especialmente, han encomiado el libro y la práctica de sus Ejercicios con tan ponderativos elogios, que hasta podrían parecer superiores a cuanto una obra humana es capaz de admitir:

«El Libro de los Ejercicios Espirituales se impuso como el más sabio y universal código de gobierno espiritual de las almas; fuente inexhausta de la piedad más profunda y más sólida; guía segurísima en la conversión y en la más elevada espiritualidad y perfección.» «Juzgamos ser los Ejercicios Espirituales singularísimo remedio para la eterna salvación.» «Podríamos pensar que San Ignacio los escribió especialmente para nuestra época.» «Los Ejercicios de San Ignacio serán siempre uno de los medios más eficaces para la regeneración espiritual del mundo, pero con la condición de que sigan siendo auténticamente ignacianos.» «Arma providencial,

rebosante de celestial sabiduría, que ha conseguido frutos inestimables de santidad.» «Corresponde a las exigencias del mundo moderno.»

La Compañía de Jesús, en sus cuatrocientos años de historia, usó el Libro de estos Ejercicios como el principal instrumento de su apostolado en bien de los prójimos. Y ante todo, son ellos el gran medio para la formación y perfección espiritual de sus religiosos.

Poco pudo el Padre Huidobro ejercitar el apostolado por medio de los Ejercicios. El tiempo le faltó, que no las ganas. Pero sí pudo hacer mucho para su santificación personal, en los Retiros de cada año.

1. DIRECTOR DE EJERCICIOS.

Ya hemos dedicado un capítulo al examen de la Vida Interior del joven Fernando Huidobro. Para que ese estudio sea más completo, vamos aquí a ver su espiritualidad formando un entero cuerpo de doctrina, encuadrada en los Ejercicios de San Ignacio. Huidobro, tan ignaciano siempre, volcó su alma, profunda, espontánea y efusiva, al ir meditando consigo, a solas, y al ir exponiendo después a otros el Libro de los Ejercicios.

A todo lo largo del presente capítulo, casi no haremos otra cosa que escucharle a él, principalmente en los apuntes de su Cuaderno Intimo, en el que, en breves líneas, resumía cuanto más le había impresionado durante sus propios Retiros anuales. Pensamientos y afectos de él mismo, en la intimidad de su trato con Dios, al ir siguiendo la ideología de su Santo Padre; y es esto mismo lo que él luego exponía a los demás, pues en su hablar seguía el gran consejo de Santo Tomás, «contemplata praedicare»: no exponer en la predicación, sino aquello que antes se haya madurado, ante Dios, en la meditación personal. Sabemos que el Padre Huidobro, además de llevar a la predicación las materias bien «contempladas», las llevaba bien regadas con una intensa oración.

Durante el año de su estancia en Portugal —1934 al 35—, vino por Cuaresma a Madrid, para ayudar en los ministerios más numerosos en todo ese tiempo. Con su acostumbrada e ingenua viveza se lo cuenta a su hermano, en carta del 24 de abril del año

35. Este mes de trabajos apostólicos le persuadió aún más de que era con los jóvenes, con quienes se hallaba más en su propio ambiente.

> «Querido Ignacio: Hice, a su tiempo, propósito de satisfacer tus deseos de noticias edificantes de mis ministerios cuaresmales. Y ahora que tengo tiempo, lo cumplo. Pero aquí te irán mis impresiones personales con confianza de hermano. Tú comunica de ellas, en la medida y a las personas que te parezca discreto.
>
> Después de una gripe breve y fuerte, 40° a la sombra, salí el 21 de Braga y llegué a dormir a Salamanca. Recorrí los monumentos artísticos —ya conoces aquellas maravillas— con Rafael Hornedo y Antonio Solano. Llegué a Madrid el viernes 22, a las nueve y media. Aquel sábado, 23, y el domingo confesé en los «Luises», con lo cual me puse ya a tono. Y gracias a Dios tuve la primera semana para prepararme algo a los rudos trabajos —para mis hombros, no hechos a tales cargas— que me esperaban.
>
> Al domingo siguiente tuve el Retiro a los Propagandistas en la casa de *El Debate*. Trabajo de tanteo: me encontré poco preparado y poco metido en su vida; por vivir tan lejos de ellos —en todos sentidos—, no creo les llegaba adentro lo que les iba diciendo.
>
> Y el lunes comencé los Ejercicios a la Asociación de Padres de Familia, en la Parroquia de la Concepción. Te puedes figurar que soy lo menos a propósito para tal cosa; no conozco su psicología, ni necesidades, etc. Fue todo muy a ciegas. Además, mucha gente conocida. Y aquellos señorones me imponían mucho, de manera que, a pesar de mi poca vergüenza, hablaba muy cohibido.
>
> Tomé el consejo de San Pablo, de exhortarles como a padres, con respeto y mansedumbre, y parece no se perdió del todo el tiempo. Mucho oré, y pude ver luego que las cosas que hicieron mella fueron las que había tratado con Dios o El me había dicho; no las que —necio de mí— buscaba con mi pobre ingenio. En esta tanda experimenté que no es nada lo que podemos de nosotros —sólo Dios obra— y que «de plenitudine contemplationis derivatur praedicatio» (la materia

que se predica provenga de la abundancia de materia meditada).

Asistieron unos 200, con asiduidad y recogimiento, a los actos de la tarde. Al de la mañana, de 70 a 80. Este acto resultaba muy deslucido y trabajoso, por el continuo entrar y salir de la gente, y las misas, comuniones, etc. La Comunión, devotísima, en la Capilla doméstica del Colegio del Pilar. Muchísimos de ellos se confesaron conmigo, cosa que me edificó y extrañó, por mi aspecto y porque, efectivamente, muchos, con razón, me juzgaron demasiado joven e inexperto.

Otra cosa fue la tanda siguiente —12 al 18—, en Santa Cruz, a la Juventud Católica Masculina. Eran de 60 a 70 y casi todos asistían a la meditación de la mañana, a pesar de la hora, siete y media, que suponía mucho sacrificio. Jóvenes excelentes. Creo sacaré unos cinco para una tanda seria de Ejercicios cerrados, con vistas a elección de estado, allá para el verano.

Los tres últimos días tuve ejercicio especial a 40 Aspirantes a la Juventud, de diez a quince años. Unos y otros acabaron muy movidos. La Comunión fue cosa hermosa.

Esto fue el domingo. El miércoles debía empezar otra tanda a Ingenieros ICAI, con otros agregados a la Hermandad de San Fructuoso. Pero se puso malo el Padre Caballero, y el mismo lunes tuve que salir para suplirle en los Padres Escolapios, de Getafe, donde él había empezado unos Ejercicios a muchachos muy escogidos de los «Luises». Le ayudé los dos primeros días, y luego siguió él, hasta que acabamos, el domingo, juntos.

La Comunión final de los Ejercicios la tuvimos en el Cerro. El Padre Caballero me dejó decir la Misa al pie del Monumento, con una arenga vibrante de cuatro minutos; pues el viento no dejaba vagar para más. Gran consuelo tuve. Luego, la vuelta a Madrid en autobús. Todos con algazara de chiquillos.

De miércoles a domingo hicieron los Ejercicios en Getafe los de San Fructuoso. Eran 18. Se portaron bien casi todos. Algunos charlaron más que otra cosa. Bien que tenían en descargo la incomodidad y poco a propósito del sitio, en

camarillas de niños, sin un cuarto con una mesa donde recogerse y pensar, escribir, etc. A pesar de todo, los más hicieron bien los Ejercicios. El P. Rector de los Escolapios se excedía en muestras de caridad y delicadeza con nosotros, así como el Hermano que nos atendía.»

Algo más tarde dirigió otros Ejercicios en su antiguo Colegio de Areneros, que para aquel tiempo funcionaba, no en el edificio de Alberto Aguilera, en donde él había estudiado, sino en el Paseo de Rosales, a donde había sido trasladado desde los incendios, y conocido con el nombre de *Didaskalion*. Se reunían, con este objeto, en la Capilla de las Hermanitas de Buen Suceso, los alumnos de cuarto, quinto y sexto. Nos describe así este Triduo uno de los Profesores del Colegio, el Padre Ponce de León:

«En octubre de 1935, el Padre Larragán invitó al Padre Huidobro, que por entonces se hallaba en Madrid, a dar los Ejercicios anuales a nuestros alumnos. Duraron, según costumbre, tres días. Y ¡cómo supo, en tan corto tiempo, ganarse todos los entusiasmos y santos propósitos de aquellos muchachos! Alma joven y entusiasta como ellos, antiguo alumno del mismo Colegio, cuando éste era conocido por él, tan lleno de gratos recuerdos: *Areneros*, desde la primera plática se captó el interés de todos.

Con admirable claridad, y sobre todo por tratarse de los mayores, que mejor le podían seguir, con una lógica de pensamiento rica y arrolladora, les expuso, a su alcance, las verdades eternas en frase vigorosa, llena de colorido; con tanta fuerza, con tan íntima convicción, que los muchachos bien pronto se sintieron tocados eficazmente por la gracia de Dios en el alma.

Al pie del monumento al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles. Al terminar unos Ejercicios Espirituales a jóvenes en Getafe, 1935.

Me llamó la atención el recogimiento y fervor hasta de los que, de ordinario, se mostraban más díscolos. Voluntariamente, se privaron de todo recreo los tres días.

En el curso de las meditaciones les llevó poco a poco a una profunda contrición, y dedicó después la última, en un

arranque maravilloso de oratoria, en la que mostró toda la riqueza de alma de que Dios le había dotado, a suscitar y orientar los impulsos de generosidad para con Dios de aquellas almas juveniles.



Al pie del monumento al Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, al terminar unos Ejercicios Espirituales en Getafe, 1935.

Su recuerdo quedará muy hondo en aquellos muchachos, a quienes tanto bien hizo, como yo mismo tuve ocasión de comprobar.»

Otros Ejercicios dio, meses más tarde, en un ambiente muy distinto y muy distante del anterior, aunque con muy semejante auditorio. Estaba compuesto por los alumnos ingenieros del ICAI, de Areneros, trasladados a la ciudad belga de Lieja, al advenimiento de la República, y que se habían instalado en el Instituto *Gramme.* Allá se había ido todo el profesorado y todo el alumnado: prefirieron salir de España, y seguir a los desterrados jesuitas, antes que abandonar la enseñanza y formación que de ellos habían comenzado a recibir, y que en la República roja, y más en el medio incendiado edificio del Paseo de Alberto Aguilera, no era posible continuar. Dio estos Ejercicios en marzo del 36, aprovechando las vacaciones de primavera en la Universidad de Friburgo.

El Padre Rafael Mariño, profesor de estos estudiantes españoles en el extranjero, nos resume algunos datos de tan fructuosa tanda de Ejercicios:

«El influjo que ejerció sobre nuestros jóvenes fue extraordinario; de tal manera, que me dejó admirado, a pesar de haber visto el magnífico fruto que en ellos se lograra otros años.

Nuestros alumnos, después de haberle escuchado en las pláticas, se venían espontáneamente a casa después de

cenar y le oían con tal gusto que había, materialmente, que echarlos para poder cerrar las puertas de la casa e irse a descansar.

Le escuchaban embobados, haciéndole innumerables preguntas, y llenos de entusiasmo por las cosas espirituales.

Terminados los santos Ejercicios, fue grande mi asombro al encontrarme llena la Capilla, un día tras otro, por un numeroso grupo de alumnos que comenzaba a comulgar diariamente. En algunos de ellos este fervor fue muy duradero, y en todos no pudo menos de dejar un gran influjo.

Ni que decir tiene que, para las confesiones, acudían la casi totalidad de ellos al Padre Huidobro, que tuvo en ellos estos días mucho trabajo.

Dejó un recuerdo gratísimo, tanto entre los nuestros como entre los alumnos. Me dejó sumamente edificado.»

Lo peculiar aquí fue una invención del Padre Huidobro. Aunque se sale un poco de lo que se suele practicar en los Ejercicios, las circunstancias lo aconsejaban.

Para avivar más el interés de estos jóvenes por las materias que les exponía en las pláticas, ocurriósele —era inagotable en hallar nuevos medios para el trabajo y el bien— establecer, durante aquellos días, en el «Home Espagnol» (ICAI belga), una especie de Círculo de Estudios, en el que, después de la meditación de la noche, reunidos familiarmente con el Padre en un salón, le iban haciendo preguntas de todo, muy prácticas y sinceras, sobre lo que cada uno deseaba saber. Le pedían instrucciones suplementarias: del modo de hacer oración mental, de dudas sobre moral; los más —estaban recientísimas las nefastas elecciones de febrero—, sobre el comportamiento a seguir, cuando regresasen a la España del Frente Popular. Hasta hora y media estuvieron así reunidos alguna noche.

De cada una de estas reuniones salía el Padre Huidobro rebosando de gozo, por la espontánea avidez de aquel puñado de jóvenes excelentes. Y ellos, satisfechísimos también de escucharle tan prácticas y amenas explicaciones de orientación moral y de acción católica, que les dejaban plenamente satisfechos e instruidos. Con frecuencia, en estos diálogos nocturnos les comentaba algunos

pensamientos de San Agustín.

Terminados estos Ejercicios en Lieja, el 29 de marzo regresó a Friburgo, a sus clases universitarias.

2. EJERCICIOS MEDITADOS POR ÉL.

Vamos ahora, no a oír lo que él, con tanto fruto, expuso a los demás, en las pocas tandas de Ejercicios que dirigió, sino a penetrar más adentro en la intimidad de su espiritualismo. Amante de San Ignacio y de su dirección ascética, quiso aprovecharse al máximo del gran medio ignaciano de santificación —el Libro de los Ejercicios—, y se entregó, cuando cada año los hacía, a seguir las enseñanzas todas dadas allí por su santo Fundador.

Conservamos anotaciones privadas de seis Retiros de Ejercicios anuales realizados por el Padre Huidobro: de los que hizo en Aranjuez, él a solas, en octubre del 31; en Marneffe, julio del 32, dirigidos por el Padre Leturia; en Valkenburg, agosto del 33, antes del Sacerdocio, bajo la dirección del Padre Kronseder; en la casa de Entre-os-Ríos, con el Padre Morán, primeramente un mes entero, en octubre del 34, y luego ocho días, en julio del 35; y en St. Blasien, Munich, él a solas, en julio del 36.

Tan reservado de ordinario, aun con la mayoría de sus compañeros, a quienes difícilmente dejaba descubrir cosa ninguna de su conciencia, se explaya, aunque menos de lo que quisiéramos, en su Diario íntimo. Muy frecuentemente, lo que escribe es el resumen de su meditación, o al menos lo que en ella más le ha impresionado.

Dejaremos copiadas en el presente capítulo, divididas según la sucesión de la materia de Ejercicios, las Notas de su Diario. Entre paréntesis irá señalado el año a que cada meditación pertenece.

Reproducidos sus apuntes, tal cual él los escribió, se presentará más claramente ante nosotros cuanto él pensaba y sentía, dentro del cuerpo de doctrina que San Ignacio desarrolla. Tendremos, pues, un breve comentario a estas meditaciones, con el atractivo especial de estar caldeadas en aquel corazón tan ardiente y anheloso de perfección.

Como Huidobro era tan «uno», sin divisiones ni confusiones en su vida espiritual, podemos dar por hecho que lo que más adelante había de decir a otros al darles él los Ejercicios, era lo mismo que él —Dios— antes se había dicho a sí mismo en sus meditaciones privadas.

El estilo empleado aquí por el Padre Huidobro es fiel reflejo de todo su ser. Muy basado en Teología, busca profundizar cuanto más en la verdad, encaminado en toda sinceridad a la práctica, rebosante en devoción. Y más que toda otra cosa, muy entregado, en ilimitada generosidad, al Señor.

Recordemos, muy brevemente, lo que son los Ejercicios. Divide San Ignacio este Libro en cuatro Partes, que él llama Semanas, aunque no porque lleven total correspondencia con períodos de siete días. La Primera Parte está dedicada, más en especial, a la contrición de los pecados. Las restantes, al estudio de la Vida y Pasión de Jesucristo.

La finalidad pretendida por San Ignacio es, naturalmente, acercar el hombre a Dios. Más específicamente, hacer que el ejercitante domine sus desordenadas inclinaciones mundanas, para que luego busque y abrace la Voluntad de Dios en el proceder de su vida, formando resoluciones generosas de seguir a Jesucristo en toda perfección cristiana.

El camino para conseguir este fruto es, en los Ejercicios ignacianos, Jesucristo, es decir, su Persona y su Doctrina contempladas en el Evangelio.

El método es hacer que, durante todo este Retiro, el ejercitante se entregue totalmente a este trabajo espiritual, con su mente, con su corazón y hasta con su sentimiento. De aquí que durante todos los Ejercicios, San Ignacio dé tanta importancia al silencio, al aislamiento de todo lo que exterior o interiormente distraiga a la actividad y toda cooperación personal.

ANOTACIONES ESCRITAS POR EL PADRE HUIDOBRO

Se hallaba, el año 33, estudiando Teología en Valkenburg, con los jesuitas alemanes. Muy próximo, en el llamado Aalbeck, estaba el Teologado de jesuitas españoles, en una casa cedida a los

desterrados por la provincia germana. Así expone sus sentimientos al comenzar, en ese año, los Ejercicios:

> «Entré con miedo, tras laboriosa lucha e indecisión sobre si ir a Aalbeck o quedarme aquí. El deseo de huir singularidades fue lo que me determinó a quedarme. Aprobó el P. Rector, y luego, un desprecio más que creí ver, me dio un momentáneo arrepentimiento de mi decisión. Esto confirmóse a la noche, al ver que no seguía el librito de Ejercicios. Pero confortóme Dios. Y luego lució suave la ilustración celeste. ¡Cuánto aprenderé de este buen P. Kronseder, que va echando honda piedad y teología por la boca! Pero los Ejercicios, hacérmelos yo, con Dios, a solas. La alegría es la fuerza creadora; la tristeza mata» (1933).

PRIMERA SEMANA (o sea: Parte Primera)

Se abre el Libro de San Ignacio con el Preámbulo denominado *Principio y fundamento*: una serie de verdades básicas para toda religión. Quiere San Ignacio que el hombre, puesto por Dios sobre la Tierra, se persuada de la esencial dependencia que tiene de El y, por lo tanto, se decida a una completa subordinación al Creador. De tal modo, que se aproveche de las cosas de este mundo, únicamente en cuanto le ayuden para cumplir, con mayor perfección, la voluntad del Señor, sin querer otra cosa.

El Padre Huidobro busca la raíz de todo esto en la Teología natural y en la Biblia. Con su habitual generosidad, basa aquí, en la misma esencia del hombre, una entrega sin límites al servicio de Dios.

De vez en cuando aparece en sus apuntes alguna frase que descubre a nuestros ojos la lucha interna que amargaba, a intervalos, su espíritu.

Es encantador ver la gran decisión de entregarse sin la menor reserva a Dios. No se perdona. Se exige lo más, ya desde estos umbrales de los Ejercicios. Quien sólo le conociera por lo que de sí mismo piensa él y anota en su cuaderno, y no por lo que todos los que le hemos tratado sabemos era la realidad de su vida fervorosí-

sima, tal vez pensase que era un religioso menos que tibio. Así sucede en tantas almas santas, al cimentar su perfección en la más sincera humildad y desprecio de sí. Tengamos esto en cuenta para el resto de sus apuntes.

Va en seguida a las aplicaciones prácticas de su propia vida. Su generosidad no le permite quedarse en el alto campo de las ideas, y baja a las consecuencias que él juzga más inmediatas. Y así da comienzo a sus Ejercicios, de la manera que el mismo San Ignacio recomienda: Con toda generosidad para con su Creador y Señor.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

Dependencia de Dios.

«El hombre es creado. —Insistir en la palabra *es*, que hace que esta proposición entre en la Ontología. Sin ese *es criado*, no hay que entender al hombre. Lo divino del ser que el pecado desgarra (1936).

Todo es esencialmente de Dios, pues todo a amarle, en aquella forma del Santo Padre: alabanza amorosa, reverencia humilde (humildad en el amor, pedía San Ignacio), servirle. (*'¡Alabad con júbilo a Dios, hombres todos! ¡Servid al Señor con alegría!'*). Toda la Escritura llena de estos testimonios de amor al Señor por la dependencia. Volver a El definitivamente todo el amor, despreciando la criatura, y avergonzándome del amor a lo sensible que me corroe (1932).

Todo cuanto es ser contingente, estático o dinámico, ser o hacer o ser hecho, todo de nada, creado por Dios, teniendo razón de ser en Dios. Por tanto, según su más íntima y esencial razón de ser, todo lanzado a Dios como a término, y tendiendo a Dios en cuanto es. La conciencia reconocida de esa tendencia esencial es la religión. No se debe reducir a lo que exige Dios o bajo mortal o bajo venial, sino todo cuanto, siempre y en todo, *para Dios*. *Gloria de Dios*, única razón de mi ser. Imitar a Jesucristo en esa entrega total de que es modelo (*'Yo hago siempre las cosas que agradan a mi Padre. Yo he venido para hacer su Voluntad. Yo me ocupo en las cosas que pertenecen a mi Padre.'*) Lo que se opone es la vo-

luntad propia, en cuanto tal, que busca a sí mismo, y no a Dios. Sólo lo que sea voluntad, gloria de Dios, para eso vivir, eso es la razón de mi existencia, y fuera de eso, nada. Eso es norma de perfección *ex fide* (y esto es de fe). Lo horrible del pecado es hacer fondo en mí, contra Dios. El ser es de *Dios-para Dios* (*a Deo ad Deum*). La santidad de Dios en todo ser. Sentí, estando en Dios con profundísima humildad, mi vanidad (1934).

En la Repetición, pese a distracciones, sentí más el 'Nos has hecho, Señor, Para Ti'. Todo ser contingente está esencialmente dirigido a Dios. Todas las fibras de mi ser se lanzan hacia Dios.

Sentí más la vanidad de todo. Todo lo frágil, que se deshace y dura un día, es vano. Sólo lo eterno es verdad, lo que dura en la eterna visión. Vanidad el saber humano, y el decir, y la simpatía, y la gracia, y el buen parecer... ¡Qué vano he sido, y cuánta vanidad toda mi vida! ¡Y, qué caminos tan perdidos sin ir a Dios...! Amistades, y debilidades, y vanidades, y ansias de lucir... Y ahora siento mi inquietud por Dios. Sólo Dios en adelante. *Ni un paso que no sea para ir a Dios*. Y volver a leer las Confesiones de San Agustín, que tanto bien me hicieron.

San Ignacio, a mi edad, empezó su camino. Yo puedo ser aún un gran santo (1934).

Salvación del alma.

El azar de mi vida, el juego terrible con la eterna salvación. Y juego alegre y distraído.

Todo es vanidad, fuera de la eterna visión de Dios. Ese es el bien total y único; todo lo que aquí no lleva, vanidad; estiércol, lo llama San Pablo. Brillantez retórica ridícula, dialéctica, agudeza, saber vivir; y mucho más, simpatía, atractivos, conversaciones que luego se lloran, etc. Sólo Dios, visto con mirada concentrada, sencilla, como todo ser; y allí hundido, anegado. Lo demás, Vanidad. (Vide Filipenses) (1934).

Desde el primer día de Ejercicios se ha presentado claro el problema de mi alma, que no es otro que la lucha de los dos amores: el carnal, que nace de la vista de la hermosura, y el divino, del Sagrado Corazón, de Dios. Mi corazón todo, siempre para Dios sólo. Nada de esos amorcillos, miradas complacientes (no deshones-

tos, pero peligrosos). Todo el corazón, todo el amor, para Dios. Sentí desazón al gustar mi alma y verla miserable, desnuda del bien, manchada de barro. *¡Sacerdos Altissimi!* (¡Sacerdote del Altísimo!) (1931).

Una vida llena y una eternidad de hartarme de Luz y de Verdad y de Amor; y aun el cuerpo gozará de vida espiritual.

Creaturas.

El fin en sí es el dueño. Señor absoluto. Es fin último, por eso y en ese sentido, para romper de una vez los distingos de mi vida, las ambigüedades, el dar algo al gusto y apacentar los ojos en la gracia pasajera y caduca, pretendiendo amar a Dios, ponerme delante de una vez y con su carácter categórico la frase del Buen Maestro: 'Nadie puede servir a dos señores'. (No tendré mirada fija con nadie.) (1932).

Si tanto cuanto es la norma, mi vida, aun este año, es todo humo de tinieblas y desorden. Gula en la comida —postres, cosas que hacen daño, vino—, capricho en las lecturas, sin constancia, pérdidas de tiempo en fruslerías, faltando para lo principal; prontos y sacudidas de genio vivo.

'Tanto cuanto' ¿Roma? ¿Berlín? ¿Friburgo? ¿Madrid? Tal vez para la santidad es mejor Roma. Y ¡ni siquiera había considerado este aspecto! (1935).

Uso de las criaturas: A) Libros: no leer, sino tanto cuanto, no con curiosidad vanísima como acostumbro; y a no haber grave causa, no leeré cosas inconvenientes. B) Personas: siempre mi corazón puro hacia Dios, ni apegarme a lo caduco. Antes morir, que permitir que en mi corazón esté alguien, que no sea únicamente Jesucristo. Mi vida nunca fue, verdaderamente, vida digna de un religioso. Siempre tuvo tantas manchas. Aparezco uno por fuera, y, en realidad, soy otro en mi interior (1931).

En cuanto a la *indiferencia*, es la misma desnudez necesaria, de todo en todo, de San Juan de la Cruz. Para quitar faltas y para vencer en las tentaciones de pecado mortal, me es necesaria: v. gr.: Lecturas, estudios, amigos, ocupaciones, lugares; *no dejarme pegar a nada*. Lucharé continuamente por hacerme indiferente.

Luchar y pedir con humilde abandono y confianza, con la fuerza que viene del hambre y sed del fin, del hambre y sed de Dios, que debe ser vivísima. (‘¿Cuándo llegaré a verte?’)

En estos últimos tiempos he visto bien la necesidad de la indiferencia. Ni veo lo más conveniente, a veces, ni lo obligatorio, por falta de indiferencia. Deseo de ver mundo, jesuita mundano, modos alemanes, ligereza y vanidad tonta en el traje, en el peinado, en la lengua, en las cualidades, en el modo de decir... Aires de conquistador y hombre de empresa, todo nace de afectos desordenados, de amor propio, de buscar el pedestal de mi grandeza. Mensual de Santo Tomás, tristeza por el fracaso, disimulada de piedad. Y tono quejumbroso: ‘Me han dicho esto y aquello...’ Falta de indiferencia en el destino, que es falta de fe, disimulada. Y pretensiones soberbias, confianza en mí mil veces fracasado. Al contrario, la verdadera disposición es: Sólo buscar la gloria de Dios. Sólo buscar a Dios.

Mayor gloria, donde dos; gloria de Dios, donde sólo una cosa para elegir (1934).»

MEDITACIONES DE LOS PECADOS.

San Ignacio busca ante todo, y por método que trasciende gran nobleza, la gracia del arrepentimiento. A esto van las meditaciones de los pecados.

Quiere, lo primero, que el ejercitante se convenza que mereció la condenación eterna, y aun más que otros muchos. Y que si no está allí, es por especialísima misericordia para con él.

Y ha de sentir esto con vergüenza propia, por la enormidad de sus pecados, y con confusión ante hombres y ángeles, al hacerles patente su ignominia.

De aquí el arrepentimiento y el propósito. No simplemente de no pecar, sino de no volver a disgustarle más a su divino Bienhechor; y de ponerse en sus manos.

De este modo, el arrepentimiento en San Ignacio lleva, ya desde estas primeras meditaciones, con la contrición perfecta, al amor agradecido. Sobre todo cuando, en la segunda meditación, se pone delante la grandeza de Dios. Cuanto más enorme fue el pecado, mayor es el perdón de El. Y el amor nuestro más crecerá.

No olvidemos que San Ignacio quiere que, en las meditaciones todas de los Ejercicios, intervenga el hombre entero, con todas sus facultades: que el ejercitante deje penetrar en su entendimiento la luz potentísima de las grandes verdades de la fe, hasta que se persuada hondamente de ellas. Pero esto no basta. No se contenta el Santo con que vea la hermosura y sublimidad de las verdades en abstracto; esa luz ha de actuar de tal manera en el corazón, que lo conmueva, y así, casi por necesidad, se vea arrastrada la voluntad a querer acomodar la propia conducta a las consecuencias que de aquellas verdades se derivan. El corazón es, en fin de cuentas, quien nos ayuda, o nos estorba, a abrazarnos generosos con el deber; por eso San Ignacio enseña e insiste mucho en que el hombre ha de llegar a afectarse en estas meditaciones.

El Padre Huidobro se apropió extremadamente este método. Se patentiza, más quizá que en ninguna otra, en estas meditaciones de los pecados. Con su potente entendimiento penetra en la terribilidad que entraña cualquier ofensa contra la Divinidad. Y después siente esto con tanta ponderación, que se le ve, mientras medita, oprimido bajo el peso de sus culpas. Pensáramos que hasta era excesivo este dolor, si no fuera que se le ve en seguida volverse confiado a la misericordia tan perdonadora de Dios y descansar en su Amor. ¡Cuánta purificación había de venir sobre su alma, sumergida en tan hondo dolor y en tanta entrega al Amor!

Tres pecados.

Encontramos aquí un caso más de lo que asombra en el proceder de almas muy perfectas: que quienes menos han pecado, con frecuencia sienten mucho más hondamente su arrepentimiento. Lo que en grado, en muy pocas otras ocasiones superado, contemplamos en San Luis Gonzaga: amarguísimo arrepentimiento, lágrimas de dolor, por culpas tan mínimas que, únicamente por analogía, pueden llamarse «pecados». Y es que al muy crecido amor de Dios, responde un muy crecido arrepentimiento ante las mínimas culpas que, aun siendo pequeñas, son aborrecibles delante de la Santidad Divina.

En estas meditaciones consiguió el Padre Huidobro los frutos que San Ignacio señala.

En ninguna otra parte de su Diario íntimo se explaya tanto como aquí, al meditar la ofensa a la Divinidad.

El Coloquio de la Contrición al término de la meditación del Pecado, al presentar su corazón lloroso y amante a los pies del Señor, rebosa humildísimo amor. Hermosa había de ser su meditación diaria. Se explica se sintiese tan fuertemente inclinado a orar y sacase de la oración tanto esfuerzo y tanto consuelo. Para estas meditaciones sobre el Pecado, le ayudaban al Padre Huidobro las explanaciones que hace Lippert de la Inmensidad de Dios.

> «Es necesario saber íntimamente lo que es el pecado, y para eso nada como verlo en los Ángeles y nuestros Padres. En nosotros, dos cosas, dice San Agustín: hombre y pecador. Dios hizo el hombre, yo el pecador; esa es mi obra, deshaciendo la de Dios.
>
> De ahí ha de nacer mi vergüenza y confusión. Vergüenza que se pegue a mis huesos, porque llevo aquí dentro el pecado, que es una gran vergüenza. No sólo los efectos del pecado original, sino esos malos hábitos de mis pecados actuales, esas enormes deformaciones de lo que debe ser un hombre.
>
> ¡Ay!, ¡dolor y vergüenza! Y no ocultaré, Señor, a tus ojos el pecado, sino que confesaré contra mí mi injusticia. Salmo 31 (2.° penitencial). Y eso viendo lo que es el pecado en el individuo (Adán antes y después; preguntárselo), en la familia (dolores de parto, Caín y Abel, perversión...), en la sociedad civil: esa cuestión social de desigualdad y de odio. Orgía y francachela contra miseria abyecta... Yo podía estar, por mis pecados, en manos de Satán. Eso es cierto (1932).
>
> En el de los Ángeles, barrunté la terrible malicia del pecado, en cuanto tal, por la transformación que obra en hermosísima naturaleza. En los primeros Padres, por las terribles consecuencias que Dios vinculó a la 'caída, desobediencia, que es la muerte', en sentido pleno con la lucha de la concupiscencia que mata. Y toda esta malicia la he echado yo sobre mí muchas veces. Y ver a aquella alma condenada por el primer pecado o por menos que yo. Y ver mi niñez negra y manchada de infierno... ¿Por qué hablo de injusticias, yo, el condenado, llevado siempre en palmas; yo, el que debía ha-

ber sido y ser ahora pisoteado y pospuesto a todos y de todos insultado; yo, el aseglarado y libre, el espíritu fuerte a trompicones? *Hombre del infierno* es mi nombre.

Confusión ante Cristo, a quien crucifiqué. Fundar aquí la profundísima humildad que necesito para mi santidad y para mis ministerios. Ignacio me ve aseglarado, como soy. Pero no me ve pecador. Se horrorizaría. Y mantengo la mentira de que me tengan... *Abájate, hombre de infierno*. Cada día, en el examen, traer mi vida y llorar (1934).»

Pecados propios.

En ellos algo de contrición, pero Jesús suplirá lo mucho que falta. (‘Grande, cual el mar, es tu arrepentimiento.’) En ese mar arrojar mi carga.

Vi verdaderamente lo hediondo de mi vida. Es desde muy pronto amarga, amarguísima, y es el pecado el que la ha amargado. Sólo en expiación puedo llevarla. Todo ese amargor es del pecado, que ha reinado en ella. 'No obedeceré', dije yo tantas veces y por un placer (¡y con cuánto conocimiento de lo que hacía!), lo tiré todo y me resbalé. Y pequé, ruinísimo, contra Sabiduría Infinita, Bondad, Justicia, Amor. 'Da, Domine, fontes lacrymarum oculis meis' (¡Da, oh Señor, a mis ojos fuentes de lágrimas!) Pensar en Ti, Dios mío, es tener contrición (1932).

Pecados: Mi vida es mala, una llaga enorme; y para resumirla, sólo puedo repetir con un hondísimo: *¡peccavi!* Soy una postema. Perversión total de la obra de Dios, del fin (1931).

Repetición: La confusión grande al compararme con lo que creen de mí:

¿Cristiano redimido y bautizado?: ¡Condenado!

¿Religioso fervoroso?: ¡Condenado!

¿Confesor santo y prudente? ¡Condenado!

¿Sacerdote ofreciendo sobre el Altar?: ¡Condenado! ¿Repartiendo la Comunión? ¡Condenado!

Ay!, ¡ay!, ¡ay de mí! ¡Si se descubriese lo que soy por dentro! Si las almas viesen mi interior, huirían horrorizadas. ¡Terrible, terrible ser condenado y deicida! Sólo Jesús, encarnado y muriendo, azotado, escupido, clavado, y en tormentos muerto, sólo El ha podido salvar el abismo. Y en Jesús así, ver de nuevo mi obra. Y después de saberlo, lo repetí y pisoteé su Sangre.

Todo el bien de mi vida es Jesús. El sólo mi consuelo y alegría.

Y a la mañana siguiente, cuando, lleno de espanto, llegué a celebrar, parecíame que El sólo me unía al Padre, me reconciliaba.

Pero quedar debo en la Iglesia siempre como penitente. ¡Eso soy yo! Debería acercarme a comulgar cubierto de ceniza y de cilicio.

Media noche: ¡Terrible meditación de los pecados propios! Porque me horroricé de mí mismo: juniorado, afecciones, miradas... Y quedé como anonadado. Ingrato a Dios que me redimió y dio tales dones y llamamientos. Traidor a Dios. Infiel a Dios.

Y 'ateo'. Eso es el pecado: yo que no soy, alzarme contra el que sólo existe, para destruirle, si puedo; para quitarle.

La malicia: 'dado que no fuese prohibido', se entiende bien, por la tendencia que en sí encierra todo pecado, que es abrazarse de tal manera con la cosa criada que agrada y atrae, que se prescinde de Dios. 'A mí, Dios ¿qué?', y se sigue ciegamente, primero *sin*, luego *contra* Dios, en prosecución del bien aparente. Y el hombre se alza como señor absoluto, y decide contra Dios, y se aparta de El, y le quita el señorío. Eso he hecho yo en el terrible paso. Horrible cosa el pecado, el mayor mal; y yo he cometido el horrible crimen de fallar en ese sentido. ¡Gran fracaso, irremediable, de mi vida!

Después de este conocimiento del pecado y mi maldad, es necesario, para que sea el dolor de perfecta contrición, volver a pensar en Dios bueno, justo, santo. Y con eso brota en el alma, espontáneo, el pesar y dolor de haber ofendido a su Bondad. Para que, de la misericordia de Dios, no se saque

menos aprecio de la maldad del pecado, pensar que sólo se apiada Dios, a través de la sangre y los tormentos de Cristo. Es piadoso con los pecadores, pero sólo tras tal expiación del pecado.

Conservar siempre, con el examen diario, esta santa compunción.

Renovar estos sentimientos siempre, en esa hermosa meditación íntima del examen, que tiene mucho más de oración que de escrutinio (1934).

Renováronse los sentimientos del mes. Sobre todo vi a Cristo sufrir por mis pecados. 'Pisoteando al Hijo de Dios y teniendo por común su Sangre' (Hebreos, 10). Horrible de la caída, después de conocer la verdad y haber gustado de Dios.

¡Santo, Santo, Santo!'; y ver cómo esa gloria lo penetra todo. Todas las criaturas *son a Dios*, tienen esa relación embebida en la esencia. Son algo sagrado, templo. Debieron por eso darme muerte, cuando las violenté, pecando por su medio. Temblor de mi fealdad, ante la santidad de Dios, infinita. Los ojos de Dios siempre sobre mí. ¡El, Padre; yo, ingrato!

Gusté el amargor del pecado, que hace más infeliz, aun aquí abajo. Suciedad y amargor de mi vida. Humildad y contrición. Misericordia con otros pecadores.

De la compunción, mansedumbre y humildad (1935).

Los pecados de este año se manifiestan en la suciedad ante Dios, la indignidad ante el Santísimo, la suciedad del vaso de santificación, el medio y medio, cuando me debía al Señor entero, en santidad total, completa, para El. (En tiempo de blasfemias y profanación horrenda de la vida religiosa y el sacerdocio con el pecado de Sodoma: Procesos de Coblenza. Debía haber sido especialmente santo.) A medias, mirando, leyendo, jugando con fuego.

¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo así? Y ver tranquilamente en su trono al Santo, Santo, Santo..., y con eso dicen plantas, animales, aves, vientos delgados... *Santo, Santo*... Y ante El y su rostro, mis manchas. Contrición y gemidos muy hondos (1936).

Tengo que fundar mi santificación sobre hondísima humildad, sobre la verdad amarga y firme de mi caída: *Peccavi*, y de saber en mí esas raíces amarguísimas de pecado.

Y luego de mi tibieza, de mis continuas caídas, como vi mi vida en aquella noche horrible. No me importa que sean sólo en general veniales. Son ponzoña turpísima con que he respondido a gracias y llamamientos de Dios. Todo lo que me engríe, es de Dios: afición, a temporadas, a la oración; celo; todo lo hizo Dios en mí. Y grandes luces en Ejercicios.

Y yo he pagado con aquello. Para convencerme de mi tibieza, atender al examen, adiciones y oración, Sagrada Comunión, desorden en el día, ocio y ocasiones, libertad en los ojos, y compararme con las Reglas: ¡Puridad angélica!, procurando devoción; etc.

La confianza, en adelante, sólo en la unión con Dios, en el Corazón de Jesús, en Nuestra Señora. Fundar desde los Ejercicios la nueva vida, vida de fervor (Apocalipsis, 3, 15). Pero ésta (nueva vida) integrarla con la humildad de confesar mi propia tibieza y mis pecados; y en estas dos confesiones, mi impotencia (1934).

¡Oh Dios y Señor mío!, ¡Santo, Santo, Santo!: yo me confieso a Vos, pecador y sucio, derramado en la amarga asquerosidad de mi vida. Yo confieso contra mí mi pecado, para que venzas Tú, Santidad y Alteza incontaminable. Yo confieso mis torpezas pasadas, el pensar con tanta ceguera, y mi soberbia en juzgar sobre tu Verdad, sobre la Eucaristía y la libertad. ¡Yo contra Ti, Dios de mis padres!

Y la ligereza en confesarme y comulgar; lejos de Ti y perdido en el mundo, mientras Tú tocabas con pensamientos de Eternidad el fondo de mi alma, y mientras huía así lejos de Ti, me llamaste con voz poderosa, y me atrajiste y me arrancaste al mal. Y me llevaste, con la diestra fuerte, a la casa tuya y de tus siervos, y me apacentaste con pan de vida, y me amaestraste a vida santa.

Y yo busqué, con ceguedad de humo del espíritu de tinieblas, el despertar de mi carne, y combatí a medias contra ella; combatí capitulando, rechacé cediendo, empuñé las armas dejándome engañar, y huía mirando atrás. (¡Por la mise-

ricordia de Dios, no he sido aniquilado...!)

¡Ay!, lágrimas de dolor sobre tanto camino torcido, y tanta traición a tu amor, que me tendía los brazos. Porque con afectos suaves dejé despertar el ardor impuro, ¡ay!, ¡ay!, ¡piedad, Dios de pureza! Porque en lecturas innecesarias cebé con óleo el fuego... Porque con miradas imprudentes —arte o calle— me tendí yo mismo el lazo para ahorcarme...

¡Toda santidad he salpicado de pus de mi podredumbre! Y en todo esto, hacía negligentemente la obra de Dios: en el examen, todo distraído; en la oración, todo eran pensamientos impertinentes y del trabajo. ¡Cuántas horas perdidas en el ocio, abriendo el flanco a las saetas del tentador, que es el diablo! (1936).

Pecado venial. —Su naturaleza, como el mortal: desviación del único bien del alma, afición a la vil criatura, desorden en amar algo no conforme a la naturaleza. De ahí gran fealdad, repugnancia. Es ofensa del Bien Sumo.

Luego, grandísimo mal. Desacato a la Majestad y Santidad Infinita. Luego más de aborrecer que la muerte. Con esa tibieza de los frecuentes veniales, ¡qué veneno, y qué flojera, y qué tinieblas y manchas, que no se sienten, vienen al alma! Se prepara el mortal y habitual. Propósito: odio de distracciones, mentiras, torceduras cordiales. Todo eso debilita de tal modo, que lleva al mortal. Antes picadillo que un venial (1934»

TENTACIONES.

Hubo de padecer muy molesta lucha, prolongada durante bastantes años de su vida. Pocos habrán sospechado tal combate interior en el fervoroso Fernando Huidobro, que llevaba una vida de tan dinámica actividad y de proceder tan sereno. Se traslucieron algo sus escrúpulos al exterior, en los comienzos, sobre todo, de su vida religiosa; pero no sus tentaciones. Mas en sus escritos claramente aparece que tuvo que sostener penoso esfuerzo, especialmente en defensa de su pureza. Se comprende que, en la meditación de las Tentaciones, sostenidas por Jesús en el Desierto, se hiciera espe-

ciales aplicaciones. Y procurara moverse a la Confianza en Dios y al optimismo.

> «*Tentaciones de Cristo y mis tentaciones*. —Son cosa que viene determinada por el Padre, que las consiente para mayores bienes. Verlas venir de Dios y que son parte del camino de la vida. Con el íntimo convencimiento de que el poder de Dios se muestra en nuestra debilidad en ellas (2 Corintios, 12).
>
> Sana dirección general de la vida. En sosiego: descanso, ejercicio corporal, etc. Y en una disposición del día apretada, disciplinada, sin antojos. Y lo mismo al *irse a acostar*. Llenar imaginación y corazón de Cristo y de su vida, según los métodos de San Ignacio (aplicación de sentidos). Vida abierta y alegre, 'por ellos y por mí'. A veces una sonrisa disipa un nublado. De sacerdote nunca decir: 'si yo no puedo con mis tentaciones, ¿cómo voy a ayudar a los demás?' Ayudando a los otros se disipan las propias. No hacer centro de la vida al demonio, ni al pecado, de modo que doquier se vean tentaciones y pecados. Ese democentrismo es falso. La criatura es fundamentalmente buena, a pesar de sus ruindades. Y sólo hay un Kyrios, un Señor. El miedo arruina e inutiliza al alma (1933).
>
> Las tentaciones de Jesús vienen de fuera para El. El no siente el morder de la serpiente; sólo el silbar.
>
> Jacobo el Menor señala dos salidas que puede tener la Tentación: a corona de vida, a la muerte. Grandes bienes, por consiguiente, y grandes males. Ejemplo de los bienes: Job, que resiste sin caer; y Jesucristo. David cae y se levanta. San Pedro cae y se levanta. Salomón cae y no se levanta. Judas cae y no se levanta.»

INFIERNO.

Por medio del temor al castigo, quiere San Ignacio reforzar el propósito contra el pecado. Optimo es que el amor de Dios contenga al hombre frente al peligro; pero si, a causa de nuevas infidelidades, este amor se debilitase, que, al menos, sea el horror al In-

fierno el muro de contención. Comprensible que aquí insista San Ignacio en que la sensibilidad se impresione: sólo así perdurará la eficacia de este freno ante la ofensa a Dios.

Vemos que se esforzó el Padre Huidobro en sentir, muy al vivo, la realidad de las penas eternas, mientras ahincadamente profundiza en las causas del eterno castigo. Va entremezclando las penas de sentido y las penas de desesperación. Pero aunque tanto insiste, hiriendo su entendimiento y su sentimiento, en lo terrible del castigo y en la posibilidad de su propia condenación, no cesa de mirar sin descanso a Jesucristo y su Misericordia.

> «Hoy, más que nunca, luz. Y sólo en mirar sencillamente el horrible fuego, y pensar que no se apagará nunca, y que es posible, casi probable, que yo vaya a ese fuego. ¡Ahí me puede llevar la sensualidad no bien domada! Ver doquiera esas llamas infernales, que son luz para ver la verdad de las cosas, y para tener clavado, en las carnes y en el ánimo, el santo temor de Dios. Marcos, 9: 'Arráncatelo y arrójalo lejos de ti.' Cortar con serenidad, pero con energía, toda ocasión (1932).
>
> Memoria de la vanidad de lo que aquí me ha traído. Un gusto momentáneo (‘Lo que deleita, es momentáneo; lo que atormenta, eterno’). ¡Qué tormento el pensar: sólo con resistir un momento el mal deseo, estaría en el Cielo! Allí están Fulano y Zutano, que eran en un tiempo peores que yo... ¡Yo, el fervoroso; el predicador; el sabio! Y danzan a su alrededor los demonios diciendo: '¡El santo! ¿Cómo estás ahí? Clérigo, fraile, ¿cómo has caído?' Y los otros condenados.
>
> Lo principal, la pena de daño. Tendencia a mi único fin, a mi solo bien, sin objeto... ¡atormentadora, acuciadora sed!
>
> Lo más terrible del Infierno es que, *para mí*, ya no hay nada de bien. Se alegrarán *otros*, comerán *otros*... yo estaré allí; amarán y alabarán a Dios *otros*..., yo en el Infierno (1935).
>
> Eternidad, eternidad. Ya no hay esperanza. No hay revolución que derribe a Dios. No cabe en El arrepentimiento o mudanza. Certísimo que es para siempre, siempre, siempre. Lo sentí como casi nunca... y sentía la desesperación de entonces, y quiero entrar en la vida más áspera, para asegurar

la salvación. Esa vida, aspérrima y segurísima, es la guarda de las Reglas, que hacen una Orden estrechísima (1931).

Unos se salvan y otros se condenan. Eso lo pienso con facilidad, y acudo a pensar en la misericordia de Dios, para *suponer* que yo soy de los primeros. Pero me he de hacer con brutal crudeza la pregunta: Yo, ¿me salvaré o me condenaré? Y lo segundo es para siempre, sin remedio. ¿Qué a mí, entonces, que otros se salven? Para mí no hay más que eterno, infinito tormento. Siempre, siempre. Negativo en sentido de que nunca mejoran, sin esperanza, *nunca* Dios. Positivo, siempre horrendo dolor y tormento.

Un instante eterno, con el tedio del tiempo. Pensarme yo mi infierno, como Santa Teresa, el suyo. Para con llamas sujetar la concupiscencia. Llevar siempre conmigo este infierno. Y una vez a la semana meditarlo.

El pecador, al pecar pecado mortal, determina separarse de Dios, quedar sólo para sí. Dios, al condenarle, '¡apártate!', no hace sino aceptar lo que yo, al pecar, quise y pretendí. Confirma esta separación. Un pecado mortal y me condeno al Infierno. De mi parte, sin remedio. Dios puede dar la conversión. ¿Lo hará, después de tanto? Horror del desgarramiento interior del condenado... ¡y para siempre!

Al fin de la meditación, Coloquio de Misericordia; y el Señor me recordó las palabras ad Romanos, 8: '¿Quién me va a poder separar de El...?' Si no estoy en el infierno, *por Cristo crucificado*. Si espero salvarme, por Cristo crucificado. Y gran consuelo en esta confianza y unión. Firme contra escrúpulos y desolación. Seguir las reglas de discernir espíritus. Y tener fe en *Cristo crucificado*.

Aplicación de sentidos al Infierno. —Ver espectáculos de terror. Los dos atropellos de trenes. Fuego de Oña, como si allí muchos hubiesen caído.

Oír blasfemias, que tanta pena me dan. Muchedumbre en polvo y rebelión. O alaridos en desgracias.

Cuando me agrade la vista u oído u olor, con peligro, recordar el Infierno, con su vista eterna de fealdad y horrura, y su hedor insoportable. No comparando, que aumenta el peli-

gro; sino, absolutamente, apartar la imaginación, y pensar en lo desagradable y terrible.

Caminos que llevan al Infierno. —Verdad muy importante es que yo puedo ir al Infierno.

La perdición suele venir por faltar en los fundamentos:

a) Temor y amor de Dios. b) Deseos de oración: se pierde el aprecio y no se acude a Dios (lo que tú no puedes, pídelo). c) Descuidar la oración, acortarla, dejarla. d) Descuido en la mortificación: no se aprecia, descuidando la doctrina sobre mundo y carne; y no se practica en los dos grandes tropiezos de un jesuita: soberbia y sensualidad (1934).

El rechinar de dientes es la desesperación, el odio contra Dios. Pero inútil. Dios, sereno, imponente de poder y majestad, rechazará al condenado... 'Te llamé y no me oíste. Yo me reiré en tu muerte'... ¡Risa de Dios contra los impíos! Horrible risa eterna, que es rechinar de dientes de los condenados... Les cogerá como una tormenta... 'Como pajas ante el viento, como un poco de ceniza que el huracán dispersa', Job. 21-18. Como la rueda de molino en el mar, así Babilonia en el abismo. Como un peso de muchas toneladas de hierro, martillo pilón sobre un perro; se retuerce; lo deja como un papel de fumar.

Purgatorio. —No quiero que mi Padre me tenga que castigar, y negarme un tiempo su vista (1934).»

MUERTE Y JUICIO

La meditación de la *muerte* no aparece en el Libro de San Ignacio. El Padre Huidobro insiste, entre otros efectos, en fijarse en ella para hallar la vanidad del mundo, fruto señalado por San Ignacio después de la meditación de los Pecados.

«En la muerte sentí gran deseo de la del santo, de la satisfacción por haber trabajado por las almas. La muerte de Javier, mi ideal. Y temí ver el gran vacío que ahora veo, tan poca unión con Dios en oración.

La copa de mis iniquidades, si se llena con un solo pecado mortal (Mane-Thecel-Phares), mandará la muerte el

Señor. Porque no viene por causas naturales, con independencia, sino que Dios la envía a su hora. En esto más, mano de Dios (‘Te pediré tu vida...’)

Sólo temeremos en la muerte por el Juicio que se seguirá. Es decir, que allá se jugará el todo. Y lo que parecían justicias a los hombres, son pecados a los ojos de Dios. ¡Fariseo ciego! Rapiña por de dentro, y mucho limpiar de faltitas por de fuera. P. Ministro: pula, corte, raje. ¡Ya sólo quedan tres años de casa de formación!

Nivela e iguala a todos la muerte, y deja vano lo que parecía algo.

¡Qué destrozo en mi vida, que es apariencia por fuera y pecado por dentro! No quedará de mí nada, tal cual soy ahora. Todo lo que sufra, todo lo que padezca, eso sí quedará. La humildad, la pobreza, el silencio, el sufrimiento, eso es lo que obra aquí paz y después gloria. Lo demás, gran mentira. Casa Profesa. P. Torres..., ¡qué vacío y desolación! ([3]) (1931).

¿Miedo a la muerte? No. ¡Serenidad! Sólo desde allí se entiende la vida, porque en la muerte culmina. El que en la muerte se ha hecho digno de vivir, vivirá siempre. El que no, morirá siempre. Ahora vivimos vida de prueba. En cada momento tenemos nuestra vida en nuestra mano. Podemos hacer lo pasado bueno, con el arrepentimiento. Y lo futuro, con el propósito. Este es el valor de cada momento. Aunque se hayan dado malos pasos, se puede arreglar, se puede volver. Hay quien malbarata su vida por hacerse una bestia: por soberbia, por goce brutal, semejante al que tiene un toro robusto. ¿Qué cuenta le pedirá Dios? 'Te hice y mis manos te formaron, y te infundí la vida, y te di fuerza para trabajar por ti y por los hombres... Y tú malbarataste todo...'

(')

Hijo pródigo. —Me he ido a gastar y desperdiciar mi ha-

---

[3] Nótese que esto lo meditaba el P. Huidobro poco después del incendio de la Profesa, el 11 de mayo.

cienda (corazón en tonterías, voluntad débil no educándola, inteligencia en malos pensamientos), lejos del Padre. ¡Qué lejos vivo de Dios! '¡Cuántos mercenarios...' Cuántos seglares, mi madre, Mame, Tere, Rosario, Carlos, infinitos más, viven en gracia abundante, paz, sosiego, gozo espiritual. 'Y yo aquí': Yo no soy digno de llamarme religioso. Me levantaré... e iré... ¿a dónde?... ¡a mi Padre...! (1931).»

CONFESIÓN.

Tanto de las notas sobre su Confesión, como de las de su cuenta de conciencia al Padre Espiritual, claramente se deduce que todos los temores y arrepentimientos, tan sentidísimos, del Padre Huidobro, versaban acerca de faltas ligeras. El aconsejarle menos Confesiones generales y más buscar tranquilizar su alma, manifiesta lo excesivo e infundado de sus miedos escrupulosos.

«De la cuenta de conciencia (P. Morán). Dé gracias a Dios por lo que le ha preservado, que no haya caído en cosas mayores que podía haber caído. Y humíllese por esas miserias (¡no las niega, las afirma!), pero con confianza en el Sagrado Corazón. Tener cuidado con la compasión excesiva.

Y lloré de veras en la caída y conversión de San Pedro, lloré por haber ofendido a tan buen Señor, y mucho consuelo después de la Confesión, como si todo me lo perdonase de nuevo, y me recibiese, muy especialmente, a su servicio. Me animó en la Confesión el Padre, muy de corazón (1934).

Confesión: conserve siempre la compunción, dé gracias a Nuestro Señor por tantísimos beneficios como le ha hecho (¿alusión a que perdonó mucho?) y por los grandes deseos que le da de servirle. Fomente todo lo que le aumente la confianza y el estar siempre colgado de Nuestro Señor y de la Virgen Santísima, para habilitarse para hacer mucho bien. Y evite todo lo contrario, lo que estrecha el corazón, que le puede hacer mucho daño; y por lo menos, puede perder mucho tiempo con escrúpulos, etc.

NB: Ahora no me conviene hacer Confesión general de la vida, que me perturbaría. Y en los Ejercicios para las Orde-

nes creo que no debo revolver lo ya perdonado de antes de entrar en la Compañía, que sólo traerá turbación y ningún bien. Sino algo de lo principal antes y después. Aprobado por el P. Espiritual (1932).

La gracia de Dios se derrama en el alma por medio del Consejo y la Confesión. Dios nos ayudará por el hombre. Así lo ha dispuesto El, para humillación. La Gracia, ¿qué es? No la vamos a conseguir a puñetazos, ni a lágrima viva, aunque sea bueno el llorar, si Dios lo da; ni a fuerza de gritos míos. Vendrá, como las obras de Dios: como un soplo a nuestro oído, suave y dulce; como un tocar al corazón para los que viven en gracia; como una reprensión amarga para el pecado...

Mi temor, mi desconfianza del futuro y aun del pasado, anegarlo en el mar de confianza en Jesucristo. En la gran misericordia de Dios. Humildad porque soy postema y malicia; soy pecado y lleno de maldad; confesando lo que hay de pecado, sin desasosiego, en mi vida ruin. Pero todo lo ahoga Jesús en su sangre y lo lava. Y temer por ello es ofenderle. Tras la Confesión, paz, confianza (1932).»

REINO DE CRISTO.

En esta meditación —Parábola del Reino— pretende San Ignacio que el ejercitante, entusiasmado con Jesucristo, se decida a entregarse a El, de un modo general, pero ya desde ahora ofreciéndosele aun para lo más difícil.

Al hacer esta importantísima meditación, se fija preferentemente el Padre Huidobro en lo que es y significa Jesucristo para nosotros. Y a este fin profundiza en el Dogma, en San Pablo, para fijar en su grandeza la raíz de nuestra entrega al Rey Eterno. No se detiene tanto en la Parábola, sino en el atractivo real de Cristo, y en nuestra entrega ilimitada a El, con la Oblación final de San Ignacio.

Leemos aquí una frase llena de humilde sentido; no aparece otra semejante en el Diario: fue tanta la ilustración que le pareció haber recibido en la meditación acerca del Verbo, que ruega al Señor no ensoberbecerse. Al hacer la Oblación final, señalada por San Ignacio, insiste consigo mismo en aceptar el destino futuro que

le habían señalado sus Superiores, Profesor de Historia de la Filosofía. Su esmerada preparación filosófica, su contacto con la Filosofía alemana contemporánea, sus dotes pedagógicas, auguraban un gran éxito en la enseñanza dentro de la Casa de Estudios. Pero a él, inclinadísimo a ministerios directos con jóvenes, tal horizonte se le presentaba muy oscuro.

> «Del descanso y primeros momentos, muchas imperfecciones, dejándome llevar interiormente de pasión y amor propio, y del vicio de planear excesivamente. Sacar humildad.
>
> El Reino mismo, meditado con paz y quietud, sin repugnancias. La resolución de la comparación con las empresas de Carlos V (turcos, protestantes, Berbería, Indias). Y puesta la resolución en seguir al César y Rey, ¡cuánto más a Jesús! (1934).
>
> Cristo es Rey eterno y nadie puede arrebatarle el Reino, fundado en la Divinidad, ganado con la muerte. La idea del temporal es la del Emperador, según la idealidad medieval, pero engrandecido según Cristo. El Rey eterno es el de Colosenses, 1: Imagen de Dios invisible, engendrado antes de toda criatura...
>
> Va a Galilea, provincia despreciada. Caminos ocultos del reino. *Exinanivit*...: Es heraldo del Reino, anunciador, revelador. Pero la revelación —que es todo del Padre, 'Verbum Dei' que decían los Profetas— no es para enseñanza, sino para darse Dios, comunicarse. *Aquí*, en esta contingente aparición del Hijo, el término de una *misión* divina eterna y necesaria, en cuanto ciencia y voluntad, la recibe del Padre. El es el gran exégeta de Dios. Ignorábamos si Dios Uno o muchos, o si sólo era una ley fatal de la naturaleza lo que había en el fondo de las cosas y detrás de las apariencias. Pero vino el Unigénito y El lo ha explicado.
>
> ¡Evangelio! ¡Buena nueva! ¡Alegría! No ‘Kakoangelio’ (Mala nueva). ¡Que estamos redimidos! Damos a nuestra vida un fondo de alegría y un vivir en la Redención, ayudando a redimir a los demás.»
>
> «Lo que pide Jesús es *metanoian* y *pistis* (cambio y fe). La *metanoia* no es sólo aborrecer el pecado. Es el cambiar el pensar y el sentir, dar media vuelta en la posición fundamen-

tal de la vida. Y volverse a Dios, y echarse en Dios, y vivir ya en Dios. Ni se hace de una vez para siempre, en un momento; ni se repite indefinidamente en cada Ejercicios. Sino que se va haciendo, porque es la conversión del hombre viejo en nuevo. Y todo a lo largo de la vida, con infinita paciencia, hasta el purgatorio, hay que vivir esa lucha y hacer esa obra. Vistiendo a Cristo. Trabajar para ser corno Cristo (Rey Temporal). *Pistis:* se conoce, meditando la manera de obrar de Abraham. Es entregarse del todo a Dios, a ciegas. Uno que camina de noche por los Alpes y el guía le dice: 'Aquí hay un tajo, pero sólo de medio metro... Firme, y ¡salte usted con decisión!' Y sólo se ve el vacío negro. Así, echarse en Dios. Y vivir como sacerdote sumergido, hundido en Dios. Vida de ir matando afectos desordenados, e ir teniendo a Cristo en lugar de madre y hermanos y de todas las cosas.

La empresa de seguirle y el presentar su excelencia, por Colosenses, 1-12 ss. Es el Padre el que nos da la suficiencia para tener parte en la suerte de los santos; el que nos arrancó (primera semana), El, por su gracia y virtud, de la potestad de las tinieblas (pecado) y trasladó al Reino del Hijo de su caridad, en el Cual (clavado en la Cruz, de Creador es venido a hacerse Hombre) la redención, la remisión de los pecados; el Cual es Imagen de Dios invisible, primogénito de toda creación... Toda la Creación por la Palabra; ángeles, tronos, principados, todo por medio de El y para El está creado.

Pensar esto del Dios que tengo en la Hostia, tan grande y mediador; que une —como Dios y creatura— todo con Dios, todo sujeto a El; y El entrando y entregándose al Padre; entrando hasta su esencia, hasta ser Uno con El por arriba, el que es uno con la Creación por abajo; y lo ofrece todo, en la gran Liturgia eterna trinitaria, en que aun como Persona divina, en Amor y en Esencia Uno con el Padre, espira al Espíritu (¡Humíllame, Señor!). La otra parte, su humildad, ¿cómo une y reconcilia? *Por la Sangre del garrote en que murió*.

Es de absoluta necesidad teológica el morir con El crucificado, por el Bautismo y la mortificación subsiguiente. La generosidad es ir más allá, hasta sentir según sus sentimientos. Y esto lo medité en Filipenses..., 'hecho obediente...', y que-

rer parecerme a El y preferir lo que es así; querer reproducir mi ejemplar y que se cumpla. 'Para mí, el vivir es Cristo', sin desfigurar a Cristo. Para ser apóstol no hay más camino.

La inteligencia bien convencida de esto; falta corazón y práctica.

Tarde. — ¡*Eterno Señor!* Me ofrecí a lo que siento repugnancia, a pobreza sin libros y en mala casa y pobretona y sucia y sin medios exteriores; a que sean otros preferidos en Cátedras, etcétera, *y a no decir una palabra sobre ello jamás*, tomando esto poquito de Regla 11; a ser tapón en clases que no sé (Cosmología); a fracasos en escribir libros, etc.; en exámenes: humillaciones, ser tirado al suelo, abofeteado, calumniado, y alegrarme en aquella hora.

En fin, a sentir en Cristo Jesús, como El, a no tener la ciencia y honra por mi botín, sino vaciarme (*ekenosen*) y abajarme y achicarme, con El y por El, hasta la obediencia de muerte de cruz; hasta que entre en mi vida y la atraviese la cruz de Cristo, con algún fracaso total, o renunciación a lo que me es más caro, v. gr.: a una viduca de profesorcillo, allá en Bélgica, cargado de trabajos y cosas exteriores, sin libros, sin nada. Con pensar en Cristo, creo se me hará más fácil. Pero no engañarme como hasta ahora. Es necesario llegar al *contemptus* y a *contemni* (al desprecio) (1934).

No contentarme con servir a otro. Junto a tal Rey pelearé. Y sólo por la victoria, con objetividad. Es un crimen buscar nombre. ¡Sólo el Rey tiene nombre, todo por el Rey! Alegrarme cuando El es conocido y amado. No hacer nada absolutamente por mi nombre (1935).

¿Voy a ser escritor? Dejar todo cuidado del nombre. Y escribir, sobre todo, de Dios, de Cristo.

En materia de impureza necesito dinamismo hacia otra parte, y perder ya del todo el miedo, que es lo más ruin. Hacer para Dios obras con prisa: artículos, libros, crear, crear... Estar en la brecha y olvidar lo otro.»

Comienzan las Meditaciones sobre la Vida de Jesucristo. A la vista de sus ejemplos, se ha de ir buscando el quitar los impedimentos que, para la santidad, se hallan en nuestras inclinaciones torcidas, particularmente en el miedo a la pobreza y a la humillación. Para llegar, luego, al cumplimiento de la voluntad divina, en nuestra conducta.

Ya desde la primera meditación, de la Encarnación —con intensidad y a la vez con devota delicadeza—, llega el Padre Huidobro a un desprecio profundo de las vanas grandezas del mundo.

Con enorme devoción, y aplicaciones tiernas y oportunísimas, va el Padre Huidobro alcanzando el fruto propio de estas meditaciones: conocimiento del Verbo Encarnado, para más amarle. Tiene, a veces, resumidos en muy felices frases, pensamientos muy teológicos sobre Jesucristo.

> «Ver a María: Pureza que destella; resplandor de santidad; oración. (Mi cruz: Vida de oración.) Y ver que es lo más importante de la historia lo que allí pasa. Y, sin embargo: No un 'sabio o un Escriba... de este siglo'. Nada de doctorados ni bachillerías. En barrer y fregar la salud de las almas. Y *lo otro, cuando Dios dice y manda hacerlo* (1936).
>
> 'El mundo era, y es, una incapacidad, una total maldad, spurcicia, podredumbre. De él nada bueno, ni llevaba elementos de salvación (familia, educación, religión). Pero el don de Dios: el Padre que da al Hijo (... Filio non pepercit), el Hijo que se da (tradidit Semetipsum...), eso sanó, eso sanará al mundo actual, eso a mí' (1931).
>
> *Primera meditación*: Desolación por precedente tentación. Pero humillación, y que cuando venga, yo todo lo merezco, yo Hombre del Infierno.
>
> *Segunda*: Rodeada la Encarnación, o el Verbo al encarnarse de tan gran Señora, y el Ángel altísimo que estaba en la presencia de Dios; y en el gran misterio que se repite cada mañana, ¿no debo tener tales modelos de pureza y santidad?
>
> Y lo mismo en la *Visitación*: Santidad alrededor de Cris-

to. Gustarla y saborearla para aficionarme a ella.

Luego, en la primera repetición de la tarde, movimiento desordenadísimo de impaciencia. A la tarde, aplicación de sentidos, con un sentimiento de facilidad en hacerla, mas con la puerta del Señor cerrada. Llorar allí hasta que se me abra.

Saborear y gustar las virtudes del Ángel y Nuestra Señora: el respeto, la pureza, la santidad; con aplicación al sacerdocio. Y la Divinidad escondida, como en el Altar; y buscarla siempre y poner en Oración y Eucaristía el centro de mi vida, mi única vida. 'Mi vida, Xto.' (1934).

'Se anonadó' eso lo trae San Pablo para que no hagamos nada por emulaciones ni por gloria vana (Filipenses). Buscar el lucimiento de mis hermanos, de mis discípulos, de otros seglares. Aun la nueva Ontología, si es mejor, que salga a nombre de otro.

Ocultamente viene y nace Cristo. No da un paso por su gloria, ni aquí, ni en la vida privada, ni en la pública. 'Ego non quaero gloriam meam' ¡Y a El le conviene toda gloria!

Es contrario al espíritu de Cristo querer manifestarse. Juan, 7: Los 'hermanos' quieren se manifieste al mundo. Juan, 15: ¿Por qué te manifiestas a nosotros y no al mundo? Mateo, 11: Él se esconde; no se oye su voz. Esperaré en paz, en el silencio y oscuridad de Nazaret, *hasta que llegue la hora de Dios. Nada dejar de hacer por temor a vanagloria; nada hacer por ganar la vanagloria*. 'Nos engañamos con no sé qué fantasías', decía el P. Morán; y es verdad (1935).

El Niño del seno de María y del pesebre, más que Mecenas o Agripa o las legiones de Panonia (1931).

Resoluciones: Serenidad; nada me puede hacer pecar. Llevar siempre el Escapulario del Carmen. Cortar todo gusto carnal en mirar, gustar, etc. Acudir en seguida a la que tiene cargo de eso.

Aplicación de sentidos al Nacimiento: Dios no necesita tiempos ni circunstancias. Cuando quiere, aunque esté cansado y con dolor de cabeza, lleva a donde quiere. Hoy en la aplicación de sentidos. Quiere mi Jesús —ya le amo más y quiero llamarle así— que la haga muchas veces... *Ver*: Todo

en la hermosura del Niño, en sus rizos de ébano, o de oro; en sus ojos alegres, puros, como palomas blancas de leche, junto al arroyuelo. Tú sólo ya serás mi Amigo. Reposar en esta vista muchas veces y mi corazón, que quiere amor, apacentarle con ella. Sit Jesus tuus dilectus specialis'. *Oír*: Una Palabra habló el Padre, ¡ah!, no puedo oírla; no cabe en mí; eso sería mi felicidad... Se hizo sensible esa Palabra, que era igual al Padre, y la Idea de todo, en este Niño. Y luego comenzó a hablar el Niño y decía: 'Os digo las cosas que oí a mi Padre'; hablaba sensiblemente, según podían recibir los hombres el Verbo Eterno, que habló el Padre: Oírle es ser el Hijo.

Siempre estudiar en Cristo y querer sufrir por este único amor (1932).

Meditación a media noche: Sintiendo mucho afecto a pobreza, pena del ‘no había sitio para ellos en la hostería’, y sentir la gran dignidad, devoción, humildad de Nuestra Señora y San José. En el Niño, más amarle y querer servirle. Buscar a Jesús sólo, como María y José (1934).

Angeles. Pastores: Por cansancio, sobre todo, por mi creencia de cansancio, estas últimas meditaciones no las hice del todo bien; es decir, distraído en algunos pensamientos.

Quiere Dios que haya *Paz* para mí. ¿Por qué no la tengo? ¿Cuándo? ¿Cuándo? 'Os anuncio un gran gozo.' Es Jesús el gozo, la alegría de mi vida. Sólo en El puedo alegrarme, en su Corazón. Estos Ejercicios, una vuelta al Corazón de Jesús.

'Para vosotros nació'. Jesús, para mí, el religioso de Dios. Y siendo yo uno con Jesús, para otros (1936).

Pastores: Busca a los pobres y humildes. Yo sólo en humildad, pobreza y trabajo alcanzaré oración, trato íntimo y secreto con Jesús. Este trato ha de ser mi vida.

Tan gran Señor, envuelto en pañales... *Nunca avergonzarme de la ignominia del Evangelio.*

Jesús y María, obediencia paciente; obediencia con sangre. Así ha de ser la mía, y he de tener ante los ojos todas las Reglas de San Ignacio, en esta materia, para cumplir-

las todas y en todo. Cuerpo muerto, bastón. Y no estoy aquí para saber alemán, ni ser erudito; sino para mortificarme y humillarme. Aunque en doctrina salga remendón, pero en virtud salga insigne. Mi disposición es contraria y por eso Dios no quiere que salga insigne en doctrina como hace tiempo me da a sentir. Pero en virtud sí quiere que sea otro *Jesús*. Dulcísimo Nombre. Lo grabaré doquiera, que es mi Amado. Y he de ser Jesús, imitándole en todo. Disposiciones políticas, destierro. Y ser herido por los nuestros: Obispos, Iglesia... Más quiero ser buen obediente que buen teólogo. Aplique esto al P. Ministro, y a la Biblioteca.

MAGOS - HUIDA A EGIPTO.

Oración, aunque sea de pozo el agua. Aun así, dulce paraíso.

Ir a Jesús como *los Magos*. Por sequedad, por adiciones, por lecturas de libros espirituales, por claridad de conciencia; ir siempre a Jesús. Ir a ayudar a ir a mis discípulos y compañeros de profesorado: ganarles por mi actitud de ayuda y servicio.

Huida a Egipto: Espiritual, en estar dispuesto a perder otra vez todo. Y con tal de llevar a Jesús, sentirme rico. Alegre descuido en ir o volver, en subir o bajar, en cambiar o seguir, en huir al extranjero o volver a España. Sólo llevar al Niño es lo que me importa. Con Jesús y María, a Bassinnes (NB: Estudiantado en Bélgica), a encerrarme en la soledad; o a Rusia, o a América. Siempre con Jesús. O al Japón. No me es dura la soledad de Bassinnes con Jesús. Ni huirla o disimularla.

Y como *los Magos*, a través del desierto y del polvo y la sed, buscar al Niño. Tener a Jesús es dulce paraíso. No en consolaciones sensibles necesariamente. Pero sí tenerle, por gracia y por devoción. Regla de procurar devoción. Más oración en el Terceronado para adquirir hábito, y después, porque, para vencer mis pasiones y tentaciones, la necesito. Buscarle y tenerle. Para la mortificación —inseparable de oración—, moción a las Reglas, etiam con voto. Pero sólo

Sumario (1934).

Todo esto fui meditando a través de la Encarnación y Nacimiento y Huída a Egipto: huye, se esconde, manso, humilde, ni con aquellos desplantes de caballero que a mí tanto me gustan, pero que ignoro de qué espíritu provienen (1935).

Niño perdido: Dolor amargo de haber dado el corazón tan barato, tan por nada. *Fili:* queja tierna que aumenta aquel *nobis* —a nosotros— a quien te ama sobre todo, y sólo piensa en Ti, y sólo piensa para Ti. Primero, ¿cómo aquel ternísimo hilo que une el corazón de la Madre al del Hijo, parece que implacable corta Jesús: Quid est...? ¿Y por qué? Cuando una cosa es clara, preguntar por qué, es negar la razón, es (sit venia...) abofetear.

Todo el Corazón de Jesús —el religioso de Dios—, para amar y dar culto al Padre. Va arrastrado por el amor infinito del Verbo.

Mi corazón sólo para Jesús. Vigilar sobre el menor movimiento del corazón, despreciándolo, porque es en nuestra voluntad todo. Soy religioso, luego soy para el culto de Dios con mis votos. El pecado, qué amargo, qué desabrido.»

VIDA OCULTA.

A medida que avanzan las meditaciones de la Segunda Semana, se ve más a las claras el esfuerzo que hacía el Padre Huidobro por dirigir todo su afecto a la Persona Santa de Jesucristo. Espíritu muy expansivo, afectuoso, muy fácil a la amistad, sentía fuertemente la inclinación al trato cordial humano y se sentía, a su vez, muy querido de todos. Esto siempre le tenía preocupado su ánimo y trabajaba por llevar su amor entero a Jesucristo, a fin de que el afecto natural no se impusiera. Fue ejemplo de lo que puede conseguir sobre un corazón joven y ardiente, el amor, el entusiasmo y la entrega a Jesucristo. Indudablemente que le ayudó la perseverante oración a centrar totalmente sus afectos. Por esta misma razón buscaba aún el afecto sensible al Señor, y de preferencia, en su Corazón. El, tan buen amigo como era, mantenía así, con el amor tiernísimo a Jesucristo, la alteza de sus afectos.

«Esa vida calladita, oculta, laboriosa, como Jesús en

Nazaret, lanzándose a la cruz, sea *mi vida*. ¡Ya es hora de que la viva! (1931).

Vida de trabajo, ofrecerme para la vida de Escolasticado o de Superior, que, dada mi manera de ser y cualidades, sería un martirio.

Repetición y aplicación de sentidos: Humilde y caritativo con los Hermanos Coadjutores, ayudándoles y dándoles recreo; con los estudiantes, ayudándoles; con los Superiores, haciéndoles mil cosillas. Y ser un trabajador como Jesús (mocetón encallecido en el trabajo y fatiga); no perder, para su gloria, ni un momento, aun del trabajo científico más duro. Y si pierdo la familiaridad con El, buscarle como María, desolado y llorando hasta hallarle.

¡Te buscaré, oh único Amigo mío! Toda mi vida buscando al amigo y lo he tenido cerca a veces, pero siempre la limitación humana le quitaba el ser perfecto amigo. Perfecto amigo al que, en absoluta pureza de afecto, le pueda decir todo, le pueda confiar lo más ruin de mí y lo más vergonzoso, para encontrar en él consuelo y fuerza, para descansar del todo en su pecho. Amigo que me ame hasta dar por mí la vida. 'Un único Amigo, a quien amo.'

La limitación de los otros en acabarse, en no dar más de sí intelectualmente o afectivamente, de corazón o de voluntad, y en separarse siempre. Vivo, aun de los buenos amigos de aquí abajo, siempre en separación. Mi vida, en este aspecto, son horas fugaces de volver a ver, y separarse luego.

Vicente Padilla y Montero, en Melilla; Centeno, en el Colegio; Rafael Galvis, Joaquinito y Antoñito Ibarola, a quien se llevó el Señor; Bru, Cano Pedro, Pedromingo, Arias, Ilundáin, Angulo, Dumoulin, Mario, Zurbano, Martinho, Valdés, Criado, González Gil, Lamadrid, Rodríguez, Jiménez, Larragán, Federico; Prat, Moreno Pareja, Gómez Acebo, Tatín, Rafael H. Segovia.

De todos a quienes quieras, sea Jesús el único verdadero Amigo. Ama a todos por Jesús; y por El mismo, a sólo Jesús.»

(NB: Desde aquí, hasta fin de «Vida Oculta», está tachado con

aspas de lápiz por el Padre Huidobro.)

Había dejado correr su pluma, movida por su afecto. Quizá luego le pareció que era una manifestación, demasiado sentimental, de sus afectos tiernos y exultantes, al pensar en el día en que ya pudiera celebrar la Santa Misa.

> «Jesús, ese Corazón quiere que yo sea como El me hizo. Y por eso apasionado, amoroso. Tengo que pasar amando lo que queda de vida. Aún soy joven; sobre todo aún tengo joven el corazón. ¿Que esto me ha de hacer sufrir? ¡Ah!, pero puedo amar, puedo amar; y hoy el Niño, ya crecido, me ha abrazado y he sentido unos latidos... y he amado. Se ha renovado el amor a la Sagrada Humanidad.
>
> Cuando yo tenga en mis manos la Forma Sagrada, temblar de gozo y sentir el latir de aquel Corazón. Sería un sueño, pero, Jesús mío, déjame soñar ahora y soñar amores, que luego volveré a ser ruin. Sería un sueño que sensiblemente sintiese aquel Corazón... Y pedirlo sería una audacia. Pero yo no lo pido, sólo pienso en Ti, Jesús, y callo.
>
> Siempre querré estar cerca del Sagrario, para estar cerca de aquella carne preciosa y divina. En los niños, una imagen de aquella carne; digo, en los bautizados e inocentes. Y de Jesús llenar mi vida, y escribir su Nombre en todas partes, y su doctrina y su amor cantarle a todos.
>
> Oscuridad, silencio, vida oculta, amando, me parece nada. ¿Sufrir?, sí, pero amar. ¡Amor! ¡Amor!, quiero levantar tu bandera. ¡Amar a Jesús como El es! Es Cruz, es dolor, es salir de mí para hacerle bien en sus miembros, en su Iglesia santa; es ser, por amor, como verdadero enamorado, un esclavo. Para mí, el rincón, el lavar los pies, el devorar en silencio las injurias y el olvido.
>
> Reflictiendo: Oscuridad, buscando ser como el fermento y nunca precipitando la obra de Dios, que tiene su hora y su sazón. Amar, queriendo mostrarlo en privarme de todo, padecer todo, y atreverme a todo» (1932).

DOS BANDERAS.

Pone San Ignacio en esta Meditación, alegórica, pero histórica, lo que constituye la quintaesencia de la doctrina evangélica, respecto al camino hacia la santidad, contraria a la del mundo. Quiere corregir en el ejercitante el juicio terreno, que nos hace considerar la pobreza, la abnegación y la humillación, como opuestas a nuestra dignidad y felicidad. Y refuerza todo esto San Ignacio con las Consideraciones, que pone luego, sobre tres Grados de Perfección.

Aun cuando no deja el Padre Huidobro de buscar, en esta Meditación, los fundamentos de la enseñanza de Jesucristo, tal como San Ignacio la indica, es notable cómo, de inmediato, va a las aplicaciones concretas que el Evangelio exige en nuestra vida. Para mover más eficazmente su propia voluntad, busca el encariñarse con la doctrina y con los casos prácticos de sacrifico, que se le ofrecen en su vida de obediencia y de búsqueda de la perfección.

> «Para el bien son enviados por Cristo hombres; así no pierde el ejercitante el contacto con la jerarquía y el cuerpo visible. Para el mal, demonios: Satán, príncipe de las tinieblas estas, rector del mundo maligno; él tiene a tantos encadenados, y es mortal enemigo de natura humana, que quiere, con furor, como león rugiente, perderme.
>
> Todo el Evangelio es esto. Y no lo entiendo. Todo es Cristo muriendo y en pobreza y oprobio. Es el escándalo de la cruz, en que tropieza el mundo; y en cosas que caen bajo elección, dentro de la Ley de Dios, tropiezo yo. Buscar nombre, libros, ser conocido como escritor, dirigir, planear, gobernar a otros, todo con su capa de celo. Pero nada de oscuridad, humillación. ‘Vete atrás, Satanás, con tus medios humanos y tu honra —me dirá el Maestro—, me escandalizas. Porque no piensas las cosas de Dios, sino las de los hombres', Mateo, 16-23. Y lo que sigue en el Evangelio.
>
> Pedí a Jesús vivirlo en no impacientarme, aguantar bromas, humillarme como que no sé —y es verdad— francés, y tantas cosas más. Aprovecharme de los embarazos que la ignorancia del alemán traerá. Todo con humildad (1932).

¡Ojo! Más claridad que nunca para ver los engaños del mal caudillo (1931).

Media noche: ¡Ay!, cuánto cuesta, cuando se llega a las inmediatas, el afectarse a la pobreza y humillación. Despego de libros, regalando ahora uno (¿el Misal?). Voto de dejar los otros en la Biblioteca, en cuanto no me sean necesarios. Me hizo mucha fuerza cómo admiraron el Breviario mis parientes, como cosa muy buena. Y ¿qué diferencia de mí a un rico? Así, el Breviario, los zapatos, etc. Cambiar el Breviario cuando pueda. ¿Podría entrar con él al portal o subir a la Cruz?

Pedí Rusia para aprender lo que es pobreza actual (1934).

Pidiendo la pobreza actual padecida, y las humillaciones y menosprecios: el fracaso, la dificultad, el verme en el rincón, despreciado por español, siempre extranjero, i. e.: extraño, nunca en casa.

Pobreza, desprecios; que vaya el Señor quebrando mis voluntades, para que quede, al fin, en lo sustancial, muerto el yo y sólo humildad, que es absoluto abandono en las manos de Dios.

Se la pedí a Nuestra Señora, por su humildad. En la Encarnación se ve bien, y por eso es la elegida. Dios se comunica del todo, sólo en la cumbre de esa humildad. 'He aquí la esclava del Señor...' Con esa serena humildad en el honor más alto hecho a criatura... ‘Tuam ipsius animam...’: en su vida de dolor, recogida en sí misma y resignada en Dios. ‘Stabat...' Por eso, suma humildad. En cuyo estado está ya Dios ahí, cuando ha perecido el propio fondo, o se ha reasumido en Dios, fondo único (1936).

No aborrece a los ricos Jesucristo (Lázaro y sus hermanas, Zaqueo, Nicodemus y José de Arimatea; Juana, la mujer de Cusa). Aborrece las riquezas, ‘Mammona iniquitatis’. Y se declara incompatible con ellas (Mateo, 6-24). ‘No atesoréis... polilla y el moho los corroen... No podéis servir a Dios y a Mammón’. El rico, que vestía de seda... que banqueteaba... Dejas la comida, si está algo menos bien condimentada (No sabes que no comen carne...). Vistes irreprochablemente (¡No te acuerdas de esos niños que pasan frío a tus puer-

tas!...)

Mucho afectarme a la cruz. Cada vez más que, si amo de veras a Jesucristo, es la más feliz la vida del tercer grado. ¡Oh qué feliz San Francisco, tan pobre, tan humillado, tan penitente, pero tan enamorado! No hay amor sin cruz. Vida dichosa en pobreza estrecha, en estar escondido. San Ignacio, por los pórticos y rincones, caminando a pie por Italia, trabado del brazo por el cristiano de la cintura; y luego burlado del Capitán español; yo, muy concertado y experimentado en fronteras, viajes, etc., callando las simplezas que hago (1934).

Por la mañana, suavidad y consolación en tres *Binarios y tres grados*, con pedir la Regla 11, como norma de mi vida.

Santificarme en el grado de las Constituciones, con gracia preparada, si oro, aun para la Regla 11.

Y mirando a San Luis en la gloria, pensé que sufrió poco tiempo; y a pesar de su vida de hierro, gozó más en este mundo, que yo. Echarme a la lucha. Nada habrá que no quiera padecer con Cristo. Es necesario que, al fin, como apóstol, muera en el surco y me deshaga (1935).

De tarde: En oscuridad, en tinieblas, su desasosiego. ¿Será por pensar en mi nombre?

O en empresas *grandes*, y este *grande* oculta mi orgullo.

Nunca buscar ser leído en particular. Nunca sacar la conversación de mis escritos. Humildad y llaneza con los profesores. Nuestros o seglares. No gallear en la Universidad. Procurar hacerlo bien, pero sin ansia. No echarlas de erudito; estraga el fruto. No pintarla de ingenioso; ofende a los otros. Ante los que son más ancianos, cállate; no creer que mis propuestas son deslumbrantes. No dar mi juicio, sin ser preguntado, *ni siquiera de lo que sé y soy especialista*, porque ofende. (Ama el ser desconocido, el que te olviden.)

En todos estos propósitos, consolación.

Como norma: No hablar en público, si no es para predicar el Evangelio. No pensar mucho en el tiempo que va a durar esta vida de martirio, ofrecerme para siempre, pero no aumentar la desesperación con la imaginación. Volver —si es

necesario para la paciencia— a la máxima antigua: 'La vida es mala; y esperar a que se acabe'. Peor sería el Infierno, que es, además, eterno.

El encerramiento perpetuo del Escolasticado —ya es cosa segura— será muerte continua. Pero sin este sacrificio, que hago ahora, no habría en mi vida aquel 'En una noche oscura...'; sólo necesito estar 'con ansias en amores inflamado'. En una vida espiritual intensa tendré todo consuelo y paz. Y cada año esperar a que se acabe. Y orar mucho, que necesitaré la oración para tener paciencia.

Luché con el problema de la Muerte y de la Vida.

Tengo que morir con Cristo, si soy apóstol; y, por otra parte, siento en mí el impulso vital, el impulso de la acción, el ansia vital de crear, de hacer, de amar, de dar consistencia a las ideas en obras perennes, no por vanidad, sino por necesidad interna de una fuerza creativa.

Se resuelve en San Pablo: 'Vosotros *muertos*, y vuestra vida, escondida con Cristo en Dios.'

Luego hay Muerte y hay Vida. Manifiestamente, ‘secundum diversa’. Muerte al mundo, a la sensualidad, a la fama, al dominio... Vida al amor y al celo de lo invisible; vida intensa en amor que crece con el dolor. Vida que tiene sus raíces en Dios, que crece pujante con Cristo, pero en lo escondido. Y por eso puede ser Muerte y Vida; muerte que envuelve a la vida. Vida de médula, de fuego interior, inmaterial, lumínico.

El fruto de la tercera Probación, de los Ejercicios, del Evangelio, está en abrazarse, de una vez, con lo irracional, con lo necio de Dios, que es más sabio que los hombres. Lo absurdo es natural. Lo paradójico no es sino lo verdadero, lo natural.

Pedí con mucho sosiego la cruz de Cristo, que será mi vida (1935).

Hora Santa: Despedida de Jesús para la vida apostólica. Vi delicadeza de los afectos de Jesús y cuánto sacrificio dejar a su Santísima Madre. Y dolor de Esta. Seré muy delicado con mi madre, que bien lo merece, quitando esa brusquedad con que los he tratado. Tratarla más íntimamente, en cosas

del espíritu.

Mañana: Desolación por descuido en adiciones.»

REFORMA DE VIDA (incluye los tres grados de humildad).

En esta parte central de los Ejercicios, en que hay toma de posiciones prácticas, como consecuencia de todo lo hasta aquí meditado, el Padre Huidobro pone su decidida entrega al servicio de Jesucristo, en la perfecta humildad y en las aplicaciones muy concretas y del momento. Tropieza con la gran dificultad de que la fuerza vital inmensa que siente, intelectual, de apostolado, de vida, tiene como que atrofiarse, al entrar por el camino de la humildad, tal cual él la concibe. Encuentra la solución en el amor a Jesucristo.

Hermoso es ver su reacción ante el destino costoso que le aguarda (la «elección» que para él han hecho sus Superiores). No busca suavizarse su vida futura en el profesorado escondido, sino que busca el saber aceptar con amor este destino, sobrenaturalmente: mucha oración, amor a Jesucristo y trabajo.

Concretando el Padre Huidobro todas sus luces y sus propósitos de Ejercicios, se trazó el Plan de su vida: fue en los años 35 y 36. Se recuerda primeramente las solidísimas bases en que se apoya: y en seguida se entrega a Dios con la máxima perfección a que alcanza, puntualizándose su práctica. Lo más consolador es que, a lo que se podía traslucir al exterior, fue, en lo humanamente posible, siempre fiel a la palabra dada a su Señor.

«Norma de mi vida: proceder en todas las cosas según las Constituciones, que son la aplicación del Evangelio a mí mismo.

¿Qué pide Dios de mí? Dios me quiere entero; es mi Dueño y me ha amado; y yo Le amo con todo mi corazón, y lo que hay dentro de mí, tiende a El; y yo se lo doy todo, en consagración de amor, santificado de verdad. Dios quiere que yo me entregue a El, sin reservarme nada: que sea santo. Sólo siendo santo puedo vivir feliz y victorioso.

Para ser feliz, tengo que ser del todo de Dios. Yo soy radicalísimo: de todo en todo; si no, desgarradura interior. Y

sólo en ese amor al Sagrado Corazón y en celo y confianza puedo hallar la paz.

Razones para ser santo: La gran misericordia de Dios conmigo. Si no lo soy, me perderé o seré un desgraciado, por mis pasiones y cualidades. Esto significa (Reglas II y 17): vivir en Cristo Jesús, y que en mí viva Cristo.

No puede ser mi perfección sólo *negar*, sino *hacer*; no morir con Cristo sólo, sino vivir con Cristo. El *negar* y el morir: mortificación. El hacer y el vivir: acción, apostolado intenso, *sin perder nada, ya urge todo,* pidiendo luz para llegar a Cristo.

PRÁCTICA: Misa. —Preparación de víspera: un cuarto de hora; y pensar (Card. Bona, Rabeneck), meditar Canon.

ORACIÓN: Mínimo, dos horas (o dos y media algún día a la semana y en días granados), hasta adquirir unión continua con Dios. Noche del jueves, una hora. Domingo (examen práctico). Breviario, despacio. Adiciones. Contemplación filosófica. Ir y volver en oración a la Universidad. Sesenta jaculatorias.

EXAMEN PARTICULAR: Unión Con Cristo Crucificado (no imaginativa). Actos principales: acabar y empezar las obras; secundarias, sin apuntar con el rosarillo, pero sí recordándolos en el examen general. Han de ser de unión y de mortificación. Jaculatoria con mortificación. Examen de la obra y pureza de intención.

MORTIFICACIÓN. — Principios generales: Tercer grado. — Siempre lo que es más gloria de Dios; en caso de duda, lo más duro. Morir antes que quebrantar una Constitución. *Cuerpo*: Cama, comida sin vino; dulce, moderado, quedando a veces con hambre.

PENITENCIAS: Viernes y sábado: cilicio todo el día, disciplina; mañana: Miserere; tarde: Miserere, De profundis, Ave Maris Stella (un rato disciplina y cilicio diario). Dormir en tablas.

HONRA: no *contar nada* en mi alabanza. No saborear triunfos. Paciencia en responder manso y humilde.

Paciencia: conmigo en las tentaciones y faltas. Pacien-

cia y energía en los escrúpulos. *Prontitud en ayudar* a los otros, sin preocuparme de mí. *Jamás negarme a ayudar a mi hermano*, si no hay falta en ello.

MINISTERIOS. — Predicación: Preparar con oración extraordinaria.

Confesión: austero *in modo*.

Buscar hombres y pobres, no niños, ni ricos. Coadjutores, no escolares. Llegando a la unión continua y devoción crecida.

VIDA PÚBLICA DE JESÚS.

El modo de meditar el Padre Huidobro esta parte de la Segunda Semana, va en un todo acomodado al método que propone San Ignacio: mirando los Hechos y Palabras del Señor, con crecido afecto, busca aquel aspecto en el que mejor pueda él luego hacer, con su acostumbrada generosidad, sin restricciones, las aplicaciones más inmediatas a cuanto prometió en la Reforma.

«Bautismo de Cristo. — 'Yo no me preocupo de buscar mi gloria: ya hay quien se preocupe de ella.' Esto como norma; no procurando, ni directa ni indirectamente, mi fama, aun la que parezca necesaria. 'Est qui quaerat'.

La oración, en la vida de un apóstol, no es sin combate ni sin mortificación. Y en ésta se ceja sin oración; y se desfallece en el combate sin ambas. A su vez, el combate muestra la necesidad de una y otra.

Aprender del ayuno terrible, para mis penitencias y austeridades. No asustarme de ninguna tentación, pues Cristo fue tentado de demoniolatría. Y conservar, en toda tentación, la paciencia que Cristo.

El bajó hasta el límite. Y todo eso por mí.

Caná. — Cristo en un banquete. Su benignidad, su modestia; cómo no pierde en la mortificación, por condescender humano. Delicadeza con su Madre y con todos los demás. Mucha más delicadeza.

Aplicación de sentidos: *Oír* al Bautista, 'Ecce Agnus Dei'

Y sólo amar a este Cordero. A las tardes: 'Maestro, ¿dónde habitas?', e ir al Sagrario, y allí hablar y oír. Sólo de El la verdad. Y como apóstol ser un eco de su voz: sólo saber a Cristo.

Misión de los Apóstoles. — ‘No poseáis oro, ni plata, ni bronce para vuestro bolsillo, ni saco de viaje, ni dos camisas (sotanas), ni zapatos (¡tres pares!), ni bastón: porque es digno el obrero de su sustentación’. Pedí al Sagrado Corazón me dé a sentir este su amor a la pobreza, y me dijese la razón de él. Y sentí está en llegarse a los humildes y pobres de espíritu, y mostrarse desprendido y deshecho de todo. Para mí, en parecerme a El. Renové propósito de Breviario, auto, etc. (tercera en el tren).

Materia de predicación: 'Se acerca el Reino de los Cielos'. No predicarme a mí, ni profanidades. Renuncio, Sagrado Corazón, de lo más íntimo de mí, a esa satisfacción de amor propio en las alabanzas; propongo no gozarla ni saborearla nunca; y exteriormente, rechazarla, dirigiendo a Dios la gloria.

Tempestad con Jesús en la navecilla: Todos van juntos: es la Iglesia. Tormenta, y parece que Jesús no se cura de ella. El va en su Iglesia, y yo quiero ir con Pedro y con Juan y con Andrés, etc., aunque tengan sus imperfecciones y sus yerros. No vaya a ser que no tenga parte con Cristo (1932).

Aplicación de sentidos al *Sermón de la Montaña:* La predicación de Cristo trasunto de su Corazón: ¡Bienaventurados! Ahí mi dicha, en ser como ese Corazón: manso y humilde y saturado de oprobios: Pobre, manso, pacificador, hambriento y sediento de justicia, etc., y querer que mi predicación sea también trasunto de su Corazón: Orar, antes y después de púlpito y confesionario (1934).

Jesús frente a los Fariseos (Mateo, 23): Deshacer de mí todo fariseísmo: del más mínimo desprecio al prójimo, los pobres, los pequeños, los amados de Jesús (1933).

Media noche y amanecer: Multiplicación de los panes: 'Se compadece'. Yo, así, de las turbas sin pan del alma ni del cuerpo. Eleva los ojos y da gracias al ir a multiplicar los panes: ejemplo de unión con Dios continua. Luego, la noche en oración: Ejemplo de oración larga. Uno y otro necesito en el

apostolado (1934).

Cesarea de Filipo. — La gran subida es, y el gran salto, de Cristo Profeta, a Cristo Hijo de Dios; con toda la entrega a Él, y la donación de fe y amor total que esto supone. Sacerdote, ¿me he dado del todo?

No vivo para mi Jesús, solícito de su gloria y de El, pensando en la unión eucarística. Vivo egoísta para mí, y de mis tentaciones y pecados imaginarios hago el centro ruin de mi vida egocéntrica, y por eso *cacocéntrica* o *ponerocéntrica*, es decir, hacer girar la vida en el mal o en la tristeza (1933).

Promesa de la Eucaristía. — Vivir por Cristo, es decir, en Cristo y Cristo en mí. La Eucaristía hace unos con Cristo, continuando lo del Bautista; allí morirnos y resucitamos, pero para seguir teniendo esta vida, hace falta comer la Carne y beber la Sangre, y tenemos ya ahora la vida eterna. Los dos momentos: psicológico (la fe con que hay que ir a Cristo) y ontológico (vivir por Cristo), se juntan perfectamente. Sin el psicológico, no hay el ontológico. Si no vivo crucificado con Cristo, matando los miembros sobre la tierra, no puedo estar en Cristo, sino que estaré en carne. Libertad y gracia: las dos necesarias.

Meditación de *confianza en Cristo*: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? Venid a Mí todos.

Queda el terrible problema de mi libertad. ¿Cómo salvarlo? Sólo la *personal* confianza en el Sagrado Corazón, sólo en entregarme sin reservas a ser de El y glorificarle santificándome; y así, con una dulcísima confianza y abandono, no dogmático, sino personal, salvando en la esperanza en El, sin seguridad, el azar de mi eterna condenación.

Luego, en aplicación de sentidos a *sinagoga de Cafarnaúm*, vi, en el comer el Cuerpo de Cristo, la prenda más segura. Invisible es el espíritu, arras del Cielo, pero visible la Sagrada Comunión. Si siempre celebro bien, viviré a Cristo y El en mí.

Resurrección de Lázaro. — Dominio del corazón. Jesús es amigo de Lázaro y, sin embargo, le deja morir, por más altas razones. Dignidad al tratar a Marta y María. Así yo a las

almas, sin ternura, con seriedad. Yo nunca deseé un confesor tierno. Ser juez y padre, pero un padre un poco serio; grave con los jóvenes, principalmente.

El es la Resurrección y la Vida. Resurrección para los muertos. Vida para los vivientes.

Toda confianza en su Corazón. Es corazón de amigo. Aunque parezca tardar. El viene.

Cena de Betania. — Ofrecí mis propósitos, como la Magdalena su aroma. En San Mateo, 16: *Prenuncio de la Pasión* y exigencia de la cruz para todos. Decir que no a mí, y que sí a Jesús. Entrar en la noche, negándome, una por una, todas las satisfacciones de tejas abajo; esas caricias al amor propio. 'En una noche oscura'.

Llegar a tal desnudez. No querer nada para mí. Ni afecto, ni triunfos, ni lucimientos, sino ser el último en todo. Y esto para ir a Jesús. Para que Dios lo posea todo, es necesaria esa purificación, que sólo se da por la mortificación pura, de total negarse (1933).»

TERCERA SEMANA

Meditaciones de la Pasión. Y en ellas reforzar los propósitos hechos en la Reforma, apoyados en el ejemplo del dolor de Cristo.

Aquí: más aborrecer de nuevo los pecados, que le costaron tanto al Dios hecho Hombre; más abrazarse con los sacrificios por amor a El; más penetrar el misterio de la Cruz; que para santificación propia y ayuda a las almas, de mayor eficacia divina es lo que se hace padeciendo con Cristo, que trabajando por Cristo.

Es ejemplar la constancia en la generosidad del Padre Huidobro para con Dios: nunca decae. Y luego del propósito general, basado en el amor a Jesucristo que sufre, viene siempre, de inmediato, la aplicación a los casos más concretos y, muchas veces, tan llenos de delicadeza para con el Señor paciente.

«Lavatorio de los pies. —Sentir, saborear el Ágape, el amor espiritual, de caridad, que ha de evacuar, del todo, de nuestro corazón al *Eros*. Intimidad con Jesús, como San

Juan, y desbordarse afuera con la caridad a todos (1933).

A los pies de un pecador echarme; y entender de una vez, aunque fuese yo Arzobispo: 'En verdad, en verdad os digo: no es el siervo sobre su señor...' Mansedumbre siempre, y con los pecadores especialmente (1934).

Eucaristía. — ¿En qué ambiente? Desgarrado por traidor y debilidad de los Apóstoles, por ingratitudes de todos, por horror de la Pasión, en desolación y desconsuelo hondísimo. Nos amó sobre todo, con ímpetu divino, que sólo da el amor que de Dios viene.

Institución. — 'Hoc est Corpus meum'. Omnipotencia de esta palabra. Mi Sangre, 'por vosotros se derramará': este darse del todo, darse a la muerte y al tormento en sacrificio, y cada día a ser comido y quedar como muerto, allí sobre el Altar; y todo por mí y por mis pecados.

NB: Después de los Ejercicios, no dar por natural el caer en faltas de antes (1934).

Oración del Huerto. — Pavor, sufrimientos. El es mi compañero en el dolor. La vida es *sufrir*; sea sufrir con El. ¿Qué vida mejor? Sentí el gozo de sufrir con Cristo más que todas las alegrías del mundo (Teatros, etc.).

La tristeza, el dolor, la abyección y humillación, están en el Corazón de Jesús. Entrar allí y beber eso para hacerme como El. Mi vida ha de ser amor. La vida es *dolor*, es *sufrir*. Sólo se puede vivir haciendo que, al mismo tiempo, sea *amar*. Jesús es dolor y es amor. Jesús es, pues, mi vida (1931).

Sequedad. Pero propósito firme de con Jesús siempre a la oración en esos momentos de desolación, y con resignación saber clamar y pedir al Espíritu pida por mí con gemidos inenarrables (1933).

Desde el Huerto a casa de Caifás. — El terrible abandono es por mí. Jesús bajo la santidad de justicia, como montes apilados sobre El, abrumado por desierto seco, oscuro, sediento, en tristeza y frío.

Por ahí he de pasar con Cristo —aunque no lo sienta y me parezca ser anatema de El—, por mí y por las almas ale-

jadas.

Pero orar más, aunque sea sudando sangre. Vi a Jesús bajo los Olivos, encorvado, anegado en amarguísimo mar. Saboreé las hieles de su Corazón: eso es el Pecado. Compasión y amor, que todo es por mí, para reunirme a Dios.

Más que nunca sentí este día la unión con Cristo (Paciente, pues en la Pasión empieza la unión, según San Pablo). Yo padezco con Cristo. Profundidad de esta unión mística. Y ánimos para escrúpulos, tentaciones, etc. (1934).

Pedí a la Madre sentir como Ella: 'Hondamente imprime en mi corazón las llagas del Crucificado'; y sentí el dolor de la flagelación.

Así castiga en Sí el deleite carnal. Cuando ruja la carne en tentación, acordarme; y venga a mis ojos aquella lastimosa imagen, aquella delicadísima preciosa carne atormentada. Y no perdonar, en la batalla por la castidad sacerdotal, ningún dolor. Orar y confiar en el bendito dolor de Jesús, de donde viene toda santidad, justicia y pureza (1932).

Azotes. — ¿Cómo solían castigar los Lictores? ¿Para qué castigaban a Jesús, en su intención, en la intención del Padre y de Jesús mismo?

Al ver así cribado y deshecho y molido a Jesús, vergüenza de mimar mi cuerpo. Quiero hacerme semejante a El. No quejarme de dolor del cuerpo y abrazar la mortificación: Postres, vinos, postura, cilicio, cama y frío; y lo que Dios quiera.

Luego, mucho pensar en el sufrir, que es la vida verdadera y única para la *paz* y la *gloria* (1931).

Aplicar el capítulo 53 de Isaías: y querer sufrir con Cristo y participar de su dolor.

Paciencia en trabajo de la oración; paciencia en ser manso en toda respuesta: 'como oveja que, llevada a la muerte, no exhala un quejido'; perseverancia en ir a lo más duro. Y sentí algo, por amor del Señor, de lo que es el tercer Grado. Sí, parecerme a El.»

El tercer Grado de humildad, a que se refiere el Padre Huidobro, siguiendo a San Ignacio, es el grado más perfecto de santidad con el amar a Jesucristo y con el desear sacrificarse por su amor, y así parecerse a El.

> «En el azar de mi vida con el pecado impuro, esta alternativa: o arder eternamente, o Jesús padece ese castigo atroz. Vino el mansísimo Jesús, y evité las llamas. Si ahora pecara, sería rechazar la satisfacción de Jesús y escogería ambas cosas: pisotear su Sangre y arder eternamente. Toda alegría mía, toda sonrisa en la vida, va a costa de este castigo de Jesús.
>
> Aplicación de sentidos: *Azotes*: Para vencer tentaciones, representarme este paso. *Sangre*: gustar, oler, en la misma suavidad de virtudes, paciencia, humildad, pureza (‘germinans virgines'), considerando cómo fue derramada, con tantos tormentos (1934).
>
> *Ante Pilatos*. —Cristo absolutamente solo: entrar en su Corazón; esa soledad por mí. Me va buscando a través de la Pasión: oración de su Corazón en esta parte del sacrificio.
>
> Luego, ante Herodes, el 'Logos', razón eterna de todo, tenido por tonto. Y El oculta su Sabiduría. ¿Cómo querré mostrarme? Aprender en la conversación, no enseñar, preguntar y buscar en qué me puede enseñar cada uno, y en eso mostrar interés.
>
> Cristo *en el aposentillo con los criados de los sacerdotes*: escupido, mesado, repelado: paciencia y deseo de tercer Grado efectivo. Dejar con la contemplación, de espacio, que entre en mi alma el ejemplar: Paciencia en tentaciones, escrúpulos, estudios, perseverando en lo árido y seco, penitencias, Superiores chinches, compañeros molestos.
>
> ¡Callar!, ¡callar!, ¡callar! El padece inocente; yo, culpable. El, por mis pecados; yo, por su amor.
>
> El merece mi vida; yo me salvo con El (1934).
>
> *Cristo Crucificado*. —Por ese dolor y oprobio no estoy yo en el Infierno. De manera que la Pasión de Cristo pertenece a la sustancia de mi alma, es su base y de ahí vivo yo. Por eso considerarla, no como algo ajeno, sino propio; y que pertene-

ce a mi vida. Por ella soy yo en el espíritu, y no la nada del pecado mortal y del Infierno (1931).

Crucificado. —Recrearme en aquel dolor y tomar allí fuerzas para sufrir. Y me aficioné a este Resumen de todo el Evangelio. Luego, entrando dentro del Sagrado Corazón, oí allí el ‘Padre, perdónalos'; aún queda allí amor para todos los pecadores, anegando en amor todo. La caridad sea lo primero, y olvidándome de todo, hasta de mi bien espiritual (no necesario), por los demás. *P. Valdés*. Y la soledad, el amargor del Corazón de Jesús de todos abandonado, hasta del Padre, para librarnos del abandono eterno (1932).

Consolación espiritual viendo el amor, y que todo por mí; y que todo bien que tengo, o puedo tener y esperar, de allí es.

Verle tan dolorido y afrentado, y hablé con El como el Buen Ladrón. Jesús, yo bien merecido todo: Tentaciones, abandonos; todo lo merezco bien. Tú solo sufres, inocente. Tú para mí Jesús. Esta palabra suena de otra manera. ¡Que yo la entienda! ¡Que la diga in Spiritu Sancto! ¡Y sea mi oración! Y en ese momento Le amé, haciéndome todo suyo, dándolo El, que atrae desde la Cruz (1935).

Para ver el amor, que es lo más íntimamente Trinitario. Esencia de Dios: 'Amor'. 'Persona divina relatione constituitur'. ¿Le puedo preguntar si me ama y está muerto por mí? Se ofrece al Padre en amor, que es *darse*, entregarse.

Pensar siempre en la cruz, que es amor. Y yo repito el Sacrificio en el Altar. Eso es lo que se me da.

Sentí mucho esta intimidad del amor; y fue de las buenas meditaciones, por gracia de Dios (1933).

Cristo abandonado de Dios, cuanto al sentir; abandonado realmente en sus miembros, que se pierden; siente el ansia inmensa de Dios en Sí, y en los que se hunden; y clama con voz valerosa: ¡Sitio! Me ofrecí a no negar nada al apostolado, ni en mortificación y oración en mí, ni en trabajo directo (1934).

Crucificado. — Suma pobreza: Reparto de los vestidos, desprendimiento de su Madre. ¿Estoy yo dispuesto a la po-

breza así?... ¿a poner todo por Cristo?... ¿a meter en mi casa al que no la tiene?... ¿a vestir con mi abrigo al desnudo?... Niños ateridos...

Sumo dolor: Manos, sienes; arrancada, gota a gota, la Sangre, a poder de puros tormentos exquisitos. La Cabeza espinada, ¿yo regalado? Soy víctima de mi sensualidad: Comida, bebida; cebando carne para el fuego...

Sumo desamparo: Soy yo como Pilatos... cuando había que defenderle... Sí, acción anarquista, acción. Todos más valientes. ¡Oh, el hijo de los mártires! ¿Sé mirar a la muerte como El? Muerte, que es ponerse de un Sol, que saldrá esplendoroso.

Repetición de toda la Pasión. — Paciencia, mansedumbre de Cristo cuando, con tanta violencia e injusticia, Le prenden. Hay hora de disputa, como en el Templo, y hora de callar: 'Esta es vuestra hora...' Ante el Sanedrín, y Pilatos, y Herodes, no se defiende. Ni para defender su misión habla.

Parte principal de mi cruz, instar en oración con desolación.

Propósito: Tal vez, casi todos los días, Viacrucis; y a menudo meditar la Sagrada Pasión, que tanto he descuidado hasta ahora. Pero no buscar consuelo para mí en ello. Soy indigno aun de pensar en la Pasión. A costa de su haber, de su honra y de su Sangre, nos redime. La cruz (la horca) es el camino suyo (1934).»

CUARTA SEMANA

Termina la serie de meditaciones de los Ejercicios con el pensamiento de Cristo glorificado: mirar, como cosa propia, los gozos de El, identificándose así con Jesucristo.

El Padre Huidobro insiste en la paz de alma que aún le falta. Y busca fundamentarla en la alegría y gloria de Jesucristo. Pensamiento muy basado en recta ascética, y a la vez en amor tierno al Señor resucitado.

Se anima él mismo a una práctica, llena de esperanzadora de-

licadeza, para su tranquilidad interior: «contra todo escrúpulo y posible culpa, gran remedio de amor y de perdón es moverse a desear la gloria de Jesucristo y gozarse en ella».

> «*Resurrección*. — Las dos meditaciones de esta mañana, una mezcla de sequedad y luz. Luz, en las palabras de la Escritura, y sequedad, por parte de las muchas distracciones, provenientes de la nueva materia.
>
> Contemplé el Cuerpo hermosísimo que enamora.
>
> Y lo presenta a las naciones, y a los reyes de la Tierra. Todas las cosas las sujetará Díos a los pies de Cristo, que ha de reinar sobre todo; I Corintios, 15 (1931). Pensamiento central de la ascética de San Pablo: Resucitó por nosotros. Traer esta gran esperanza. Pero sobre todo, la alegría en El. Así, aun cuando yo estuviese en pecado. En Cristo, alegre; alegrarme de su gloria, amándole; y estará vencido el pecado.
>
> Cuando vienen esos escrúpulos, pensar siempre: aunque esté en pecado, quiero su gloria y que El reine sobre todo, y su poder y su magnificencia... y con interna profundísima humildad, amarle. Si hubiese pecado, ya está redimido.
>
> Pero hasta esa muerte interior quiere Dios en mí. Porque todo eso viene de mucho pensar en mí y poco en El, junto con esta concupiscencia vivaz. Esa será perfectísima abnegación (1933).
>
> Pensamientos de grande esperanza y gozo en la carne resucitada. Se muestran en Jesús los verdaderos y santísimos efectos de la Divinidad.
>
> Ese deseo íntimo y fuerte de salud y vida, así se realiza allá arriba con una vida nueva, a la que se pasa por esta muerte. Deseo morir, para aquella vida que será, además y sobre todo, triunfo de Cristo en mí.
>
> *Pedro y Juan, al Sepulcro*. — Genesareth. Amor sencillo, sin preocupaciones, a los hermanos.
>
> Ese amor evita tentaciones; y siendo en Cristo y sin extremar intimidades, miradas fijas, etc., sin peligro. Lo peligroso es lo otro, el huir y el extremar (1932).
>
> *Las mujeres. Magdalena*. Pedro. — Ir con el fervor de las mujeres. La grandeza del amor cubre la necedad del in-

tento a los ojos de Jesús. Jesús, con una palabra al alma, es verdadero y legítimo consolador: 'María' y 'Alegraos'. Pero debo, cuando no le tengo en oración, buscarle con lágrimas, con diligencia, ofreciéndome, como la Magdalena, a lo imposible, a seguir a un perrillo, como San Ignacio. A veces creo que es el Padre Rector o el Padre Ministro, y es Jesús (1931).

Magdalena corre en fervor, temprano, al monumento. Merecer con diligencia en la oración, siempre a su hora, de madrugada, las gracias de Dios.

Juan y Pedro, el alma inocente, delicada, contemplativa (buscar esas gracias por la amistad de Jesús), y el penitente, impetuoso, activo: Yo, que soy más como Pedro, nunca prescindir de Juan; siempre tratar íntimamente con esas almas como Juan, y buscar con ellas a Dios. Humilde, reconocer su superioridad, aunque sea yo jerárquicamente superior (1934).

Enmaús. —Cuántas veces este año salí de Jerusalem, que es la Cruz y Cristo, para bajar, de la visión de paz, al mal consejo de Enmaús. ¡Y Jesús me ha buscado!

Ser claro de conciencia, como lo fueron Cleofás y su compañero. Luego, Jesús me va abriendo las Escrituras en los Ejercicios. ¡Cuántas cosas he visto en ellos que no veía; y cuántas he sentido mejor que nunca! Sobre todo la necesidad de sólo Jesús en el corazón. El mundo es Jesús en un desierto. ¿Voy a seguir persiguiendo sombras en el páramo, olvidado de Jesús?

'Mane nobiscum!' ¡Queda con nosotros al salir mañana a la noche de la vida, desde este día y luz de los Ejercicios! (1931).

Ahora que se acaba este día de tantas luces del mes de Ejercicios, conservar el trato íntimo al Señor, junto a mí, invitado perpetuo (1934).

Tiberíades. — Repetición: Tres veces y trescientas veces decirle que Le amo. Y ese amor me manda que lo refleje a sus ovejas. Apacentarlas por amor de Jesús, sin buscar sino pasto, i. e.: que coman a Jesús, que crezcan en caridad.

'Señor, Tú lo sabes todo'... yo no sé si estoy en gracia.

Por eso digo *fileo* (quiero), que es amor natural; no *agapao* (amo), que se podía entender de la caridad, la cual yo no puedo testificar.

¡Qué grande don que me quisiese hacer ceñir por otro, y extender los brazos e ir donde no quiero!

Misión de los Apóstoles. — ... para bautizar, metiendo o sumergiendo en la Trinidad al bautizado; dándole la vida del Dios Trino, y haciéndole vivir sumergido en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo (1933).

Ascensión. — Ver que el sentimiento de gozo de la Cuarta Semana ha de ser con la Cruz (1932).

Tengo que pasar del Cristo mortal, y aun resucitado, del Cristo visible, al Cristo 'según el Espíritu' (*kate pneuma*), que se une con nosotros en el Espíritu Santo. Vivir en este Cristo, escondido con El en Dios. Unión con Cristo y siempre unión. No salir de Ejercicios, sino seguir.

Toda la mañana este sentimiento dulce de alegría en Cristo y por Cristo. No desconfiar. A pesar de las faltas cometidas durante los santos Ejercicios. Toda mi santificación, obra del Señor; El, que ha empezado, acabará su buena obra (1934).

Viene ahora la vida con sus miserias; el Cielo y la Tierra, luego de la Resurrección, están lo mismo que ayer y anteayer. Lo que debe haber cambiado es mi interior: nueva criatura, nuevo hombre (1932).»

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR.

En esta Contemplación no va siguiendo el Padre Huidobro, en sus Anotaciones, punto por punto, a San Ignacio. Mira en conjunto los dones amorosísimos que recibió de Dios; y en conjunto, también responde al Señor con entrega totalitaria y sin distingos.

«El amor no es palabra, ni sentimiento, ni ternura. Es obra; es dar al amado lo que se tiene. Dárselo a El, es querer que lo tenga El. Es decir: quererle a El por El. Por eso es únicamente amor fino y puro (1931). 'In caritate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans', Jeremías, 31-3 (aunque se dice

de Israel, pero se expresa la caridad de predilección de Dios). En su eterna predestinación me amó, y por eso, apiadándose, me atrajo. ¡Cuánto hay que sentir! (1932).

Se renovó el verme todo creado por Dios, y aquel movimiento de caridad eterna, hasta llevarme, por tales caminos, a la cumbre del Sacerdocio. Dios me ha amado hasta derramarse El así, y entregarse, y querérseme dar del todo, en cuanto cabe, en el Cielo; luego, aquel *illapsus* de Dios (entregársenos Dios a nosotros). ¡Eso es amor que se da del todo! Y yo, no puedo dividir, no puedo servir a dos señores, mi interés, mi gusto en las lecturas y estudios, aun debidos, mi devoción..., y a Dios. Todo para Dios. Yo de El. El mío (1933).

De ahí la resolución:

Tomad, Señor (pues lo sois), *y recibid* (porque lo doy de veras; aceptad en ofrecimiento) *toda mi libertad* (que es todo, pues la libertad dispone de todo; y lo comprende todo; en tus manos mi facultad de elegir) *mi memoria* (sin acordarme de triunfos míos, ni imaginarios), *mi entendimiento* (sacrificándolo en la fe total y viva; sumisión) *y toda mi voluntad* (mi amor, en sus actos; a diferencia de Libertad, que es la disposición voluntaria de todo el ser propio, amando sólo a Dios con toda ella, sin partir); *todo mi haber* (en cuanto soy yo mismo) *y mi poseer* (lo que tengo fuera de mí).

NB: Amor, no en sentimiento. Valor grande de obras en sequedad. Antisentimentalismo. No complacerme en ninguna criatura. Todas me muestran a Dios, son camino para Dios (1935-36).»

Los últimos Ejercicios de su vida, los que hizo, a solas, en St. Blasien, a principios de julio del 36, duraron no ocho, sino diez días. Y, al menos en tres de ellos, hizo cinco meditaciones, levantándose para orar en la última, a media noche. Por lo que se deduce del Plan que se trazó en esta ocasión, con frecuencia repetía la misma Meditación, conforme aconseja San Ignacio en su Libro.

En su caminar hacia la perfección, Fernando Huidobro halló, en la vida de intensa oración, especialísima ayuda.

Siempre estuvo encariñado con San Ignacio de Loyola. Y lo mismo que procuró, según sus humanas fuerzas, acomodar al má-

ximo su conducta con las normas todas de las Constituciones de su Fundador, quiso también, para su trato interior con Dios, seguir fielmente todas las enseñanzas del libro ignaciano de los Ejercicios.

Avanzaba siempre el Padre Huidobro por sendas bien seguras. No es de extrañar que, en su proceder y en su hablar, se descubriesen los elevados ideales que le regían.

CAPÍTULO XI

CORAZÓN DE APOSTOL

1. Inquietud apostólica. 2. En la portería de Cartuja y en la Vega granadina. 3. Aceituneros. 4. En el Puerto de Santa María. 5. En Chamartín y en Oña. — 6. Los de la Casa del Pueblo. 7. ¿En España o en el Extranjero?

1. INQUIETUD APOSTÓLICA.

> « ¡Huidobro es tremendo! —exclamaba uno de sus compañeros estudiantes de Granada—. Vamos dos o tres con él de paseo. Pues como aparezca por cualquier sitio un chiquillo pobre, ya le clava los ojos y, para él, ha terminado la conversación con nosotros. Todo se lo lleva el pobre.»

De entre los que en él «todo se lo llevaban» durante sus años de estudio, se contaron los niños de las catequesis en los pueblos granadinos, y los carabineros del Puerto de Santa María, y los obreros, chicos y grandes, de Aranjuez, y los jóvenes comunistas de Santander, y... tantos otros. Cuantos se encontraron en su paso por la vida, y podían recibir de él ayuda para sus almas, podían ya tener por seguro que en ellos había el Padre Huidobro de clavar, no solamente sus ojos, sino su encendido celo apostólico.

El impulso para esta tan insistente inclinación se lo daba su intensísimo amor a Jesucristo, reflejado en sus prójimos; que ésta es el alma de todo apostolado.

Mandó Jesucristo a sus Apóstoles que predicasen el Evangelio por el mundo entero. Fue éste el mandato oficial, promulgado a la Iglesia, para que diese a conocer y amar a Jesucristo y su doctrina en todas las naciones.

Para solos aquellos doce, no hubiera sido necesario tal man-

dato. Movidos del fidelísimo amor que tenían a su Maestro Divino, aunque nada les hubiera ordenado, ellos espontáneamente hubiesen recorrido la Tierra buscándole seguidores, los hombres todos, que gozasen de la felicidad de que ellos gozaban en ser «cristianos».

Esto es lo que ya algunos de ellos habían hecho, desde el día mismo en que, por vez primera, Le conocieron, y conociéndole Le amaron. Basta recordar lo que sucedió a orillas del río Jordán, apenas terminada la encantadora entrevista del anochecer con Jesucristo: Juan y Andrés llenos ya de amor al nuevo Maestro, fueron en seguida a sus parientes y amigos, para que ellos también se acercasen a su trato y felicidad «¡Hemos encontrado al Mesías!... ¡Venid y veréis...!»

Porque éste es el origen de toda ansia por el bien espiritual del prójimo: más aún que el mandato, es el amor. Quien goza de una gran felicidad, busca el hacer a sus allegados partícipes de ella. Quien ama mucho a Jesucristo, busca el que sea conocido y amado por otros, cuantos más.

Huidobro amaba apasionadamente a Jesucristo. Lo hemos recordado más arriba. Rebosaba en felicidad por encontrarse entre sus seguidores más cercanos. Nada de extraño tiene el que anduviese en deseos grandes de buscarle otros, que también gozasen la dicha de estar cerca de su Señor. El que ama, eso procura. El celo necesariamente tiene que ir a la par con el amor. El ascua ardiente difunde, obligatoriamente, calor en torno de sí.

Por eso San Ignacio, como preámbulo para la vida apostólica, pone el conocer y amar a Jesucristo. Después, se dará uno al apostolado, como sea, de la manera que pueda; no hace falta sino amor a Jesucristo y alegría de ir en su seguimiento. Huidobro, desde muy pronto, desde siempre, anduvo deseoso de apostolado, porque desde muy pronto anduvo gozoso en el encuentro con Jesucristo. No le fue necesario el mandato, en su Orden religiosa, de ejercitar el apostolado después de su sacerdocio. Antecedentemente a todo mandato, con deseos y con oraciones, y aconsejando y enseñando, pasó los años de su formación moral e intelectual, ansioso de atraer gente a Jesucristo. Que el celo apostólico no aguarda días ni horas: busca ocasiones para difundir el bien.

Hemos de tener en cuenta, para mejor comprender y valorizar

las actuaciones apostólicas del Hermano Huidobro antes de su sacerdocio, que en aquellos años de su juventud religiosa, el ambiente era algo diverso del que existe en los estudiantados religiosos de hoy. Y por eso diversos eran también los procedimientos, que entre estos escolares se suelen generalmente elegir, para que se preparen a la vida apostólica del mañana.

Se solía entonces insistir más en continuar las formas practicadas por los grandes misioneros populares, buscando al mismo tiempo desenvolver la propia responsabilidad, pero muy dentro del sacrificio y sumisión.

Ahora, en cambio, sin abandonar, naturalmente, los caminos de antes, se hace especial hincapié en conocer, más experimentalmente, los mismos medios en los que el día de mañana se trabajará, procurando, al mismo tiempo, se desarrolle la iniciativa individual en el saber atraerse a los prójimos.

En esos años del estudiantado, antes y ahora, siempre ha dependido de la voluntad de cada uno el ir compaginando las primordiales ocupaciones dentro de su formación moral y científica, con los pequeños ministerios, a los que en alguna forma se les invita. Puede libremente cada uno elegir más o menos ocupaciones apostólicas, según crea más conveniente el irlas entremezclando con sus estudios, y según sea más o menos grande el celo y abnegación que le impulse.

Hubiera podido el Hermano Huidobro durante toda su corta vida dedicada enteramente a los estudios —en su primera juventud, en su carrera sacerdotal, en su especialización filosófica—, limitar a este campo sus actividades enteras; nadie le hubiera podido tachar de inacción. Los estudios, si se toman con el entusiasmo con que él siempre los tomó, requieren las fuerzas íntegras del hombre. Llevaba también, por otra parte, una intensísima vida interior, de recogimiento en Dios. Podía esta preocupación por su propio espíritu, haberle mantenido algo más apartado de la acción.

Pero pudo más su ansia de apostolado, de ejercitar, según su edad y estudios lo permitían, el celo por el bien de las almas. Cumplióse en él lo que, a otro propósito, escribió sobre nuestros místicos españoles: «cuanto más hundidos estaban en Dios, sabían estar más cerca de los hombres y las cosas, en su incansable trabajo por despertar en los demás la adormecida vida divina».

Aprovechaba de manera tan ingeniosa todas las ocasiones, en descansos y días de vacación, para sus obras de apostolado, que asombra el número y variedad de sectores que experimentó a lo largo de su vida de estudiante. Y todo, en su afán de juntar ideal científico con ideal apostólico, y no desperdiciar aprendizaje para el futuro. Lo admirable es que, mientras así aprovechaba el hacer bien a las almas, se señalaba siempre por ir entre los primeros en el estudio; no sólo en sus éxitos, fruto de su talento, sino en su trabajo y aplicación.

Sentía nostalgia de esas obras de celo, cuando, en algunas circunstancias, se veía en la imposibilidad de practicarlas. Desde Alemania, en donde se hallaba entregado con infatigable entusiasmo al estudio, en una carta dirigida al Padre Abellán, luego de pormenorizarle las materias de sus clases y su satisfacción en este trabajo intelectual, le añade: «Y esta es mi vida. Por lo demás, seca, quiero decir: sin ministerios.»

Fernando Huidobro tenía temple de apóstol. Para apóstol, y gran apóstol, lo poseía todo. Sus compañeros tan sólo temían necesitase más salud corporal; pero aun ésta le acompañó. Todas las cualidades de su carácter parecían dirigirse al apostolado. Y a él iba también su espiritualidad fervorosa. Por eso, su celo apostólico, ardiente y operoso, no tenía nada de artificial ni postizo; sino que era fruto de la misma intensidad dinámica de su amor a Jesucristo.

Emprendedor por naturaleza, a nadie excluía en su celo; abarcaba todo: a la vez que hablaba de saber idiomas, para disponerse mejor a asistir a posibles Congresos y Asambleas internacionales, tenía sus delicias con los pobres, con los más desheredados de la fortuna. Aquello que escribió durante sus últimos Ejercicios el año 36, parece hubiera sido la norma que dirigió sus actividades desde tantos años anteriores:

> «La mies es mucha; los obreros, pocos. Para salvar las almas que se pierden, todo trabajo de apostolado, sobre todo, de oración y penitencia, es poco. Me están encomendadas las almas todas.»

Con mucha frecuencia, durante sus estudios, iba en la mañana de los jueves de descanso, al Hospital de San Juan de Dios, en Granada. Su celo apostólico era infatigable. Nada forzado. Le salía

como natural, y daba la impresión de que gozaba tanto en cualquiera de tales trabajos, que no comprendía «experimentalmente» la exactitud de ciertas expresiones, que a veces se escuchaban, a propósito de esas doctrinas o actividades, en tiempo de los descansos en vacaciones mayores. « ¡Hombre, no!, las vacaciones son para descansar. Total, son quince días al año de pleno reposar de los estudios. Además, la mejor hora del día para dar un paseo por el campo es, precisamente, la de la catequesis...» Fernando Huidobro gozaba más haciendo bien a las almas, que no en alegre conversación, ¡y cuánto le atraían esos ratos de amena charla!, o contemplando una fantástica puesta de sol, mientras paseaba por la Huerta de Cartuja.

Estudiante ya de Filosofía, tenía un concepto muy suyo, y lo confirmaba con su propia experiencia, acerca de lo que puede ser un muy buen descanso intelectual: sencillamente, un mero cambio de ocupaciones empleándose en obras de caridad. Pedía el competente permiso para emplear una parte de recreos y paseos en campañas de apostolado; y muchas veces, concedido alguno, pedía otra cosa más; no saciándose, si no llegaba al límite de cuanto la obediencia le concedía y sus fuerzas resistían.

Se ve que le brotó muy espontánea aquella ardiente frase de sus apuntes:

> « ¡Llenar el mundo de Dios, por Jesucristo, cuando quieren borrarle del mundo! Esa es la luz que luce en las tinieblas y el ideal único...»

Parece que su espiritualidad se hubiese calcado en San Francisco Javier.

2. EN LA PORTERÍA DE CARTUJA Y EN LA VEGA GRANADINA.

Sus primeras actividades de apostolado, dentro de la vida religiosa, fueron las catequesis con los pobres que acudían por la comida a la portería baja del Noviciado, en la gran explanada delante de la Iglesia de la Cartuja; y luego con los niños en los pueblos de la Vega granadina.

Un año fue él, en Granada, el organizador y director de las ex-

plicaciones doctrinales que se hacían a los pobres en la portería de la Huerta de abajo, antes de distribuirles la comida. Acudía él mismo; y después de enseñarles un rato las principales verdades de la fe, les besaba los pies, o bien se sentaba en el suelo de la explanada del llamado «compás» a comer con alguno de los pobres y en su misma escudilla. Aun cuando en el plato correspondiente al pobre y al catequista se echaba doble porción de comida, alguna vez sucedió que el desfallecido pobre, en su viveza andaluza, le rogaba al catequista: «Hermano, explíqueme bien el Credo...» Y mientras, el fervoroso maestro iba exponiéndole tanta materia, iba el aprovechado comensal despachando la comida de ambos, dejándole al catequista que entretanto se fuese saboreando con su Credo. Menos mal que tenían estos derecho, terminado en la portería su apostolado voluntario, a subir a la enfermería para tomar queso con pan y agua. Recuerdo que con frecuencia se le quejaban al Hermano Huidobro los otros catequistas de la portería, de que era demasiado tacaño en señalarles la materia a explicar ese día. Es que solía él acercarse, al salir de la última clase, y decirle a uno la parte de Catecismo que habría de enseñar. V.gr.: «Hermano, hoy: bajo el poder de Poncio Pilato.» Y en seguida venía la reclamación: « ¡Hermano Huidobro, señálame lección más larga para explicar..., eso es muy poco..., se me acaba en seguida la materia...»

Gran catequista. De generosa iniciativa, poseía el arte de enfervorizar y animar con sus planes a sus demás compañeros de catequesis. Días antes ya preparaba a ratos sueltos, con gran cuidado, cuanto él debería explicar, leyendo preferentemente a Sautu y a Manjón. Iba a hablar a niños; pero con plena conciencia de su misión sobrenatural, daba gran importancia a aquel humilde apostolado, y en su oración lo encomendaba mucho a Dios. Sobremanera amenas eran sus explicaciones doctrinales. Sabía —no se requiere pequeño esfuerzo— sostener la atención del grupo de niños que a él le correspondían, entre todos los chiquillos del pueblo; y eso que por lo regular, ¡era en Granada!, acudían con excesivas ganas de alborotar y divertirse, sobre todo, a costa de los demás.

Tenía especial gracia para ponerse a la altura intelectual de aquellos pobres chaveíllas, cantando y jugando con ellos y ganándoles el corazón. Don extraordinario mostraba en su adaptación con la gente ruda. Huidobro conservó siempre gran entusiasmo por

los procedimientos de Don Andrés Manjón, el gran catequista de Granada, Fundador de las Escuelas del Ave María. «El Manjoncillo», le llamábamos cariñosamente al Hermano Huidobro sus compañeros.

Durante los ocho años que permaneció en Granada, fueron las catequesis su obra de celo más metódica. Casi la totalidad de los jueves del curso escolar, tardes de vacación, salía lleno de entusiasmo, apenas terminada la comida, a enseñar el catecismo a los niños de los alrededores: Peligros y Albolote al pie de Sierra Elvira, Pulianas y Pulianillas. Era obediente y dócil, como un niño, al jefe de su grupo catequístico.

Uno de los inviernos acudió a la Catequesis que se tenía en el Barrio de Lourdes o Barranco del Abogado, nombre que le daban sus moradores. Pintoresco por su situación, a espaldas de los jardines de la Alhambra, maravillosa altura sobre la Vega; y más pintoresco aún porque su vecindario, mezcla originalísima de granadino y gitano, casi sin excepción, vivían en auténticas cuevas, ocultas tras las chumberas, siguiendo en esto el ejemplo que las daban sus propias autoridades.

Por aquellos callejones sin salida —no es metáfora— entraba con gran decisión el Hermano Huidobro, agitando una campanilla, a estilo de San Francisco Javier; y entonando algún cántico que llamara más su atención, reunía así pronto un grupo de vivarachos chiquillos. Iban saliendo como conejos de aquellas covachas, a cual más desarrapado. El catequista los llevaba a la Capilla-Gruta de Nuestra Señora de Lourdes, donde, distribuidos en grupos, comenzaban a aprender algo de catecismo. Allí sí que no siempre conseguía tenerlos del todo quietos; había a veces que interrumpir la explicación con carreras o juegos, para luego retener un poco su atención. Más difícil aún le era reunir a los hombres mayores y a las mujeres. Alguna que otra vez lo logró. Poco antes del día de la Inmaculada, fue con otro catequista a don Pedro Manjón, sobrino de don Andrés, para pedirle cornetas y músicos de su Escuela. Vinieron, y atronaron, de mañana, todo el barrio, llamando a Misa.

Salido ya de Granada, fueron algún verano las doctrinas en otros pueblos: los de junto a Navas del Riofrío: Ortigosa del Monte, Revenga... Dondequiera vivía algún tiempo Fernando Huidobro, no podía estar sin buscarse tiempo para trabajar en las catequesis. Y

fácilmente movía a otros compañeros a que fuesen con él. Era de celo contagioso. Se diría que preveía la muerte joven, y quería resarcir en ratos de descanso de sus estudios, los trabajos apostólicos, cuantos pudiese, que su corta vida no le iba a permitir prolongar.

Hasta tuvo catequesis en un pueblecito de Portugal, aun cuando solamente diez meses permaneció en esa nación, en Braga. Apenas llegado, se puso a aprender la lengua, con la mira puesta principalmente en disponerse para enseñar la doctrina a los niños de un pueblo cercano, acompañando a los Padres tercerones portugueses.

3. ACEITUNEROS.

Otro género de apostolado, más esporádico que las catequesis, pero más característico aún en él, y que se le quedó grabado en su ánimo toda la vida, fue el que tuvo en Granada con chicos trabajadores en la Huerta del Noviciado.

Espíritu de pleno Evangelio es el que vivificaba todas sus obras de celo; desde siempre. Y por eso, los pobres, los golfillos más desarrapados, los que no son contados para nada en el mundo, se llevaron las más encantadoras primicias de sus entusiasmos apostólicos. Clásico era ya su acogedor sonreír, apenas se encontraba con los muchachos de la calle. Don Bosco le hubiera felicitado.

> «Cuando le conocí en el Juniorado (Estudiantado de Letras) —dice el P. Moreno Pareja—, ya le era característica su franca inclinación a trabajar con los pobres. Mientras viví con él, siempre vi hermanadas en su espíritu estas dos virtudes: celo ardiente e interés decidido por los más pobres.»

Dentro de este ambiente, de los primeros entre quienes pudo desplegar, en toda su amplitud, el cariño apostólico, fueron los aceituneros de la Vega granadina.

Acababa de hacer él sus Votos de jesuita, cuando uno de los estudiantes, el Hermano Gómez Martinho, promotor de esta obra de celo, iniciada ya el año 19 por el Padre Martínez Colón, obtuvo

permiso para conmutar algunas horas de recreo, por el trabajo de enseñar a aquellos muchachos los rudimentos de la doctrina cristiana. El Hermano Huidobro, invitado por él a participar, se agregó inmediatamente al pequeño grupo de catequistas. Ya ni un solo año faltó.

Eran unos treinta a cincuenta chavales, de lo más bravío e inculto de Granada; la mayoría, de la tan conocida calle Real, y algún que otro gitanillo salido de las cuevas del Albaicín. Pobrísimos entre los pobres, iban recorriendo los olivares y recogiendo, a destajo, la aceituna caída bajo los árboles. Alrededor de un mes acudían, por el invierno, a la huerta del Colegio para ganarse unas cuantas «perrillas»; más o menos, conforme a su diligencia.

Cuando llegaban los estudiantes —Hermanos Huidobro, Martinho, Herreros, Muriel y algún otro, de quienes hemos recogido estos datos—, el catequista se dirigía al grupo de los tres o cuatro chiquillos que estaban rodeando cada olivo, ya de antes vareado por los hombres, y que con gran afán recogían la aceituna. Interrumpirles en su labor de destajo, hubiera sido darles instrucción religiosa, pero a costa de su reducida paga por el tiempo empleado. Sin embargo, los pequeños aceituneros, apenas les veían acercarse: « ¡Hermano, Hermano! —empezaban a alborotar—, venga conmigo, que quiero aprender la doctrina...» Y se disputaban la preferencia, con las consabidas peleas y golpes entre sí. Claro es que el deseo de más instrucción poco les aguijoneaba, muy de ordinario. Es que su intuición andaluza pronto les daba a entender que tener un estudiante al lado era llenar más rápidamente su propio canasto.

El Hermano Huidobro se echaba al suelo entre ellos, hecho pobre y trabajador con los pobres, manchándose la sotana con el barro y el aceite, y agachado, como ellos, bajo el olivo, se pasaba más de una hora cantando, preguntando, repitiendo, esforzándose por meter en aquellos rudos entendimientos las más esenciales verdades de la religión, que muchos escuchaban por vez primera. Y mientras les enseñaba a ser buenos, las manos del catequista iban recogiendo aceituna, que aumentase luego el jornal de sus instruidos.

Su amor a los pobres le llevaba a compenetrarse en un todo con aquellos simpáticos chaveíllas; sinceramente, porque le salía

del alma. Ellos se disputaban la compañía del Hermano Huidobro; primero, porque era «la mar de simpático», decían, y, además, porque se mostraba muy diestro en amontonarles la aceituna, que iba a parar a la espuerta de los que con mayor atención se la ganaban. « ¡Mira, si paece andalú...! ¡Y qué güena sombra que tiene...!» Y luego, a otro y otro grupo, para volver, al siguiente recreo largo, a repetir la lección de catecismo; y a aprender la lección de amor al pobre.

De entre los grupos de muchachos desparramados por el olivar, se escuchaban al atardecer cantares, con frescura de voces infantiles, que en nada envidiarían a las tiples de la Capilla de los Reyes Católicos. Al menos así se lo imaginaban aquellos catequistas que, aún hoy día, recuerdan con fruición aquellos cánticos tan resabidos, pero que allí notaban distintos: «Oh, María, Madre mía... Cuando oyéreis blasfemar, decid todos a una voz...»: estos cantos eran el anuncio de que entre los aceituneros se encontraba ya el catequista.

Y así tantos y tantos días sin salir a paseo, por ayudar en lo espiritual y en lo material a aquellos chicos abandonados. En las caras le los aceituneros que de meses ni habrían saludado al agua, es demasiado intenso el frío del invierno en Granada, se adivinaba a veces almas que, en medio de la corrupción y el abandono en que iban creciendo, conservaban todavía la frescura y candor de un ángel.

Al terminar la breve temporada de recolección, se les invitaba para venir un día para la Misa y Comunión: que viniesen en pelotones de cinco o seis, para que se llamasen unos a otros, y nadie se quedase dormido. Aquel último día —se recogía en él el fruto sembrado entre la aceituna— sí que se encontraba alegre el Padre Huidobro. « ¿Habéis comido o bebido algo desde anoche?» « ¡No, Padre, naíca. Anoche me bebí un jarro de agua para no beber por la mañana...! » Y otro: «Hermano: mire usté: a mí ni me quería dejar mi padre, y dijo que si salía de la cueva, que me daría una tunda que me mataba. Pero en cuanto se ha marchado, pues me he venío corriendo...»

El espectáculo era sublime. Raro es que faltase alguno. Para no llegar retrasados, de noche salieron a veces algunos de sus covachas, y de noche llegaban a la portería del Colegio; allí se ponían

a jugar... para calentarse. Muchos ni camisa tenían: sólo un chaquetón agujereado. Un pequeño aceitunero, Miguelillo, había salido la víspera tan fervoroso de su confesión, que, al llegar a la puerta, le dio un abrazo a otro chiquillo, con quien se había dado de cachetes aquella misma tarde, entre otras.

¡Qué contentos! ¡Qué alegría más alborozada!... «Padre, ahora me aprieto la bufanda por la boca y hasta mañana no me la quito, para que no se me escape ningún pecado... Se les veía en sus rostros la gracia de Dios.

Para colmar su alegría, seguía el reparto de algunos regalillos, que para ellos no eran cosa superflua: chaquetas, camisas, gorras, bufandas..., ¡pobrecillos! ¡Qué falta les hacía todo esto! Y ante todo un desayuno caliente. Solía ser el Hermano Huidobro uno de los que se lo repartían; y, luego, hasta llenarles sus bolsillos, fruta seca: higos, pasas...; muchos se lo metían en sus mugrientas gorras, o entre pecho y camisa, pues bolsillo no existía en su rudimentaria vestimenta. Se volvían a sus familias saltando de alegría.

Hasta hubo sus pequeñas conversiones.

Un muchacho, ya algo mayor, dio en decir que él no quería oír nada de Catecismo ni cosas de curas; que esto para nada le iba a servir. El Hermano Huidobro fue a buscarle al día siguiente —había antes rogado a Dios mucho por él— y le habló tan al alma, le mostró el Crucifijo —el mismo Crucifijo que años más adelante enseñaría a sus legionarios—, y con tal devoción le explicó su significado, que el pobre muchacho se arrepintió, se instruyó en todas las cosas necesarias e hizo su Primera Comunión el día de la Fiesta final. Le cobró verdadero cariño a su fervoroso catequista.

Cuando, años más tarde, fue el Hermano Huidobro a Málaga, enfermo de gástricas, y visitó a los golfillos del Asilo del Niño Jesús, fundado por el Padre Aicardo, uno de ellos, antiguo aceitunero de Granada, le reconoció con gran cariño.

La gran mayoría de aquellos niños, indudablemente que pronto le olvidarían. No así él. Diez años más adelante, la víspera de su Primera Misa, en Holanda, escribió al final de su Memento, preparado con toda unción y exactitud para la próxima mañana: «Aceituneros». ¡Entre las glorias del misacantano no se quedaban ausentes los chaveas granadinos de la aceituna! Tanto habían penetrado aquellos abnegados actos de celo en el corazón del Padre Huido-

bro.

4. EN EL PUERTO DE SANTA MARÍA.

Durante sus estudios en Granada hubo algunos veranos en los que no pudo aprovechar las vacaciones en catequizar por la Vega. Porque los Superiores, a fin de procurarles a los jóvenes más eficaz descanso en medio de sus labores escolares, hacían que se trasladasen una temporada al Colegio del Puerto de Santa María.

Para Huidobro, y para su corazón de apóstol, era igual: en el Puerto no encontraba aceituneros ni gitanillos; pero sí «golfillos» en abundancia. Poco más daba. Se diferenciaban éstos de los de Granada por su vida de menos ocupación; pero se les asemejaban, y tal vez aun con ventaja, en ignorancia religiosa y en pobreza y abandono. ¿Qué otra cosa buscaba Huidobro?

Con unos cuantos de sus compañeros, conseguía muchas tardes reunir, en los grandes patios y cobertizos del Colegio de San Luis Gonzaga, gran multitud de chiquillería de la ciudad. Cada tarde se les concedía un buen rato de fútbol en los patios. Los más jugaban descalzos, o cuando mucho, con alpargatas: que el que usaba botas de cuero pasaba entre los otros por un potentado. A no pocos era la vez primera que se les ponía delante un balón de los de verdad.

Entre los catequistas más entusiastas estaba, cual de ordinario, el Hermano Huidobro, que se ponía en medio de todos los jugadores. Lo mismo que en seguida se ponía con uno de los grupos allí formados, para enseñarles; y con cariño y alegría, con juegos y cantos, les iba instruyendo, hasta que todos estaban preparados para la Fiesta final de las Catequesis, que se solía tener en la Iglesia pública.

En el patio central del Colegio, al darse cada tarde, con la campana, señal de término al Catecismo por aquel día, la desbandada de los niños era imponente. ¡Cómo reía entonces Huidobro cuando oía que los niños gritaban en esa hora con más especial algazara! Es que era prueba cierta de que iban escabulléndose de la corrección contundente que, para poner un asomo de orden en-

tre tan ensordecedor clamoreo, les aplicaba uno de los jóvenes catequistas: « ¡El Padre chato pega, el Padre chato pega! »

Dentro de estas vacaciones de descanso veraniego, tenían los estudiantes quince días de reposo más completo. Para apartarse más por entero del trabajo de los estudios, se trasladaban desde el Colegio a una casita situada en el interminable arenal, al lado mismo del mar. Allí trasladaba también el Hermano Huidobro su campo de apostolado: era ingenioso en abrirse camino para su celo, que con nada se satisfacía.

Halló un campo inesperado: los Cuartelillos de Carabineros, el de Fuenterrabía y el de Santa Catalina. Una verdadera misión dio en este último, preparándoles para consagrarse muy solemnemente al Corazón de Jesús. Allí se pasaban él y otro compañero casi todo el día.

El tiempo que aún le sobraba, solía ir, con algún otro estudiante, a recorrer las pobrísimas casuchas de la campiña portuense, catequizando unas veces a gentes que en su vida habían oído ni nombrar a Dios —infieles dentro de España—, animándoles, otras veces, a la Comunión.

Una tarde de agosto atravesó el Hermano Huidobro, a primera hora, aquel incandescente arenal; iba a ultimar algunos preparativos de la fiesta final de sus catequesis; fiesta final a la que él, uno de sus principales organizadores y uno de los más animosos, no asistió. ¡Cosa bien rara que renunciase él a este último acto, el de mayor atractivo! Es que estuvo él mismo más de tres horas por unos campos vecinos guardando unas cuantas vacas, para que los chaveas que las cuidaban pudiesen con toda tranquilidad confesarse y asistir a la fiesta.

Así aprovechaba sus vacaciones veraniegas. Para él, que tanto gozaba durante aquella temporada al lado del mar, con los paseos por la enorme playa del Puerto, tenía que ser de gran sacrificio el dedicar tantas de esas tardes al apostolado por aquellos caseríos.

Cubierto de sudor llegaba, algunas tardes del agobiante «terral», de estas sus excursiones apostólicas. «Si esto hace usted ahora —le dijo un compañero—, ¿qué deja para cuando sea usted sacerdote?» «Mire usted —le respondió—, hasta que trabajemos como San Pablo, aún hay para rato...».

Su ascendiente con los que trataba ya era, en aquel tiempo, notable. Eso que su cara de casi niño, parecería incompatible con ese prestigio. Parecía mentira. Un muchacho de veinte años, casi imberbe, catequizando con autoridad reconocida a bigotudos carabineros que más que le doblaban la edad. Y tan satisfechos los catequizados. Y sin que les asomase la sonrisa a los labios ante el aspecto tan juvenil del predicador.

Juntaba su celo incansable con jovialidad grande de carácter, y en las vacaciones lo manifestaba en toda su espontaneidad.

> «Un verano —cuenta el P. Fernando Delgado Cros— fui su compañero de aposento en la casita del Puerto. Todo el santo día se lo pasaba con los carabineros o en sus catequesis. La mesa del aposento, que era para los dos, vacía entonces de libros de estudios, estaba toda ella ocupada por estampas, rosarios, placas del Sagrado Corazón, hojas de propaganda. En la noche, ya acostados, me iba contando sus andanzas apostólicas del día; hasta que cerraba sus charlas con un '¡Descansemos en paz!' Y como yo deseaba que cerrásemos la ventana en la noche, no fuera a entrar uno de los gatos de la cercanía, el Hermano Huidobro me decía: '¡No temas, que aquí estoy yo! Y mejor es morir de un zarpazo de gato, que no de asfixia' Y colocaba luego una palangana de agua junto a la ventana: '¡Menudo susto que se va a llevar el gato cuando caiga en el baño!'
>
> '¡Tocayo!: hasta la noche ya no nos veremos', me decía al irse en las mañanas a sus ocupaciones apostólicas.»

5. EN CHAMARTÍN Y EN OÑA.

El tercer año de su magisterio, luego del bienio pasado en Aranjuez, estuvo el Padre Huidobro en el Colegio de Chamartín. Absorbido durante las horas todas del día por las clases y por la atención a los colegiales, no pudo distraer nada del tiempo para darlo a catequesis, cual en Granada y el Puerto o Aranjuez. Pero todavía encontró el modo de ocupar algunas cortas horas con los empleados que allí trabajaban: y así, cada mes, antes del Primer Viernes, solía darles un Retiro para facilitarles el que pudiesen co-

mulgar al día siguiente. Especial gusto hallaba en este pequeño ministerio, por tratarse de fomentar una hermosa devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Durante las vacaciones de verano de este mismo año, aun cuando andaba muy ocupado, por haber recibido el encargo de redactar el Anuario de las Bodas de Oro del Colegio, que tantas horas le llevó, les tuvo a los empleados una particular atención. Se lo cuenta, en una carta, a su madre:

> «He dado un Triduo a los criados de casa para prepararlos a la Fiesta de la Asunción. Ese día comulgaron todos, y estaban agradecidísimos. Cada vez me gusta más trabajar con la gente pobre, que parece lo reciben mejor; y, por otra parte, suelen estar más necesitados.»

Tan contentos como el Padre Huidobro quedaron ellos; y llenos de agradecimiento a la preocupación por atenderlos. « ¡Ojalá que todos los padres fuesen como el Padre Huidobro! », exclamó uno en su ingenua sencillez.

En 1935 pasó el Padre Huidobro por Madrid. Visitó la Academia «Cristóbal Colón», Colegio que sustituía en parte al de Chamartín, del que se había apoderado el Gobierno de la República. Al recorrer el Padre el edificio, y entrar en la cocina, con gran cariño le reconocieron los antiguos criados: Félix, Valentín, Felipe el cocinero..., agradecidos todavía a las predilecciones del Hermano Huidobro, en tiempos pasados, por todos ellos, los fieles criados de Chamartín. « ¡Es —decían— que era tan bueno con todos nosotros! »

Los dos primeros de estos antiguos cooperadores en la obra del Colegio, iban a ser, el año siguiente, cruelmente martirizados por su amor a los padres jesuitas.

Y ya al fin, concluidas sus prácticas trienales de magisterio, se dirigió al pueblecito de Oña, para sus estudios teológicos, inmediata preparación al Sacerdocio.

Poco más de un año permaneció en este Centro de formación, enclavado entre las más agrestes montañas burgalesas. Pronto iba a venir el destierro. Ya cuando él llegó al Teologado, los ánimos de los habitantes en los caseríos circunvecinos, de abolengo tranquilísimos, estaban muy agitados por los agentes revolucionarios, que

iban recorriendo todas las comarcas en plan de irreligiosidad y de comunismo.

El Hermano Huidobro, apenas llegado, buscó algún apostolado que intercalar entre sus estudios, por más que se había entregado a las clases, desde el primer día, con el máximo entusiasmo. Pero ya no encontró puesto ninguno libre en las catequesis que, en los jueves de vacación, teníamos los teólogos repartidos por todos los pueblecitos de los alrededores: Tan grande era el número de estudiantes que aquel año se habían tenido que refugiar en aquel Filosofado y Teologado.

Intentó, secundado por otros, instaurar una nueva Catequesis en un pueblo lejanísimo, en donde la demasiada distancia había siempre impedido la asistencia semanal.

Viendo que tampoco este apostolado se conseguía, y siéndole muy duro el quedarse por vez primera sin ninguno, y menos aun cuando ya iba teniendo tan cercano el Sacerdocio, vino a rogarme que yo le cediese mi predicación dominical que, en la Misa del pueblo, solía tener alguno de los teólogos. Naturalmente que accedí gustoso, para consuelo de él y para bien espiritual de los fieles, que en tan gran número acudían.

Por cierto que en uno de los domingos se encontró que se hallaban presentes en la Iglesia su madre y hermanos, que habían ido a Oña a visitarle; dijo él luego que se había turbado un poco de predicar ante estos nuevos oyentes.

Tomó con interés sumo esta explicación semanal. Para hacerla más eficaz, solía acudir frecuentemente al Padre José María Ibero, que tan en comunicación estaba con el pueblo, como Director de las Asociaciones de jóvenes, a fin de que le tuviese al tanto de las necesidades espirituales más urgentes. Porque Oña se había ido maleando. Al construirse allí la línea férrea Santander-Mediterráneo, la afluencia consiguiente de obreros enturbió no poco el ambiente, sobre todo entre los jóvenes. Procuraba el Padre Huidobro conocer qué propaganda se había por entonces iniciado contra la Religión, para acudir en seguida a defenderla. Y al saber que en las tabernas de Oña se atacaba, con sobrada desvergüenza, la Virginidad de Nuestra Señora, el primer domingo, en la Misa, aplazando un tema ya por él comenzado, pero no tan del momento, habló de este dulcísimo misterio de la Madre de Dios. Y

habló como él solía: con energía y arrolladora claridad, para responder y confundir a los necios objetantes; pero también con velada delicadeza, para no abrir los ojos demasiado a los niños, que también le escuchaban. Habló él ese día con muy especial preparación, pues se conserva un papelito en el que apuntó las ideas y aun frases que iba a pronunciar. Lástima que ese día no estaba allí su madre para escucharle. Lo que hubiera gozado al oírle.

Pero no se contentaba con aquella predicación dominical, desahogo a su celo. En algunos de los paseos por aquellos alrededores, se iba, a veces, con otro compañero camino de Trespaderne. No le atraía en aquellos momentos el encanto de descansar del estudio, mientras contemplaba y recorría los abruptos tajos de sus montes. Es que sabía que estaba por allí el grupo zaguero de obreros, ocupados en la seguridad de la vía, una y otra vez interrumpida en un sector, por desprendimientos de tierras. Y sabía que entre ellos había comenzado a circular hacía tiempo un libro plagado de absurdos sofismas contra la existencia de Dios. Absurdos, pero que podían envolver a los infelices que estaban en tanta ignorancia religiosa. Era necesario tenderles una mano para que no se enredasen en tales dislates. Y en las horas de descanso de los obreros en su labor, o en fin de tarea, allá iba a conversar amigablemente con ellos, buscando de preferencia los más reacios. Y deshacía sus sofismas y desautorizaba los corruptores libros de propaganda.

Huidobro cumplía, en el ejercicio de su celo, el consejo de San Pablo: «opportune et importune», es decir: en sus tiempos señalados o en los inesperados. En todas partes hay obreros. Y así en todas partes los buscaba, hasta encontrarlos. En aquellos tiempos prerrevolucionarios era entre este elemento en donde más falta hacía que brillase la luz de la verdad serena.

De Madrid hacia el Norte viajaba ese mismo año con otro Padre, en un coche corrido de tercera. Dialogaban sobre problemas prácticos de Apologética popular. Desde unos puestos cercanos de otro departamento, llegaron a oídos del Padre Huidobro frases sueltas de unos obreros que hablaban apasionadamente de la cuestión social —pocas semanas aún habían pasado desde el 14 de abril—, y uno exteriorizaba su opinión, con gran aplomo, de que «los curas nunca habían hecho nada útil en bien de los proletarios...». A los pocos minutos, ya Huidobro había logrado encon-

trarse sentado entre ellos, departiendo animadamente y explicando con gran abundancia de anécdotas y argumentos populares, lo que la Iglesia Católica ha hecho por dignificar al obrero, mejorar su situación económica y su instrucción; y quién tenía la culpa de que no hubiera podido hacer más. El que poco antes dialogaba con su condiscípulo, en estricto lenguaje escolástico, de cuestiones apologéticas, supo ganarse ahora en la forma más popular, primero el interés y luego la convicción y hasta el cariño de aquellos desengañados: «Padre, ¿por qué no son los demás curas como usted?...» « ¡Son mejores!, pero ustedes no los conocen sino por las calumnias de sus enemigos.»

6. Los DE LA CASA DEL PUEBLO.

Entre las obras de tan eficaz celo realizadas por el Padre Huidobro durante los años de su formación escolar, imposible no mencionar una, muy fugaz, pero muy llena de viveza medio novelesca.

Llevaba un año de Sacerdocio cuando, de paso, estuvo en Santander, después de más de dos años de ausencia de España. Era el verano del 34. El ambiente había cambiado mucho. Celebró Misa en la Parroquia en que había sido bautizado y confirmado. Su madre y hermanos residían entonces en el Astillero, y con ellos estuvo unos pocos días.

Varias narraciones hay, y alguna carta de él, en donde se nos describe cuanto allí hizo. A su Provincial escribe:

> «Mi familia tuvo la alegría y el consuelo que usted puede suponer.
>
> Para no desedificar, ejercité algunos ministerios. Bastantes confesiones la víspera del Primer Viernes; y el sábado, dos pláticas a niños y un sermón. También aproveché el tiempo para tratar con los obreros.»

Oiremos, contado por el mismo Padre Huidobro, el modo tan simpático como trató con ellos. Es que supo que en el juego de bolos se solían reunir, en las tardes, los jóvenes comunistas, y allá se fue a buscarlos. La hora, la más concurrida. El Padre iba de sotana:

«Reconozco —contaba luego el Padre— que yo iba con algo de nerviosismo. Pregunté si me permitían asistir como espectador al juego. Algo admirados, me respondieron con un sí muy seco. Me miraban y se cruzaban palabras a media voz.

Me senté y comencé a alabar sus jugadas, a comentarlas, recordando mis tiempos de muchacho. Esto me dio pie para hablar, a los que tenía a mi lado, del modo de jugar a los bolos en Bélgica. Se interesaron y pronto me rodeó un grupito. Y ya, hablando de Bélgica, caímos, como sin querer, en la cuestión social. Hubo ya algunos que dejaron de jugar y se agruparon a mi alrededor, preguntaban y ponían dificultades. Les di la razón en todo lo que pude, que fue en mucho más de lo que esperaban ellos, desconocedores de la doctrina de la Iglesia en cuestión social; tanto, que uno de los obreros, que se las echaba de erudito, exclamó: 'Pues entonces es usted un cura socialista, como aquel santo francés, San Simón' (¡¡!!) (Saint-Simon, que no era santo precisamente, fue un sociólogo francés).

Satisfechos ellos de que, en este terreno, llegábamos a bastantes puntos de acuerdo, me plantearon la cuestión religiosa. Oían con respeto. Volví al día siguiente.

Después fueron ellos mismos los que venían a casa a buscarme, a la hora del juego; y acabada nuestra conversación, me acompañaba una comisión de obreros a la vuelta.

Antes de mi marcha, prometí volver todavía a hablarles. Volví, en efecto, a invitarles a una conferencia que iba a dar en la Juventud Católica. Me prometieron ir, a pesar de lo que significaba para ellos entrar en aquel local. Fueron a ponerse sus camisas rojas, para no aparecer renegados...

Ya estaba la plática-conferencia mediada, y yo inquieto, y los comunistas sin entrar... De pronto, y dirigidos por su jefe, se me colaron en el salón. Me despaché a mi gusto. Partiendo de los puntos de días anteriores, insistí en lo absurdo del ateísmo y demás afirmaciones de la doctrina comunista. Resultado: que al acabar, me rogaron fuese otro día a hablarles en su local. ¡Qué lástima! ¡Al día siguiente tenía yo que marcharme de Santander! »

Maravillados quedaron en el Astillero la tarde que vieron la formación roja de obreros, con su Presidente y Secretario a la cabeza, entrar en el Centro Católico. Lo mismo que más que maravillada se quedaba la madre de Fernando Huidobro cuando uno de los más destacados marxistas se presentó varias veces en la casa a buscar a su hijo. «No os preocupéis —les decía Fernando—, nada me pasará. ¡Si hasta me quieren! »



En el Astillero, de Santander,
a los pocos días de su primera misa.
Durante esta visita a la ciudad
en que residía su familia,
tuvo charlas con los jóvenes comunistas.

A su hermano Ignacio escribía luego:

> «Traté con los obreros rojos, y no los encontré tan malos, ni tan inaccesibles a nuestra acción directa. Lo que necesitamos es un elemental valor de un caballero de Cristo. O ¿es esto sólo un título? No necesité ir a la taberna a buscarlos. Me bastó con la bolera.»

Don José María Huidobro, hermano de Fernando, cuenta que más adelante, durante la guerra, hicieron los rojos una vez un registro en la casa del Astillero. Al encontrarse allí con una imagen del Corazón de Jesús, le preguntaron a él si tenía un hermano jesuita, muy estudioso y muy listo. Cuando él les respondió afirmativamente, (Ah, sí, le recordamos —dijeron—. Era muy listo. Con nosotros tuvo algunas controversias.» Mostraban gran estima de él. En adelante ya no se repitieron los registros y la persecución a la familia en El Astillero. ¿Quizá por el recuerdo del joven jesuita que los buscó en el juego de bolos?

Así era el Padre Huidobro en las manifestaciones de su celo apostólico, durante los años de preparación. Ocasiones procuradas por él. Los Superiores aprobaban y bendecían sus actividades por buscar el bien de las almas, pero no se las imponían. Su obligación

era solamente, entonces, el estudio. Fernando Huidobro supo mantenerse en las primeras líneas dentro de su preparación científica, y simultanear esta labor con un amplio y variado y fecundo apostolado.

No perdía ocasión, ni de aprender Ciencia, ni de ayudar a salvar las almas. Cuando estuvo estudiando en Berlín, predicó una porción de veces en alemán, a pesar de que el esfuerzo que esto le suponía le obligaba, después de cada plática o sermón, a tenderse un rato en la cama, para poder luego proseguir en el estudio más concentrado.

En algunas de estas sencillas predicaciones en Berlín contó, a propósito de lo que le estaba sucediendo a él, el caso parecido de San Ignacio, cuando pidió le anotasen las incorrecciones de su predicación en un incipiente italiano. Le contestaron que era imposible el ir enumerando sus innumerables faltas gramaticales.

7. ¿EN ESPAÑA O EN EL EXTRANJERO?

Su ánimo se fue llenando, cada vez más, de deseos del bien de las almas. Iba por Colonia con otro Padre que, con todo interés, le mostraba un notable monumento: esperaba que al contemplarlo el Padre Huidobro, de tantos conocimientos artísticos, mostrase su complacencia. Lo notó medio distraído. «Y ¿qué?, ¿no le gusta?» «Mire, la verdad; respondió Huidobro. Cada vez me interesan menos las cosas; lo que me interesa son los hombres.» Añadió que para él había ya pasado el interés metafísico de años anteriores, y se le intensificaba, en cambio, la etapa «ética»... Es que todo lo iba viendo ya enfocado a las empresas y preocupaciones futuras, que le llamaban con voz creciente en intensidad.

Por eso, mientras iba, en Madrid y en Friburgo, avanzando en sus Doctorados, no perdía de vista el modo cómo aprovechar esos mismos estudios para el fruto directo entre los prójimos, máxime entre los universitarios.

El apostolado intelectual le atraía de un modo especial. Las mismas apremiantes necesidades de instrucción religiosa en España le acuciaban muy particularmente.

La carta que el 29 de abril de 1933, un año antes de su sacer-

docio, dirigió, desde Valkenburg, al profesor de Teología en Marneffe, Padre Francisco Larrea, es, bajo tal aspecto, de gran interés. Escribe para enviar una nota bibliográfica que el Padre Larrea le había pedido:

> «Para mostrar mi buena voluntad, he apuntado algo que me ha parecido interesante, francés casi todo.
>
> Esto me da mucho que pensar. Digo, esto de que sea francés. Y creo no es cosa de lamentarse, sino de remediarlo.
>
> No es animadversión a Francia. Al contrario; al ponerme algo en contacto con la ciencia alemana católica, me ha hecho la impresión de que vale más la francesa.
>
> Pero, ¿es que no servimos para nada los españoles? ¿Cuándo tendremos obras en castellano que influyan sobre nuestro Clero y sobre los intelectuales, a lo menos sobre los católicos, y vuelvan a dar a la Teología el puesto que les corresponde, en la dirección del pensamiento español? ¿Qué hacemos con Biología y Matemáticas, sin publicar casi un libro de Teología, al menos uno que sea legible?
>
> El golpe que nos han dado nos debe haber despertado. Buena es la acción social y mejor la católica, y las dos necesarias; pero nadie negará que el corazón de todo es la piedad, y el cerebro, las ciencias eclesiásticas, y que sin una vida vigorosa intelectual, sin más pensar en Dios, que lleva consigo escribir más de Dios, no habrá nada sólido.
>
> Como hay una «Biblioteca de cuestiones actuales», se podría abrir en seguida la publicación de otra de cuestiones religiosas. Hoy no hay nada más actual que la Religión, y el éxito del P. Laburu muestra bien el hambre de todos.
>
> Los medios indirectos no bastan. Cuando sistemáticamente se ataca a Dios en el mundo, hay que defender directamente el catolicismo, en todas partes, enseñando Teología a todos, a cada cual según su capacidad. El éxito será luego sólo de Dios, pero a nosotros se nos pide que prediquemos la Verdad.
>
> Dispense estos desahogos.»

La intensidad con que se hallaba entregado a los estudios, no le permitía, sino rara vez, ocuparse en los ministerios. Pero su ánimo o se apartaba de pensar en el mucho bien que podría hacer en un apostolado directo, y formaba planes para un futuro que quizá nunca habría de llegar.

> «Nos vimos por última vez en agosto de 1934, en Berlín —escribe uno de sus condiscípulos de aquel año—, y sus abstrusos estudios de Filosofía alemana no le alejaban un punto de su constante preocupación: volver a ganar para Cristo el pueblo español.
>
> Como vivíamos muy distanciados, nos citamos una tarde en un bosque de los alrededores, para hablar de proyectos de apostolado. Me confesó el dolor desgarrador de no poder desdoblarse, para atender a tantas necesidades apostólicas: La formación de intelectuales cristianos, el apostolado de obreros y humildes, la juventud universitaria, la labor apologética en la cátedra y con la pluma...»

Algo semejante sobre la universalidad de su apostolado, católico, como el de Cristo, dice de él el Padre Abellán:

> «Sus planes de apostolado se dirigían ante todo a las clases intelectuales. Tenía un deseo ardiente y eficaz de informar de vida sobrenatural toda la cultura española. De aquí su empeño en escribir y dar Conferencias.
>
> Este apostolado lo soñaba, no como un esfuerzo suyo individual, sino como obra de gran colaboración en la que él desapareciese.
>
> Al mismo tiempo, el deseo de llegar a los pobres, a los ignorantes, le dominaba. Tal vez esta tendencia fuese en él más fuerte; pero la voluntad de los Superiores le hacía insistir, sobre todo, en la primera.»

«Cómo vemos la vida que viene, desde la que fue y la que es»: Con este título tenía bosquejado, en uno de estos últimos años, y con certera previsión, un amplio estudio científico-religioso, o mejor, una colección de diversos estudios culturales. El índice de materias, el sumario de algunos capítulos, responden a la más viva mentalidad del pueblo. Encabeza estos apuntes una larga serie de

nombres, el de aquellos a quienes pensaba el Padre Huidobro pedir su colaboración: allí Maeztu, Primo de Rivera, Pemán, Víctor Andrés Belaúnde, García Villada...

Lo ardiente e inquieto de su celo se manifestó, de un modo especial, en sus repetidas solicitudes a los Superiores, para ser enviado a Misiones de infieles. Dos veces pidió ser destinado a Rusia. La última manifestación de sus deseos se la hizo al Padre Gutiérrez del Olmo, Asistente en Roma, que, en nombre del Padre General, hizo una visita a los jesuitas desterrados en Bélgica, durante el mes de abril de 1932. Estudiaba entonces Teología en Marneffe el Padre Huidobro. Se ve que estuvo reflexionando consigo mismo, y ante Dios, en la oración, este su ofrecimiento. En su Diario privado escribió la solución de las dificultades que a sí propio se había impuesto, antes de ofrecerse para este arriesgado destino, reflejo de su alma generosa:

> «Necesita el P. General gente para Rusia. Me he ofrecido. No tengo más miedo que mi flaqueza. Me duele mucho arrancarme de España; pero:
>
> 1. Hay muchos para España, no para Rusia.
>
> 2. Bolcheviques rusos van a estropear a España. ¿No nos atreveremos nosotros a ir para ganar a Cristo Rusia?
>
> 3. Dificultades de lengua, etc.: Ellos la vencen con el castellano. Yo la venceré con el ruso.
>
> 4. Dificultades de vocación, aptitud, peligros castidad, necesidades de España, etc., etc. Esto le toca al P. General; para mí, su voz es voz de Dios.»

No fue aceptado. Más tarde, al serle concedida a los jesuitas españoles una nueva Misión en el entonces Imperio japonés, él fue de los primeros que se ofrecieron. Creíamos que esta vez iba a ser aceptada esta oblación; pero los Superiores se contentaron con sus deseos y lo retuvieron en España.

Dios le tenía reservado para otra misión: la de Capellán militar. Allí iba a poder desplegar todos los entusiasmos y toda la abnegación fervor de su espíritu apostólico, hasta el morir.

CAPÍTULO XII

ANSIAS DE SANTIDAD

1. Siempre en esos deseos. 2. En sus obras, lo mejor. 3. Dos ejemplos de esta ansiedad. 4. Constancia y entereza.

1. SIEMPRE EN ESOS DESEOS.

Si en su caminar hacia Jerusalén, Jesucristo, en vez de haberse encontrado con aquel joven a quien, al proponerle si quería ser santo, le vio bajar los ojos, ponerse triste y alejarse, se hubiera encontrado con el joven Fernando Huidobro, hubiera visto una actitud muy distinta.

Porque Huidobro dijo siempre sí a las propuestas de Dios. No supo nunca negarle nada.

Más bien hubiera brotado de sus labios una ardiente respuesta, semejante a la que nos cuenta el Evangelio de aquellos dos discípulos que, ansiosos de especialísimo premio, fueron con su Madre a postrarse a los pies del Maestro. «Pero es que antes tendréis que beber la bebida amarga de mi Cáliz.» « ¡¡Podemos!! », respondieron ambos al unísono, bien animosos, pero también algo inconscientes, prometiéndole más de lo que ellos mismos pensaban.

Fernando Huidobro, a la pregunta interior que Cristo le hizo para la santidad, no contestó con el audaz *puedo*, sino con el decidido, pero humilde, *quiero*, fiado en que Jesucristo había de darle el poder para alcanzarla.

Y en este «quiero» se mantuvo, sin que ya la voluntad le flaquease nunca, por más que le llegó la obediencia difícil, y el duro renunciamiento, y la heroica constancia de cada día, y aun en el repetido salto desde la trinchera al campo abierto en busca de he-

ridos, que era como un repetido salto a la entrega de su vivir.

Se encontraba en Portugal a fines de 1934 e hizo allí un mes de Ejercicios Espirituales. Ya en uno de los días primeros, escribió estas frases en su cuaderno privado:

> «La experiencia me enseña mi vocación a santo. Es necesario. Lo barrunté antes de entrar (en la Compañía). Apenas si me salvaré si no soy santo. Por mis cualidades y pasiones, no puedo superar las dificultades, sino en la santidad. Y no puedo hacer el bien, si no soy santo. Separado de la Teología, desengañado de la Filosofía, sin el aliciente de los ministerios... ser santo. Sí, me costará grandes sacrificios. Pero tengo experiencia que más sufro a medias, sin querer ser santo, que siéndolo de una vez.»

A pesar de la brevedad con que suele hacer sus apuntes espirituales, repite aquí en lo que acabamos de leer, machaconamente, hasta seis veces, la necesidad que tiene de caminar hacia la santidad.

A estos deseos firmes, decididos, en que se mantuvo con inmutable perseverancia a todo lo largo de su vida, vamos a dedicar unas páginas. Será el capítulo más corto dentro de la presente Biografía, porque no pretendemos probar la santidad de su alma, ni probar que caminó Huidobro por caminos santos. En todo el resto de este libro aparecerán hechos que nos permitirán juzgar, por sus obras, según el criterio que nos señala el Evangelio, a qué grado de perfección llegó a subir.

Ahora no vamos a examinar sus obras, sino sus aspiraciones. Apenas si nos detendremos en un par de casos particulares. Pero, en cambio, sí es menester que consideremos la que, casi podríamos llamar, verdadera obsesión, que el Padre Huidobro tenía por alcanzar a santidad, por colocarse siempre ante Jesucristo en primera línea. Lo que la Iglesia más ha de examinar en el Proceso que ha abierto acerca de cómo fue su paso por la vida, es ver si sus deseos de santidad fueron eficaces.

Pero, ¿qué es esa santidad, que de tal manera encadilaba los ojos de Huidobro? ¿Quién no lo sabe, aun cuando no pueda definirla? Exprésese de una u otra forma, al fin es acomodar nuestra voluntad a la Voluntad Divina, para así llegar a la perfección moral, dentro del amor a Dios.

De una manera quizá más asequible, se podría encerrar toda esta idea en una frase que, aunque no aparezca formalmente escrita con as mismas palabras entre los apuntes del Padre Huidobro, se adapta totalmente a su espiritualidad, centrada por entero en el Amor a Jesucristo. La santidad es: «Tenerle siempre y en todo momento contento, lo más posible, a Jesucristo.»

Y esto se lo tenía propuesto Huidobro con absoluta sinceridad.

Qué bien se cumplió en él aquel dicho tan sabio y popular: «La santidad no es cuestión de poder, sino de querer. No es cuestión de saber, sino de amar.»

Desde muy joven tomó la resolución de buscar siempre lo mejor; y en estos anhelos, ¡esto es lo heroico! perseveró sin descansar hasta el día mismo de su muerte. Y como quería conseguir la santidad, a ella todo lo subordinó: estudios, vocación, amistades, triunfos en la vida. Nada de lo terreno lograba saciar las ansias, siempre crecientes, inmensas, de su alma.

En sus palabras, en sus expansiones en el Diario Intimo, y sobre todo en sus obras se patentizaba su deseo, o más exactamente, su verdadera ansiedad por llegar a ser santo.

Ya al poco de entrar en el Noviciado de Granada, andaba confiado en que iba a poder llegar a la perfección; pues como él le escribió entonces a su madre: «el llegar a ser santo no es tan difícil como nos creernos».

La petición que a ella misma hace más adelante, ya casi terminada su Filosofía, «no dejes de pedir siempre para que yo llegue a ser un gran santo», es la que tantas veces encontramos en su Diario privado, petición que en estos casos se dirigía no a su madre, sino al mismo Dios en la oración.

Se le nota que anda siempre preocupado por la santidad, y a la vez confiado en alcanzarla, puesto que tiene lo único que Dios para ello exige: voluntad seria de conseguirla. Es el *quiero* perseverante.

Aún desde Granada escribe a su hermana Rosario, no sabemos en qué fecha:

> «Pedí instantemente al Señor y a su Madre Bendita, que seas una gran santa. ¿Y por qué no lo has de ser? Si nosotros quisiéramos, llegaríamos a serlo, pues Jesús bien desea

que lo seamos, y nos ayuda con gracias abundantísimas. Querer, querer, es lo que necesitamos. Tú pide mucho por mí, pues, como eres madrina, tienes de ello especial obligación.»

Y a su otra hermana María Teresa, en el año 25:

«Pide en tus Comuniones que sea yo muy santo y mortificado por amor de Cristo.»

Parece como si a fuerza de oraciones quisiera arrancar de Dios esfuerzo para la santidad. Va repitiendo frecuentísimamente la misma aspiración en cartas y apuntes.

Entrado ya en los estudios de Teología, se mantienen, acrecentadas, iguales aspiraciones. Espigamos en su Diario de estas fechas:

El año 31, al meditar la Vida de Jesús en Nazareth. Decisión magnánima, generosa:

«Hablar con Jesús. Servirle cual siervo indigno. Deseo una vida de perfecta pureza y paz en ella. ¿Cuándo?, ¿cuándo? Este año el resto. Me lo juego todo y pongo a todo Jesús en ello y toda mi fe.»

En octubre del año siguiente, en Oña todavía:

«Deseo de perfección, de hacer en todo y siempre lo más perfecto, y de vivir en la abnegación del sacrificio, lo más alto del amor. Ese es el único camino de mi paz. Paz en la guerra. No aspiraré a otra paz, que es imposible. Despreciando la tentación, buscaré lo más perfecto, y eso sólo.»

Ya está en el Teologado de Valkenburg. Es sacerdote. Medita sobre el infierno, y anota:

«Yo, para salvarme, tengo que ser santo; para vencer la concuspiscencia, adelantar en virtud positiva y unión con Dios.»

Durante los Ejercicios del 36 piensa en la santidad del Sacerdocio que ha recibido, y lo mucho que a él se le exige:

«Para salvar las almas que se pierden, todo trabajo de apostolado, sobre todo de oración y penitencia, es poco. Me

están encomendadas todas las almas. Pedir por todas ellas y sacrificarme sin cesar. Por los de Areneros, Santa Cruz, ICAI en Lieja, Chamartín, por los de Friburgo y St. Blasien, todos me están encomendados.

Toda impureza de pensamiento, un crimen ante Dios y ante las almas. Todo pecado venial, es un cegar fuentes de gracia.

Con los peligros y responsabilidades que lleva la vida sacerdotal, si uno no aspira a la santidad, se pierde.

Pecado venial, tibieza, caída grave, Infierno (muertes repentinas). Y a lo menos se merece todo esto. Hay que ser héroes del continuo sacrificio y cruz.»

El quiero no se le muda. Dos años más tarde, poco antes de salir para el Frente, el 36:

«... y con una vida contemplativa muy intensa, y que apaga en mí las pasiones, y es necesaria para que sea santo. Y ser santo es necesario para poder vivir. Y posible y fácil, en Cristo.»

Tan repetidas aparecen esas ansias en sus escritos.

«En sus conversaciones científicas —dijo el P. Rafael Mariño— era cosa también de notar un fondo de peculiar ironía y broma, cuando contaba algo en que aparecía la vanidad humana; que bien se desprendía cómo miraba él estas cosas desde un plano superior, con extraordinario desasimiento. Buena confirmación de ello es la espontaneidad con que dejó todos sus triunfos en Alemania, y su misma vida, sacrificándola por el bien espiritual de nuestros soldados.»

2 EN SUS OBRAS, LO MEJOR.

Ese su quiero ante la santidad, sus íntimos deseos, ¿se manifestaban también en sus obras? Son unánimes los testimonios acerca de la perfección de vida que, con tesón inigualable, llevaba el Padre Huidobro. Desde años atrás. No se necesitaba escucharle sus ansias de perfección, simplemente bastaba verle. El estímulo

que, en los Ejercicios, da San Ignacio a los más estrenuos en la virtud, parecía ser su norma de cada día. En perpetuo acecho de Oblaciones de mayor dificultad, para así señalarse —frase de San Ignacio— en todo servicio de Jesucristo. Al mirarle a Huidobro, se diría que procedía como procedía, porque estaba él mismo escuchando la frase de la meditación del Reino de Cristo, espoleadora en las más grandes empresas: «Los que más se querrán afectar... en todo servicio... de su Rey Eterno...». Fernando Huidobro se encontraba siempre «afectado», muy movido internamente hacia la santidad, en el servicio divino.

Uno de los que fueron sus discípulos, y luego compañero, el Padre Ramón Ceñal, afirmaba que este continuo querer progresar en la virtud, era lo que más le había admirado en él:

> «En el P. Huidobro, lo que me producía mejor impresión era el progreso continuo en la perfección religiosa que, a ojos vistas, de manera palpable, se apreciaba en él. En vez de estancarse o aun retroceder, cosa tan común, su continua y creciente generosidad para con Dios, creo que era uno de los rasgos más salientes de su fisonomía espiritual. Nunca se cansó de ansias de perfección.»

Los paréntesis de tibieza en que, lamentablemente, abundan otras vidas, no se vieron en él. Sino un fervor mantenido desde el Noviciado y que, tal vez en el Teologado, adquirió ya su plena fisonomía espiritual. Nunca supo, por propia experiencia, lo que era «mediocridad». Cuando se fue de Capellán, eligió el Tercio. Toda su vida religiosa la había pasado del mismo modo: en las avanzadas. En cuanto veía una dificultad, que significase perfección, a ella iba derecho, sin vacilar. ¡Tantos ejemplos hemos visto en él...! Si se difundía la *grippe* en la Comunidad donde él residiese, él había de ofrecerse enfermero voluntario; que se daba permiso durante el tiempo de vacaciones para tener catequesis, pues ya se sabía que el Hermano Huidobro habría de aprovechar el permiso para casi las únicas horas agradables del descanso; que se pedían voluntarios para catalogar la Biblioteca, con la renuncia de los paseos y recreos correspondientes, todos ya contaban con que él había de ser uno de los primeros en alistarse; que había que trasladar piedras para sostener el flanco de algún camino, durante los habituales trabajos en la huerta, allí estaba el entonces novicio Hermano Huido-

bro, acarreando las piedras más voluminosas. Por supuesto, una de las horas más intempestivas de las vigilias al Santísimo el Jueves Santo, era, sin excepción, la suya. Y es el caso que todo esto se esforzaba en hacerlo con máxima perfección. Como estudiante, nunca se le veía perder tiempo en ocupaciones desplazadas o al margen de la sustancial: en el Juniorado, latín, griego y castellano, muy bien dominados. En Filosofía, la Metafísica profundizaba con afán. Y —testimonio de sus condiscípulos de Valkenburg— el Dogma y la Moral, penetrados con calor de vida y alma de apóstol. En estas frases resumió sus recuerdos acerca de él quien fue su connovicio y compañero de estudios, Padre Ricardo Cobos.

Así se presentaba Fernando Huidobro ante sus compañeros, testigos de su vida: ansioso de ir haciendo en cada hora lo mejor. Nadie le obligaba a tales extremos de estrenuosidad en sus estudios, y, sin embargo, los hizo. Era libre para, aun dentro de la vida religiosa, llevar un proceder más suave y, naturalmente, más apetecible; y el eligió, por su libre voluntad, la vida de abnegación que iba a todo heroísmo. Su figura hubiera podido servir para el *Divino Impaciente,* de Pernán. Alma grande, a lo Francisco Javier, con generosidad ilimitada en el don de sí al servicio de Jesucristo. Aspiración magnánima a la santidad más alta. A los que le conocíamos, no nos admiraron luego sus proezas en la Legión. Estábamos acostumbrados a ver a Fernando Huidobro siempre en vanguardia. Por eso se encontró en el Tercio como en su centro. Aquella frase desde el Jarama: «Aquí se engrandece el alma ruin en este ambiente de heroísmo», le retrataba de cuerpo entero.

Pero lo que sublimaba al *summum* estos anhelos de perfección y esta su vida de permanente estado de aspirar a lo más, es que escondía el esfuerzo y violencia, que tantas veces tenía que hacerse, mostrando la característica y alegre naturalidad que siempre le acompañaba. Como quien nada de particular hacía. Su fervor era, como todo lo de él, lleno de espontaneidad. Y con eso, su ejemplar proceder era ante todos atractivo.

Compendio de cuanto otros muchos juzgaban acerca de la alteza de sus ideales en la perfección, año tras año, es lo que de Huidobro dejó escrito otro Padre, ya fallecido, conocedor de su interior, por el gran trato que mantuvo con él:

> «Me parece que el P. Huidobro era el hombre de la vo-

luntad de Dios; que ponía en ella, con toda generosidad y energía, su ser entero; y a quien se puede aplicar en alto grado, dentro de lo humano, aquellas palabras de que 'todo lo hace bien'. Ciertamente que esto es ser santo, y puedo decir que, por lo que se puede apreciar por lo exterior, así me parece. Y que me vería en sumo embarazo si quisiera buscar en él defectos capaces de hacerme modificar esta apreciación.

Creo que el Tercio ha sido la ocasión que ha tomado Nuestro Señor para mostrarnos lo que había ya en aquella hermosa alma, antes de llevarle al Cielo; pues su santidad estaba forjada y labrada en la vida oscura de estudiante de la Compañía. Quizá el Señor ha cortado por eso tan pronto su vida, para hacernos mirar más sobre la parte principal de ella, y darnos un ejemplo hermosísimo de cómo se puede alcanzar la santidad en la vida callada de obediencia y trabajo.»

3. DOS EJEMPLOS DE ESTA ANSIEDAD.

Hemos querido acentuar sus anhelos de santidad, no sus obras santas. Tan sólo nos vamos aquí a referir, ya en concreto, a dos ejemplos particulares. Uno, que mira más a lo exterior; el segundo es más escondido. Serán muestras de cómo entendía y practicaba él la perfección, que tanto ansiaba.

Piedra de toque, indicio de los más seguros para juzgar de la virtud, dentro de la vida religiosa, es la obediencia. Y todavía más en particular, la «indiferencia» del súbdito en manos del Superior; ninguna otra virtud distingue tanto al fervoroso del flojo.

Desde muy pronto Huidobro mantuvo, en su justa perfección, su concepto de cómo ha de ser la obediencia religiosa. Aún no era él sacerdote y presenció, casualmente, la insistencia, una y otra vez repetida, de un súbdito ante su Provincial —lo era en aquel entonces el Padre Sánchez-Robles—, hasta conseguir le aprobase, de no muy buena gana, un permiso que deseaba. Cuando luego se alejaron un poco del aposento del Superior, el Hermano Huidobro, con muy espontáneo sentimiento de asombro y de pena, le dijo « ¿Cómo ha hecho eso...?, yo no hubiera insistido así...» Algo pude

escucharles al salir, y quedé hondamente edificado de su delicada perfección de entender la obediencia, y de la sinceridad y caridad con que se la hacía entender al otro religioso.

Sus ansias de señalarse ante Dios en la perfección de la Obediencia no eran una veleidad pasajera. Ni le bastaba el Voto hecho al comienzo de su vida religiosa. Quería ofrecerse y obligarse a algo más. Buena ocasión se le presentaba con la solemne subida al Sacerdocio. Y aprovechó unos de sus momentos más emotivos. A los pocos días de su Ordenación sacerdotal, después de pasados unos cuantos en el Noviciado de Chevetogne, saboreando con Dios, y con su madre y hermanos, las primicias de su Sacerdocio, le escribía una carta a su Padre Provincial, Félix G. Polavieja, con la manifestación de su entrega más llena de espontaneidad y verdad.

> «Valkenburg, 10 de septiembre. Muy amado en Cristo Padre Provincial: muchos días hace que tengo pensada esta carta, y entre visitas y viajes, no he encontrado hasta hoy la tranquilidad oportuna para escribirle.
>
> Como no le sobrará tiempo a VR., quiero ser corto y claro.
>
> Primero, un ofrecimiento: al acercarse el momento supremo de mi vida, la Ordenación Sacerdotal, echado en tierra, mientras se cantaban las Letanías, me ofrecí a Nuestro Señor todo yo y para todo lo que El quiera hacer de mí. Y entonces concebí el propósito de ponerme también en manos de mis Superiores sin reserva, ofreciéndome a toda clase de oficios o misiones, en lo que va incluido América, Carolinas, Oriente, etc. 'Sólo que sea mayor servicio y alabanza de su Divina Majestad'.»

Con sus Votos religiosos ya se había obligado enteramente a dejarse regir por sus Superiores. Pero el manifestar tan sincero deseo de toda indiferencia en el obedecer, era un obligarse más consigo mismo a la obediencia más completa, y era un facilitar a sus Superiores la más suave y libre disposición para futuras ocupaciones. Bien probó, no pasado mucho tiempo, que su ofrecimiento no era nada fingido, ni meras palabras.

Un hecho, entre tantos, prueba lo sincero y eficaz de su abso-

luta entrega a la obediencia. Cuando llegaron los adversos resultados de las elecciones de febrero en España, y el temor de nuevas y graves dificultades en la enseñanza, el Padre Huidobro, inmediatamente, escribió a su Padre Provincial, desde Alemania, ofreciéndose a interrumpir sus estudios en la Universidad de Friburgo, y a ser enviado de profesor a algún Colegio. Esto suponía cortar sus brillantes cursos superiores de especialización y su apostolado en los ministerios; mas para él no existía otra norma que la obediencia.

Cuando, tiempo más adelante, se le presentó a él el destino definitivo que le señalaba su Provincial —bien opuesto a sus deseos, entonces sí que practicó la indiferencia del perfecto religioso frente a la decisión del Superior. El destino a ser Profesor de Historia de la Filosofía (prescindamos ahora de lo que tal vez hubiera de exagerado en estos temores; subjetivamente, era una ocupación muy contraria a cuanto él hubiera deseado para el mañana), le hizo la impresión, ponderaba el Padre Ulpiano López, Profesor suyo, de «una operación sin cloroformo». El apostolado directo en ministerios le atraía fortísimamente.

La gran materia de lucha interior entre su repugnancia al destino y generosidad en aceptar sin remilgos esta obediencia, la dejó expresada en unas Notas de su Diario, en 1935, durante los Ejercicios en Portugal. Es el decisivo ¡sí!, es el confiado ¡QUIERO!, dicho sin restricciones a Jesucristo.

> «En la Santa Misa, pena y tristeza al verme voy a pasar la vida con los Nuestros, y no soy para ello. Representar, pero ofrecerme en paz. Para el fruto en las almas, 'nisi granum...', si la semilla de trigo no muere... Tengo que morir, solo, abandonado, antipático... Esclavo de los filósofos (sus discípulos), y no meterme para no estropear. No ir a recreo, ni querer tratar con ellos. Es verdad que yo deformo. Soy demasiado romántico.
>
> El encerramiento perpetuo del escolasticado —ya es cosa segura— será muerte continua. Pero sin este sacrificio que hago ahora, no habría en mi vida aquel 'en una noche oscura'..., sólo necesito estar 'con ansias en amores inflamado'.»

Por este mismo tiempo escribe al que había sido su Maestro de Novicios; se explaya con él, le comunica su destino y le dice que se alegra que le dediquen a Profesor, porque así habrá en él menos de propia voluntad.

Extremadamente deseoso de conocer y seguir la voluntad de Dios, la recibía con corazón gozoso cuando se le presentaba, tanto en los acontecimientos ineludibles, como en las claras decisiones de la obediencia.

Estos sentimientos los expone con toda su belleza en carta escrita desde Valkenburg, en marzo del año 33. Se dirige a otro Padre, compañero suyo, que se había encontrado en situación muy semejante a la de él mismo, con un acariciado y antiguo plan de apostolado, inesperadamente deshecho.

> «... Habrá algo de sacrificio en su futuro destino... Tanto más habrá de Cristo. ¡Caminos de Dios! ¿Quién sabe a dónde irán a parar? Nos queremos hacer nuestro camino, aun para subir a la cruz; y Dios se complace en hacer el suyo, que es muy distinto, porque lo más fino es la total inmolación de lo que yo quiero.
>
> Tal vez Dios destruye ahora lo que podía haber de propio en aquellos deseos, y le lleva por un rodeo allá o a otro sitio... ¡El sabe! Eso, sin que aquello fuera imperfecto, sino porque esto es más sublime; y no porque el fomentar sus inspiraciones estuviese mal hecho —*absit*—, sino porque El quiere labrar otras filigranas, más divinas, como más suyas, en las almas predilectas.
>
> Y luego, tal vez, la realización exterior de las obras es lo de menos. Aquellas cosas que han pasado entre Dios y su alma..., eso puede ser tanto como el apostolado efectivo, a los ojos que juzgan con verdad.»

El Padre Isaacio Morán, que había dirigido al Padre Huidobro durante su largo retiro del 1935 en Portugal, compendió en unas líneas su juicio acerca de la obediencia de este Padre:

> «A él le atraía más la juventud escolar o la clase obrera, y menos la formación de los filósofos jesuitas, para lo que se sentía menos idóneo y no mejor preparado.
>
> Claro es que se ponía del todo en las manos de Dios y

> de sus representantes, a cuya amorosa y paternal providencia confiaba y subordinaba filialmente sus planes, aunque tuviera que sacrificar los ideales más hermosos y más noblemente acariciados.
>
> Pero como al fin sólo deseaba la mayor gloria de Dios y el reinado del Corazón de Jesús, y con fe viva y fuerte aprehendía que Dios Nuestro Señor, por medio de los Superiores, le había de señalar su puesto, descansaba en la humilde y filial obediencia.
>
> No quiero dejar de decir que para todo esto le valió siempre su devoción filial con la Santísima Virgen.»

Hombre de actividad desbordante, pletórico de iniciativas, buena prueba nos ofrece en sí de que la obediencia más sumisa y llevada al mayor grado de perfección en la costosa indiferencia, en nada disminuye la más señalada personalidad humana. La exalta más bien y la perfecciona.

Qué fácil le ha de ser a un Superior el gobernar a súbditos así.

Qué felices los súbditos que a sus Superiores obedezcan así.

Un segundo caso más voy aquí a señalar, testimonio de la inagotable ansia de total entrega a la perfección. Fernando Huidobro no quería negarle, ni lo más mínimo, a Dios. Desde muy en los comienzos de su vida religiosa, se decidió a que todo su ser Le estuviera, sin la menor reserva, dedicado. Sus ansiedades fueron siempre de «lo más», del «todo».

Hay que tener presente que Huidobro era de natural muy sensible y afectuoso. Además, despertaba en todos —así fue desde muy niño— enormes simpatías. El se sabía muy querido y buscado en el trato, y es posible que no por todos con la prudente delicadeza que él desearía. Por eso quiso, sobre todo en los años de más tierna juventud, en la que son más de temer excesos de sentimentalismos, cortar cualquier crecida manifestación de afectos de otros para con él. Sus apuntes privados, sus cartas y, sobre todo, su conducta bien lo daban a entender. No porque temiese pecado. No se trataba de esto. Temía no dar él, o que otros no diesen por ocasión de él, sus afectos íntegros, su corazón sin mezcla de cariños terrenos, al Corazón de Jesucristo.

Este deseo, muy laudable en sí, con tal de proceder con la

debida prudencia sobrenatural, ya lo sabemos por la Hagiografía, llevó a veces a algunos santos a heroísmos bien excéntricos, laudables en la intención, pero a nadie recomendables en su material imitación. Huidobro nunca hizo nada raro para evitar extralimitaciones en la amistad. No fue, sin embargo, menos firme, heroico, si se mira la constancia en la fidelidad al propósito.

Cuantos le hemos conocido en las diferentes etapas de su vida religiosa, sabemos lo nobilísimo de su ejemplar proceder: muy sincero frente a la sana amistad, pero sin que jamás viese nadie en él debilidades humanas en el cariño. Por su Diario y por algunas, muy pocas, expansiones suyas, conocemos cuán grande y constante fue esta su lucha interior; si se quiere, esta su vigilancia interna, que le impulsó a acercarse cada vez más al Corazón bondadosísimo de Jesús, a quien quería tener entregados total y absolutamente sus afectos.

No es de extrañar que esta vigilancia le llevase a veces a algún extremo de sequedad, de retraimiento. Con los años, disminuída la ocasión y el peligro de excesos, fue a la par desapareciendo lo que, de cuando en cuando, hubiese de esquivez en sus maneras.

Lo difícil, lo ejemplar, fue en él el saber conservar ese dominio sobre sus afectos, y a la par, la alegría con todos, la encantadora jovialidad, la caridad fraternal más franca, que hacía que todos deseasen tratar con él, y al mismo tiempo que todos, aun inconscientemente, le respetasen. Que este su proceder le costaba, es creíble. Se le notaba, en algunas ocasiones, que se tenía que hacer alguna violencia para no desahogar un poco sus sentimientos en expansiones que, aunque en nada desdecirían de un religioso, pero a él le parecían menos perfectos, dentro de su entrega total del corazón a Jesucristo.

Cuánta delicadeza y generosidad en su ansia de perfección.

4. CONSTANCIA Y ENTEREZA.

No son tanto de maravillar, con serlo mucho, estas ansias de toda perfección. Lo más admirable es la constancia, el perseverar sin descaecer en tan eficaces deseos. Fernando Huidobro es de

los que no retrocedieron ni un paso en el entusiasmo y fervor del primer día. Y esto es lo que engrandece hasta la cumbre sus ansias de santidad.

Lo heroico no es, aunque parezca un despropósito, el hacer, de vez en cuando, actos heroicos. Lo en verdad heroico es el perseverar en ese ánimo de heroísmo. No pertenecía Huidobro al grupo de esas almas, señaladas por la crítica de Pemán, que son capaces de realizar actos extraordinarios un 18 de julio, y luego no saben cumplir sus deberes el 20 y el 23.

Esto es, sin duda, lo más alto en la virtud del Padre Huidobro: ser excelente religioso y nunca retroceder; nunca decayó en el fervor; nunca caminó despacio. Ansias de perfección en la oración, en el estudio, en la obediencia, en todo; y desde el Noviciado a la Cuesta de las Perdices, dieciocho años, no dar un paso atrás. Es decir, realizar en el frente de la virtud, lo que el legionario en el frente de batalla. Su vida fue en pleno sol, sin un eclipse. Todos cuantos hemos vivido con él, todos lo podemos testimoniar. Su arco siempre en tensión. Bien sabe cualquier religioso que si le ha costado salir del mundo y separarse de los suyos, y hacerse novicio, mucho más es lo que le cuesta el permanecer, año tras año, en ese mismo espíritu de sacrificio, con el entusiasmo del día de entrada.

A estos anhelos de santidad, ¿respondía luego en todo tiempo la práctica santa en el proceder? La debilidad humana, aun en los mayores santos, suele quedarse siempre más abajo que el altísimo idea que se propone alcanzar como meta. Ese estar descontento de sí, ese lamentarse de lo despacio que uno avanza, también le tuvo que suceder al Padre Huidobro. Es la inquietud, el descontento ante la propia impotencia. Pero lo básico es el vivir, ininterrumpidamente, con las ansias de caminar, cada vez más de prisa, los caminos de Dios.

Una última pregunta: ¿Cómo podemos explicarnos tan heroico perseverar en sus esfuerzos en busca de la santidad? Es que, ante la invitación a la santidad hecha por Jesucristo, en su alma, en Fernando Huidobro no hubo el presentuoso *«Podemos»* de los hijos del Zebedeo, sino el humilde y confiado *Quiero* con el que acudía de continuo a buscar, en la oración, a Jesucristo, el esfuerzo para alcanzar lo que ansiaba. Así se explica que, en él, no haya

habido nunca flaqueza ni defección, a la vista del Cáliz de un sacrificio, como la hubo en los dos discípulos, cuando el correr cobarde en Getsemaní.

Hemos de poner, se cae de su peso, que la gracia divina le robustecía la voluntad y le daba vivo atractivo a la perfección; y se lo daba mucho, porque era mucho lo que él se la pedía, acudiendo a la oración. Pero si mirándole sólo a él buscamos en su propia espiritualidad una explicación que nos satisfaga, encontramos que su actitud no era sino el cumplimiento de la entrega decidida y entusiasta, de la meditación del Rey Temporal, en los Ejercicios.

Es que la vida espiritual del Padre Huidobro era modelo de entereza. No estaba hecha a pedazos, a piezas; Huidobro era un varón apostólico fundido en un bloque; por eso sería difícil analizar y seccionar sus virtudes, para enumerarlas en capítulos aparte.

El tenía una sola virtud: la virtud y fuerza de Dios, que llenaba su corazón, formado según el Corazón de Cristo, y la entrega absoluta, de leal caballero, a ese Espíritu de Dios que llenaba su alma entera. Era sencillamente un hombre de Dios, el tipo de soldado de Cristo que, una vez ha jurado fidelidad a su Rey, ya no piensa ni en la posibilidad de andar por otros caminos apartados.

Impresionaba tan varonil sinceridad en el servicio de Dios; nada en él era postizo, añadido, forzado. Allí donde estaba Huidobro, estaba todo él, con toda su Fe, con todo su Amor y su entrega y sacrificio. Nunca supo lo que es darse por partes. Cuando él se decidía, se decidía de verdad. Cuando prometió a Dios serle fiel, Dios pudo estar seguro de que allí había propósito firme de llegar hasta lo último, por no faltarle a la palabra dada. Cuando un día luminoso le dijo a Jesucristo, «*quiero* la santidad», se decidió. Y como se sabía débil, con la innata debilidad humana, clamaba y clamaba en la oración constante, suplicando esfuerzo. Bastaría, para convencernos de este clamor, leer su Diario. Y el esfuerzo Dios nunca lo niega, si se le pide como lo pedía Fernando Huidobro.

¡Feliz él, que ansió tan de veras la santidad!, pues, sin que él, indudablemente, llegase a saberlo, a lo que podemos nosotros juzgar, antes de salir de este mundo se le satisficieron estos sus altísimos deseos, conforme a la promesa de Jesucristo en la Bienaventuranza evangélica.

Dios había depositado en él grandes tesoros de cualidades

naturales y sobrenaturales, y él las puso todas al servicio de Dios. Cumplió la conocida oblación: «Tomad, Señor, y recibid todo mi haber y mi poseer», que pone San Ignacio en respuesta a los grandes dones de la largueza divina con el hombre.

En un libro aparecido hace unos pocos años, *Jesuitas en la zona de la muerte*, su autor, el Padre Antonio Capel, tiene estas líneas, con las que cerramos el presente capítulo, mientras tenemos presentes a cuantos hemos sido compañeros y testigos de una vida tan santa:

> «Si algún día, en los míos, canonizase la Iglesia al Padre Huidobro, yo me llevaría una enorme alegría, pero no me llevaría ninguna sorpresa.
>
> Entre religiosos, no es difícil que los componentes de cualquier generación convivan con un santo, o con más de uno.
>
> Yo, compañero del Padre Huidobro en casi todas las etapas de su vida, no moriré ya sin haber saboreado esta inusitada experiencia.»

CAPÍTULO XIII

EN LAS AVANZADAS DEL APOSTOLADO IDEOLOGICO

Nuevas orientaciones filosóficas. 2. ¿Audaces? ¿Peligrosas? 3. Heidegger. 4. Estimado por su Profesor. 5. Diversos juicios laudatorios. 6. Con los filósofos en Les Avins. 7. Artículo sobre Unamuno. 8. Breve crítica de Ortega y Gasset.

1. NUEVAS ORIENTACIONES FILOSÓFICAS.

Un aspecto intelectual bien notable nos presenta el Padre Huidobro. Aplaudido, en su tiempo, por algunos que quizás se extralimitaron en la avanzada interpretación que le atribuyeron; criticado por otros que, excesivamente también, temían que hubiera dado Huidobro pasos demasiado atrevidos. Más tarde, unos y otros —la mayoría— reconocieron la recta posición científica, que el joven estudiante había tomado.

¿De qué se trataba? ¿Qué fue lo que en el campo de la Filosofía presentó el Padre Huidobro, y que tanto motivo dio a censuras y a aplausos? Todo el asunto era éste: Qué se había de pensar y de defender respecto a las corrientes modernas de muchos filósofos de centroeuropa.

El consideró, como de grande utilidad suya, el haber conocido muy de cerca estas corrientes. Al lamentarse desde Valkenburg, en una carta, de que el aprendizaje del alemán le quitaba mucho tiempo, que él quisiera para profundizar más en los estudios teológicos, se consuela diciendo:

> «En cambio, tiene la ventaja de los horizontes que abre el ponerse en contacto inmediato con otras maneras de pensar y de ser.»

Es cierto que, mientras iba preparando su Doctorado en Fri-

burgo y en Berlín, el trato con Heidegger y otros filósofos alemanes causó un gran impacto en su manera de concebir la Filosofía, tal como hasta entonces la había estudiado. Pero este impacto le conmovió, más fuerte aún que científicamente, en su corazón sacerdotal. De aquí los planes, que ya desde entonces comenzó a idear, sobre una diferente manera de exponer la Filosofía católica, más que por aprovecharse de los adelantos científicos germanos, por poder penetrar al propio campo de esa intelectualidad extraviada, y así ver de ayudarles en encontrar y venir a la Verdad. Esta posición de vanguardia filosófica era, en aquellos años, todavía bastante nueva en los medios intelectuales eclesiásticos españoles.

No sin razón hemos intitulado este estudio apostolado ideológico.

Para Fernando Huidobro, tanto la Catequesis directa, como la predicación misional, como la especulación filosófica, todo iba ordenado, —Huidobro era siempre y en todo, un hombre que miraba a Dios y a las almas; varón apostólico fundido en un bloque, sin divisiones en el gran ideal de su vida—, para él, repito, todo iba ordenado a difundir al máximo la Verdad.

El problema se le presentó en Alemania. Se encontró en un ambiente intelectual muy lejano de aquel, en que anteriormente había vivido, erróneo, paganizado, totalmente kantiano y existencialista, ajeno, casi en absoluto, a la concepción filosófico-cristiana tradicional y escolástica. Se vio asomado a un mundo alejado de la Verdad. No era mala voluntad la de muchísimos de esos intelectuales modernos. En muchos era, principalmente, extravío, debido a radicales desviaciones, provenientes de falta de luz sobre necesarios principios filosóficos. Y por eso, sobre bases falsas, iban luego construyendo su nueva ciencia ideológica.

Apenado de que siguieran tan erróneo camino, sintió el impulso de ayudar a traerlos a la luz de la ciencia verdadera. Y se decidió a irlo intentado.

Posible es que a algunos se les presente hoy, lo mismo que ocurrió entonces, la figura del Padre Huidobro, en este campo ideológico, como excesivamente condescenciente con adversarios y aún con incrédulos. El, que hasta hacía muy pocos años era, como nadie, inflexible en sus ideas.

Hay algo de fundamento en el temor, y hay mucho de exageración e ilusión en este juicio.

Los años, su trato continuado con extranjeros, la experiencia sicológica, los horizontes mucho más dilatados ante él en el conocimiento religioso y científico, le hicieron más «comprensivo», esta es ahora la palabra, tocante no a las ideas erróneas, sino a los imbuidos en esas falsas ideas.

Durante sus cuatro años de Teología, había pensado mucho consigo mismo sobre el problema «crítico», de primordial importancia para convencer al incrédulo. Bien convencido estaba él, y a nadie, que le haya conocido, se le ocurrirá dudarlo, de que nuestra Filosofía, la tradicional, la escolástica, es la que enseña el camino seguro a la verdad. Pero también se iba cada día más convenciendo de que, muchas veces, nuestros adversarios se niegan a penetrar en nuestro campo, que o desconocen o desprecian, para en él aceptar nuestra lucha científica, y se nos mantienen siempre distanciados.

El Padre Huidobro, aguijoneado por ardiente celo de las almas, emprendedor, y a la vez, de potencia intelectual, sentíase incapaz de «esperarles»; quería hallar modo de poder bajar a su propio campo, y encontrarse directa e inmediatamente con ellos. Por eso, verbigracia —y a este caso es al que más se refieren, los que suponen en el Padre Huidobro excesiva indulgencia en algunas de sus ideas— cuando, en el conocimiento y trato del Profesor Heidegger, llegó a comprender que él podría, aún dentro de la Filosofía ajena, con las mismas armas del adversario, probarles la verdad de nuestras grandes doctrinas filosóficas y religiosas, brillaron sus ojos con el entusiasmo de la esperanza. De la esperanza, porque de esto simplemente se trataba. Era un arduo proyecto a estudiar, que ni el mismo Padre Huidobro veía aún claro si llegaría a ser, no ya prudente, pero ni siquiera realizable. Plan profundamente apostólico y de hombre muy firme en la verdadera doctrina. Y a la vez, empresa de grande envergadura. Temida, y hasta evitada positivamente, por la mayor parte de los pensadores católicos «seguros». Aun este solo aspecto de la vida del Padre Huidobro, esta toma de posiciones científico-apostólicas, hubiera sido más que suficiente para engrandecer su memoria.

Nadie podrá negar que es método, audaz, si se quiere, pero

nobilísimo, apto para mejor desengañar a tantos que, aunque con buena dosis de rectitud, viven extraviados en sus ideas. Iba el Padre Huidobro a la raíz de las dificultades, para responder más por entero y directamente a ellas.

No podemos nosotros apreciar debidamente este perfil, simpático y batallador, de su vida científica, porque no llegó a concretar sus actividades. Su vida tempranamente tronchada en la primavera del 37, no le dio espacio para hacer este largo camino. El era el primero en manifestar, que aún no estaba suficientemente preparado para tan magna obra. Llevaba solamente un año de estudios de especialización, desde que había terminado su carrera eclesiástica. A uno de sus antiguos Profesores de Metafísica, Decano entonces en Les Avins, que le pidió en 1936 le diera el juicio crítico de la doctrina heideggeriana, modestamente le respondió, que no se consideraba, todavía, capacitado para concretar su criterio en esta materia; que era simplemente un alumno de la Universidad de Friburgo. Dos semestres tan solo había permanecido en aquella ciudad alemana, desde el 22 de octubre del 35 al 17 de julio del 36.

Para que le pudiésemos juzgar, con probabilidad de acierto, a Huidobro en sus audaces proyectos, hubiera sido necesario haberle visto, durante el transcurso de varios años, como Profesor o Escritor. Dios quiso que su definitivo campo apostólico fuese muy diverso del que él y sus Superiores creían.

Toda la actuación efectiva en este interesantísimo aspecto de su vida científica, a esto se limitó: a trazarse un esbozo de este camino, a sentirse atraído apostólica e intelectualmente por él, a exponerlo a sus compañeros y a los jóvenes filósofos de Bélgica, a desarrollar algunas rápidas sinopsis científico-apologéticas, dirigidas a los intelectuales modernos. Y de pronto, con el desprendimiento del que sólo busca a Dios en los caminos de la vida, abandonó todos sus entusiasmos filosóficos, y se fue de Capellán a la 4.ª Bandera; a morir, que bien vislumbraba este fin, desde que dejó todos sus libros filosóficos en Bélgica y Friburgo.

2. ¿AUDACES? ¿PELIGROSAS?

¿Era en realidad un plan peligroso, como algunos en aquellos tiempos creían?

Más que peligroso, atrevido. No es posible dar un juicio totalmente definitivo, porque todo se quedó en sus comienzos. El mismo Huidobro afirmaba —ya lo hemos dicho— que todavía andaba tanteando en su plan.

Si alguien, entre los jóvenes estudiosos, podía lanzarse a esta nobilísima empresa, era él. Su solidísima formación filosófica le resguardaba bien del peligro, que en esta orientación, de trabajo intelectual de «vanguardia» puede existir. Su serenidad y recto juicio le ponían al amparo de todo extremismo. De penetrante entendimiento, y muy cultivado, y a la vez, de hondísimo convencimiento religioso y de larga práctica en ejemplarísima virtud.

Se nos presenta en él un persuasivo modelo de cómo es factible el situarse en la avanzada de la intelectualidad, y a la vez —mejor será decir: y por eso mismo— permanecer en la más pura rectitud de criterios religiosos y científicos, y en la observancia ejemplar, dentro de su vida diaria, con la obediencia más perfecta, y en la sencillez y humildad inalterable. Al mismo tiempo que anhelaba acercarse a la más alta y más difícil empresa intelectual, conservaba su preferencia en las prácticas del celo apostólico con los pobres e ignorantes. Grandeza extraordinaria del Padre Huidobro en este simpático aspecto de sus actividades.

No había él emprendido el arriesgado estudio en las Universidades extranjeras, y el trato científico y amigable con los filósofos racionalistas alemanes, sin un muy prudente afirmarse en la verdad católica. No iba a la ligera. Bien que sabía el terreno resbaladizo que pisaba. Y si luego pudo alargar mucho la mano en el deseo de ayudar a los extraviados, es porque antes había él asegurado mucho sus pies en el camino recto.

En el año 1935, antes de viajar de España para Friburgo, fue el Padre Huidobro a despedirse de un condiscípulo, a quien tanto estimaba, el Padre Rafael Criado, actual Profesor de Sagrada Escritura en Granada. Se hallaba éste, a la sazón, enfermo en el Sanatorio del Guadarrama, llamado en aquel entonces «Hispano

Americano». Le acompañaba en esa visita el que, un año más tarde, había de ser martirizado en la cárcel de Guadalajara, Padre José de Pedromingo.

Con la familiaridad que les daba el haber permanecido los tres, durante muchos años, en las mismas clases de sus estudios sacerdotales, le dijo a Huidobro el Padre Criado: «Va Vd. ahora a ser, en aquella Universidad alemana, discípulo de Heidegger, el gran filósofo incrédulo. Un buen consejo le quiero hoy dar: que en algunos ratos, los que la preparación de clases le dejen libres, no deje Vd. de abroquelarse con frecuencia, releyendo el Juramento antimodernista y la Encíclica *Pascendi*. Manténgase inmoble en la verdad más pura». «No tenga Vd. cuidado por mí, le respondió Huidobro. A todas partes donde voy llevo siempre conmigo el *Denzinger*; lo leo y lo medito muy a menudo».

Los dos Padres se referían al Libro universalmente conocido por el nombre del autor en sus primeras ediciones, el Sacerdote teólogo alemán del siglo XIX, Enrique José Denzinger. Es un Manual en donde se contienen los principales Símbolos, las Definiciones y Declaraciones, que sobre Fe y Costumbres han ido haciendo, a través de los siglos, los Pontífices y Concilios. Es este Libro el texto clásico que, de continuo, es citado en las clases de Teología, como segurísima norma para el pensar.

En la Encíclica *Pascendi*, publicada en septiembre de 1907, había condenado San Pío X todo el compacto sistema de errores contemporáneos, denominados «Modernismo», que socaban los fundamentos mismos le la Fe y son germen del ateísmo. Tres años más tarde, en septiembre del 10, el mismo santo Pontífice, con un *Motu proprio*, redactó la serie le proposiciones principales en esa Herejía, de las que, con explícito juramento, se han de obligar a apartarse los Confesores, los Predicadores, quienes ocupan Cátedras de Filosofía o Teología, y quienes reciben ciertos cargos de responsabilidad en la Iglesia.

Mas a pesar de la reconocida solidez en la preparación científica del Padre Huidobro, es verdad que algunos llegaron a expresar temor de que, en este su camino iniciado, de haber él vivido algunos años más, hubieran podido introducírsele peligrosas desviaciones filosóficas, contagiado por el racionalismo extremo. Posible es todo, dada la pequeñez humana; pero no existe base para pensar

en dichos posibles desvíos. Teniendo, sobre todo, en cuenta la solidez intelectual y religiosa del Padre Huidobro. En el mundo de los futuribles se pierde nuestra imaginación. Todo será dable pensar, aun de los mayores Santos y mayores Doctores de la Iglesia, si nos entretenemos en añadirles a cada uno, sobre los que vivieron, treinta años más de vida en este mundo.

El, como pocos, era capaz de buscar y recoger los granos de verdad que existen entre los extraviados, sin tiznarse con el error. Aquí sí que viene ajustada la frase de que «el sol no se mancha, aunque se junte al barro».

Con buen bagaje de Filosofía escolástica, supo enfrentarse, ágil y abierto, con todo lo que encerrara algo de verdad y de belleza.

No le encandilaba, ni menos cegaba, al Padre Huidobro la Sabiduría humana. La estudiaba con entusiasmo, pero no se hacía esclavo de ella. Otra Filosofía muy superior le atraía. Lo escribió en su Diario íntimo a fines del año 34, luego de haber meditado sobre Cristo ante el Tribunal de Caifás, ya con la sentencia de condenación sobre Sí. Con excepción bien original, todo el párrafo que ahora copiaremos lo escribió en alemán en su cuaderno:

> «Yo me quedo con Cristo; con la infamia de su Cruz en la doctrina. Los eruditos, los prudentes, los sabios del mundo, están contra Cristo, contra la necedad de su doctrina. Yo estoy por Cristo. Aun cuando con El no hubiese ningunos sabios, sin embargo, El tiene palabra de Vida Eterna. ¿Dónde, si no, yo he de ir? Yo me río de Kant (ich lache ueber Kant...), y de Hegel y de Platón. Yo me quedo con solo Cristo. La necedad de la Cruz, esa es mi ciencia».

No eran sentimientos que, impreparados, se le presentaron. En mayo del mismo año se había expresado de la misma forma:

> «No dejarme secar por la Filosofía, sino vivir en lo concreto, insistiendo en el vitalismo de la Filosofía para ir a Cristo.
>
> Fracaso de la Sabiduría, de la Ciencia de todo lo humano. Fracaso que ya pintó San Pablo. Toda la Filosofía desemboca en Dios; y al ir a buscarle nos sale al encuentro con la Revelación, nos afirma y esfuerza; nos acerca a Sí. ¿Vamos

> a rechazarle para pensar sin El?
>
> Las formas de vida o las categorías de hombres; y el hombre sobre las categorías. Y así, a través de la Filosofía gastada, ir a Cristo, vivo en la Iglesia. La Filosofía, en conjunto, es un gran fracaso. La humanidad, sin raíces en Dios, es imbécil. Y la vida es una comedia de cumplimientos. ¡Todo es mentira! ».

En medio de sus entusiasmos por los estudios, de su dedicación a la investigación filosófica, él, Sacerdote, apóstol, mantenía sus ideales de orden muy superior. En el destino que los Superiores le habían señalado para un futuro próximo, la Cátedra de Historia de la Filosofía, planeaba labor apostólica:

> «No me contentaré, dijo a uno de los Profesores de Les Avins, con la enseñanza de la Filosofía; haré apostolado entre mis discípulos. Especialmente quisiera hacerles comprender, cómo los errores de los filósofos modernos provienen, en su raíz, de la soberbia y del apartamiento de Jesucristo.»

Huidobro nunca pudo disociar sus arranques apostólicos de sus serenidades de pensamiento.

En el método de su enseñanza proyectaba restringir la materia. Especialmente en sus investigaciones privadas, estudiar más a fondo el problema de Dios en los modernos filósofos. Estudio el más noble. Por supuesto que pensaba escribir sobre este punto, para orientar a la juventud española. Y ya en esta misma dirección, a fin de llegar a los jóvenes, cuya formación le obsesionaba, trataba de ejercitarse en escribir con estilo el más moderno, que hiciese la lectura interesante a los jóvenes. «Porque —decía— sería ridículo e infructuoso el hablarles en un lenguaje que ellos o no comprenden o no lo quieren.»

3. HEIDEGGER.

Una vez terminado su año de Retiro —Tercera Probación— en Portugal, salió el Padre Huidobro para Alemania. Quería conocer a fondo la Filosofía moderna, y quería obtener el Doctorado. Consultó antes su caso con un antiguo compañero de teologado en Holan-

da, el tan renombrado hoy en el mundo científico y religioso, y discutido perito en el Concilio Vaticano II, Padre Carlos Rahner, S. J. La contestación, dada en una larga carta en julio del 35, fue aconsejarle que más bien eligiera alguna de las Universidades de Munich, Bonn o Berlín, preferentemente a Friburgo; entre otras razones, porque consideraba muy dudoso que el gran Profesor de la Universidad de Friburgo, Heidegger, le admitiera como alumno en sus famosos «Seminarios», pues en esto era muy «exclusivo».

Huidobro se dirigió a Berlín primeramente. Y luego, pensadas las ventajas e inconvenientes, decidió de todos modos acudir a Friburgo, y se matriculó en aquella Universidad. Aparte de las clases de Filosofía, comenzó a asistir a otras clases secundarias, necesarias para el Doctorado.

No había casa de jesuitas en esta ciudad, y se fue a vivir, desde el mes de octubre, en una pensión de huéspedes, principalmente ancianos, Karolushaus, nombrada festivamente por los jóvenes estudiantes «hotel a lo divino», ya que estaba regida por religiosas, Hermanas de la Caridad. Más adelante, en 1945, quedó esta Residencia totalmente destruida durante un bombardeo.

Celebraban la Misa en la Capilla de la casa de al lado. Casa Madre de las Hermanas de la Misericordia.

Sus compañeros de hospedaje y de estudios eran unos pocos jesuitas, entre ellos, el Padre Ignacio Prieto, español, y los alemanes Carlos Rahner y Juan Bautista Lotz, que, años más tarde, iban a adquirir gran fama, como Catedráticos de Filosofía en las Universidades de Innsbruck y Roma. Este año 1965, el Padre Rahner ha sucedido en la Cátedra de Munich, al recientemente fallecido, Romano Guardini.

En Friburgo se entregó Huidobro al estudio de la Filosofía, mientras iba, al mismo tiempo, perfeccionando su alemán, con todo el ardor acostumbrado. Desde allí pudo escribir:

> «Tengo mucho trabajo, algunos días seis horas de clase. Pero ya voy venciendo las dificultades. Leer a Kant era hace unos meses una penitencia. Ahora es un deleite.»

El Profesor de mayor fama en Friburgo, y aun en toda Alemania, era el Doctor Martín Heidegger. Muchísima gente acudía a sus Conferencias. Muy de ordinario las daba mientras iba paseándose

lentamente, por el estrado de la Sala. Su exposición personal era impresionante. Aún en nuestros días continúa congregando alrededor de sí el aplauso y la admiración. Es que tiene el don de captar, de modo inigualable, la atención y el interés.

Era por aquellos años el ídolo de la juventud estudiosa alemana, pues estaba, y con razón, considerado como el filósofo del Partido nazi, al que se había oficialmente adherido. Más tarde abandonó esta posición, y declaraba que «un pueblo sin metafísica es cual un pueblo sin padres».

Solo por seguir sus cursos bien valía matricularse en Friburgo. Y éste fue el más poderoso motivo que llevó a Huidobro a elegir esta Universidad.

Heidegger fue, principalmente en Alemania, uno de los grandes precursores del Existencialismo; y eso que, en su juventud, hasta llegó o estar, por breve tiempo en el Noviciado de los jesuitas. De él escribía el Padre Rahner en su carta a Huidobro: «Es muy buen filósofo, pero de una Filosofía muy falsa. Habla a veces en sus lecciones contra el Cristianismo. Ahora que con nosotros, los Sacerdotes, se muestra siempre muy atento».

La filosofía heideggeriana es la filosofía de la angustia trágica, deprimente. Hace sentir la opresión del problema de nuestra existencia y no ofrece solución ninguna. «Estamos, dice él, tirados en el mundo. No sabemos ni de dónde venimos, ni para qué. Ni sabemos a donde vamos. Sólo esto sabemos: que venimos de la nada, y que dejaremos de existir, y que vamos a la muerte, a la nada; y que después de todo, no habrá nada».

Heidegger trata muy a fondo del hombre, que es el ser más noble y perfecto que tenemos ante nosotros: ser traseunte, accidental. Lo estudia bajo todos sus aspectos, pero nunca ha llegado este gran filósofo a contestar a la pregunta que repetidísimamente se le hacía: «Además de este ser contingente, pasajero, ¿existe otro ser permanente?»

Niega que haya razonamientos metafísicos capaces de probar la existencia y naturaleza de Dios, o que la realidad del mundo exterior pueda conducirnos a la afirmación científica del Ser necesario, causa primera del Universo. Así que es evidentemente su doctrina totalmente contraria a la doctrina católica, pues encierra en sí la negación en bloque de toda la filosofía cristiana.

Luego de un año de estudiar con Heidegger, dio el Padre Huidobro este compendioso juicio de las enseñanzas filosóficas de su maestro: «Heidegger nos decía: Huimos de la nada, y vamos a las cosas. Nos inclinamos a llenarnos de ellas, pero todas se nos van, y nosotros también nos vamos.» Y de ahí, Heidegger no alcanza a subir más alto. Nunca ha llegado a admitir principios universales por los que podamos, raciocinando, llegar a la existencia de Dios. Más allá del ser finito, nada pone. Esta es su invariable respuesta que nada responde: Nacemos para morir. No encuentra la razón del ser contingente.

4. ESTIMADO POR SU PROFESOR.

Lo principal de las enseñanzas de Heidegger estaba en los «Seminarios», reuniones de estudio con un reducido número de discípulos. Los dos jesuitas españoles fueron, desde el primer día, admitidos. En los «Seminarios» se consideraba como una gran distinción y una labor difícil, el redactar la Memoria o Protocolo con todo lo expuesto y debatido durante las dos horas que duraba cada Sesión. Este Protocolo se había de leer en la Sesión siguiente y estar redactado en alemán. Ordinariamente sólo después de bastante tiempo se confiaba esta labor a los extranjeros, para quienes suponía un esfuerzo adicional, bastante duro, el tener que exponerlo en lengua alemana. El estudiante Huidobro se destacó ya desde el principio por sus acertadas intervenciones, que demostraban gran conocimiento de la Historia de la Filosofía. Heidegger —nos dice su condiscípulo, el Padre Prieto— acogía estas intervenciones con manifiesta simpatía, y complacencia; tanto que, al finalizar el primer semestre, ya le encargó un Protocolo; y al terminar Huidobro su lectura, Heidegger le dedicó sonrientemente unas frases bien laudatorias.

Este Profesor, tan brillante en sus exposiciones y tan básicamente hundido en el error filosófico, estimó con gran preferencia a su discípulo Huidobro y hasta le invitó en algunas ocasiones a comer con él. Se decía que lo estimaba como uno de sus mejores discípulos.

En algunas de estas conversaciones particulares le habló el

Padre Huidobro del concepto de la Verdad en Suárez. Heidegger, interesado, le encargó una investigación privada sobre este tema. Así lo hizo Huidobro, y hasta le tradujo al alemán toda la Disputa 8.ª del gran Filósofo jesuita. El Profesor, que no lo conocía, mostró agradarse mucho al ver doctrina tan hermosa y expuesta en método tan progresista, ya en aquel pasado siglo.

Entre los apuntes que se conservan del Padre Huidobro, hay una papeleta, autógrafa y dirigida al Profesor Heidegger, que es o simple copia de la ya entregada, o el original que no llegó a dársele. Es muy probable que se refiera a estas conversaciones, tenidas entre ambos, sobre la doctrina de Suárez, pues pone allí el Padre Huidobro algunas abstrusas investigaciones sobre la Verdad y el Ser.

El que en aquellos pocos meses de trato cultural y con la dificultad de la lengua extraña, haya podido el Padre Huidobro entrar en la amistad de Heidegger, el tan extraordinaria y merecidamente engreído por la fama, aun siendo el discípulo tan joven y Sacerdote católico; y el que aun haya logrado que el Profesor existencialista llegase a iniciarse en el conocimiento y estima del escolástico Suárez, y precisamente en sus estudios sobre la Verdad y el Ser —caballos de batalla dentro de la filosofía heideggeriana—, mucho triunfo es. Y sin duda en algo se le debió iluminar la confianza para el futuro al Padre Huidobro, de logros más completos dentro del campo intelectual acatólico. Hablando en Bélgica sobre sus charlas científicas con Heidegger, decía el Padre Huidobro que compadecía aquel su tormento ante la muerte, pero que esperaba conseguir algo de esta su angustia.

Al terminar aquel curso, el 29 de junio del 36, extendió el Profesor Heidegger un Certificado de lo más elogioso, encaminado a facilitar a Huidobro la continuación de sus estudios en Friburgo:

> «El Sr. Fernando de Huidobro, estudiante de Filosofía, ha trabajado conmigo en las clases y ejercicios, desde hace dos semestres, con gran resultado.
>
> En el pasado semestre de invierno, ha hecho en alemán, por sí mismo, un Informe sobre una Sesión del Seminario; por el cual se ve que está preparado para seguir, por sí mismo, el desarrollo del pensamiento filosófico alemán.
>
> Igualmente, el proyecto presentado por él de un trabajo

sobre el concepto de la Verdad en Suárez, acredita que está sin duda dotado para el trabajo filosófico personal.

Por esto quisiera recomendar de la manera más ferviente una subvención de estudios para el próximo año.»

Se conservan así mismo otros dos Certificados parciales, firmados por este mismo Profesor: el uno, acerca del curso seguido por Huidobro en el Seminario sobre la Crítica de Kant; el otro, sobre Leibniz. En ambos se afirma que hizo estos estudios «con gran aplicación y extraordinario fruto». El primero está fechado el 25 de febrero del 36; y el otro, el 28 de junio de este mismo año.

Heidegger no olvidó al discípulo ausente en la guerra. Sabemos por carta de su condiscípulo de Friburgo, el alemán Weinberger, que Heidegger buscó alguna vez, con gran interés, en los periódicos, noticias del Frente de Madrid, para saber, si era posible, de su alumno Huidobro.

Meses después de haber finalizado el curso en la Universidad alemana, cuando el Capellán Huidobro se hallaba en la Ciudad Universitaria, recibió, juntamente con un pequeño libro dedicado a él, una amable carta de Heidegger, contestación a la que Huidobro le había dirigido. La carta está fechada el 21 de diciembre en Friburgo:

«Muy estimado señor Padre Huidobro:

Mucho me he alegrado de su carta. Ya en octubre supe de usted por el Padre Lotz. Me decía que el corresponsal del periódico *Vólkischer Beobachter*, contaba entre las noticias del Frente Nacional, que había hablado con un Capellán, que hacía poco tiempo había estudiado Filosofía con el Profesor Heidegger. Sacamos en conclusión que solamente usted podía ser. Entre tanto, usted ha sido herido. Mucho deseo que pronto se reponga.

Todos deseamos la victoria de sus valientes combatientes.

Cuando en el verano hablábamos, en mi sala de estudio, de la situación política, no sospechábamos que se podría llegar a tan encarnizadas luchas.

Aquí también le envío una pequeña narración entresaca-

da de la gran novela de Grimm, *Pueblo sin espacio*. Presenta la valiente resistencia de las tropas coloniales alemanas.

En toda guerra, la fuerza que decide, es la fuerza del espíritu. Ella es también la que decide sobre cómo debe ser llevada la victoria, y cómo sufridos los reveses.

Todos anhelamos que la terrible nube, que se cierne sobre Europa, sea superada felizmente, para bien de los pueblos.

En la Sesión del último Seminario he dado sus saludos a los participantes. Todos cuantos le conocen a usted también le envían sus recuerdos, y desean a sus combatientes el éxito definitivo. Y yo espero que usted, después de pasados todos los sacrificios, pueda pronto regresar a la Filosofía.

Con mis mejores deseos por su prosperidad, y un gran saludo, su muy afectísimo, M. Heidegger.»

En carta desde Friburgo, uno de los Padres que vivían en la «Karolushaus» le decía al Padre Huidobro: «Escríbale a Heidegger, que usted le dará, sin duda, gran alegría, si le escribe.»

Huidobro contestó a su antiguo Maestro. Se conserva el borrador de esa carta. Pero o no llegó a enviársela, impedido por el fragor de los combates, o, cosa no rara en aquellas circunstancias de guerra, la carta se extravió.

Hubo todavía una nueva manifestación del aprecio del renombrado Profesor alemán hacia el discípulo español. El Padre Lotz, su condiscípulo, apenas enterado del fallecimiento del Capellán del Tercio, se lo comunicó a Heidegger. Este, de inmediato —la carta está lechada diez días tan sólo después de la muerte del Padre Huidobro—, y el día mismo que recibió la triste nueva, le envió al Padre Lotz una carta autógrafa, por cierto, en caracteres góticos del antiguo alemán, manifestándole su pena. Se nota el gran aprecio y aun el cariño que sentía para con el discípulo fallecido.

«Friburgo, 21 abril 1937.

Muy respetable P. Lotz:

Durante estos últimos meses estaba yo continuamente temiendo la dolorosa noticia.

Hoy mismo, a primera hora, cuando todavía no me ha-

bía llegado la comunicación de usted, con ocasión de una breve cita de Leibniz, estaba yo recordando en los Ejercicios del Seminario el Protocolo hecho por el P. Huidobro, que para la situación en que él entonces se hallaba, fue de primera calidad.

Ya cuando él me escribió por única vez, desde el Hospital de Toledo, todo parecía ya resonar de un modo poco esperanzador.

Después de mi carta de contestación y del envío de un pequeño libro, no había yo vuelto a tener noticias de él. Agradezco a usted su amabilidad.

En la próxima Sesión, que tratará de Nietzsche, en conexión con la prelección, a los condiscípulos, a quienes en el invierno leí la carta de Huidobro, les comunicaré su heroica muerte.

Con amistoso saludo, su afectísimo M. *Heidegger*.»

5. DIVERSOS JUICIOS LAUDATORIOS.

Juntamente con el valioso testimonio del Profesor de Friburgo, será de utilidad aducir aquí el juicio que, sobre su preparación para el nuevo campo apologético, al que aspiraba penetrar, dieron quienes muy de cerca le habían conocido durante sus estudios y que, a la vez, tienen ellos mismos muy suficiente prestigio para valorarle.

El Profesor de la Universidad Gregoriana de Roma, Pedro Leturia, que tuvo a Huidobro como discípulo en Historia Eclesiástica, escribió unas breves líneas enjuiciando la amplia concepción que su alumno tenía acerca del trabajo científico:

«Aspecto admirable suyo era la fusión, en sus ansias de apostolado, del ideal científico con el ideal de acción práctico. Creo que era en parte efecto de su claro y vasto talento que le hacía evitar el escollo, tan frecuente, del exclusivismo, o por un lado o por otro.

El año pasado, 1936, estando yo en Marneífe, vino expresamente a visitarme para comunicarme dos cosas: sus trabajos de pura ciencia en la Universidad de Friburgo, y jun-

tamente la Biblioteca de vulgarización de cultura eclesiástica, en que soñaba.

Confieso que mientras hablaba él, me atraía, todavía más que lo que me decía, el modo obvio y como connatural de juntar ciencia y propaganda, investigación y acción. La soldadura de todo ello con lo sobrenatural más elevado, hacía de él un ejemplar de imitación difícil, pero de admiración necesaria y de fruición deleitosa.»

«En sus ideas filosóficas y teológicas —dice el P. Abellán, su compañero de los últimos años de Valkenburg, y luego Rector de la Universidad Gregoriana— guardaba un profundo sentido del espíritu de la Iglesia, pero no reducía éste a las estrecheces de ninguna escuela. Sabía ser crítico, pero sin exceso.

El contacto personal y directo con los grandes autores, le hacía ser juntamente personal y ortodoxo.

Frente a la tendencia, exclusivamente intelectualista, de la Teología, prefería una síntesis que diera su propio puesto al afecto y a la devoción, en la línea agustiniana y de la escuela de San Víctor.»

Tan sólo otros dos testimonios, dados muy recientemente por quienes le conocieron en Alemania —Valkenburg y Friburgo— y fueron sus condiscípulos:

El Padre Juan Bautista Lotz, S. J., simultanea actualmente su Profesorado de Filosofía en las Universidades de Munich y Roma. Tiene, carta de mayo del 64, esta breve y cariñosa frase:

«Le conservo en el recuerdo al P. Huidobro como un hombre inteligente y amable; que por su modo de ser, alegre y modesto, se ganaba a los hombres. Mucho le apreciaba también Heidegger.»

Con ocasión de la presente Biografía, envió una carta el Padre Carlos Rahner, recordando el amable trato que durante varios mes tuvo en Alemania con Fernando Huidobro.

«De Huidobro —dice— no tengo sino los mejores recuerdos. Era un hombre muy piadoso, muy listo y muy moderno. Nunca estrecho, ni tampoco superficial. Era siempre

amable, cortés y acogedor. Heidegger mucho se interesó cuando la muerte de Huidobro en el Frente de Madrid.

Su camino, corto y heroico, lo caminó con sencillez y alegría, pero inexorablemente. Me hizo siempre la impresión de que iba conformando su vida a lo que Dios quería de él.»

Como «estudiante muy laborioso e inteligente», calificó al Padre Huidobro, en un escrito, el eximio Catedrático de Friburgo, historiador Enrique Finke, luego de haberle tenido un tiempo de discípulo en sus clases.

Durante el verano del 35 —por este tiempo el Padre Huidobro había renunciado a todo género de vacaciones—, también siguió, aunque no parece se haya matriculado en ninguna, diferentes clases en la Universidad de Berlín. Es que estaba deseoso de conocer, lo más plenamente que le fuera dado, el pensamiento filosófico alemán contemporáneo. Entonces fue cuando oyó las explicaciones, tan notables, de Alfredo Baumber, y sobre todo, las de Romano Guardini.

Su gran interés científico le llevó a ponerse en contacto con los más caracterizados Catedráticos de la Universidad. La facilidad que había, a estas fechas, logrado para expresarse en alemán y, esto sí que tiene gran mérito, para desenvolverse en el lenguaje filosófico germano, le daban pronta entrada en sus conversaciones científicas.

Trató con especial gusto al doctor Eduardo Spranger, a cuyas clases estaba asistiendo, y que en aquellos años se hallaba en la plenitud de sus labores de enseñanza con la Cátedra de Filosofía y Pedagogía, la misma que, hasta el año 19, había regido en la Universidad de Leipzig. Le interesaba muy particularmente a Huidobro, entre tantas publicaciones hechas por este filósofo, cuanto se refería a la enseñanza y educación. Siempre buscaba lo que de algún modo podía relacionarse con la formación de las juventudes.

Anotó el Padre Huidobro, entre sus propios apuntes, después de una de sus charlas tenidas con este Catedrático, una idea que más vivamente le interesó. Copio esta cita:

«A Spranger, el representante más eximio de las ciencias del espíritu en Alemania, el psicólogo y pedagogo más genial, de procedencia protestante, no católico, y con tiznes

panteístas, le alabé que en su libro *Lebensformen* (Formas de vida), en que describe los tipos fundamentales en que se pueden clasificar los modos de ser o formas de vida de los humanos, a diferencia de otros filósofos modernos, no separa la Religión de la Moral; el *homo religiosus* comprende ambas cosas.

Padre —me respondió—: Yo cada día concibo menos una moral sin Dios; no sé qué es eso. Una cierta decencia, que no choque en las relaciones exteriores, pase; pero verdadera moral, pureza interna de costumbres (*Sittlichkeit*), sin Dios, es imposible. Y usted note que mi libro está impreso el 1926. Si yo lo escribiese ahora, no pondría el *homo religiosus* como un tipo de hombre particular, sino la Religión, como un rasgo universal que los comprende a todos.'

Esto me dijo a fines de julio de 1934, en Berlín.»

6. CON LOS FILÓSOFOS EN LES AVINS.

Muy comentada fue en aquellos días del verano del 36 y luego, aun durante largos años, la breve visita que el Padre Huidobro hizo al Colegio Pignatelli, en Les Avins, de Bélgica, muy pocas fechas antes de salir para inaugurar su campaña de Capellán. Allí estaba el filosofado, en el que estudiaban una buena parte de los jóvenes jesuitas en el destierro. Este era el estudiantado en el que el Padre Huidobro habría más adelante, de enseñar Historia de la Filosofía.

Les habló varias veces con el entusiasmo y simpatía de siempre, presentándoles los estudios de Heidegger sobre la contingencia, y los nuevos y grandes panoramas del pensamiento científico alemán, en el que existían muchos elementos aprovechables para nuestra Filosofía, en las nuevas corrientes.

Pensaba, por ejemplo, que se podría cribar mucho bueno para la Filosofía *perennis*, tradicional, en las doctrinas de Heidegger. Íbales, a la vez, exponiendo todos sus planes en la nueva manera de seguir los estudios filosóficos, según el modo más eficaz en nuestros tiempos modernos; había que «meterse» en la mente del

adversario, para conocer sus verdaderas e íntimas dificultades, y en su propio ambiente para resolverlas; pero no rechazar, en bloque, las cosas buenas que tengan los de opinión falsa o contraría, aun cuando estén dichas verdades parciales entremezcladas con el error.

Había que vitalizar la solidez de lo antiguo, con lo bueno que en sí llevan las corrientes modernas.

Era el Padre Huidobro entusiasta de Santo Tomás y Aristóteles; y recordaba con fruición, ante los jóvenes filósofos de Les Avins, las veladas nocturnas tenidas en Friburgo con sus compañeros Carlos Rahner y Lotz, discutiendo sobre esos antiguos libros. Por este deseo que a los tres arrastraba, de ir a la fecunda síntesis de lo Antiguo con lo Moderno, algunos en la casa les llamaban «los herejes de Friburgo». Allí les hablaba a aquellos jóvenes, que le escuchaban ilusionados, de la bella obra de Santo Tomás, cristianizando la filosofía pagana e hiperracionalista de Aristóteles; y cómo hemos de encontrar actualidad a la Parábola de «nova et vetera» (lo moderno y lo tradicional).

Había que hacerse cargo de las preocupaciones y problemas actuales.

Soñaba con una Filosofía orientada, según aquel principio de San Anselmo, «fides quaerens intellectum» (la fe ayudándose para ser, en lo posible, esclarecida, de la luz filosófica). Esta era la Filosofía que entreveía para un mañana renovador: una Filosofía vital, impregnada en piedad y teocentrismo; una vuelta a San Agustín y a su ambiente luminoso, en luz de amor y caridad. Es decir: una Filosofía católica, ampliamente concebida, en la que predominase el estudio racional de Dios, integrado con elementos teológicos y con un calor hondo de piedad.

Estaba preparando, a este efecto, una serie de Conferencias de Teodicea, dirigidas a hacer volver la atención pensante de nuestros intelectuales hacia Dios.

Un buen grupo de aquellos estudiantes filósofos jesuitas, que se llamaban a sí mismos «los rebeldes», por sus ansias de que, conservando la solidez de la enseñanza filosófica presente, se pusiesen al día sus métodos, aclamaron al Padre Huidobro como su principal guía y maestro, en el camino de modernizar la Filosofía. Exageraron sin duda, en su entusiasmo juvenil, las innovaciones

deseadas por el Padre Huidobro, presentándole poco menos que como un revolucionario dentro del estudio filosófico. De aquí que algunos de los Profesores del Colegio Pignatelli, temerosos del resquebrajamiento en el método clásico, se asustaron no poco, sobre todo al presenciar el impacto que las tajantes palabras del «innovador» causaban en aquel grupo de filósofos más inquietos, en el que se encontraban no pocos de los que iban a la vez, en primera fila, dentro del aprovechamiento escolar.

Probablemente hubo exceso por ambas partes en la interpretación de cuanto había dicho el Padre Huidobro: ni quería modificar tanto como aquellos entusiastas jóvenes creyeron, ni, por otra parte, era tan revolucionario el razonable método científico-apologético defendido por el Padre innovador. Puede ser que haya mostrado el Padre Huidobro, en alguna de estas charlas a los estudiantes, demasiada sinceridad en la exposición pública de su pensamiento. Mejor dicho: toda su sinceridad no merece sino alabanzas; pero es fácil que algunos de los que le oían tomaran como afirmaciones del Padre lo que eran tan sólo dudas y posibles proyectos.

El Padre Huidobro no olvidó, aun dentro del fragor de la guerra, a los animosos discípulos de Bélgica, que casi fueron sus primeros confidentes en sus proyectados planes para una Filosofía «modernizada». En medio de los grandes combates de la Ciudad Universitaria, al son de los bombardeos y del crepitar de las «minas» que se preparaban en el subsuelo, el 27 de enero del 37 escribió una larga carta a Les Avins, con la misma luminosa serenidad con que les pudiera hablar continuando una tranquila conversación por el parque belga de Pignatelli.

Recordándoles sus charlas de medio año antes, les anima al trabajo presente, escondido y árido; que piensen en lo mucho que hay que hacer; que no se duerman en el estudio; que tengan presente lo útil que es la Filosofía, la labor callada de esa preparación en que se encuentran, para la regeneración intelectual de la Nueva España les aguarda.

En la lectura de esta carta, cuidemos no interpretar exageradamente, ni demasiado a la letra, algunas frases muy vivamente expresadas, si se quiere hasta atrevidas, del Padre Huidobro.

Es que, con la vista penetrante que su nada vulgar talento le daba, quería orientar su celo de eficaz manera, acomodado a los

nuevos derroteros por los que el mundo, y determinadamente España, empezaba ya a caminar. De ahí el no quererse obligar a seguir en la línea recta el camino apisonado ya por cuantos nos han precedido. No es en modo alguno que el Padre Huidobro animara a los jóvenes jesuitas de Les Avins a abrazarse con «lo que pide el día», y renunciar a la solidísima enseñanza de los antiguos. Dejar «que se caiga», sí, lo ya envejecido, lo que son disquisiciones totalmente inútiles para el pensar de hoy; o métodos, procedimientos lentos, tardíos, que entorpecen el camino a la investigación.

Pero con esa frase no se refiere aquí el Padre Huidobro única, ni siquiera principalmente, a los estudios filosóficos. Habla mucho más en general.

Es desconocer la mentalidad, y aun el modo tajante de expresión, usado tantas veces por el Padre Huidobro, interpretar algunas de esas frases algo atrevidas, como un menosprecio a lo antiguo en su conjunto, en lo básico. Está él demasiado enraizado en la tradición religiosa, cultural y científica, para dejarse arrastrar por el movimiento de cada hora. Pero alma joven, moderna, apostólica a ultranza, sí quería desprenderse de ataduras que coartan, y aprovechar los movimientos de orientaciones modernas, para hacer valer ante la generación actual precisamente «lo más antiguo».

Esta misma razón apostólica y sólidamente científica es la que le movía a mostrar benevolencia ante el movimiento renovador de modernos filósofos, y hasta su suavidad en el juzgar autores del campo enemigo. Esto era, es frase del mismo Padre Huidobro en otro escrito suyo, «propugnar los perennes principios desarrollados al compás de la marcha del tiempo: reverberar de un sol viejo sobre un mundo nuevo».

> «Muy querido H. Olleros y con usted a todos los filósofos: Con razón me recuerda usted en su carta mi carácter de enviado de ustedes; y a ustedes ha de volver la gloria y el premio de lo que por aquí va el Señor obrando, que no es poco, aunque falta mucho.
>
> Voy a aprovechar unos momentos de esta mañana lluviosa y fría, en un caserón del Asilo de Santa Cristina —en Madrid y sin poder ir a la Gran Vía—, para charlar con ustedes.
>
> Ante todo, filosofen con brío. La guerra se acabará, y la

obra de rehacer España durará muchos años, y ha de ser una obra, aparte la divina operación, de educación, de cultura cristiana. Filosofía, Teología, ciencia, educación... son las fuerzas vivas.

El jesuita, despreciándolo todo como estiércol, tiene que tomarlo todo para edificar el trono de Cristo.

Lo viejo, dejar que se caiga. Sólo lo que es *actu* puede obrar y obra. Los recuerdos del pasado, para animarnos a un esfuerzo heroico, a una tensión de lucha. Pero buscar lo nuevo, que es lo más antiguo, porque es el Espíritu por el cual y en el cual no hay correr de tiempo.

Ahora ustedes a filosofar. A pensar en el centenario de Descartes y en otras cosas que, aunque parezcan inactuales, son las fuerzas que mueven el mundo.

A vivir levantados sobre la noticia efímera de la Radio, que es casi siempre falsa, en la contemplación de las esencias: del Estado, de la sociedad, de la persona, del alma; y la raíz de todo, oscura y honda, pero cercana, que nos envuelve y nos arrulla como un mar y nos conduce por caminos inescrutables, la razón del ser: 'Deus absconditus, Salvator' (Dios invisible, nuestro Salvador).

Acción, acción es lo que ustedes quieren, y sufren reducidos a la contemplación que, aunque es la más alta de las actividades, parece a sus impaciencias, ocio perezoso.

Todo llegará, y muy pronto. Pero conviene reconozcan lo imprescindible de todos esos estudios.

Aquí, en la Ciudad Universitaria, vemos destruida una cultura que ha llevado a España a la ruina; y yo aquí sueño con otra cultura, que se resume en una palabra: Cristo.

No es esto lo más difícil: exponerse a las balas, ni vencer a los rojos, Esto sólo es previo.

La gran obra heroica es contra la frivolidad española; que, aun en estos momentos trágicos, es la disposición de ánimo del 90 por 100 de nuestros compatriotas. Saber llevar adelante la regeneración. La recreación de nuestro pueblo que había muerto.»

En esta medio destruida Ciudad Universitaria, no se olvida del entusiasmo antiguo por los estudios; aunque allí, por aquel entonces, había no libros, sino fusiles.

7. ARTÍCULO SOBRE UNAMUNO.

Dentro de este mismo sano modernismo —apostolado intelectual de los tiempos presentes—, tenemos que colocar un artículo escrito por el Padre Huidobro, hacia este mismo tiempo.

Miguel de Unamuno acababa de pasar a la otra vida. A los pocos días, el 6 de enero, y aprovechando un rato de descanso, sentóse el Capellán de la Bandera entre los derrumbes de la Ciudad Universitaria, y escribió unas cuartillas para enjuiciar al enigmático y discutido pensador. Se firmaba «Hernando de Santillana». Lo que más asombra en este escrito, es que, en medio de las distracciones y estruendo de la campaña, sin tener a mano libros que consultar, aislado de todo ambiente de estudios, conserve tan firme y tan sereno su entendimiento para ir a buscar la idea-sentimiento propulsor en las obras de Unamuno, y logre, con certera mirada, sintetizar las ideas de personaje tan difícil, tan complejo. Revela en quien así escribe, notable cultura y equilibrio intelectual a toda prueba. Con sobrada razón pudo afirmar el Padre Huidobro en una carta desde el frente:

> «Hasta ahora voy bien del sistema nervioso. En Toledo he podido apreciar que me conservo mejor que los de retaguardia en este punto, pues guardo el amor al estudio y la afición a lo especulativo. Sentiré ahora apartarme de la Filosofía, después de haberme llegado a aficionar a ella.»

Y mientras tan apaciblemente escribía, estaba ya escuchando, a sus pies, el ruido sordo de la perforadora roja, que minaba el subsuelo para la próxima voladura.

No ensalza a Unamuno. Pero sabe que se va a hablar muchísimo de él, y quiere recoger la lección —la enseñanza—encerrada en aquel su «agónico agarrarse a la vida», base de toda filosofía existencial. Se comprende que el espíritu, cálidamente humano, de Huidobro encontrase algo bueno (malo total, no existe nadie) en la

tragedia del Rector salmantino. Eso poco bueno, era ya mucho, dado el ambiente y dado el carácter de Unamuno.

El Padre Daniel Ruiz, S. J., muchos años Profesor de Literatura, en España y en Bélgica, juzgó entonces este escrito, por encargo del Provincial:

> «Se ve —afirma— que el autor conoce a Unamuno y ha visto lo que los críticos dicen de él y se ha formado un juicio bastante personal... Juzgando benévolamente la obra de Unamuno, y queriendo hablar en católico, de modo que nos escuchen los contrarios, y vean que conocemos sus escritos y hacemos las concesiones posibles, hay que llegar, poco más o menos, a las conclusiones del presente artículo. Me sorprende gratamente cómo un Capellán, entre el estruendo de la batalla, tiene el ánimo tan bien templado que puede escribir artículos tan difíciles de sintetizar, como el dedicado a una personalidad tan compleja.»

Reproducimos aquí este escrito. Para abreviarlo, hemos suprimido algunos párrafos más secundarios.

Describe el Padre Huidobro la gran tragedia íntima de Unamuno, su tormento por lo eterno, su hispanidad, su hambre de inmortalidad. Se detiene en ponderar su lucha, en la que todas las cuestiones mundiales combatían; cayó en la herejía. Y viene él a ser precursor, en este lado del mundo, de la Filosofía existencialista.

Dice así:

> «*Impresiones*. — Ha muerto don Miguel de Unamuno. Dios le ha llamado en su hora, iniciado y no acabado, el Movimiento Nacional, al que no era del todo extraño, aunque estaba de él muy lejos.
>
> No se puede pasar de largo ante su cadáver, bien que la guerra ensordece ahora a la Filosofía. Pero es que Unamuno es de lo más español que en España ha vivido, con todo lo enigmático de su vida, con su sinceridad hasta enseñar el fondo del alma, con su tormento por lo eterno.
>
> Algunos cegatos le tenían por payaso aficionado a hacer piruetas desconcertantes.
>
> No digo que no abusase de su ingenio; pero la tragedia

de su entendimiento y de su corazón, la dualidad del hombre que lleva dentro el choque de dos concepciones diametralmente opuestas del mundo, la fe antigua que vuelve, antes de haberse ido del todo, y la razón con las galas del siglo de las luces, ya algo ajadas; todo eso es verdad en Unamuno.

Hace un año me decía Przywara, hablando de él: 'En Unamuno hay páginas que nos enfadan de anacrónicas y anticuadas, de un progresismo cándido, de adoración de la ciencia positivista, que nos hacen preguntar: Y ¿a qué viene todo esto a tales alturas? Pero al lado de eso hay un sentido de lo eterno y esencial muy español. Suena en él algo de Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola. Es tan absoluto e incondicional como ellos; a su manera.'

Si todo espíritu superior —pensador o poeta— trajo algo que decir al mundo, el mensaje de Unamuno, profeta a su modo, fue de hambre de inmortalidad. Y en su sinceridad dio expresión casi definitiva al hambre de vivir siempre en su cuerpo; una vida, no de fantasma, sino de carne y hueso; una vida entrañable. Unamuno, como Ganivet y como todo español, que es ante todo nombre esencial, se preguntaba: 'Y a mí, ¿qué? ¿Qué me importa viajar en coche-cama y gozar de todos los refinamientos, si entretanto me muero a chorros y me hundo en la nada?'

Su entendimiento se adhirió, moda de su tiempo, a esa ciencia sin esperanzas ni consuelos. Unamuno dio por definitivo el destronamiento del Dios de la antigua metafísica, por la razón pura de Kant y la explicación humana y burguesa del Cristianismo, que de Strauss pasa a Renán y a Harnack. Pero dentro llevaba un hambre de vida, que no podía contenerse en la estrechez de unos años fugaces sobre la tierra, y sentía, como español y como hombre de veras, que esa vida sólo sería posible por Jesucristo.

Y Unamuno quería a Jesucristo con la misma hambre entrañable con que quería a la vida. Porque sabía que El es la Vida. Por eso quiso conservar la fe contra la razón. Pero no llegando a descubrir la región del más allá de la razón, juzgó que todo lo no racional, hablando de la razón esta hu-

mana que nos ha cabido en suerte, hay que negarlo como no ser. Y así se vio lanzado a una lucha agónica: a juzgar, con su razón, que es nada esa inmortalidad, y a quererla, a pesar de todo. Y, por lo mismo, a esperarla. Esperanza y desesperación sobre el mismo objeto, que para Unamuno es la esencia de la existencia humana.

No se puede decir de Unamuno que fuese modernista. El sólo fue «unamunista». Pero vivió todo el modernismo con su fatal necesidad. Y él solo, pasó una fase del pensamiento europeo, que se ahorraron los demás españoles. Porque el Modernismo es un fracaso, al querer conciliar dos mundos. Y en España todos vivían en uno u otro de ellos, y se insultaban mutuamente, sin la menor preocupación por entenderse.

Unamuno vivía dentro de su vida, con su enorme fuerza vital, a toda España; y llevaba dentro a las dos Españas, que eran los dos mundos que desgarraban su alma: la España española y la España europeizante.

Más. Se había metido dentro a toda Europa. Fuera de Ortega, no hay en el viejo mundo, según dice Curtius, si mal no recuerdo, nadie de tanta lectura, tan avizor para atalayar toda brisa que sopla nueva. Pero Ortega no distingue lo esencial, ni le sangra nada en el alma. Es ácido europeico que muerde en la carne de España; mientras que Unamuno es carne que se retuerce corroída por el ácido.

Todo grito del alma es siempre actual. Del autor de *El sentimiento trágico de la vida*, pasará todo lo que es fase de la ciencia positiva, aceptada muchas veces con precipitación. Quedará el agónico agarrarse a la vida, ese descubrimiento de la Filosofía novísima de la vida: la angustia ante la nada, como sentimiento fundamental del existir humano. Eso suena en San Pablo ya. El miedo a la muerte, del que sólo nos libra Cristo. Pero nos libra, haciéndonos sentir la esperanza, en medio de la más honda pavura. Desde el miedo a no ser, se agarra el creyente a Cristo, que es la vida. Tal vez es verdad que el sentimiento fundamental del ser hombre, como hombre, es la angustia.

Unamuno entendió a Kirkeegard, el teólogo de la angustia, más que otro alguno. 'El hermano Kirkeegard', le llamaba.

Y Unamuno es modernismo, en su actitud trágica; cuando la última palabra de la Filosofía alemana, Heidegger, se resume en el nombre 'existencia trágica'.

El gran vasco, a fuerza de ser español, era de los de Castilla, la eterna.

Para nosotros, los católicos, fue Unamuno un hereje. Porque eligió su secta particular, su manera de ver a Cristo, que era otra que la que comunica el Espíritu a la Iglesia, y por eso, heterodoxa, falsa. Y, sin embargo, un católico, Eugenio Montes —él me perdonaría amigablemente esta cita—, me dijo un día que Unamuno era el único teólogo español. Y en un sentido es verdad: el único que pugnaba por decir o expresar a Dios con su razón, que es lo que significa 'teología', por resolver el problema perenne de hacer luz racional en el rayo tenebroso de la Divinidad.

Los demás vivían de espaldas a Dios, pensando que andaba escondido entre las nubes, como dice la Escritura, o sin pensar siquiera. Unamuno, entretanto, seguía apasionado las corrientes teológicas del siglo, devorando con avidez cuanto de Dios se escribía, y engarrándose con ello por dominarlo y resolverlo con fe fervorosa e incrédula. Pero por no someterse a la Palabra de Dios, hablada en la Iglesia, quedó muy lejos de la verdad, incapaz de hacerse niño, derribado en esa fe infiel y agonizante.

Y por eso no es Maestro, sino seductor de jóvenes. Y ha torcido, en parte, a un grupo de católicos intelectuales, llevándoles a un catolicismo indisciplinado, que es un sinsentido. A veces parece un panteísta luciferino, mientras que el tono predominante en él es el hambre existencial de Dios, que gime al sentirse sin El. Nada enseña, pero sirve para despertar a los que duermen, para hacer sentir su pobreza a los que, sin Dios, se creen ricos y son miserables. No es ejemplar ni enseñante para la nueva juventud que se levanta. Pero hemos tenido que pasar por él los que pretendemos dirigirla, los que conquistamos, con sudor y sangre, la posibilidad de que esa generación sea.

Hernando de Santillana, 6 de enero de 1937. Ciudad Universitaria.»

A algunos les pareció este notable escrito del Padre Huidobro, demasiado complaciente con don Miguel Unamuno; lo mismo que había sido complaciente con algunas doctrinas del Profesor de Friburgo. Es cierto que alaba en él el Padre Huidobro la hispanidad y la sinceridad en querer resolver la incógnita de su trágica existencia. Pero Huidobro también condena, sin paliativos, el error básico en la Fe. Lo mismo que había hecho al juzgar a Heidegger. Le da, sí, una interpretación muy benévola a la angustia de Unamuno, interpretación que deja en muy buen lugar la conciencia del Rector de Salamanca. ¿Acertó Huidobro en este juicio?

8. BREVE CRÍTICA DE ORTEGA Y GASSET.

Vamos ahora, finalmente, a reproducir aquí, en cierto modo, complemento de la crítica sobre Unamuno, una página de Huidobro sobre Ortega y Gasset. No se sabe cuándo fue escrita. Es una papeleta pequeña, que intitula «Desenfados», con mucha propiedad. Son unas cuantas frases, despiadadas, enjuiciando al filósofo madrileño, que estaba en su auge de popularidad en España y el Extranjero. No se podrá decir que el Padre Huidobro era adulador en su crítica.

> *«Ortega*. — No es metafísico, porque no le interesa lo que hay dentro de las cosas o detrás de ellas; no le importa *'qué es lo que es; ni por qué lo que es, es'*. Dos preguntas sencillas que marcan la dirección de todo espíritu metafísico. El de Ortega no lo es. No se zambulle en las esencias; no tiene la intuición encantadora de Max Scheler, ni el análisis formidable de Kant, ni el poder de abarcar inmensidades de un solo vistazo, como Hegel. Resbala, con despreocupación, a flor de mundo. Da explicaciones ingenuas, y se horroriza de los misterios, cuando todo pensador penetrante, lo primero que contrasta es el misterio, tanto en la línea del qué, como en la del porqué.
>
> Da más importancia a la postura, que a lo que se pone. Y aún más, si no suena a chiste frío, a la apostura. Es claro, como la luz de nuestros campos; rumboso, derrochador de ingenio, facilitón en discurrir sobre fruslerías con aire de

> maestro; y por eso, español, por rico y por derrochador de riquezas del espíritu. Aunque nos quiera hacer creer que es alemán y sienta añoranzas de lo rubio... (Es más moreno que yo; sólo que yo desprecio a la carne y sangre, por sistema, aprendido de San Pablo; y cuando estuve en Alemania di en decir, por donaire, que venía de sangre mora. Hasta que Montes me aseguró que todos éramos medio judíos).»

Se dirá que es despiadado y despectivo, en exceso, con Ortega. Y blando con los demás. Es que son muy distintos, uno y otros.

¿Qué hubiera llegado a ser el Padre Huidobro en el campo del apostolado ideológico? Son misterios que Dios, al sacarle tan joven de esta vida, nos los ha querido mantener ocultos.

Lo que sí sabemos con certeza es que tenía grandes ideales científicos, y de apostolado, en este campo ideológico, para el futuro. No miraba solamente lo actual, pero tampoco era solamente del mañana. Ni menos, del solo ayer.

Quienes únicamente hayan conocido al Padre Huidobro en sus empresas de Capellán, quizá pensarían que ese era su propio ambiente. Era, sí, pero no el único. Otros, en cambio, que no le hayan visto en la acción del apostolado castrense, más bien creerían que su puesto en la lucha de la vida sacerdotal le estaba, indudablemente, señalado en la vanguardia de los apologistas católicos. Lo cierto es que estaba capacitado, lo demostró con hechos, para una y otra acción. Su segura formación eclesiástica, su vasta erudición, su exacta visión de la realidad, su comprensión de los hombres y de las cosas, y hasta sus más íntimas aficiones, le prometían éxitos rotundos en este sector de apostolado con los intelectuales.

Ni en la virtud, ni en el estudio ordinario, ni en el trabajo científico superior, se contentó nunca el Padre Huidobro con andar por el camino de la fácil vulgaridad.

CAPÍTULO XIV

DEL DESTIERRO A LA LEGION

1. En el destierro. 2. Con el pensamiento en España. 3. Ante el Alzamiento Nacional. 4. Concedido el regreso. 5. En la frontera. 6. Primer contacto con la nueva España. 7. A la Sierra del Guadarrama. 8. En busca de la Legión. 9. Capellán de la 4.ª Bandera. 10. Presentación y primera actuación. 11. El gran consuelo.

1. EN EL DESTIERRO.

Apenas reiniciados los estudios de Teología, conoció el Padre Huibrobro, en Bélgica, la vida monótona del destierro. Bajo un cielo norteño, el firmamento triste y nebuloso no le dejaba consolarse con ver brillar, sobre su cabeza, el mismo sol que le acariciaba en España. El carácter de los nuevos convecinos, gris y monótono como su tierra y su horizonte, tenía que hacerle añorar la sana expansión de sus lejanos compatriotas. Y lo que le era más doloroso, pocas veces oía a los extranjeros pronunciar el nombre de España, si no era con menosprecio o compasión; que los continuos desaciertos de la República se iban pagando, fuera de nuestras fronteras, muy caros, a precio del descrédito del nombre español.

> «Por aquí —escribe el Padre Huidobro por este tiempo— siempre se sufre al hablar de España. ¡Ellos lo hacen, y nosotros llevamos la vergüenza de la barbarie! Si lo llevamos por ellos, ya fructificará.»

Pocos días llevaba en el Teologado español de Marneffe, cuando cayó enfermo con fiebres muy altas y persistentes. Los trabajos intensísimos de los últimos días en Oña, habían sido superiores a sus robustas fuerzas.

> «Con motivo del traslado de Oña a Marneffe —dice el P. Azcona, su Provincial por entonces— fueron tales los ejemplos de abnegación y trabajo que dio durante el día y la noche, que, al escuchar al que me los relataba, no pude menos de manifestarle que los juzgaba excesivos. Efectivamente, pude luego comprobar que, a causa de ellos, había quedado agotado.»

Para el curso siguiente le trasladaron los Superiores a Valkenburg, en Holanda. En la casa de estudios que allí tenían los jesuitas alemanes, podría aprender la lengua, al mismo tiempo que continuaba su preparación teológica. Valkenburg está en el Limburgo holandés, la única provincia que en Holanda es totalmente católica. El pueblo está en una hondonada, rodeado de mucho arbolado. Aunque las colinas cercanas son pequeñas, mas como todo Holanda es una llanura, recibe aquella región el nombre de «Suiza holandesa».

Aquí fue donde, en agosto del 33, celebró su Primera Misa. Todavía continuó otro año más en Valkenburg. El verano del 34 lo pasó en Berlín y asistió a clases en la Universidad. Mucho simpatizó en esta ciudad con Eugenio Montes, corresponsal, en aquella época, del *A B C* de Madrid. Sobre la Patria ausente recaían las conversaciones de ambos: dolor muy hondo al contemplarla herida y esclavizada, sueños y planes muy concretos, esperanzas..., apenas, tras la tormentosa noche, apuntase el alegre amanecer.

Al empezar el invierno salió para Portugal, en donde pasó diez meses. Dejado por este tiempo todo estudio, se entregó a la oración y a la preparación de su espíritu, de nuevo sacerdote, para las ocupaciones y ministerios de su vida apostólica. Año que, entre los jesuitas, se denomina de «tercera probación».

2. CON EL PENSAMIENTO EN ESPAÑA.

Durante su larga preparación, espiritual y científica, para sus futuras empresas apostólicas, el pensamiento de España le espoleaba. Tanto más, cuanto más urgentes veía las necesidades de su infortunada Patria. Tal ansiedad sentía de lanzarse, con toda la pujanza de sus cualidades, a su gran reconquista espiritual, que llegó

a temer hubiese imperfección en dejarse llevar de tan fuertes y consoladoras inclinaciones. Meditaba en Portugal sobre la Misión dada por Jesucristo a sus apóstoles:

> «Soy enviado a esa gran misión. ¿Dónde? ¿España? ¿Rusia? ¿Japón? Con tranquilidad ir pensando. Los grandiosos planes sobre España tienen este inconveniente: no me siento espiritualmente llamado y parecen ambiciosos. Así me dejan como algo seco y vacío. Los otros dejan buen sabor. Los de España tienen apoyo en la obediencia. Por ahora, tranquilo. Dejar a la santa obediencia el determinar.»

Vuelto de Portugal, preparó en Madrid varias asignaturas, de las que se examinó en la Universidad aquel mismo verano del 35. Y de Madrid, a Friburgo, en cuya Universidad pensaba, simultaneándola con la de Madrid, obtener el grado de Doctor en Filosofía.

Con todo entusiasmo vivía el Padre Huidobro entregado al estudio —en Bélgica, en Holanda y en Alemania—, pero con el pensamiento y el corazón nunca había abandonado su preocupación por el triste estado religioso de su Patria. Así aparece en las cartas que de él conservamos, en sus apuntes espirituales privados, en el cuaderno con de las intenciones de sus Misas, hasta en muchos trozos sueltos de papel, en los que expresaba en unas líneas, a veces para sí solo, sentimientos rápidos, que brotaban ante penosas noticias llegadas de España. Pues Huidobro necesitaba dialogar a sus solas, con la pluma sobre todo, en el relativo aislamiento de una vida en país extraño:

> «Hoy tengo necesidad de desahogarme con este amigo fiel, que luego me repite cosas viejas. ¡Qué buenos ratos paso con mi cuaderno! »

Así escribía en Valkenburg, en un día triste de otoño.

Pero sus grandes deseos de trabajar en el ambiente de lucha religiosa en que España se encontraba por aquellos años, no le apartaban a él de la más entera indiferencia religiosa, para dejarse regir de Dios por medio de sus Superiores; ni le impedían volver sus ojos a otros campos, más heroicos aún, de apostolado en la Iglesia. Por eso, en abril del 32, había pedido al Padre Asistente ser elegido para formar parte de la Misión rusa. Y lamentándose en su oración de no haberse sacrificado más por entero para el servi-

cio de amor a Dios, escribe, meses más tarde, en su Diario una suprema oblación:

> «Jesús quiere apartarme de todo para el sacrificio. Que yo me arranque de todo lo humano. Ofrecerle el holocausto de no volver a España.»

El 10 de agosto del 32 vibró emocionado, como vibraron cuantos españoles no se avenían a la ignominia de que España pereciese aplastada y vendida. Los jóvenes caídos aquella mañana en Madrid, primeros brotes del fecundo rosal de la nueva España, le hicieron ver, reflejada como en limpio espejo, la sana vitalidad de la juventud española. A estos días debe pertenecer un párrafo, que encontramos en una cuartilla de papel escrita de su mano:

> «A ti te quiero cantar un himno. A ti, muchacho desconocido, que luchas en medio del mundo, por ser un hombre, contra la seducción del cuadro impuro y de los desnudos y de la literatura asquerosa de nuestros quioscos; contra el señuelo del cine, que promete una vida de aventura rápida, llena de emoción, como último ideal de la vida, ebria de modernismo. A ti que luchas llevando el fuego dentro y sintiéndote arrebatado, que pisas suelo móvil sobre la dinamita, pero que te mantienes con el pecho abierto a las balas, como Justo San Miguel ante las ametralladoras de la Cibeles. A ti, el burlado y el incomprendido, que si caes te levantas; que llevas dentro de ti una fuerza inmortal que es Cristo...»

Como consecuencia de este hecho, que por el momento resultó infecundo, pero sí glorioso, aguardaba poco más tarde toda España, con estremecimiento, el fallo del juicio contra el General Sanjurjo. El Padre Huidobro, en cuyo ánimo iba repercutiendo, hora tras hora, el sentir a lo español, nos dejó en un papel cualquiera su pensamiento en frases de un vivo desenfado:

> « ¿Fusilarán a Sanjurjo? No lo creo. Tal vez porque no quiero creerlo. No creo que se atrevan. Si hay españoles en España, ¡ay del que se atreva!
>
> ¿Errores en su vida? ¿Defectos? Como las flores en mayo.
>
> Pero caudillo aguerrido en África, camarada de Primo de

Rivera y colaborador suyo en el golpe de Estado, su nombre sonará en la Historia.

El trajo la República. ¡Mal pecado! Pero se le perdona por sus glorias ampliando en África la Patria, y porque parecía arrepentido. Al fin y al cabo, cristiano.

Y, ¿quién le va a fusilar? La jauría; o, mejor, la pocilga, los inmundos jabalíes al bravo caballero.

¡Si otra cosa no tuviera, él quiso barrer a España y limpiarla de malvados! ¡Señor, Jesús! Tal vez ha llegado para él la hora de morir como cristiano, si ayer luchó como caballero. ¡Perdónale! Dale dolor de sus pecados. Dale, Señor, que muera besando la Cruz santa.

¡Ay!, ¡y también a sus matadores, que son los que han desterrado a la Compañía! »

Gusta oír tan sincero y noble juicio, escrito cuando aún el laureado General no había pasado por las confortadoras horas de sereno reposo en Santa Catalina y Estoril.

«Noticias de España —escribía en enero del 36, desde Friburgo— no nos faltan, pues en la Universidad se recibe A B C. La impresión que da de España es tristísima; la de un país en descomposición y abocado a una guerra civil. ¡Dios salve a España! Los católicos me parece equivocan en parte el camino, haciendo labor negativa de contrarrevolución, cuando lo que hace falta es revolución en otro sentido.»

«Desde la quema de los conventos —dice a los hermanos Cereceda—, tiene España una mancha que sólo con sangre se podrá lavar. Así me parece a mí. Ya va corriendo alguna. Puede ser que Dios espere sangre más inocente y que, sólo después de algunos mártires, vuelva a lucir la paz para la Iglesia.»

Pero es en mayo de aquel año decisivo 1936 cuando, reconfortado al contacto de la religiosidad y patriotismo de los jóvenes españoles estudiantes en el I. C. A. I., de Lieja, a quienes acababa de dar Ejercicios, adquiere ilusionadora esperanza en un resurgir de España que ya apunta. Cuanto más sombrío se presentaba el horizonte de la Patria más aumentaba su confianza de que entre las tinieblas muy pronto brotaría la luz.

«En medio de la ruina de España —escribe en una carta de entonces—, tenemos que estar convencidos de que en nuestras manos obra una fuerza omnipotente, y que hay todavía mucho que es de Dios. Yo creo que, por la muerte y pasión, hemos de pasar a una verdadera resurrección de la vida cristiana en España. Pero hace falta que el cristianismo sea, en nosotros, vida.»

La idea, tan profunda y tan cristiana, de que no se llega al triunfo sino por el sufrimiento, estaba impresa en su alma. Lo que él no presentía al escribirlo es que él mismo había de ser una de estas víctimas redentoras.



Colegio Filosofado de Les Avins (Bélgica).
En él estudiaban los jóvenes jesuitas expulsados de España durante la República.
Varias veces lo visitó el año 35 y 36 el P. Huidobro, y de esta casa salió para el frente.

3. ANTE EL ALZAMIENTO NACIONAL.

A principios de julio de este mismo año tenía pensado el Padre Huidobro ir a Bélgica, a la Casa Noviciado de los Padres jesuitas españoles, a Chevetogne, para hacer sus ochos días de Ejercicios Espirituales. No se le pudo arreglar, e hizo su retiro anual con los Padres alemanes en Saint-Blassien, pero alargó dos días más estos Ejercicios y los terminó haciendo en público, como se suele, la Renovación de sus votos religiosos en la Capilla. Antes de acostarse el día 13, anotó en su Diario:

«Hacer mañana, con mucha alegría y pronta voluntad, la oblación y los Votos a Dios Nuestro Señor, en el espíritu recibido en la Contemplación para alcanzar Amor.» «En los Votos, ofrecerme en totalidad de amor crucificado.»

Y ya con estas palabras termina su Diario íntimo. Porque des-

pués sólo hay un párrafo, en el que consigna la herida tan hondísima que recibió en su ánimo con las primeras frases que escuchó a uno de los jesuitas alemanes, al salir, en la mañana, de su Retiro:

> «Salgo de Ejercicios, y me horroriza la noticia del asesinato de Calvo Sotelo. Era un cristiano y un caballero. Señor, él te confesó a Ti, cuando muchos Te negaban. Yo creo que para Ti fue su último pensamiento. Señor mío Jesucristo, para Ti y para España. ¡Recibe, Señor, esta sangre generosa! Pero, ¡no te lleves, Señor, a los que luchan por tu Reino! »

Con estas palabras —llanto y súplica— se cierran las breves notas de los apuntes espirituales del Padre Huidobro. Su Cuaderno ya no recogerá más autoconfidencias, impresiones espirituales. Han terminado para su autor las horas de paz, dentro de su vida de estudios; comienza ya la hora trágica de la acción dolorosa.



El P. Huidobro en una de sus visitas al Filosofado de Les Avins.
Aparecen en la fotografía su hermano Ignacio y varios estudiantes: Olleros, Sobrino, Beláustegui, Llanos, Díez Alegría, Staehlin, G. Pallete.

De St. Blassien salió inmediatamente para el cercano Les Avins, uno de los escolasticados de jesuitas españoles en Bélgica. Allí había acudido otras veces para descansar de sus intensos trabajos en la Universidad de Friburgo. Poco descanso le aguardaba ya en esta ocasión.

Llegó el 18 de julio, con la sorprendente nueva del Alzamiento iniciado en Marruecos. Todas las noticias, fantásticas, contradictorias a veces, pero siempre impresionantes, eran seguidas con avidez en la radio: las increíbles hazañas de Queipo de Llano en Sevilla; la Plaza del Castillo, el 19, en Pamplona; el Cuartel de la Montaña; el paso de la Legión y moros por el Estrecho. Y, dominándolo todo, como inigualada pesadilla, la barbarie de los sin-Patria y sin-

Dios, a todo lo largo y ancho del territorio rojo: asesinatos a millares, incendios, torturas, destrucción infernal. «Ningún descanso es aquí posible, mientras nos van llegando pruebas de los horrores perpetrados en España», escribía el Padre Huidobro en una carta. A la generosidad siempre alerta del Padre, pocos días bastaron para hacerle ver que su propio puesto, en aquella hora suprema, estaba allí, en medio de las luchas de España. Incomunicados en Bélgica con su Provincial, Padre García Polavieja, cautivo en Madrid, acudió primeramente al Rector del Filosofado, Padre Sánchez-Robles, que hacía interinamente de Viceprovincial, pidiéndole le enviase a ejercer sus ministerios sacerdotales a España. Nunca dudó. Una vez tomada, en cuanto de él dependía, la decisión de ofrecerse, y después de mucho encomendar este asunto al Señor en la oración —le vieron aquellos días pasar largas horas en la Capilla, con manifiesta emoción—, ya en adelante perseveró, sin vacilar un momento.

Contestóle el Padre Rector que, tratándose de emprender ministerios de tanta trascendencia en los que, indudablemente, habían de intervenir Padres de toda España, pedía la prudencia acudir previamente al consejo del Padre General, en Roma. Al punto dirigió el Padre Huidobro una hermosísima carta a su Superior Mayor. Expónele las razones que su ánimo, entregado con sincerísima generosidad al servicio de Jesucristo, le va sugiriendo: ofrécese para todo trabajo, bien en la zona liberada, bien, preferentemente, y es ésta una simpática muestra de ilimitada abnegación en su querer servir a Dios, penetrando en la zona comunista, donde, aun ocultando su calidad de sacerdote, podría auxiliar en obras de caridad.

Esta carta, fechada la víspera del día de San Ignacio, la envió por medio del Padre Gutiérrez del Olmo, consejero del General. Rebosa apostólico y nobleza.

Traduzco del latín algunos párrafos:

> «Fundadamente creemos que la guerra será larga; y yo pienso ser conforme a nuestra tradición y espíritu de la Compañía de Jesús, el irme a España, no para coger el fusil, sino para ejercitar nuestros peculiares ministerios: oír confesiones de los soldados que salen a combatir; consolar y esforzar los ánimos; servir a los heridos en los hospitales o en los campos

de batalla; recoger a los niños que tal vez se hayan quedado abandonados; mover las gentes, tras la victoria, a la misericordia y caridad cristiana.

Me mueve a pedir esto, el considerar que nuestra Compañía se mostró siempre de las primeras en acudir a tales peligros de guerra, peste y hambres.

Los jesuitas que están en España se mostrarán, indudablemente, dignos de nuestros mayores, pero no faltará trabajo para los demás que acudamos. Y mostraremos a la vez nuestro amor al pueblo, si desde el destierro en que nos encontramos volvemos a la Patria, cuando arrecia el peligro.

Por lo que a mí toca, preferiría ser enviado allí donde los comunistas todavía dominan, a Madrid, por ejemplo, o a Santander, mi región, y trabajar por que las almas se conviertan. Si no abiertamente como sacerdote, al menos en la Cruz Roja, con obras de caridad, y aun ofreciendo mi sangre por los heridos.

Salud no me falta; y sobrellevo los trabajos corporales más duros, que me fatigan menos aún que los del estudio.

Luego de haber hecho oración, juzgué un deber proponer estos mis deseos. Pero me someto, en absoluto, a la obediencia, que es para mí la voluntad de Dios. Y si ésta es que permanezca en Bélgica, ofreceré este sacrificio, ciertamente, no pequeño, al Corazón de Jesús, por España.»

Con sus antiguos compañeros Padres Pedro María Abellán, Juan Moreno y Casimiro Beláustegui, habló en estos días de la petición que acababa de hacer a los Superiores. Tenía algún temor de si habría sobrepasado la indiferencia, que él siempre había procurado mantener, ante las decisiones de los Superiores, pues en el caso presente, quizás había insistido con exceso en la carta, al manifestar sus propios deseos. Fácil les fue a los tres Padres el tranquilizarle y aun el felicitarle por su generosidad de ánimo.

Muy pocos días después de llegar a Roma esta carta, el 11 de agosto, escribió el Padre Wlodimiro Ledochowski, General de la Compañía, a todos los Provinciales de España. Les animaba a hacer que sus súbditos ayudasen con los ministerios de su vocación religiosa y sacerdotal, en la gran Cruzada Española. No solamente

las ideas, sino hasta el orden con que se exponen, coinciden, por entero, con las de la carta del Padre Huidobro. Alguno podrá pensar que las dos cartas están relacionadas no por simple relación cronológica.

Si el Padre Ledochowski no tuvo ante su vista la carta del Padre Huidobro para tomarla como pauta en la que él envió a los Superiores españoles, entonces es que el modo de pensar del Padre Huidobro coincidía, en un todo, con el modo de pensar de su General. En ambos casos, gran elogio para el súbdito religioso.

Luego de advertir que la guerra de España fácilmente durará aún largo tiempo, y que la Compañía ha de estar siempre pronta a ejercitar aquellas obras de caridad que la gloria divina exija, continúa el Padre General:

> «Muchas son las cosas que nuestros religiosos pueden hacer: En las ciudades, oír confesiones de los que parten para la guerra; asistir a los combatientes que regresan heridos de las trincheras; visitar a los encarcelados, aunque sean nuestros enemigos; auxiliar a los que queden huérfanos en la guerra. Y en el campo de batalla: trabajar como enfermeros o Capellanes.
>
> Estos ministerios en cuyo ejercicio se exponga la vida, propios son de la Compañía y conformes con sus tradiciones.»

Termina con la misma noble idea que ya oímos exponer al Padre Huidobro:

> «Preclaro ejemplo darán quienes, arrojados de su Patria, ahora vuelven del destierro para auxiliar a sus compatriotas, aun exponiéndose a inminentes peligros.»

4. CONCEDIDO EL REGRESO.

Antes de que el Padre Huidobro dijese nada en público, ya empezaron en seguida muchos, en Les Avins, a sospechar que le tenía que haber llegado alguna noticia que le embargaba mucho su espíritu.

El Enfermero, Hermano Mondéjar, cuenta que estando una tarde en la Capilla los Hermanos rezando el Rosario, entró de pronto el Padre Huidobro, se arrodilló, se le notaba muy impresionado, y se quedó orando ante el Sagrario. No podía disimular su emoción. Al punto pensó el Hermano: «Seguramente que el Padre Huidobro acaba de recibir alguna respuesta afirmativa.»

Dificultades de última hora retrasaron por unos días más su partida. Aguardaba impaciente, pero con sinceridad resignada; que en él no era simple fórmula aquel «me someto, en absoluto, a la obediencia, que es para mí la voluntad de Dios». No dejó de serle bien providencial este retraso, que le deparó de compañero de viaje al Padre Juan de la Cruz Martínez, antiguo discípulo suyo; los dos, los primeros jesuitas que habían de morir, como Capellanes, en el frente.

Huidobro andaba por la Casa Filosofado, impresionado, pero no nervioso. Un simple dato es buena muestra del dominio sobre sí, en estos días de despedida. El mismo día que estaba preparando, en Les Avins, su viaje a España, entre las mil cosas que tenía encima de la mesa, una de ellas era un papel en que consignaba su juicio sobre una obra de Filosofía, juicio que le había encargado hacer uno de los profesores, el Padre Hellín, y que él no olvidó entre las preocupaciones del que parte para la guerra. Pocas horas antes de su salida cuidó de entregárselo.

Acabada la cena el 25 de agosto, se presentó el Padre Huidobro a despedirse, en la recreación, de los estudiantes. Le saludaron con una espontánea ovación. Estaban todos emocionados y exaltados. Es que, además, el Padre Huidobro, con su contagioso optimismo, y con su toma de posiciones en la avanzada del campo científico y apostólico, les había entusiasmado durante la breve estancia en aquel Filosofado. Y, además, era el primero del Colegio Pignatelli, pronto le seguirían no pocos, que se ofrecía a la España liberadora. Aún se ignoraba qué es lo que allá podría trabajar un sacerdote; pero en todo caso no le faltaría ocupación; tantearía el terreno. Se presentaría a las autoridades eclesiásticas y militares. Si los Capellanes en el frente abundaban, en Badajoz atendería a tanto niño huérfano, los recogería y hasta saldría con un saco al hombro a implorar la caridad por ellos. Acariciaba jornadas de sacrificio y caridad por las almas y por España.

Se recordó allí la antigua tradición jesuítica inaugurada por el gran teólogo Padre Diego Laínez, que, aprovechando un largo intervalo del Concilio de Trento, se fue en 1550 de Capellán voluntario, con el Virrey Juan de Vega, en su expedición militar al África, y asistiendo a los soldados, tomó parte en la conquista de Trípoli.

Los jóvenes estudiantes le confiaron su representación en las avanzadas a las que él se encaminaba. Con gusto aceptó. Cuando terminó de abrazarles uno a uno, volvióse a ellos mientras se alejaba, con sonrisa emocionada:

> ¡Adiós! Y oren, oren mucho para que haya ahora una gran efusión del Espíritu Santo, y se verifique lo que dice la Escritura de los enviados a una misión difícil..., ¡qué venga el Espíritu y nos arrebate! »

Al día siguiente, de mañana, salía en auto, con el Padre Juan Moreno, Ministro de aquella Casa, para tomar el tren en Clavier, dejando atrás, en la explanada del Colegio, a los jóvenes filósofos, que le despedían brazo en alto: llevaba al frente de España el nombre de una casa de desterrados. Subieron al express Varsovia-Hendaya. Unos diez jóvenes jesuitas, que estudiaban Teología en Marneffe, salieron varios kilómetros a pie para saludarle al pasar por la estación de Statte. Le recibieron con gritos de cariño y entusiasmo al detenerse el ferrocarril: «¡Huidobro... Huidobro... Polanco...!»

Bajó del tren y con ellos tuvo unos minutos de entusiasta charla en la sala de espera, agradeciéndoles el encuentro. Todos advertían que iba lleno de alegría y de ilusión. Les abrazó luego uno a uno con cariño de adiós. Allí se le agregó como compañero de viaje el Padre Martínez.

Con la ayuda de un pequeño cuadernito de notas diarias y de las cartas que iba luego enviando a su Padre Rector, puédese reconstruir casi día por día el viaje, hasta el 10 de septiembre, día en que se incorporó al Tercio en Talavera.

5. EN LA FRONTERA.

Ábrese este cuaderno de su itinerario con estas frases escuetas:

> «Día 26 de agosto. — Salí de Les Avins con el P. Ministro. En Statte me junté con el P. Juan Martínez. Allí estaban: Manolo Hornedo, Gómez Acebo, Delgado Cros, Soler, David Fernández, Ramón Sánchez, Arellano... ¡qué cariño de hermanos amasados de un espíritu, que es más que una sangre! En Namur comimos en La Paix. En París cenamos en 'Action Populaire'. Luego, a las 10, rumbo a Hendaya. ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! »

El Rector del Colegio de Namur le dijo que había ya ofrecido 15 Misas por España. El Padre Huidobro, nacido para vivir siempre en vanguardia, temía llegar tarde: «puesto que ya se iba a tomar Madrid»; y hasta llevaba alguna vergüenza de acercarse, cuando ya se dibujaban en el horizonte los laureles de la victoria final: «¡si me lo hubiesen concedido antes!»

Desde su salida de Bélgica, apenas si sabemos otra cosa que las que el mismo Padre Huidobro nos cuenta en sus cartas y notas de viaje. Pormenoriza mucho. Entresacaremos aquí párrafos de unas y otras, sin que añadamos explicaciones, que sobran. Nos descubren tanto la situación en la frontera franco-española, como la repercusión que todo iba causando en el ánimo impaciente y sensible del futuro Capellán.

> «Hendaya, 27 de agosto. — Hasta ahora va perfectamente nuestro viaje. Mañana, probablemente, saldremos para Pamplona en un auto, que nos procura el P. Marcos. Con nosotros van algunos oficiales escapados de España a incorporarse a los blancos.
>
> Al llegar aquí impresiona ver desarrollarse la batalla a un par de kilómetros de distancia, al otro lado del Bidasoa. Atacan los blancos San Marcial, un monte escarpado, con bosque y una ermita en la cumbre.
>
> Desde la casa del señor Encinas (P. Provincial de León) hemos visto llegar camiones blindados del Frente Popular, y bajar gente. Luego aparecen los aeroplanos blancos, y lejos,

por el mar, un crucero; y se oyen las detonaciones espantosas de las bombas, después de ver alzarse al cielo nubes de polvo levantadas por la metralla. La artillería del barco truena; y el cañón grande, que tienen los rojos en Fuenterrabía, contesta con fuertes detonaciones. Y en seguida se adivina el ataque de los requetés al otro lado del monte, pues contestan con el tableteo de las ametralladoras y las descargas continuadas, los del Frente Popular, que ocupan las alturas de San Marcial. Ganado este monte, la bajada sobre Irún es fácil. Pero hasta ahora está bien protegido el pueblo contra los ataques. Y el monte, sin tomar.

Hendaya, llena de españoles. Nos hemos aseglarado para no llamar la atención, pues casi todos son rojos y miran hostilmente. Francesas del ‘front populaire’ dicen, arrastrando las erres de su mal castellano, 'no pasarán, no pasarán', refiriéndose a los duros esfuerzos de los blancos.

Nosotros pasamos la noche en una pensión, pues en Durruti-Baita (casa de los jesuitas) no hay sitio. Vienen allí a dormir los del señor Encinas, en cuyo jardín han caído ya muchas balas. Además, la noche y lo solitario del sitio pueden permitir un ataque de las lanchas rojas que patrullan por el Bidasoa.

Es fácil que tarde unos días en caer Irún. La impresión general de la guerra aquí es que durará tal vez un par de meses. Don Antonio Sáez está en el frente, en servicios auxiliares. Parece que él y Antoñito están en las tropas que atacan San Marcial. Doña Pilar, con las hijas, en los cuatro hospitales de sangre que sostienen. El pequeño Ignacio se ha alistado también.

Los rojos reciben de aquí material y hombres, pues se agolpan catalanes y asturianos que pasan de noche los puentes y cubren las bajas del día. Hombres del pueblo, de derechas, nos decían que ya va habiendo pocos de estos reservistas. Ayer avanzaron los blancos un kilómetro.»

En la misma carta dibujó un pequeño croquis del campo de batalla de Irún, contemplado desde las riberas francesas del Bidasoa; le absorbía el pensamiento de su apostólico campo de batalla.

Pero también tiene un recuerdo cariñoso para sus hermanos en religión, de los que se había separado en Bélgica y a quienes ya no volvería a ver.

> «Un saludo en Jesucristo a todos los Padres y Hermanos de esa Comunidad, cuya despedida emocionante tanto me alentó.»

Añade luego en postdata fechada el 28:

> «Se ha deshecho nuestro viaje hasta mañana. Con lo cual y la pensión de 20 francos que pagamos, empeora la situación económica. La militar parece no ha variado desde ayer. Dicen que han llegado tanques a los blancos.»

Este mismo día escribe todavía unas líneas en una postal, mientras camina en el auto hacia el pueblecito francés de Ainhoa. Son impresiones de la guerra que, por vez primera en su vida, se le ha puesto tan delante de los ojos, y en la que él va muy pronto a intervenir. Ni una frase que muestre temor por su suerte personal. Los datos de la postal se completan con los de su Diario:

> «La guerra va para largo. El día de ayer y la noche han sido de lucha horrible y probablemente de grandísima mortandad. Los blancos tratan de escalar el monte San Marcial, y los otros están muy bien atrincherados y fortificados. Todos los ataques han sido infructuosos; y si no traen otros medios, Irún no caerá. Eso dice todo el mundo aquí. La ayuda francesa es aquí a ojos vistas.
>
> Guerra larga; y España regada de sangre de sus hijos. ¡Sea para redención! Los blancos mantienen magnífico espíritu y heroísmo increíble.
>
> A las cinco de la mañana ha sido el último ataque. Ayer bombardearon Irún a cañonazos.
>
> Bien pensado todo, iremos probablemente a Badajoz, para ver si hace falta asistencia espiritual en los que marchan sobre Toledo.»

> (Del Diario.) «Día 29. — Salimos de Hendaya a las 8,50. En Bayona cogimos el auto para Ainhoa, a donde llegamos, por 14 francos. En Dancharinea (puesto fronterizo español) comimos en casa de un ventero famoso: '¿Podremos comer

aquí?' ‘Si hay, sí’ ‘¿Cuánto nos costará?' ‘Según lo que coman'. 'Pero, poco más o menos.' 'Cinco duros, no.' Y luego, después de una comida suculenta, nos cobró cuatro pesetas por barba, con vino, café y coñac. Después, en auto de línea, a Elizondo. Por todas partes boinas rojas, limpieza, elegancia, gallardía juvenil.

En lo alto del desfiladero entran en el auto unas monjitas navarras, apretadas y encendidas las caras. Saludadas con respeto por todos.

Elizondo. — Comandancia militar en manos de los chapelgorris. Nos arreglan el viaje en un auto requisado. Y allá vamos, con un requeté que lleva su mosquetón. A cuenta del erario, los que Salimos expulsados de España como malhechores. *Pamplona*: Ruido de soldados; gentío por la calle; chiquillos a montones; todo tan español. Y los requetés se distinguen por lo alegres.»

Ya los dos jesuitas pisaban tierra española. Su destierro había terminado.

6. PRIMER CONTACTO CON LA NUEVA ESPAÑA.

Aficionadísimo el Padre Huidobro a la Historia, de la que sacaba grandes enseñanzas y profundo amor a España, decía una vez, luego de haber estudiado muy de intento los principales acontecimientos del siglo XIX

«Casi todos los autores que he leído, se llenan de indignación contra nuestras guerras civiles, porque, dicen ellos, dejaron a España atrasada.

Yo, sin embargo, creo sinceramente que fueron extremadamente providenciales, y que, gracias a ellas, se ha conservado, sobre todo en algunas regiones de España, una fe viva y ardiente, que nos da esperanzas de resucitar a una España mejor.»

Cuando, el 29 de agosto, atravesó el Padre Huidobro la frontera española, en Dancharinea, ¿qué juicio nos hubiera dado sobre los buenos o malos efectos de las pasadas guerras carlistas? Y

eso que no se había encontrado él, en Pamplona, en su Plaza del Castillo, el 19 de julio, corazón ardiente de toda Navarra.

Porque desde las cinco de la mañana de ese día 19, en todos los pueblos, señal convenida y aguardada con ansia, se habían echado a vuelo las campanas de las Iglesias, largo tiempo silenciosas; tocaban a rebato. Y a su voz, jóvenes, hombres y ancianos se lanzaron a la capital. Ríos de boinas rojas corriendo entre las mieses, doradas por el sol de julio, iban pintando la Bandera española por los campos de Navarra. ¡Era el esperado Alzamiento! Alegría incontenible. Confesiones por toda la Plaza del Castillo. Desfiles, entre aplausos y lágrimas de gozo y de emoción. Muchos, al recibir el fusil, lo habían abrazado y besado. Escuadrones de Boinas Rojas y de Falanges desfilando, silenciosos, con sus armas al hombro y al solo grito de «¡Viva Cristo Rey!» Si el Padre Huidobro hubiera estado ese amanecer imborrable del día 19 en Pamplona, y hubiese visto que Cristo era la primera razón del levantamiento, todavía hubiera sido más expresivo en su carta:

> «Pamplona, 30 de agosto de 1936. Muy amado en Cristo P. Sánchez-Robles:
>
> Entramos ayer en esta Navarra bendita. Hemos hablado con los requetés, que lo llenan todo de religión, idealismo, patria y hasta elegancia. Con sus boinas rojas y sus uniformes kakis, limpísimos, y su correaje nuevo.
>
> ¡Qué muchachos! ¡Cómo hablan de la muerte! 'Antes de salir de Pamplona, ya nos confesamos; y, luego, todas las noches rezamos el Rosario; conque, ¿para qué tener miedo?' Confiesan y comulgan con mucha frecuencia y ellos son apóstoles de los otros.
>
> Este espectáculo de un pueblo que sólo sabe rezar y luchar, es algo tan grande que se comprende la frase que decía Fal Conde, hace días, a los requetés: 'Voy a mandar a mis dos hijos a la guerra. Si mueren, van al Cielo. Si no mueren, no tengo que ocuparme de su educación, pues la guerra les educa.'
>
> Aquí, en Navarra, parece sobran sacerdotes para el frente. Hoy llegaremos a Burgos y allí nos enteraremos de otros frentes. Pero, desde luego, en Extremadura tiene que hacer falta gente, aunque sólo sea para ir por los pueblos.

Aquí todos los chiquillos, desde los siete u ocho años, son requetés (Pelayos) o falangistas (Balillas). A un sobrinillo del P. Arellano, en cuya casa estuvimos, le vimos con su boina roja. Le están haciendo el correaje, para que tenga el uniforme completo.

Tal vez podamos llegar mañana a Badajoz, en el rápido Pamplona-Sevilla-Cádiz.»

Aún se completan las noticias de esta carta con las indicaciones de sus notas de viaje. Son más breves, pero quizá más emotivas, por ser privadas, y, por tanto, más llenas de expresión. Refleja sucesión de impresiones personales en busca del frente desconocido:

«30 agosto. — Pasamos la noche en un hotel, Plaza del Castillo. Decimos Misa en los Redentoristas. Yo, en la Capilla de la Herida (de San Ignacio). Luego, a la Residencia. Desayunamos. Impresiones del Padre que escribe en ¡Arriba España!, de Pamplona. De allí salimos para Burgos con una familia, que va a ver a su hijo herido. Van 17 soldaditos guipuzcoanos. Muchos han comulgado esta mañana. Van a Somosierra, contentos de no ir al Norte, por no luchar contra los suyos. Cantan alegres el Himno de Falange y cantares de amores, de soldados y de patria. Preciosa voz del 'rubio', que es de la Ribera. Todos, piadosos. Rezan. Llevan sus escapularios y medallas.

El Alférez come con nosotros en Miranda. Buen tirador. El motorista que mata a cuatro: 'que no se me ponga nadie delante a 200 metros'. Los soldados tampoco tienen odio. El de Palencia cuenta la ejecución de tres aviadores.

Luego, a la tarde, a Burgos. Caridad: PP. Oráa, Yanguas, Zameza.

Noche en el Hotel Saldaña, junto a la Merced.

31 agosto. —Misa en la Merced. Llegamos a Valladolid a la una. Comemos en la Estación. En la Residencia veo a Lozano y voy con él a Falange. Emocionante llegada de Gonzalo Ortíz, muerto. Lágrimas. El soldado, firme junto al féretro. Capilla ardiente.»

En esta ciudad de Valladolid respiró el P. Huidobro una atmósfera caldeada, como la de Pamplona, aunque desemejante en su modo de manifestarse. Aquí fueron, sobre todo, las Escuadras las que llevaron el peso principal del sacrificio y de la gloria. Visitó alguno de sus cuarteles y se llenó de legítimo orgullo y de satisfacción el Padre Huidobro, cuando oyó contar que, entre ellos, fueron varios centenares de fervorosos congregantes Marianos los que se lanzaron con júbilo indescriptible y heroico entusiasmo al Alto del León, a impedir con sus cuerpos inocentes que la marea comunista inundara toda Castilla. ¡Cuántos quedaron allá, destrozados por la metralla! De todos los pueblos de los campos vallisoletanos habían acudido a concentrarse, mientras la tropa, gesto noble y alentador, en traje de gala, había recorrido las calles, entre el alegre aplauso repetido en todos los balcones, para dar anuncio del Levantamiento salvador.

Por otra parte, había un hecho evidente, del que muy pronto se dieron cuenta los sacerdotes. Y es que al comenzar la gran Cruzada Nacional, fue unánime el clamor en el Ejército para que se le asignasen Capellanes, suprimidos por la República laica. Los necesitaban. Sin ellos, a buen seguro que a la larga se hubieran apagado mucho los ideales, resortes del heroísmo, y por los cuales cogían las armas.

El primer contacto con la nueva España que renacía, le produjo hondísima y feliz impresión. Desde que pisó tierra española, la juventud se le mostraba robustecida en su espíritu, no menos que en los cuerpos de noveles guerreros.

Restablecido, al igual que en Cádiz, el toque del Ave María en los cuarteles, aun en las calles, los soldados se cuadraban al oírle.

Su mismo General, primeramente, les había explicado el significado y había rezado con ellos.

7. A LA SIERRA DEL GUADARRAMA.

En el carnet de campaña aparecen anotados estos datos:

> «1 septiembre. — Con el Correo de Falange a la Sierra. Juan (el P. Martínez) me espera allí. Villacastín, contacto con las fuerzas. En la Sierra: San Rafael. Cuartel de Falange. El

Himno. Camaradería y disciplina. Horas largas. Esperando al P. Nevares. Bombardeo. Los Balillas cocineros. Subida al Puente Medina. La cena con el Comandante Letamendi.

2 septiembre. — Cañoneo en la mañana y Misa en San Rafael. Encuentro con el P. Caballero. Su indumentaria. Su delgadez. Subida al Alto del León. Bombardeo. Comida con los muchachos de enlace. Salida para la Loma del Requeté, acompañado de un seminarista de Pamplona. Bombardeo. La primera Extramaunción. Cena y noche en el refugio.

3 septiembre. — Despertar temprano. Me lavo en la fuente. Café. Luego, abajo. Rosario con el Capitán Infante. Después de comer, Rosario con los de Transmisiones y Falange de Palencia. Subida a la Batería. El Rosario por Fontedra. Bombardeo. Llegada de Caballero.»

Esto es lo último que escribió en su carnet. En adelante, ya no nos quedan otros datos recibidos directamente de él, que los que aparecen en sus cartas.

En el sector derecho del frente del Guadarrama se encontraba, como Capellán voluntario, desde los primeros días del Movimiento, el jesuita Padre José Caballero.

A media mañana del 2 de septiembre, este Capellán vio de pronto llegar hacia él, vestido con un gastado mono azul y cubierto con una gran boina, al Padre Huidobro. Venía solo y, como equipaje, apenas traía otra cosa que un enorme Breviario.

En las brevísimas notas de campaña del Padre Caballero, hay aquí una sola frase, que es un mundo de sorpresa y alegría:

«Día 2. — Bombardeo hasta las 9. ¡El P. Huidobro! Emoción intensa... ¡Hasta mañana! »

Quería Huidobro sustituirle en su puesto del Guadarrama, para que descansase un par de días, e hiciese, a la vez, unas gestiones en Navas de Riofrío. Es verdad que el Capellán efectivo se encontraba enfermo, pero se resistía a separarse de sus soldados, que ya le habían cobrado gran cariño.

Fue este el primer contacto del Padre Huidobro con la guerra.

Aquel primer día de su breve permanencia en la Sierra, un fortísimo y continuo bombardeo rojo impresionó vivamente al nuevo

Capellán. « ¡Heridos... heridos...! », y con entereza y prontitud que admiraron a todos, se lanzó a todo correr por un terreno totalmente batido por la metralla.

Fontedra, un artillero, había caído con el cuerpo destrozado, pero aún vivía. Acompañóle el Padre Huidobro mientras le conducían en la camilla al Puesto de Socorro, animándole a bien morir y prodigándole cuidados de cariño sincero.

Después de varios días sin bajas, el haber coincidido esta primera víctima con la ausencia del antiguo y «afortunado» Capellán, de quien era fama que «espantaba» las balas, con su sola presencia, ni permitía explotasen las granadas que acertasen a caer a su lado, hicieron que los soldados echasen mucho de menos a su querido Padre Caballero, y temiesen, supersticiosamente, algunos al Capellán voluntario, que parecía de mala suerte para atraerles las balas. En el espíritu sensible del Padre Huidobro, algún efecto de pequeña humillación hubo de producir el ver la alegría con que, el día 3, en la tarde, recibían de nuevo todos a su Capellán, y la instancia con que le repetían: « ¡Usted no se separe más de nosotros! El otro Padre, que se quede también si lo desea; pero usted no se vuelve a marchar de aquí...»

Una última conversación tienen los dos Capellanes antes de separarse: comunicación de emociones, planes para futuros trabajos. El Padre Huidobro se propone ir a buscar al Ejército, que sube avanzando por Extremadura; muy fácil será que allí no se encuentre tanta abundancia de Capellanes, y en las continuadas luchas de su marcha arrolladora hacia Madrid, caerían seguramente muchos, y no se les puede dejar morir sin asistencia espiritual. El Padre Huidobro le comunicaba al Padre Caballero sus primeros sentimientos al contacto con la campaña: parecíale la guerra providencial, no solamente para salvar a España, sino aun para vigorizar y purificar el ánimo de nuestros jóvenes; la juventud era siempre la meta de sus preocupaciones.

Manifestaba el Padre Huidobro en sus palabras el inmenso celo de toda su vida, la firme decisión de no escatimar trabajo ni peligro propio, con tal de ayudar a los combatientes. Allí recorren ambos los nombres de posibles Capellanes que puedan venir a este frente.

Aquella noche del 3, ninguno de los dos Capellanes lograba

conciliar el sueño. El Padre Huidobro, porque, bajo la primera impresión de la dura vida en trincheras, parecíale escuchar de continuo el terrible « ¡Heridos...! » con que se reclamaban sus auxilios. El Padre Caballero, porque tiritaba de frío a pesar de la fiebre que padecía. A duras penas lograron hacerle reaccionar el Padre Huidobro y el teniente médico, señor Escudero, que estaban con él, metidos los tres bajó una única manta.

8. EN BUSCA DE LA LEGIÓN.

Al día siguiente, Primer Viernes, mañana de cielo clarísimo, sin haber podido celebrar Misa por carecer aún de ornamentos, abandonó el Padre Huidobro la Sierra. Bajó a Navas de Riofrío a consultar con el Padre Arceo. Dudaba si ofrecerse como Capellán al Tercio, o quedarse allí, en el Guadarrama, con los Regimientos de la Victoria y San Quintín.

Hay una carta enviada desde Segovia el 5 de septiembre y que es hoy para nosotros doble reliquia. La escribieron, mitad y mitad, los dos Padres que, del destierro de Bélgica, entraron juntos en España; los dos primeros jesuitas Capellanes que, mientras ejercían su ministerio, entregaron la vida en medio de los soldados. El Padre Huidobro, que hacía de Superior en aquellas empresas, fue quien colocó al Padre Martínez en el puesto en el que, a los quince días, iba a conseguir el triunfo, junto con el Sargento del Regimiento de la Victoria, a quien estaba confesando en una chavola.

Lo que en esta carta escribió el Padre Martínez a su Rector, fue esto. Tengamos en cuenta que había viajado al frente recién terminados sus estudios teológicos:

> «Me dice el P. Huidobro que se puede hacer una buena labor con los soldados y que están muy bien dispuestos. Se encuentran separados en diversas posiciones y conviene visitarlos y hablarles. Tengo mi temorcillo, ¿a qué negarlo? Estaré cerquita de las balas; pero confío para todo en el Corazón de Jesús.
>
> Yo estoy, según me ha comunicado el P. Huidobro, en ir a Tercera Probación. El P. Encinas me dijo que empezaría lo

> más pronto el 1 de octubre. Espero que me digan si hay alguna contraorden respecto a alguno de estos dos puntos.»

La contraorden a sus planes, ya lo hemos visto, no le vino de parte de su Rector.

Escribía en ese mismo papel el Padre Huidobro:

> «El P. Caballero está desde el 26 de julio en el frente. Hecho un héroe; querido de todos, jefes y soldados, que no quieren se aparte de ellos. Aunque está cansado, está bien de salud. Quería dos colaboradores. He dejado con él al P. Juan Martínez, y voy a intentar acercarme a Talavera. Si allí no hace falta nada, me volveré a la Sierra.
>
> Los Jefes dan toda clase de facilidades. El espíritu de los soldados, excelente. No sólo Requetés y Falange; los soldados de España, rezan también el Rosario; tres tuve que rezar el otro día, porque así me lo pedían unos y otros.
>
> Ahora no hay aquí grandes peligros, aunque siempre cae alguno...»

Ese «alguno» fue su compañero de viaje.

El Padre Huidobro también había acudido, en aquellos días, a la Loma del Requeté, pero se encontró allí con que dos jóvenes Capellanes atendían todo aquel sector.

Desde Segovia viajó el Padre Huidobro, solo ya, hacia Ávila. Continuaba sus inútiles gestiones y sus dudas. Desde Pensión «La Palma», envió, el 6, esta carta al Padre Arceo:

> «Le extrañará desde dónde la escribo. Hoy voy a tratar de comunicar con Cáceres para saber si en la columna de Talavera hacen falta Capellanes; y según eso, iré o me volveré al Guadarrama con el P. Caballero.
>
> Desde Segovia avisé a los PP. Marín Triana y Estanislao Ilundáin que podían venir. Usted podría avisar a la Residencia que, si llegan, los empaqueten para Las Navillas (Navas de Riofrío); y luego, mandar uno a donde está el P. Caballero, a ayudarle, y otro podría intentar meterse en Navalperal.
>
> Todo hay que hacerlo para cada caso, y que cada uno se busque la vida. En Navalperal sé que hace falta, y debe

de hacerla casi en todas partes; pero hay una desorganización admirable. Menos mal que esto se acabará pronto, según dicen los militares.»

Ese mismo día 6 está firmado por el Comandante militar de Ávila el siguiente salvoconducto: «Autorizo a don Fernando Huidobro, S. J., para marchar a Cáceres, al objeto de prestar servicios de su ministerio donde el Comandante militar de dicha plaza disponga.»

Al fin llegó a Cáceres. Desde el 26 de agosto se hallaba en esta ciudad el General Franco.

Dirigióse el Padre Huidobro a una casa de religiosas de Cristo Rey con el propósito de celebrar Misa. Iba vestido de *clergyman*, no de sotana; y llevaba sombrero flexible. Las religiosas, sospechando fuera algún pastor protestante, no le permitieron decir Misa. Es más, temerosas —aquellos días eran muy peligrosos, por traiciones y espionajes—, a escondidas de él, avisaron inmediatamente a la Policía.

Identificado más tarde Huidobro por un sacerdote de Cáceres, logró presentarse al señor Obispo, Monseñor Modrego. Muy oportuna fue esta visita, porque hasta allí le siguieron los Policías; pero el señor Obispo, bondadosamente, respondió en todo por él.

El poco tiempo que se detuvo en Cáceres se alojó en una pensión, de don Pablo Claver; aun cuando para las comidas acudió a casa de los hermanos Blasco, cristianísimos, dueños de la tienda «El Precio Fijo». Aquí dejó depositado su traje de *clergyman*.

El Cuartel General de Franco estaba en el Palacio llamado de «Los Golfines de Arriba», cedido por sus dueños, la familia López Maldonado. En Cáceres solamente tenía el Caudillo dos ayudantes, los Tenientes Coroneles Franco Salgado, que hacía de Secretario, y Carlos Díaz Varela, que principalmente atendía a los visitantes.

Allí se presentó Fernando Huidobro. Dice que es sacerdote jesuita y que desea entrevistarse con el Caudillo para ofrecer sus servicios religiosos entre los soldados, allí donde sea más necesario; y de preferencia en alguno de los puestos difíciles. Dijo esto con entera sencillez, pero también con tan entera decisión, que aún hoy día recuerda su noble actitud el entonces Coronel Ayudante.

Una anécdota curiosa cuenta el General Díaz Varela: Se extremaban, naturalmente, las precauciones, para evitar cualquier posible atentado; sobre todo que por aquellos mismos días habían llegado al Cuartel General confidencias, desde nuestra Embajada, del paso por la frontera francesa de individuos muy sospechosos, particularmente checoeslovacos, de muy malos antecedentes. A pesar de que la limpia mirada del visitante no hacía sospechar nada de él, según la orden dada a los soldados de guardia, se le cacheó, como a todos, antes de permitírsele entrar en el Despacho del General.

Aceptó el Caudillo sus ofrecimientos con muestras de gran estima por estos ministerios sacerdotales. «Trabaje usted, Pater, y sus compañeros cuanto puedan por el bien espiritual de nuestros soldados», le dijo al despedirse, mientras le estrechaba su mano.

Díaz Varela le comunica que donde más falta hace su abnegado trabajo de sacerdote es entre los Legionarios, que carecen aún de Capellanes. Cuando más tarde se lo dijo a Yagüe, Jefe de toda la Legión, le contestó: «Muy bien; pero dile al nuevo Pater que en la Legión no se cascan huevos.»

Aquella misma tarde, ante las reiteradas peticiones del joven jesuita de ir en la primera vanguardia, el Teniente Coronel Yagüe, Jefe de las fuerzas de avance hacia Madrid, le destinó a la Legión, como Capellán de la 4.ª Bandera. Encontró su puesto definitivo a los diez días de haber pisado tierra española.

Se conserva un Salvoconducto que dice así: «Cáceres, 8 de septiembre de 1936. El portador de este volante, sacerdote don Fernando Huidobro Polanco, se encuentra autorizado por el Excmo. Sr. General en Jefe del Ejército de Marruecos y Sur de España, para incorporarse a la columna que manda el Teniente Coronel don Juan Yagüe, a fin de prestar sus servicios espirituales. Marchará en tren hasta Oropesa, y se ruega a la Autoridad Militar de dicha Plaza le sean facilitados los medios de transporte hasta Talavera de la Reina, para su incorporación a la citada columna. De orden de S. E. El Teniente Coronel Ayudante, Carlos Díaz Varela.»

Al Padre Arceo, en Navas de Riofrío, llegó el día 12 este telegrama: (Envíe maleta Talavera, Huidobro, Capellán, Cuarta Bandera Tercio,»

El Padre Huidobro viajó ya a Talavera con la vestimenta que

había usado en la Sierra y que en realidad no era de mucha apariencia sacerdotal: un mono azul, y al cuello un gran Crucifijo.

9. CAPELLÁN DE LA BANDERA.

¡El Padre Fernando Huidobro, Capellán del Tercio! Desde las tranquilas disquisiciones filosóficas de los Seminarios de Heidegger, se encontraba de improviso enrolado entre las fuerzas de choque, las tropas de primera vanguardia, organizadas hacía dieciséis años por Millán Astray, y de las que Franco había sido su Comandante. ¡Son estos los caminos misteriosos que traza la Providencia! En aquellas primeras semanas del resurgir de España, aún no se había unificado el combate contra el comunismo invasor. Cada cual luchaba, segunda guerra de la Independencia, allí donde más cerca o más peligroso juzgaba al enemigo. Este personalismo en la instintiva defensa se mostró patente en los defensores de los primeros momentos: la sublime gesta de los intrépidos muchachos de Renovación que acuden a el paso de Somosierra; los jóvenes falangistas de Valladolid que, pecho descubierto, se apoderan del Alto del León; los invencibles requetés que dieron nombre con su heroísmo a su conquistada «Loma»; los japistas de la «Harca de Méndez Vigo», terror de los milicianos con sus *razzias* por los alrededores de El Escorial; son claro símbolo del personalismo espontáneo en la propia defensa nacional.

Y algo semejante ocurrió en la actuación religiosa. El sacerdote, anheloso de prestar su espiritual cooperación con los soldados en la Cruzada, había muchas veces de buscar y elegir él personalmente su puesto. Los Cuadros del Requeté estaban sobradamente provistos de Capellanes, desde el primer día del Movimiento. Fuéronse también cubriendo rápidamente las plazas entre las Centurias de Falange, y lo mismo en los batallones reglamentados del Ejército. Pero de las Banderas del Tercio, pasado ya mes y medio de activísimo pelear, únicamente la quinta tenía, desde hacía un par de semanas, Capellán.

Como dependía, en su mayor parte, de él la elección, no podía Huidobro, bien lo conocíamos, buscar su ministerio definitivo sino allí donde se juntaba una vida de gran sacrificio, con un mayor

fruto en las almas. La generosidad manifestada por él desde el primer día que pidió a sus Superiores ser enviado al frente, perseveró en él al llegar Cáceres. No le intimidó el haber visto, unos días en el Guadarrama, lo que son bombardeos y lo que son efectos de las balas. Todas sus grandes cualidades, y todos sus ensueños de grandes conquistas apostólicas, y de señalarse en todo servicio de su Rey Eterno, los ofreció íntegramente a Jesucristo por España, y sentó plaza entre los «novios de la Muerte». Bien sabía él que los legionarios eran quienes más necesitaban su ayuda sacerdotal, ya que eran también los que andan más cerca de la muerte por los caminos de la guerra, y, tantas veces, quienes anduvieron más lejos de Dios por los caminos de la vida.

Gloria es del Padre Huidobro el haber sido el que con su ejemplo primero, y luego con su entusiasta intervención, pues hacía de Superior entre los Capellanes jesuitas del centro de España, dotó eficazmente de «Pater» casi a cada una de estas gloriosas fuerzas de choque. Poco tiempo más tarde se distribuían de esta forma los Capellanes en la Legión: P. Generoso de Barcenilla, O. M. C.: 5.ª Bandera; y los jesuitas PP. García Martín, Huidobro, Allendesalazar, Marín Triana, Ilundáin, Hermenegildo Val y Caballero, respectivamente, en las Banderas 1.ª, 4.ª, 6.ª, 7.ª, 8.ª, 9.ª y 10.ª Y más tarde, a temporadas, los PP jesuitas David Fernández, Delgado Cros, Echeverría y Soler.

Una especial generosidad suponía en el Padre Huidobro el abandono de todos sus planes científicos y de apostolado, para venir a ser Capellán del Tercio. Porque se encontraba culminando ya su tan larga preparación de estudios, dentro de la más amplia universalidad, que le habían proporcionado los Superiores en todos sus años de vida religiosa: dominaba lenguas modernas y clásicas, Literatura, Filosofía y Teología; había adquirido gran contacto con la cultura moderna y extranjera; había ensanchado el campo de la formación ordinaria de sus compañeros, gracias a sus estudios universitarios en España y Alemania, en donde había trabado amistades científicas de gran eficacia para el futuro; sacerdote y apóstol, había jerarquizado todo lo que podía ser capaz de ayudarle, en torno a su formación sacerdotal, que consideró como núcleo esencial siempre y en todo. Aprovechando sus descansos y vacaciones, había ido conociendo las almas y los problemas de los pobres, de

los obreros, de los jóvenes, de los intelectuales. Había seguido, con constancia, un vasto plan de lecturas y formado planes concretos e inmediatos para un apostolado hondo que ya alboreaba; y animando a sus compañeros en los campos en que cada uno se encontraba, había buscado en ellos y en personas las más aptas, cooperadores futuros para empresas en que soñaba, y cuando, de pronto, el Señor le pidió que cortase todas esas actividades, y con ellas Le ofreciese también un probable corte definitivo a toda su actuación en la vida, buscó la bendición de sus Superiores, y no dudó: con suma naturalidad y sencillez, lo entregó todo. Cierto que no estaba él preparado para la ruda faena militar, pero sí estaba preparado para ser siempre generoso con Dios, nunca regatearle nada. Y si ilusionado andaba con sus estudios y con sus planes, más le ilusionaba el renunciar a toda otra ilusión por amor a Jesucristo.

La primera carta escrita por el Capellán, desde su nuevo destino, la dirige a su Rector de Les Avins; se ve que ha ocupado bien el tiempo en su ida desde Cáceres hasta encontrar su Bandera:

> «Quinta Vista Alegre, junto a Talavera de la Reina, 12 septiembre. Muy estimado Padre: Después de muchos días logro escribirle con el papel que me prestan los soldados. Estoy con la columna del Teniente Coronel Asensio; de modo que mis feligreses, aparte las fuerzas auxiliares de Artillería e Ingenieros y Sanidad, son los legionarios. Ya he actuado intensamente.
>
> El día que llegué a Talavera, me estuve en el Hospital. El Capellán no iba por allí, así que no paré en todo el día. En Oropesa no había sacerdote; dije una Misa cuando pasé camino de aquí, con consuelo de las pocas personas que lo supieron. Allí destrozaron un convento y mataron a los tres sacerdotes. Al Párroco, de más de setenta años e impedido, lo sacaron de la cama para fusilarlo. En un pueblo de Ávila mataron al cura, sacándole los intestinos. En otro, al hermano del señor Obispo, metiéndole a ratos en un caldero de agua hirviendo. En el Hospital confesé a un niño de trece años, con un tiro en la espalda. Estaba en los Salesianos de Madrid, ronda de Atocha. Cuando entraron los rojos se abrazó a un Padre muy anciano que le había cuidado desde los cinco años. Lo arrancaron de sus brazos —lloraba el niño al con-

tármelo— y lo mataron ante sus ojos. Al niño lo llevaron los milicianos rojos para que les hiciese la aguada. Al escaparse para venirse a nuestras filas, le dieron el tiro. De esto hay a montones. Hay que oír a los legionarios lo que han visto.»

Talavera de la Reina había sido tomada dificilísimamente el 6 de septiembre. El 8, los rojos contraatacaron duramente para adueñarse del Centro de resistencia de Vista Alegre, llave de la defensa, y que está a seis kilómetros de Talavera, a la izquierda de la carretera Madrid. Rechazados, ya no pretendieron en lo sucesivo conseguir lo imposible: que la Legión entregase una posición de tan excepcional importancia.

Para mejor darnos cuenta de la impresión que hubo de causar el en Capellán al presentarse, por vez primera, ante el Tercio, bien que recordemos el ambiente en que se hallaba, precisamente en ellos días, esta 4ª Bandera del 2.° Tercio de la Legión.

Bajo los pliegues de su Guión, el de Don Juan de Austria en Lepanto, se había cubierto de gloria en los campos andaluces y extremeños; y había pagado grave tributo de sangre al asaltar a cuerpo limpio, relámpagos de acero en la punta de los fusiles, fortalezas enemigas.

Días antes de recibir al desconocido Pater, había sido esta Bandera citada por Yagüe en Badajoz, por su acción del 14 de agosto, en la conquista de esta ciudad; acción vigorosamente descrita por los cronistas Sánchez y Sampedro y Del Arco. A las tres de la tarde, el cornetín de la Bandera dio el toque de asalto, y la contraseña electrizó a los hombres, que, calando el cuchillo, se lanzaron en torrente heroico por la brecha ya de antes abierta en la Puerta de la Trinidad, bajo la cortina mortífera que tejían las armas automáticas desde lo alto de la muralla. Noventa hombres se lanzaron al ataque por pelotones que sucesivamente fueron barridos por los rojos. Los legionarios seguían en avance, saltando sobre los caídos, en los labios el Himno del Tercio, para el que estaban escribiendo una nueva página gloriosa.

El Capitán Pérez Caballero, un Cabo y 14 legionarios, restos de la 16 Compañía encargada de franquear la brecha, fueron los únicos que alcanzaron la gloria de penetrar en la amurallada ciudad. Los que faltaban habían gritado al caer un ¡Viva España!

El Capitán, herido, pudo allí reunir a sus hombres. Los contó. Los encontró capaces de seguir tornando la ciudad, y envió el siguiente mensaje espartano al Jefe de la Columna: «Atravesé la brecha. Tengo catorce hombres. No necesito refuerzos.» Y con aquellos 14 hombres, luchaban en la tierra de Hernán Cortés, prosiguió el avance por el laberinto de calles hasta el centro de Badajoz. Aún hubo otras tres bajas antes de llegar a la Plaza de San Juan, en donde los 11 hombres que todavía vivían, al cabo de media hora de espera, se reunieron con los legionarios de la 5.ª Bandera de Castejón.

El Capitán, sangrando por tres heridas, ponía el eco viril de su himno, en el silencio de aquella noche de tragedia y ventura, turbada, de vez en vez, por el paqueo de los rojos rezagados.

Tras el desfile del día siguiente, Fiesta de la Asunción, Yagüe arengaba a sus legionarios:

> « ¡Merecéis el triunfo! ¡Allá lejos está Madrid, legionarios!, y allí llegaremos todos, porque para guiar nuestros pasos en la lucha, resucitarán los que aquí cayeron luchando por España. ¡Legionarios de la 16 Compañía!, ¡qué pocos habéis quedado, y qué orgulloso me siento de vosotros! »

De Badajoz a Talavera, se contaron dieciocho días. Durante este recorrido las victorias de la 4.ª Bandera fueron muchas más; entre ellas, la conquista de Mérida. Iban sus cuatro Compañías: 10, 11, 12 y 16. No sabían lo que era ser derrotados. Iba a la cabeza de la cien veces triunfadora Columna de Asensio.

Con hombres de este temple, embriagados de gloria y de pólvora, para quienes lo heroico es vulgar, iba a vivir el Padre Huidobro. Hay que tener en cuenta, que, desde el advenimiento de la República, carecían de Capellán, lo mismo que todas las unidades del Ejército y no eran los legionarios quienes se preocupaban especialmente de tenerlo.

10. PRESENTACIÓN Y PRIMERA ACTUACIÓN.

Contó más adelante uno de los auténticos legionarios allí presentes, que la primera presentación ante ellos de aquel desconocido y casi imberbe Capellán, fue un tanto ridícula. Primeros sa-

ludos y bienvenidas con Oficiales. «Nuestro Pater», díceles el que le había acompañado. Francamente mala impresión. Sonrisas de cumplimiento cubren el hueco de las frases difíciles. Les parece poca cosa, bajo, mal arreglado. Vaya, no es para la Legión, para ellos, curtidos en las campañas africanas. Difícil entrar en materia de conversación. Pero al cuarto de hora era dueño de los corazones de aquellos Oficiales cultos: los, que por encima de lo exterior reconocieron la potencia de su alma.

Poco después se entreveró con la tropa. Aquí fue aún peor la entrevista, choca su aspecto con la rudeza brava de esta Legión genuina, mocetones de casi dos metros. Ante ellos aparece el Pater con una vestimenta como de ferroviario; bajo el mono le asomaban unos pantalones nada airosos. Le rodean: «Y tú, ¿quién eres?» «Un sacerdote, que viene voluntario al Tercio.» « ¿Tú, aquí; al Tercio?», repetían sin disimular su desprecio, ante aquellos modales de educación distinguida, su rostro casi de niño, incluso su cutis fino. «Sí, para ayudaros espiritualmente en todo...» Poco a poco se van retirando; otros se quedaron mirándole, visiblemente decepcionados; y todos al poco se van alejando y repitiéndose, no en voz tan baja que él no llegase a percibir: « ¡Vaya un crío que nos han traído! »

Joaquín Arrarás escribió esta frase, describiendo al joven Huidobro, que se presenta en medio de los legionarios:

> «Ante aquellos guerreros, hombres de tatuajes y cicatrices, carne bronceada y peluda, toscos y desgarrados, conforme a la estampa clásica del legionario en acción, el Padre Huidobro era una hoja del *Kempis* entre el fragor de las armas: una azucena en un bosque de bayonetas.»

Hubo rancho frío, y comentarios más fríos todavía. El comió y se estuvo con dos o tres soldados haciéndoles contar, entre exclamaciones sinceras, sus hazañas desde el 17 de julio.

El Comandante de la Bandera, don José Vierna, hoy General de División, escribió, años más tarde, cuál fue entonces su impresión sobre el nuevo Capellán. Estaba el Puesto de Mando en un cortijo de Vista Alegre:

> «Estábamos en las riberas del Alberche, camino de Madrid. Yo tenía ante mis ojos un legionario, sin instrucción ni el

conocimiento más elemental para prevenirse o atenuar las asechanzas y peligros de la guerra: un recluta. Me dio mucha pena de él. Tuvimos un breve diálogo. Había en sus ojos una luz clarísima, tras de sus gafas de miope. Me impresionaba su mirada penetrante, inteligente y bondadosa que le caracterizaba. Era de mediana estatura, delgado, pelo claro, facciones correctas. Representaba menos edad de la que tenía. Su aspecto era de intelectual, delicado, ajeno a toda actividad física o deportiva. ¿Cómo soportará esta criatura, pensé yo, la dureza de vida que le espera, y más, ser consejero y guía espiritual de mis legionarios? No puedo ocultar que la impresión, que entonces me hizo, fue de que era un adolescente sin experiencia, hasta el extremo de juzgarlo inadaptable para función tan difícil como es ser Capellán de la Legión. Pero hay algo que a los legionarios les gana el ánimo y el respeto, por encima de todo: el Valor y la Bondad. Y muy pronto la Divina Providencia dispuso las cosas para que el Padre diese ejemplo de ellas.»

No llegó a generalizarse la rechifla, porque aquí mismo, en las viñas de Vista Alegre, les iba enseguida a demostrar, con sus heroísmos e intenso celo apostólico, que no obstante su aspecto, era no menos que ellos mismos, «de bravura sin igual». El mismo legionario que nos hizo arriba la primera descripción, añadía:

«Fue tal su valor, ya en el primer combate, en la toma de Cazalegas, que los legionarios repetían igual frase, mas con un sentido bien distinto: ¡menudo crío nos han traído! »

Aquel mismo día, a pleno sol, hizo su aparición la aviación roja. Bombardearon cuanto quisieron, pues no había defensa antiaérea. Al mismo tiempo, la artillería enemiga, emplazada entre Cazalegas y el Castillo de Bayuela, les cañoneaba intensamente, mientras desde un tren blindado disparaban contra la Bandera. El cornetín de la Legión dio la orden de avance, pues el Mando había dispuesto la conquista de Cazalegas antes de la noche.

«El P. Huidobro entró en funciones —añade el Comandante Vierna— antes de que se alejasen los aviones, ya escapó a socorrer a los heridos. Con absoluta tranquilidad, sin mirar si volvían los bombarderos, atendió, recogió, curó y

consoló al que sufría. Su actividad fue admirable, por inteligente y eficaz. El «quinto» se había ya convertido en el «Capellán», en el Padre de todos.»

Con algo parecido al estupor contemplaron cómo caminaba en aquel infierno, con una serenidad insuperable, asistiendo a los que caían, acarreando agua, cooperando en la distribución de alimentos y en la evacuación de las bajas. Inútil que le griten que corre peligro inminente. Con su Cruz en la mano va el novel Capellán en busca del herido a campo traviesa, esquivando los cuerpos de legionarios que tumbados disparan sin descanso.

Meses más tarde comentaba el Padre Huidobro con un compañero este primer día. Decíale que, al recibir tan poco halagüeño recibimiento, vio clarísimo que el valor en exponerse al peligro es absolutamente necesario para tener influencia entre los legionarios. De aquí su propósito ya desde entonces:

«Seré un verdadero Legionario, para llevar todos los Legionarios a Cristo.»

Aquella noche el comentario en todas las Compañías de la Bandera unánime: palabras de admiración, de verdadero asombro, aun en ellos, los de la Puerta de la Trinidad, en Badajoz. «Oye, pero ¿tú no le has visto?» Y «El Patillas», —veinte años de Legión, cuatro heridas en la guerra de Marruecos y más adelante, gran amigo del Padre—, definió al instante al nuevo joven Capellán con estas palabras: « ¡Vaya un curita flamenco! »

Desde esa primera tarde, Dios premió la humillación que había pasado, al presentarse a la 4.ª Bandera. Ya en los pechos legionarios comenzó a levantarse el monumento de veneración a su nuevo Pater.

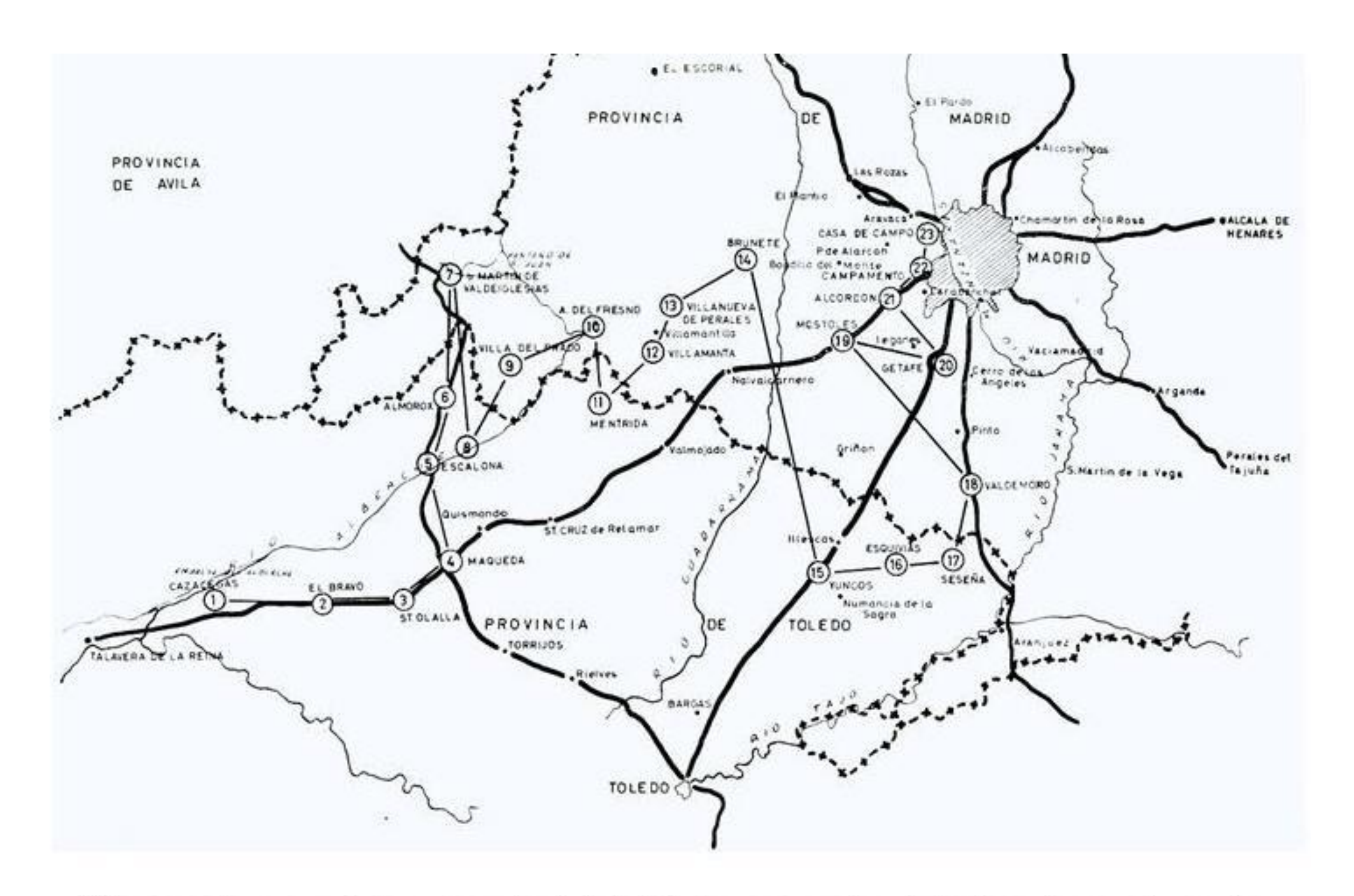
Como por encanto, el día siguiente, desapareció el mono azul, ni volvió a aparecer la boina. Quién con una guerrera, quién con un correaje o un gorro marcado con las insignias gloriosas de pica, arcabuz y ballesta, todos habían contribuido a dotarle de cuanto le faltaba. Quisieron hacerlo legionario con el uniforme, como lo era de espíritu. En la próxima marcha de la Bandera, ya no era, con su vestimenta, un borrón llamativo; se perdía su figura en la masa verdegris de uniformes polvorosos. El laureado universitario de Madrid y Friburgo, el de las elucubraciones filosóficas de Heide-

gger, se encontraba ahora en su centro, en la ruta gloriosa que la Legión iba abriendo hacia Madrid, lo mismo que antes estaba en su centro entre los libros. Ya era un legionario más; pero en su pecho el Crucifijo, y en su ánimo, el ansia de salvar las almas de aquellos soldados. Fácil es que, a la vista de aquel sacerdote, enteramente desconocido, que se les había agregado de pronto, glosasen entre sí aquella estrofa de la canción: «Nadie en el Tercio sabía, quién era aquel legionario, tan audaz y temerario, que en la Legión se alistó.» Si lo hubiesen sabido, todavía le habrían admirado más.

Los que sabían su historia, bien conocían que el único «gran dolor que le mordía, como un lobo el corazón», era el dolor de ver que, en aquella mortandad, muchos legionarios no habían tenido un Pater que les consolara y confortara, mientras luchaban y morían, tan heroicamente, por Dios y por la Patria. Desde aquel primer día se propuso ser verdadero legionario, para ganarles a todos para Cristo. Y aún se afirmó más en su propósito tras la impresión ingrata de la primera entrevista. Tomó el Credo Legionario, que llevó siempre consigo, con notas y subrayados, y, en cuanto es posible a un hombre, consagrado a más alta empresa por la unción sacerdotal, lo cumplió. Lo atestigua íntegramente la 4.ª Bandera.

> «espíritu de compañerismo: con el sagrado juramento de no abandonar jamás un hombre en el campo hasta perecer juntos;
>
> espíritu de marcha: jamás un legionario dirá que está cansado, hasta caer reventado; será el cuerpo más veloz y resistente;
>
> espíritu de sufrimiento y dureza: no se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño;
>
> Todos los hombres legionarios son bravos.»

Habría de ser ya para aquellos legionarios, su aliento en las marchas agotadoras, su compañero en las guardias solitarias, su amparo en la tribulación; será su Padre, y ellos tendrán en quien desahogar el «doliente calvario» de sus almas. Ya aquellos legionarios, defensa de la Patria y de la Religión, no carecerán de Capellán. No morirán privados de asistencia espiritual.



Itinerario seguido por el P. Huidobro con la 4.ª Bandera durante los meses de septiembre, octubre y comienzos de noviembre.

Pocos días más tarde, muy pocos bastaron, Jefes y Oficiales, en Talavera, alababan, delante del Teniente Coronel Yagüe, Jefe de la Legión, la óptima impresión causada por el comportamiento del novel Capellán de la 4.ª Bandera: que era algo extraordinario por su celo, por su simpatía, por su deber. Escuchaba Yagüe complacido, y señalando ante los demás a los Padres Allendesalazar y Marín Triana, allí presentes. «Ya tengo cuatro Capellanes en la Legión; de ellos, tres son jesuitas».

Así, desde el 10 de septiembre hasta el 11 de abril.

11. EL GRAN CONSUELO.

Por estos mismos días recibía el Padre Huidobro uno de los más íntimos consuelos dentro de su vida de Capellán, consuelo que había de perdurarle hasta su heroica muerte. Y es el aliento que provenía de las palabras augustas del Vicario de Cristo. Porque precisamente cuatro días después de la incorporación del nue-

vo Capellán al Tercio, el día 14, el Sumo Pontífice, Pío XI, pronunciaba emocionante alocución a varios centenares de exiliados españoles, recibidos por él en Audiencia especial. Meditaba el Padre Huidobro, en el tiempo que su primera labor le concedía, aquellas solemnísimas palabras, que tanta repercusión habían tenido en el mundo católico. No iba él a ser tan solo Capellán castrense en una guerra en defensa de la Patria arruinada, sino que era en defensa directa e inmediata de la religión. Se encontraba él, Capellán y Padre de unos soldados, que luchaban en el ejército que se oponía al triunfo de las fuerzas del mal, ya que según palabras del Papa: «una preparación satánica ha vuelto a encender, y más viva, en la vecina España, la llama de odio y de más feroz persecución a la Iglesia y a la Religión Católica»; y se lamentaba luego Pío XI, que no acudiesen a remediar tan inmenso mal «todos aquellos que deberían hacerlo». Para contribuir al remedio de tamaño mal, iba la 4.ª Bandera. Los legionarios, entre los que se hallaba él de Capellán, formaban parte de los heroicos defensores de la parte de España, en la que se encontraban los perseguidos por su Fe: «La heroica adhesión a la Fe de nuestros mayores —añadió Pío XI—, por centenares y millares ha agregado confesores y mártires al ya tan glorioso martirologio de la Iglesia de España». «Os miro —decía a aquellos quinientos españoles—, como veía San Pablo a los primeros mártires, de quienes el mundo no era digno», «verdaderos mártires, en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra».

No consideraba el gran Pontífice inútil esta guerra. Al contrario, alentaba y bendecía, como Vicario de Cristo, a los defensores de la Fe. De no haberse iniciado el Alzamiento del 18 de julio, muy pocos días más tarde se iba a implantar abiertamente el Régimen Comunista en España.

Gran beneficio es la paz, pero no es el supremo. No es lo mejor «la Paz a toda costa», sino, «el Bien a toda costa».

Y a veces el Bien exige, lamentablemente, la lucha por su defensa.

Y en estos decisivos casos es cuando —añadía Pío XI en esa Audiencia— puede triunfar la destrucción «si por falsos cálculos e intereses, por ruinosas rivalidades, por egoísta rebusca de ventajas particulares, todos aquellos que deben, no acuden a remedios, quizá ya demasiado tardíos». Esta vez, en España, aún llegó a tiempo

el remedio.

El Padre Huidobro, tan de corazón amante y devoto en toda su vida de la Santa Sede, encontraba en la meditación de las palabras pontificias, el mayor aliento para su futura actuación. No se habían equivocado sus Superiores de Roma y de Bélgica, cuando le aprobaron su ofrecimiento a España. Y mirando más cercanamente el paso decisivo dado por él en Cáceres, al comprometerse allí a ser Capellán en la Legión, pensaba que hasta el Cuartel General de Cáceres donde él se había enrolado, había llegado la más definitiva aprobación.

> «Nuestra bendición —dijo Pío XI al terminar aquella Audiencia del 14 de septiembre— se dirige de una manera especial a cuantos se han impuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión.»

El santo Pontífice, Pío X, se había negado el año 14 a bendecir las tropas austriacas del Emperador Francisco José, que salían para la guerra. Pío XI sí bendijo, porque ésta era guerra en defensa de la Fe en Jesucristo.

No es de extrañar, conociendo lo apegado que siempre estuvo el Padre Huidobro a sentir filialmente con la Iglesia, que la meditación de estas palabras pronunciadas en el Vaticano, precisamente en los mismos comienzos de su labor de Capellán, le impulsaron durante toda la campaña a amar a sus legionarios y esforzarse por sostener sus ánimos en el combate, pues formaban parte de las fuerzas defensoras de la Fe en España.

Es lo que, expresado en un lenguaje de muy castizo españolismo, acababa de oírse, por aquellos mismos días, en la voz de un miliciano, que, por la emisora, exhortaba a los defensores del Alcázar de Toledo a que se rindieran. Frase espontánea y tan gráfica y verdadera, muy propalada luego en los periódicos: « ¡Vosotros por creer en Dios, y nosotros por no creer en El, en menudo *fregao* que nos hemos metido! ».

No se había entablado guerra entre derechas e izquierdas, sino entre los que querían o no, sobrevivir como comunidad cristiana y nacional.

Para el Padre Huidobro, el itinerario compendiado de su vida

en campaña, que comprende cuatro principales fases, es éste:

A partir de septiembre, comienza el período de continuas luchas y avances hacia Madrid, desde Talavera a la Casa de Campo.

Aquí fue herido a principios de noviembre, y empieza para él una relativa inacción, un mes de cura, en el Hospital.

De mediados de diciembre a fin de enero, sigue una tercera época, ésta también es «quietud», pero es quietud en la Ciudad Universitaria, entre los sobresaltos mortales de voladuras y minas.

El cuarto período es el de los grandes combates en la región del Jarama: febrero y marzo. Después, epílogo de su drama de Capellán, ocho días de descanso y de Ejercicios en Villafranca, para volver enseguida a la Cuesta de las Perdices y encontrar allí el feroz ataque rojo, en que triunfó.

CAPÍTULO XV

SU APOSTOLADO EN LA LEGIÓN

1. Celo impaciente. 2. Que vivan en gracia. 3. Charlas privadas. 4. Predicación. 5. ¿De qué les hablaba? 6. Frutos consoladores.7. Mirando a la retaguardia. 8. Apostolado que no realizó. 9. Recorriendo pueblos.

1. CELO IMPACIENTE.

Podría parecer mera redundancia este Capítulo. Si la venida del Padre Huidobro al frente, si toda su actuación en la Bandera no tuvo otra razón de ser, que el celo de las almas, el hacer apostolado entre los soldados, ¿para qué tratar aquí específicamente de lo mismo? Aparte de que ya se ha dedicado Capítulo especial en esta Biografía a su celo por la salvación de los prójimos.

La razón es ésta: Es bueno dirigir una mirada a sus métodos, a su actuar cotidiano, a lo que llenaba su día de Capellán en el Tercio. Muy principal era aquel su exponer, de continuo, la vida por auxiliar espiritualmente a los heridos. Pero al margen de esa labor, a todas luces heroica, queda el que nos fijemos en lo que no es andar entre balas para consolar y confesar a los caídos en el campo, pero sí es no perder ocasión de encaminar a sus legionarios hacia Dios. Hemos de buscar explicación a tantas afirmaciones ponderativas, como la que de él hace un condiscípulo de siempre y Capellán como él, en otra Bandera cercana, Pedro María Ilundáin:

> «Le vi siempre al rojo vivo en su celo de salvar las almas. Y hablaba de tal manera que se veía era ésta la única y obsesionante preocupación. Para sus legionarios, en el modo de hablar y de obrar, cariño. Para las deficiencias de sus legionarios, compasión y celo.»

Hermosa afirmación que, con unas y otras palabras, hallamos

tan repetida por otros muchos, al referirse al Capellán de la 4.ª Bandera.

Desde que, abandonados sus estudios en Friburgo, se incorporó en septiembre a la Legión, hasta que en la Cuesta de las Perdices dio su vida, la obsesión que existía en el Padre Huidobro fue el bien espiritual de sus legionarios. Lo procuró por sí mismo y por otros.

Apenas llegado a Talavera repite en varias cartas:

> «Falta por aquí muchísimo Clero, y sería gran ocasión que vengan muchos, con mucho celo. Y pronto.
>
> La llegada de las Padres Allendesalazar y Marín Triana me llenó de gozo. Que vengan más, pues para todos hay.
>
> Urgentemente más sacerdotes es lo que aquí hace falta. Los sacerdotes podrían proveerse de licencias en Pamplona.»

El, por su parte, había ya acudido desde los primeros días al Cardenal Primado. El Emmo. Dr. Gomá le contestó amabilísimo:

> «Tiene usted desde luego licencias ministeriales tan amplias, como se requieran, para todo el territorio de mi Diócesis. No tema abusar de ellas, y adminístrelas tanto cuanto lo requiera el bien de mis diocesanos.
>
> Me place cuanto me dice de la reacción religiosa. Hay fuerte rescoldo de fe, poco ilustrada pero cargada de sentimiento. La gran lástima será que a la hora de canalizar todo, nos encontremos sin trabajadores. Han muerto a muchos.»
>
> Esta escasez la deploraba, muy especialmente, en donde, por entonces, más falta hacían los sacerdotes: en el frente.
>
> «Aquí —dice él escribiendo desde la Ciudad Universitaria al Padre Marín Triana—, hay una lamentable falta de Capellanes. Para toda la línea, desde Firmes Especiales hasta el Hospital Clínico, estamos el Padre Caballero y yo solos.»

Cuando a él tocaba, buscaba multiplicar su propia actividad para, a lo San Pablo, suplir la deficiencia entre los soldados y en los pueblos abandonados. En Escalona, durante un descanso que

allí tuvo la 4.ª Bandera, dejó admirado a otro Capellán que lo acompañó:

> «El P. Huidobro no descansaba un momento. Dormía poco, en una camilla, y enseguida otra vez en actividad apostólica. Nunca he visto más celo.»

También el Teniente Parra nos lo describe durante su trabajo incesante en el Clínico:

> «No sabíamos nunca cuando descansaba el P. Huidobro, pues de día se le veía entre sus legionarios. Y de noche, los Oficiales, en todos los relevos nos lo encontrábamos acompañando a algún centinela. Era además el escribiente de los analfabetos: él les escribía y él les leía las cartas de sus familiares. Estos hechos concretos los hacía a diario. Sólo he hablado de la parte que afecta a mi Compañía. Y él estaba en todas partes.»

A él sin embargo, le parecía poco cuanto hacía. Decíales a sus legionarios que, para cumplir con el deber y con el «Credo» de la Legión, era menester no rehuir ni el sufrimiento ni la vida dura. Precedíales con el propio ejemplo. Ni es extraño que aparezcan alguna vez en sus cartas frases de dura pena, lamentando la pasividad de algunos sacerdotes, cuyo nombre oculta, y espoleándose a sí mismo.

> «He visto Capellán de un Hospital, que, mientras se moría le gente sin Extremaunción, no se atrevía a ir, porque le habían echado los rojos y los militares no le llamaban. ¡Como si estuvieran las cosas para esperar! Hay que buscar el trabajo, uno por uno, metiéndose donde sea, aun a costa de que, a veces, le despidan a uno malamente.»

Aunque los Legionarios de la Bandera, su «Parroquia», llenaban su tiempo y colmaban sus preocupaciones sacerdotales, extendía también su actividad a soldados de otras unidades de la columna, siempre que disponía materialmente de algún espacio en el día. Cuando en la Escuela de Arquitectura, o en el Palacete de la Moncloa se hallaban sin Capellán propio, allá se dirigía desde el Clínico el Capellán de la 4.ª Bandera, para atender a los soldados de aquellas posiciones avanzadas. Y en todas partes iba organi-

zando Misas de Comunión, y en todas partes era recibido con agradecimiento y gran deseo. Esto lo hizo particularmente en los días de Navidad.

Ni se limitaba a atender a los soldados. Los prisioneros, y aun los elementos civiles que, durante los avances de un pueblo a otro, se hallaban en ruta, recibían también la atención espiritual y humanitaria del incansable y celosísimo Capellán.

Rehuía en cambio, durante los días que pasaba en retaguardia, todo ministerio fácil, que le apartase de su primordial ocupación castrense. Así, por ejemplo, unas buenas religiosas de Toledo, que estaban atendiendo un Hospital, le pidieran una vez un Retiro, una Plática al menos. Négose totalmente.

«Yo, Madres, no sé hablar sino a mis legionarios», les respondió. Comentando una vez estas negativas suyas con el Padre Arceo, añadía:

> «Y ya ve usted lo buenas que son. A pesar de mis negativas no han dejado de escribirme, interesándose por la curación de mi herida. Repúsole el P. Arceo: «Creo que aquí se va a cumplir lo del clásico...» Y Huidobro le atajó con gracia: «Sí, lo de Moreto: el Desdén con el Desdén...»

Bien claro aparece que el origen de las grandes alegrías, como de las grandes penas del Padre Huidobro, se hallaba en el acercamiento a Dios o en la pérdida de las almas de sus soldados. Esta su gran preocupación. De aquí las expresiones que de continuo brotan en sus cartas, como en ésta de noviembre.

> «Hay grandes satisfacciones al tropezar con almas santas, ejemplos grandes de virtud, de grandeza de espíritu. Hay otros momentos en que parece no se hace nada de provecho, al ver lo descristianizada que está nuestra pobre Nación. Hay sufrimientos horribles por las escenas de dolor desgarradoras que no son para escritas, y por las preocupaciones de las cosas que van pasando. Hay deformaciones monstruosas. Pero también se encuentran chicos excelentes, casi todos pertenecientes a las juventudes católicas, directivos la mayor parte. ¡Con decirte que entre esta vida rota de la guerra, he encontrado a muchos que, después de largo tiempo sin poder recibir los Sacramentos, no tienen más que faltas

de novicio! »

El gran secreto del fruto espiritual que obtenía, radicaba en la entrega total que de sí mismo había hecho, sin reservas, a aquel su apostolado. Todo lo demás: peligros de la vida, sacrificios, opinión de los hombres, todo lo despreciaba con tal de poder ayudar espiritualmente a los prójimos, especialmente a sus legionarios. Era un hombre entregado.

> «Cuando se mezclaban intereses de la salvación de las almas —dice de él el P. Marín Triana—, era intransigente. Todo sacrificio le parecía poco y no conocía el respeto humano, ni cedía ante ninguna consideración de orden temporal.
>
> Tal vez sea ésta una de las características primordiales de su personalidad. Tenía una fe tan viva, que era absolutamente consecuente en todas sus aplicaciones a la vida.
>
> Nunca jamás vi que la comodidad, el temor al sacrificio o el bien parecer, desvirtuaran en nada su acción apostólica y su virtud religiosa. De ahí creo que procede en gran parte esa admiración que todos los que le hemos tratado en campaña sentíamos por él.
>
> Era un hombre apostólico, que me recordaba a mí siempre algo de lo que debía tener San Pablo, cuando decía que él predicaba a Cristo, y a Cristo Crucificado.»

2. QUE VIVAN EN GRACIA.

En una guerra como fue la de la Cruzada, no guerra «relámpago», sino dilatada, y en la mayor parte de su tiempo, de trincheras y de sitios y de desgaste, muchos días había, y aun semanas, en que el frente se estabilizaba, y aunque no faltasen nunca balas y muy molestas sorpresas, pero el ambiente era de calma, y por tanto las ocupaciones del Capellán habían de ser muy otras que el andarse en vanguardia buscando heridos, puesto que apenas si entonces los había. Y así le pudo escribir a otro Capellán, a principios de marzo, desde el Jarama

> «Lo más que hay que sufrir ahora es la monotonía del estancamiento y las mojaduras de esta vida de trincheras.»

Desde sus comienzos de Capellán, basó sus aspiraciones sacerdotales, visión acertadísima, no tanto en confesarles a última hora, aunque ya veremos con qué suprema abnegación se esforzaba por lograr que ninguno muriese sin su personal asistencia espiritual, como principalísimamente en que estuviesen de antemano preparados. Porque necesariamente él podía muchas veces llegar tarde.

> «La labor del Capellán militar —decía— no está tanto en acudir a última hora a los soldados heridos, cosa a veces imposible, pues muchos mueren de repente, sino en tenerlos bien preparados para esa hora.»

Por eso, su ideal era el poder siempre repetir, lo que pudo afirmar, en ocasión de una de sus nocturnas visitas a los centinelas del Clínico, en tiempos de voladuras: «Todos estaban recientemente confesados.»

¡Todos confesados!, ¡qué grandiosa y total manifestación del prudente del Capellán, y qué maravillosa pintura, en la que se agigantan las figuras, en aquel sector de héroes legionarios, con la blanca aureola de verdaderos cruzados! ¡Todo aquel grupo, los más expuestos a una muerte impensada, en gracia de Dios!

Esta labor de ir ayudando a sus legionarios a que estuviesen, sin interrupción, con la conciencia limpia, la tenía él de continuo como el supremo ideal a que tender. De aquí el que, según afirmó el entones Comandante y hoy General Rodrigo, a veces, aun de madrugada, se levantaba para oír confesiones de los que, por estar de servicio, sólo podían hacerlo a aquella hora.

Para más habituarles a un modo práctico y sencillo de pedir frecuentemente a Dios perdón de sus pecados, con acto de contrición perfecta, que ya, en el mismo instante, pone al alma en amistad con Dios, les hacía siempre repetir en sus confesiones una fórmula, que iban ya aprendiendo de memoria, y que era dolor y al mismo tiempo profesión de Fe:

« ¡Jesucristo, Hijo de Dios, Creador y Redentor mío, que moriste en la Cruz por mis pecados! ¡Te amo con todo mi corazón! ¡Perdóname lo que te ofendí, y después dame el gozar contigo en el Cielo! »

Este acto de contrición lo había formulado el Padre Huidobro basándose en los que solía repetir San Francisco Javier. Es el mismo, con muy pequeña variante, que en público decía al irse a iniciar un ataque. En una ocasión se lo oyó el Padre Caballero, cuando se lo repetía a los soldados, y quedó impresionado de la firme unción con que el Capellán lo iba diciendo.

No pretendemos afirmar que, universalmente, consiguiera que todos sus legionarios viviesen de continuo en gracia de Dios; pero cierto es que, en formas muy consoladoras, fue tenazmente logrando más de lo que se hubiera sospechado.

Es verdad que el Padre Huidobro se afanó por conseguir, con la ayuda divina que tanto imploraba en su larga oración, que sus legionarios, durante la vida, se mantuviesen cuanto más en gracia; pero luego él se esforzaba por atender a cada uno que en el campo caía, con su absolución, con el perdón supremo, lo mismo que si a cada uno le fuese totalmente necesario. El Capitán Canós, de la 11 Compañía, testigo tan perseverante y tan en amistad con el Capellán, hace esta hermosa declaración:

> «Puedo afirmar que ningún legionario ni soldado que cayó en la inmediación de la Bandera, quedó sin asistencia religiosa del P. Huidobro, que no tuvo en cuenta, para ejercerla, circunstancia de lugar, alejamiento o peligro.»

3. CHARLAS PRIVADAS.

El arma de apostolado que más empleó el Padre Huidobro para llevar a sus legionarios a la paz con Dios, y obtener tantas conquistas, ocultas muchas veces, pero en todo caso consoladoras, fue la conversación privada, el trato amistoso, individual. Manejó esta arma con incansable perseverancia y con increíble maestría. El don de simpatía, que en grado tan generoso había recibido de Dios, maravillosamente le sirvió.

Todo el día, en la calma de los frentes, se lo pasaba recorriendo grupos, hablando con éste y con aquél, llamando aparte al otro, invitándoles a confesarse, a forma de vida más cristiana. Los mayores triunfos espirituales, al menos las de mayor resonancia den-

tro de la Bandera, los logró con el empleo de este magnífico medio de la conversación.

A veces, cuando el caso urgía —el legionario, como vida de prestado— de buenas a primeras le proponía a alguno que arreglase, cuanto antes, sus cuentas con Dios.

Un legionario contaba ante varias personas, en Talavera, cómo había confesado a él mismo el Padre Huidobro:

> «Se encontraban en trincheras muy difíciles de vanguardia. Cerca del puesto que en aquel momento ocupaban, habían recogido minutos antes varios heridos. Las balas enemigas silbaban por todas partes. '¡Oyeme! ¿Cuándo vamos a arreglar las cuentas con Dios?' Me volví ante aquella insinuante voz, que ya me había hecho aquella misma pregunta en otra ocasión: el Capellán. 'Pater..., después..., cuando acabe todo esto...' El Capellán, tomándome del brazo con cariño, me añadió: `Mira que son 150 obuses diarios, y no podemos retrasarlo.' Allí mismo me confesé.»

¡Cuántas veces, por los corredores del Clínico o a lo largo de las trincheras, se hacía el Padre Huidobro el encontradizo con alguno! Creería el legionario que allí se hallaba el Capellán por mera casualidad. Le estaba esperando, o buscando. El tiempo era muy peligroso y breve; no había momento que perder en exordios. Iba derecho al salto. «Dime... y esa conciencia..., ¿cuándo se va, por fin, a lavar...? ¿Cómo se le iban a resistir?

Lograba así que muchos, no solamente quedasen con sus conciencias blanqueadas, sino aun que emprendiesen vida de ejemplares cristianos. Era común en el Padre esta libertad, apostólica y paternal, en avisar a sus legionarios la necesidad que tenían de disponerse, antes del peligro, con los Sacramentos de la Iglesia. Según él manifestó en uno de los últimos días de su vida, dolíase de no haber dicho más claramente a algunos « ¡anda... confiésate! », pues por esa negligencia suya en advertirles a tiempo, puede que hubieran muerto apartados de Dios.

Otras veces les sorprendía cuando estaban en sus habituales juegos de cartas. Se les acercaba; se interesaba por los ganadores, y al poco ya estaba hablándoles de cosas presenciadas por él en Bélgica o en Alemania. Los soldados, encantados, fácilmente se

ponían a escucharle, y en muchas ocasiones llegaban a abandonar sus cartas. Y entonces, sin ni sentirlo, entraban en materia de religión y de moral. Ni faltaba luego alguno del grupo que, al poco, se iba a confesar y mejoraba su vida.

En unas y otras horas del día, incansable, en grupos grandes o en pequeños corrillos, en charlas individuales o en reuniones de soldados que descansaban, en frases breves o en diálogos apologéticos, el Capellán iba circulando por todas partes. «Pasó sembrando la verdad y el bien durante su permanencia en el Tercio.» Bien sabía él, y la experiencia se lo confirmaba, la alegría que causaba su presencia y su habla en medio de todos ellos.

Se ingeniaba también para fomentar la sencilla, pero tan eficaz devoción entre la tropa. ¡Con qué diligencia, y hasta con qué gusto artístico, fue formando en el Clínico la Capillita, con la hermosa imagen de su Patrona, la Inmaculada, para facilitar la Misa y atraer la atención espiritual de los legionarios!

En una ocasión, el método empleado por el Pater para lograr la conversión de un reacio, preséntasenos de lo más ingenioso y apostólico. Sin querer nos trae a la mente un hecho muy parecido de San Ignacio de Loyola, a quien tal vez quiso imitar, o más bien una semblanza de las Florecillas de San Francisco de Asís:

> «Era la víspera de una Comunión numerosa, que se preparaba en uno de los sectores. Extrañó a muchos de sus compañeros cuando uno, con fama de alejado, les afirmó: 'Mañana voy a recibir la Comunión.' Les explicó luego cómo había sido esto: 'Paseando el Padre y yo por una de las estancias del Clínico, me preguntó: `¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas?', y como yo le dijese que ya hacía muchos años, me animó diciéndome: 'Pues mira, cuéntame tu vida, como un amigo puede hacerlo a otro amigo, que después yo te contaré la mía.' Así lo hice, y al terminar la relación de mis culpas, me impuso una penitencia muy pequeña, diciéndome: 'Reza solamente un Padrenuestro, y yo rezaré por ti lo que falte.' Y en seguida, con ingenua sencillez, comenzó a contarme su vida. Así me ganó y por eso puedo ya comulgar.»

Particular atención prestaba el Capellán, en este trato individual, a los que estaban recientemente incorporados a la Bandera.

Así, en Toledo, cuando, después de haber sido reemplazados en el Clínico por la 8.ª Bandera, estuvieron descansando unos días en la ciudad, se incorporaron, según cuenta el Comandante, unos 500, de antecedentes muy dudosos, para cubrir las numerosísimas bajas. Pues entonces, el Capellán se puso al punto en contacto con todos ellos, y llegó a dominarlos, precisamente por las confidencias individuales. Porque esta su labor callada y constante, cerca de los elementos difíciles, era de las más características del Padre Huidobro, y con la que llegó a cosechar sus mejores frutos. Predilección especial tuvo por los más humildes. Y cuanto más destrozado y roto quedaba uno tras el combate, más gustaba el Capellán de estar a su lado hablándole y animándole.

Gran favor de Dios fue para la 4.ª Bandera el haber tenido, aun cuando sólo les duró la dicha unos pocos meses, Capellán que así se preocupaba de tener sus almas lo más cercanas a Dios.

Pasado el 11 de abril, ¡cuánto echaron de menos este trato apostólico, eficaz del Padre Huidobro, estas conversaciones! «Sobre todo —dice el legionario Vicente Reyes—cuando, al volver a retaguardia, carecíamos de las funciones religiosas que nos preparaba.»

Esta añoranza por el bien, que a sus almas hacía con su trato y conversación el celoso Capellán, la conservan todos.

4. PREDICACIÓN.

Las conversaciones individuales fueron eficacísimo medio de apostolado. Pero el medio oficial, público, «litúrgico», era la predicación. Ministerio muy preferido siempre por el Padre Huidobro; preferencia que conservó en el frente. Tenía fe sincera y práctica en la eficacia interior de la Palabra de Dios, expuesta a sus legionarios. Siembra de la semilla del Evangelio en un campo aparentemente pedregoso, mas en la realidad preparado para una excelente sementera. La unción con que hablaba, nunca había emocionado a sus oyentes tanto como de Capellán; se explica. El, de espíritu tan sobrenatural y de tanto sentimiento, se encontraba con un auditorio entre quienes siempre había muchos para quienes, ¿quién sabe?, aquella sería la última vez que escucharían la expo-

sición de las verdades cristianas. De esta especialísima y buena disposición que para recibir la palabra de Dios tiene el soldado en campaña, aquellos soldados que le estaban escuchando, hablan los primeros párrafos de un escrito hecho por el Padre en el Hospital de Talavera, para explicar el Credo a sus legionarios.

> «En la fermentación que la guerra ha producido, en la familiaridad con la muerte que traen las horas, en que las balas silban y el cañón o los aviones zumban, han encontrado muchos un revivir de sus sentimientos íntimos de hijos de Dios, que alimentaron en su infancia.
>
> Sentirse solo ante el peligro, en manos de una suerte ciega, hace levantar los ojos arriba y pensar en un Padre nuestro que lo rige todo, cuyas manos gobiernan el mundo, y dirigen hasta el camino, que sigue en el aire la bala que parece perdida. 'Si está de Dios, si Dios quiere', se oye decir a quien poco antes menos pensaba en Dios. Y los más animosos y creyentes, casi todos, dicen: 'Dios nos protege, Dios está con nosotros'.
>
> Muchos se acuerdan de la Virgen María, a quien, de niños, invocaban con sencillez infantil, y vuelven a encenderse en su alma aquellos sentimientos de confianza, y les parece que la Madre de Dios les protege invisible en la batalla. Y así es. Porque se les ve salir mil veces libres de las balas, por la fe que guardan a María, cuya imagen llevan colgada al pecho.
>
> Tú vuelves también más o menos a sentir que tu religión dormida entre cenizas, se enciende otra vez y renace. Pero oscura y confusa. Crees, y no sabes qué. Yo te quiero enseñar aquí lo que crees. Yo quiero decirte qué tienes que creer para ser cristiano.»

Según él mismo manifestaba, siempre predicaba cuando por los pueblos ya liberados celebraba Misa. Hubiese mucha o poca gente en la Iglesia. Y lo mismo en las trincheras o en las posiciones avanzadas.

Bastábale tener un grupito de legionarios oyendo Misa, y de reunir ese grupito, ya se encargaba él de antemano, y sin dudar se volvía a ellos al Evangelio, o a la Comunión, y les decía algo. Muy

breve, pero ¡qué bien! «A las primeras misas que celebró entre nosotros —escribe el legionario Rafael Gutiérrez—, íbamos unos 40; a los diez días, iban los 600 soldados, sólo por tener la dicha de oírle explicar el Evangelio.»

Pero si algunos, más reacios, no acudían a la Misa y predicación, él buscaba muy eficazmente el congregarles a todos. Como cuando, en el Clínico, celebraba los domingos en el salón-dormitorio. Allí, en el medio de la gran sala, separadas un poco las camas, disponía en forma bien visible su Altar. Y antes de comenzar, él mismo, tocando con energía una campanilla, hacía que aun los más rezagados abandonasen sus lechos, pues era radicalmente inflexible en exigir que, a la hora prefijada por el Comandante, se celebrase la Misa. Y oyesen todos durante ella la explicación dominical.

A veces asistió también allí de oyente el Padre Val.

> «No recuerdo —asegura este Capellán— haber oído nunca explicaciones evangélicas tan claras, tan acomodadas a los legionarios, tan prácticas, como las que escuché en las Misas del Padre Huidobro. Siempre parecían cortas. Tenía para esto cualidades excepcionales.»

Aquellas misas en las trincheras, en donde —como decía un legionario de los antiguos— «sus hermanos y caballeros legionarios en pie escuchaban como si hubiese sido el propio Señor. Y dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre».

El Comandante Vierna asegura que nunca faltaron, ni siquiera en los días trágicos del Clínico, sus exposiciones del Evangelio, siempre realizadas con la mayor serenidad y con unción verdaderamente apostólica y sacerdotal.

> «Nunca olvidaré —dice el Capitán Canós— sus homilías dominicales. Porque nunca dejó de celebrar su Misa para la tropa, ni aun hallándose en primera línea. A veces la oíamos entre el silbido de los proyectiles artilleros y el tableteo de las ametralladoras. Sobre todo este estruendo dominaba, con acento firme, sencillo y caluroso, la voz del Capellán, jesuita y legionario, henchida de serenidad. Sus glosas a la verdad evangélica adquirían, en sus labios, una fuerza de persuasión extraordinaria. Llegaba directamente a los rudos corazo-

> nes de los legionarios, y más de una vez veía en los ojos de mis hombres lágrimas de emoción. ¡Cuánto nos inspiró en el difícil ejercicio del mando! »

De su predicar no ya a los soldados, sino a Jefes y Oficiales, habla el entonces Capitán Iniesta:

> «Tuvo una plática una vez en el Cuartel General, un domingo que dijo Misa, de ocho a diez minutos, que fue una preciosidad por su contenido religioso y patriótico.»

Como se había adueñado de los ánimos de sus legionarios por su valor y más por su virtud, hasta el punto de que todo lo recibían bien viniendo de él, movía fácilmente sus almas en la predicación. Les hablaba con entera sencillez, pero con tanta verdad y en frases tan encendidas, que conmovían.

> «Una vez —cuenta uno de los Jefes—, antes del combate, nos habló. A muchos de los bravos legionarios vi con los ojos llenos de lágrimas. Y él, entonces, al mirarnos tan emocionados, con su sonrisa procuró como quitar importancia a lo que pocos momentos después nos aguardaba.»

5. ¿DE QUÉ LES HABLABA?

A cuantos han admirado el ascendiente del Capellán sobre las tropas de la Legión, siempre les interesó su curiosidad por conocer los temas de sus tan continuas charlas con los soldados y los asuntos e sus predicaciones.

Según aseguran quienes con mayor frecuencia le escucharon, materia muy común de su conversación era el comentarles el *Credo Legionario*. Llevaba consigo un ejemplar de este pequeño Código, que regaló a un Padre en Villafranca. En él había anotado algunos textos de la Sagrada Escritura con los que, durante la explicación, sobrenaturalizaba las vigorosas máximas de este Ideario del Tercio. Se manifestaba en ellas el enfoque que daba a sus aplicaciones. Así, por ejemplo, les exhortaba a ser siempre de «bravura sin igual», en la lucha contra las pasiones y en el dominio de sí. Otras veces les narraba casos y cosas apropiados a las circuns-

tancias, en que entonces se hallaban. O bien les contaba hechos de la Vida de Cristo y de los Santos. La de San Juan Bosco le proporcionó muy amena materia de conversaciones por varios días. ¡Qué admiración despertaban aquellas escenas sublimes e ignoradas de vidas heroicas, en las almas de los legionarios, abiertas a todo lo grande!

Al llegar por vez primera a Escalona, predicó sobre la guerra, como castigo de nuestros pecados.

Un Capitán de la Bandera decía:

> «Todo en él era admirable. Pero para mí, sobre todo, lo era su Fe. Cuando hablaba de Dios y de su Providencia, lo hacía con tal convicción, con un no sé qué, que convencía.»

Ese «no sé qué» que tenía al hablar de estas materias, era, indudablemente, su intensa vida interior.

El Teniente Narciso Valiente dice que, en estas sus charlas familiares y a la vez catequísticas, les enseñaba a los legionarios los principios de moralidad cristiana: les recriminaba, aunque en el modo más benigno, el apoderarse en los pueblos y casas abandonadas de los bienes ajenos; les inculcaba el respeto a las mujeres; el dar trato caballeroso a los vencidos.

Muy práctico, en toda ocasión. La materia del día. Las primordiales obligaciones de todo cristiano, y más de un cristiano que está en continuo peligro de acabar muy pronto, de repente, su vida.

Sabemos, gracias a las frecuentes conversaciones que tuvo con el Padre Caballero, que procuraba irles poco a poco esclareciendo a sus legionarios y aplicando a su estado militar la vital doctrina de nuestra unión con Jesucristo en su Iglesia, por la gracia, y en la Eucaristía; el llegar a ser en este mundo íntegramente cristianos.

Para estas conversaciones con sus legionarios, y aun para su utilidad personal, leía mucho el Padre Huidobro durante la campaña el libro del Padre Erich Przywara, S. J., *Cristo vive en mí* (es decir: el Cristo místico de San Pablo).

Impresionábale mucho al Padre Huidobro, en la primera temporada de sus conversaciones y vida tan familiar con los soldados, la palabra « ¡Suerte! », con que solían despedirse los legionarios,

sobre todo si alguno salía para alguna comisión difícil. «Es que somos fatalistas, Pater», le decían. Y él respondía: «Pues yo también; porque mirad, hay un fatalismo sano, que se llama Providencia'.»

En otras ocasiones, cuando había reunido algún grupo más numeroso, les ensalzaba de manera emocionante las virtudes militares de los legionarios, el prestigio de que gozaban y la confianza que los buenos tenían depositada en ellos y en su bizarra conducta. Y les hacía ver que sus triunfos se debían a la Providencia Divina, a la que ellos tenían que cooperar con su valor y con su comportamiento.

Aun los más reacios se ponían en sus manos, porque a todos sabía atraer.

El agradar tanto con su predicación en campaña no lo conseguía con adulaciones, ni con ocultamientos de la verdad: su libertad evangélica era total. Tanto los domingos, en sus explicaciones semanales, como en cualquier momento en que se ofreciese ocasión, no se recataba en reprender los abusos, aunque con la prudencia que la Iglesia recomienda, y decir claramente los deberes de cada uno. Y esto, aunque hubiese delante Jefes y Oficiales.

Usaba de la franqueza y energía que le caracterizaban, para reprender la blasfemia, la crueldad, la embriaguez, pesase a quien pesase.

Como todos le querían tanto, ninguno se malquistaba por su claridad en el exigir.

Ni le perdían la confianza.

Es que el Padre era severo cuando apreciaba actitudes reñidas con la sana moral; pero una vez corregido aquello que hubiese sido censurable, volvía a ser el de antes, el cariñoso Padre de todos.

También es cierto que su libertad en predicar la verdad iba unida a una rara prudencia y delicadeza, que, en su ardiente temperamento, tenía un mérito singular. Pocos testimonios de mayor ponderación se podrán encontrar que el valioso dado por el Comandante Vierna:

> «En mi vida he encontrado Capellán castrense que desempeñase sus funciones con la discreción del P. Huido-

bro. Ni creo, en mi modesta opinión, que pueda nadie superarle. En nuestra convivencia con él, en la intimidad familiar impuesta por la vida de campaña, había él de ser testigo forzoso de actos censurables, de discusiones u opiniones extraviadas, conocedor de vicios o pecados de los que le rodeaban. Pues bien: jamás exteriorizó su malestar ni hizo objeto a nadie en particular de su censura. Sí en su presencia se ofendía a Dios, su única protesta, si así, impropiamente, se la puede nombrar, consistía en ausentarse con su humildad característica y el dolor pintado en su semblante. Este hecho era más elocuente que pudiera ser cualquier comentario, y, desde luego, más eficaz y de mayor fuerza persuasiva. Mas luego, en sus conversaciones, en el momento oportuno, en sus conferencias, en el comentario del Evangelio en la Santa Misa, decía cuanto tenía que decir, y con qué claridad y sencillez. Era verdaderamente sorprendente y excepcional su manera de proceder.»

Sabía juntar los dos extremos: por una parte, libertad absoluta en el hablar: «Hasta que no seamos como San Juan Bautista, que nos presentemos a Herodes a decirle: 'No te es lícito obrar así', somos desertores», solía repetir. Por otra parte, benevolencia en escuchar, condescendencia con el parecer ajeno, caritativo en interpretar las acciones de otros. Prefería corregir yendo al corazón y llamando a la nobleza del alma, al patriotismo, a la felicidad y a la fidelidad con Dios.

6. FRUTOS CONSOLADORES.

No se puede dudar que, en medio de todos los sacrificios, que en su interior y en su vida austera soportó durante la campaña, tuvo también el gozar, en su corazón de apóstol, del radical consuelo de ver que el fruto de su labor era inmenso.

Hubo uno, patente, conocido y admirado por todos: el cambio que se verificó en la Bandera.

«Era espectáculo asombroso —nos contaba recientemente el General Iniesta, y lo mismo aseguraba por su parte el Comandante Canós—, tantos de aquellos hombres, vie-

> jos legionarios, bien reacios a dejarse ganar pronto, y menos por uno de Iglesia, que habían vivido largos años en el Ejército sin Capellán, pues habían sido suprimidos por la República, apartados muchos de ellos de cuanto sonase a Religión, dados al licor, casi ateos, y ahora, en cambio, al poco de haber entrado en la Bandera el P. Huidobro, ofrecían frecuentemente esta escena increíble: cuando en las noches el Capellán se retiraba a su sencilla chavola, dejando a la entrada, como señal de que el Pater estaba dentro, su Crucifijo pendiente de un cordón o de un clavo, allí se les veía aguardar turno, en filas a la puerta, para ir a confesarse con él tan contritos. Y después, a rezar todos, dirigidos por él, el Rosario. Era algo de maravilla. Y luego comulgaban con todo fervor en la Misa de los domingos.»

Seguro que el Capellán les había conseguido de Dios la gracia de conversión.

> «Ya se podrá usted figurar —escribe en una carta muy reciente el antiguo Capitán de la Legión, Lorenzo Gómez Vera— la formación religiosa de los que entraban en nuestra Bandera. A los tres días de oír al P. Huidobro, eran otros hombres; y esto sin presión alguna ni de los Oficiales ni de nuestro buen Capellán, que lo difícil lo hacía fácil.»

Pero el fruto conseguido por el Capellán no estaba solamente en que rezaran y se confesaran, y ya era esto muchísimo, sino que logró, insensiblemente, levantar toda la moral de los soldados.

> «Con su apostolado y su trato tan sacerdotal —es irrecusable testimonio avalorado por la afirmación del Comandante—, el gran temple, el alto espíritu de la Bandera, tanto en el Clínico como en el Jarama, era en gran parte debido al Capellán. Supo hacer que la solera, ya lograda en los veteranos, se infiltrara en los últimos números de refuerzo, a pesar de abundar entre éstos gente indeseable. Se dedicaba a la labor tan ingrata y lenta de atender a los nuevos. Para él no había cuenta con el sacrificio, cuando el fruto espiritual en sus soldados lo pedía. Maravillosamente lograba infundirles ideales religiosos y patrióticos. Y son los ideales los que hacen al héroe.»

Debido a su prestigio moral enorme, aun los descreídos iban a consultarle sus asuntos, los problemas de su agitada vida. No es fácil imaginarse la confianza con que tantos iban a desahogarse con el Capellán, buscando algo de consuelo en los sufrimientos de su vida.

> «Es claro —decía a propósito de esto el P. Huidobro— que aquellos a quienes dice la canción que la «Suerte hirió con zarpa de fiera», fueron principalmente los primitivos legionarios, de los cuales ya apenas quedan algunos, pues perecieron casi todos en los primeros meses de la campaña.»

En toda la Bandera se iba operando una muy honda y pronta transformación espiritual.

Por eso pudo, ya desde muy a los comienzos, organizar comuniones por sectores. Porque la práctica de los Sacramentos se fue bastante rápidamente extendiendo. Uno de los legionarios que estuvo con el Padre Huidobro en el Clínico, cuenta que, en bastante poco tiempo, les fue preparando a todos para su Comunión general. Y tal interés logró infundirles, que aun los que estaban a esa hora de servicio en las trincheras, no dejaban de reclamar que otros les fuesen a relevar para poder ellos también ir a recibir la Santa Eucaristía. «Esto —concluye el legionario, Teniente Parra— demuestra la gran labor de apostolado que ejercía en la Bandera.»

Por eso también había llegado a poder darles a todos, ya instruidos en lo esencial, la absolución en común.

Contaba el Padre Huidobro a otro Capellán, lleno de alegría y de agradecimiento a Dios, cómo se había logrado desterrar de la Bandera, casi del todo, la mala costumbre de la blasfemia, ese tan triste pecado de nuestros últimos siglos en la lengua castellana.

Digo que es de «estos últimos siglos», porque hay quienes presentan como prueba de que en siglos anteriores no se había divulgado aquí esta plaga, el hecho de que en la América hispana, felizmente, no existe la blasfemia. Se ve que cuando aquellas naciones recibieron de España el lenguaje, todavía no estaba manchado con mancha tan vergonzosa.

Con prudencia y energía consiguió también el Padre Huidobro que se alejaran de la Bandera dos malas mujeres que allí se habían logrado introducir.

Esto lo obtuvo gracias a su autoridad y prestigio en la Legión. Llegó a imponerse, y lo hizo con tal energía, que algunos de los Oficiales se lamentaban de la influencia que, en esta materia, había conseguido aquel Capellán.

Es muy de notar que el Padre Huidobro, aun tratando con tanta familiaridad y sencillez con los legionarios, se hacía siempre respetar; este prestigio le ayudaba extraordinariamente en su apostolado castrense, para conseguir más fácilmente el que siguieran sus consejos.

> «Notable es —escribió Castejón— el respeto y consideración con que la Oficialidad de la Plana Mayor le trataban. Es frecuente en la Legión que, sobre todo después de los combates, bromeen entre sí, y aun con los Capellanes, máxime si éstos dan ocasión a ello. Ninguna de estas bromas se permitían con el P. Huidobro: tal era el prestigio que le guardaban y el alto concepto que de él tenían. Es más, estoy cierto que si alguno se hubiera permitido sobrepasarse, los demás se lo hubieran impedido. Todo esto, debido a la altura en que el P. Huidobro se había colocado, y a la admiración que su virtud producía en el ánimo de todos.»

Canós, uno de los Capitanes de la Bandera, pondera también este mismo prestigio conseguido ante ellos por el Padre Huidobro, mezcla de cariño y de respeto:

> «Yo le buscaba, encantado de su amena conversación, fruto de una cultura científica poco común, y sobre todo, captado y subyugado por la dulzura de su expresión. En su alma parecía no poder haber sombra de pecado. Cada día descubría yo en él una nueva muestra de su virtud y un nuevo aspecto de su cultura o de su celo apostólico.»

Es que se manifestaba en seguida a todos cuantos le trataban lo alto de su alcurnia moral.

Ante la virtud y el prestigio del Padre Huidobro no había quien se resistiese.

Ingresaron en la Bandera, en Talavera de la Reina, dos muchachos sevillanos. Al poco de llegar empezaron a oír ponderaciones de tanto bueno como los demás les contaban del Capellán.

Ellos se burlaban y les decían que todo seguramente era falso. Pero a los pocos días «vino uno de ellos en busca mía, cuenta el legionario Reyes Galán, y me dijo que se había desengañado, porque el Padre era en realidad mucho más de lo que le habíamos contado». Y este sevillano había sido uno de los más destacados enemigos de la religión en su pueblo.

> «Todo el que tuvo la dicha de conocerlo —añade— no tenía más remedio que quererlo y admirarlo; porque ya en vida era un santo; para todos nosotros era como un ser sobrenatural y nada más que oírle hablar sobrecogía y emocionaba. Tuve yo la dicha de oírle y salir de paseo con él muchas veces, debido a que le dije que yo había tenido de maestro al P. Aicardo, en Málaga, y a él le gustaba mucho que yo le contase las cosas de dicho Padre, pues era un gran admirador de él.»

Por cierto que de este legionario, Vicente Reyes, hace el Padre Huidobro una referencia escribiendo al Padre Arceo:

> «Tengo aquí otro legionario, el malagueño más salao, antiguo limpiabotas y por mote «Charol», que se educó con el P. Aicardo en la Casita del Niño Jesús, en Málaga.»

Muchas veces, lo más frecuente, la labor de captación no se hace de una vez. El Capellán ha de saber esperar, y en tanto seguir sembrando y orando. Escribe desde Valmojado, que una gran parte de su labor es:

> «Pasar por las Compañías; pararse con todos, ganar amigos, para que una mañanita vengan a confesar; poco a poco, cuatro o cinco cada mañana. Y vayan volviendo los que hace mucho estaban lejos.»

Casos extraordinarios de la gracia en el alma, durante este distribuir sacramentos y predicación, en medio de las circunstancias excepcionales de ambiente heroico y muerte a la vista, es misterio de Dios. Los únicos testigos fueron el apostólico Capellán y los legionarios que, entre sus manos, pasaron del pecado a las del Dios misericordioso.

Algunas conversiones sí fueron más públicas. Ni podían menos de serlo, cuando se veía, por ejemplo, acercarse a la Eucaris-

tía o postrarse ante el pobre Sagrario, o adornar con sus propias manos el Belén, a soldados que o no sabían lo que era la Iglesia y los Sacramentos, o si lo sabían, lo tenían totalmente olvidado a fuerza de vivir lejos de toda religión.

Tocóles un día su turno a los Oficiales, ganados individualmente por el Pater, que era irresistible en sus francas propuestas, junto a aquellas trincheras, testigos de su valor.

Del tronco de añoso olivo penden unas lonas sostenidas cónicamente por unas cuerdas. Es la chavola del Comandante. Sentados a la entrada, un grupo de jóvenes Oficiales, todos con su Rosario en la mano, cuyas cuentas van desgranando una a una, mientras rezan las Avemarías a Nuestra Señora, y van a la par pensando en el cansancio de la jornada, en el enigma del futuro próximo... Muy cerca estaban las trincheras rojas, mudos testigos de la irreligiosidad de la España marxista.

El cuadro formado por aquella multitud de Oficiales, junto a la chavola del heroico Comandante, en ambiente de tanta religiosidad, habría sido digno de que Velázquez lo hubiera inmortalizado en el mejor de sus lienzos.

> «He tenido un Rosario con los Oficiales de la Bandera. ¡Cosa sublime! », escribió el Padre Huidobro desde el frente del Jarama, al referirse a uno de estos actos religiosos.

El Padre Huidobro casi nunca rezaba a solas el Rosario. Lo tenía, ya en grupos de legionarios, que él mismo reunía para este acto, ya pedido por ellos mismos, porque en las reuniones voluntarias sentían mayor satisfacción en ser dirigidos por su Capellán. El Padre nunca les negaba este estimulante consuelo. Había días en que estos rosarios se sucedían, varios, unos a otros, pues de diferentes posiciones le reclamaban para que les acompañase y dirigiese.

Comunicativo, por naturaleza y por fervor, no deja de manifestar en sus cartas algunos datos del fruto adquirido. En octubre, desde Escalona:

> «El trabajo aquí no es tan bonito como en Guadarrama. Aquél es un ejército de santos, y éste, de pecadores que luchan por una gran causa; y por eso están bien preparados, mas también aquí va bien. Lentamente, pero se va haciendo

mucho.»

A los pocos días:

«Aquí, en Brunete, va habiendo buen fruto de confesiones, comuniones, etc. Voy consiguiendo que los soldados legionarios se vayan confesando, así como muchos de Regulares.»

Al otro mes, desde el Clínico:

«Labor espiritual, mucha. Llevo cinco primeras comuniones de legionarios. Tengo cuatro matrimonios y un bautismo en puertas; y muchos van confesando.

En los batallones de Infantería da gusto. Acuden todos a comulgar apenas se les visita. De eso hace gran labor el P. Caballero, que está en un punto estratégico.

Almas buenas hay muchas en nuestra juventud. Sobre todo la del campo, sana de alma y cuerpo. Siguiendo los ejemplos del P. Caballero, voy recorriendo puestos y celebrando misas en sitios distintos, con el gran resultado de conseguir multitud de comuniones. De legionarios van ya muchas; cuantas yo no podía esperar. Bien es verdad que la mayor parte son de los nuevos, de los que ahora vienen de los pueblos, muchos de ellos llenos de idealismo.»

No siempre se trataba de legionarios arrancados de una vida pecadora; que no es incompatible el Tercio con la práctica, aun heroica, de la virtud. Son materia apta para toda clase de heroísmos. «El Ejército, les dice su Credo, es un sacerdocio; y como sacerdocio, le repugna toda corrupción.»

Río de gozo inundaba el alma del Padre Huidobro al escribir en diciembre, desde Toledo, cuando andaba en la convalecencia de su herida:

«Hay también en la Legión filigranas de espíritu para consolarnos; la línea de fuego y el Hospital son los sitios donde se ve lo que hay dentro.

Llega un «niño bien» al Hospital, hijo de este pecador, con una herida horrible en el muslo: 'Por España, mucho más, si hace falta...! '

> Por las noches tengo que ir a hablarle hasta que le entra el sueño; entonces, a petición suya, rezamos juntos y se adormece. Apenas si puede dormir, por las molestias.
>
> Una noche le hablo de lo que vale el sufrimiento en unión con el de Cristo. Me mira fijamente, con sus ojos muy negros. ‘¡Hábleme de eso!’ Al día siguiente, acabada la cura, que es una carnicería espantosa, le digo: 'Hoy te ha dolido menos; no te has quejado, casi.' ‘Ha sido el día peor —respondió—; es que después de lo que hablamos anoche, ¿quién se queja?'
>
> Su alma se purifica en el dolor. No sé qué querrá Dios de él. Pidan por mí, que aprenda algo de esto. No suceda que sea yo quien me condene...»

El fruto conseguido, grande, copioso, que a veces le hace sobreabundar en consuelo, no le satisface: siempre le parecía lograr poco, cuando él lo quería todo. Y no disimula la envidia con que va escuchando el fruto espiritual obtenido por otros. A veces casi le abate el pensamiento de que su labor sacerdotal no fructifica:

> «El Padre Ilundáin me escribe que ha tenido misas de comunión, por Compañías, con excelente resultado. Yo le estoy imitando. Voy más despacio, pues como más antiguos, son más difíciles; y yo no soy el P. Ilundáin. En este trabajo nuestro hay que pensar que el Reino de los Cielos es como un hombre que siembra trigo, y se va, y se levanta y se acuesta, y el trigo va creciendo solo.»

El último día de su vida en trincheras, antes de su Profesión, escribe el Padre Hermenegildo Val:

> «Comuniones pascuales con varios resultados. Desde una Batería en que nadie se queda sin comulgar, hasta sitios en que no sube del 15 por 100.
>
> He tenido un Batallón en que casi ninguno había comulgado en su vida, o tenían la más leve idea de ello; y como están en trincheras, yo he estado enfermo, y el tiempo, malísimo, casi nada se podía hacer. Las Compañías de la Bandera, bien. Iniesta, ausente, y Ruiz Nuño, herido, y los antiguos amigos faltan ya la mayor parte; he tenido que sufrir bastante

por la frialdad heladora en cuestión religiosa.»

Cuenta el Padre Caballero que el Padre Huidobro les decía a veces a sus legionarios cuando le rodeaban con tanto entusiasmo: «Sí, me queréis mucho; pero, ¿y el fruto para vuestras almas?»

7. MIRANDO A LA RETAGUARDIA.

La gran preocupación del Padre Huidobro la constituía, ya lo hemos visto, su apostolado entre los legionarios. Pero al mismo tiempo otra gran preocupación, o mejor, otra gran losa oprimía su espíritu: la desproporción entre la vida que veía en el frente, y la que sabía que existía en una gran parte de las ciudades de retaguardia.

A borbotones pasaba entre sus manos, cada día, la sangre de tantos que daban, generosos, sus sufrimientos y su vida «por Dios y por España», y se acongojaba, hasta la indignación muchas veces, al ver formar multitud los que, en la retaguardia, no vivían al unísono con la de los frentes. Dentro del celo que le quemaba, y llevado de su temperamento, siempre en tensión, anhelaba que en toda la España Nacional se viviera más cristianamente, dada la magnitud de la prueba por la que estaba pasando toda la nación; que se hiciera más penitencia, que desaparecieran las ofensas a Dios; que la frivolidad y el ansia de diversiones estuvieran desterradas en aquellas horas decisivas y solemnes.

¿Era pesimismo? No entraba el pesimismo en la tónica de su carácter. ¿Intransigencia? Mejor diríamos que santa exigencia de quien pone muy alto el ideal cristiano, y se apena de que la realidad discurra tantas veces muy por debajo de él.

Escribía una vez desde Toledo:

> «Poblaciones de retaguardia, están llenas de patriotismo fácil, de jolgorio.
>
> Prediquen, Padres, prediquen penitencia —les decía a dos de sus compañeros en Villafranca—. Es vergonzoso que haya tanto desenfreno y procacidad en la retaguardia, mientras, en medio de sufrimientos, mueren tantos jóvenes en la vanguardia.» «Estarnos en guerra —repetía a los alumnos

> mayores de aquel Colegio—. No penséis que 'están' en guerra. Hay que incorporarse aquí a la vida heroica de los del frente. Vienen tiempos de hierro, y sólo los hombres de hierro podrán vivir con dignidad.»

Autorizaba ante algunos esto que no pocos criticaban, llamándolo «pesimismo dañoso», con el ejemplo de varios Oficiales, dentro de una trinchera. Recibieron una tarde el periódico y empezaron allí a leerlo, con la fruición que, ante la correspondencia, experimenta todo soldado en el frente. Apenas se fijaron en las fotografías de un gran banquete «a beneficio de nuestras sufridas tropas del frente de Madrid», los Oficiales, ruborizados de indignación, arrojaron el periódico en pedazos.

> «Después de tomar Madrid —exclamaban—, volveremos para atrás, para tomar Sevilla y toda la retaguardia. ¡Que no es divirtiéndose como se ayuda al que sufre! »

Era esta una materia causa de mucho dolor para el Padre Huidobro. Dos citas de otras tantas cartas:

> «Estoy escribiendo una cosilla para Signo. Por mi manera un poco trágica de ver la realidad, temo no publiquen lo que yo mande. Porque en gran parte de España sigue la vida alegre y confiada de siempre, y mientras, los que están en la zona roja y en primera línea sólo ven sangre y muerte. España, en conjunto, a pesar de los días de luto, sigue viviendo en la frivolidad y en el pecado.

8. APOSTOLADO QUE NO REALIZÓ.

Pero abarcaba más con su mirada el Padre Huidobro. No dejaba de pensar en el apostolado futuro, para una vez terminada la guerra. Acontecimiento triunfal que, en sus meses de campaña, se creía muy próximo.

Aunque entregado, sin reservar nada, ni de su actividad ni de su entusiasmo, al momento presente, no quedaba, sin embargo, absorbido por él. España estaba renaciendo entre el desangre y los dolores de una guerra demasiado sangrienta. Había primeramente

que ocuparse de obtener la paz en la victoria; pero «ésta llegaría muy pronto, y había ya que soñar, para entonces, en la formación íntegra de la nueva España».

Tenía espíritu demasiado grande para que una concreta realidad, aun tan fascinadora como era entonces la campaña, le enajenara de los demás problemas.

Por noviembre, la proximidad de la entrada en Madrid le ilusionaba. Del triunfo material que esto constituiría sobre el marxismo, no puede el Padre Huidobro desligar el otro triunfo, más alto y difícil, sobre las doctrinas, causa de todos nuestros mayores desastres. Dice en una carta descubriendo, con esta ocasión, algunos de sus planes:

> «... ahora es quizá pronto para prever sobre nuestra juventud. Hay muchas y variadas influencias. Por eso es tanto más importante que, tomado Madrid, podamos reorganizar algo o crear cosa nueva, más conforme con las necesidades de la guerra.
>
> Es urgentísima una Revista de ideas, breve y tajante, que hable, bajo un punto de vista estrictamente católico-nacional, de la Nueva España.
>
> Y luego, renovar mucho la vida de piedad.
>
> Vosotros podéis preparar materiales y a ver si cuaja lo de la Revista. Yo quisiera aprovechar el remanso, que seguirá a la toma de Madrid. Os envío dos escritos para que los leáis y veáis los criterios, que aquí sustentamos, sobre muchas cosas capitales.»

Sobre el problema fundamental de la enseñanza, con gran insistencia habla, en una de sus últimas cartas, al Padre Provincial, y propone las personas que, a su juicio, podrían trabajar eficazmente en la reorganización, que forzosamente había de hacerse, en la instrucción científica y religiosa. «Por aquí —así acaba— campos abiertos, y todo por hacer. ¡Que el Señor nos mande obreros a la mies! »

Un libro tenía en proyecto para cuando abandonase el frente: *Lo que España ha sido y lo que España puede y debe ser*. Algunas notas hemos hallado entre sus papeles de borrador. Debía esta

publicación abordar diferentes aspectos prácticos, sociales y religiosos.

> «En la enseñanza —dice en otra carta enviada, quince días antes de su muerte, a Bélgica— se nos abren grandes perspectivas; y en esa juventud campesina que ve renovada su fe, y va creciendo pura en la dureza de la guerra, y en los que han luchado antes en las juventudes católicas.
>
> Por el contrario, grandes cambios colectivos no hay, aunque sí conversiones aisladas y un ambiente más cristiano.
>
> El Reino de los Cielos es como la levadura. Quisiéramos ver correr a las gentes hacia las fuentes de la vida. Pero sólo vienen poco a poco.
>
> Creo, como ustedes, que hay que ir a los puntos de donde sale y crece la Nueva España y derramar Evangelio a chorros, a lo Pablo.
>
> Ustedes son mi esperanza, los que escriben y piensan y oran. A los demás nos toca morir, para que crezca en sus manos la mies...»

Su espíritu, inquieto y soñador en el apostolado, se ilusionaba con que quizá Dios le destinara a trabajar en el día claro de la España renacida; sobre ella ya empezaba a amanecer. Dios se iba a contentar con sus planes y con sus ideales. También Javier murió sin poder llevar a la realidad planes e ideales muy cercanos. Y, sin embargo, quedó de Patrono de cuantos, después de él, los pudieron ir realizando.

9. RECORRIENDO PUEBLOS.

A lo largo del victorioso avance de las tropas nacionales hacia Madrid, todos los Capellanes militares tenían que reemplazar en las más de las ocasiones a los sacerdotes y párrocos asesinados, en porcentaje altísimo, durante los meses de barbarie roja. Esta feroz persecución, sobreañadida a la ignorancia religiosa tan lamentable en gran parte de la población, imponía intensa labor sacer-

dotal. El aspecto de desolación y angustia que presentaban los territorios liberados, era impresionante.

Activísima fue en ellos la labor del Padre Huidobro. Porque había que renovar toda la vida religiosa y social.

A esta renovación religiosa del vecindario, no poco contribuía el buen ejemplo que solían dar nuestros soldados; ellos eran los primeros que, encaminados por el Capellán, acudían a las profanadas Iglesias, incendiadas o saqueadas, y asistían a las funciones de desagravio, emocionantes, que el Padre organizaba. Sus legionarios le prestaban ayuda. Para el vecindario era espectáculo nuevo, después de tres años, el ver Misa solemne con trompetas y rendición de armas al Alzar; con Oficiales al frente de las tropas, hincando la rodilla ante la Eucaristía.

El Padre Huidobro tuvo en muchos pueblos que hacer las veces de Párroco, comenzando por preparar y adecentar la Iglesia desmantelada. Con lágrimas en los ojos, vieron los vecinos de Cazalegas al Padre que, durante su labor en el templo, vestía, sobre su traje militar, la sotana que había pertenecido al joven y virtuoso Párroco, que había sido bárbaramente asesinado por los marxistas. La madre del mártir se consolaba, como ella misma decía, de que tan bien empleada estuviese la sotana de su llorado hijo.

> «Su principal preocupación en los pueblos que íbamos ocupando —escribe el Teniente Parra—, era la forma de socorrer en lo posible a los más necesitados. Para lo cual, lo primero que hacía era informarse de la situación de los barrios más humildes, a los que rápidamente visitaba, informándose de las viviendas donde había enfermos, mujeres y niños abandonados, huérfanos, etc. Y los socorría con las limosnas que anteriormente había recogido de sus legionarios, al extremo que él personalmente cogía un saco e iba a las cocinas de la Bandera y pedía el pan que sobraba, después del racionamiento de la tropa, para repartirlo entre los humildes necesitados.»

El Capellán de la 7.ª Bandera, Manuel Marín Triana, que coincidió con el Padre Huidobro en el recorrido por varios de estos pueblos, nos habla de la labor apostólica desarrollada por el Capellán de la 4.ª:

> «Su actividad era inagotable, siempre el servicio del bien

> ajeno y de la salvación de las almas. No pensaba en otra cosa. Varias veces coincidieron nuestras Banderas en el mismo pueblo y nos dedicamos a reconciliar la Iglesia y restablecer el culto. Pude entonces admirar cómo todo sacrificio le parecía poco para hacer bien a nuestros legionarios. Recuerdo que al tomarse Escalona estuvimos allí juntos varios días. En mi vida he visto desarrollar más actividad apostólica que la que él desarrolló entonces: trabajar con los prisioneros, bautizar niños, preparar la Iglesia destrozada, y de nuevo adornada y limpia, gracias al entusiasmo que sabía imprimir el Padre Huidobro a los habitantes de los pueblos liberados. Así empleaba los días de descanso de su Bandera. Hubo días de incesante actividad, rondando los últimos rincones del pueblo a la búsqueda de los objetos de culto escondidos. Otros, en cambio, eran largas conversaciones para deshacer los sofismas de algún descarriado. Y salían luego confesiones de muchos años, y legitimación de matrimonios, y públicos arrepentimientos. Y lo que era aún mejor: para este apostolado por los pueblos, le prestaban grande colaboración sus legionarios.»

Vamos aquí a transcribir algunos párrafos entresacados de tres cartas del Padre Huidobro, escritas en septiembre, octubre y principios de noviembre. Contienen muy interesantes descripciones de las marchas militares con su Bandera. Y a la vez nos dan diversos aspectos de su apostolado sacerdotal, apenas iban entrando en los nuevos pueblos.

Es curioso observar, aun cuando el dato no aparece en estas cartas, que su trabajo semiparroquial lo inauguró, en Cazalegas, casando a una pareja de milicianos rojos, recién cogidos prisioneros.

Este recorrido por los pueblos, al avanzar el Ejército del Sur hacia la capital, unas veces significaba simplemente presentarse en el pueblo, ya previamente abandonado por los rojos en retirada; otras, en cambio, suponía lucha muy áspera. Comienza la narración a su hermano con escena muy dura:

> «Vista Alegre: una dehesa en una altura próxima a Talavera. Dormir sobre un colchón. Mucho antes de amanecer, ruido de los soldados que se preparan, reciben el rancho frío

(sardinas y pan), que han de llevar consigo; y se ponen en marcha para atacar al romper el día. Y cuando comienza a lucir el sol, empieza el tiroteo. Y la artillería, nuestra y de ellos.

En los camaranchones de la casa, se aprestan colchones, y a eso de las nueve comienzan a llegar camillas de heridos sin cesar; y el médico, a curar, y yo a administrar. Y entretanto, caen las granadas de artillería a nuestro alrededor, y los soldados se amontonan dentro de la casa, aguantando el bombardeo que nos dedica la aviación, durante tres o cuatro horas; y luego, más, sin interrupción, hasta las seis de la tarde.

Y llegan muertos y heridos sin cesar; se les hace la cura de urgencia. En momentos solemnes, en que parece que la muerte está allí riéndose de nosotros, exhorto a contrición y doy a todos en general la absolución. Y luego, para reanimar, a reírme y alegrar a los soldados. Algunos, de puro cansancio, ni se guardan ya de la aviación.

Al caer la tarde, me dice el Teniente Coronel que se han logrado los objetivos. Dejan de venir heridos, pero nos dicen que quedan algunos por la carretera. Salimos el Capitán Médico y yo, en una camioneta, para recogerlos. Y, ya corriendo por la carretera, nos avisan unos moros escondidos en una viña, que viene la Aviación. Nos tiramos a tierra, nos tumbamos bajo una parra y sigue el auto unos metros, para que pase el avión. Pero nos ha visto tan bien, que suelta una bomba en medio de nosotros, y un moro queda herido.

Recogemos a los demás heridos, y a casa.

Al llegar, hay orden de avanzar. Bajo unos árboles, junto a una casucha, pasamos la noche mal envueltos en mantas o capotes. Yo di el mío a un herido, y dormí en el suelo, sin nada. ¡La única noche que no ha refrescado! » (Escalona, 12 de octubre; echada el 20 en Méntrida.)

«Desde la finca de 'Vista Alegre', de tristes recuerdos por lo que nos bombardeaba la Aviación, le escribí la última vez.

De allí avanzamos la mañana siguiente a Cazalegas,

pueblo donde hice limpiar la Iglesia y restablecimos el culto. Yo me dediqué a consolar al pueblo y asistir a los prisioneros de guerra e instruirles en la fe, que algunos no conocían; luego organicé con los Padres Marín T. y Allendesalazar —es decir, organizamos entre los tres— la vida parroquial.

Escenas que reaniman y escenas que deprimen y destrozan el alma y hacen pensar en el choque de barbarie. Asistir presos que van a ajusticiar. Salvar a alguno que otro; pocos.

La primera Misa, de mucha emoción, porque estaban presentes las familias de muchos asesinados; entre ellas, los ancianos padres del señor cura. Fue en el portal de una casa, y la visita de aeroplanos enemigos perturbó algo la paz.

Asistí y consolé a los presos y bajé a Talavera con la 4.ª Bandera, que iba a descansar unos días.

En *Talavera*, donde he estado dos días, aparte el tiempo que he tenido que dedicar a las monjas de la Enseñanza, he trabajado en el Hospital, donde hay buena cosecha de confesiones. No paré en todo el día; di a uno la Extremaunción.

Regresé a Cazalegas con los Padres Allendesalazar, que quedó allí como Capellán de la 6.ª Bandera, y Marín Triana. Entre uno y otro bautizaron a las criaturas que habían nacido después de la supresión de la Iglesia por los rojos, y asistieron a los condenados a la última pena.

Luego hicimos una expedición, sin tirar un tiro, para ocupar San Román de los Montes y Real de San Vicente, donde se renovó también la vida eclesiástica.

Luego he estado en Santa Olalla, Maqueda, Alcabón, Val de Santo Domingo, Torrijos, Toledo, Quismondo, Escalona, Almorox y San Martín de Valdeiglesias.

Vamos renovando el culto por todos los pueblos.

La primera preocupación cuando se entra es cuidar de evitar nuevas profanaciones y robos.

Luego se procura reanimar a la gente.

Hay escenas desgarradoras con las familias que han perdido a alguno, a veces, algunos parientes, bajo el poder

comunista.

Lo peor no suele ser lo que hacen los del pueblo, sino los milicianos que son una plaga, donde se presentan. En cambio, corren como conejos delante de nuestros legionarios; son muchos más que nosotros, pero huyen siempre en cuanto ven la cosa en serio.

La guerra está ganada. Ahora hay que ir pensando en organizar y suavizar la victoria, con lo cual tenemos no poco trabajo.

El viernes (12 de octubre) asistí a la toma de San Martín de Valdeiglesias. Salimos de Maqueda en autos a las cinco y media de la mañana. En *Almorox* echamos pie a tierra, y seguimos andando los 18 kilómetros hasta San Martín.

El camino estaba precioso, entre pinares; y al fresco de la mañana no se andaba mal.

Al hacer alto entre unos pinares, empezaron a tirotearnos y aquello se convirtió en un fogueo bueno. Es cuando he sentido silbar las balas a mi alrededor.

Asistí a varios heridos; exhorté a la fuerza que salía a contraatacar y les di la absolución; y hasta di el Santo Viático a dos, pues ese día Lo llevaba al pecho, prevenido para lo que tenía que ocurrir. Sólo tuvimos tres heridos graves. Dos han muerto ya.

San Martín está en medio de un valle precioso. Pero es un sitio muy frío; que nos helábamos con el vientecillo de la Sierra.

Les cogimos de sorpresa entre dos columnas, y les faltó tiempo para huir. La entrada en el pueblo fue sin resistencia.

Durante la noche volvimos a Escalona, donde estoy desde entonces.

Por estos pueblos hay muchos asesinatos de última hora, cuando se ven perdidos.

El trabajo espiritual va bien. Lentamente, pero se va haciendo mucho. Trabajo de hospitales, donde no se niega nadie a confesarse.

De eso he tenido mucho en Torrijos. Dormía en el Hos-

pital, en una cama de las de las salas; y me levantaba de vez en cuando a girar una visita a los enfermos, para suplir la deficiencia de asistencia de enfermeros y ver qué tal iban.

Así pasé unos cuantos días, en los cuales di el Viático y la Extremaunción a muchos. El Padre Díez trabaja muy bien en Talavera. Ha tenido una Comunión general de todo el Hospital, desde los jefes médicos al último enfermo; y, si se descuidan, comulgan los moros.

Mi trabajo principal, aparte la Misa de los domingos, a la que asiste cada vez más gente, es el trato con unos y otros hasta irles ganando para una buena Confesión y Comunión; cosa que se va consiguiendo de muchos, poco a poco.

Desde que empecé la carta ha habido marchas y buenas:

Salimos de Escalona el martes, 13 (de octubre), día que estuve en Talavera comiendo con los Padres Marín y Díez.

Dormimos unas horas en Almorox. A las tres de la madrugada, en pie. Dije Misa para llevar al Señor. A las cuatro, andando.

A las ocho y media llegamos a Villa del Prado, pueblo muy derechista y católico de abolengo. Salió el pueblo a recibirnos. No había ni un miliciano. Yo fui delante, tranquilizando a la gente. Me besaban el Crucifijo, llorando.

Uno me preguntó si yo era el hijo de Primo de Rivera.

En la Iglesia, ante la emoción de todos, hice el Acto de Contrición con la Compañía que iba en vanguardia, y di la Comunión a uno que se había ido confesando por el camino, y la absolución a todos, pues esperábamos gran resistencia.

Al salir del pueblo vimos subir por los aires al puente sobre el Alberche, en la carretera de Navalcarnero. Nos cortaban el camino... que no pensábamos seguir.

Nosotros íbamos rodeando, para vadear el río con el agua a la rodilla, y sorprender a los que estaban en la Aldea del Fresno, que nos esperaban en otra dirección.

Mucho antes de llegar nosotros, había huido todo el «Batallón de Margarita Nelken», que tuvo el buen acuerdo de

dejarnos su rancho hecho.

Dormimos en la Aldea del Fresno, y a los dos días vinimos de noche y a pie a Méntrida, de famosos vinos y, por tanto, de famosas borracheras, en estos tiempos de guerra.

Y aquí estoy (en Méntrida); después de haber asistido a la toma de Valmojado con los Regulares, y a una marcha de protección a la Aldea del Fresno.»

Hay una curiosa anécdota, a la que hizo referencia el Padre Huidobro, ocurrida en este pueblo de Valmojado. Entre los primeros va el Capellán. Charla alegre, pues ya aquello estaba conquistado, sin que la Bandera hubiera tenido que intervenir. Los rostros de los legionarios rebosaban de alegría.

En esto, con los brazos en jarras, se planta delante del grupo una de esas viejas castizas, con faldas de enorme vuelo y pañolón cruzado. No ha reconocido al sacerdote bajo su atuendo legionario, pero, pareciéndole el de más autoridad, a él se dirige con una pequeña duda teológica:

«Pero vamos a ver, señor mío; dígame, ¿hay Dios o no hay Dios?... Claro; antes, todos decíamos que sí; luego nos estuvieron diciendo, dale que dale, que no; y ahora vienen ustedes y nos dicen otra vez que sí. ¿En qué quedamos?»

Los soldados se miraron sonriendo; el Capellán, con dos frases oportunas, arrancó de raíz aquel escrupulillo teológico de la franca aldeana.

«Esta marcha —continúa en su carta el Padre Huidobro— la hice, en parte, a caballo, en un muy sosegado penco. De salud, mejor cada día; buen color, excelente apetito. Desde hace muchos años, nunca tan bien.

(4 de noviembre). Le escribo desde una finca, entre Brunete y San Martín de Valdeiglesias, donde estamos hoy destacados. Esta noche volveremos a Brunete. Hemos llevado unos días duros.

Estuve con la 4.ª Bandera una noche en Esquivias. A la mañana siguiente salió una columna de tanques, artillería, cuatro escuadrones de caballería y nuestra Bandera del Tercio. Fue operación bonita: Todos desplegados por el monte

camino de Valdemoro, donde entramos después de alguna resistencia y bombardeo de artillería, que nos hizo algunas bajas. Murieron tres casi instantáneamente y sólo pude darles la absolución y Extremaunción 'sub conditione'.

En Valdemoro se entregaron muchos guardias civiles. Por el camino tuve que asistir a treinta y tantos rojos. Momentos amarguísimos.

En este pueblo hubo alegría desbordante. Lágrimas al besarme el Crucifijo. Di la Bendición con el Santísimo a las Hermanas de la caridad; consolé a muchas familias.

En Valdemoro coincidí con Enrique Leguina, que va en un Escuadrón de Regulares de caballería. Está fervorosísimo, como siempre, y muy bueno. No; más fervoroso que siempre.

El P. Marín Triana, que entró en otra dirección, hizo limpiar la Iglesia y la preparó espléndidamente para el 1 de noviembre.

Nosotros, sin comer y mal cenados, salimos en autos para Villamanta, pueblo muy cristiano, el más fervoroso que hasta ahora he encontrado.

Dormimos allí dos horas y nos pusimos en marcha para Villamantillas, Villanueva de Perales y Brunete; total, 20 kilómetros a pie y con paradas. El enemigo fue dispersado por los Regulares, que iban en vanguardia.

Aquí, en Brunete, va habiendo buen fruto de confesiones, comuniones, etc. Voy consiguiendo que los soldados legionarios se vayan confesando, así como muchos de Regulares. Aun entre los moros tengo amigos.

Es para bendecir al Señor el gran fruto que se hace. De todos los Capellanes se hacen lenguas. Ya estamos cerca. Desde un alto, antes de Valdemoro, vi Madrid y el Cerro de los Ángeles, sin Rey. ¡Ya lo habrá pronto! »

CAPÍTULO XVI

LOS LEGIONARIOS Y EL CARIÑO

I. ¿Hay cariño en el Tercio? 2. El Capellán les quiso a sus legionarios. 3. Asemeja su vida a la de ellos. 4. Delicadezas en su cariño. 5. Se sacrifica por ellos. 6. Le quieren a su Capellán. 7. Se sacrifican por él.

1. ¿HAY CARIÑO EN EL TERCIO?

¿Cómo explicar la increíble transformación de los Legionarios de la 4.ª Bandera respecto a su Capellán? Recibiéronle a principios de septiembre con burlas. Porque la primera entrevista no pudo haber sido más desventurada; hasta se rieron de él. Es que tenía demasiado poco cuerpo para el Tercio; ellos, altos, fuertes, fuerzas de choque, de mucho caminar y correr y soportar. El, tenía un rostro casi aniñado, por supuesto, demasiado fino. Y para colmo de males, se les presentaba hecho un adefesio, con su mono y su boina. Los legionarios, tan hábiles en la ironía y en el desprecio, se rieron de él.

Esto en septiembre. A principios de noviembre, todos los legionarios de la Bandera lloraban como niños. Aun entre las encarnizadas luchas de aquella hora de la mañana en la Casa de Campo, lloran no por los que van muriendo en el durísimo combate; las lágrimas de pena son porque el Capellán acaba de caer herido. Y eso que no es herida grave. Pero ellos, los habituados a ver sangre y heridas y cadáveres, tienen un dolor tan íntimo por ver herido a su Capellán, que lloran sin consuelo.

¿Qué es lo que ha ocurrido, entre el 9 de septiembre y el 9 de noviembre, para que así hayan pasado ellos desde las risas burlonas a las lágrimas más sentidas?

Sencillamente, que, en esos dos meses, el Capellán les había ganado el corazón.

Los Legionarios son invencibles en los ataques armados, pero se dejan vencer, ¿quién lo dijera?, por el cariño. Y ante el cariño que les mostraba el Capellán de la 4.ª, capitularon.

Si algún Pater, dentro del Tercio, no es un valiente, por lo menos tanto como ellos, lo mirarán de alto abajo. Pero si no les quiere a ellos de corazón, lo abandonan.

Contra lo que con frecuencia se suele juzgar, los soldados del Tercio no son refractarios ni al agradecimiento ni a la amistad. Bajo la camisa del legionario, prototipo del genuino valor, puede latir un corazón infantil, dócil a la ternura. La acometividad feroz contra el enemigo, bien se compagina con un carácter inclinado al cariño. Y quién sabe si, en un grado todavía superior a otros, por lo mismo que encuentran más que otros la rudeza en su vida, son los legionarios más sensibles, que el resto de los hombres vulgares, a las muestras de afecto sincero. Eso sí, ha de ser franco; nada de remilgos, ni empalagos.

Muy meditado tenía el Padre Huidobro el ejemplo clásico de San Pablo con los fieles de las cristiandades primitivas, y se lo había tomado por modelo en su actuar. Fácilmente llega el sacerdote a mover el alma del pueblo, si antes ha logrado ganarle el corazón.

Desde Talavera, herido, escribió buena parte de sus cartas. En dos de ellas, que con muy poca diferencia son simultáneas, nos expone bien claro su ideal en el trato con los soldados y con el pueblo:

> «Para llegar al alma del pueblo, uno solo es el secreto: querer del todo, hasta lo último. Lo que nos enseñó el Maestro.
>
> ¡Ah!, y junto a la muerte, ¡qué fácil es querer! Tiene la amistad en las armas una ternura, que es desconocida en el resto de la vida y que sería ridícula.
>
> Mañana voy a Toledo y hablaré allí y veré cómo están allí los hospitales, donde habrá bonito trabajo para usted.
>
> Ganar a los heridos y a los soldados, es asunto del corazón, y el de usted lo conozco bien, para saber que será usted un excelente Capellán de Hospital.
>
> Ellos, los soldados, no distinguen más: quien les quiere y se lo muestra, aunque sólo sea con la cara, es bueno; y

quien no, no.»

Era el cariño del Capellán, sincero, profundo, nada forzado. Encariñarse con los legionarios le fue archifácil. Encontró en ellos lo que siempre había formado su ilusión: la Juventud, y juventud heroica, apta para nobles empresas. Y a la vez encontró en ellos a la clase trabajadora, los obreros, la gran masa del pueblo español, a la que ya, desde Granada y Aranjuez, anhelaba consagrarse de por vida. El Padre Huidobro, carácter muy entero, pero de corazón muy tierno, por naturaleza y por virtud, se unió totalmente desde el primer día con su Bandera. Lo que debe ser un padre con sus hijos. Al agregarse a la 4.ª Bandera, se decidió a ser «valiente y leal legionario»; no dejarse vencer por ninguno en heroísmo, y al mismo tiempo, ser leal al cumplimiento de su misión de verdadero Padre con estos abnegados defensores de la Patria y de la Religión.

2. EL CAPELLÁN LES QUISO A SUS LEGIONARIOS.

Y les quiso con cariño de verdad: en la estima, y en el llevar vida entremezclada con la de ellos, y en las palabras, cuando presentes y cuando ausentes, y en las delicadezas por buscarles algún alivio, y en su sacrificarse por el bien de ellos.

«Hermanos: Dios me mandó a vuestro lado, a la gloriosa Bandera», les repetía, afirma el legionario Frutos Gasca. Y viéndose a si mismo representante de Dios en el Tercio, se decidió a tenerles todo el mayor cariño, como el que Dios nos tiene.

«Mis hijos», «Mis legionarios», era muy frecuente manera de hablar de ellos o con ellos. Con suma espontaneidad usaba este posesivo, cuando les aconsejaba en público o en privado.

Las glorias de los soldados las consideraba él como glorias propias. Contaba a otros Capellanes sus anécdotas y minuciosamente sus hechos buenos, con la delicadeza orgullosa de una madre que hace ponderaciones del hijo. Porque se enorgullecía de ellos, en sus viajes y en sus conversaciones, eran tema obligado los heroísmos y victorias de los suyos.

> «Yo soy Capellán de la 4.ª Bandera —escribía al poco de llegar a la Legión—, la que en Badajoz se metió, a pecho

descubierto, por la brecha.»

Sus preocupaciones, manifestación de la cariñosa estima interior, las constituían ellos. En ellos piensa, de día y de noche.

> «La visita del Santo Padre (sic) —escribe el legionario Frutos Gasca, un simpático cronista amateur—, para nosotros no era sorprendente, ni de noche ni de día, porque no tenía descanso y sabía hasta los nombres de cada legionario. Una dulce voz salida de los labios de aquella boca santa: '¿Veis algo? ¿No os ha ocurrido nada?' ‘Pero, Padre, duerma tranquilo, que sabe que nosotros, si pasara algo, le llamamos en seguida.' No vivía un momento tranquilo, porque todo lo que hacía le parecía poco. Y decía que para cumplir con el deber y con el Credo de la Legión, hay que dirigirse al sufrimiento y a la dureza.»

Copiamos aquí un párrafo que en una hoja suelta de papel escribió; desahogo de un corazón paternal encariñado con sus legionarios. Mitad oración fúnebre, mitad canto de gloria. Lo que dice de este legionario a quien acaba de contemplar muerto, lo hubiera escrito él de tantos otros, si allí en las trincheras hubiera dispuesto de tiempo para irlo consignando.

> «Impresa llevo en mi alma la imagen de Vicente Andaluz, con su mirar claro, con su sonreír perpetuo, con el florecer hermoso de la lozanía de sus dieciocho años.
>
> Su espíritu de gigante, que se desbordaba sobre las cosas en cascadas de luz, no tenía bastante con la guerra, relativamente suave, de las milicias, y se vino al Tercio.
>
> Se reía de la muerte y del plomo asesino que cae en granizadas.
>
> Acudió un día a pedir le cambiasen el compañero que con él llevaba la camilla, porque tenía miedo y se agachaba. Todos le amaban.
>
> Era una sonrisa florecida de inocencia entre las negruras de la muerte; y una noche, al mes de guerra por estas lomas, noche infernal, cerrada en lluvia a torrentes, cruzada la oscuridad al resplandor de los cañonazos, atronada de explosiones, azotado el aire del trallazo de las balas y el table-

> teo de las ametralladoras..., lo trajeron tendido en una camilla.
>
> Un tanque infernal metió un cañonazo en su trinchera, y murió de la explosión con el cuerpo casi intacto.»

Es verdad que el cariño verdadero ha de llegar hasta dar la propia vida, pero también es verdad que las delicadezas de este cariño se demuestran muchas veces en pequeños rasgos, hechos que, de menudos, se le escapan a quien no ama hasta lo hondo. De esos pequeños, insignificantes rasgos, está sembrado el amor de toda madre.

Cuenta el Padre Allendesalazar que en Santa Olalla, en donde coincidieron sus respectivas Banderas, la suya y la del Padre Huidobro, un periodista italiano, al encontrarles a los dos hablando, y «sabiendo —dice— que éramos Capellanes de la Legión, no nos dejó hasta que aceptamos el ser fotografiados junto a un carro blindado, cogido al enemigo. El Padre Huidobro, en un gesto muy suyo, llamó a los legionarios que andaban por allí y el retrato fue obtenido con ellos».

Estuvo un día en la ciudad de Toledo. Allí fue a visitar a los legionarios que se encontraban heridos en el hospital de Afuera. Llamó a varios la atención en aquella visita lo identificado que aparecía con el espíritu legionario. Y otras muchas veces ocurrió, durante su estancia en esta ciudad, que, aun cuando le hablasen de otras cosas, él, como sin prestar interés por nada ajeno, en seguida volvía a contar cosas que él llamaba admirables, de sus legionarios. O bien se ponía a cantar por lo bajo alguna estrofa del Himno de la Legión.

Cuando alguien se extrañaba ante él de tanta entrega a pensar en ellos y no ocuparse sino de ellos, solía decir:

> «Es que en el frente nos queremos unos a otros con un cariño tan íntimo y verdadero, que sólo la proximidad de la muerte engendra, y a retaguardia no se puede comprender bien.»

Sus conversaciones, al referirse a sus legionarios, rezuman esa dulzura suave del padre que habla del hijo mimado. Les llamaba amigos. No había pena ni alborozo que no tuviera fiel eco en su

pecho. No había acontecimiento o trivial suceso de sus legionarios que no le interesara. Sabía la vida de casi todos sus muchachos. Les preguntaba con interés por sus familias, planes y preocupaciones. Las industrias de que echaba mano para atraerlos a Dios, eran francas, de estilo muy de ellos, con toda la dureza de la lección necesaria en la vida real.

3. ASEMEJA SU VIDA A LA DE ELLOS.

Quiso el Padre Huidobro, por apostolado sacerdotal y aun como muestra de radical amistad con los soldados, vivir su misma vida, en cuanto fuese dable. En todo, aun en su exterior, parecerse a ellos.

Dice al terminar una larga carta, al poco de llegar a Talavera, a enrolarse: «A todos, mis saludos. Voy ya con uniforme de legionario completo.»

Con verdadero afán buscaba mezclarse con los soldados, hacerse uno de ellos, para que la confianza de sus legionarios no se coartara luego en el trato. Vestido de legionario andaba un día en su última visita a Villafranca. Un Padre que estaba hablando con él, se puso a buscarle las estrellas por el uniforme. Al no encontrarlas, le dijo: « ¿Pero, dónde tienen ustedes las insignias? ¿No entran de Tenientes los Capellanes?» Le contestó: «Yo consideraría una desventaja el ser Teniente. ¿Sabe por qué? Pues porque los soldados me mirarían y respetarían como a un Teniente; y, en cambio, ahora me miran y respetan como a un Padre.»

Y así era la verdad. Medio año después de la muerte del Padre Huidobro, unos legionarios del Hospital de Vitoria aún recordaban con fruición la gran llaneza del Capellán, que vestía al igual que cualquiera de ellos, «y así nosotros, claro, tratábamos con él con mucha confianza». Es de notar que, en aquellos primeros meses, era libre a los Capellanes el usar alguna insignia o no. De hecho, hasta pasado un año de guerra no fueron los Capellanes asimilados a Alféreces. El se acomodó a este modo. Andaba como simple soldado.

> «Yo de mí es lo que temo —escribe en noviembre a su Provincial—, si soy un poco demasiado soldado. Un día esta-

ban los legionarios bromeando con un prisionero sobre lo que se dice que son frailes disfrazados. Y se me ocurrió decir: 'Sólo hay uno aquí que sea fraile disfrazado.' Se rieron ellos y comentaron: '¡Y es el que menos lo parece!'

Pero con todo, me tratan como a un Padre, y acuden a mí para las cosas de su alma, y me respetan más cada día con quererme mucho. Son gente fácil para quien se hace a ellos.»

«Hacerse legionario con los legionarios». Este ideal que, en la práctica, requería tanta buena dosis de prudencia, de abnegación y de carácter, lo alcanzó él plenamente. Quiso fuera su vida entre ellos, algo así como la que describe San Ignacio del Caudillo ideal en medio de sus soldados: que están contentos de verle «comer como ellos y así beber y vestir, etc.; y verle trabajar con ellos en el día y vigilar en la noche».

Sobre el igualarse a sus soldados en el comer, tanto el Capellán Padre Caballero, como el Cabo furriel Leónidas, nos han dejado datos concretos.

Desde que se incorporó a la Legión fue considerado, por delicada atención de los Jefes y Oficiales, como de Plana Mayor. Pero no siempre se sentaba a comer con ellos. Dada la costumbre del Padre de alejarse a las primeras líneas con la Compañía de avance, se encontraba frecuentemente a las horas de la comida algo alejado. Aprovechaba esta ocasión, que él deseaba, para mezclarse entre todos los demás legionarios. Aceptaba entonces lo que le daban de las suyas los conocidos (la ración en la Bandera suele ser muy abundante), y otras veces se ponía en filas, como los demás, con su plato de aluminio, o acudía a los rancheros por si había sobrado algo. Sucedió una noche, era poco antes de llegar a Móstoles, mientras cenaba y conversaba con los soldados, que el legionario León Rodríguez, que conocía las frugales costumbres del Capellán, le entregó su propio plato y su pan, y se alejó al punto corriendo para evitar que el Padre cogiese para sí las sobras de la comida. Al enterarse el Brigada, conmovido por este ejemplo, hizo que se le sirviera antes en las cocinas; y frente a los reparos del Padre de no querer servirse el primero, le amenazó con dar orden de que no le diesen nunca de las sobras, y así se quedaría sin comer nada.

«Nunca pedía nada. Había que cuidarle», escribe Vierna, su Comandante.

«Apenas venía nunca a nuestra mesa —escribe Canós, uno de sus Capitanes de entonces—. Prefería irse con los soldados, en sus reuniones o avanzadillas. Allí le recibían con júbilo y le obsequiaban. Pero él se contentaba con un trozo de pan o cualquier cosa. Cuántas veces le vi en esos corros, en que sólo se oía su palabra sencilla, persuasiva, humana, lejos de todo énfasis. Desde el primer día le quisieron los legionarios y respetaban, como si comprendiesen que había en él una fuerza superior, que no estaba en los grados ni en las insignias, ya que él se presentaba como un simple legionario.»

Resumen de este modo llano en su tratar a los soldados, y de su familiar hacerse a ellos, existe una narración escuchada por el Padre Gómez-Pallete, en el Hospital Militar de Oña, a varios legionarios de la 4.ª Bandera, allí heridos:

« ¿Que si era campechano? No llevaba estrellas, de modo que iba como un legionario cualquiera.

Estábamos jugando a las cartas, sentados en piedras, y él se acercaba, se ponía en cuclillas, y: '¡Vamos a ver quién gana...! ¡Tú, que tienes cara de pillo...!', y con unas cosas y otras, dejábamos las cartas, y el Pae nos contaba cosas...

¿Que de qué nos hablaba?... De cosas de Nuestro Señor, de milagros y de parábolas y vidas de los santos. En varios días nos contó la de Don Bosco...

Y luego decía: ¡Vamos a ver qué vamos a comer hoy!' Y sacábamos todos: ¡Padre, coma de esto...! No, Padre, esta sardina...' Y él decía: 'Estaros quietos, que yo pediré... A ver, tú..., dame esa sardina...; y tú, galleguito, dame un cachillo de pan... Bueno... basta...' Y comía con nosotros.

Y entonces venía el Teniente Canós, que era muy envidioso, porque quería mucho al Padre, y le quería tener siempre con él, y le decía que se fuera a comer con los Oficiales. Y el Padre le decía que en seguida iría... ¡y no se iba!

Y otras veces íbamos por la calle en Toledo un grupo de legionarios. Y viene el Padre por detrás y se mete entre dos

> de nosotros y dice: 'Vamos a ver, ¿a dónde vamos todos?' Y como iba como un legionario cualquiera: 'Padre, ¿usted con nosotros?' Y él se reía y decía: 'Vamos a ver, ¿por qué no?, ¿no soy un legionario?..., conque ya me estáis diciendo a dónde vamos..., ¿queréis ir a la taberna?...' ¡Padre!... ¿con usted?...' 'Pues veníos a dar un paseo conmigo...' Y nos llevaba enseñándonos cosas; y como sabía tanta filosofía (¡sic!), pues nos tenía toda la tarde embobaos.»
>
> «Nunca se le encontraba en el Puesto de Mando—afirma el Sargento Gutiérrez—. Siempre estaba en los corrillos de la tropa que estaba de descanso, contando viajes y cosas curiosas que la gente oía a deleitarse.»

Nunca reprendía ásperamente a los soldados. Era benévolo en escuchar; amplio y cariñoso.

4. DELICADEZAS EN SU CARIÑO.

Les cuidaba con esmero sumamente ingenioso. Fruto de muy hondo cariño.

La variedad de formas de esta caridad, sacrificada e ingeniosa, la describe, con lujo de detalles, el Teniente Juan Parra Jerez:

> «Los servicios que nuestro Capellán nos prestaba eran incesantes. Cuando había unos días de descanso, por necesidad de reponer material, él hacía alguna escapada a retaguardia, sobre todo a Toledo y Talavera, no para descansar, porque el descanso no lo conoció mientras estuvo en la Bandera, sino exclusivamente para pedir limosnas y buscar y comprar enseres, tales como jabón, hojas de afeitar, toallas, agujas e hilo, papel de escribir, etc., incorporándose inmediatamente a la Bandera con todo ello, que después iba repartiendo entre los legionarios conforme a las necesidades que él advertía; fuera del papel de escribir, que solía retener él mismo para los de peor condición (analfabetos), a fin de utilizarlos escribiendo, a petición de ellos mismos, las cartas a sus familiares. Yo doy testimonio de que muchas veces nuestro Capellán se consagraba a los acemileros, que eran los

más humildes de la Bandera, y que velaban cuando los demás descansaban; y el P. Huidobro aprovechaba muchas noches hablándoles de Dios y escribiéndoles cartas a sus casas, y solía añadir en las mismas buenos consejos, con lo que conseguía emocionar a los mismos legionarios, que lloraban enternecidos al escuchar después la lectura de cartas tan sentidas.»

Otras veces, para tener regalos con que abastecer a los legionarios que pudiesen necesitarlos algo más, no iba a pedirlos de limosna a Toledo, sino que él mismo los buscaba. Y así, estando en el Clínico, en algunas ocasiones salió acompañado de dos o tres soldados a buscar, en unos almacenes abandonados, ropa, botas y otros enseres. A pesar de los tiroteos a que se exponía con estas salidas.

Pero lo más común era que les regalase las cosas propias de él. Aunque él nada consideraba como suyo. Cuanto tenía era para sus legionarios.

Desde Talavera le mandaron, una vez, ropa al frente por medio de un soldado, con el encargo: «Diga usted al Padre que esto es para él, que no lo regale.» Contestó el legionario: «Eso será si él quiere. Porque sepa usted que no tiene nada suyo; todo nos lo da a nosotros. Y por eso, por las noches, cuando estamos en las trincheras, le tenemos que prestar nuestras mantas, porque él nunca tiene.»

Al entrar en San Martín de Valdeiglesias, tres o cuatro legionarios lograron hacerse con un importante botín de magníficos chalecos de piel. Se los repartieron, como era justo, dadas las circunstancias, y reservaron tres para el Pater. Los recibió lleno de agradecimiento,

A las pocas horas se lo volvió a encontrar uno de estos afortunados legionarios. Con gran sorpresa suya, el Capellán iba ya sin chaleco; los había regalado todos a otros muchachos que andaban desabrigados. Conmovido este legionario, le quiere regalar el que él mismo lleva puesto: «No —le responde el Padre—; ese, para ti, que también a ti te hace falta...» No podía tener nada propio, porque no podía ver una lástima, sin hacer lo posible por remediarla.

«Yo he tenido siempre en abundancia y hasta he podido

regalar —le dijo un día a su compañero el P. Viera—. Mire usted, el otro día, como viese que dos soldados disputaban sobre si el uno había cogido al otro unas 15 ó 25 pesetas, abrí la cartera, saqué un billete de 25 y pregunté: A ver!..., ¿a quién faltan esas pesetas?...' 'A mí', dijo uno de ellos. 'Pues toma, y ya a callaros', y le di el billete. Me ha gustado ser, en lo posible, generoso, P. Viera, y siempre me ha quedado lo suficiente.»

Se repetían y repetían los mismos casos de este desprendimiento sin fin. Cuenta Canós que en el Jarama le encontraron una noche en un puesto avanzado, temblando, helado, bajo un llover inclemente. Le facilitaron una manta (por esos días andaban muy escasas) para abrigarse. Esa manta salió aquella misma noche hacia retaguardia cubriendo a un prisionero rojo herido. Se le dio otra, que fue a envolver el cuerpo de un enfermo con fiebre. Nueva entrega, y nueva donación a tercero. Y el Padre Huidobro siguió pasando frío, y buscando razones para justificar su prodigalidad. Sostenía firmemente, tiritando, que no sentía frío.

«Era incorregible en el regalar todo cuanto llegaba a tener —afirma el Capitán Alonso Calle—. Hasta seis veces seguidas se fue quedando sin las mantas que, una tras otra, yo logré proporcionarle en una ocasión. Al poco, ya las había regalado.»

Uno de los legionarios pertenecientes a la Plana Mayor de Mando, el hoy Coronel Mármol, cuenta que él tuvo que indicarle a veces que no fuera tan pródigo en regalar sus cosas. Pues los objetos que se le adjudicaban al Capellán (ropa, mantas o algún dinerillo cuando los Capellanes aún no tenían asignación), pronto desaparecían. ¿Qué ocurría? Sencillamente, que en sus reiteradas visitas nocturnas a las avanzadas, el Padre Huidobro regalaba a los legionarios que estaban velando, todo cuanto él disponía de su flamante ajuar, y había que comenzar de nuevo a proveerle a él de todo lo necesario.

«Dormía en una camilla sin colchón —afirma el Capellán Marín Triana—. Me contó un Alférez de su Bandera que una vez entró en la chavola en la que dormían el Padre y otros dos o tres Oficiales. El P. Huidobro se encontraba entonces

> dormido. El Alférez se acomodó como pudo, para dormir, en un par de mantas, sobre el suelo. En ese momento se despertó el P. Huidobro, y al instante se levantó de su camilla y a toda costa quiso que el Alférez se acostase en ella. El Alférez tuvo que inventar un cuento, sobre la obligación que él tenía de permanecer en la misma puerta de la chavola y solo así lleno a conseguir que el Padre se volviese a acostar en su sitio.»

Sería nunca acabar el ir enumerando las anécdotas de que están llenas las narraciones hechas por los legionarios que han escrito sobre su Capellán, contando actos de desprendimiento cariñoso y sacrificado del inolvidable Padre Huidobro, que se iba ganando cada día más el corazón de sus soldados. Era de un desprendimiento sin límites. Siempre iba a lo mismo: a no pensar en sí y a cuidar sólo de atenderles a ellos.

Una noche de diciembre le encontró su Comandante Vierna acurrucado en el suelo del Clínico, mal envuelto en su capote de legionario. Rezaba. Le preguntó si no tenía alguna manta. «No siento frío», le respondió. A su regreso al Puesto de Mando llamó al encargado del vestuario. «No es la primera ni la segunda manta que le entrego al Capellán —respondió el encargado—, pero él a su vez se la da a otro que, según piensa, la necesita más.»

Un ejemplo parecido, pero todavía más efectivo, presenció el legionario Vicente Reyes quien, por cierto, atribuye a la intercesión del Padre Huidobro el haberse curado, recientemente, de una enfermedad en la espina dorsal. Una noche estaba la Bandera, en unos días de descanso, en Toledo, y se albergaban los legionarios en el local del Seminario. Aun cuando los Oficiales se distribuían por casas particulares, el Padre Huidobro se alojó con los soldados. Acostados ya todos, intempestivamente llegó un legionario. Y entonces el Padre Huidobro se empeñó en cederle su propio colchón y él se acostó en el suelo en un rincón, sin manta ninguna, y eso que el frío era intenso, y a pesar de que los otros legionarios, que con éstas habían ido despertando, le rogaban a su Capellán que aceptase la cama que cada cual le ofrecía. El ceder su cama a legionarios heridos, lo hizo muchas veces.

En otra ocasión, cuenta el mismo legionario, durante un descanso en Toledo, tenían una colchoneta para cada tres legionarios.

El Comandante dispuso que al Capellán le diesen una para él solo. A este punto llegó un muchacho, dado de alta hacía pocos días, pero que tenía alguna fiebre, pues no estaba curado del todo. Apenas se enteró el Padre Huidobro, se empeñó en cederle su colchoneta y él se arregló, como pudo, en la misma de los otros dos legionarios.

Nunca oyó nadie en las conversaciones del Capellán palabras de murmuración o crítica contra otros. No consentía, oponiéndose a ello con dulce firmeza, que en su presencia se hablara mal de nadie.

A todos ayudaba, soldados y civiles, afectos o enemigos, en un constante ejemplo de caridad cristiana. Oficiales, Suboficiales, tropa —dice el Capitán Canós—, todos hemos tenido que agradecer a nuestro Capellán alguna atención, algún favor. Y lo mejor es que todo esto lo hacía sin, al parecer, darle importancia ninguna.

En esta su generosidad hubo que irle a la mano, pues llegaban algunos a abusar de su bondad manirrota. Se olvidaba de sí mismo, mientras se prodigaba con los demás. Se dio este fenómeno singularísimo: que los demás Jefes de la Bandera y subordinados se presentaron, repetidas veces, al Comandante quejándose de que al Capellán se le daba una manta o cualquier prenda, y al poco tiempo se le veía sin ella; si le proporcionaban calzado, luego se mostraba hasta descalzo; si había que comer, era preciso ir a buscarle. Porque se desposeía de todo por dárselo a soldados que él veía necesitados. Tuvo el Comandante que hacerle alguna reflexión, de que se hiciese cargo de que el ambiente de guerra, dada la manera de ser de los legionarios, era el más propicio para que se despertasen los egoísmos, con daño de la disciplina militar; y lo que él estimaba necesidad, podía ser tan sólo aparente, y encubrir negligencia en el cuidado del equipo, o un comercio ilícito con las prendas de uniforme. El Padre Huidobro —aunque por su manera de ser, tan en contraste con la realidad en que vivíamos, no se persuadía de esta dificultad— se sometió prontamente, dando en esto un gran ejemplo de obediencia. Era muy disciplinado.

En las visitas que el Capellán hacía a las trincheras, no les daba simplemente buenos consejos y amigable charla. A veces, cuando había logrado hacerse con algún pequeño depósito, nunca para sí, sino para ellos, les preguntaba: « ¿Queréis algo?» «Sí,

Padre; tengo sed.» «Bien; pero ¿qué deseas?..., ¿agua, vino o coñac?» Y lo que se le pedía, afirma un legionario, al poco tiempo allí estaba.

Cuenta el Teniente Parra que, al recorrer, en la vigilancia nocturna, algunos puestos avanzados, más de una vez encontraba al soldado de turno sentado, descansando y fumando; y al ir a increparle, en el acto se interponía el Capellán: «No, Parra; no te metas con él, métete conmigo; que yo he tenido la culpa; pues he sido yo el que le he dicho que, mientras yo estaba allí, podía descansar un poco fumando, y yo haría la guardia.»

Hay que advertir que esta vigilancia la realizaba el Padre Huidobro estando de pie, en su puesto, pero sin tomar el mosquetón, que continuaba en poder del soldado. De modo que lo que hacía el Padre, en cuanto observaba algo, era avisar al soldado para que éste prestara el adecuado servicio.

Tan grande como la despreocupación por sí mismo era su continuada solicitud por los demás. Cuando iba a Toledo, no dejaba de acordarse, apenas llegado, de que su asistente desayunase o comiese. Para que no faltase ropa a los heridos, se ocupaba de antemano de que asistentes y sanitarios tuviesen siempre suficientes mantas preparadas para cada una de las camillas; y él entregó tantas veces su propio capote para abrigar a quien él conocía padecer frío, aguantándolo él entretanto a cuerpo.

Era para nosotros los Oficiales, dice Canós, el prototipo de la liberalidad e hidalguía. Es que este ejemplo del Capellán, presenciado, día tras día, por todos los Oficiales, iba creando y extendiendo por toda la Bandera un ambiente de generosidad y amor grande hacia todos los de tropa.

Entre los actos de extremada caridad, ejercitados por el Padre Huidobro con sus legionarios, sobresale, por su ternura y delicadeza, el que solía tener durante la búsqueda y asistencia de los heridos. Y es éste: que cuando echaba a andar detrás de sus legionarios en las primeras avanzadas, en donde más seguramente habían de causarse muy pronto bajas, el Capellán —lo aseguraron varios de la Bandera hospitalizados en Oña— no llevaba consigo solamente el Crucifijo. Muy de ordinario, cargaba, como podía, con alguna botella o recipiente de agua, para lavar las heridas de los que en el combate caían, y para refrescar un poco a los muy se-

dientos tras el desangre. Como todo Legionario, llevaba al cinto las grandes cartucheras; pero en ellas no había nunca balas, sino los Santos Oleos, Detentes del Corazón de Jesús y, rasgo conmovedor en su ingeniosa ternura, iban también entremezclados caramelos para endulzar la boca de los heridos.

A la madre del legionario herido, si allí hubiese podido acudir, se le hubiera ocurrido lo mismo para aliviar a su hijo.

Podemos creer a los legionarios que lo afirman: para ellos, uno de los mayores regalos que les podía proporcionar el Capellán, era muchas veces sus palabras mismas, tan consoladoras.

Pero había ocasiones especiales en que estas palabras les traían una más grande alegría. Sucedía esto muy particularmente cuando llegaba el cartero: como el Padre estuviese presente, buscaba ser él mismo quien les repartiese la correspondencia; y después se dedicaba a recorrer las chavolas de los que habían recibido carta. No había medicina mejor que consolase, por grandes que fuesen las penas, que las palabras cariñosas del Padre. Y se daba el caso de que cuando no estaba él allí presente a la hora del correo, los que tenían cartas que decían cosas tristes, iban en busca del Padre para que les diera un poco de resignación y de paz. ¡Sabía él penetrar tan bien en los ánimos afligidos!

Tan corriente era su constante deseo de atender y servir a todos —afirma el Teniente de la Bandera, Narciso Valiente—, que le atosigaban a preguntas y consultas. Sobrepasaba los límites de la exageración verle atento con todos y para todos; lo mismo se le encontraba al lado de un herido o un analfabeto, escribiéndole sus cartas, que gestionando cuanto fuera necesario para casar a éste o a aquél. Para todo, y en cualquier momento del día o de la noche, estaba dispuesto para complacer en cuantas cosas se le pidiesen.

Y bien caían en la cuenta los legionarios de que su Capellán vivía únicamente para ellos sanos o heridos, y aun para cuando ya estaban muertos.

Contaba un soldado herido, en Talavera, que un día le llamaban de parte del Capitán para que fuera a comer, y nadie le encontraba. «Al fin —dice— le hallé entre unos escombros: allí estaba solito, con su libro, leyéndoles a los muertos.»

Atento siempre a buscar cuanto pudiese aliviar penas de sus legionarios, era bien sabido que si el Pater se llegaba a enterar que a alguno le iban a destinar al pelotón de castigo, en el que estaban obligados a más duros trabajos, como es el cargar con las pesadas cajas de municiones, a la par que quedaban sometidos a una más estrecha vigilancia, en seguida iba a hablar con el Comandante para que mitigase el castigo. Tanta era la constancia de su insistir en favor de los legionarios castigados, que ya una vez el Comandante, a pesar del gran cariño que le tenía, un poco molesto, llegó a decirle: «Bueno, mire, lo mejor será que sea usted quien mande en la Bandera, y no yo.» Podría tal vez creerse que con tanta bondad y tanta condescendencia del Capellán, el buen orden y la disciplina militar podrían relajarse; y sucedía todo lo contrario: el espíritu, gracias a él, era cada vez más levantado y la obediencia más fácil.

5. SE SACRIFICA POR ELLOS.

Bien sabía el Padre Huidobro que no todo está hecho cuando ya se viste, se habla y se come al igual que los soldados. La caridad pide otras muchas más obras. Y, lo acabamos de ver, estas otras variadísimas obras de caridad las derrochaba, a manos llenas, con todos y en toda ocasión.

También es cierto que las obras de caridad ya enumeradas, casi sin excepción, llevan consigo algo o mucho de sacrificio propio al practicarlas.

En este capítulo, sin embargo, vamos a recordar separadamente unos pocos actos, muestras de su ilimitado cariño a los legionarios, que encierran un mayor sacrificio; al menos así les pareció a los soldados que gozaron de estas muestras de caridad del Capellán. Todo esto está contado por quienes fueron testigos presenciales.

Era muy a los principios de la campaña. A sólo dos ataques había asistido el Padre Huidobro: dos días en el caserío llamado «El Bravo», y dos o tres en Maqueda. Lo bastante para caer en la cuenta de lo que un poco de agua y buena fruta podía aliviar a los legionarios, cuando estaban fatigados por el combate y por el sol de principios de octubre, en tierras de Toledo.

Había sido aquél un día de agotadoras marchas y combates. A la mañana, salida para ocupar San Martín de Valdeiglesias. Atacados a retaguardia por el «Batallón de los Espartacos», formado por catalanes, la 4.ª Bandera despliega, y la 10 Compañía sube a una montaña altísima donde el enemigo, fuertemente pegado al terreno, disparaba sin cesar, causando no pocas bajas. En media hora escasa, quedó el Batallón de los catalanes destruido, dejando en nuestro poder mucho material y sesenta heridos rojos. Hasta el momento mismo de partir, estuvo el Padre Huidobro auxiliando a estos prisioneros. Tras un descanso de un par de horas en San Martín, viene la orden de partir inmediatamente e ir a hacer noche a otro pueblo, y prepararse allí a una gran acción del día siguiente.

Después de todo este penoso trabajo, la Bandera avanzaba por la carretera de San Martín de Valdeiglesias a Escalona. El Capellán iba entre todos los legionarios; llevaba por entonces como capote improvisado, una manta agujereada por el centro. Se había andado mucho; y la fatiga empezaba a hacer estragos.

A la salida del pueblo pasaron próximos a un viñedo, imponente de uvas. Los soldados, muertos de sed, querían detenerse allí unos momentos. Los más osados, saliendo de filas, corrieron a reparar sus fuerzas. El tiempo apremiaba.

El Jefe dio la orden de que no se interrumpiese la marcha. Obedecieron, según costumbre; había que seguir adelante, por la carretera polvorienta. Suena la voz del Oficial encareciendo la orden: « ¡A filas!... No acortar la marcha... Los enemigos de España nos aguardan...» Se cegaban los ojos en la blancura del camino, reverberante al sol. Todos seguían caminando, mientras miraban aquellos racimos, como fruta codiciosa y prohibida.

El Capellán nunca se quedaba atrás en las marchas, a pesar de su natural falta de entrenamiento. No aflojaba el paso marcial. De pronto, la compasión al ver la tropa sedienta, le suscita una idea: a él no le obliga la orden; se escabulle de los demás que le rodean, se queda atrás, salta la cerca de pedruscos y corre a las cepas, no obstante el peligro, ya que una ametralladora roja amenaza el terreno.

Envidiosos y maravillados le miran. Algunos piensan : « ¡claro..., a él no le dirán nada... es nuevo... y el calor le habrá vencido...»

Y el Capellán coge su manta-capote, lo tiende en el suelo y lo va llenando con los mejores racimos. Los que vienen caminando detrás, ya sospechan lo que el Pater pretende, al ver cómo va creciendo la carga de uvas sobre la manta en el suelo.

El Padre Huidobro se lo echa todo al hombro, y se va corriendo un muy largo trecho de carretera para alcanzar a los legionarios, ya distantes, pues en marcha no bajaban de los cinco kilómetros por hora. Los legionarios le ven venir con curiosidad y admiración, según se van dando cuenta de lo que el Capellán va a hacer. Llega y empieza a repartir con rostro de gozo aquel precioso cargamento. ¡Con qué agradecimiento recibían los fatigados muchachos los racimos que las manos bondadosas del Capellán depositaban en las de sus soldados! Hubo vítores y hubo entusiasmo, por las uvas y por el cariño ingenioso; es fácil que hubiera también alguna lágrima de emoción.

Los Oficiales se enorgullecieron de tanta riqueza de amor en la Bandera. Y más cuando vieron que el Pater, sin ni detenerse a probar del regalo, corría a un segundo y tercer viñedo a proveerse, hasta que no quedó ni un legionario sin este regalo del Capellán.

Semejante al anterior es el hecho que el Oficial Juan Parra tiene escrito referente al Padre Huidobro :

> «Yo le he visto, en pleno día y con un sol abrasador, en la provincia de Madrid, cuando avanzábamos sobre esta capital, ir recogiendo a los legionarios sus cantimploras, para llenárselas de agua y luego repartírselas. Pues a los soldados les teníamos prohibido detenerse en la marcha. Este es un gran sacrificio, si se tiene en cuenta que la Bandera sigue su camino a una velocidad de cinco a seis kilómetros por hora; y el Padre tenía que detenerse a llenar doce o catorce cantimploras, y luego, una vez llenas, correr para situarse a la cabeza de la Bandera y repartir el agua. Esto hay que haberlo presenciado para darse cuenta de lo agotadora que era esta obra de caridad con sus legionarios. Y este hecho lo repitió en muchas otras ocasiones.»

Otra carga tomaba a veces sobre sí, también en alivio de sus legionarios. Pero era carga mucho más pesada y molesta que la de uvas; se trataba de cajas de municiones. Con tal de hacer un acto

de caridad con sus legionarios, no se detenía ante peso más o menos.

Muchos son los que afirman haberle visto, durante las largas marchas, llevar él esas cajas, que son pesadísimas, para que descansasen un poco los más fatigados.

Un caso de éstos hubo con circunstancias un poco más penosas. Lo contaron varios de los hospitalizados en Oña.

En el frente del Jarama había ido una avanzadilla a un reconocimiento hasta el río. Un «quinto» (así llaman los legionarios a los recién incorporados, a los que tratan los ya «veteranos» con no poco desprecio) se había dejado allá abajo su caja de municiones, porque le pesaba mucho y quería poder subir al regreso más aprisa, pues le daban mucho miedo las balas.

Cuando, a la noche, se pasó lista y le pidieron cuenta de la caja, el pobre chico dijo que la había perdido. Estas disculpas son inadmisibles en el Tercio; y le mandaron a rajatabla que volviera a buscarla, y que no le admitirían en el campamento hasta que la hubiese traído.

El Padre Huidobro lo encontró llorando, en medio de las burlas de los «veteranos». Enterado de lo que había pasado, no se une a las burlas, sino que se lo coge del brazo y se lo llevó consigo; y ya aparte, le dijo que los dos juntos irían a buscar la caja. Ambos saltan la línea y se echan cuesta abajo; pero a los pocos pasos, ya el muchacho temblaba al oír las balas... «Anda, dime, ¿dónde la dejaste? —le dijo el Padre—; quédate aquí, entre estas matas, y espérame, que yo vuelvo en seguida... y luego iremos al campamento juntos...»

Se marchó el Pater... y volvió al poco rato trayendo, cuesta arriba, la oprimente carga. Entonces se la dio al chico y le encargó que nada dijera del Pater. Pero el muchacho, emocionado, hizo lo que cuenta el Evangelio que hacían muchos de los favorecidos por Jesucristo: al volverse se lo iba contando a todos.

Este sacrificado acto de caridad lo hizo, entre otras muchas veces, durante la marcha de Maqueda a Torrijos: un legionario a quien tocaba entonces el llevar a hombros una pesada ametralladora de más le 20 kilos, al pasar junto al Padre Huidobro comenzó, fingidamente, a decir que ya no podía más de cansancio. Al

punto, el Capellán, sin pararse a pensar si era verdadera o simulada esa fatiga, la caridad no suele tener tiempo para examinar las ocasiones de ejercitarse, le tomó la ametralladora y la cargó sobre sí. Hasta Torrijos la hubiera llevado, si no hubiese intervenido un Suboficial, que recriminó al abusivo soldado.

5. LE QUIEREN A SU CAPELLÁN.

¿Alguien podrá extrañarse de que ante este cariño del Capellán, de obras y de corazón tan sincero, los legionarios se sintiesen ganados y respondiesen ellos también con absoluta entrega de su cariño?

« ¡Cómo saben agradecer estos chicos cualquier cosa que se haga por ellos! », escribió el Padre Huidobro.

Unánimes son las respuestas que dan todos los legionarios supervivientes de la 4.ª Bandera, cuando se les pregunta acerca de cómo correspondieron ellos al cariño que siempre les mostraba el Padre Huidobro. «Todos le querían a rabiar», responden algunos en gráfica frase. La razón que suelen dar es ésta: que era muy valiente, muy bueno y que les quería mucho a todos ellos.

> «Era alegre y risueño y muy simpático —escribe el legionario Quiles—. Era muy campechano. Toda la 4.ª Bandera le quería mucho, porque, aparte de ser Padre, era de valor supremo y confiado. Y donde iba, íbamos todos con el corazón en la mano, sin temer a nada. Donde él estaba, siempre había consuelo para el espíritu y el alma. Porque cuando nos hablaba salían de sus labios palabras de consuelo.»

Más expresivas aún, y valiosísimas por su sinceridad, tal vez por venir en carta privada, son las frases que, a propósito del Padre Huidobro, escribió el Sargento Rafael Gutiérrez:

> «Remití algunas cuartillas hablando de cosas hechas por el P. HUIDOBRO. ¡Así, con mayúsculas! En ellas contaba algunas cosas grandes de aquel Santo; que nadie más que los que tuvimos la honra de tratarle, puede saber lo muchísimo que valía y lo requetebueno que era. Su constante manera de vivir y ser le hacían el ídolo de la gente que le tenía

en palmitas. Antes que hable tiene lo que necesita; no puede desear nada, pues inmediatamente queda complacido.»

Bien persuadido estaba el Padre Huidobro de lo muy compenetrados que, por el cariño, estaban con él sus legionarios.

«Dicen —escribió en una carta— que les da alegría y ánimo ver al Capellán por la guerrilla, y hay que volver a asistir a nuestra gente.»

«Me cuidan muy bien. Los soldados me buscan manta y sitio para dormir y me tratan con mucho cariño.

De los Oficiales no hay que decir nada: perfectos caballeros.»

Y nótese que esto lo escribía el Padre Huidobro cuando todavía llevaba muy pocos días de Capellán; que cuanto más le trataron y conocieron, más le iban estimando.

No solamente le proveían de mantas. Es curioso que durante casi toda la campaña, su indumentaria militar se la iban proporcionando sus mismos legionarios, de lo que ellos tenían. Uno de estos últimos regalos, muy poco antes del 11 de abril, fueron unas magníficas botas, con las que el Pater andaba satisfechísimo; regalo de un Capitán. Ni siquiera le faltaba dinero necesario, en esos meses primeros, cuando los Capellanes no recibían paga ninguna.

Se fue una vez la Bandera a Toledo para reponerse y descansar. El Padre se dirigió primeramente con todos al Hospital de Afuera. Por este tiempo aún no tenía señalado asistente fijo. «Pero si en mi Bandera —decía— todos son asistentes...» En efecto, al ir a coger él mismo su hatillo de ropa para trasladarse a la Residencia, al punto se le adelantó un legionario: « ¡Pater!, pero ¿a dónde va usted con eso?..., yo se lo llevaré donde sea...» Y, sin más, echó a andar delante del Padre.

«Cuando estuve con su Bandera en el Hospital Clínico —dice el Capellán P. Caballero—, pude admirar cómo le querían todos, desde el Comandante al último legionario; a pesar de que el Padre solía usar de su franqueza y energía característica, cuando había alguna cosa que urgir o reprender, vg., blasfemia, embriaguez, crueldad, pesase a quien pesase.»

A tal grado de autoridad y de cariño al mismo tiempo había llegado ante los legionarios, que todo este afecto mutuo, ni a él disminuía su libertad apostólica, ni ante los legionarios rebajaba su autoridad. Había conseguido aprovecharse de las ventajas que da el cariño: confianza y afecto; y a la vez evitar sus peligros, que son: pérdida de respeto y de libertad sacerdotal.

Quienes les han oído en sus exhortaciones al Tercio, bien saben la claridad y vigor con que, aun mostrándoles amor de padre, condenaba los abusos. Alguno lo juzgó a veces excesivamente riguroso. Por nadie se detenía en el cumplimiento de su deber. Y no obstante tal intransigencia apostólica, ninguno, a la larga, se quedó amargado de él. Tan convencidos estaban todos de la intención rectísima y del sincero cariño con que, movido por su bien, obraba así.

El Padre Gabino Márquez, Superior de la Residencia de Toledo, contó este hecho, que él mismo había oído al Padre Huidobro, y que patentiza la autoridad de que gozaba el Capellán ante sus legionarios, a pesar de la familiaridad y sencillez con que los trataba. En una ocasión un legionario soltó ante el Capellán una blasfemia. El Padre Huidobro, aunque nunca corregía, en casos semejantes, con castigo alguno, ese día, rarísima excepción, allí mismo, ante otros varios, le sancionó enérgicamente, con el lenguaje más propio de la rudeza del culpable... No se enfadó el legionario. Al punto, y ante todos, se humilló delante del Capellán, besó su santo Crucifijo y se arrepintió.

A sus legionarios, más que imponérseles, les ganó. Muy rara vez necesitaba reñirles. Por eso ya desde muy pronto, en el darles consejos y en el exigirles el cumplimiento de las obligaciones que otras veces les había inculcado, usaba modo amigable y paternal. Como de quien con su abnegado proceder se había ya ganado el corazón y la confianza de ellos. Unas frases del Capellán bastaban para levantar los ánimos, lo mismo que para hacerles practicar alguna buena acción.

> «Jamás le vi violentarse con nadie —asegura el Capitán Constantino Alonso Calle—. Ni siquiera cuando veía en los legionarios algo malo o les escuchaba palabras demasiado inconvenientes. El método que él usaba para corregir, era hablarle luego a uno al corazón: en esto era un maestro.»

Cuando el Pater les aseguraba a los legionarios alguna cosa, ya no dudaban. Es que sus palabras les penetraban muy adentro; tan adentro como penetra forzosamente la verdad cuando se la recibe sabiendo que lo es, y cuando, además, se la recibe con gusto.

Tal era el atractivo que ejercía sobre ellos, que a veces bastaba la perspectiva, ¡a los soldados del Tercio!, de pasar una hora conversando con el Pater en Toledo, para que hasta abandonasen el juego, comenzado por irse con él y escucharle.

Cual hijos dóciles con su padre, así vivían con él.

«Cuando en los descansos de Toledo y Talavera se nos pasaba revista para salir de paseo —cuenta uno de sus legionarios—, allí estaba el Capellán para despedirnos uno a uno, y recordarnos en común y en particular nuestras promesas de no emborracharse, de no blasfemar y de otras cosas; porque el Padre nos hablaba en nuestro lenguaje. Y al volver al cuartel, también estaba él allí para recibirnos. Si notaba que algunos no venían muy católicos, les reprendía con cariño y les decía: « ¡conque!, a confesarse, ¿eh?»

Si otra prueba no hubiese de cuánto los legionarios correspondieron plenamente a los sacrificios y cariño del Capellán, bastarían aquellas lágrimas caídas por los curtidos rostros de quienes, hasta el momento de verle herido, habían sabido mantenerse imperturbables en los días épicos de la Casa de Campo. Incontenible manifestación de afecto, que al Padre impresionó vivamente.

> «Nunca se quiere como junto a la muerte —dice a su hermano—. No siendo nada el tiro que me dieron, ¡he visto llorar a los legionarios junto a mi camilla, cuando me traían! »

Llanto que fue aun más universal e inconsolable cuando, cinco meses más tarde, moría el Padre, en Aravaca.

Con el cariño a sus soldados buscaba el Padre Huidobro su confianza y su docilidad, para hacer bien a sus almas en el ministerio sacerdotal. No buscaba otra cosa. Y ésta la consiguió. «No es fácil que se imagine usted —me decía el P. Huidobro, en Villafranca— la confianza con que se desahogan conmigo, contándome los sufrimientos de sus vidas.»

Los otros Capellanes de las Banderas que, en una u otra ocasión, coincidieron con él en el mismo frente, fueron testigos muy

cercanos del afecto que le tenían los soldados, afecto que les llevaba al bien.

El Padre Allendesalazar decía de él, al dar por escrito su testimonio:

> «Los oficiales y legionarios le querían muchísimo y le admiraban. Era un nuevo P. Doyle, pero quizá más rodeado de admiración y afecto que el célebre santo Capellán de la guerra europea. Sabía llegar al corazón de los legionarios, que por muy rasgados que fuesen, se ponían en sus manos como niños. Los que conocemos por experiencia esto, sabemos lo que significa.»

En Escalona coincidió con él el Capellán de la 7.ª:

> «Pude observar cómo le querían sus legionarios, que le paraban por la calle, cuando íbamos haciendo las visitas o gestiones necesarias.
>
> Para todos era afable, sonriente y cariñoso. Nunca fue en su vida de Capellán, ni duro o altivo con los pequeños, ni adulador de los grandes. A los Jefes los trataba con todo respeto y obediencia, pero con santa libertad, con grandísima libertad, sobre todo cuando se mezclaba el bien de las almas. Casi me parece que trataba mejor a los de abajo que a los de arriba.»

La persuasión del influjo que sobre ellos ejercía, fue la que le impulsó, una vez, a resolver una situación bien difícil. Un pequeño grupo de legionarios, durante las luchas en el Jarama, vacilaba en el avance que se le había ordenado; la dificultad era claramente enorme, ante el cruce de fuegos enemigos. Convencido el Capellán de su ascendiente ante los suyos, se presenta rápido al Capitán: «Capitán, ¿me permite un momento que yo les arengue?» Y con el Crucifijo en la mano, les arengó en breves frases, pero fueron palabras electrizantes. Aquellos legionarios oyeron a su Pater, no dudaron más, se lanzaron y vencieron, apoderándose de alguna ametralladora enemiga. Algunos, en el número insignificante de nuestras bajas, vieron el galardón de Dios a la obediencia prestada al Capellán.

Un Sargento de la 4.ª Bandera que, meses más tarde, fue herido, mientras luchaba en el frente de Aragón, cuenta otro hecho, bastante semejante al anterior, pero en el que el Padre Capellán no tuvo tiempo para pedir el debido permiso a ninguno de sus Jefes para realizar un espontáneo acto de valor. En sus avances hacia Madrid, se encontraba la Bandera en las cercanías de Santa Olalla de Toledo, ante una difícil posición de los rojos, atrincherados tras un grueso paredón; dudaban aún que se debería hacer, pues como eran muy pocos proporcionalmente, se exponían a un total fracaso. De pronto, en un arranque de entusiasmo, se pone el primero en pie el Padre Huidobro, levantando en su mano el Crucifijo: « ¡Adelante, muchachos! ¡Viva España, Viva Cristo Rey! » Todos, arrastrados por tal ejemplo de valor, le siguieron sin vacilar y la posición enemiga se tomó.

Trabaja, desde hace años, en el Museo del Prado de Madrid un antiguo legionario de la 4.ª Vive ahora en la calle Padilla. Se llama don Tomás Morano. La primera vez que, casualmente, le encontré, le pregunté si recordaba al que fue el Capellán primero que tuvo esa Bandera. Sin responderme, sacó su carterita de bolsillo, y de ella, el retrato del Padre Huidobro en su estampa. Su señora también lleva esa estampa siempre consigo. Cada domingo visitan el sepulcro del Padre Huidobro en la Iglesia de la calle Serrano. Le hablo entonces del enorme cariño que él les tenía a los legionarios.

> «Es verdad —me responde—; pero todavía más le queríamos nosotros, ¡todos!, a él. ¡Es que nos trataba con tanto cariño y se interesaba tanto por las cosas de cada uno! Se nos acercaba: 'Ven acá; cuéntame las cosas que te pasan'... Mire; sin tener obligación de hacerlo, apenas comenzaba un combate, ya se iba allí él, buscando heridos, consolándoles: ‘¡Hijo mío!..., ¿qué tienes?..., ¿dónde te hirieron?' Y si no había camilleros, él mismo carga con el herido. Otras veces recogía los cadáveres. No sé de dónde sacaba fuerzas para llevarlos sobre sí. Todos le queríamos mucho. Padre, como aquel nuestro Capellán, yo no he conocido otro. Era lo que más admirábamos y agradecíamos sus legionarios; por peligroso que fuera el sitio en donde uno cayera, allí se había de presentar él, con su rostro de cariño y su sonrisa a animar y a consolar.»

Así, con este cariño, como si su Capellán estuviera presente, me hablaba don Tomás Morano. ¡Y han pasado ya veintisiete años de su muerte!

Y así todos los sobrevivientes de la Bandera.

En las Escuelas Profesionales de Ciudad Real se encuentra, estos años, el Padre Ignacio Huidobro. Muy recientemente llegó a encontrarse en esa ciudad, por vez primera, con un ex Sargento de la Legión, don Fernando Maldonado. Se le presentó, y le dijo que él era hermano del que fue Capellán de la Bandera. Al suscitársele de pronto al antiguo legionario el recuerdo de su Capellán, las lágrimas llenaron de emoción sus ojos, al renovársele los tiempos en que con ellos estaba, veintisiete años antes, el Padre Fernando Huidobro.

En el verano del 64 conocí al Comandante Carbonell, en la Capitanía General de Valladolid. En la conversación que tuve con él supe que, a los dieciséis años, escapándose de los suyos, en los comienzos de la Cruzada, se había enrolado en la 4.ª Bandera, en donde permaneció hasta que le obligaron, por menor de edad, a cambiar de campo de combate. Le pregunté si había coincidido con el Capellán Huidobro. Como respuesta, saca la cartera y me enseña; allí guardaba con todo cariño su estampa con el retrato.

¿Qué tenía el Padre Huidobro que así se hacía querer en la Legión e hizo que este cariño no se borre con el tiempo? Porque lo notable es que él no iba buscando el cariño, sino la salvación de las almas de sus legionarios.

Con ocasión de la elevación al Generalato de don Carlos Iniesta, Director actualmente de la Academia Militar de Zaragoza, se reunieron, el 17 de mayo del 64, en Madrid veinticuatro ex Oficiales de la 4.ª Bandera, en la que Iniesta estuvo, durante la guerra, de Capitán. Algunos de ellos habían acudido de las regiones de España las más distantes. Después de la Misa que les celebró el Padre José Caballero, ex Capellán legionario, visitaron todos ellos el sepulcro del Padre Huidobro, a la entrada de la Iglesia de Padres Jesuitas, en la calle de Serrano. Junto al severo Sarcófago dejaron una corona de laurel, homenaje a su antiguo Capellán. La cinta que llevaba la corona tenía esta inscripción: «A su Capellán, los Oficiales de la veintisiete años después, 17-5-64.»

¡Es increíble, al cabo de veintisiete años, el recuerdo entusiasta y cariñoso que guardaban todos ellos de su querido y venerado Padre Huidobro!

Hacia el 1955 anduvo predicando por el norte de África el Padre Fernando Delgado Cros. Trató especialmente con los Legionarios del Tercio. En Tetuán se encontró a un antiguo legionario, que por su edad estaba haciendo de camarero en un Casino de la Legión. «Dime —le pregunta—, ¿en qué Bandera estuviste?» Y por toda respuesta, el ex legionario se mete la mano en el bolsillo del pecho, saca una cartera mugrienta, revuelve todo su interior, y sacando una foto, sucia y vieja, le dice casi llorando: «En la Bandera donde se batió este cura que era un santo, que era un valiente», y besaba la foto, emocionado. La foto era del Padre Huidobro. ¡Y habían ya pasado casi veinte años de su muerte! El Padre Cros pudo alegrarle al antiguo legionario, contándole tantas cosas del Capellán de la 4.ª Bandera, a quien había tenido de profesor y compañero.

Es que había llegado en la Bandera a tal grado el cariño, y aun la veneración, al Padre Huidobro, que ya al poco le querían como al mejor de los hombres. Escribe el Teniente don Narciso Valiente:

> «Se le consideraba como a un Santo verdadero, y todos los que le rodeaban, sin excepción de uno solo, estoy seguro que hubieran dado gustosos su propia sangre y su vida por su tan querido Capellán.»

7. SE SACRIFICAN POR ÉL.

El cariño, cuando es intenso y verdadero, es a la vez ingenioso y es sacrificado. El de los legionarios a su Capellán, era sincerísimo e ilimitado. Por eso, sencillamente, como quien nada extraordinario hace, llegaban, en su afecto por él, al heroísmo. Mezclado a veces con tales delicadezas de caridad para con el Padre Huidobro, que tocaban a lo sublime.

Las primeras veces, ni él mismo había caído en la cuenta. Después, se fue repitiendo el hecho, con demasiada frecuencia, para que no fuese advertido.

Es que cuando el Capellán, al encaminarse a alguna avanzadilla, tenía que atravesar algún sitio más batido por la metralla roja, como, por ejemplo, alguna trinchera poco profunda o algún paso más abierto, siempre le solía acompañar uno del Tercio. Y apenas llegaban al sitio de mayor peligro, ya se sabía, el Legionario se colocaba en seguida junto a él, pero siempre por el lado del fuego; se le notaba que caminaba extraordinariamente tieso, casi como de puntillas. «Pero, ¿qué te pasa?», preguntó una vez, extrañado, el Capellán, al notar que el soldado se esforzaba por andar un poco más levantado que él. «¿... a mí?..., pues nada...» Y ante la insistencia curiosa del Padre Huidobro, respondióle con la naturalidad de quien cumple llanamente su deber: «Nada... Pater; es que tiran los rojos... y podrían darte..., más vale que sea a mí...»

El Padre, ocultando su asombro, fingió enfadarse, exigiendo trato de mayor igualdad. Pero no podía disimular su emoción y su cariñoso agradecimiento, cada vez que describía estas escenas.

Otro hecho hay, contado por el mismo Padre, que en intensidad de nobleza y en sufrido afecto, supera toda ponderación; escuetamente, fue así.

Salió una vez —una de tantas, ya era casi noche cerrada— fuera de las trincheras, buscando heridos. La búsqueda, ciertamente que era algo arriesgada. Los centinelas, que ya conocían sus costumbres, no le habían puesto trabas, a pesar de que el fuego seguía bastante intenso y había partes batidas por ametralladoras enemigas. Al cabo de un par de horas ya había encontrado a varios, blancos y rojos, a quienes había asistido y conseguido su traslado a nuestras trincheras. A juzgar por los que fueron cayendo en las primeras horas, era fácil que todavía quedasen más heridos por el campo. Se interna por los olivares. Las balas silban continuamente por entre las ramas... « ¿Hay algún herido?», va preguntando, en voz baja, de tiempo en tiempo. «Contéstame; soy el Capellán.»

Nadie contesta. Luego de todo cruzar el olivar y un viñedo, ocultándose detrás de las matas, el Capellán logra regresar sigilo-

samente a la posición. Tras una paredilla de pedruzcos, envuelto en su capote, se echa a descansar.

Cuando, muy entrada la noche, cesó el fuego, viene al poco un sanitario a despertar al Capellán. «Venga, que hemos traído otro herido y está grave, porque se ha estado desangrando muchas horas en el campo...» Se levanta el Padre Huidobro. El diálogo entre el herido y el Padre es sublime en su evangélica sencillez:

> «'¿Dónde caíste herido?' ‘Padre, en los olivares de la derecha.’ ‘¿En los olivares? Pues si estuve yo por allí mismo buscando heridos en todas direcciones. ¿No me oíste llamar?' 'Sí, Padre, bien te oí.' 'Pues entonces, ¿por qué no me respondiste, hijo mío?' 'Padre... porque aquello estaba muy batido... y yo no quería que te diesen a ti...'»

Grado heroico de valor y de cariño. Era corresponder en la misma moneda al Padre que cada día arriesgaba la vida por sus hijos. Se comprende que el Capellán estuviese contento de sus legionarios, y los legionarios de su Capellán.

Tan hondo penetró este cariño de veneración y amistad filial, que todavía perdura muy cálido en todos cuantos sobreviven de los que se encontraron a su lado, durante aquellos pocos meses que duró su actuación de Capellán. Ni solamente los que le conocieron, aun los posteriores, se han venido transmitiendo como herencia el recuerdo glorioso del primer Capellán de la 4.ª Bandera. Sucede ahora, al cabo de los años, lo que ocurrió durante la guerra en un Hospital militar de Burgos. Decía el Capellán de dicho Hospital: «No he encontrado entre los heridos, ni un solo legionario de la 4.ª Bandera, que no lo conociera. Y aun los ingresados en la Bandera, posteriormente a la muerte del Padre, le conocían de oídas, pues todos los veteranos hablan de él con orgullo, considerándole uno de los más legítimos exponentes de la Legión.»

Si, ante la mirada de aquel Capellán de la 4.ª Bandera, se hubiera descorrido, durante su vida, el velo del porvenir, no dudo que se hubiera conmovido hasta lo más íntimo, al contemplar cómo, al cabo de años y años, iba a perdurar sin disminuirse nunca el extraordinario cariño hacia él de sus tan queridos legionarios, quienes, hasta el día de hoy, guardan imborrable veneración a su memoria gratísima.

No se ha desdibujado ante ellos la figura sonriente del Capellán Huidobro que, durante su abnegada actuación, se granjeó el afecto de sus soldados. Junto a ellos pasó por los campos de batalla, ejemplarizando el valor, pero al mismo tiempo, difundiendo siempre paz y bondad inacabable. Es gloria del Tercio, pero gloria nimbada en santidad.

En abril del 65 visité el Servicio Histórico Militar. Cosas muy laudatorias me estuvo allí contando de otros antiguos Capellanes un Capitán ex legionario; mas concluyó con la ponderación consabida: «Ahora que el número uno, ¡en todo!, lo ocupa el que fue Capellán de la 4.ª Bandera. Como él, ninguno.»

Por aquel mismo tiempo, al terminar una Conferencia sobre el Padre Huidobro, le pregunté a quien durante la guerra fue Director de Sanidad en la Legión, General Lafont: «Dígame, General; ¿juzga usted inexacto algo de cuanto acabo de decir acerca del Padre Huidobro?»

> «Lo único que yo le diría a usted —me respondió— es que el Padre Huidobro se merece todavía más ponderaciones de cuantas usted ha hecho. Al Cuartel General de Yagüe no venían sino alabanzas continuas de la labor de aquel Capellán.»

Muy extraordinario hubo de ser el cariño que en el Tercio se le tenía, para que, a pesar de los años ya interpuestos, sea tan espontánea la afectuosa veneración que le conservan.

Todos los legionarios hacen suyo el anhelo que el Capitán de la 4.ª Bandera, Francisco Canós Fenollosa, expresó al final de un artículo que, el año 48, publicó en un periódico:

> «Ahora la Legión, expectante, aguarda el término de la Causa de Beatificación. Porque la Legión, que tuvo de todo: hombres esforzados, mártires y héroes, si Dios lo permite y Roma lo proclama, tendrá también un Santo, que pudiera llevar este nombre rotundo: San Fernando de la Legión.»

CAPÍTULO XVII

BAUTISMO DE SANGRE

1. A la Casa de Campo. 2. Cae herido. 3. A Griñón. 4. Herido y entre los heridos. 5. Hacia la Ciudad Universitaria.

1. A LA CASA DE CAMPO.

Dos meses llevaba el Padre Huidobro en la Bandera, cuando, el 5 de noviembre, escribió desde Brunete: «Ahora mismo nos mandan salir para Móstoles. Espero que la próxima marcha será sobre Madrid.» Así pensaba él y así pensaban todos. No sabían que el triunfo final necesariamente tenía que prolongarse y merecerse.

En medio de sus legionarios de vanguardia, había el Padre Huidobro asistido a tantos heridos, visto tantos muertos. A derecha e izquierda caían los combatientes, pero a él siempre le habían respetado las balas. Puede que muchos legionarios empezasen ya a sospechar que su Capellán espantaba los proyectiles, que iba a salir de todas las batallas inmune. El Capellán bien sabía que no era así. Muy pronto se iba a comprobar que la suerte de él iba a ser la suerte de ellos. Y así convenía que sucediese, para asemejarse más, de esta forma, a sus legionarios, con la hermandad de sangre. Además, las redenciones, dice San Pablo, se hacen con sangre, con dolor.

En estos primeros días de noviembre, las tropas de Castejón habían ocupado, tras combates cruentísimos, los polvorines todos del Campamento de Retamares. Allí acudió también en ayuda la 4.ª Bandera. El Mando determinó que se avanzara algo más; había que hacer acto de presencia a las puertas mismas de Madrid, en sus arrabales, y mostrar así al marxismo que estaba tomada en firme la decisión de, tarde o temprano, liberar totalmente la capital

de España. Una manifestación patente de este ánimo irreversible, delante del Gobierno rojo, de las Brigadas Internacionales y de todo el pueblo madrileño, iban a ser la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo.

El primer plan de Castejón había sido el llegar, en esta primera arremetida, hasta el mismo Cuartel de la Montaña. Hubo que desistir. El Caudillo, en vista de la avalancha de fuerzas marxistas europeas, entradas aquellos mismos días en la capital, decidió llevar la guerra a campo abierto, a fin de evitar la mortandad de una lucha luctuosísima en las calles de Madrid; pero dejando antes clavada la bandera española, sin jamás arriarla, en las entradas de la ciudad.

Al atardecer del 8 de noviembre, aunque, después de tan mortíferos combates, iban ya desgastados y mermados, dando un audacísimo golpe de mano y aprovechándose de la sorpresa, a cañonazos abrieron dos boquetes en la tapia de piedra que rodea la Real Casa de Campo, y por ellos se lanzaron, torrente impetuoso, la 4.ª Bandera, como cuña, y detrás, un Tabor de Regulares.

Al mismo tiempo, las fuerzas de Barrón y de Tella llegaban a los puentes de Segovia y de Toledo.

Sin hallar apenas resistencia, penetraron, llenos de loco entusiasmo, hasta las cercanías del Lago grande. Allí se fortificaron. Y ocuparon aquella misma noche, a unos 200 metros del Lago, la Casita del Patinaje, así nombrada por su destino, al servicio de este deporte, junto al pequeño Lago.



Casita del Patinaje en la
Casa de Campo,
cerca del Lago grande.
Tiene unos 20 metros de fachada.
Conserva todavía,
en tres de sus lados,
señales de las balas.
Aquí fue herido el P. Huidobro.

Esta casa es la única que aún se conserva entre todas las que por allí existían; actualmente está desmantelada; es pequeña y se halla acribillada por balas y aun por algunos cañonazos.

A espaldas, a unos 300 metros y muy cercanas una de otra, había otras dos edificaciones (quedan hoy tan sólo sus cimientos), en los altos de dos cerritos; a la primera llamaban «La Ermita».

Por haberse abierto demasiado las tropas en su avance, quedaron estos dos edificios, como un enclavado, en manos de los rojos; y desde allí causaban grave mortandad a la Bandera.

En la expectativa pasaron aquella noche, y en alerta, pues la oscuridad en nada favorecía a los legionarios.

Fue sorpresa para los nacionales el saber la llegada a Madrid de las Brigadas Internacionales, en aquel preciso tiempo. Y fue sorpresa para los milicianos el encontrarse, vecino a ellos, al Tercio. El más inmediato y mutuo conocimiento se lo dieron cuando un camión armado y una gran parte del Batallón rojo de Albacete, a media noche, avanzaban atravesando la Casa de Campo, creyéndose que la vanguardia roja se hallaba en Navalcarnero. Casi todos cayeron prisioneros del Teniente Parra.

Los legionarios que aquella noche lograron dormir, soñaban que ya estaban recorriendo las calles de Madrid, entre aclamaciones del vecindario jubiloso. Pero a estas mismas horas, la capital se veía inundada por el aluvión de la ayuda extranjera.

2. CAE HERIDO.

El enemigo reaccionó violento ante la peligrosa puñalada en el corazón de sus posiciones del S. O. de Madrid. Antes del amanecer del día 9, el choque fue feroz. Duelo a muerte. Muchas bajas. Mucho heroísmo. La 4.ª Bandera, sin apoyo de retaguardia, batida por todos lados. La Casita del Patinaje —fue a insinuación del Capellán—, se convirtió en Puesto de Socorro, y muy cerca también, en primerísima línea, estaba el Puesto de Mando. Todo el mundo fuera, jugándose la piel. «El Padre Huidobro se multiplicaba —dice el Comandante Vierna—. Para él no había sitio de peligro.» Arreciaban con furia desesperada los contraataques de los rojos, exasperados ante la irrupción sorprendente de los nuestros. Hacia las ocho y media de la mañana era tan sin número la cantidad de balas en aquel infernal tiroteo, que, aun dentro del Puesto de Socorro y con todas las ventanas cerradas, habían caído hasta nueve, casi

todos muertos. Aquella casa, aunque de sólida construcción, parecía en estas horas una casa de papel, como si no existieran puertas y ventanas, pues por todas ellas entraban los proyectiles, provenientes, sobre todo, de la parte del Lago y de las dos casas de los cerros. En este Puesto estaba el Padre Huidobro. El número de heridos aumentaba sin parar, y él, con el Médico y dos o tres Practicantes, se mostraba infatigable en organizar su salvamento y traslado.

En lo más retirado de una de las habitaciones, que estaba en la parte opuesta al lugar de la lucha, tienden en camillas a los numerosos heridos que van trayendo, en espera de algún aminoramiento en la pelea, para poder evacuarlos a retaguardia. Pronto el espacio de que allí disponen es demasiado reducido para cuantos van amontonando las ambulancias, y deciden tenderlos simplemente en el suelo de la otra habitación, justo frente a una ventana desde donde se puede ir siguiendo muy de cerca toda la lucha. Ya iban dos sanitarios a colocar allí la camilla con un nuevo herido. El Padre Huidobro, sin perder la serenidad ni el valor en la mañana trágica, comprende al punto el nuevo peligro que esto le acarrearía al soldado, y para evitarlo no halla medio más práctico, ni más abnegado, que colocarse, rápido, él mismo, delante, tapando con su propio cuerpo la ventana: « ¡Aquí no! —exclama—, que por aquí están entrando muchas balas...! »

Ni pudo terminar de pronunciar esta última palabra. Un golpe seco junto a la rodilla derecha y un dolor agudo, como si le tirasen de los tendones. Su pierna estaba atravesada de izquierda a derecha por una bala. La que hubiera dado al herido. Perdido el equilibrio, cayó al suelo, víctima de la caridad, por servir de escudo a uno de sus legionarios.

Acudió a él, el primero, inmediatamente, un Cabo de la Legión, vivaracho aragonés, hospitalizado más tarde en Oña, y lo retiró de aquel sitio tan peligroso hacia un rincón, gesto de cariño en medio de la general escena de horror bélico.

Y es entonces cuando sucede una escena bellísima. Varios legionarios, ellos también heridos, se enteran de que su Capellán ha caído, y acuden a él cuantos aún pueden moverse. Y al ver que realmente está derramando sangre, los hombres del Tercio, esos

guerreros fuertes y endurecidos, no pueden reprimir las lágrimas y rompen a llorar como niños.

> «Jamás en mi vida he llorado —aseguró más tarde el Padre Huidobro— como lloré en la Casa de Campo al verlos llorar por mí.»

Lloró él, no de dolor, sino de cariño agradecido.

> «Corrimos a auxiliar al Padre los que podíamos —cuenta el Sargento Gutiérrez, que también había sido herido antes y estaba en el Puesto—. Se le curó sin que dejara escapar el más leve quejido. 'No tiene importancia', decía él. Mas en la cara se le advertía el sufrimiento. Era a la altura de la rótula y le había interesado los tendones. Nos dimos cuenta de que era herida mala, y como él rechazó una camilla, lo acomodamos en un sillón medio roto que había allí.»
>
> «Desde él, como desde una cátedra —añade el Capitán Rodrigo—, continuaba exhortando a los heridos.»
>
> «La pierna se le inflamaba enormemente e iba perdiendo mucha sangre. No había gomas para hacerle una ligadura —sigue diciendo el Sargento Gutiérrez—, y le di una mía que yo llevaba a prevención. No había medio de convencerle que la aceptase, y me repetía: ¡... que no, Rafael, que no!, ¡que estás expuesto a recibir otro tiro y morirte por mi culpa!' Conseguí al fin hacerle la ligadura, diciéndole chirigotas y amenazándole con que le iba a tratar como a un chico. Por fin accedió y se consiguió que dejara de sangrar.»

Llega en tanto una ambulancia y el Jefe ordena que el primero que salga sea el Padre Huidobro. Negóse rotundamente a irse mientras allí quedara un solo herido. También él estaba herido, pero era el Capellán y no había cerca otro sacerdote.

Quedóse allí mismo, sentado en una silla desvencijada junto a la puerta de la casa, en la parte opuesta al tiroteo; y continuó su labor de asistir y consolar a los demás heridos que iban continuamente entrando por aquel lado. Cuando trajeron algunos gravísimos —roturas en pecho y vientre—, se levantó del sillón, haciendo esfuerzos sobrehumanos y arrastrando su pierna; fue a uno dando los Santos Oleos, confesando a otros, absolviendo a los mo-

ribundos; hasta que el intensísimo dolor le venció a él mismo y cayó al suelo. Tuvo el Médico, al poco rato, que prohibirle se anduviese moviendo de una parte a otra en aquel Puesto de Socorro por buscar a quien ayudar. El dolor de la herida no logró turbar el sereno semblante del Capellán.

Seguía, en tanto, la lucha, cada vez más enorme, queriendo ambos, a toda costa, posesionarse, ese día 9, de la Casa de Campo.

> «Llegó un herido —dice el mismo testigo— procedente de un carro antitanque, con dos balazos en el pecho. Le colocaron cerca del Padre Huidobro. Como la hinchazón de la pierna y la hemorragia no le permitían moverse, me rogó a mí que le diera a besar el Crucifijo. El herido me rechazó: '¡No me vengas con tonterías y déjame morir en paz!' Yo le insté, que al menos por dar gusto al Capellán lo besara. No quiso. Entonces el Padre Huidobro cogió de mis manos el Crucifijo, y rezando con gran fervor, mientras lo miraba, me dijo: 'Ahora, dáselo de nuevo.' Se lo entregué al herido y vi con asombro que lo besaba con gran devoción.»

El Capitán Iniesta, ejemplo en todas ocasiones de religiosidad y de valor, llevaba siempre consigo colgada al pecho una medalla de la Virgen Milagrosa, a cuya protección se confiaba en los combates. Un día se la había mostrado al Padre Huidobro, quien la besó con muy grande devoción. Se acercó esta mañana al Capellán herido, y recordando las veces que el Padre les daba a besar el Crucifijo, sacó él su medalla de Nuestra Señora y se la acercó a los labios diciéndole: «Ahora me toca a mí, Padre...»

El Padre Huidobro, en carta escrita días después a su hermano, describe con brevísima sencillez una escena sublime, dentro de esta Casita del Patinaje:

> «Entró herido en la caseta, donde yo estaba ya con el balazo, un Oficial de carros de combate. Me arrastré a su lado, y tendidos los dos en el suelo, le confesé, porque tenía el pecho herido de un balazo de explosiva y estaba pálido como un muerto.»

Tendidos uno junto a otro en el suelo —el Sacerdote y el Oficial—, héroes ambos y víctimas de un sagrado deber. Segu-

ramente que el otro herido era aquel que primero se había negado a besar el Crucifijo.

Hacia las ocho y media de la mañana debió de recibir su herida. Una hora más tarde llegó el cochecillo de la Bandera a Campamento a comunicar al Capellán de Requetés que allí estaba, Padre Francisco Puyal, que el Padre Huidobro, herido, le rogaba viniese a sustituirle. Con ejemplar solicitud acudió inmediatamente este Padre. Cuando, avanzada la mañana, logró penetrar en la Casa de Campo, ya habían trasladado al Padre Huidobro y a los demás heridos, unos trescientos o cuatrocientos, un poco más a la entrada, junto a un pequeño arroyo algo más defendido. El Capellán todavía seguía derramando sangre por la herida.

Apenas vio entrar al Padre Puyal, le entregó el Portaviáticos, cajita en la que llevaba al Santísimo Sacramento: «Mire, Padre; he tomado esta mañana un poco de café con leche; pero déme aquí mismo la Comunión como Viático, pues bien puedo decir que estoy en peligro de muerte...» Medio echado en una camilla, recibió con gran devoción la Eucaristía de manos del Padre Puyal.

El Padre Huidobro fue indicándole al otro Capellán los heridos a quienes ya había asistido. Todos los demás, y aun no pocos heridos rojos que habían caído prisioneros, continuaron confesándose con ambos Padres. Así permanecieron hasta cerca del mediodía, en que vino una nueva ambulancia. Y una vez más, pleito con la caridad y abnegación sin límites del Padre Huidobro. Había allí una camioneta con dos colchonetas. Al ver el Padre que a él le ponían en una, y que junto a él, tendido en el suelo, quedaba otro legionario, también herido en la pierna, se echó inmediatamente afuera y hace que su sitio lo ocupe el otro. Y sentado en un tabardo, sobre las tablas, salió de la Casa de Campo, el Capellán; como dijo en esta ocasión de él un legionario emocionado, «sale en la camioneta este santo hombre, que ha de servir de ejemplo a las generaciones venideras».

3 A GRIÑÓN.

Sentado a su lado y también herido leve, iba el Teniente Parra. Los evacuaron al Hospital de Griñón, instalado en el que fue

Colegio de Hermanos de la Doctrina Cristiana. Quedó en una habitación del primer piso, que da al patio izquierdo. Llegó animoso. Había ido hablando durante el viaje, desde el baquet de la camioneta, con los quince o veinte heridos que con él iban. Un mes más tarde, todavía recordaba, lleno de consuelo, la despedida que le habían hecho cuando le sacaban de la Casa de Campo:

> «Nunca olvidaré cómo lloraban los legionarios al ver que me traían herido.»
>
> «Cundió por toda la bandera esa mañana la preocupación por él; verdadera desolación», afirma el Comandante Vierna.

Un soldado español de Regulares le decía más tarde al Capellán:

> «Padre, no puede usted figurarse el mal humor con que estábamos todos los del Tabor y los legionarios el día que le hirieron, porque usted era el que animaba un poco aquello.»

Y es que todos experimentaban lo que ayudan las cosas de Dios a llevar la dureza y los peligros de la guerra.

Mucho le lloraron sus legionarios. Mas le faltaron las lágrimas de quien, de haberlo sabido, las hubiera derramado apenada, pero a santo orgullo maternal. La noticia de la herida no llegó a la zona a santanderina, a su madre y hermanos. Hasta el 25 de agosto del 37, Santander no quedó liberado. Por medio de la familia Leguina, les había llegado esta sola escueta noticia: que Fernando estaba de Capellán en la guerra.

En la tarde de ese día 9, los soldados de la 4.ª Bandera tomaron, tras dura resistencia, las dos casitas que habían quedado algo a retaguardia. Tan próximas estaban entre sí, y tan batidas, que pusieron una cuerda de la una a la otra, para hacerse señales en la noche los centinelas. Estas casas nunca ya las abandonaron. En cambio, vino orden de rectificar algo las líneas replegando un poco las fuerzas, y se retiraron, dos días más tarde, de la Casa del Patinaje que, en una pequeña hondonada, se hallaba demasiado expuesta.

Zarandeada la pierna rota por el traqueteo de la camioneta, llegó el Padre Huidobro al Hospital de Griñón, hacia las cuatro de la

tarde. Tan agudos eran los dolores que, ni aun hecha de nuevo la cura, pudo descansar. Sentado en su cama, con su uniforme de legionario, rezaba el Breviario. Aquel silencio y paz, después de la baraúnda horrísona de los últimos días, se le hacía tan nuevo que le parecía haber sido trasladado a otro país. Cerró el Breviario... y voló con la imaginación a las terrosidades húmedas de la Casa de Campo, a los muchachos de la 4.ª Bandera, a los combates... De pronto coge su block de notas, arranca unas hojas y pónese a escribir. La espontaneidad de estas líneas son reflejo de su alma sacerdotal. Fue un breve artículo e intituló: *Desde la línea de fuego*, y salió publicado en aquellos días por varios periódicos. Nos descubre cuáles eran sus sentimientos nobilísimos, al caer herido: despreocupación por sí, amor ardiente a sus legionarios. Copio sus primeros párrafos.

> «Esta mañanita, entre las brumas húmedas de otoño, a las puertas mismas de Madrid —delante de mí el Lago de la Casa de Campo—, ha venido una bala a cortar mis actividades de Capellán. Con el alma desgarrada al separarme, en momentos difíciles, de mis bravos legionarios de la 4.ª Bandera, les envío estas líneas. Sus Oficiales son caballeros, con todo lo que esta palabra encierra de legendario y noble. Sus soldados, francos y cariñosos, valientes como leones y tiernos como niños. Para mí son hijos. Y con esto me perdonarán todos lo que en mis palabras parezca ser encomio exagerado.
>
> Sé que entrarán en Madrid, y temo que caerán muchos. Y estoy con ellos todo el día, en la soledad augusta del corazón que ora. Con el Cristo sobre el pecho, salpicado de la sangre de sus labios, que lo besaron hoy al caer heridos, como ayer tarde, al avanzar sobre el enemigo, lo besaban, sanos todavía.
>
> ¡Hijos míos!, ¿dónde estáis ahora, ante ese Madrid rojo que, desde el fango de sus pecados, os recibe a tiros...?»

A su Padre Rector también le escribió al día siguiente:

> «El hombre propone... Ya me saboreaba yo con la toma de Madrid, y ya llevaba Dios cada día más adelantada la obra de recristianizar a mis legionarios, cuando una bala en la

pierna ha cortado todos mis trabajos. Tengo la satisfacción de que haya sido en el cumplimiento estricto de mi deber, asistiendo a los legionarios heridos.

Fue una semana muy dura en que caímos muchos. La emoción de mis legionarios al saber que había caído 'el padre', me hizo llorar.

El Padre Puyal recibió un parte mío en que le pedía viniese a sustituirme; y con heroica prontitud estaba en la Casa de Campo asistiendo a los heridos, antes de salir yo de allí. Así no faltó nunca el sacerdote.»

«La toma de Madrid es segura —decía él en aquellos días—; pero van a correr ríos de sangre, gracias a la obstinación roja.»

Desde Griñón, hechas ya las primeras curas, le trasladaron, dos días después, al Hospital de Santo Domingo, en Talavera. Aquí permaneció hasta la víspera de la Inmaculada.

Este Hospital de sangre de Talavera de la Reina se hallaba en el Edificio del Colegio llamado «de la Enseñanza», que para alumnas tenían las Religiosas de la Compañía de María; los salones de estudio se llenaron de camas con heridos y las religiosas se convirtieron en enfermeras.

Y empezó vida de inacción. Digo, inacción relativa. Consideraba absurdo, máxime en aquellos tiempos, que un sacerdote estuviese ocioso. Y decidió aprovechar, cuanto le fuese dado, el obligado descanso que era, a su parecer, excesivo.

«Me da vergüenza la herida. No ha sido nada y todos me encomiendan y felicitan. Espero que la próxima seré digno de sufrir algo más.

Ha sido una pequeñez, o mejor: una Providencia de Dios, que ha guiado la bala entre los tendones y huesos; de suerte que no ha interesado cosa de importancia.»

Cierto. De muchas partes recibía cartas de felicitación y pruebas de la universal estima en que era tenido.

Su carácter sacerdotal, su categoría de voluntario y la fama que le había precedido en boca de heridos de su Bandera, hicieron que desde el primer día médicos y religiosas, heridos y soldados le

colmasen de atenciones y de cariño. El mismo Padre General de la Compañía, apenas se enteró de que había sido herido, se interesó mucho por él y le envió, por medio del Padre Gutiérrez del Olmo, su paternal bendición; como él mismo dijo: «di tutto cuore».

> «No puedo explicarle —contestaba el 9 de diciembre el Padre Huidobro— cuánto he agradecido la carta y el que haya alcanzado para mí una tan especial bendición de nuestro Padre.
>
> Las heridas están perfectamente cerradas, quiero decir, el orificio de entrada y salida. Y por lo pronto que me atendieron y no haber tocado hueso, no he tenido nada de infección ni de fiebre.
>
> Lo único que sentiría, si no viese en ello la disposición de Dios, es que un poco de derrame sinovial me tiene tendido en la cama, sin poder acudir a compartir, otra vez, con mis legionarios, los peligros del frente.»

4. HERIDO Y ENTRE LOS HERIDOS.

No sin razón llamaba siempre a los soldados «mis legionarios». El era su Capellán y no quería diferenciarse de ellos. Mientras estuvo en Talavera quiso que le tratasen como a todos los demás heridos. La religiosa de aquel Hospital encargada de servir la comida al Padre, nos refiere sobre esto algunos datos curiosos:

> «A las horas de comer siempre manifestaba algún disgustillo conmigo, pues me decía que no quería complacerle. Su deseo era comer lo mismo que los soldados heridos. Y como yo no le obedecía en esto, un día me dijo, algo serio:
>
> ‘Madre: o me trae la comida de los soldados, o llamo a una Hermana de las que la reparten, para que haga el favor de entrar aquí con los peroles y me sirva como a ellos. ¿Le parece a usted que es edificante que un pobre jesuita esté tratado con este regalo? No, Madre; quiero ser en todo como mis legionarios.’
>
> Le prometí que le complacería en adelante; pero duré muy poco en mi propósito. Entonces me dijo: `No he comido

a gusto más que dos días.' A lo que contesté: 'Perdone usted, Padre; pero hay que tener en cuenta que usted no sólo está herido, sino también enfermo. Y por su enfermedad no puede tomar algunas cosas de Las que toman ellos.' Contestó el Padre: 'Mi enfermedad, mi enfermedad... ¡vaya una cosa!'

Otro día le indiqué tomase un poquito de vino, porque estaba muy débil y le vendría bien. En seguida la pregunta: '¿Lo beben mis chicos?' Y como yo no lo sabía, no consintió en tomarlo hasta que me enteré y pude decirle que sí, que se les servía un vaso pequeño. Entonces contestó: 'Démelo'.»

La convivencia con tanto enfermo y mutilado le conmovía muy hondamente e impulsaba su caridad y su celo:

«Tanto como el frente me ha aprovechado el tiempo de Hospital —decía en una carta desde Talavera de la Reina—, viendo heridas horribles y operaciones y sufrimientos, que no se puede uno figurar. Y el ver a cada hora cómo acaba la vida y termina en un momento todo. Y tener que vivir así, al lado de la muerte, haciendo con ella buenas migas a fuerza del trato continuo.

En la meditación es fácil. Cuando viene la realidad nos tiembla la contera, como dice el P. Granada. Al menos a los que somos para poco y cobardes.

Pida usted mucho por los que harto lo necesitamos. Y si llega la cuenta, que no sea muy estrecha.»

El domingo 15 pudo ya levantarse para oír Misa. Y el 21, día de la Presentación de Nuestra Señora en el Templo, consiguió permiso, el estrictamente necesario, para celebrar. Arrastrando dolorosamente la pierna, subió al altar. Fue universal asombro cuando a la Comunión, según su costumbre del frente, se volvió a los oyentes y tuvo su plática-fervorín, sin apoyarse, durante casi un cuarto de hora.

Desde que le dejaron salir de la cama —tendido en ella tuvo que estar hasta que abandonó definitivamente el Hospital— ya no les faltó a los demás heridos su frecuente visita. Apoyado en dos muletas, subía las escaleras, recorría las salas. A unos hacía la cama. A otros arreglaba las almohadas. Para todos tenía frases de

cariño y aliento. Y no era raro se quedase, hasta muy entrada la noche, a la cabecera de algunos enfermos, para consolarles en sus penas con palabras santas y animarles en sus dolencias.

El Jefe de Artillería, Alarcón de la Lastra, herido durante este mismo tiempo y hospitalizado en Talavera, contó un caso de los tantos en que la eficacia apostólica del Padre Huidobro se manifestó bien a las claras, durante su permanencia en aquel Hospital:

> «El Capellán de Santo Domingo, otro jesuita, compañero del P. Huidobro, había hecho reiteradas tentativas, a fin de atraer a los Sacramentos a un Teniente de la Legión, herido. Todo fue inútil. No es que fuese malo aquel Oficial del Tercio, pero sí muy descuidado en cosas de religión.
>
> A mí me parecía ya imposible conseguir más, por el estado de excitación en que se ponía aquel muchacho cuando le hablaban de ese asunto.
>
> Me dieron a mí una inyección de morfina y me quedé dormido. Cuando me desperté, allá por las tres o las cuatro de la madrugada, vi al Padre Capellán que salía del dormitorio con el Santísimo, después de haber dado la Comunión al Teniente en el silencio de la noche. Tras él salía, apoyado trabajosamente en sus muletas, el Padre Huidobro, obrador de aquel milagro. Era una de las primeras veces que se había levantado. Pero así actuaba, estando herido, aquel Capellán de la 4.ª Bandera.»

Iba él, entretanto, preparando la redacción de no pocos escritos de propaganda y apostolado. Hacíasele demasiado largo el forzado reposo del Hospital. Andaba vestido con su guerrera de legionario, pero no podía ponerse, por la herida, los calzones de uniforme, sino que llevaba un pantalón recto, negro. Y siempre con su bastón. Llamábanle a uno y otro lado los heridos, que se disputaban el oírle y hablarle. Sus preferencias, como siempre, los más sencillos y abandonados.

No se contentó con el Hospital de Santo Domingo. Se enteró, cuando llevaba muy pocos días en pie, que al Hospital de San Prudencio habían traído varios Oficiales heridos del Frente de Madrid. Y aunque se encontraba este Hospital bastante alejado, allá se fue a visitarles.

Hasta los moros heridos preguntaban con insistencia por él. Verdad es que algunos le habían visto en primera línea, en avances difíciles, y aquel heroísmo de un soldado sin armas, les admiraba. Una mañana salía la religiosa del aposento del Padre. A la puerta aguardaba un moro: « ¿Ser tuyo este muchacho?» «Es un Sacerdote, un Kaid de nuestra Religión que está herido.» «Sí, sí; yo conocer a ese muchacho. Yo querer mucho a ese muchacho. ¡Valer mucho y ser valiente! » No pudo menos de sonreírse la Hermana.

El Padre, pocos días antes, había escrito en una carta: «Aun entre los moros tengo amigos.»

Y a Ignacio, su hermano:

> «Un moro de Ifni, legionario, ha venido a verme, fervoroso, aunque sin bautizar; me decía que aquel día de mi herida había sido muy triste y oscuro. Y desde entonces, 'mala sombra, mala sombra'. Y es que los pobres cayeron como granizada.»

Para los heridos, todo cuidado le parecía poco. Se encontraba en una ocasión cuidando él solo a un soldado en el Hospital. Necesitó una sábana limpia y se la pidió a la enfermera. Acudió ésta a la Ropería, pero ausente la Madre encargada, recibió la respuesta de que volviese más tarde, pues la otra religiosa no tenía permiso para dar nada. En éstas se hallaban, cuando se oyó la voz, bien conocida, del Capellán, que en aquel momento se presentaba: «Si usted no puede dársela, yo sí», y cogiendo él mismo la sábana, se marchó con ella a terminar de curar al herido.

Allí, lo mismo que en todas partes, era el gran consuelo de los heridos. « ¡Este Padre es un santo! », exclamaban tantas veces al sentir lo ilimitado de su caridad y abnegación.

Un hecho luctuoso aconteció durante su estancia en Talavera. El día 19 de noviembre estaban sirviendo al Padre la comida, cuando empezó, de pronto, un terrible bombardeo de la aviación roja, que destruyó cuatro casas y un convento. El espantoso ruido de las primeras detonaciones fue para el Padre Huidobro la señal de lanzarse al punto, cojeando, con cuanta prisa pudo, ayudado en sus muletas. Y fue el primer sacerdote que llegó a tiempo de poder prestar a los heridos del atentado los auxilios espirituales.

Otro rasgo hermoso de caridad cristiana observaron en él, durante su permanencia en el Hospital: entregó su alma a Dios, asistido y consolado hasta el último momento por el Padre Huidobro, el legionario Piñuelas. Fue depositado su cadáver detrás del Altar Mayor. Llegada la noche, el Padre Huidobro desciende trabajosamente a la planta baja del Hospital y se dirige a la Iglesia. Una de las religiosas enfermeras lo advierte. Se acerca a él y le dice que aún está convaleciente; que el médico no le habría de consentir moverse y fatigarse tanto; que es mejor se recoja a reposar en el aposento. El Padre, que iba con el rostro muy conmovido, intentó una sonrisa de agradecimiento, pero siguió adelante. Ya habían sonado las doce. La religiosa, antes de retirarse a descansar, fue una última vez a la Iglesia. Allí, en la semioscuridad, continuaba el Padre. No podía aún doblar la rodilla, pero estaba sentado, muy cerca, junto al cadáver... Seguía velando al legionario muerto con el mismo amor con que le había velado en la agonía.

De todas estas actividades se enteraban los médicos, y tanto cuanto admiraban la virtud del Capellán, tenían que temer por retrocesos en la curación de la herida.

A todo esto, el Padre, preocupado por las noticias sangrientas que continuamente llegaban de las operaciones del frente, comenzó a rogar le dieran de alta. No podía estar tranquilo, separado de sus legionarios, en aquellas horas tan difíciles para su Bandera:

> «Los días peores de la campaña —escribió desde el Hospital de Talavera— han sido estos en que yo estaba en la cama y recibía sin cesar noticias de cómo ellos iban muriendo en la Casa de Campo, o en la Ciudad Universitaria. Dios sabe lo que hace.»

No podía estar tranquilo dejándose cuidar, ni al pensar en sus legionarios del frente, ni al pensar en los soldados heridos allí en Talavera. El 4 de diciembre escribe:

> «Me han encontrado ahora un derrame sinovial. Y esto me está retrasando el día que vuelva a verme con mi gente. Mañana me voy a Toledo, a ponerme allí a cura de reposo absoluto, que aquí no consigo, pues ando visitando heridos, sin poderme quedar quieto.»

Pero en Toledo tampoco se pudo quedar quieto. Era demasiado fuerte la voz que le llamaba a asistir a los que estaban cayendo. Por fin, el día 7, con muchos dolores todavía en la rodilla, y con la obligación de hacerse unas curas en el Hospital de Toledo, le permitieron marcharse. Pero no le dieron de alta.

En Toledo, al igual que en Talavera, había sido convertido en Hospital de sangre un Colegio de religiosas, el llamado «de Doncellas». Aquí fue donde atendieron unos días al Capellán herido.

En ambos hospitales hacen constar que el Padre Huidobro no está aún en disposición de ir al frente, pero que le dejan irse porque é lo pide. Se ve que no querían, y con razón, cargar con la responsabilidad. «Hospital Militar de Talavera de la Reina. —Regimiento Legión. —Capellán Militan—El Capellán D. Fernando Huidobro, SJ., que entró el 11 de noviembre, salió de alta Evacuado al Hospital Militar de Toledo, a petición propia. —Talavera, 3 de diciembre de 1936. El Director.» Y al dorso de la misma hoja: «En el día de la fecha sale de alta, a petición propia, para incorporarse al frente con su Bandera. —Toledo, 11 de diciembre de 1936. —El Jefe de Servicios, Peias Olegado.»

Le atraía irresistiblemente el irse a acompañar a sus legionarios. Pero se fue del Hospital con gran sentimiento. Esta especie de lucha interior aparece en sus cartas escritas al salir. Dice así, escribiendo a su Superior:

> «En Talavera he ayudado un poco en consolar a los enfermos y administrar los Sacramentos. Y parece me da Dios gracia para ello, según dicen todos; pues heridos y Hermanitas me quieren muchísimo. Me ha costado venirme a Toledo, pues ya quería mucho a aquellos heridos.»

Y a sus compañeros de Bélgica:

> «Mi herida me avergüenza. Ha sido una herida de postín, un tirito de suerte para provocar homenajes y felicitaciones, por eso que se llama el 'bautismo de sangre'. Y tanto me avergüenza, que me consumo en deseos de volver al frente.
>
> Mientras yo estaba bien cuidado en la cama, aunque sangrando el alma, iba llegando noticias de bajas y bajas, de que habían caído muertos éste y aquél, por quienes yo, por

su salvación eterna, tenía ofrecida a Dios mi vida.

Y luego, verme querido con delirio, con un cariño medio salvaje, de legionarios; y ver que no merezco sino ser despreciado y que esos que así me quieren, van muriendo; y yo, lejos de ellos, buscando mis comodidades. No me felicitéis; no soy digno sino de ser despreciado.»

5. HACIA LA CIUDAD UNIVERSITARIA.

La salida del Hospital fue algo triste. La culpa de esto la tuvieron los mismos legionarios; los heridos, digo, hospitalizados en Talavera Y que le hacían violencia para que no los dejase. Ya salía, cuando llegaron al Hospital dos heridos graves que muy especialmente querían al Capellán. Le rogaban que querían morir entre sus brazos. El Padre Huidobro luchaba consigo mismo. Insistía la religiosa, apoyando las razones de los dos heridos. «Mire usted —respondió al fin el Padre; uno está perfectamente preparado; muere como un ángel. Con el otro —añadió entristecido—, ya ve usted cuánto es lo que puedo... No he conseguido nada...» Y apretando el Crucifijo contra el pecho, exclamó: « ¡Ay, corazón, corazón... Pero el deber me llama al frente...» Y se fue, sin más, para Toledo.

Sus legionarios ya no estaban donde el día de la herida los había dejado: en la Casa de Campo. Hacía ya tres semanas largas, desde el 16 de noviembre, la 4.ª Bandera estaba en la Ciudad Universitaria. Habían atravesado el Manzanares y se habían establecido en una porción de casas abandonadas; y sobre todo en la serie de edificios que formaban la incipiente sede de estudios universitarios. Habían comenzado allí una guerra de estabilización, monótona y durísima; a unos metros de las posiciones rojas. La comunicación con retaguardia, peligrosísima: sólo por la noche, pues había que atravesar un puente militar de tablones casi flotantes, bajo fuego de la artillería roja. Los heridos graves eran evacuados en algún carro de asalto, que lo cruzaba con el acelerador hasta el fondo. Y aun así era preciso, muy de ordinario, aguardar horas de cierta tregua.

En el Hospital de Talavera, el médico le había dicho al Padre Huidobro que, únicamente dejándole inmovilizada la rodilla, podría

regresar al frente. Aceptó gustoso el Padre. Entonces le rodearon enteramente la rodilla con la llamada «goma de caballo», una pasta negruzca que, al endurecerse cual cemento, ponía luego la pierna como si estuviese entablillada. «Con esto, ¿ya no se me inflamará la rodilla?» «No.» «Pues esto me basta», respondió el Padre.

¡Y así perseveró los cuatro meses que aún le quedaban de campaña; y con la rodilla casi inmovilizada, caminaba por el campo, asistiendo a los heridos!

En diciembre de 1958 publicó, en el *A B C* de Madrid, una carta el doctor don Emilio Ley Gracia, puntualizando bien este hecho de la pronta salida para el frente del Padre Huidobro:

«Como era jefe del equipo que le asistió (al Padre Huidobro) en Toledo, yo no recuerdo bien si admirado por su santidad y alto espíritu, dije la frase que me atribuyen de que 'puesto que no se cuida, bien podía irse al frente'. Lo que sí puedo atestiguar es que se marchó sin ser dado de alta, contra mi voluntad y sin curar sus heridas; en las cuales, a última hora, colocó una de mis buenísimas enfermeras, Pilar Zulueta, un vendaje de «cola de cinc», con el cual murió.»

Con razón, y usando una palabra demasiado suave, pudo escribir el día 11:

> «El tiro en la rodilla me ha dejado cojitranco una temporada; y aun ahora está algo hinchada y ando mal y apoyado en un bastón. Pero ya me han concedido permiso para volver al frente. Y mañana me iré, pasando por Talavera.»

Alegre partía al frente, como si fuera a fiestas.

Una mañana saltaron de alegría los muchachos de la 4.ª Bandera que estaban en las mismas avanzadillas del Clínico. Es que desde «Firmes Especiales», o sea, donde estaba la Intendencia para abastecer la Bandera, acababan de llamar por teléfono. Era el Capellán, que aquel mismo día iba a intentar hacer el paso difícil y reincorporarse a ellos; que cuando bajase el convoy por la comida, subiría él con los que llegaran.

Al punto se ofrecieron varios para acompañarle a la subida. El Capellán no conocía ni el camino, ni menos los sitos más seguros para atravesar aquella zona peligrosa.

Un Sargento, gran amigo del Padre, fue el designado, y bajó a Firmes Especiales a buscarle y a guiarle por aquellos vericuetos extraordinariamente peligrosos, dado que todavía no tenían el campo cubierto que, meses más tarde, facilitaría aquel tránsito; había que recorrerlo al descubierto.

Al verle el Padre, le abrazó, como a uno de su familia, después de triste ausencia. Era el primero de sus legionarios que encontraba después de los terribles combates de semanas anteriores. Abrazo de alegría por volver al cariño recíproco de su Bandera; abrazo de pena por tantos, allí los iban enumerando, idos ya para siempre.

Llovía torrencialmente en aquel atardecer invernal. Había a ratos que correr o que esconderse un poco para evitar ser blanco al fuego enemigo. Así subió el Padre Huidobro al Clínico: arrastrando con dolor su pierna y apoyándose en su compañero..., como Cristo con el Cirineo.

El mismo acompañante cuenta así esta subida:

> «Bien sabía yo que no le había de faltar un brazo de legionario en que apoyarse, ya que estaba cojo todavía, pero decidí bajar yo en persona por él, demostrándole de esa forma lo mucho que le apreciaba.
>
> Bajé pues en el convoy. ¡Cómo se le notaba el contento que sentía de verse ya entre nosotros!
>
> Nos pusimos en marcha. ¡Fue un Calvario! No teníamos camino ninguno, pues era necesario entrar despistando al enemigo, por el Parque del Oeste, hasta llegar a la Escuela de Arquitectura y de allí al Clínico, entre un barrizal tremendo y una verdadera lluvia de balas, cañonazos y morterazos.
>
> El se cogió de mi brazo, y al fin conseguimos llegar. Pero, ¡cómo llegó el pobrecillo! ¡Iba que daba pena I... La pierna no le dejaba andar...»

Quien les viera a los dos caminar con tantas dificultades, diría eran prófugos que abandonaban alguna ciudad en guerra. El Padre Huidobro sabía muy bien lo que es el horror de los combates y el dolor de una bala, su pierna no se lo dejaba olvidar. Y ahora viene, huyendo los descansos y agasajos de retaguardia, y camina a la guerra y a las balas, a lo más avanzado de nuestras vanguardias

sobre Madrid. También Cristo sabía lo que eran dolor y espinas, cuando subía la cuesta del monte cargando la Cruz.

Momentos tuvieron en este larguísimo caminar en los que hasta hubo recuerdos de las tres caídas; se escurría continuamente el Padre Huidobro en el fango resbaladizo de cada paso. Gutiérrez tiraba entonces de él para que venciera, hasta el final, cada una de las duras cuestas. El Padre hacía un nuevo esfuerzo. La única exclamación que le hacía a su compañero de marcha, mientras alzaba sus ojos, serenos y claros, hacia el término del viaje, a la Ciudad Universitaria: «Nada, Rafael... vamos adelante... no te apures... ¡todo sea por Dios!...», y todavía le quedaba dominio de sí para dibujar una sonrisa de agradecimiento a su Cirineo.

Una vez en el Clínico, corrió muy pronto la voz: « ¡el Pater ha vuelto!...», y le rodean infinidad de legionarios, los Oficiales... toda la Bandera, que le felicita y que celebra se encuentre ya entre ellos, de nuevo, el querido Padre Huidobro. Clamores de alegría y abrazos entusiastas. El Capellán olvida pronto la penosa subida y se acomoda en una de las camas del dormitorio corrido que por aquel tiempo usaban los Oficiales, y con la alegría de verse entre los suyos, parecía transfigurado. Abrazaba a todos los legionarios como si fuera su padre. Se quitó las vendas que le habían puesto para que el barro del camino no enlodara la pierna herida, se cambió el calzado y en seguida comenzó a bullir por todas partes, visitando los puestos de las avanzadas, preguntando por todos. Y los soldados, más alegres aún, al verse tan queridos por su Capellán.

Fue en seguida conociendo este audaz frente de Madrid: en todo aquel enorme sector, en donde se estaba asombrando al mundo con un heroísmo difícilmente igualable, había largos corredores de edificios en construcción, largas y estrechas trincheras, y frecuentísima lucha. Este iba a ser su campo de apostolado. Allí se batían legionarios y requetés, regulares e infantes: un total de más de seis mil hombres, donde las bajas eran incesantes, y solamente cinco Capellanes para la asistencia espiritual.

Con sobriedad, no exenta de cierta gracia, describía, días más tarde, esta su llegada a la Bandera. Así dice el 27:

> «Aunque cojeo y estoy torpe, me aconsejó el Médico venir al frente, pues la completa curación será cosa de meses. Así que me compré en Toledo un bastón de cinco reales,

> apañé mis cosas y me vine a la Universidad.»

No fueron del todo malos los «estudios» que allí curso. Por eso, recordando que ya para antes de esas fechas le tocaba haber reanudado sus cursos filosóficos en la Universidad alemana, añade al final de su carta:

> «Saludos a todos. Al P. Hellín (Decano de la Facultad de Filosofía), que aquí se aprende más Filosofía que en Friburgo. Por lo menos, Lebensphilosophie (filosofía de la vida).»

Llegó muy a tiempo. A los pocos días: cuando el 24 se presentó por vez primera en el Puesto de Socorro de Firmes Especiales en gratísima e inesperada visita al Padre Caballero, único Capellán en aquel centro, había enorme aglomeración de heridos, colocados en camillas y en el suelo. Buena ayuda para el trabajo de confesiones.

La reintegración del Padre Huidobro a la Bandera no debió de se antes del 14; pues el 13 encontramos, fechada en Talavera, camino del frente, una carta, último escrito de su etapa de «herido» y que nos da a conocer su estado de ánimo al reanudar su labor de Capellán. La escribió a un antiguo compañero de noviciado y de estudios, Padre Moreno Pareja:

> «Su carta me ha llegado al alma, queridísimo don Fernando. Aunque bien poco he sufrido. Una bala que me pasó la rodilla por el camino que le marcó Dios, sin tocar hueso.
>
> Y ahora, repuesto, o al menos capaz de moverme, aunque renqueando, me vuelvo allá alante, donde los legionarios conciertan sus bodas con la muerte.
>
> Pero dicen que les da alegría y ánimo ver al Capellán por la guerrilla, y hay que volver a la línea a asistir a nuestra gente, a los que están cayendo para salvarnos a todos.
>
> Pida usted por mí, que aproveche esta ocasión de curtirme y de amar a Dios y de aprender a sufrir, como sufren estos muchachos. Ellos saben del dolor y del peligro de muerte.»

Muy renqueando, como él escribe, debía aún encontrarse, pues dos meses más tarde apenas se podía arrodillar y todavía caminaba con dificultad. Al Padre Caballero le dio lástima cuando,

a principios de febrero, le vio salir de Toledo para dirigirse al Jarama. Tenía que andar a pie unos ocho kilómetros, hasta la Estación de Bargas, para allí tomar el convoy que le llevase al frente. A pesar de que algo cojeaba, llevaba a cuestas la maletita del altar portátil y los enseres personales. Le pidió que se quedase un tiempo en Toledo, para curarse del todo, y el Padre Huidobro, muy animoso, le contestó: «No puedo. Mi deber es ir al encuentro de mi Bandera.»



Con un grupo de Oficiales Legionarios
durante la batalla del Jarama.
Debido a su cojera no podía prescindir del bastón.

Al verle así subir, tan trabajosa y animosamente, la cuesta del Clínico, y al verle perseverar meses y meses en el frente, a pesar de su pierna medio rota, y aun caminar y hasta correr por el campo buscando heridos, apoyado en el bastón del cual ya nunca pudo desprenderse, derrochando siempre energías consigo y bondades con los demás, bien podemos aplicar a este «impaciente» Capellán los versos que, en boca de Fabro, pone Pemán describiendo a San Ignacio:

«... que cuando en algo se empeña,
paso a paso, bien o mal;
repartiendo por igual
la suavidad con el mando...,
cojeando, cojeando,
llega siempre hasta el final.»

CAPÍTULO XVIII

EL CRUCIFIJO DEL PADRE HUIDOBRO

1. Inseparables, el Capellán y el Crucifijo. 2. Símbolo de su actuación. 3. La devoción del Padre Huidobro. 4. El beso al Crucifijo. 5. Siempre con la Cruz. 6. El puesto del Capellán.

1 INSEPARABLES, EL CAPELLÁN Y EL CRUCIFIJO.

Notable es el interés e insistencia con que los legionarios todos de la 4.ª Bandera, Jefes, Oficiales y soldados, a la muerte del Padre Huidobro en la Cuesta de las Perdices, pedían, casi reclamaban como algo que les pertenecía, se les entregase el Crucifijo del Capellán para colocarlo bien en el Museo que la Legión tiene en Ceuta, bien en el Guión de la propia Bandera del Tercio. Allí sería augurio de protección divina y recuerdo de su veneradísimo Capellán. Y es que, como dijo el Comandante Mora Requejo, «este Crucifijo, aun en vida del P. Huidobro, era una reliquia y hasta una bandera».

A un legionario que tenía sus buenas dotes de artista, tanto le había impresionado la unión tan íntima que había advertido entre el Padre Huidobro y el Crucifijo, que le había prometido a su Pater regalarle, para cuando entrasen triunfantes en Madrid, el emblema de las armas de la Legión —pica, arcabuz y ballesta—, coronadas con un Crucifijo. Con gran satisfacción fue un día al Capellán para enseñarle el dibujo que ya había hecho, como modelo del significativo trabajo artístico. Habría llegado a ser ésta la condecoración que con mayor contento hubiese aceptado el Padre Huidobro: símbolo de su obra en medio de los héroes de la 4.ª Bandera; que «ésta es mi labor aquí —dijo él un día—, poner el Crucifijo sobre las armas de la Legión, levantar el ideal de la Religión en medio del heroísmo legionario».

Muy de ordinario, los sacerdotes, y más aún los Capellanes militares en campaña, en los momentos del ejercicio de su ministerio, sobre todo de asistencia de enfermos, acostumbran llevar consigo un Crucifijo. No es, pues, de extrañar que también el Padre Huidobro lo llevase en el Tercio.

> «Me parece estarle viendo en la campaña —escribe el General Rodrigo—, apoyado, por su cojera, en un sencillo bastón, sin distintivo alguno exterior, sino con el uniforme de legionario y un gran Crucifijo pendiente de un cordón, al cuello.»

Solía llevarlo cogido por el correaje o entre los botones de su camisa legionaria, bien visible, al modo como suelen llevarlo los misioneros.

Pero lo extraño es que ocurre un hecho bien singular, que es una característica simpática en extremo: ni durante su vida, ni ahora al cabo de los años, pueden los legionarios que le conocieron, recordar la figura de aquel su Capellán, sin que al mismo tiempo recuerden su Crucifijo. Hasta tal punto que se hace difícil encontrar ni un solo testimonio dado por ellos acerca de la actuación del Padre Huidobro, sin que nos lo presenten con la santa Imagen que consigo llevaba.

Y hay una consecuencia hermosa de este modo de recordarlo: aman ahora más sus antiguos legionarios al Crucifijo, porque lo han visto tantas veces en las manos del Capellán, al que tanto amaban. Y a la vez, la figura del Capellán se les aparece más sagrada todavía a sus ojos, porque la han visto unida de continuo a la figura santa del Crucificado.

2. SÍMBOLO DE SU ACTUACIÓN.

¿Por qué en el Padre Huidobro les llamaba tan especialmente la atención su Crucifijo? ¿Era quizá sólo porque este Crucifijo, que se destacaba sobre su guerrera, era de tamaño algo más grande de lo acostumbrado por otros Capellanes?

Más fácil es que esto sucediera por un doble motivo. Lo primero, porque el Crucifijo era inseparable de él: lo llevaba en todo mo-

mento a la vista, ya sea colgado al pecho, ya sea en la mano; y lo daba mucho a besar, y ante él les repetía la contrición al confesarse; y jamás, cuando recorría el campo buscando heridos, o visitaba las trincheras animando a los combatientes, o se iniciaba un tiroteo, o atendía a los que habían caído, jamás se desprendía de su Cruz. Es lo que el Coronel Miguel Mármol escribió; muy recientemente, en sus Memorias:

> «En las ofensivas, el papel del P. Huidobro subía sobremanera, pues muchas ocasiones hubo en que, en 'tierra de nadie', él sólo se lanzaba a prestar los auxilios espirituales a cualquier herido, sin discriminación de bandos, sin más acompañamiento ni medio de defensa que el Crucifijo, que inseparablemente llevaba sobre su pecho.»

El segundo motivo puede ser éste. El Capellán tomó como costumbre, ya desde el primer día, irse a la primera avanzadilla, a la primera línea de fuego, para estar dispuesto a asistir en todo momento a los que fuesen cayendo heridos. Y como en esos sitios iba él siempre con el Crucifijo levantado en su mano para, en esos peligrosísimos instantes, darles ánimo a los soldados con el recuerdo de Jesucristo Crucificado, y moverles más su espíritu a pensar en Dios, por eso se les quedaba más grabada todavía la figura del Capellán, por verle así en situaciones tan trágicas, cuando penetra más en el espíritu, en medio de aquel mar de fuego y de muerte, en sublime contraste, el Capellán allí, junto a ellos, con la imagen de Jesucristo en su mano.

Para ellos, luchadores de vanguardia, era tremendamente impresionante el ver allí siempre a su lado a un hombre que no llevaba, entre aquel torbellino de luchas mortales, ni fusil ni granadas de mano, sino un devoto Crucifijo. Les era esto de tal maravilla, que es el recuerdo que, hasta ahora, más hondamente guardan de su joven Capellán: en las primeras avanzadillas y con el Crucifijo en la mano. Ese cuadro no se les puede borrar jamás. Lo que un legionario andaluz había dicho:

> «*Nosotro llevamo bomba de mano, ametralladora y bayoneta*; pero ese *Pae* jesuita va sólo con su *Crú*.»

Y así, en la persona del Padre Huidobro, el Crucifijo recuerda y simboliza dos cosas: su gran devoción al Santo Cristo, y a la vez,

el método de su heroica caridad en los combates, que fue el de tomar para sí el puesto de la primera línea. Verdaderamente, que «la insignia y señal» del Capellán fue la santa Cruz. Para los legionarios, la imagen del Cristo y la imagen del Padre en vanguardia, eran inseparables.

I. LA DEVOCIÓN DEL P. HUIDOBRO.

Esta devoción personal de llevar en sus obras apostólicas siempre el Crucifijo, el mismo que llevó hasta morir, fue costumbre en toda su vida religiosa. Cosa sabida era que a cualquier obra de celo que acudiese, había de llevarlo. Ni nos podemos imaginar al Padre Huidobro por las Catequesis de la Vega granadina, o en sus visitas al Hospital, o por el arenal del Puerto de Santa María, sino llevando al cuello sobre su sotana el Crucifijo, lo mismo que, años más tarde, sobre la camisa del Tercio. Así fue desde los comienzos de su vida de estudiante jesuita. De su devoción a la Cruz, ya muy al final de su vida, nos conserva el Capitán Canós una hermosa y trágica escena, vivida por él en la Ciudad Universitaria: terminada ya la imponente refriega tras una voladura, le encontró al Capellán, cubierto el uniforme de sangre, de rodillas sobre los cascotes, llorando y rezando. Sobre una piedra cercana «había colocado su Crucifijo y lo miraba con infinito amor.»

Aun antes de llevar el uniforme de legionario, cuando todavía andaba con un mono azul al presentarse en Talavera, llevaba sobre sí el gran Crucifijo de sus Votos religiosos. Cambió al poco su vestimenta, pero no cambió su Insignia.

La devoción que él tenía al santo Crucifijo quiso, y lo fue consiguiendo, infundirla a sus legionarios. Con el Crucifijo en alto, unas veces arengaba, otras invitaba a la contrición o les bendecía. Lo ponía ante al mirada del pecador, para que mejor se moviese a arrepentimiento. Y lo ponía sobre los labios ensangrentados de los que caían en el combate. Todavía el 11 de abril apareció teñido en la sangre de los últimos heridos, que esa misma mañana había asistido. Por eso, los sobrevivientes de aquellos primeros meses, al hablar de las escenas de guerra, ponen todos el mismo broche de oro: un recuerdo al Crucifijo bendito que, en las manos del Cape-

llán, estaba siempre ante sus ojos en los momentos cumbres, dispuesto a embalsamar sus pesares con el beso perdonador. ¡Qué frase más real, y a la vez más simbólica, la escrita por el Comandante Canós cuando, al ponderar el caritativo desprendimiento del Capellán, decía:

> «Nada poseía, porque todo lo daba, excepto el gran Crucifijo, que llevaba al pecho.»

4. EL BESO AL CRUCIFIJO.

Llegó a constituir en la 4.ª Bandera, como un rito obligado, ese besar la Cruz antes de iniciar un combate. Escribió a principios de diciembre:

> «En acciones de guerra peligrosas, tuve el consuelo de pasar por las filas, preparadas para avanzar, e ir dándoles uno por uno el Crucifijo a besar, con Jaculatorias de contrición y absoluciones colectivas. ¡Qué emoción la suya y qué sentir! »

Muchas veces no era el Padre quien les iba buscando, para darles a besar la santa Imagen; eran ellos, los legionarios, quienes le buscaban, porque ya no sabían entrar en combate sin antes haber ido a tributar ese homenaje a Jesucristo.

> «Antes de entrar en combate —dice el legionario Vicente Reyes— era cuando al Padre se le veía la cara más contenta y satisfecha. Porque sabía que toda la Bandera, sin excepción, íbamos donde estuviese, para besarle el Crucifijo que siempre llevaba pendiente del cuello; y así uno a uno íbamos desfilando con la alegría de haber besado el Crucifijo y haber visto al Padre, que a cada uno nos conocía por nuestro nombre y nos decía algo.»

El mismo Padre Huidobro expuso una de estas escenas conmovedoras en su charla de Villafranca: aquel paso, en fila india, de sus legionarios, que parten al ataque en el Jarama. Iban por una cañada, y el Capellán les esperaba, a la vera del camino, con el Crucifijo en la mano; una oración para estas ocasiones decisivas de enfrentarse con la muerte: «Señor mío, Jesucristo, ¡creo en Vos,

Os amo con todo mi corazón; me pesa en el alma de haberos ofendido; yo prometo no volver a ofenderos y Os ofrezco todos mis dolores y sufrimientos... ¡Protegedme! » Un beso al Crucifijo y sigue la carrera silenciosa. Y luego otro y otro.

Cuando la prisa no da lugar a más largo acto de contrición, todos, contaba el Padre Huidobro, van rápidos, con el fusil ya preparado, el rostro contraído (es frase de él) «con ese gesto indescriptible de los que marchan a la muerte», y cada uno dice unas palabras al besarlo: «... en Ti confío... Perdóname mis pecados... Perdón, Jesús, ayúdame...» y van pasando... y pronto suenan los primeros disparos. Este beso al Crucifijo adquiere algunas veces caracteres más trágicos, como en las noches del Clínico, cuando antes de retirarse a acostar la Compañía, va a los parapetos donde los centinelas hacen guardia sobre probables minas.

Otras veces, según la posibilidad de cada momento, cuando ya estaban para desplegarse en guerrilla y lanzarse, el Padre daba a todos la bendición con el Crucifijo.

O en Retamares, cuando aun en descampado iba por las primeas filas, en medio de un tiroteo formidable, dice de él el legionario Maldonado, dando a besar el Crucifijo a los que avanzaban, con un valor increíble.

Es enorme cuánto animaba a los bravos legionarios el mirar, y el besar y el recibir la bendición del santo Crucifijo!

« ¿Tú sabes lo que es —dice en carta a su hermano— ver que no pueden entrar en fuego sin llamarme a besar el Crucifijo, y con qué fervor Le Miran y Le hablan...?»

A veces ocurrió que la trinchera, larga y estrecha, impide que el Padre pueda pasar fácilmente dando a besar la santa Imagen. Entonces lo suelta del cordón con que lo lleva colgado al pecho, y el Crucifijo va pasando de mano en mano, en viaje de ida y vuelta a todo lo largo del parapeto. Cada legionario dice en voz baja unas palabras al Señor Crucificado, lo besa quizá más de una vez y lo entrega al que está a su lado. ¡Cuántas jaculatorias oyó este Crucifijo, cuántos ósculos recibió de hijos pródigos!

Pero terminado este acto, tan sencillo y tan solemne, de besar al Cristo, no les abandona esta santa Imagen. Como en frases ex-

presivas el legionario de la 11 Compañía, José Justos Alonso, pinta el estilo del Capellán:

> «En un ataque que hubo en el Jarama, andaba con el Crucifijo en la mano, animando a los legionarios: ¡Animo, muchachos!»

Ni eran solamente los legionarios los que emocionados besaban el Santo Cristo. Cinco días antes de ser herido en la Casa de Campo, escribe en una carta:

> «En Valdemoro se entregaron muchos Guardias Civiles. Una alegría desbordante. Lágrimas al besarme el Crucifijo.»

En la ciudad de Toledo, durante un descanso, rodeáronle al Capellán en la calle grandes grupos de personas, niños y mayores; a todos fue dando a besar la Cruz, pero no se olvidaba, al mismo tiempo, de irles haciendo saber que aquella veneranda Imagen había recibido las últimas súplicas y el último beso de muchos legionarios, poco antes de morir, e inculcábales, al mismo tiempo, que rogasen al Señor que pronto se acabase la guerra, y viniese a España la paz y caridad cristiana.

Sabía el Padre Huidobro infundir a otros una devoción, semejante a la suya, hacia la Imagen del Santo Cristo; hasta tres veces fue a su aposento, en Villafranca, un alumno de cuarto curso, a fin de conseguir verle y hablarle. Y salió lleno de contento. « ¡He estado en el cuarto del P. Huidobro!, ¡he ido a besar su Crucifijo! » «Muy bien hecho, pero, ¿por qué tenías tanto interés?» «Es que él nos ha dicho que ¡han muerto tantos legionarios besándolo! »

5. SIEMPRE CON LA CRUZ.

Una vez faltó a su costumbre de tenerlo en sus manos. Para devoción de sus legionarios, puso el Crucifijo en el suelo; como a imagen muy conocida, adoraron con gran emoción los legionarios al Santo Crucifijo, el Viernes Santo, en el Jarama, puesto sobre el capote que el Capellán había tendido en tierra.

Tan enteramente unido se encontraba el Padre Huidobro con su Cruz, y tanta confianza tenía en la eficacia de su presentación a la vista de los demás, que fue el Crucifijo su único documento, al

dirigirse, en nombre de la Legión, a parlamentar con los vecinos de un pueblo reconquistado. Cuando la 4.ª Bandera se situó a poco menos de un kilómetro de Villa del Prado, un legionario fue elegido para entrevistarse con los hombres que se amontonaban a la entrada del pueblo. No se sabía aún si eran amigos de los rojos o de los nacionales. Se esperaba fueran de paz, pues era en los tiempos de los primeros avances, cuando los vecindarios las más veces salían al encuentro de las tropas salvadoras con el entusiasta « ¡Viva España! » en los labios. Esta vez aguardaban silenciosos. El legionario enviado a parlamentar fue el Capellán.

Se acercó solo, sin armas, como iba siempre; el Crucifijo de sus votos, al pecho. Los hombres esperaban recelosos; «¿vendrían los moros para degollarlos a todos?» De improviso, uno, tomando al Capellán por un moro, ¡así era de grande su miedo!, se adelanta y se acerca temblando: *«Paisa* —le dice—, *yo no estar rojo*. *Paisa, no matar. Yo besar santo*...» Y el infeliz besaba el Crucifijo, lleno aún de temor.

Cuando, al entrar luego la Bandera, se enteró aquel buen hombre de quién era el moro del Crucifijo, él mismo se reía contando la escena a los demás: «Fijaos cómo estaría yo de aturdido, que me puse a hablarle en árabe.» « ¿En árabe? —le decían—; ¿es que tú sabes árabe?» «Psch, unas pocas palabras...; las aprendí cuando estuve en Melilla.»

El Comandante Vierna, que tan de cerca y tanto tiempo trató con el Padre Huidobro, compendia en unas frases este modo de presentarse el Capellán inseparablemente unido con su Cruz:

> «En la Bandera conquistó fama de valiente y de santo, por el heroísmo con que desempeñó su misión, con absoluto despego de la vida, y siempre abrazado a su Cruz, que era la única arma de que se valía para sus conquistas. No es cierto que le recriminé por no llevar pistola (no reprendo el que, para caso imprevisto, un Capellán la lleve); sino que, dado el espíritu que se había acusado en el Capellán de la 4.ª Bandera, y la aureola de heroísmo y de apostolado y de abnegación extrema de caridad al prójimo con que el P. Huidobro se había nimbado en todo momento, ni me cabía en la imaginación el concebirle con un arma agresiva en sus manos. Esto confirma su fama de santidad; no podíamos ver en él más

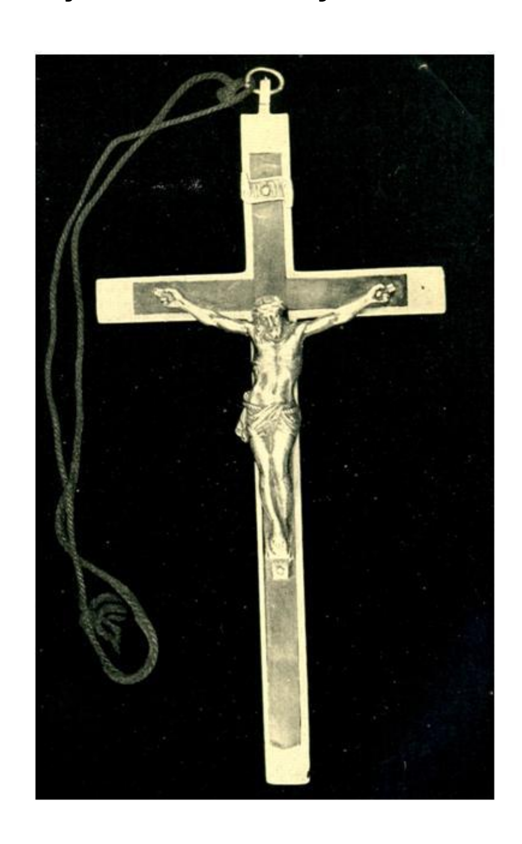
que el emblema de los santos: el Crucifijo.»

Es lo que él respondía cuando le recomendaban llevar algún arma:

«No he venido a matar, sino a salvar almas. Y esto lo haré lo mismo aun si son rojos.»

Una frase nos dejó este mismo Comandante, describiendo al Padre Huidobro con su Cruz y con sus heridos:

«Fui testigo de una escena emocionante, digna del pincel de Goya: en el suelo yacía un herido grave, del enemigo, destrozado por una bomba de mano. El P. Huidobro sostenía con su brazo la cabeza del moribundo, y le hablaba. El herido tenía en sus manos el Crucifijo del Padre, y su mirada era un poema de gratitud.»



Crucifijo que, desde que hizo sus votos
en el Noviciado, en 1921,
llevó siempre consigo el P. Huidobro.
Miles de veces lo dio a besar
a sus Legionarios,
cuando salían para los combates y
cuando caían heridos en el campo.

Al cabo de más de diez años, a unos religiosos que pasaron por Santa Olalla les contaba, espontáneamente, el sacristán de la Iglesia:

«El primer soldado del ejército español que, el 20 de septiembre del 36, entró en Santa Olalla, fue el P. Huidobro, que entró empuñando un Crucifijo.»

6. EL PUESTO DEL CAPELLÁN.

En el trayecto Salamanca-Talavera encontróse un día el Capellán, Padre Estanislao Ilundáin, a un soldado de la 4.ª Bandera, típico legionario, que hizo todo aquel largo recorrido en el estribo del tren, porque «dentro se aburría sin hacer nada». Espontáneamente, iba ponderando la valentía de su Capellán, a quien todos en el Tercio querían:

> «Siempre se sabe dónde le hemos de encontrar: en la primera línea o en la primera trinchera.»

Y decía verdad aquel legionario. El Padre Huidobro, desde el primer día que se alistó en Talavera como Capellán del Tercio, no tardó mucho en adjudicarse para sí, como propio, su puesto. Ningún jefe se lo señaló. Fue elección voluntaria. Este puesto, que no abandonó nunca, sino por fuerza mayor, el 11 de abril, fue: entre las primeras filas de la más avanzada vanguardia. Quería estar al lado de los que iban más delante, nunca detrás. Que no pudiese ninguno morirse, en ese sitio del máximo peligro, sin la asistencia del sacerdote.

> «A los dos o tres días de incorporarse a nuestra Bandera —escribe uno de los Sargentos de la 4.ª Bandera, Rafael Gutiérrez—, ya se empezó a decir lo valiente que era y la forma de andar entre los tiros. El marchaba en vanguardia, con su Crucifijo en la mano y sin armamento alguno. Al levantarnos al día siguiente, le llamé aparte y le dije que aceptara una pistola, pues no se podía hacer lo que él hacía, ir en vanguardia con sólo el Crucifijo en la mano, expuesto a que lo quitaran de en medio. No hubo forma de convencerlo. Todos mis argumentos eran refutados magníficamente por él, y me decía: '¡Rafael!, que yo no puedo matar!' Y no logré convencerlo.»

Y llevado de su celo, eligió y conservó para sí el sitio en donde más legionarios caían, la zona hirviente de metralla, esas franjas de terreno mal denominadas «tierra de nadie», porque de alguien son esas zonas, tienen dueño absoluto, y éste es el dolor y la muerte. Como hay que avanzar allí, es arrastrándose, la mayoría de las veces.

«Siempre venía con nosotros en la vanguardia —dice un Capitán de su Bandera—, valiente como pocos. Yo le dije que se retirara, pues no tenía obligación de estar allí. Me contestaba: ‘Si caéis alguno, quiero estar a vuestro lado. Al Puesto de Socorro se tarda algunos minutos, que pudieran no dar lugar a llegar con vida.»

Por eso mismo llevaba siempre la Cruz en la mano, para en esas primeras líneas de fuego confortarles a sus legionarios, en sus ánimos y en sus conciencias, con la vista del Redentor. Y muchas veces, como excusándose de no estar con ellos, les decía medio bromeando a los de la Plana Mayor, entre los que el Capellán suele contarse, y que andaban más bien hacia retaguardia: «No quiero nada con vosotros... Sois unos enchufados...»

Preguntaba siempre qué Compañía, qué sección está en vanguardia, ¡y allá se iba! Ya, pues, podían saber todos dónde encontrar en su puesto al Capellán: durante los descansos, en medio de todos los soldados; durante los combates, en la más avanzada vanguardia.

Sin que, a ser posible, nadie se diera cuenta, salía a veces muy de madrugada a recorrer puestos de los centinelas, para consolarles y animarles; otras veces, en la noche, recorría las avanzadillas más peligrosas, para ver cómo se encontraban los soldados y repartirles cigarrillos.

¿Cuándo y de qué manera se constituyó el Padre Huidobro en ese su sitio de primera línea? La siguiente fue la manera cómo el Capellán eligió para sí, por vez primera, ese puesto:

Aquel día, 10 de septiembre, la Bandera recibió orden de avanzar, en combinación con dos Tabores. Debían ocupar el pueblo de Cazalegas. Hay que hacer constar que este pueblo estaba defendido por 8 ó 10 batallones de milicianos, entre ellos «Los Leones Rojos», «La Pasionaria», restos de la «Columna de Bronce, de Azaña», y otros varios de refresco que habían traído de Madrid para «aplastar a los facciosos», según propalaban las octavillas arrojadas desde los mismos aviones que bombardeaban a nuestras fuerzas. Empieza el avance, y el Padre Huidobro ocupó ya su puesto con la Compañía que marchaba en vanguardia. El frente se va extendiendo, y como nuestras fuerzas eran escasas, al

poco tiempo toda la Bandera cubría un frente de extrema vanguardia extensísimo, hasta el extremo de que para enlazarla era necesario recorrer varios kilómetros.

> «Allí me encontré a nuestro P. Huidobro —escribe el Sargento Gutiérrez—, auxiliando a los caídos y cumpliendo con su misión, como un valiente.»

¿Quién le dijo al Padre Huidobro que, si quería hacer oblación más generosa en servicio de su Rey Eterno, su puesto había de estar allí? Ningún jefe de la Legión se lo dijo. La designación de ese lugar la encontró en el Evangelio: El Buen Pastor que deja a las 99 ovejas que peligran menos, y se va lejos, a buscar a los en trance de perecer.

> «Le hallábamos siempre —decían de él algunos legionarios— allí donde más zumbaban las balas.»

Táctica hermosa que realiza, hasta el final, el ideal evangélico del sacrificio y de la caridad.

Aunque tuvo algunas excepciones esta costumbre de ponerse en las avanzadas de su Bandera. Durante un repliegue famoso, los últimos en retirarse, cuando ya los demás legionarios se habían alejado, fueron el Padre y el Comandante Vierna, que dirigió, serenamente, la difícil operación.

Les ganaba el corazón a los legionarios el verle a su lado, en los momentos más trágicos de la lucha.

De un realismo que abruma es una página del entonces Teniente de la Bandera, don Carlos Iniesta, describiendo la actuación del Padre Huidobro, a los pocos días de incorporarse: buscaba estar siempre en «su puesto».

> «Iba la 4.ª Bandera por la carretera en dirección a San Martín de Valdeiglesias, y recuerdo que, por orden del Comandante que la mandaba, correspondía a mi Sección, aún era yo Teniente, ir de extrema retaguardia para proteger una batería de artillería. Por un enlace recibo un parte, por el que se me ordena marchar inmediatamente a proteger otra Sección, la de Mora Requejo, que estaba apuradísima y combatiendo cuerpo a cuerpo, unos centenares de metros más adelante. Así lo hice; pero al llegar a las proximidades del lugar

del combate, lo primero que me encuentro es al P. Huidobro en el Puesto de Socorro auxiliando a los muertos y heridos. Al preguntarme que adónde iba, le contesté que a cumplir una orden de auxiliar a una Sección que un poco más adelante luchaba desesperadamente. Me informé por los camilleros del lugar en que exactamente se estaba librando el combate, y el P. Huidobro me dijo resueltamente que quería ir conmigo. Intenté disuadirle. Le hice ver que su puesto estaba allí, en el Puesto de Socorro, y entonces repuso: 'Y los heridos que lo sean en primera línea, si al ser transportados al Puesto de Socorro fallecieran, ¿quién los auxiliaría? En el traslado de los heridos —añadía—, por un segundo se puede perder un alma.' La respuesta era tan lógica, que no me atrevía a insistir. Nos dirigimos juntos al lugar del combate; ya se oía el tiroteo, y poco antes de llegar nos dijo: 'Esperad un poco', y nos invitó a todos a arrodillarnos y rezar. Nos dirigió la palabra con frases tan sencillas, pero tan encendidas, que algunos legionarios rompieron a llorar. La impresión que me hizo aquello no se me ha borrado aún de la memoria. Después de su exhortación tan alentadora, nos dio a todos la absolución, y así dispuestos entramos en fuego. Nos daba antes a besar el Crucifijo, uno a uno, al par que nos dirigía una palabra de aliento y de cariño.»

El Capellán presidía a veces el avance de la Bandera, en medio del tiroteo, con el Crucifijo en alto. Aparecía entonces a los ojos de los legionarios, este santo Cristo, cual un nuevo Guión del Tercio.

Así, por ejemplo, el 8 de noviembre.

«Ese día —dice el legionario Fruto Gasca, en lenguaje bien pintoresco, pero lleno de cariño al Capellán— fue de gloria para la 4.ª Bandera; se entró por la Casa de Campo. Qué día tan divino para la Legión y para España. Todos con la fe en Dios, con el corazón y a pecho de tigre, nos metíamos en la capital.

Dios por su poder; y nuestro Pater con el Crucifijo delante de su Legión, avanzaban todos al grito de 'Viva España, Viva la Religión, Viva Franco.' Pero ordenan alto. ¿Qué pasa? El Padre se nos acerca y dice: 'Hermanos, no podemos

entrar dentro, porque no vamos bastantes fuerzas; pero ¡ya se conseguirá!, pues Dios nos protege y contra El nadie puede'.»

Un último testimonio aduciremos aquí, de excepcional importancia, por venir de un Jefe con fama de héroe, y que tan perfectamente conocidas tenía, por experiencia personal, esas primeras avanzadas: el General Castejón. Habla sobre el Padre Huidobro y su costumbre de andar siempre con su Cruz y en primerísima línea:

«Apenas se incorporó como Capellán, la fama de su celo y heroísmo fue tan extraordinaria, que inmediatamente llegó hasta mí que el nuevo Capellán se excedía, si vale la frase, en el cumplimiento de su sagrado ministerio, sin reparar jamás en los sitios de mayor riesgo.

Suelen estar el Capellán y el Médico algo a retaguardia, en lugares no batidos, donde se instalan los Puestos de Socorro. El, como una excepción de lo que suele ser corriente, y por su propia voluntad, solía estar siempre en la línea de fuego, como un legionario más.

Y es mi opinión que esto lo hacía llevado por un espíritu de misticismo religioso, que le hacía sobreponerse al instinto de conservación de una manera fría, llegando en cada momento al heroísmo, sin jactancias ni alardes ni esperar recompensa alguna.

Es verdad que su trato con los legionarios era algo angelical, pero sigo creyendo que esto obedecía al renunciamiento total que había hecho de su vida, por motivos superiores de orden religioso. Entraba siempre en combate sin otras armas que un Crucifijo, que solía llevar en la mano o pendiente del cuello. Este Crucifijo lo utilizaba o para confortar a los heridos mientras les administraba los últimos Sacramentos o para arengar a los legionarios, dándoselo a besar en los momentos que precedían al combate.»

Si quisiéramos representar en un solo cuadro lo que, ante sus legionarios, era el Capellán de la 4.ª Bandera, elegiríamos éste: el Padre, en su puesto, en medio de la Sección que avanza en primera vanguardia, y llevando en su mano el Crucifijo.

Recuerdan los legionarios con tan emocionante cariño el Crucifijo del Capellán, pero precisamente por ser símbolo divino de una conducta de héroe, en actuación genuinamente legionaria.

Nadie extrañará que al querer conservar los legionarios algún recuerdo, el más íntimo y querido, del Padre Huidobro, se hayan fijado en el Crucifijo, reclamándolo y casi exigiéndolo porque era de «su» Capellán. A los pocos días de la muerte del Padre, ya comenzaron a llegar a los Padres de Toledo las súplicas de los legionarios, de que se colocase su Crucifijo en lo más alto del Guión de la 4.ª Bandera, para recuerdo y protección. Más adelante, las peticiones fueron de que se depositase, cual preciada reliquia, en el Museo que la Legión tiene en Ceuta, como el objeto más querido entre los que habían de exponerse dentro de la vitrina dedicada al que fue, decían, «perfecto legionario y santo jesuita».

El antiguo cronista de la Cruzada, "El Tebib Arrumi", escribió en la *Hoja Oficial del Lunes*, en marzo del 40, un artículo: «El Crucifijo del Padre Huidobro, santa reliquia patricia legionaria». Habla de la muerte del Padre Huidobro, de recoger algún recuerdo de él para el Museo-Archivo de la Guerra, y termina con estas palabras:

> «... he pensado en el Crucifijo del P. Huidobro. ¿Qué habrá sido de él? ¿No habrá nadie que lo recogiera y lo haya conservado como lo que es, como una reliquia de la Patria y de la Legión? Porque sobre aquel Crucifijo reposaron centenares de veces millares de labios, que lo besaron antes de ganar nuevas glorias para la Patria. Porque sobre aquel Crucifijo se clavaron las miradas, ya turbias por la vaharada de la muerte, de centenares de héroes; todos los que cayeron para honrar y laurear la 4.ª Bandera. Porque sobre aquel Crucifijo se incrustó el último aliento de aquel hijo de San Ignacio, émulo de Francisco Javier, mil veces santo y héroe, el legionario don Fernando de Huidobro, que luchaba y vencía con un Crucifijo por toda arma, y una sonrisa legionaria en los labios.»

CAPÍTULO XIX

HEROISMO EN LA CARIDAD

1. Ante el valor de sus legionarios. 2. Ante el valor de su Capellán. 3. Un valor superior. 4. Entre soldados rojos. 5. Buscando heridos. 6. Recogiendo heridos.

1. ANTE EL VALOR DE SUS LEGIONARIOS.

En un artículo y en una carta escritos por el Padre Huidobro desde el frente, expresa la admiración intentísima que le había causado el grandioso espectáculo de tanto sufrimiento, y juntamente de tanto valor legionario en el sobrellevar todos estos sufrimientos. La última frase puede que a alguno le parezca exagerada conclusión.

> «Allá dentro de los cuerpos rasgados, abiertos en caños rojos, sacudidos de dolor —huesos quebrados por la bala; miembros abultados por la ligadura contra la hemorragia; venda sucia de sangre en la cabeza, o cara verdosa del que se retuerce con el vientre atravesado—, expira un aliento inmortal, que rompe afuera en estallar de besos sobre el Crucifijo o en el estentóreo y quebrado « ¡Viva España! »
>
> «Nunca agradeceré a Dios bastante el haberme traído. En los grandes heroísmos y en los grandes dolores que nos rodean, se entra en la vida hasta lo más hondo. Nunca, como ahora, había visto yo las entrañas de los hombres, palpitantes por la herida horrible que la metralla o la bala explosiva abre en el cuerpo; nunca tampoco las almas que sufren; las grandezas que llevan dentro; los dolores.
>
> Mi educación, sin la guerra, hubiera sido muy defectuosa.»

Mucho le estuvo impresionando al Padre Huidobro el he-

roísmo de sus legionarios. Por eso abundan sus cartas en frases de encomio, digamos más bien, de orgullo, al hablar de ellos. «Del heroísmo de la Legión, y de nuestra gente en general, todo lo que se diga es poco», dice escribiendo a Marneffe. Y un mes más tarde, desde la Ciudad Universitaria, al Padre Val: «El combate fue muy duro. Pero la 4.ª quedó a la altura de los héroes.»

Se abrieron ante sus ojos, mientras tomaba parte en la guerra y contemplaba a sus soldados, horizontes insospechados. Se le descubrieron las grandezas que encierra reservadas un hombre, que en la vida ordinaria no pasa de un ser vulgar, pero que al dejarse dominar por el ideal de Patria y Religión, y por él renuncia al placer de prolongar su vida, es capaz de los heroísmos más costosos. Todo lo grande y lo heroico le enardecía al Padre Huidobro. Por eso se llenaba le entusiasmo al contacto del sublime valor de aquellos hombres que, con el espíritu «único y sin igual» de su «Credo legionario», se lanzaban, como por instinto, a «acortar distancias con el enemigo» y marchaban sonrientes a la muerte que les acechaba. El ser fuerzas le choque les obligaba a mantener ese espíritu.

Impresión muy particular le causó un espectáculo, pequeño en sí, pero muy sintomático, y hasta revelador de cierta poesía guerrera. Empezó a ver que, en algunas ocasiones, al irse a iniciar un especial combate, al frente de sus soldados se ponían los Oficiales, vestidos, la mayor parte de ellos, con sus pulcros guantes blancos. Grata y original impresión. Quizá pareciera absurdo el que así se señalase la oficialidad ante el enemigo. Pero el efecto psicológico en los legionarios por necesidad había de ser grande: verse dirigidos a la lucha con espíritu de tan levantado valor, y hasta con elegancia, como quienes van a ejecutar un rito solemne.

El Padre Huidobro creyó en el valor de la guerra. Y escribió bellas páginas sobre el espíritu que reinaba en los campos de batalla. Durante su Capellanía castrense, el carácter del Padre se desdobló en insospechadas maravillas y dio las más claras manifestaciones de su alta alcurnia moral, y su virtud alcanzó las más elevadas cumbres. Es allí, en su Sacerdocio ejercitado en la Legión, donde acabó de hacerse el hombre y el santo. Dentro del ambiente de heroísmo que allí vivió, brota en sus cartas la pasión impetuosa

que había aprendido en San Pablo: el testimonio obsesionante de ansias de vida y a la vez ansias de muerte por Jesucristo.

Retrato de sus propias impresiones son unas cuantas frases que dejó escritas en un pequeño cuaderno. No es fácil conocer a qué fin destinaba este escrito, si para luego formar parte de alguna publicación, o simplemente para expansionar un poco su ánimo. No puede ocultar el optimismo a que siempre propende.

> «La guerra educa. Nuestra juventud está en el campo de batalla. Guerra recia dentro de ideal y disciplina. La España de unos años será la que de ella salga. Y ¿qué saldrá de la guerra? ¿Educa la guerra?
>
> Toda guerra tiene valores de educación altísimos. Esta más que otra alguna. Y hay que distinguirlos y acogérselos, y hacérselos ver a la juventud para que crezca en ellos. Esta guerra tiene rasgos de gesta. Guerra de religión, de patria. Así es en muchos cuyo ánimo se lee en los ojos: de mirar claro de castidad, de Cruz sobre el pecho y dentro de él, de elegancia en el vestir aun entre el polvo de estos caminos toledanos o en las chavolas; caballeros que muestran su valor en sonreír, como niños, a la muerte. Lo he visto en navarros, y en gallegos, y en los de Jerez.
>
> Así también ese joven artillero que me dice, con ingenuidad, que no ha pecado desde que empezó la guerra; y ese otro que habla con Dios a todas horas, y hace actos de contrición tranquilo en brazos de Dios, cuando baja silbando sobre su cabeza la bomba del aeroplano. Yo he visto ejemplos de un sereno valor cristiano en el joven que va a la guerra, seguro del triunfo eterno del Cielo. Yo he rezado tres Rosarios un día, todos con los soldados. Y es que lo pedían. ¿Quién dirá que eran cobardes?, ¡si les han ascendido por valientes!
>
> Valor es mirar a la muerte sin pestañear, porque se la ve vencida por la Vida, que no tiene muerte. Eso ha resucitado. Había y hay hombres de fe. Y en los que la tenían muerta, ha resucitado. Cuando se lanza uno a la muerte, necesita creer en la Vida, que vence a la muerte.
>
> Puede salir una España de verdugos y una España de caballeros.

> Lo tradicional, lo nuestro, es hacer frente al enemigo a campo abierto, cara a cara. Pero al caído, al herido, al rendido, al débil siempre le respetó un caballero.
>
> La dura necesidad hace que nuestros jóvenes, que las manos hechas para el trabajo y para sembrar vida, se empleen en dar muerte.»

Al encontrarse en este ambiente heroico, nuevo para él, el joven intelectual comprendió muy pronto que le era necesario meterse en él como el que más.

> «El valor —escribía en diciembre al Asistente del P. General— es tan necesario como el espíritu para poder hacer fruto entre los soldados. Pero no todos lo tienen, porque no basta el espíritu religioso para darlo, sino que se requieren otras cualidades de temperamento y sangre fría.»

Este temperamento, al Padre Huidobro, se lo había dado Dios y rebosaba. En ambiente de heroicidad legionaria se encontraba como en su propio centro. Y juzgó que le era necesario subir muy alto en el valor, para ponerse a tono con ellos.

> «La manera —decía— para ganar al legionario, y a los demás soldados, es franqueza y cariño en el trato. Y procurar ser tan valiente como ellos, o más.»

Estaba convencido que necesitaba rodearse de valor para poder hacer fruto espiritual, como Capellán del Tercio. El iba a ser maestro de ellos en las cosas del alma. Y a su vez, los tomó como maestros suyos, en la escuela de la heroicidad. San Pablo, con su programa de hacerse todo a todos a fin de ganarles a todos para Jesucristo», no hubiera hallado otro procedimiento de haberse encontrado viviendo en medio de la Legión.

¡Cuántas veces les glosaba en sus pláticas el Capellán lo que con tan sincera verdad les oía cantar en su Himno: «Soy un novio de la muerte —que va a unirse en lazo fuerte— con tal leal compañera»! Que ese vivir constante, como quien espera de un momento a otro el morir, le hace preocuparse a uno menos del peligro en que se halla. Y se esforzaba en sus hablas con ellos, por ennoblecer ese mismo extraordinario valor, que admiraba en sus legionarios, con los altos móviles del ideal religioso y patriótico. En un artículo

(no tuvo tiempo de ultimarlo) pondera el Padre Huidobro la primacía del espíritu animoso, para obtener las victorias; no basta el aplastante material que estaba más abundante en manos de los rojos.

> «Es casi axioma entre gran parte de los teorizantes de la guerra, que siempre vence el que tiene más hombres y más cañones. Sin negar al material importancia, la guerra, como todo, es dominio del espíritu. Es inteligencia y voluntad, que ilumina las mentes de los hombres y aun a los quereres, y de un rebaño hace una comunidad humana. El barro de estas trincheras y el viento que pasa tajante por las lomas del Jarama, y el plomo que destroza la carne, sólo el espíritu puede superarlo. Sólo su fuerza da bríos al que grita tendido cara al Cielo...»

2. ANTE EL VALOR DE SU CAPELLÁN.

Así admiraba él el heroísmo de sus legionarios.

Y ellos, de él, ¿qué decían? Algo increíble: en medio de aquel mundo de héroes, era aquella una hora en que abundaban, cuando el heroísmo era vulgar, llegó a ser admirado por los que allí hacían profesión de valentía.

i) En dos pabellones del Colegio de Padres Jesuitas de San José — Villafranca de los Barros— abrióse muy a los principios del Movimiento un Hospital Militar. En el mes de noviembre del 36, escribía el Rector de aquel Colegio, Padre Enrique Jiménez:

> «Han pasado por aquí unos legionarios heridos. No tiene usted idea del concepto elevadísimo que tienen del P. Huidobro. 'El General Franco y el Padre —dicen— son los hombres más grandes y valientes.' Ayer pasé más de una hora con unos legionarios, que todo el tiempo estuvieron refiriéndome anécdotas de la campaña relativas al Padre.
>
> Para que esta gente, que son los soldados más bravos del mundo, hable con entusiasmo de la valentía del Padre, se necesita que haya hecho éste derroche de valor.

> Sería muy largo repetir cuanto del Padre dicen. El hecho es que le quieren con delirio.»

En otro Hospital, el de Santo Domingo, en Talavera de la Reina, un legionario herido decía con gran convicción a sus compañeros:

> «Todos los legionarios son valientes, ya se sabe. Pero el Capellán de la 4.ª Bandera es más que todos ellos. Se pone en los mayores peligros, nos anima, nos quiere, y siempre nos está hablando de esas cosas buenas del alma.»

Aunque escritas confidencialmente en carta privada, bien merecen copiarse aquí unas líneas del Sargento Gutiérrez. Son sinceras como pocas y autorizadas.

> «... aquel santo hombre, modelo entre los modelos de bueno, santo, cariñoso y sobre todo valiente como un jabato. Perdone la expresión; pero los que tuvimos la alegría de verlo en el campo de batalla, andando entre las balas como un veterano, no tenemos palabras para expresar nuestra admiración.»

Y notemos que estos testimonios se dieron dentro de las primeras semanas de su Capellanía militar. Poco tiempo le bastó, para subir, en concepto de los legionarios, al pedestal de los héroes. De este modo logró no sólo atraerles, sino admirarles; y así ganarles el corazón a aquella multitud de soldados a quienes anhelaba ganar para Jesucristo. El Capellán pronto fue en la Bandera todo un símbolo, de una talla casi mítica.

Tanta valentía en el nuevo Capellán admiró a los legionarios. Los que le conocíamos ya de antes, predecíamos, sin vacilar, cuál habría de ser su actuación en campaña.

> «Apenas comenzaron a circular noticias sobre sus derroches de heroísmo en el frente de Madrid —dijo uno de sus más constantes compañeros—, fueron acogidas aquí sin extrañeza, como la cosa más natural, como la consecuencia espontánea del temple valiente y decidido de su grande alma.»

El Capellán de la 7.ª Bandera, Padre Marín Triana, escribió al recibir la noticia de la muerte del Padre Huidobro:

> «Su valor en el campo de batalla era proverbial. Pero lo que yo creo dice más de la santidad y heroísmo del Padre, es la unanimidad absoluta en los juicios, que por todas partes se oyen de él. No se habla con una persona que le haya tratado, que no le ponga por las nubes; no por decir algo, sino narrando hechos concretos y vividos, que demuestran la grandeza y el heroísmo de aquella alma.
>
> He oído unánimemente decir que estaba siempre en los puestos de mayor peligro, donde silbaban más balas.
>
> Es preciso, sin embargo, decir que esto no lo hacía él por jactancia ni por alarde vano; sino porque le parecía, como así es la realidad, que muy frecuentemente ese es el sitio del Capellán, ya que en esos sitios de más peligros suele haber, naturalmente, más muertos y heridos que necesitan auxilio espiritual.»

Quien, por cualquier ciudad o pueblo de España, logre encontrarse con algún sobreviviente legionario de la 4.ª Bandera en los primeros meses de la campaña, pregúntele por su Capellán, el Padre Huidobro. Ni siquiera es necesario que pregunte. Déjele hablar, y pronto saldrá su nombre, pronunciado con veneración, con cariño filial hacia el Pater. Es frecuente que abra su cartera y muestre la estampa, ya muy gastada por el uso, que allí lleva siempre consigo con el retrato de «su» Capellán. Entre las primeras alabanzas, oirá elogios sinceros, plenos, de su valentía; de que nada juzgaba él para sí mismo peligroso, aunque cuantos le veían temblaban por su vida.

Muchos de los Jefes y Oficiales afirmaban que aquel Capellán poseía temple de militar, de Jefe; al empezar un combate, se enardecía él mismo frente a las dificultades que ya se iban a superar con el empuje de la Legión; brillaban sus ojos con fulgor contagioso al presenciar, aun al narrar más tarde, actos de heroísmo en las tropas, o al animar a sus legionarios con la esperanza de la victoria que se vislumbraba. Su gran poder, dominador de masas, electrizaba a los soldados en las arengas que, en más de una situación difícil, dirigió, vibrante, exaltando los poderosos ideales de la libera-

ción de la Patria y defensa de la Religión atropellada. En estas ocasiones, su rostro, su cuerpo, hablaban más que su lengua.

Fernando Huidobro gozaba de naturaleza predispuesta para que en él prendiera el heroísmo. No había nacido para la mediocridad. Así como se contagia el miedo, también se contagia el valor. El Padre Huidobro quedó contagiado del heroísmo de la Legión. Y puede que sucediera, como entre los enfermos, que, a veces, sube más el ardor de la calentura en el contagiado, que en el que propagó la enfermedad. Ya es mucho, poder acompañar a los legionarios, siguiéndoles el paso en el valor. Pero es que llegó a esforzarles con su propio ejemplo.

> «Donde él iba —afirma el legionario Francisco Quiles—, íbamos todos con el corazón en la mano, sin temer a nada; porque era gallardo y valiente y defensor de la santa Fe, de Dios y de la Patria. El siempre estaba al lado de los legionarios dándoles ánimo y diciéndoles: '¡Valor, que Dios está con nosotros! '..., y estas palabras, de qué manera animaban a los soldados!...»

Admirábales, no sin razón, que el joven Capellán de rostro tan juvenil y bondadoso, arrancado a una vida retirada en estudios, y de pronto trasladado al Tercio, durante la impetuosa avanzada sobre Madrid, se mostrase, ya desde el primer momento, dotado de tan firme espíritu, que no tenía que envidiar el valor de ninguno de cuantos le rodeaban. Y en ninguna Academia Militar se le había transfundido ese su proceder heroico.

El legionario Vicente Reyes cuenta un hecho que fue, según él cree, «lo más grande que vi en nuestra guerra». En los terribles combates del Jarama recibió orden la 16 Compañía de tomar uno de los olivares, como fuese, pues antes habían fracasado allí dos Tabores de Regulares. El Padre Huidobro, como siempre, se fue con éstos en vanguardia, animándoles. En la Legión suelen los Oficiales ser los primeros que dan la cara. El Capitán Sánchez Bazcaitegui subió a un montículo, pero los soldados habían ido cayendo casi todos. El entonces, dirigiéndose a los demás legionarios, les arenga: « ¡Desenvainad los cuchillos y agarrad las bombas! », mas una ametralladora le segó la vida. Empezaron entonces a ir retrocediendo, a pesar de llegar al cuerpo a cuerpo. El Padre Huidobro, al darse cuenta de la situación tan desesperada, les echó una

arenga y se puso al frente de la Compañía. Qué valor no les infundiría, que derrotaron al enemigo y se apoderaron de aquel disputado olivar y de muchos prisioneros.

Ni él mismo temió que ni uno solo le pudiese desmentir, cuando, en carta de gran compromiso, escribió por noviembre:

> «Yo he venido desde Bélgica para servir de voluntario. Y si he cumplido con mi deber, dígalo toda la 4.ª Bandera del Tercio.»

Uno de los Capellanes —Joaquín Meseguer— contaba unas frases que oyó a un Oficial que estuvo con el Padre Huidobro en el Jarama, a propósito de la propuesta hecha por el Mando de Laureada para el Capellán, y de lo inexplicable de que no se la hubieran ya concedido:

> «Creo que a ese Padre le debieran dar tantas Laureadas como quepan en su pecho, pues por su arrojo y valentía y serenidad ante el peligro, llegó, en más de una ocasión, a avergonzarnos a los mismos Oficiales. Recuerdo que en un ataque de los que sufrimos los nacionales en la espesura de un olivar en el frente del Jarama, era tan infernal el tiroteo, que buscábamos los Oficiales el avanzar de olivo en olivo, con las mayores precauciones; en cambio, él avanzaba y caminaba con gran serenidad. Como si se estuviera paseando por un Parque de Madrid.»

Como suprema alabanza de la valentía del Padre, decían los legionarios que la había aprendido del Comandante de la Bandera, Vierna, que tenía entre ellos fama de héroe. Sólo el hecho de compararle con el Comandante es algo grande, pues tienen en estima enorme a sus jefes, y con razón.

Uno, sin embargo, había en la Bandera que nunca llegó a considerar verdaderamente valiente al Capellán; ese único que discrepaba de todos, era el mismo Capellán. El, que jamás retrocedía un palmo ante el peligro, si el deber sacerdotal le reclamaba, negaba en redondo que él fuese valiente; más, afirmaba que era miedoso. Escribía en noviembre, refiriéndose a palabras humildes de otro de los Capellanes:

> «El protesta de que tiene mucho miedo. Pero por dentro

> lo tenemos todos. Hasta Castejón.»

Y en otra carta agregaba:

> «En la Legión, hasta el cura es 'bragao', decía uno, refiriéndose, para vergüenza mía, al día en que he pasado el mayor miedo de mi vida. El valor lo da Dios en los momentos que hace falta.»

Es claro que se le podría responder al Padre Huidobro, lo que en su «Credo» se les dice a los legionarios: «El miedo de ser cobarde, es el miedo del valiente.»

El Padre Huidobro ninguna importancia daba a sus proezas. Se limitaba a decir que era su propio temperamento; que ningún mérito tenía su proceder; que a todo se acostumbra uno, hasta a las balas; que él reconocía su cobardía. Y rechazaba, sincero, las alabanzas de su valentía. «Pronto le darán a usted la Laureada, Pater...» Con acento de convicción profunda, dijo: «A mí no me la darán, porque no hago absolutamente nada que lo merezca.»

1. UN VALOR SUPERIOR.

Merece la pena preguntarse, ¿por qué se elogiaba tan unánimemente la valentía del Capellán, si allí en la Legión sabían todos, por experiencia propia y ajena, lo que es jugarse en cualquier momento la vida, donde los actos de heroísmo ni se cuentan, ya que son el nivel ordinario en que se vive? Algo muy especial había de tener el valor de aquel Capellán, cuando tanto les asombraba y no caían sus actos en el olvido común de un legionario más.

Es que ellos comprendían muy bien que el valor heroico de aquel Pater era extraordinario, aun dentro del heroísmo legionario, pues iba llevado tan sólo por ideales altísimos, sin que interviniese en él ni el ardor del combate, ni la obediencia que se impone, sino que está sostenido por una fuerza interior, sobrehumana. A ellos, a los legionarios, les infunde increíble valor en el avanzar hacia el enemigo, el fusil que empuñan o la bomba que llevan en su mano. El ver al Capellán, allí mismo junto a ellos, tan expuesto a las balas como ellos, pero que no empuña la bayoneta, sino que levanta una Cruz, ni lanza bombas de mano, sino bendiciones, que no com-

bate, sino que absuelve y anima, y que, sin embargo, se mostraba tan valiente como ellos, esto les asombraba.

El «credo» e «Himnos» legionarios les dice que el espíritu, en el Tercio, es acudir siempre «a donde oiga fuego», y «llegar a la bayoneta», y «pedir siempre combatir». Al Capellán nada de esto le tocaba. Solamente debía aplicarse la frase última: « ¡Legionarios, a morir! »

Pronunció una vez el General Primo de Rivera frase muy feliz, como tantas suyas, cuando quiso sintentizar los grandes móviles de las acciones humanas. Fue en Barcelona, si bien recuerdo.

> «A unos sólo les mueve su egoístico interés; éstos son los más. Hay otros que compendian todos sus ideales en el engrandecimiento y honor de la Patria. Y a este fin nobilísimo consagran su vida. Entre éstos me cuento yo. Y hay otros, los menos, muy pocos, que no buscan durante su vida otra cosa que el servicio de Dios: éstos son los que suelen realizar las más costosas y las más grandes obras.»

Lo palpaban los legionarios. Veían que el valor de su Capellán no se apoyaba en las armas, ni en el ansia de aniquilar al enemigo. Y comprendían que su mérito era mayor que el de ellos, pues iba a donde ellos, pero sin aliciente meramente humano. Le llevaba su espíritu de fe y de caridad. Acudía, en medio de los peligros, él solo como ángel de paz, como hombre que sabía inspirar en los demás pensamientos del más allá, siempre con su sonrisa, sin dar importancia a sus continuas hazañas.

Sin embargo, no hay que creer que expusiera su vida tontamente, cuanto no lo pedía su celo pastoral. Muy lejos estaba él de buscar el peligro por una semiinsconsciencia de lo que aquello podría acarrearle, o por actitud de desaprensivo, a quien no le importase morir. Ni menos por espectacularidad teatral que buscase la alabanza de testigos. Entre todas las ponderaciones a su valor, y hay unanimidad, ni uno solo ha insinuado siquiera que fuese «temerario» su modo de actuar en campaña. Bien sabía ser prudente para sortear los peligros. Es cierto que, en gran número de casos, hubiera podido haberse guardado un poco. No que se escondiera, bien se entiende, pero en su ministerio apostólico no parecía absolutamente preciso exponerse tanto, como él se exponía siempre. El

Padre Huidobro consideró, y así lo repite tantas veces en las cartas, que tenia obligación estricta para con Jesucristo, de no ahorrarse sacrificio en acudir aun a los lugares más batidos por los rojos, con tal de auxiliar a los heridos y confortar a los que estaban exponiendo su vida. Y este fue el móvil que le hizo apropiarse, sin distingos ni sutilezas, ese arrojo característico de estos Tercios del siglo XX. Pero su arrojo no era temeridad ciega. Era servicio apostólico consciente, prestado sin titubeos por altísimo y desinteresado ideal. Bien se daba él cuenta que, ejercitando así la caridad, se jugaba a cada instante la vida.

Y así, desde el primer día. No fue el Padre Huidobro, después de varios meses, más ni menos valiente de lo que fue desde que llegó a la Bandera. Se alzó de golpe al nivel de los héroes, y en él permaneció, imperturbable, sereno, como si nada extraordinario hiciese, sino cumplir sencillamente con lo que él consideraba su «estricto» deber. Sus directivas frente al peligro están brevísimamente expresadas en una carta desde el Jarama. Escribe a otro Capellán, al que poco antes le había dicho que él, personalmente, no había de hacer disparates ni imprudencias. La alteza de miras es total.

> «Ya sabía yo de los momentos peligrosos de su Bandera, y me felicito de que Dios le haya guardado. Hay que mirar por conservar la vida, a poder ser, siempre que no sea preciso exponerla o perderla. Es importante que no haya bajas, porque no se pueden cubrir, a lo que parece.»

Su valentía extraordinaria y, a la vez, su móvil altísimo en el proceder así, aparecen muy a lo vivo en un cuadro que el Comandante Vierna nos trazó. En esta forma perseveró Huidobro durante su permanencia en la Bandera:

> «Aunque la primera impresión que me hizo, al incorporarse a la Legión, había sido desfavorable, sin embargo, pocas horas después, ya se me reveló como lo que fue siempre. Porque sufrió mi Bandera un fuerte bombardeo de aviación y ya, desde el primer momento, me sorprendió el dominio y la valentía extraordinarias con que empezó a desempeñar su ministerio sacerdotal. Este concepto se acreció notablemente pocos días después, cuando decidimos, tras largo combate, entrar en el pueblo de Cazalegas, cerca de Talavera de la Reina, que era un punto tan codiciado como inacce-

sible, y sobre todo muy difícil de lograr, por las emboscadas que se preveían.

No obstante, entre los primeros legionarios que arrostraron el peligro para entrar en Cazalegas, no se me olvida la estampa del Capellán, no impulsado por empuje militar, sino por salvar almas. Pues seguidamente, en cuanto entré, lo primero que vi fue al Padre Huidobro postrado de rodillas, en plena Plaza, al pie de un moribundo, que se desangraba con gran herida en el vientre, y él asistía de lo más caritativo. Nótese que el herido era de filas enemigas, y, sin embargo, el efecto de esta caridad del Capellán bien se veía reflejado en las miradas de agradecimiento del moribundo. Le contemplé emocionadísimo.

Entonces ya me convencí de que se trataba de un hombre extraordinario, dominado por el espíritu de Dios. Porque si bien, al principio, pensé que aquel gesto de entrar con los primeros era más de un legionario que de un sacerdote, viéndole actuar me percaté de que en él no había sino espíritu estrictamente sacerdotal, en un alma de héroe.

Esto era en septiembre del 36. En el curso de dos meses de marcha hacia Madrid, la figura del Padre Huidobro se iba agigantando, porque se manifestó como hombre que se olvidaba de sí mismo, mientras se prodigaba con los demás.»

Entre los heroísmos, entre los grandes sacrificios de la vida de campaña, señalaba el Padre Huidobro cuál había sido el más molesto para él. Recuerda, por lo que significa de humillación humana, que una de las plagas más terribles con que Dios castigó a los egipcios, carceleros del pueblo escogido, fue la de implacables mosquitos. Algo parecido le sucedió al Capellán en la 4.ª Bandera: aseguraba que lo que más le había molestado durante su vida de campaña, había sido la invasión de piojos, llamados burlonamente por los legionarios «trimotores ».

«Es lo que más me hace sufrir —dijo en Villafranca y le había dicho poco antes al P. Viera—. Estoy plagado. Desde que estuvimos descansando unas noches en unas casas ruinosas, estamos llenos. No sé cómo descartarlos. Mato todos los días de 20 a 30. Me hacen verdaderas ronchas en las es-

paldas; y a veces me tienen sin dormir hasta muy entrada la noche, cosa que no consiguen los cañones ni tiros. Y el nerviosismo resultante es atroz.»

Un legionario herido en el Hospital Saliquet, de Valladolid, José Justos Alonso, de la 11 Compañía, algo especial había notado en su Capellán, porque aseguró que él sabía que «andaba lleno de piojos en las chavolas y vivía con los soldados». Debido a esta «invasión» que padecía, apenas llegó, el 31 de marzo, al Colegio de Villafranca, lo primero que hizo fue irse en seguida a tomar una ducha.

4. ENTRE SOLDADOS ROJOS.

Los actos todos de su arriesgado Capellán no solamente ganaban el corazón de sus legionarios, sino que les alegraban. Con verdadero regocijo eran luego comentados en la Bandera.

> «Voy a contar algún detalle pintoresco —escribe el P. Huidobro el 12 de octubre desde Escalona, carta que luego termina el 20 en Méntrida—. El otro día quería yo ir a Toledo desde Maqueda a ver a los Padres. Como mi Comandante había salido, fui a buscarle en auto para pedirle permiso.
>
> Al llegar a Quismondo —cerca de Maqueda— nos salieron al encuentro tres soldados. 'Venimos del otro lado, de los rojos, a entregarnos.'
>
> ‘Pero, ¿os habéis presentado ya a algún Jefe?'
>
> ‘No, ustedes son los primeros que encontramos.'
>
> ‘Pues subíos al auto.'
>
> Y pude volver a casa con tres soldados rojos, armados de fusil y bayoneta, habiendo salido el chófer y yo sin una mala pistola.»

Cuando el Padre Huidobro se presentó en el campamento con los tres prisioneros, le preguntó, en voz baja, un Oficial: « ¿Cree usted Le se habrán entregado de buena fe? ¿No nos harán alguna barrabasada?» «¿Barrabasada? —exclamó el Padre Huidobro—; no, hombre, no. Si les hemos traído armados a mi espalda y ni si-

quiera se les ha ocurrido pegarnos un tiro y escapar con el coche, aunque comprendieron que no llevábamos un mal arma.» Cuando se enteraron los legionarios que, sin una pistola, su Capellán había cogido tres prisioneros armados, tuvieron allí fiesta y risas para rato.

En otra ocasión no cogió él a unos rojos, sino que unos rojos le cogieran a él. Gran muestra dio entonces de valentía y de serenidad. Dios le libró de una muy mala pasada. El hecho nos lo cuenta el Teniente Juan Parra Jerez, en una carta muy reciente. Durante la ocupación de Valdemoro, la 10 Compañía se separó del resto de la Bandera, para ocupar el Colegio de niñas huérfanas de la Guardia Civil. Hubo allí entre aquellos legionarios un herido muy grave. El Padre, sin detenerse a pedir información, a ver si era factible el pasar a donde se hallaba esa Unidad, inmediatamente se marchó a asistir al herido; para llegar hasta allá tuvo que atravesar un gran espacio de terreno del enemigo. Asistió al herido; y a su regreso para venirse al resto de la Bandera, le sorprendieron dos milicianos que le encañonaron con sus fusiles.

> «Como es sabido —añade el Oficial Parra—, él no llevaba jamás arma alguna, pero sí su Crucifijo, y con éste convenció a los dos milicianos del error en que vivían; y así, en vez de llevarle al campo rojo, él, el Pater, se los llevó consigo y se presentó al Jefe de la Bandera, y le concedieron la clemencia que pidió para estos dos nuevos nacionales.»

5. BUSCANDO HERIDOS.

Toda la heroica actuación del Padre Huidobro en campaña, que atraía la admiración de sus legionarios, iba principalísimamente dirigida a la atención de los soldados que caían en los combates: caridad con su almas y caridad también con sus cuerpos. A esta labor con los heridos todo lo subordinó: peligros, fatigas, la propia vida. Llegó así al heroísmo, practicando la caridad.

En el capítulo anterior hemos visto que, apenas llegado a la Bandera, eligió su puesto: en primera línea, con su Cruz. ¡Gran heroísmo el siempre colocarse en ese puesto! Ahora, vamos a verle

actuar, en esa primera línea elegida. No estaba todo hecho con el simple ir delante.

Para salvar y consolar el alma del moribundo, o recoger el cuerpo roto de un herido, caído en el sitio de mayor peligro, el Padre Huidobro, durante esos meses supremos de su vida de Capellán, se entrega a la muerte a cada instante. «Ninguno tiene mayor amor que el que da la vida por otro», dijo Jesucristo. El Capellán de la Bandera la estaba entregando cada día por amigos y enemigos.

Pocas manifestaciones tan patentes de su valor apostólico y legionario, como las realizadas con los soldados tendidos en el campo. El atender a los heridos era su constante obsesión; la caridad le urgía y el heroísmo no se arredraba ante la muerte que estaba acechando. Corría a lo más urgente, caminaba entre las tropas que avanzaban más y primero, todo con la esperanza de estar más a punto, para que ninguno se encontrase solo en los momentos definitivos de presentarse ante Dios, o en los momentos en que sus heridas reclamaban con más urgencia un refrigerio.

Esto no se puede negar que es heroísmo y que es caridad.

> «Es que estoy estrictamente obligado a asistir a los que caen heridos, aunque yo peligre», dijo con gran convencimiento en varias ocasiones.

¿Obligado?, ¿aun en tan extremas circunstancias? Sí, hemos de responder, al menos si quería llegar al heroísmo en la caridad.

Parece tenía el Padre Huidobro especial instinto para buscar heridos a que atender. El Comandante Mármol dice que el Capellán solía, muchas veces, ponerse cerca de donde había emplazada alguna ametralladora nuestra antiárea, porque sabía, por experiencia, que allí era mayor el peligro para los soldados.

> «Andaba en medio de las balas, sacrificándose por los soldados y salvando a los heridos», así remataban sus comentarios un grupo de legionarios al hablar de la entrada en la Casa de Campo.

Ya, de mucho tiempo antes, escribió de él un Sargento de la Legión, refiriéndose a los primeros combates a que asistió el Padre Huidobro:

> «Allí me encontré a nuestro Capellán, auxiliando a los caídos y cumpliendo su misión como un valiente. Preguntaba

a todos dónde había heridos, y al responder allí y en tal otro sitio, allá se encaminaba por terreno de viñas, muy difícil de andar, para estar en todas partes. A las cinco de la tarde cesó el combate, sin que se pudiera tomar el objetivo, dada la durísima resistencia del enemigo; y en una arboleda próxima a Cazalegas pasamos la noche los que no tuvimos servicio.»

La pintura que a continuación hace del Padre Huidobro, durante esta noche, es bien gráfica.

«Allí, en la arboleda, estaba el Padre Huidobro descansando en pleno suelo sobre una manta que se le dio; y sin más ropa que la que llevaba puesta. Durmiendo con los ojos abiertos, pues en cualquier momento creía sería necesario su ministerio.»

Otra descripción, llena de vida y espontaneidad, nos la dejó un legionario andaluz, que fue a curarse de sus heridas en el Hospital de Villafranca de los Barros:

«Pasaba yo un día por una de las salas de cirugía —contaba el P. Luis Ponce de León—, con ocasión de habernos llegado una nueva remesa de heridos del frente; y me detuve ante tres fornidos muchachos españoles que, en camas contiguas, estaban entre los demás moros de la sala.

¡Hola, amigos! Qué, ¿sois legionarios?'

'Sí, señó.'

‘Bien, ¡viva la Legión!... ¿De qué Bandera sois?’ ‘De la Cuarta.’

¡Hombre! Pues entonces conoceréis al P. Huidobro, el Capellán.'

¡No sé decirle cómo se llama', responde uno de ellos, andaluz.

`Uno delgado... de gafas... más bien pálido... todo nervio.'

‘Sí, señó... Ese é. ¡justo! Pues é el hombre más valiente que yo he visto. Pué unté preguntá a cualquiera de la Bandera... No tié miedo a ná. Le hemos visto a vese vení de un kilómetro con un herío a cuesta, y ná má que una Crú ar pecho... ¡ea!..., hasta un rojo herío a traío así... Ahora está herío

en Talavera..., pero é poca cosa; en er pié...'

¡Vaya por Dios, hombre!...'

'Y é que no se pué con é. Se lo estábamo toos disiendo

'Pare, que ahí sumba mucho er plomo...' En fin, toos disiendo que se quitara de allí; y é, subío en too lo alto, buscando heríos de aquí pa allí y animando a toos...'»

«Ya me ha pasado —dice en una carta a su hermano Ignacio— tener que correr por un campo barrido por ametralladoras, tirándome al lado de cada herido para administrarle... Y luego arriba, y vuelta a correr, mientras unos caen muertos y otros heridos.»

Por eso, después de cada combate, era muy frecuente verle cubierto de sudor y de la sangre que le dejaban los heridos a quienes abrazaba y recogía.

«Cuando vuelva ahora al frente —dijo en Villafranca—, me remangaré durante las operaciones las mangas de la camisa, como suelen hacer los legionarios; porque los heridos me ponen perdido de sangre, y no puede estar uno siempre lavándose la ropa.»

En el Cerro del Águila, cuando no se podía andar fuera del refugio de las trincheras, sin exponerse a una muerte casi cierta, le vieron al Capellán salir varias veces en busca de heridos, blancos o rojos, sin al parecer preocuparse del silbido de las balas, que en nube venían del campo enemigo.

El Padre Huidobro decía que él seguía un método bueno para esquivar, en lo posible, las balas cuando iba por el campo buscando a los heridos, y era dar frecuentes saltos para dificultar la puntería del enemigo contra él, y agazaparse luego tras alguna mata o defensa que hubiese, o bien tenderse en el suelo.

Contó, más tarde, en Villafranca, una de estas búsquedas de heridos, ocurrida en los olivares del Jarama. Conservaba aún consigo, y se la mostró a los Padres del Colegio, una cartera, adornada con dibujos hechos a pluma por un pintor, Sargento legionario. Se la había entregado al Capellán, momentos antes de comenzar un combate muy duro, en el que pereció. Le había pedido que, si moría, le enviase aquella cartera, como último recuerdo, a

su madre, en la Argentina, y le dijese que su hijo se había ido de esta vida como un buen cristiano. « ¡Qué alegría se llevará mi madre al saber que, ¡después de tantos años!, al fin he confesado y comulgado! » No hubo tiempo para hablar más. El enemigo esperaba enfrente, muy bien parapetado. Los legionarios se deslizaron por los desniveles del terreno, para dar el ataque de flanco. El Padre, con su Crucifijo, les iba bendiciendo según pasaban junto a él. El les mira con el cariño de quien, tal vez, les despide para siempre, y les anima. Ellos avanzan lentamente por la vertiente. Todavía no han sido vistos. Van a sorprender la línea débil del enemigo.

Cuando al subir la cuesta empiezan a asomar las cabezas, de inmediato empiezan también a sonar las balas. Ve el Padre Huidobro que entre los primeros en caer, como siempre, al frente de todos, está el Sargento que tiene a su madre en la Argentina. Corre a su lado el Capellán para absolverle.

Comienzan las voces, clamando por el Capellán y por los camilleros: « ¡Heridos, heridos! » El Padre Huidobro corre por la cuesta, porque las voces han sonado lejos. Le han visto y las balas silban en su busca. El Capellán se tira detrás de unas matas para ocultarse, pero aquellas ramas ofrecen blanco magnífico y una ametralladora empieza a «peinar» las matas. Da un salto y una rápida carrera en descampado, mientras las balas rebotan alrededor. Llega donde dos heridos. Los camilleros recogen a uno, mientras el Padre asiste al otro. Cae en aquel instante un mortero junto a la camilla, pero no estalla. Los camilleros quedan paralizados por la impresión. « ¡De prisa—les grita el Padre—, si no rectificáis, os van a tirar en seguida otro! » Y de un fuerte tirón aparta la camilla. Al poco, otro mortero cae en el sitio en donde momentos antes había estado el herido. Ese día los legionarios se lanzaron en el vértigo de una carrera enloquecedora, sobre los parapetos enemigos, rodeándoles y contrabatiéndoles por el flanco. Es cierto que hubo muchas bajas, pero se consiguió alejar al enemigo, totalmente desbaratado. El Capellán tuvo todavía, después de la victoria, que seguir absolviendo a muchos de los heridos, y bendiciendo a todos con el Crucifijo, lleno de tierra y de sangre.

Lo peligroso del sitio en que los legionarios cayeran heridos, nunca fue impedimento para que el Capellán se presentase en seguida a su lado. Con esa sangre fría característica, llegó a atender-

los y aun a retirarlos, a 20 metros de las líneas rojas. Todo su afán era, durante los combates, el buscarlos, y cuanto antes poder llegar hasta ellos. Y ¡con qué cariño les atendía! Siempre que podía, lo aseguraron varios de los hospitalizados en Oña, iba a la primera avanzada, llevándose consigo algunas cantimploras con agua, para lavar las heridas de los que caían y darles de beber.

Esta gran cantimplora la llevaba el Capellán, pero únicamente podían beber de su agua los heridos. Los legionarios la empezaron a llamar «el agua milagrosa», porque hubo algunos que iban, luego, ponderando el extraordinario alivio que habían sentido en sus heridas, cuando el Pater les daba de aquella agua. Nada de extraño tiene el que experimentasen gran alivio. Como que para eso se la daba a beber, en medio del campo, el Capellán.

Atravesaba así el Padre Huidobro, por una y otra parte, el terreno de los combates, como Ángel consolador, dando ánimo a todos los que luchaban, y consuelo a todos los que caían. Tan grande era este consuelo, que llegó a escribir el entonces Capitán Gómez Vera, ponderando el enorme prestigio de su Capellán en la Bandera, que todos, cuando llegaban a caer heridos, antes ansiaban ser asistidos y confortados por el Padre Huidobro, que aun por el mismo Médico.

Esto, durante los combates. Que en las noches, durante el reposo, cuenta el Sargento de enlace, don Fernando Maldonado, veinte veces que se oyese la explosión de un morterazo, veinte veces que el Padre se levantaba de su cama, para ver si había ocurrido alguna desgracia. Se levantaba, añade, si es que él antes no había cedido su propia cama, para que en ella se acostase algún herido grave, a quien no hubiese sido todavía posible retirarlo más a retaguardia.

La administración de Sacramentos a los heridos adquiría, a veces, caracteres especialmente impresionantes. No ya por lo que significara de conversión ni de arrepentimientos —esto, de ordinario, quedaba totalmente secreto para Dios y su Capellán—, sino por los adjuntos trágicos en que se desarrollaba.

El mismo Padre Huidobro describió una de estas escenas.

Tras violento combate, prolongado hasta el anochecer, quiso salir de nuevo de la trinchera, para recorrer, como de costumbre, el campo en busca de heridos. La línea enemiga, muy próxima, se

iluminaba a intervalos con pertinaz tiroteo; y el Capellán, entretanto, con unos pocos sanitarios, iba avanzando, gateando, mejor, arrastrándose, protegido por la densa oscuridad. Con gran trabajo lograron retirar tres heridos. Hay que iniciar la vuelta, completamente agachados, para no siluetarse sobre la débil claridad del horizonte. Pero el Padre Huidobro no se siente tranquilo aún y emprende una última excursión, esta vez solo. Quizá hubiera algún otro herido o cadáver..., ¡habían caído tantos en el combate de la tarde!... Lentamente se fue arrastrando hacia las trincheras rojas, sobre el campo cubierto por la metralla. No encontró a nadie.

De vuelta ya, sus manos tropiezan con un fusil. Avanza un poco más, a tientas, y tropieza con unas botas. La oscuridad es completa. El Capellán va palpando el cuerpo del caído hasta ponerle las manos en el rostro; siente el contacto pegajoso de la sangre... «Amigo mío, ¿estás vivo?, ¿puedes hablarme?... Óyeme, soy el Capellán...», se inclina sobre la boca del herido...; por única respuesta, la respiración intermitente de la fatigosa agonía... El Padre abre su cartuchera, y saca los Santos Oleos. A tientas humedece sus dedos y busca después la cara del moribundo..., «per istam sanctan unctionem... indulgeat tibi Dominus quidquid per visum deliquisti...» (perdónete Dios cuanto hayas pecado con la vista...). Pero sus dedos se han hundido con la Unción en algo blando, y se detiene con cierto temor reverencial... No se ve absolutamente nada, pero el Capellán va palpando el rostro con la mano izquierda... Ahora comprende, sus dedos se habían desviado, no habían tocado los ojos; habían palpado el cerebro...

Y en las tinieblas de la noche, vuelven a oírse lentas, y ahora sí que emocionadas, las palabras litúrgicas... «per istam sanctam unctionem et suam piissimam misericordiam...» (por esta Santa Unción y por Su bondadosísima Misericordia...).

6. RECOGIENDO HERIDOS.

Luego de atender a los heridos en el mismo terreno, quedaba la ardua y peligrosísima labor de los camilleros de recogerlos y llevarlos a lugar más seguro. ¡Cuántas veces el Capellán hizo las veces de camillero, cuando los heridos eran tantos, que aquéllos no

se daban abasto, o cuando (alguna vez sucedió) el peligro era tan amenazador, que parecía más prudente aguardar que amainase el tiroteo. Se veían obligados los Oficiales en estas ocasiones a mandar a los camilleros que no saliesen. Pero con el Padre Huidobro, no rezaban tales prudentes retardos en buscar y recoger los heridos.

De un caso muy concreto nos queda la relación.

En un contraataque del enemigo, cerca ya de Madrid, de una trinchera salieron dos legionarios camilleros, transportando a uno; el fuego era intensísimo. A los pocos pasos uno de los camilleros cayó también herido. El Padre Huidobro, que los divisó desde la trinchera próxima, en donde él se hallaba, saltó al punto fuera de su trinchera y, sin preocuparse del inminente peligro, cogió por los extremos los palos de camilla y, sustituyendo al camillero que faltaba, se dedicó al transporte de varios caídos. Lo contó después su Teniente.

Dios quiso recompensar en tantas ocasiones la labor heroica del Capellán, haciéndole sentir algún especial consuelo del extraordinario fruto espiritual.

En el frente del Jarama se habían tenido combates de proporciones trágicamente enormes. El Padre, por encima de toda prudencia humana, había estado recorriendo, sin cesar, todo el campo, cubierto en demasía, en aquella temporada, de muertos y heridos. Hubo días en que en la Bandera apenas si nadie pudo comer ni dormir. El día 16 pudieron al fin retirarse un poco los legionarios a descansar unas horas. El Padre Huidobro estaba deshecho de agotamiento. Oye hablar a unos Oficiales lamentándose de que aún quedan algunos heridos; pero ni pensar ir entonces por ellos; tan batido por el fuego estaba todo aquello, que, de pretender salir a recogerlos, se tendrían pronto tantas nuevas bajas, cuantos se lanzasen fuera de las trincheras. El Capellán lo oía y callaba, pero se le notaba inquieto... El no podía dejar abandonado allí cerca ningún herido..., podía morirse sin asistencia espiritual... Se acerca a los Oficiales, y con firme serenidad dice: «con vuestro permiso, voy a la vaguada a ver si quedan heridos...» Rotunda negativa... «Es que estoy obligado»... y rápido, despidiéndose con una sonrisa, salta afuera, agazapándose tras los más minúsculos obstáculos... Desde la trinchera los Oficiales le observaban. Viéronle avan-

zar, haciendo eses providenciales, en aquel hervir de metralla... De pronto, entre el zumbar de las balas, unos lamentos. Hacia allá se dirige, saltando de mata en mata, para esquivar los disparos. Se encontró con un herido. Era un Sargento de la Legión, desangrándose entre horribles dolores. Tales eran sus sufrimientos y el abandono en que se veía, que el infeliz, como él mismo más tarde dijo, pensaba ya en el suicidio, para acabar cuanto antes; a su mano tenía el último tiro de su pistola. Dios se compadeció de él y le acababa de enviar al Padre Huidobro...; le abrazó, lavó sus heridas, levantó su espíritu, le confortó...

La vuelta a la trinchera fue más penosa que la ida. Sobre sus hombros, después de penosísima marcha, lo traía trabajosamente, medio arrastrándose. Menos mal que la semioscuridad de la noche, que ya venía, le ayudaba. Avanzaba cubierto de tierra y de sudor, pero su rostro no podía ocultar el consuelo. Los Oficiales y soldados le recibieron, en aquella ocasión, en silencio. No había palabras para felicitarle. Poco más fue necesario para que, conmovido inefablemente el Sargento, aceptase resignado su dolorosa muerte. Confesado, murió, al poco, con la muerte del justo, bendiciendo a Dios y bendiciendo a aquel ángel de caridad, que con su cariño le había encaminado al Cielo.

> «Esto —añadían los legionarios de Oña— lo hizo con muchísimos heridos.»

Cuántas veces, durante la asistencia a los caídos en el campo, se encontró el Padre Huidobro con la vuelta a Dios de hijos pródigos, es un misterio que se llevó a la otra vida, en secreto, el Capellán. Pero la obra de misericordia, corporal y espiritual, nunca queda sin la recompensa divina.

En el recoger y aliviar los heridos, no solamente buscaba el bien para sus almas; no olvidaba el darles el refrigerio corporal que pudiese. Para sí jamás reclamaba nada. Para ellos, todo descanso.

En medio de los fortísimos combates de Retamares, sostuvo una muy violenta discusión con algunos sanitarios, que amontonaban dificultades para evacuar tan numerosos caídos; querían retrasarlo para el día siguiente. El Padre Huidobro, viendo que nada conseguía de ellos, se fue a Móstoles y de allí regresó, conseguidas varias ambulancias y camillas, y él mismo empezó a ayudar

a la evacuación de los heridos. Para defenderlos en algo de la frigidísima temperatura de aquel noviembre madrileño, logró buena cantidad de mantas para las camillas; y, como en tantas otras ocasiones había hecho, también esta vez prestó su manta y su capote a uno de los heridos, aguantando él a cuerpo aquella noche.

Clásica es, en la iconografía cristiana, la pintura de San Juan de Dios llevando sobre sus hombros, por las calles de Granada, camino del Hospital, a pobres abandonados. Esta caridad pasó a proverbio en la Historia de los héroes del Cristianismo. Y con razón: hacerse pies y manos del desvalido. Muchas veces le fue imitando el Capellán de la 4.ª Bandera, al caminar, anhelante, con el herido a cuestas, no por las calles de una ciudad, sino por los campos de viñedos y olivares. Aquel santo recibía a veces bendiciones; otras, insultos; el Capellán, los silbidos de las balas, hasta que lograba entrar en el Botiquín de urgencia.

Un retrato así es la descripción hecha por el Comandante Mora Requejo, de un personalismo bien intenso, en algunas de sus circunstancias tan concretas. También en el Jarama.

> «El 15 de febrero se había cruzado este río, y se luchaba muy duramente en los olivares de Arganda. En el ala derecha del frente de la 4.ª Bandera, la situación era muy comprometida, por haber quedado descubierto este flanco, al retroceder algunas unidades propias, muy duramente contraatacadas. Las bajas en aquel sector de la Bandera eran muy numerosas y muy difícil su evacuación. Hubo que renunciar a enviar camilleros, por el excesivo blanco que ofrecían, y aun a toda otra suerte de evacuación, puesto que la retirada de cada herido costaba dos o tres bajas de los que intentaban recogerlos. Aquel día mandaba yo interinamente la Bandera, y por ello el Capellán estaba bajo mi dependencia.
>
> En vista de la comprometida situación, que he explicado, vino a pedirme permiso para trasladarse al lugar donde se encontraban los heridos, que por el momento no era posible evacuar. No se lo negué, pero sí le hice constar que, a mi parecer, su sitio estaba en el Puesto de Socorro de la Bandera, adonde afluían todos los heridos de la línea de fuego de la misma, y que, si por allí le mataban, podían quedarse sin auxilios espirituales otros muchos, que fueran heridos más tar-

de.

Nada me respondió el Capellán en aquel momento; pero algún tiempo después, como una media hora, le vi venir con un herido grave a cuestas. Debió de ver alguna reconvención en mis ojos, porque me explicó su proceder con estas o parecidas palabras: ‘He podido dar la Extremaunción a dos moribundos, y éste es el tercer herido que evacuamos. Si Dios desea que siga ejerciendo mi ministerio, ya me librará de las balas.' Al día siguiente de esto fui yo herido, y recuerdo que, cuando me evacuaban en la camilla, se acercó corriendo el Capellán a despedirme, dándome a besar el Crucifijo, que siempre llevaba colgado al pecho.»

Un caso bien circunstanciado de este recoger a los heridos narra al legionario Vicente Reyes Galán. Ocurrió también en los combates del Jarama. Es testimonio de la confianza que tenían en la caridad y en el heroísmo de su Capellán:

«El día que se tomaron los célebres olivares, conforme íbamos avanzando para entrar en fuego, en un pasadizo se encontraba el Padre, el cual, conforme íbamos entrando, nos presentaba el Crucifijo y lo besábamos. Delante mía iba un muchacho gallego llamado Víctor Vilavoa, el cual, al llegar a la altura del Padre y besar el Crucifijo, se cayó al suelo y en seguida lo levantó diciéndole: ‘¡Ten mucho cuidado, Vilavoa!’ No habían pasado ni diez minutos, vimos venir al Padre con un hombre a cuestas, el cual era dicho individuo, con un balazo en el vientre. Al verse herido, había empezado a llamar al Padre, para que acudiera a sacarlo de donde se encontraba, que era un sitio muy batido por las balas enemigas.»

En circunstancias bien peligrosas buscó y recogió, en una ocasión, varios heridos; pero esta vez el peligro no provenía de las ametralladoras enemigas:

«Una mañana de diciembre explotó una mina en el sector del Clínico. Rechazado, al fin, el enemigo, acudieron los legionarios al lugar de la explosión, para auxiliar a los allí caídos. Era una esquina del edificio; solamente quedaba en pie un muro de casi 10 metros de altura, que amenazaba derrumbarse. Dentro del boquete formado por la mina, yacían

unos 12, quizá 15, legionarios heridos o muertos. El Teniente Canós pidió voluntarios para echarse abajo y salvarlos. Varios vinieron, entre ellos el Capellán, aunque el Teniente le aconsejaba que no bajase. Pero se presentó allí un Comandante de Ingenieros, ordenando se retiren todos, pues el muro se derrumbaría de un momento a otro; además, parecía que otra mina iba a estallar cerca. Se retiraron. El Padre se fue con su ayudante de Misa y otro del Estado Mayor. A los pocos momentos, con gran asombro de todos, vieron al Padre dentro del boquete de la explosión, quitando piedras y cascotes y amarrando por la cintura, uno a uno, a los heridos y muertos; desde arriba, los dos legionarios que le habían acompañado, los subían. Así sacaron seis heridos y tres cadáveres. Dios quiso tener Providencia especialísima sobre ellos; no habían pasado ni diez minutos que se habían alejado, y el muro, con gran estruendo, se desplomó.»

El legionario Vicente Reyes, testigo de todo este hecho, dice que, cuando en la Bandera se enteraron de lo que el Padre había hecho, le dieron los más grandes vítores y los parabienes más calurosos, tanto Jefes como Oficiales y soldados.

Durante las fuertes luchas de noviembre, en la violenta entrada a la Casa de Campo, mientras un enlace cruzaba una zona muy llena de peligro, cuenta este hecho el Teniente Parra:

«Fue dicho enlace gravemente herido a la vista de muchos de nosotros; y dado el peligro que existía, ninguno se atrevió a ir para recoger al herido. Pero el Padre Huidobro, sin que ni nos diésemos cuenta, se lanzó a buscarlo. Era de ver cómo las ráfagas de las ametralladoras le levantaban la tierra de debajo de los pies, conforme iba avanzando hasta llegar al herido. Allí lo recogió, y cargándoselo a cuestas, regresó con él, hasta depositarlo en el Puesto de Socorro.

Al hablarle nosotros del peligro a que se había expuesto, nos contestó de una manera sencilla, digna de un santo: 'No he observado ni tiros ni peligro alguno.'

De dónde sacaba fuerzas el Padre Huidobro para poder cargar él sólo con un herido, y caminar, y a veces, por trayectos difíci-

les? Ni sólo a heridos. Vez hubo que, por medio de los olivares, vino trayendo sobre sí el cadáver de un legionario.

De una manera muy semejante a la anterior, recogió en el Tarama varios cadáveres. Una de estas veces le ocurrió, cuando el Capitán Sánchez Bazcaitegui cayó muerto en el asalto a un olivar, y con él varios legionarios de una Escuadra. Se intentó recogerlos, pero cada vez que se procuraba, los tiros a mansalva obligaban a desistir. Al atardecer se inició otro combate, y entonces el Capellán se aprovechó de esta confusión en la lucha, y se arrastró hasta llegar al sitio en donde yacía el Capitán, y echándoselo sobre sus espaldas, logró traerlo, e igualmente a los otros cinco legionarios.

Casos semejantes se repitieron una y muchas veces.

El Capitán Rodrigo había encargado, como a más antiguo, al legionario don Tomás Morano, que es quien nos ha contado este hecho, que organizase la recogida de una porción de muertos abandonados en el campo. Gran parte de la noche se la pasaron en esta labor humanitaria. Pues allí, sin ser llamado, se presentó el Padre Huidobro a ayudarles, y se cargaba al hombro los cadáveres que había que trasladar.

Y así, sobre sus hombros, de constitución nada hercúlea, cargaba él solo con un hombre, herido o muerto. Aun cuando el peso de esta carga le hacía a veces vacilar, y no le era posible disimularlo. Piénsese en la dificultad que supone subir o bajar por tierras sin caminos, y teniendo a la vez que ir esquivando las balas. Su alma grande suplía a la flaqueza humana.

¿Llegó a creer el Padre Huidobro que, a fin de que pudiera él seguir atendiendo a tanto herido, como hubiera quedado sin asistencia espiritual, si él entonces muriese, la Providencia Divina iba a seguir librándole de las balas? De la sola frase dicha al Comandante Mora, y que hemos copiado más arriba, no lo podemos colegir. Sí es un hecho que las balas mucho le respetaron, meses y meses; y es un hecho que él caminaba por el teatro de terribles luchas, como si a él no le hubiesen de alcanzar, practicando, hasta el heroísmo y permanentemente, la caridad con los heridos. Sí sabemos, por él mismo, que él estaba totalmente confiado a los planes de Dios. Y, felizmente para él, en esos planes divinos entraba que pronto uno de aquellos proyectiles ya por fin no le respetase, y fuese el instrumento providencial para levantarle al Triunfo definitivo.

CAPÍTULO XX

LOS GRANDES COMBATES

1. El «Douglas» y Retamares. 2. En la Ciudad Universitaria: Las minas. 3. Voladuras del 13 y del 17 de enero. 4. Visitas a los centinelas. 5. Aprisionados entre dos muros. 6. El Alférez Moncho. 7. La campaña del Jarama.

1. EL «DOUGLAS» Y RETAMARES.

Muy dura es la vida de un soldado en campaña, y más, si este soldado es de la Legión.

> «Con el Tercio —escribía en noviembre el P. Huidobro— hay que correr a veces, porque se avanza entre las balas enemigas, y pararse o ir despacio es hacer mucho blanco y dar punto de referencia para apuntar a los que corren. Y hay días de no comer.»

A tal grado llega, en algunas ocasiones de esta vida militar, la fatiga que agota, el cansancio ininterrumpido, los nervios que no sosiegan, que:

> «Hay momentos—decía el P. Huidobro— en que el grito legionario '¡Viva la Muerte!', le suena a uno a grito de salvación. En la dureza y la fatiga de la lucha continua, se siente uno atraído por el descanso de la muerte; se la apetece de una manera increíble. Hay momentos en que sólo se sienten ya ganas de morir, y se siente uno atrozmente tentado de asomarse a la trinchera, para morir acribillado por las ametralladoras enemigas. En esos momentos lo heroico es esconderse.»

Sucedía esto cuando llegaba el prolongado frenesí loco de la lucha angustiosa. No cuando los días de descanso, de relativa paz,

que también existían, a veces, éstos aun en plena guerra. Porque en casos de compás de espera, con la estabilización de los frentes, lo que cansaba más era la inacción y el aburrimiento.

Durante los pocos meses que le duró al Padre Huidobro su Capellanía militar en la Legión, conoció experimentalmente dos principales series de luchas tremendamente épicas: en la Ciudad Universitaria, por los meses de diciembre y enero; en febrero y marzo, a orillas del Jarama. De él mismo principalmente tomaremos aquí las descripciones.

Pero primeramente vamos a escucharle la narración que él hizo en Villafranca, contando un ataque aéreo, un bombardeo de lo más siniestramente trágico. Y luego, el combate de Retamares.

Llevaba el Capellán muy poco tiempo aún en el Ejército, pues caminaban todavía en el avance de Talavera a Maqueda. En una pequeña casita, sin protección alguna, se instaló un Puesto de Socorro. Allí se metió el Padre para auxiliar espiritualmente a los heridos, mientras se les hacía la cura de urgencia. Era en los tiempos en que los nacionales apenas si tenían aviación, y ante el bombardeo de los aparatos rojos, que nos machacaban impunemente, no había otro recurso que tenderse en el suelo y encomendarse a Dios. Un avión rojo «Douglas» divisó el Puesto de Socorro y determinó destruirlo. Al verlo acercarse amenazador, el Capellán invitó a todos a rezar un Padrenuestro. Todos lo rezaron con el fervor impulsado por las circunstancias mortales. El aviador, seguro de no encontrar quien lo desafiara, bajo todo cuanto quiso, y arrojó, una tras otra, hasta cuatro bombas. Cayeron alrededor, levantando nubes de tierra y piedras; ninguna tocó a la casa. Al contemplar los cuatro boquetes tan cerca, « ¡De buena nos libró Dios! », exclamaban.

El avión se alejó, pero sin abandonar su presa. Volvió al poco rato trayendo más bombas: ni el Padre ni ninguno de los presentes pensó siquiera en alejarse. ¡Cómo abandonar a los heridos que estaban en aquel Puesto! Aunque sólo fuese por darles ánimo, tenían que acompañarles y compartir su suerte. Su serenidad legionaria estaba aumentada por la fuerza de la oración. En tanto, dentro de la casita proseguían las curas, arrancando a aquellos heridos de las garras de la muerte. Se unían en el mismo rezo voces sonoras y sinceras. Y los heridos, como podían, también clamaban a Dios.

El «Douglas» aminoró la velocidad y giró en torno de la casa, para asegurar la puntería; y luego cruzó una y otra vez por encima del endeble tejado, soltando su carga mortífera. Y las bombas caían en curva, respetando la casa y abriendo cráteres alrededor. « ¡Esto es un verdadero milagro! », repetían los refugiados en aquel Puesto de Socorro. Y el «Douglas» tuvo que alejarse por segunda vez de aquel blanco intangible.

Pero volvió, y volvió con más bombas. Y el Capellán y sus compañeros volvieron a ponerse en las manos paternales de Dios. Y las manos de Dios apartaron por tercera vez las bombas.

Entre los estampidos ensordecedores y el calor sofocante del fuego, volaban todos los cristales y entraban bocanadas de tierra y humo. Pero en las dos horas interminables que duró el bombardeo, horas de rabia para el piloto rojo, ni un solo proyectil se atrevió a tocar la humilde casita con sus paredes de barro y paja, en la que se estaba curando a unos heridos, y en la que se refugiaban los que se pusieron en las manos de Dios. « ¡Confiemos siempre en El..., no nos abandonará...», les repetía el Capellán.

De consecuencias más graves para la Bandera, habían de ser los combates realizados para tomar el Campamento de Retamares. Al amanecer del 6 de noviembre, la Columna Castejón, a marchas forzadas desde Villaviciosa, cayó sobre los pueblos de Móstoles y Alcorcón. Concentró su artillería sobre los polvorines rojos del campamento de Retamares, que era el objetivo, dificilísimo, para aquel día. Confiaban en el arrojo legionario y en la fidelidad de la tropa nacional y mora. En tanto, otras columnas avanzaban sobre Cuatro Vientos y Carabanchel. Cumplióse lo que temían: se hallaron ante un cuerpo de Ejército rojo, pertrechado y defendido en triple línea de trincheras con fuertes muros de hormigón e innumerables barreras de alambradas espinosas ([4]). Combates durísimos durante todo el día: más de 400 entre muertos y heridos. La Legión se batió a pecho descubierto ante los parapetos enemigos. In-

---

[4] Frente a más de 12.000 rojos formidablemente encubiertos, la Columna nacional estaba compuesta de 1.800, con los pies rasgados, tras 600 kilómetros un caminar incesante. A pesar de todo se luchó. Salieron tanques en gran número.

creíble, si no se tratara de legionarios. A punta de cuchillo entró la 21 Compañía en las mejores trincheras, las de la extrema derecha, en medio de un infierno de artillería.

Se luchó y se fue venciendo. Cada metro costó un cargamento de arrojo y valentía. No se retrocedió, aunque los técnicos extranjeros lo esperaban. Aguantando los feroces contraataques, allí se mantuvieron, sin dar un solo paso atrás, toda aquella frigidísima noche. Recibieron los rojos nueva ayuda de artillería; y entonces, Castejón solicitó refuerzos, y a las tres y media de la noche llegó en camiones la 4.ª Bandera y dos Tabores, para continuar al amanecer los saques. El Comandante Vierna, acompañado del Capellán, Padre Huidobro, se presentó de inmediato en el Puesto de Mando, que era un caserío pequeño de planta baja, bajo el amparo del cual estaban los heridos graves y todos los muertos de la víspera, así como el personal de la Plana Mayor para guarecerse del intensísimo frío. Castejón dispuso que la Bandera 4.ª descansase, las pocas horas que quedaban, en un barranco próximo.

El Padre Huidobro, apenas vio tanta baja, sin tomar el menor descanso, y aunque los heridos no eran de su Bandera, ni siquiera de su Columna, empezó de inmediato a separar moros de europeos y a administrar sacramentos; y así estuvo, en aquel frío extremo, desde las tres y media hasta las seis, en que vino la orden de que la Bandera ocupara su flanco. Siguieron los terribles combates, y el Capellán siguió en su labor humanitaria y sacerdotal, sin preocuparse del peligro.

Los empujes del enemigo eran espantosos. Castejón cruzaba una y otra vez el campo, dando órdenes, arengando a las tropas. La presencia del Jefe les enardecía. Al fin cayó, chorreando sangre, herido en su cadera izquierda, pero seguía arengando, con voz cada vez más débil, a sus soldados. Apoyado en una tapia, intentaba seguir dirigiendo aquella increíble lucha. « ¡Aguantad, muchachos! ¡Ni un paso atrás...! —les continuaba diciendo, mientras pretendía con sus manos contener la sangre de su gravísima herida—; esto es sólo un rasguño! »

El empuje de los Legionarios y Regulares fue aún más arrollador desde que supieron que habían herido a su jefe; enardecidos, se abrieron paso, incontenibles, llegando al cuerpo a cuerpo, hasta alcanzar una completa victoria, si bien costosísima, apoderándose

totalmente de los polvorines y de todo el Campamento, en poco más de un día de lucha.

En este mismo día, y a la hora de los peores combates, el Padre Marín Triana, Capellán de la 7.ª Bandera, estaba celebrando, en el cercano y recién conquistado Cerro de los Ángeles, la Misa primera que allí se decía desde el 18 de julio, ante el profanado y «fusilado» Monumento al Corazón de Jesús.

El Padre Huidobro, como siempre, había estado entre sus legionarios de más adelantada vanguardia. Milagro parece no haya sucumbido aquel día. Día que fue de inmenso trabajo; pero compensado con la noche de alegrías, al poder ya, a esas horas, comentar con los suyos la Providencia con que Dios los había fortalecido y les tenía a las puertas de Madrid.

Según su costumbre, también aquí, en las oscuridades de la noche, salió el Padre Capellán, repetidas veces, fuera de las avanzadas, en busca de heridos.

De este combate de Retamares afirmó más tarde el laureado Castejón, que había constituido un episodio sin precedentes, el más enconado para sus legionarios, dentro de aquel heroico caminar desde Sevilla a la Casa de Campo. Porque fueron dos días de durísimas luchas, sin tregua, contra fuerzas inmensamente superiores.

2. EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA: LAS MINAS.

Para poner un muro de contención a las tropas nacionales que avanzaban arrolladoras sobre la capital de España, ya desde muy a los principios de noviembre, disponían los rojos de doce Brigadas, que para el día 15, con las dos Internacionales, aumentaríanse hasta 23.

A pesar de toda esta adversa perspectiva, el Mando nacional quería hacer un esfuerzo de penetración, hasta llegar al casco de la población de Madrid. Razones militares y diplomáticas fuertemente lo aconsejaban. También sería de enorme trascendencia política y psicológica el que el Ejército nacional pusiese, con firmeza, su pie en la sede del Gobierno republicano.

Inicióse el ataque por la Casa de Campo, yendo en vanguardia la 4.ª Bandera y un Tabor. Mas la increíble desproporción de fuerzas, debido en ese momento crítico a la multitudinaria intervención extranjera, hizo que aquel intento no tuviese el éxito deseado.

Sin embargo, persistiendo en el denodado intento, dióse a las fuerzas nacionales la consigna terminante de atravesar el río Manzanares. Y fue entonces, son datos del tan exacto historiador Pardo Canalías, cuando el Teniente Coronel Asensio, con palabras que perdurarán en la Historia, rotundamente afirmó la víspera del 15 de noviembre: «Mañana pasaré, con carros o sin carros.»

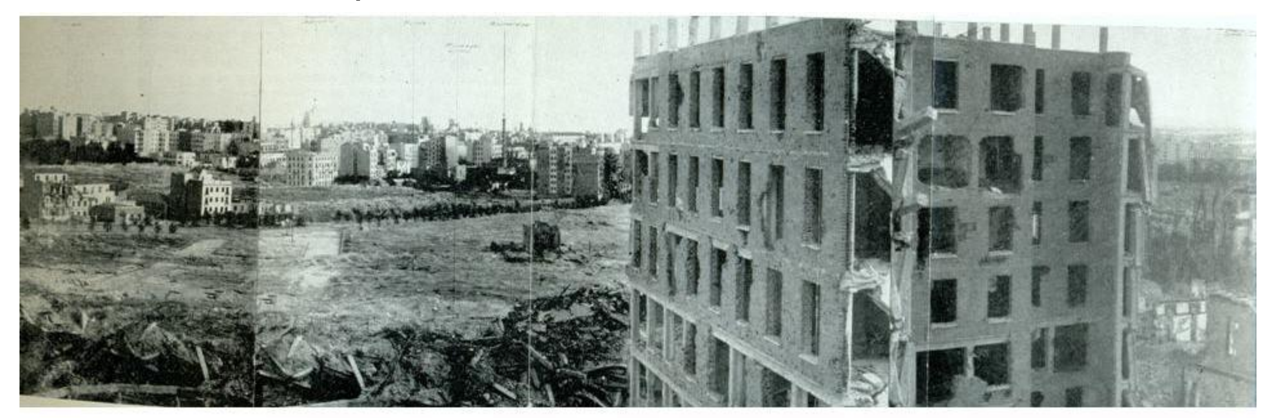
Y el 15 pasaron. Aunque el avance de los tanques se entorpeció al vadear el río, realizóse el asalto al descubierto, con tal derroche de acometividad y de irresistible empuje, que pese a toda la oposición republicana, sobreilusionada en la presencia de las Brigadas Internacionales, las tropas de Asensio, tras fortísima lucha, cruzaron el Manzanares, y en el atardecer de esa épica jornada, ya se habían extendido por parte del Parque del Oeste y de la Ciudad Universitaria. Al asalto fueron conquistando, uno tras otro, buena porción de los edificios: la Escuela de Arquitectura, la Casa de Velázquez, el Asilo de Santa Cristina y hasta el Hospital Clínico, cabeza de ésta de lanza.

Nos daremos cuenta de lo que este avance suponía, con los siguientes párrafos, tomados del Diario de operaciones del General Barrón, hombre de temple extraordinario y nada ponderativo:

> «La defensa se hace casa por casa, solar por solar; se defiende el terreno palmo a palmo. El avance se hizo extremadamente difícil, pues el terreno estaba muy batido, y desde muy cerca, por ambos costados. En ninguna parte podía uno sentirse seguro. Los proyectiles caían desde todas las direcciones, en una acción casi ininterrumpida.»

Así se forjó la cuña de atrevidísima penetración e indestructible firmeza: centinela del Ejército nacional, en la entrada misma de la capital de España. Sólo a costa de indeclinable heroísmo, se pudieron conservar, sin abandonarlos nunca en los dos años y medio que aún duraría la contienda, aquellos frágiles recintos.

El trozo conquistado en la Ciudad Universitaria tenía la forma exacta de una península; digamos, más gráficamente, de un puño incrustado en la capital.



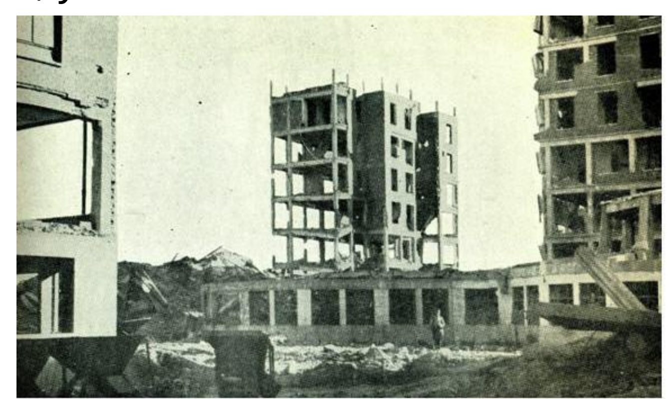
Vista general del frente contemplado desde lo más avanzado de la Ciudad Universitaria: parte del Clínico y al fondo, Madrid. Se distingue la doble línea de trincheras, la nacional y la roja.

Los nacionales conservaban una sola comunicación con el resto de su Ejército y con la otra orilla del Manzanares: la «pasarela de la muerte», que se habría de convertir más tarde en el «Puente del Generalísimo». Por el frente y por los dos costados, se hallaban circundados por el mar de fuerzas rojas. Pues rojos eran los edificios de las Facultades de Filosofía y de Medicina, la Cárcel Modelo, la Bombilla. Y así perseveraron allí los frentes estabilizados, hasta que llegó la incruenta caída de Madrid.

Desde los pisos superiores del ya reconstruido Hospital Clínico, que ocupa lo más alto de toda la Ciudad Universitaria, se domina con la vista, maravillosamente, el cercano Madrid. Muy próximo a este grandioso edificio, aunque un poco más bajo, estaba el Asilo de Santa Cristina. En su antiguo solar hay ahora únicamente jardines, y en medio de ellos se conserva, resguardada bajo un bello templete, la llamada «Virgen del Asedio», que mantiene todavía las señales de la metralla que la mutiló. Es una imagen en mármol de la Inmaculada, que estaba en Santa Cristina. Muchas veces, sin duda, la habrá venerado el Capellán de la 4.ª Bandera, pues con sincera devoción la tuvieron allí los legionarios durante los tres años del duro asedio.

Fue original el modo cómo se fueron ocupando algunos de estos edificios. Los legionarios se apoderaron de la planta baja, mientras los milicianos continuaron, por algunos días, parapetados en el piso alto. Se oían unos a otros desde habitaciones contiguas; se

hablaban y se disparaban, apenas se hallaba algún resquicio por donde cupiera el fusil. Hasta por las escaleras se encontraban a veces, y se encendía la lucha allí mismo.



El Hospital Clínico en ruinas. Después de las voladuras quedó aislado un gran trozo del edificio, que estaba primeramente unido con el pabellón que se ve a la izquierda.

El Padre Huidobro no asistió a esta entrada con su Bandera. Un mes entero estuvo ausente, desde el 9 de noviembre, cuando recibió la herida al entrar la Legión en la Casa de Campo, hasta el 13 del mes de diciembre, día en que se reincorporó al Tercio.

Durante los dos primeros meses que pasó en campaña el Padre Huidobro, podría él, con razón, creer que había conocido todos los medios bélicos de destrucción: fusiles, bombas de mano, cañones, tanques, aviación... Sin embargo, cuando, después de su herida, subió al Hospital Clínico a reunirse con su Bandera, se encontró allí con un inesperado y más terrible peligro. Para cuantos se arriesgaban a permanecer entre las ruinas de aquellos grandiosos edificios de la Ciudad Universitaria, el gran enemigo lo constituían las minas.

Lo de la Ciudad Universitaria fue una epopeya inigualable. Se siguieron en ella, durante los tres años de guerra, insuperables cursos de heroísmo. No simplemente por el hecho de haber mantenido esta aguda saeta clavada en el costado del Madrid rojo, sin dar nunca paso atrás, a pesar de los ataques, jamás interrumpidos, de quienes, estando en su casa, sentían la amenaza y la vergüenza de tener tan metidos en su capital a «los blancos». Lo que constituye lo asombrosamente típico en la defensa de todo este sector, eran las voladuras que, con demasiada frecuencia, sobrevenían. Porque desde fines de diciembre, fue táctica feroz de los rojos, que rehuían, con razón, encontrarse cara a cara con los legionarios y a la luz del día, buscar no sólo la oscuridad de la noche, sino lo más escondido del subsuelo para destrozar a los invencibles defensores con espantosas toperas.

Poseedores de los planos de aquellas inmensas construcciones y de toda la red de alcantarillado y colectores, se les ocurrió a los milicianos utilizarlos para ir volando con dinamita, trozo a trozo, todos los edificios ocupados por los nacionales, comenzando por el enorme local del Hospital Clínico.

La táctica de los rojos estaba muy arteramente preparada: tenían ya prácticamente hecha la galería de la mina, podían poner el explosivo donde les pareciese, sin delatarse, y estaban los defensores del Clínico a merced suya. Inmediatamente después de la explosión, cuyo momento exacto solamente ellos conocían, se lanzarían al asalto por la brecha, que era desconocida para los legionarios hasta aquel trágico momento. Y mientras, con una cortina de fuego y metralla, impedirían toda ayuda nacional venida de fuera del Clínico.

De este modo, sin ni un momento para reponerse de la sorpresa y el daño de la explosión, tenía la 4.ª Bandera que lanzarse al contraataque, expulsar a los rojos que habían penetrado por la brecha abierta, y cerrarla, guarneciéndola de nuevo. ¡Durísima etapa aquélla en la vida de campaña de la Legión!

El local del Clínico, de enormes proporciones, era mantenido por la 4.ª Bandera en un alarde de heroísmo, pues carecía de verdadera defensa militar, con los tabiques huecos, sin puertas ni ventanas, ya que todavía estaba sin terminar. Y de un área excesiva para el poco número de soldados. Las bajas se producían dentro lo mismo que fuera. Todas las casas más próximas a la Ciudad Universitaria estaban convertidas en fortalezas, con una ametralladora en cada ventana. Y todo el espacio ante los edificios ocupados por los nacionales, cubiertos de bien resguardadas trincheras.

Pero había que mantener todos estos locales, pues para el enemigo eran una amenaza constante; y era, además, una fuente de desmoralización, ya que constituían un testimonio, bien a la vista de todos, de que el Ejercito Nacional nunca retrocedía; que metro de tierra conquistado era metro de tierra que jamás sería abandonado, por más esfuerzos que se hicieran por hacerles retroceder. Notable es un hecho que, recientemente, nos relataba el General Iniesta: a veces ocurría que, interrumpiendo aquel infierno de luchas, se concertaba tregua para enterrar a los muertos de ambas trincheras, tan vecinas y tan opuestas. En esa hora, rojos y legiona-

rios charlaban juntos, sin odios ni prevenciones, y sentados unos junto a otros, hasta entonaban canciones regionales.

Un par de semanas llevaba el Padre Huidobro en este nuevo campo, y escribió así a su hermano el 31 de diciembre:

> «Querido Ignacio: Subí el 13 al frente. Estoy en el Hospital Clínico en obras, sobre el Asilo de Santa Cristina, el punto más avanzado hacia Madrid, pero no el más peligroso, si no es que nos hagan volar con una mina que nos anuncian a voces.
>
> Vivo en la punta de nuestro cuerno metido en la capital, entre la Cárcel Modelo y la Facultad de Medicina.
>
> Ya hubo otra mina en este edificio, antes de mi reincorporación. Cuando explotó, se desplomaron siete pisos sobre los 42 defensores de una parte de este agujereado edificio, y allí quedaron casi todos sepultados. Los demás de la Compañía subieron a las humeantes ruinas y desde el polvo de los escombros, repelieron el ataque enemigo lanzando bombas de mano, sin decaer un punto.
>
> Ahora hay guerra de trincheras, comunicados de casa a casa por zanjas, bombardeados por cañones y morteros, enfilados por ametralladoras; pero con pocas bajas, por saberse ya los peligros y poder guardarse de ellos.»

No pasaron muchos días y, cumplidos aquellos fatídicos pronósticos, escribe muy breves líneas:

> «Aquí hemos pasado días malos, envueltos en minas parecidas a las del Alcázar. Tres nos llevan puestas en pocos días.

De heroísmos hemos visto lo increíble. 'Aquí estamos viviendo con permiso del enterrador', dicen los legionarios habitualmente. Ahora no hablan ya en broma. Pero el ánimo y la firmeza es inconmovible. ¡Dios con nosotros! »

3. VOLADURAS DEL 13 Y DEL 17 DE ENERO.

En carta del 27 de enero al Padre Manuel 011eros, describe muy vivamente el Padre Huidobro las dos primeras terribles voladuras que presenció: las del 13 y 17 de ese mes.

> «Vivimos en la Ciudad Universitaria los PP. Caballero, Meseguer y yo. Es esta la cuña que se mete en Madrid, y lo más avanzado de ella, el Hospital Clínico, donde estoy, casón moderno, liso, inmenso, en construcción, de siete a nueve pisos, según las partes, agujereado todo a cañonazos, picado de ráfagas de ametralladora y tiroteos nutridos, donde convivimos algunos días con los rojos que, desde los pisos altos, nos tiraban bombas de mano y tiros de fusil.
>
> Cuando todo estaba ya conquistado, adoptaron otra táctica traidora, que fue minarnos, y volar trozo a trozo el edificio. Nos llevan puestas cuatro minas; y después de cada mina, atacan. Pero se encuentran con la Legión, que no sabe ir hacia atrás.
>
> Les contaré la última mina y el último ataque.
>
> El día 13 del corriente, estando yo, a las cuatro y media de la tarde, en un extremo del edificio, charlando con unos legionarios, notamos, de repente, que el suelo se nos levantaba bajo los pies. Fue una sacudida inmensa. El polvo lo envolvió todo, y el ruido de un derrumbamiento gigantesco nos dio, al punto, a conocer de qué se trataba. Todo el centro del edificio se derrumbó aplastando a bastantes personas.
>
> El ataque rojo fue prontamente rechazado. Pero lo sucedido nos sirvió para vivir en guardia y tomar precauciones. La mayor parte de la gente se alojó fuera del edificio, pero en disposición de acudir pronto. El 16, sábado, pasé la tarde allí, animando a los centinelas, charlando con los Oficiales, confesando a muchos que querían estar preparados, pues, haciendo guardia, sentían al mismo tiempo, bajo sus pies, el golpear del pico.
>
> Quedé en ir el domingo a decirles Misa, a las ocho. Para confesar a otros muchos estaría allí desde las siete y media.
>
> Vistiéndome estaba a las siete y cuarto, cuando un enor-

me temblor de tierra y una lluvia de cascote, de ladrillos y piedras nos avisó a todos que había reventado la mina y había lanzado al aire el edificio. Por diez minutos no me cogió debajo.

Me lancé al punto fuera de este barracón, y eché a correr hacia el Clínico, separado de nuestra casa como doscientos metros.

Para que no se pudiese socorrer a los que allí quedaban, una cortina de fuego de artillería trataba de cerrar ese paso. No había más que lanzarse a la carrera bajo los cañonazos, y así pasamos todos, dejando unos cuantos heridos.

Las dos minas habían derribado lo que quedaba en pie del frente sur del edificio, y al punto los rojos, preparados al asalto, se metieron por entre las ruinas en un patio, donde una sola Sección les hacía frente.»

Pero el espíritu legionario —escribe uno de ellos, narrando la explosión de este día— es, «según dice su Credo, de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta»; y un puñado de hombres ya se ha lanzado a través de la metralla y llegado a las ruinas. En aquel momento tiene lugar una de las más épicas defensas: cuando los rojos van al asalto, un Oficial del Tercio, el legionario Sebastián, aparece entre los escombros que se van a disputar: ¡A mí, la Legión! », y pistola en mano, a pecho descubierto, hace frente al enemigo. Los rojos han llegado a la brecha y el choque es brutal, porque detrás del Oficial aparece toda la 4.ª Bandera: unos segundos de lucha cuerpo a cuerpo y el enemigo retrocede unos metros..., y allí, en aquel campo de muerte, aparece el Capellán. « ¿Qué hace usted aquí, hombre de Dios; quiere usted que lo maten?» Los que acuden son muchísimos, que se arrojan, como un alud, sobre aquel puñado de valientes legionarios. Al fin, el enemigo tiene que retirarse una vez más.

Cuando en aquellos momentos iba el Padre Huidobro, con tanto afán, buscando y auxiliando a los que caían, con doblada razón podría repetir la frase que allí se oyó a un soldado, cuando, tras el ataque rojo después de la mina, sonó el grito de rabia del enemigo: ¡Retiraos, retiraos; si no, os mataremos a todos con las

minas! » Y la respuesta, rápida y vibrante de un legionario: « ¡Cómo queréis que nos retiremos, si hemos jurado no abandonar a un compañero, y tenemos a tantos entre los escombros?»

«Cuando desde Santa Cristina acudimos con nuestra compañía a las ruinas —escribió en un periódico el Capitán Canós—, ya estaba en ellas el P. Huidobro, retirando muertos y heridos, administrando sacramentos y alentando a todos con su palabra y ejemplo, en la confusión de un cuerpo a cuerpo a cuchillo y granadas. Nuestro propio Comandante me había advertido: ¡Cuide del Padre!' Intenté retirarle de la primera línea de la acción. No lo pude lograr, porque firme, aunque dulcemente, me respondió: 'Mi Capitán: Usted cumple con su deber; yo tengo aquí el mío.' Terminado el combate, rechazada victoriosamente la hez internacional, el Padre, rendido, agotado, cubierto de sangre, de rodillas sobre los cascotes, rezaba.»

«Yo, desde el primer momento —continúa la carta del Padre Huidobro— tuve que acudir a muchos heridos, animarles, consolarles, administrarles los últimos auxilios.

En una rotonda del edificio, próxima al lugar del combate, se estableció en seguida el Puesto de Socorro. Allí llegó, sangrando por la cabeza, un chico joven de Madrid, que la noche antes se había confesado diciéndome: 'Padre, esto se pone mal. Vamos a prepararnos', con una serenidad pasmosa. '¿Qué es esto?', le pregunté alarmado. 'Nada, pero, ¿se acuerda de lo que le dije ayer?' Le vendaron y volvió a los escombros. Al poco rato volvía con una herida en un brazo y otra en una pierna, y tenía al fin que tenderse en la camilla.

Tres Oficiales cayeron en los primeros momentos. ¡Padre! ¡Estoy herido! —me gritaba uno desde su camilla—. ¡Viva España!... ¡Viva Dios!...' Dos de ellos morían en el Hospital aquella tarde.

Quejidos de los heridos. Cañonazos de grueso calibre que siguen desmenuzando la casa. Golpes de mortero sobre los escombros, donde nuestra gente se parapeta, después de haber rechazado al enemigo. Y allí, tendidos boca arriba, varios cadáveres de gente a quien no he podido auxiliar, porque cuando supe de ellos, estaban ya muertos.

Varias veces tengo que correr bajo el agua y las balas, que van altas, a otros edificios donde hay más heridos. Aprovecho unos momentos para recorrer los retenes dando a besar el Crucifijo, y haciendo el Acto de Contrición con todos, y dándoles la absolución 'sub conditione' en común.

Así fue pasando el domingo 17. Ni pensar en decir Misa. Sí di la Comunión y el Santo Viático a bastantes. Por la tarde ya no hay bajas nuestras.

El heroísmo de los legionarios ha salvado la situación.

En los días siguientes ha habido cosecha copiosa. ¿Qué es vivir sobre terreno minado, sin saber cuándo tocará a uno volar? Así, junto a la muerte, se dilatan los corazones y viven las almas cerca de Dios. Todas las tardes tengo que ir con ellos. Y rezamos juntos. Y vuelven al Señor muchos que estaban lejos. Y todos aprendemos a estar en las manos de Dios y a despreciar la vida.»

Habla en su carta del arrojo de los legionarios. Uno de estos legionarios, el Sargento Gutiérrez, habla del arrojo del Padre en esta explosión:

«Todo sudoroso, lleno de polvo, el traje roto, y fatigado, subía por encima de las ruinas, a prestar auxilio a los heridos. Y al encontrarse conmigo, me dijo con los ojos llenos de lágrimas: ¡Rafael! ¡Mira!, pero qué desgraciados son esos rojos.'

Reaccionó muy pronto nuestra Bandera, y al canto de nuestro Himno, cargó contra el enemigo. Y el Padre, entusiasmado, gritaba ahora con toda su alma: ¡Viva la Legión!'»

Los heridos que llegaban al Puesto de Firmes Especiales se hacían lenguas de la labor del Padre, según luego contó el Capellán de aquel Puesto, Padre Caballero:

«Fue asombroso su heroísmo incansable, acudiendo al punto a la brecha entre la polvareda y el tiroteo continuo, auxiliando a los heridos. Los elogios que oí a los heridos eran unánimes: '¡El Padre es el legionario más valiente, es un santo!'»

Testigos presenciales contaron que ese mismo día se le vio coger apresuradamente el pico y trabajar con verdadero frenesí en

el descombro. « ¡Padre! —le gritó uno—. Ahora no son momentos de eso, sino de guardarse.» Pero él continuó absorto en su trabajo, con el ansia de encontrar, tal vez con vida aún, el mayor número posible de los allí sepultados, y poder administrar sin demora a los heridos los Santos Sacramentos.

Y estaba aquel lugar batidísirno por las balas.

Y así, cada pocos días. La primera mina ocasionó la pérdida de casi una Compañía entera, que pereció en el derrumbamiento. Allí vieron los legionarios cómo Vierna, su Comandante, lloraba lágrimas de pena, sobre aquellos escombros que habían sepultado en un momento a tantos de sus soldados. Se vio obligado a tomar una resolución extrema: replegar las fuerzas a un lugar más seguro fuera del Clínico, de tal modo que al sobrevenir cada nueva voladura pudiera irrumpir rápidamente sobre el edificio e impedir la invasión del mismo por el enemigo. Y dentro del Clínico, en medio de la inmensidad de su espacio, se quedaba únicamente una pequeña guarnición constante de vigilancia.

Sólo una Compañía, por turnos de tres días, guarnecía el Clínico. Aun los Oficiales de las demás tenían prohibida su permanencia allí. Solamente permanecía tantas veces el Padre Huidobro con sus legionarios, dispuesto a morir con ellos; para él no existía turno de reemplazo.

A pesar del probadísimo valor de los legionarios, que jamás retroceden ante el mayor peligro, era indescriptible el estado de tensión de nervios de cuantos se quedaban de centinelas, expuestos a perecer en cualquier momento. Imposible predecir el lugar y hora de la próxima mina. A tal extremo llegaba esta nerviosidad, que aun cuando el tiempo reglamentario de vigilancia era de dos horas, cada cuarto de hora había que relevar a los centinelas.

> «Pues en este ambiente de zozobra y de intranquilidad —escribe el Comandante Vierna—, el único que se mantenía impasible, al parecer, dentro de su acostumbrada y heroica actividad, era nuestro Capellán. No se me olvidará nunca su figura en aquellos momentos. Con el Crucifijo en la mano, como siempre, su única arma, multiplicando su actividad, absorbido por el cumplimiento de sus sagrados ministerios. Su serenidad era tan excepcional, que a mí me daba la sensación de que aquel hombre era completamente ajeno a aque-

lla lucha terrible y a aquel peligro tan constante.»

Aun cuando iba volando por los aires, en cada mina, otra nueva parte del edificio, para abatirse luego con tremendo fragor sobre los bravos defensores, ni una sola vez lograron los rojos posesionarse de lo derrumbado, porque a las ruinas habían trepado siempre los supervivientes a defenderlas.

4. VISITAS A LOS CENTINELAS.

Esta maravillosa serenidad del Capellán, más bien heroica fortaleza apostólica, se manifestaba de modo especialísimo durante toda esta larga temporada del Clínico, en su atención a los legionarios a quienes tocaba estar de centinelas. Ellos permanecían tiempos muy cortos; luego, eran suplidos por otros. Para el Capellán no había limitación de tiempo en su permanencia con ellos en aquel peligro.

La primera vez que fue el Padre Huidobro a visitar a los semiaislados centinelas del Clínico, fue una gran lección para el Capellán. Lo contó él en su visita de abril a Villafranca. Los rojos están a pocos metros de los defensores; se sigue perfectamente la conversación. En plena oscuridad, distanciados unos de otros, los centinelas de la 4ª Bandera clavan sus ojos en las tinieblas, para descubrir una posible sorpresa de los rojos. El Capellán se acerca a uno: « ¿Qué hay de nuevo?» El soldado quiere confesarse. Al terminar, el Padre advierte una expresión extraña en el legionario. «Pero, ¿qué ocurre?» «Nada, Padre..., ¿no oye usted?» El Padre Huidobro intenta entones asomarse al corredor para oír mejor, pero el centinela le detiene con una sonrisa que da frío: «No, Padre, no es ahí.» « ¿Dónde, entonces...?» «Aquí; debajo de nosotros...» « ¿Debajo?, ¡pero si estamos en el sótano!...» El Capellán, a una indicación del centinela, se tiende en el suelo y aplica el oído a tierra. «Y ahora, ¿oye usted, Pater?» Se oía perfectamente un rumor sordo, que avanzaba muy lentamente: el crepitar del taladro: ¡la mina! Los rojos iban socavando los cimientos... « ¿Lo oye bien?..., es debajo de nuestros pies. Ya he avisado, saltará la mina, pero a mí no me importa; he confesado y estoy tranquilo; no me da miedo morir...»

Prosigue su visita el Capellán; es noche de peligros y necesita confortar y ofrecer sus auxilios espirituales a los que, quizá muy pronto, saltarán en pedazos por los aires.

Poco más allá tropieza, en la oscuridad, con un Oficial: «Que Dios nos dé una buena noche.» « ¡Padre! —le responde—; tengo una alegría interior muy grande.» Y viene la confidencia del que necesita desahogarse. Van pasando las horas de la noche, y el Capellán termina su visita a los puestos de guardia. Después de haber hablado, uno por uno, con todos aquellos héroe"; anónimos del Clínico, sale del edificio para recogerse unas, muy pocas, horas.

El continuo estado de alarma en que vivían los del Clínico, y a la vez la relativa quietud en que forzosamente se hallaban los soldados, fueron dos circunstancias muy aprovechadas por el Capellán para su labor de apostolado y catequesis.

> «Un día fue aquello impresionante —contó el P. Huidobro más tarde a su compañero el P. Carlos Sáenz—. Ya los nuestros se habían retirado un poco del Clínico, pues habían estallado algunas minas, y se esperaban nuevos de estos ataques subterráneos de un momento a otro. Solamente unos cuantos legionarios quedaban allí haciendo guardia; los demás vivíamos en el Asilo Santa Cristina. Calcule usted el valor heroico que demostraban esos centinelas al cumplir fielmente tan penosa obligación, mientras escuchaban continuamente, en aquella espantosa soledad de la noche, cómo los rojos iban socavando el suelo bajo sus pies. Daban por cierto a cada minuto, que probablemente les quedaban sólo unos instantes de vida. No se escuchaban disparos, pero sí el ruido sordo de la taladradora, que iba preparando la mina que, a hora incierta, les haría volar a cuantos legionarios allí se encontrasen.
>
> A la caída de la tarde me puse junto a la luz de una vela para rezar el Breviario. Al poco sentí se me acercaba el Comandante: 'Sí, Padre, rece; y pida suplicante a Dios por aquellos valientes que están haciendo guardia en el Clínico...' Estas palabras, pronunciadas con acento paternal y conmovido, me impresionaron. Cerré el Breviario. Juzgué que Dios me pedía otra cosa en aquella hora. Al poco, acompañado de

un legionario, me encaminé en la oscuridad hacia el Clínico. Fui, uno por uno, hablando y consolando a aquellos centinelas que, entonces sí que 'bajo los luceros', estaban haciendo la guardia, fielmente, con serenidad. Les di a besar el Crucifijo. ¡Si viera usted! Imponía en aquellos corredores, tan oscuros y tan largos, el ruido de las perforadoras.

El legionario que me acompañaba, el pobre estaba impresionado, y me decía: 'Padre, ya es bastante; ya no hay más gente.' `Parece mentira que seas legionario —le respondí—. Quédate aquí y espérame un poco...' Yo continué mi visita un buen rato, animándome yo mismo con nuestros héroes centinelas.»

Y le añadió el Padre Huidobro esta frase al Padre Sáenz, frase dicha con natural sencillez, pero que encierra un mundo de caridad con los legionarios:

«No había entonces necesidad urgente de irles a visitar, una vez más, pero... no hay mejor modo de ganarles el corazón.»

Aquellas visitas nocturnas de su arriesgado Capellán no solamente ganaban el corazón de sus legionarios, sino que los confortaban. Porque hasta ellos, hombres hechos a la lucha, que siempre dan la cara ante el enemigo mejor armado, estos héroes, delante de las posibles minas se encontraban impotentes y con pesadilla abrumadora. Hospitalizados, algunos de los que habían sido allí heridos, exclamaron la primera noche que pasaron en Talavera: «Qué bien se duerme aquí, sin temor a minas, ni oír aquel run-run, bajo tierra, que no sabíamos cuándo íbamos a salir por los aires.»

Estas visitas emocionaban también muy hondamente al Capellán y le hacían ponerse más confiado en las manos paternales de Dios. No sabía cuándo le llamaría a él; pero si en aquellas horas trágicas le llamaba, le encontraría en el puesto mejor para él, «vigilante en la noche», como dice el Evangelio. Cuando por confidencias con alguno de los Jefes sabía que, por cálculos del ruido y dirección de la perforadora, se avecinaba alguna voladura, entonces su visita a los centinelas jamás la dejaba. Nada les decía de la mayor amenaza de próxima explosión; hubiera sido deprimir sus ánimos en las horas terribles que se acercaban. Pero los centinelas a

veces algo muy especial notaban aquellas noches en las palabras y en los ojos del Capellán, cariño y emoción sobrehumana; en frase de uno de ellos, diríasele electrizado. Brevemente les hablaba con un no sé qué tan singular, que aquella voz, suave y vigorosa, les penetraba en el alma más aún que otras veces. Después, el beso al Cristo; y con cada uno iba repitiendo el Acto de Contrición, que era dolor y al mismo tiempo profesión de fe. Es increíble lo que esto animaba a aquellos valientes centinelas, para perseverar en los parapetos más peligrosos.

¡Qué bien rimaban la sencillez y fervor del Capellán, con el heroico arrojo de sus legionarios!

5. APRISIONADOS ENTRE DOS MUROS.

Uno de estos días terribles de las explosiones de minas, tuvo lugar un suceso lleno de emoción. En el desplome de las paredes, al retorcerse dos muros, formaron una especie de pequeña cueva, en la que dos legionarios quedaron ilesos, pero aprisionados. Sumidos casi en oscuridad, e imposibilitados de vista y de movimiento, ni se atrevían a gritar; pues como desconocían las peripecias de la lucha que desarrollaba a pocos metros, temían hallarse rodeados de rojos y asesinados. Terminado el combate, fueron, al fin, descubiertos por los legionarios. El Capellán, al enterarse, se fue corriendo al Comandante diciéndole cómo clamaban angustiosamente que los salvaran. Lo cuenta en una de sus cartas:

> «A media mañana, cuando todavía no estaba resuelta la situación, me dicen que hay dos o tres enterrados vivos, con quienes han hablado los legionarios. El Capitán no quiere se organice el servicio de salvamento porque, sobre el sitio donde están, caen bombas de mortero y sería necesario exponer a otros, mientras que ellos están cubiertos por losas de hormigón. Pero, ¿se les puede dejar en esa situación? ¿Y si tenemos que replegarnos? Quedarán prisioneros sin remedio y serán fusilados. Tendré que hablarles y darles la absolución. Y detrás de un legionario me lanzo a las ruinas batidas por el enemigo. Tengo estricta obligación de hacerlo.
>
> Mientras me detengo hablando con unos soldados, hie-

ren a mi compañero que se me había adelantado. Poco después, murió.

Yo llego a la boca de la cueva donde están metidos, casi milagrosamente ilesos. Les animo, les consuelo, les doy la absolución y les aseguro que no los dejaremos allí. Hierros retorcidos de la armadura de una columna de cemento, hacen imposible la salida.

Vuelvo sin novedad. Hablo con el Comandante, y éste envía a buscar ingenieros con sierra de serrar metales, que rompen al fin la jaula y sacan a los legionarios que han estado en el reino de los muertos desde las siete y cuarto de la mañana a la una y media.

Un legionario propone que había que cristianarlos otra vez.

¡Cuántas cosas han pasado por sus almas en ese tiempo de gracia! En la primera ocasión que han tenido, confiesan y comulgan.»

Aun cuando en la carta del Padre Huidobro no lo dice expresamente, quizá por no dar lugar a imprudentes interpretaciones, mas el Padre Caballero, por habérselo oído al mismo Padre Huidobro, y el Capitán Iniesta, como testigo de vista, afirman que, durante las largas horas que duró el salvamento de los dos semienterrados, y aunque era un lugar batidísimo por la artillería roja, el Padre Huidobro, valiéndose de la pequeña rendija por la que se comunicaba con ellos, llegó a confesarlos y aun a darles la Sagrada Comunión.

A estos dos legionarios, casi resucitados, les concedió luego el Comandante Vierna un mes de permiso, para que en sus respectivos pueblos contasen lo allí ocurrido.

El Padre José Caballero, que con la 10.ª Bandera del Tercio se encontraba cerca del Clínico, junto al Puente de los Franceses, en Firmes Especiales, algunas veces recibió, por medio de algún enlace (en aquellas críticas circunstancias, imposible tener el consuelo de encontrarse personalmente), alguna tarjetita que el Padre Huidobro le enviaba. Brevísimas líneas, escritas rapidísimamente, en las que le suplicaba la ayuda de sus oraciones, pues la situación

en el Clínico para la 4.ª Bandera era increíblemente dura y peligrosa. ¿Tendría aún vida para volver alguna otra vez a escribirle?

Y en las muy contadas veces en que pudieron encontrarse los dos, o en Firmes Especiales o en el Clínico, al regresar a su puesto, luego de haber atravesado ileso el puente de tablas con sacos terreros sobre el Manzanares, se volvía desde lejos al otro Padre y se despedía alegre con la mano: «una vez más me he librado del fusil rojo».

En aquel puesto de Firmes Especiales, de 900 que eran al principio, sólo 200 quedaban al cabo de cuatro meses.

6. EL ALFÉREZ MONCHO.

Personificación de la labor del Capellán en estos turbulentísimos tiempos del Clínico, y a la vez de la eficacia del apostolado que el Padre Huidobro ejercía entre aquellos valentísimos defensores de la cuña, enclavada en lo más avanzado del Frente de Madrid, es *José Moncho Escape*, Alférez de enlace de la 16.ª Compañía; abanderado, prototipo del mayor arrojo legionario, pero falto de fe cristiana, y rebelde a todo lo que no fuera el cumplimiento más exacto del deber militar. Fue de los primeros que, apenas llegado el Padre Huidobro de Capellán al Tercio, se entusiasmó con él. La simpatía y heroísmo del Pater le vencieron. El Padre Huidobro pagó tan sincero cariño, trayéndole a Dios. Por ignorancia, que no por malicia, había vivido alejado de la Iglesia. El mismo Padre dijo de Moncho, hablándoles a los legionarios, en los Funerales de Toledo:

> «Era sencillo como un niño; alma candorosa. De todos, quizá, el que más me trataba con confianza de hijo.»

El Capellán, que en la mesa de la Plana Mayor se colocaba muy cerca de él, se esforzaba por atraerlo a Dios. «No se moleste, Pater — le decían los otros—; el Alférez Moncho es hueso duro de roer.»

Sin embargo, Huidobro continuaba, lleno de esperanza, buscando el ganárselo a la fe. En los asaltos rojos que siguieron a la segunda voladura, recibió el Alférez un balazo mortal de bala explosiva. Apenas cundió esta noticia, el Capellán, por medio de una

lluvia de balas, corrió a la camilla donde yacía el Alférez. Este, al ver al Padre, su amigo, levantó los brazos y, cosa rara en él, exclamó: «¡Pater! ¡Viva Dios! » Se confesó allí mismo y, ya en forma de Viático, recibió su Primera Comunión.

Momentos antes, cuando, entre fuego y balas, se lanzaba impetuoso a defender la brecha abierta, le había dado un abrazo de despedida, al cruzarse con el Capellán: Sublime estampa de guerra y de filial cariño.

No le vio el Padre Huidobro morir. Entre ruinas y sangre se despidió de él, porque en una ambulancia fue llevado a Firmes Especiales para una cura de urgencia. Durante ella, el Padre Caballero lo asistió.

«Herido mortalmente —dice este Padre—, cubría de besos, como un niño, mi Crucifijo, durante la cura, preparándose para ir a ver al mismo Cristo cuya virtud, reflejada en el P. Huidobro, había movido su alma sencilla y recta a pesar de su abandono e ignorancia.»

Llevado luego más a retaguardia, a Griñón, a las pocas horas expiró cristianamente. En enero del 38, aniversario de su muerte, se le concedió la Cruz Laureada de San Fernando.

Conmovido hondamente el Padre Huidobro ante la singular nobleza, ruda pero sincerísima, del Alférez, de «su» Alférez, pues fue una de sus mejores conquistas para Cristo, escribió allí mismo unas páginas, en estilo gráfico y vigoroso, para enaltecer la memoria de su amigo

Nada mejor que este escrito, para reflejar el ambiente de grandioso heroísmo en que se desarrollaba en el Clínico la vida de la 4.ª Bandera y de su Capellán.

> *«José Moncho, Alférez de la Legión*. —In Memoriam.
>
> Cuando el 13 de enero una mina, segunda de la serie, sacudió el Hospital Clínico y arrancó de cimientos gran parte de él, y nos dejó a la mayoría de la Bandera separados del Comandante, estoy viendo a Moncho cómo aparece saltando sobre un muro con un fusil en la mano, restableciendo el enlace y gritando con voz enronquecida, a fuerza de vocear a los rojos desde el parapeto: ¡Viva España! ¡Viva la Legión!' A los pocos momentos le vi sobre las ruinas, cantando el Himno

legionario, al frente de su sección y rechazando al enemigo.

En el parte de aquel día salía, una vez más, conmemorado como distinguido, y dos más tarde iba propuesto para la Medalla militar.

El domingo 17, a las siete y cuarto de la mañana, dos nuevas explosiones arrancaban de sus cimientos dos grandes cuerpos de nueve pisos; y al tremer todo el suelo de la Ciudad Universitaria, alarmaban a los que, en previsión de nuevas voladuras, dormían fuera del edificio.

En el feo claro-oscuro de un amanecer invernal, húmedo y frío, bajo el siniestro relumbrar y retumbar de los cañonazos, que querían cerrar el paso de refuerzos, mientras entraban los rojos por la brecha que el explosivo había abierto, corría por la cuesta que del Asilo de Santa Cristina sube al Hospital Clínico, la siempre heroica 16 Compañía, y en ella el Alférez Moncho, al frente de su sección.

Le abracé al pasar a mi lado, porque yo temblaba por él cuantas veces entraban en fuego. Y por entre los vericuetos del caserón de los duendes y de la muerte, fue a desembocar la fuerza al patio, donde su hermana, la 11.ª Compañía, luchaba contra un enemigo superior.

Subió la 16.ª a las revueltas ruinas, con el mismo ímpetu con que entró en Badajoz por la brecha de la Trinidad, y el enemigo hubo de ceder, dejándose junto a nuestras líneas los cadáveres.

¡Cúbrase, mi Alférez! —le decía a Moncho un soldado—, que esto está batido!'

'¡Un legionario nunca se agacha!', era la respuesta del Oficial. Y a poco, una bala le desgarraba el vientre, y le derribaba entre los removidos bloques de cemento.

Yo le vi pasar, llevado en la camilla; y él me vio, y de lejos me gritaba: 'Padre, me han herido... ¡Viva España! ¡Viva Dios!', y su voz desfallecía.

Y pasó la cura horrible, y el olor fétido de una herida que le traspasaba el recto y la vejiga; y la evacuación penosa, sacudido por el vaivén del tanque y del auto, clavándosele en la herida todos los baches del camino; y a las seis de la tarde,

en el Hospital de Griñón, agotado el cuerpo, se lanzaba afuera por la abertura grande de su herida, su grande espíritu de luchador y de soldado.

Así murió en la guerra, como había vivido, el soldado viejo, el legionario ejemplar. Menudo de cuerpo, enjuto de carnes que eran puro nervio, el color negro aceituna, nariz aguileña y ojos como dos clavos, clavados en los ojos de quien miraba; móvil e inquieto como una ardilla, siempre con algo entre manos; en el comer, muy sobrio; en el beber, abstinente; en el trabajo, incansable.

Alguien le comparó con un gato, cuando saltaba de noche por entre los parapetos, pasillos tenebrosos y amontonados escombros, que forman el dédalo del Hospital Clínico. Siempre recordaré cómo corría los días de operaciones, con una bomba en la mano y una mirada de acero, entre lluvias de balas: enlace ideal por hallarse siempre en todas partes; o cómo montando su jaca, llevaba órdenes y partes por los viñedos que rodean Navalcarnero, o por la carretera que de Aldea del Fresno lleva a Méntrida.

Su andar era siempre en línea recta, pisando recio y mirando arriba; su voluntad, como su marcha; su anhelo único, vivir y morir por España. 'Levanta esa cara—le decía a su hijo, cuando, en los años vergonzosos, se insultaba a los uniformes por las calles—, que el hijo de un soldado no tiene por que avergonzarse.'

No sabía de dobleces ni tenía flexibilidad, falto de esa cultura que hace amable y afemina; él decía de sí mismo que era un hueso. Yo diría que era un hierro.

Hablaba sacudido y enérgico como soldado. Incapaz del diálogo, vivía en continuo monólogo, en el que desarrollaba sus ideas sobre la vida y la muerte y sobre el ser del soldado. Sin saberlo, profesaba la filosofía que dice que la vida es ser para morir.

Sus costumbres eran duras y espartanas, sin más placeres que los de una amistad severa y una austera familia, bajo la ley del esfuerzo heroico y continuado.

Todo era para él milicia; y para él, más que para ningún

otro de cuantos he conocido, era la milicia una religión de observancia estrechísima, que sabía exigir de todos con el rigor con que él la vivía.

Sus máximas eran las del Credo legionario, pero no degeneraba en lo fanfarrón, sino vividas en todo lo trágico y horrible que encierran, para el que las vive serio y consciente; porque era un desposado con la muerte, cuando podía creer en la vida; con un pasado limpio, con un porvenir risueño para lo que puede esperar un soldado, con una mujer joven y dos hijos que eran su orgullo. Con su manera de ser apasionada, daba expresión sincera al más legítimo sentimiento de paternidad, cuando decía: 'Mi mayor deseo es que mi hijo sea como yo, bueno o malo.'

Su arrojo era casi temerario. Cierto que sabía las artimañas del veterano para guardarse, y blasonaba de que quien a él le diese, había de ser muy avispado; pero daba el cuerpo a las balas sin esquivar sus besos, cuando había un servicio que cubrir.

Alzaba los ojos al cielo en estos últimos días de su vida más que nunca, y hablaba mucho de la Providencia, que era como él gustaba de llamar a Dios.

Cuando se sentía morir, abrazado a mí como un hermano a su hermano (nunca he sentido amistad tan varonil y tan bárbara), no se acordaba sino de sus hijos y de su Comandante.

Mi mano trazó, por primera y última vez, sobre su honrada frente, la cruz de la absolución; y yo le di, destrozado ya por la herida de la muerte, el Cuerpo de Cristo, Primera Comunión y Viático.

Y así, me consuela en el dolor pensar que vive con Cristo, cuya imagen besaba con fervor, al apagarse la lámpara de su vivir terreno.»

7. LA CAMPAÑA DEL JARAMA.

Los ocho primeros días de febrero, sustituida la 4.ª Bandera por la 9.ª en la Ciudad Universitaria, fueron de descanso y reorganización, en Toledo, después de la durísima permanencia en el Clínico. Bien necesitaban esa semana después de los dos meses y medio en la avanzada cuña sobre Madrid. Y tenían que prepararse para la campaña feroz que ahora les aguardaba.

Le era menester al General Varela, quien, juntamente con el General Orgaz, iba a dirigir las próximas maniobras, una concentración de fuerzas para su plan de ocupar el espacio entre las carreteras Madrid-Andalucía y Madrid-Valencia, en toda la parte cercana a la capital. El eje de este sector lo formaba el río Jarama.

Se preparaban luchas terribles, pues frente a los dos mil hombres, que era el total que tenía Varela a sus órdenes, los rojos, con sus tres Brigadas Internacionales y el Batallón de campesinos, bajo el mando del General Miaja, llegaban casi a 20.000, y disponían de material bélico abundantísimo, con verdaderas masas de carros de asalto rusos.

Muchos días tuvo que retrasarse el comienzo de las operaciones, pues un temporal de aguas incesante, a veces, como el día 7, verdaderamente torrencial, impidió toda maniobra, mientras daba tiempo al Ejército enemigo a la preparación para contrarrestar nuestros esfuerzos. Los campos estaban convertidos en verdaderas lagunas, y el barro sujetaba los pies al suelo, imposibilitando aun el caminar pausado.

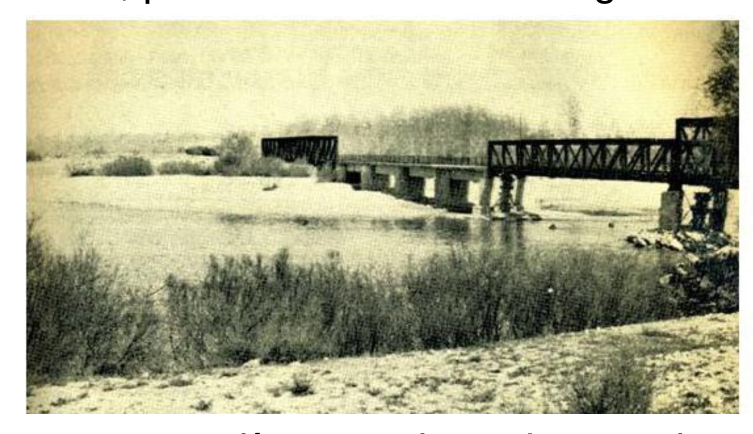
> «He visto a mis soldados— ponderaba allí mismo el General Orgaz— llegar a sus objetivos cubiertos enteramente de lodo, pero sin dar la menor muestra de fatiga, dando vivas a España. Todo en ellos era gris, sucio; todo era barro. Lo llevaban hasta en el pelo de la cabeza, hasta en las pestañas. En todas partes, menos en las armas, que conservaban en alto, al pasar los charcos y barrizales, para mantenerlos fuera de la acción del agua y del lodo. No sé de dónde sacaron alientos para ese avance rapidísimo, y para conservar una acometividad que nunca podrá ser superada. El aprovisionamiento, así como la retirada de heridos, se hacían dificilísimos.»

El día 6 fue conquistada la Casa Gózquez y Ciempozuelos y la Marañosa. El 8 se cortó la carretera Madrid-Valencia, ocupando el Vértice de Cobertera y Espolón sobre Vaciamadrid.

En estas circunstancias se presentó en este frente el Padre Huidobro.

A esta molestísima y peligrosísima primera época pertenece un hecho, que cuenta el legionario José Gónzalez. El mal tiempo reinante no le impedía al Padre Huidobro atender, con la asiduidad acostumbrada, a sus legionarios. Recuerda este soldado que, estando él en los parapetos, durante una noche de gran tormenta, allí se presentó el Padre Huidobro, cuando el agua y el barrizal le llegaban hasta la rodilla. Venía desde el Puesto de Mando, no porque le hubiesen llamado, sino que él, espontáneamente, quería ver si había ocurrido alguna novedad a los suyos.

La Columna del Teniente Coronel Asensio, que era la de la derecha, y en la que iba la 4.ª Bandera, atravesó el Jarama, el día 13, por el Puente del Pindoque, que es el de la Azucarera de Ciempozuelos. Y por allí mismo, a continuación, la Columna de Sáenz de Buruaga. La del Teniente Coronel Barrón lo atravesó el día 14, por San Martín de la Vega.



Puente del Pindoque sobre el Jarama. Por aquí cruzó el río la 4.ª Bandera antes de dar comienzo a los feroces combates entre los olivares de la otra orilla.

Ya en días anteriores los combates habían decrecido, porque los milicianos optaron por pasar antes a la otra banda del río. Aunque sí hubo alguna lucha aislada, como a un kilómetro de Casa Gózquez, cerca de la así llamada Cantera, empezaron a ser tiroteados los legionarios, que avanzaban por la carretera con todo descuido. No se divisaba enemigo ninguno. Y es que en los olivos, subidos a los árboles y totalmente ocultos en ellos, estaban los rojos. Se entabló fuerte tiroteo, hasta terminar con los audaces milicianos.

El puente lo pasaron, con grande prevención, pero en paz, pues ya de antemano la Caballería, mandada por el Coronel Cebollino, había muy gloriosamente barrido de rojos la otra ribera, causándoles enorme número de bajas.

Cuando la Bandera subió al alto, a los Olivares de Arganda, las luchas fueron durísimas, enormemente duras. En frase del Comandante, «espantosas». Tomaban proporciones de gigantesca hecatombe. No eran un Batallón ni una Brigada enemiga. Eran dos Divisiones, 20.000 hombres, que, admirablemente pertrechados, cayeron sobre nuestras fortificaciones, conquistadas hacía sólo unas horas. Todos los Oficiales, incluso el Comandante de la Bandera, en primera línea, mostrando asombrosa energía y técnica. La posesión del espacio comprendido entre la Marañosa, Arganda, Morata de Tajuña y San Martín de la Vega, costó a los nacionales derroche de heroísmo y de arte militar.

Los viñedos y olivares cercanos a Arganda y San Martín, quedaron materialmente sembrados de cadáveres. Ejemplo de aquellos combates puede ser el forcejeo que, muy cerca, se entabló por la posesión del estratégico montículo del Pingarrón, cortado a pico, desde el que se domina grandísima extensión de terreno, y en donde el Capitán laureado Zamalloa, con su Compañía de Regulares de Ceuta, perdió en una noche, por no abandonar el codiciado Pingarrón, el 80 por 100 de sus efectivos.

El lujo de armas automáticas por parte de los rojos, increíble; a diez metros de terreno, una ametralladora. De Méjico habían recibido barcos cargados de material. En Chinchón habían acumulado enormes depósitos.

«Una División roja, tan fuertemente apoyada por carros y artillería, yo no la he vuelto a ver en otro momento de la guerra», aseguró el General Asensio, en Conferencia pública. Y, no obstante, fue obligada a retroceder.

Todos los Oficiales y legionarios aseguran que, en estos días, el Padre Huidobro se sobresuperó a sí mismo, con su actividad vertiginosa, para la asistencia de heridos en las mismas avanzadas, y para recogerlos y retirarlos a los Puestos de Socorro. Asombrosa fue su actuación, en que llegó a veces, a pocos metros de las ametralladoras marxistas, buscando heridos, y casi, arrancándolos de las manos enemigas que ya se iban a apoderar de los caídos.

Cuando un día amainó el combate, los legionarios corrieron en tropel a buscar a su Pater y, como escribe el Sargento Gutiérrez, «lo cogieron en hombros y lo pasearon como a un torero». Aquel día, 17 de febrero, se habló mucho de su propuesta para la Medalla Militar. Pero sus condecoraciones externas fueron entonces la sangre y el barro; la interna, la sonrisa de los Ángeles y de Dios.

Relataba después uno de los Capitanes cómo, terminado gloriosamente este combate entre los olivares de Arganda, manifestaba el Padre su alegría al contemplar resuelta la tan difícil papeleta con que se habían encontrado sus legionarios, que tan trágicas consecuencias podía haber tenido; pero, a la vez, mostraba pena y lágrimas ante el cuadro tan desolador por los muertos y heridos, muchos de ellos esparcidos aún por aquel campo. Es que impresionaban los ayes de tantos heridos.

En unas líneas que dirigió en estos días a su hermano, desahoga un poco sus sentimientos, pensando más en sus legionarios que en sí mismo

> «Querido Ignacio: Sabe que escribo en las riberas del Jarama, junto a Arganda; y cruzan por encima de la cabaña donde vivo, los proyectiles de artillería.
>
> Aquí se engrandece el alma ruin en este ambiente de heroicidad, de contacto inminente con la muerte.
>
> Los peligros pasados no eran nada comparados con los que llevo esta última temporada. Pero así vive, muriendo, toda esta 4.ª Bandera, humildemente gloriosa entre todas.
>
> Yo no me puedo quedar atrás en hacer por las almas y por Dios lo que por Dios y por la Patria hacen ellos con menos gracias.
>
> ¡Cuánto valen estos muchachos, y cómo se desgarra el corazón cuando mueren los mejores! »

A varios Padres reunidos en la residencia de Toledo, describía, semanas más tarde, el Padre Huidobro los últimos grandes combates en los que había participado. Aseguraba que en mucho mayores peligros que durante las luchas en la Casa de Campo, se había encontrado con sus soldados en las operaciones del Jarama, y contaba, entre otros, este hecho:

Avanzaba un día, a campo abierto, nuestra Bandera, desplegada por un terreno difícil y algo ondulado. La operación se desenvolvía serenamente, cuando el temido 12,40 empezó a arrojar metralla hacia el flanco derecho. Instintivamente, los de ese lado se repliegan al centro. De improviso, varios advierten: los que vienen a nosotros por el flanco opuesto no son nuestros, ¡son rojos! '; y, al mismo tiempo, comienza la artillería enemiga a hacer blanco por ambos costados, obligándonos a irnos reuniendo, apretados, en el único sitio que se veía libre de las granadas: al centro. Estábamos bastante apiñados y esto, como era natural, aumentaba consideradamente el peligro, por la mayor densidad de las tropas, pero no era posible otra cosa.

La Bandera, internada valientemente en campo rojo, iba a ser atacada en movimiento envolvente. Había que volver atrás; rectificar la línea para hacer frente, y rechazar al enemigo que avanza. Los Jefes dan las órdenes. Se inicia el repliegue.

Pero los rojos quieren impedir, a todo trance, que los nacionales aseguren sus posiciones, y comienzan mortífero tiroteo. En aquel momento, la situación, de difícil, se hace angustiosa. Por el frente aparecen los tanques rusos de guerra, seguidos de infantería roja; nuestras tropas están en descampado, sin protección posible; se vieron perdidos, y viene la orden desesperada: ¡pecho a tierra!' Se emplazan algunas ametralladoras, para ver si se logra contener el avance. Los tanques han comenzado a hacer fuego. Hay que hundir la cara en tierra, y aun así, hay quienes quedan muertos, con el cerebro abierto por la metralla. Yo también —nos decía el Padre Huidobro— estaba, como los demás, tendido, pegado el rostro con el suelo: no hay más recurso que la oración.

Apretaba contra mi pecho al Señor, que presente lo tenía allí, en la Eucaristía; y con fervor, como rara vez en mi vida, así nos lo aseguraba él mismo, imploraba la protección divina sobre la 4.ª Bandera, puesta en tan angustiosa situación.

Inverosímil se creería lo que sucedió. De la masa gris de

legionarios cosidos a la tierra, un hombre se levanta de pronto, pistola en mano; ocho palabras en un grito de heroísmo: ‘¡Décima Compañía! ¡En pie! ¡Viva España! ¡A ellos!', y la décima Compañía se lanza a un ataque a la bayoneta. Caen bastantes, pero a la vez han rasgado el aire otros tres gritos: ‘¡Undécima Compañía! ¡Décimosexta Compañía! ', y un grito de todos: ‘¡Viva España!'

Yo entonces, con el Crucifijo en la mano, y la Eucaristía al pecho, me lancé también adelante, esforzando, como podía, a los legionarios. Todos corren como un huracán, de frente a la muerte, dando el pecho al fuego.

Y entonces —contaba emocionado el P. Huidobro— ocurrió algo extraordinario. Levantarnos, lanzarnos contra ellos y comenzar a huir los milicianos, fue todo uno. Los ocupantes de los tanques se llenan de pánico, y no aciertan a disparar. El miedo se transmite a la infantería roja, que se desmoraliza completamente, y en pocos minutos los tanques viran en redondo y emprenden la huída con toda la multitud de milicianos. Nuestras bajas fueron menos que las de ellos, y dejaron en nuestras manos multitud de prisioneros.

Aquella noche, sentados en el suelo, rendidos de cansancio, calificaban unánimemente los legionarios, y especialmente los Oficiales, aquel hecho como extraordinariamente providencial para nuestros cruzados.

Lo que el Padre Huidobro no contó, al narrar este hecho extraordinario, fueron unos datos relativos al mismo Capellán, que nos ha conservado el General Rodrigo, al describir esta escena de guerra:

«En aquellos momentos —dice— terriblemente críticos, cuando todos estaban abrumados ante la hecatombe que se avecinaba, el Capellán con gran serenidad se incorporó, y levantando en alto el Crucifijo, dio una Bendición, como de absolución, a todos los legionarios. Al ver las fuerzas, y sobre todo los del Mando, la actitud del Capellán, reaccionaron llenos de un nuevo impulso y confianza, y fue entonces cuando se lanzaron con valor extraordinario y resolvieron una situación tan gravísima. Ni aquí ni nunca, termina el General Ro-

> drigo, observó nadie en él ni un gesto de acometividad; ni en sus palabras o actitud perdió nada de su continente sacerdotal. Estoy convencido —concluye el General Rodrigo— de que aquella plácida serenidad, en medio del peligro, obedecía a la caridad que le inspiraban cuantos le rodeaban; y lo que le preocupaba era el bien espiritual de sus legionarios.»

Luego de estos grandes combates, de la Ciudad Universitaria y de la región del Jarama, vinieron unos días de descanso, al acabarse marzo. Ya no había de presenciar el Padre Huidobro ningún otro gran combate más que el entablado en la Cuesta de las Perdices, muy pocos días después. Pero éste no iba a ser él quien nos lo pudiese describir.

CAPÍTULO XXI

LITURGIA DE CAMPAÑA

1. Fiesta de la Raza. 2. Navidades. 3. Predica a los rojos. 4. Misa en Toledo. 5. Semana Santa y Siete Palabras.

1. FIESTA DE LA RAZA.

En una familiar Alocución que el Sumo Pontífice Paulo VI, tuvo en la Audiencia General del 13 de enero del 65, se ocupó de la importantísima Constitución dada por el Concilio Vaticano, legislando sobre la liturgia, que es «el culto público y oficial de la Iglesia». Una de las principales y más características finalidades que tuvo presente el Concilio, es la participación de los fieles en los ritos que el sacerdote dirige y personifica. Con singular pedagogía quiere la Iglesia que profundicemos en el significado y valor esencial del culto eclesiástico, en su exigencia comunitaria. Y a la vez, que se destaque la gran función que, en dicho culto, ejerce la Palabra de Dios, tanto la de la Sagrada Escritura, como también la del sacerdote, en Catequesis y Homilías.

Son inmensos, añadió el Papa, los beneficios que para su vida espiritual han recavado los fieles, dentro de las expresiones uniformes y estables del culto, cuyas ceremonias no han de ser simple ejecución de ritos externos, en medio de una pasiva y distraída asistencia.

El Padre Huidobro, con gran sentido, prudente y apostólico, de la Liturgia, iba buscando esos mismos fines, según las posibilidades de la campaña lo autorizaban. Aprovechaba las principales épocas del año litúrgico y otras ocasiones, circunstancialmente solemnes, para que el mayor número de sus legionarios se agrupasen en Asamblea verdaderamente cristiana, y que allí no sólo

presenciasen, sino inmediatamente participasen también en el culto.

Vamos a enumerar algunas de estas especiales celebraciones durante su breve campaña.

Llevaba el Padre Huidobro solamente un mes como Capellán de Legión.

En el avance hacia la capital, las tropas de la Columna del Sur, entre las que se contaba la 4.ª Bandera, conquistaron San Martín de Valdeiglesias, precisamente el día 12 de octubre. Este fue el primer pueblo liberado, dentro ya de la provincia de Madrid.

Al narrar el Padre Huidobro, en sus cartas, las primeras impresiones que él recibió en el Tercio, nos refiere también su llegada a este importantísimo centro; proporciona abundantes datos de los heridos habidos, de los muertos, pero nada cuenta de la actuación religiosa celebrada en la Iglesia. Ni es de extrañar. Estas reuniones de acción de gracias a Dios, de expiación por los sacrilegios durante el dominio rojo, las tenía siempre con sus legionarios en cada pueblo reconquistado. Era lo habitual.

En el *Norte de Castilla* de aquel año 36, publicó el periodista Cossío una breve crónica en el aniversario de esta gloriosa entrada. La transcribimos aquí por el interés que tiene, dada la referencia que hace al ambiente de entonces y a la participación del Capellán:

> «El año pasado celebré yo la Fiesta de la Raza en San Martín de Valdeiglesias. Acababan de entrar nuestros soldados en este pueblo, y en la Iglesia de San Martín se celebraba la Misa primera.
>
> Los cañones enemigos enviaban sus proyectiles a la misma Plaza de la Iglesia, y dentro del recinto, tras de la reja de una capilla, estaban unos cuantos prisioneros.
>
> Yo recuerdo este acto como uno de los más emocionantes que he presenciado en mi vida: la Iglesia desnuda de todo adorno, ahumada por las llamas, con sus retablos e imágenes destruidos. Y en el púlpito, un sacerdote vestido de militar, con el capote aceituna como sobrepelliz; el correaje, como estola, y el gorro legionario sobre la barandilla, como bonete.

Sus palabras, fuertes y vibrantes, rebotaban en los muros: y de entre ellas recogí una sola: Raza.

Esto me hizo saber que era el día de la Raza; y, sin pensarlo, viendo aquellos soldados encorvados sobre la tierra, en homenaje a Dios, y a aquel sacerdote que ponía en los cuerpos un escalofrío y en los ojos una lágrima, como quien descubre un enigma, me puse a pensar en la Raza, en lo que era la Raza; y llegué a la conclusión de que la Raza estaba allí.

Porque para saber lo que es una raza, hay que contrastarla aún más que sobre la Historia, sobre la realidad. Eso que se llama el temple de una raza, y que unas veces es Gonzalo de Córdoba, y otras Guzmán, y otras Isabel I, y otras Cisneros...

Lo difícil no es que, en una historia, se dé un hecho glorioso. Lo difícil es que se repita.»

2. NAVIDADES.

Y ya no hubo otras fechas principales que conmemorar ni otros aniversarios solemnes, hasta que llegó diciembre con sus Navidades. A principios de este mes, había el Padre Huidobro salido del Hospital, después de varias semanas de inactividad, debido a su convalecencia tras la herida.

Pocos días antes de la Pascua de Navidad se había presentado en la Ciudad Universitaria el Capellán; aún cojeaba notablemente, a pesar de su cachava y de su teórica quietud anterior. ¡Qué activo e ingenioso celo desplegó, ya desde el primer día! Apenas llegado al Clínico, había montado, con cajones y tablas halladas entre las ruinas, una Capilla en una de las salas de aquel enorme caserón. El sitio era relativamente seguro. Cuadritos de colores, puestos en las cercanías, daban algún sabor religioso a aquel rincón. En seguida ideó, pensando en la próxima Nochebuena, tan en contraste con las tristísimas noches que les aguardaban, suplir con derroche de cariño y reuniones familiares y dulzura religiosa, las alegrías del hogar. Y se decidió formar allí un Nacimiento. Por feliz suerte, se habían salvado de los derrumbamientos y bombardeos unas

cuantas figuras del Nacimiento del antiguo Asilo María Cristina; y pensó aprovecharlas para su proyecto de Nochebuena. La idea fue recibida con universal alborozo. Fácil le fue entusiasmar a varios legionarios, y con su ayuda, y la de varios Oficiales de los más conspicuos, se pasó el día 24 ultimando el Belén, todos los ratos que el cañoneo no se lo impedía. Era de ver en esa Vigilia de Navidad a aquel grupo de soldados, con tan pocos recursos y tanta abundancia de buena voluntad, trayendo maderas, cajas vacías de municiones, buscando ramos verdes, clavando, agrupando corchos.

¡Idilio trágico! Contrastaba en este cuadro el ir y venir ilusionado de los legionarios mientras adornaban la cueva del Niño Dios, con las escenas de muerte en aquel campo de batalla y con las checas y asesinatos y con el público ateísmo en los suburbios del vecino Madrid.

El tiroteo, las ametralladoras, les hicieron, a veces, tener que interrumpir el trabajo ingenuo del Nacimiento, para atender a los parapetos.

¡Al fin, en aquella Noche se inauguró el Belén! Era un Nacimiento verdaderamente suntuoso para una línea de aquel frente avanzado. No faltaba nada: ni los arrogantes Reyes Magos cabalgando en sus camellos orientales; ni los tan tradicionales mula y buey, mirando con sus ojazos de vidrio al recién nacido en su cuna de pajas; ni siquiera los infantiles presentes: una moneda, un dulce, hasta cajetillas de tabaco y un espejito, donativos anónimos de legionarios en sus cotidianas visitas. Hubo quien propuso poner en el Palacio de Herodes la bandera tricolor republicana, pero fue en seguida rechazada la propuesta: ni allí ni en ninguna parte.

Ante este Portal improvisado reunió el Capellán, por la noche, a sus legionarios, y celebró la Misa «de gallo» cantada, con alegría santa y olor a cera, y villancicos y numerosa Comunión, y, al final, la adoración al Niño, cuyo piececito fueron uno a uno besando devotamente aquellos invencibles legionarios. ¡Con qué fe y humildad se acercaban!

A doscientos metros estaban las trincheras frías de los sin-Dios, blasfemias y pecados.

Nació verdaderamente aquella Noche el Niño. Porque el Pater dejó desde esa Misa el Santísimo Sacramento reservado en el Sa-

grario de esa habitación-Capilla. Y en adelante procuraba, incansable, el Padre Huidobro ir recogiendo acá y allá legionarios que por turno, durante todo el día, hiciesen visitas al Niño del Nacimiento, y más al Niño oculto en la Eucaristía. Conquistas individuales.

Recordaría, sin duda, el Padre Huidobro, pero sin nostalgias ni envidias, sus primeras Navidades de sacerdote, en la solitaria paz de un cristianísimo pueblecito holandés. Así había él descrito aquella Nochebuena del año 33, tan distinta de la del Clínico:

> «... celebré en un pueblo de aquí cerca, Klimmen, que dicen es el de más Comuniones diarias del mundo. Según he oído, el 80 por 100 de la población, unos 800... El venerable Párroco me hizo quedarme a comer con él. Y así pasé la Navidad sólo con aquel santo varón, en su comedor-despacho, en la tranquilidad de un pueblo de santos, rodeado de niebla y de hielo... Aquí, y ahí, y en todas partes, 'Cristo ha nacido para nosotros'.»

Para todos. También para los legionarios del Clínico, en el frente de Madrid, lo mismo que para aquellos pacíficos campesinos de Holanda.

Una gran reforma se introdujo en aquella Capilla a los pocos días. Desde el Instituto del Cáncer, un legionario trajo, envuelta en su capote, para ampararla de la lluvia, una imagen preciosa de la Inmaculada, Patrona de la Infantería; quedó colocada sobre el Altar. Días más tarde, quizá del Instituto Rubio, les llegó una devota escultura de Santa Ana; y al poco, nada menos que un armonium. Más tarde encontraron otra estatua, de San José. Todas eran tallas preciosas y en buen estado. Nadie supo de dónde las sacaron. Otro legionario encontró, entre las ruinas de casas cercanas abandonadas por los rojos, unos cuantos metros de terciopelo rojo.

¡Qué inyección de alegría produjo aquel Nacimiento, y junto a él, aquellas reuniones navideñas de los legionarios, oyendo las charlas del Pater y contagiándose, unos a otros, su alegría con Villancicos y canciones populares! Todo hacía renacer la fraternidad cristiana y el goce del corazón, que en la mayoría estaba apenado por el recuerdo de sus lejanas familias.

El Capellán comenzó a decir Misas por Compañías, y así iba casi toda la Bandera recibiendo la Sagrada Comunión. Resultaba impresionante, entre el ruido de los morterazos, la fusilería y las ametralladoras, escuchar, ¡con tanta ilusión!, las teclas del armonium tocadas por un legionario, que hubiera podido servir de músico en algún pueblo no demasiado exigente. Hasta tuvieron un coro de voces que habían estado ya de mucho antes ensayando para el día dedicado a rendir homenaje a la Inmaculada, Patrona de la Infantería.

Poco les iba a durar todo aquel espiritual regocijo; la Capilla, con Sagrario e imágenes, quedó totalmente destrozada en la voladura del 13 de enero.

Hablando de esta mina en la que pereció el Nacimiento instalado por el Capellán, escribe así el Comandante Vierna:

> «El Capellán no abandonaba a los del Clínico, porque sus idas y cambios de impresión individualmente con cada uno de los números que formaban aquella guarnición, eran incesantes. Y este heroísmo de su cero apostólico, Dios se lo premió, salvándole, en esta ocasión, de morir aplastado entre los escombros de su misma Capilla, junto a la cual vivía.
>
> Porque aquel austero rincón en el que tenía su pequeño ajuar, y en el que a aquella misma hora debería estar descansando, fue enterrado por la explosión, que derrumbó la Capilla y el Nacimiento, y todo cuanto allí poseía el Capellán. Todos pensamos que allí habría él perecido cuando voló aquella parte del edificio, que considerábamos de las más seguras. Felizmente, no había muerto.
>
> Y es que los días que lográbamos que comiera con nosotros, se iba de inmediato, como ese día 13, a atender a las fuerzas de vigilancia. Su celo incesante le salvó la vida.»

Más de diez toneladas de cemento y escombros cubrieron la Capilla. Allí se le pudo ver más tarde al Padre Huidobro, con un pico en la mano, queriendo descombrar aquel sitio, donde tanto de su cariño tenía puesto; ¡allí había quedado sepultado el Sagrario! Pronto vio que todos sus esfuerzos eran en absoluto inútiles.

3. PREDICA A LOS ROJOS.

El celo apostólico del Padre Huidobro no solamente se dirigió, en su labor de Capellán, a los del lado de acá de las trincheras. También encontró el modo de enseñar y arengar a los de allá, a los mismos rojos. Pero no ya a los caídos prisioneros o heridos, esto ya se da por sabido, sino a los que aún estaban en las trincheras fronterizas, con las armas en la mano, disparándoles sus morteros o preparando las terribles minas bajo el Clínico.

La primera vez que les habló fue el 26 de diciembre, en la Ciudad Universitaria. Muy minuciosamente lo describe todo él mismo en una carta:

> «También he predicado a los rojos. Fue así.
>
> Ayer vinieron a verme unos legionarios para pedirme que hablase desde las avanzadas con los rojos, pues ellos lo hacen también, pero se veían inferiores a alguno de los adversarios. Por cierto, me avisaron que no me asustase, porque me mentarían a la madre, etc., etc.
>
> Como los legionarios encuentran de todo, a media tarde pedí un altavoz, y a esas horas teníamos uno muy bueno.
>
> Fui por los parapetos a las nueve y media de la noche. Pero precisamente a esa hora se armó un tiroteo y cañoneo, que era una broma querer hablar.
>
> Volví al Salón grande donde está la Plana Mayor; y después de cenar nos fuimos a los últimos pisos del Hospital Clínicos varios Oficiales, entre ellos el Capitán, Jefe accidental de la Bandera, y yo.
>
> Corrimos sigilosamente a uno de los pisos altos del Hospital, y en una esquina, sobre nuestros parapetos, apoyando la bocina en el agujero que había hecho un cañonazo, o sacándola por una ventana, llamé a los rojos, les pedí atención, me dijeron muy corteses que me escuchaban y que podía hablar.
>
> Así empecé: ¡Atención, atención! ¡Soldados del Frente de Madrid! Callen ahora un momento los fusiles y hablen las razones. Si es de hombres empuñar las armas, cuando las cosas llegan al último extremo, más es de hombres hablar y

entenderse con razones...'»

Entre los apuntes que a la muerte del Padre Huidobro hemos podido encontrar, hay una breve «sinopsis» preparada para la conversación, en voz alta, de esta noche. Allí se leen estas frases:

« Españoles! ¡Hermanos!

Se os dice que defendemos el capitalismo. ¡Obreros! Para defender los abusos de los ricos, no daríamos nosotros ni una gota de sangre; no defendemos el capitalismo. Queremos pan para todos. Obligar al capital a que corra y haga trabajar. Llegaremos a donde sea. Ni esclavos, ni traidores.

Reforma honda, eficaz; un Estado fuerte que la lleve a cabo sin contemplaciones. Es doctrina social, somos cristianos. Qué pensó Jesucristo de la cuestión social.

El nuevo Estado, establecido del lado de acá de las trincheras: ni un paso atrás en las conquistas obreras: Jornada de ocho horas. Trabajo. Sin huelgas. Jornal familiar. Coacción sobre el capital; una coacción que ya es efectiva.

¡Entregaos! A mí personalmente se me han entregado siete: tres soldados en Quismondo, dos guardias en Valdemoro, dos milicianos en Villamantillas.

Ninguno fue fusilado. Hay prohibición de hacerlo. Vosotros decís: 'Matad a vuestros Jefes.'

Nosotros os decimos: 'Dejadles y venid.'

Y estuve un gran rato hablándoles 'muy adentro', según me decía luego un Cabo de la Legión, de lo que nos une y de lo que nos separa, de la cuestión obrera, de la libertad que queremos para nuestra Religión, del honor de las mujeres, contra el amor libre.

Grande espacio oyeron muy atentos.

Luego se cansaron, o se alarmó un jefecillo del efecto que producía, y quiso hablar y me pidió que me callase.

Lo hice así, y respondió con sus tópicos de la tiranía del capital y opresión de los obreros. Un botarate que habló también, decía, entre otras sandeces: 'Pero, ¿qué entendéis vosotros de ideologías? Nosotros defendemos una causa razonable. Nosotros defendemos la tiranía que existe entre el ca-

pital y el trabajo (sic).'

Con estas y otras fue bajando poco a poco el tono; se cruzaron insultos y nos dispararon varios tiros que dieron muy lejos, pues no acertaban a localizarnos.

Después habló un Capitán nuestro en tono de broma, y otro cantó por el altavoz unas malagueñas. Con eso han podido convencerse del ánimo y alegría que reina en nuestras filas, y al mismo tiempo han oído algo bueno.

Me escuchaban en tanto silencio, que los Oficiales, cuando llevaba yo un rato hablando, comenzaron a dudar de si me oirían; y así hube de preguntar:

‘¿Me oís...?'

Y en el silencio de la noche se oyó una voz clara, muy cercana, casi al lado de nosotros, que decía:

‘Sí. Sigue hablando, que te escuchamos.'

Tan cerca era, que dijo un Oficial: 'Debe de ser un legionario.'

Yo volví a preguntar:

Quién eres tú?'

Y la misma voz:

'Un soldado del frente de Madrid, del otro lado de las trincheras.'

¡Qué sentimientos de caridad hacia los enemigos, cuando enfrente de las trincheras que corren pegadas a las casas de Madrid, a la claridad de una clarísima luna, se oían sus voces y se podía dialogar con ellos! »

Luego de haber inaugurado así sus charlas a los marxistas, varias noches les siguió hablando por la bocina del gramófono desde aquel mismo sitio, en el piso alto del Clínico... Ya desde bastantes semanas antes, la proximidad de los frentes había dado lugar a diálogos entre ambos campos. Al principio, los rojos empleaban un lenguaje procaz, plagado de insultos; y, es claro, los legionarios se ponían a tono para responderles. Cuando el Padre comenzó, los rojos destacaron para estas intervenciones a sus mejores oradores, con el fin de quebrar la moral de los nacionales. Pero el Capellán, aunque en las primeras veces tuvo que aguantar algu-

nas demostraciones nada correctas, pero, al fin, logró imponerse de tal manera que aun los contrarios le escuchaban con el mayor silencio y respeto; les gustaban estas charlas. Hasta llegaron alguna vez, desde las líneas rojas, a llamar a uno de los centinelas para pedirle que volviera a hablar aquel Oficial que les había dirigido la palabra en la noche anterior, pues les había agradado mucho. Era esto natural, pues el Padre no les hablaba de odios, sino que solamente proclamaba la caridad y el amor.

A él solían escucharle atentos; en cambio, en otras ocasiones, en que se ponía a decirles algo cualquier otro soldado, se armaba enorme confusión de gritos e insultos.

> «Yo —dice el legionario Luis del Castillo— me ponía a veces a hablarles, y no me dejaban seguir, sino que en seguida pedían hablase él. Aun cuando el Pater procuraba ocultarles su condición de Capellán, no lo logró, sino a medias. Una de las noches, un miliciano interrumpió de pronto su charla, gritándole: ¡Tú eres un cura!' Ya en adelante no fue posible negarlo, y aun abiertamente preguntaban por el ‘Padrecito'.»

El Comandante Canós atribuye a estas charlas el que muchos, convencidos por la palabra del Padre, se fueron pasando, en aquel tiempo, de las filas rojas a las nuestras.

4. MISA EN TOLEDO.

Además de las grandes festividades del año litúrgico (Navidad, Semana Santa), procuraba el Padre Huidobro aprovechar algún acontecimiento más especial, para dar mayor realce a la vida cristiana. No perdía estas ocasiones. Era el ejercicio oficial del culto público, que había renacido el 18 de julio. Las autoridades militares, sin que apenas sea posible señalar excepción, lo aprobaban y aun deseaban. Fruto espiritual siempre se recogía abundante en estos actos que suelen ser más emotivos al espíritu cristiano. El Capellán obraba, en todo caso, de acuerdo con la autoridad militar. Cuando, una vez, el Comandante no juzgó oportuno acceder a la celebración de las ceremonias, en la forma que con no pequeño interés le había rogado el Padre Huidobro, éste obedeció, y no con simple obediencia militar: pues al salir de su larga entrevista, de-

fendió ante otro Padre que allí le aguardaba, la decisión de su Comandante, con notable respeto y sumisión de juicio.

El 28 de enero salieron para Toledo los legionarios de la Cuarta Bandera, tras mes y medio de defender, entre contraataques incesantes y voladuras, aquel inmenso edificio del Clínico. La Novena Bandera los reemplazó en aquel puesto avanzado. Bien merecido tenían el breve reposo de una semana.

Entró en la ciudad el Capellán acompañando a los fatigados e invencibles soldados. La vista del arruinado Alcázar, servíales de estímulo para mantener tenso su ánimo con el recuerdo de las gestas de heroísmo, antiguas y recientes, en las que ellos, los legionarios, también eran protagonistas.

Tenían que rehacer sus mermadas fuerzas después de tan duro pelear.

El Capellán, siempre en actividad, decidió celebrar un acto religioso, que a la par que fuese sufragio por los compañeros caídos entre las minas del Clínico, acercase más a Dios los espíritus de sus soldados. Antes de hacer nada, propuso sus planes al Comandante, que se albergaba en el Hotel Maravillas. Decidieron se celebrase una solemne Misa de Requiem en la Iglesia de San Ildefonso, el día 4 de febrero. Tuvo el Padre Huidobro que asegurar ante los Jefes, bajo la responsabilidad de su nombre de Capellán, que aquella Misa de difuntos no causaría ninguna depresión ni tristeza en el ánimo de los soldados, por el recuerdo de la imagen de la muerte. Es que algunos Jefes y Oficiales temían quedasen los jóvenes legionarios demasiado impresionados por el vivo recuerdo de sus tantos compañeros desaparecidos.

El Templo dio cabida a toda la Bandera. A su frente, el Comandante. Aunque la asistencia se dejó libre, nadie faltó. Ni siquiera los bisoños legionarios que se habían incorporado la víspera. Estos eran los que iban a ocupar el puesto de aquellos cuya muerte se conmemoraba.

Sonó el cornetín la larga nota de atención. El Padre Huidobro cantó la Misa. Entretanto iban filas de soldados acercándose voluntariamente a los confesionarios. Más de sesenta comulgaron.

Cuando al final de la Misa se volvió el Capellán para hablarles, una gran multitud llenaba totalmente el amplio Templo.

Se conserva la hoja de papel en que anotó alguna de las ideas expuestas por él. Comentó el Prefacio de la Misa de Difuntos:

> «Mirar la muerte con ojos cristianos, para nosotros la muerte es el paso de una buhardilla destartalada a un principal soberbio, el despojo mortal cayó en la tierra, aquello que brilla inmortal, aliento de Dios, salió fuera del cuerpo.»

Y luego, en el «Credo legionario», glosó, en levantado sentido, el « ¡Viva la muerte! », que nos abre un más allá feliz. Sus palabras, al referirse al Alférez Moncho, conmovieron especialmente a todos.

Esta alocución, a juicio del propio Comandante Vierna, puso en tensión a toda la Bandera y fue de un valor educativo formidable.

Al salir de la Iglesia, le aguardaban en el Atrio el Comandante y Oficiales satisfechísimos: « ¡Muy bien, Padre! ¡Sí, nuestros muchachos salen de esta Misa con más ánimos aún! ».

Luego del desayuno, ya a media mañana, se formó la Bandera en Zocodover, ante el cercano escenario del Alcázar. Y en formación impecable, con sus armas al hombro y con su enérgico pisar y su braceo, cruzó las calles de Toledo levantando oleadas de entusiastas plausos. Y eso que la larga temporada de la Ciudad Universitaria los había dejado reducidísimos, tan solo unos 240 habían salido del Clínico, ocho días antes, y los nuevos agregados todavía eran muy pocos.

Así hasta el Cementerio. Allí entraron en el sitio reservado a los «Héroes de la Patria», en donde yacían enterrados los Alféreces Mármol y Moncho de la 4.ª Bandera, caídos ambos el mismo día, en la explosión de la Mina. El acto resultó íntimamente conmovedor. Allí oraron, no por un soldado desconocido, sino por los legionarios, sus compañeros, que habían dado su vida por defender a España, a las puertas mismas de Madrid. Un Alférez leyó oportunísimas cuartillas que con gran emoción evocaban a los ausentes. El Padre rezó un responso. No hubo minuto pagano de silencio, sino un minuto de rezar todos juntos un Padre Nuestro por los hermanos caídos. Dióse la orden de presentar armas. Se adelantó el Comandante a depositar una corona de flores. Enseguida resonó el redoble de los tambores y desfilaron ante la sepultura de tantos hé-

roes allí enterrados. Ultimo homenaje a los compañeros ausentes. Salieron, llevando cada uno más impreso en su espíritu, la decisión de luchar con bravura sin igual, «hasta conseguir vencer o morir».

5. SEMANA SANTA Y 7 PALABRAS.

Se acercaban los días sagrados de la Semana Santa, precisamente cuando la 4.ª Bandera se halaba empeñada en la durísima batalla del Jarama. Menos mal que, ya desde la incomparable hazaña del Pingarrón, los ejércitos se movían más lentamente en el sector de Aranjuez y de todo el frente del río. Y en la estabilización que había sobrevenido a las líneas, pudo el Padre Huidobro planear el modo de celebrar los Oficios de Jueves y Viernes Santo, que aquel año coincidían en los 25 y 26 de marzo, en medio de las trincheras. Largos ratos se pasó ideando la manera de suplir lo mucho de que carecían.

Un cúmulo de dificultades, al parecer insuperables, se le presentaban. Lo primero, las dificultades litúrgicas: improvisar unas ceremonias en la carencia casi absoluta de todo. Con la ayuda de un pequeño Misal fue examinando todo lo que le era dable hacer, a fin de que sus legionarios celebrasen, de la manera más provechosa para sus almas, la conmemoración de la Pasión del Señor.

No tendría la ayuda que, para las Navidades, había encontrado en la Ciudad Universitaria: en campo abierto, entre inmensos barrizales, sin Capilla, sin ornamentos, sin nada. Buscó el modo de acomodarse, en lo humanamente posible, a cuanto la liturgia de esas ceremonias de Semana Santa exige; original había de ser, a unos metros de las líneas enemigas, en perpetuo estado de alarma, el renovar, en una atmósfera de combates, la Paz del Cenáculo y la sublime majestad del primer Viernes Santo.

Ayudado de voluntarios fue aderezando una pequeña chavola, aunque algo mayor que las ordinarias, en lugar un poco resguardado del peligro de balas, en cuanto puede decirse resguardado, un rincón que se encuentra en la línea de fuego, demasiado cercano a las trincheras rojas. Convirtieron unas cuantas cajas de municiones en gradería y Altar; a falta de flores, se buscó ramaje verde

por aquellos alrededores. En poco tiempo quedó improvisado el «Monumento» del Jueves Santo.

Celebró la Misa solemne de ese día, sin incienso ni armonium; con olor a pólvora, pero en intenso ambiente de fe. El enemigo estaba muy cerca, pero más cerca estaban los cruzados legionarios dispuestos a defender a Dios, oculto en la Hostia Santa. Se establecieron turnos de vela, entre Oficiales y legionarios, para hacer la guardia hasta que llegase la noche. Complacíase más tarde el Padre Huidobro en ponderar la religiosidad de los soldados que, en gran número, precedidos de sus Oficiales, iban acudiendo, aun desde posiciones distantes, para hacer su guardia al Señor en el Sacramento. No era posible llegar hasta aquella rústica Capilla, con techumbre de ramos de olivo, suelo de tierra, Altar de tablas, sin esquivar, en más de una ocasión los tiradores rojos, que de muy cerca acechaban.

Al atardecer hubo Hora Santa. Los uniformes que se apretujaban en la chavola-Iglesia, las miradas de los legionarios clavadas en el Monumento y en su Capellán, impresionaron de tal manera al Padre Huidobro, que todos le vieron emocionarse y llorar, de pena y de alegría. ¡Con cuánta fruición contaba luego estas escenas, en retaguardia, algún tiempo después!

La vela de la noche la iban haciendo unos y otros, como podían, cuando antes de tumbarse sobre la tierra o sobre unas piedras para descansar, entraban en la Capilla para dar las buenas noches a Dios, que estaba allí oculto entre ellos, en aquel atrevido Monumento del frente del Jarama. Y en tanto el Padre, de rodillas en la oscuridad del rincón de la chavola, pasó las horas todas de aquella noche en compañía del Señor. ¡Qué noche más fría, la de aquel Jueves Santo por los campos jarameños! Pero, a buen seguro, que aquella noche el Capellán sintió menos que nunca el frío.

A la mañana del Viernes volvióse a llenar de nuevo la rústica Capilla. Habían sido llamados para este Oficio del Viernes Santo dos seminaristas, soldados de una Unidad vecina, que habían de ser ayudantes en los Oficios de liturgia tan original, inventada necesariamente por el mismo celebrante. Ni era posible otra cosa. Tenía preparada, desde la víspera, una gran Cruz de palo, y encima colocó su Crucifijo, velándolo devotamente con un paño morado, según la costumbre de este día. Unos ornamentos pobrísimos y una sen-

cilla estola negra. Comenzaron los Oficios con la lectura, en castellano, de la Pasión de Jesucristo, tomándola del Evangelio de San Juan. Entre los tres, como en ceremonia solemne, se repartieron las diferentes partes del texto sagrado. La que corresponde al coro, la leían todos a un tiempo, en tono más elevado. En los rostros de los legionarios se adivinaba el extraordinario interés con que seguían la lectura de la dolorosa Pasión del Señor. Allí si que se comprendían los dolores, la sangre. Con voz sonora cantó después el Padre Huidobro, también en castellano, todas las hermosas oraciones, conmovedoras súplicas de la Iglesia en este día a favor de todos sus hijos. Luego, el Capellán tendió en el suelo de la chavola su capote militar y colocó sobre él su Crucifijo. Retiróse un poco, en medio del conmovedor silencio de los legionarios, que se apiñaban a su alrededor; se descalzó sus medias botas legionarias y con las manos juntas sobre el pecho, y el paso solemne, púsose en el centro de la chavola, y después de tres sucesivas y profundas genuflexiones, postrándose en tierra, adoró y besó con todo el fervor de su alma sacerdotal, los pies del Santo Cristo. Y tras él, los bravos legionarios, todos, dos a dos, fueron haciendo la triple genuflexión y adorando la Cruz, mientras el Padre, acompañado de los dos seminaristas, leía en voz alta los «Improperios», verdaderas saetas, que penetraban profundamente en el corazón de los legionarios. Los soldados miraban con intensa devoción, sencilla y muy sentida, allí sobre el capote de su Capellán, el mismo Crucifijo, que tantas veces habían besado antes de entrar en los combates.

Anunció luego el Padre que, ya al anochecer, tendría él, allí mismo, el Sermón de las 7 Palabras. Si el tiempo y el enemigo lo permitían, sería al aire libre para que más fácilmente pudieran oírle.

Así fue. Tantos vinieron que no hubo más remedio que irse acomodando por sobre los pedruscos del campo alrededor. el Padre, subido en un alto, les habló durante casi una hora, de las 7 Palabras pronunciadas por Jesucristo desde la Cruz, antes de morir. Dios quiso que aun los rojos respetaran, con su silencio, esas horas de noche tan sagrada. Por la mañana, después de los Oficios, se había retirado un poco el Capellán, a preparar su sermón; qué les iba a decir a sus soldados. Y para mejor sujetar su pensamiento, iba escribiendo en unas cuartillas las ideas-eje de sus 7 Palabras. Felizmente se conserva este manuscrito. Hoy es una reliquia.

Transcribimos a continuación todo este escrito del Padre Huidobro, exactamente como él nos lo dejó.

Es la única alocución, entre las tenidas por el Padre Huidobro en campaña, de las que conservamos unas notas-resumen redactadas por él. A pesar de que, en tan reducida sinopsis, no es posible ni abarcar todo lo que pensaba decir, ni dar a conocer la forma vívida que da la palabra; no obstante nos hablan estas anotaciones lo suficiente para que podamos conocer, más en la realidad, su modo de hablar a los legionarios: nítido, nada de nebulosidades ni frases vagas. Descripción muy viva, gráfica y devota del Señor. Y en contraste, aplicaciones concretas, prácticas, como que iban a corregir al día la vida ordinaria. Las creeríamos demasiados duras, si no se dirigiesen a Legionarios en guerra, que requieren de quien les hable, que lleve por delante la más cruda sinceridad. Se comprende la atención emocionada con que sus soldados le estaban escuchando.

> «Subimos al Calvario con el Señor, que lleva su Cruz, agobiado en sudor y sangre. Roto. Hinchado de bofetadas el rostro. Sucio de polvo y saliva. Miran serenos sus ojos augustos...
>
> Llega a la cima del montículo. ¡Alto los soldados! Dejan la Cruz en el suelo...
>
> Fijo, clavado en la Cruz se alza entre el cielo y la tierra; mediador entre Dios y los hombres, Jesús, el hijo de la Virgen. Su cuerpo delicado, (arpa de armonías secretas, estatua de la perfección humana), está roto, amoratado como un lirio, abierto de llagas...
>
> Padre, perdónalos... para un pecado no hay perdón. «Yo no perdono al que me ha ofendido.» Pues Dios no te perdona.
>
> Hoy estarás conmigo en el Paraíso... Ladrón, asesino..., si con fe, aborreciendo tu vida y tus pecados, cuando te retuerces en la herida, confiesas que los mereces por tus borracheras, por la impureza con que han abusado de tu cuerpo... « ¡Hoy estarás conmigo! »
>
> ¡A cuántos pecadores hemos remitido al cielo! No todo el que muere se salva. Yo he visto morir legionarios que han

rechazado a Cristo. Mujer, he ahí a tu hijo... Espadas que pasan el alma, ¡y qué agudas espadas son! Lo sabe el que se ha podido asomar al corazón de una madre....

Supo que lo llevaban preso, a empellones por las calles de Jerusalén. «Señora, llevan a tu Hijo, como si fuese un malhechor...» Y corrió... y oyó los azotes, y le vio salir al balcón; y cuando iba por la calle de la Amargura, le salió al encuentro...

Miró el Hijo a la Madre a través de la sangre y el polvo que le cubría los ojos. Miró la Madre al Hijo a través de las lágrimas que le empañaban las pupilas de cielo... Y atravesó la espada el alma de la Madre. Todos se pararon...

... Allí San Juan; allí nosotros, sus discípulos. Sabía que necesitábamos una Madre.

¡Madre, que sabes del dolor de ver morir a tu Hijo! ¡Madre, que en tus brazos le tuviste muerto! La última voluntad de tu Hijo es que seas Madre nuestra... ¡De los que caen destrozados de la metralla, también eres Madre...! ¿... no ves cómo lleva al pecho tus medallas?... ¿no ves cómo te quieren?... Y las madres que te rezan...

Los hijos ingratos no merecen la paz...; las madres, sí... Mujeres de España que dejan sus hijos, y con el pecho traspasado rezan ante tu lamparilla, hinchados de llorar los ojos, como Tú, cruzadas las manos... Dios mío, ¿por qué me has abandonado?... Un misterio: Dios y hombre. Como Dios, feliz; como hombre, tiene lo hondo del alma en tinieblas y tristeza. Como un monte iluminado arriba, y metido abajo en lo negro del barranco.

El pecador sin Dios. Borrachos, con el alma negra, en tinieblas. Impuros, con la inquietud del mal. Basta ver al hombre que, con el pecado, se hace una bestia.

Quiso verse abandonado para pagar; y como hombre quiso sentir como si Dios le rechazase y le abandonase. Abajo, los judíos. Y arriba, El solo, entre el cielo y la tierra, ante Dios y los hombres.

Tengo sed. Sed de las heridas, sed de tantas horas sin comer, rodando a empellones por las calles, sed del polvo y

el sol de Palestina. Labios resecos, cortados...

No ha querido el vino mirrado para no adormecerse. Quería sufrir.

Y sed de almas. ¡Cuántos no acuden a El...! Los egoístas que tiráis el dinero sin cuidaros de los pobres que sufren.

Tiene sed en todos los que tienen sed; tiene hambre en todos los que tienen hambre.

Tiene sed y le empapáis los labios en vinagre.

Todo se ha cumplido. En medio de la amargura, mira atrás. Toda la tarea cumplida...

Tu vida tiene una misión. Al mundo has venido para algo.

Para formar una familia y educar a tus hijos para Dios y para la Patria. Para servir con tu sangre y tu vida a España...

Desgraciado el que al morir no ha hecho nada...

¿Habéis visto al labrador honrado que vuelve a su casa cantando? No gime con el arado, canta. Y a la hora de recoger, se alegra cuando suda en la era revuelto en las pajas... Porque ha cumplido su tarea.

Soldado que muere, al cielo alzados los ojos. Confiado porque cumplió. Y cuando sus ojos se cierran en la noche, rompe un día dentro de su alma: Lleva la luz de Dios, allá en lo hondo...

Sé buen compañero; sé buen hijo de tu familia; sé hijo de Dios y de la Patria; sé puro, y al fin podrás decir: Todo se ha cumplido.»

Acabado el Sermón, que fue entremezclado con sencillos cánticos, silenciosos, emocionados con la emoción del cristiano que vive las horas más trágicas de la vida, se iban retirando los legionarios cada cual a su puesto, junto a su fusil, al pie de la ametralladora o el mortero. Aquella noche triste del Viernes Santo, en el Jarama, no se escucharon ni los sones del acordeón ni los alegres cantos de costumbre...

«Tal vez, si en Toledo llegan a enterarse de mis liturgias en la Semana Santa, me excomulgan», le dijo en broma, días más tarde, a su gran amigo el Padre Carlos Sáenz. Y le añadió: «Usted se ríe

de mí, diciendo que tuve allí, en el frente del Jarama, ritos malabares. Bueno, pero yo le aseguro que más fruto sacaron mis legionarios de aquella Semana Santa en las trincheras, que muchos de las de Sevilla y otras partes célebres. Y eso que mi Semana Santa fue realizada 'en seco'.»

Seguramente que, aun los más severos liturgistas, habrían aprobado la celebración de aquellos Oficios. En medio de enormes dificultades y carencia de todo, el Padre Huidobro logró permanecer dentro de las normas esenciales, que había de resumir más tarde, en la Audiencia del año 65, Su Santidad Paulo VI.

CAPÍTULO XXII

VIDA INTERIOR DEL CAPELLAN

1. Lucha interior. 2. Unión con Dios. 3. Fiel en su oración. 4. La Misa en el frente. 5. Religioso siempre. 6. Austeridad de vida. 7. En espíritu de humildad. 8. Limpieza de alma. 9. Ante sus legionarios.

1. LUCHA INTERIOR.

« ¡Si nuestro Pater hubiera debido ser militar! », decían a veces los legionarios al presenciar su valor, increíble aun para ellos. Iba a donde debía ir, como si fuera enteramente sordo al silbar de las balas, y enteramente ciego para no ver los que alrededor caían. Y qué serenidad en el asistir a los heridos en el campo de batalla, igual que si les estuviera atendiendo en las salas de un Hospital. ¡Y su poder de arrastre, cuando les arengaba! « ¡Si; yo creo que nuestro Pater hubiera debido ser militar! »

Verdad que sin profundizar del todo el sentido de la frase, solían añadir: « ¡y, además, es un santo! » Notaban, y no sabían explicarse el porqué, que desde que el nuevo Capellán les acompañaba en la Bandera, se sentían atraídos a ser más buenos y a confesarse, y hasta a tratar fraternalmente a los prisioneros rojos.

Tal vez no muchos entre sus legionarios caían del todo en la cuenta de que el valor de aquel Pater, y su vitalidad sacerdotal y asombrosa, y su serenidad y su bondad, se cimentaban precisamente en su vida santa, en lo interior de su alma. Sin esto interior, lo principal de su vida, todo lo exterior no existiría; más, ni hubiera tenido en él razón de ser.

En uno de los primeros capítulos de esta Biografía, hemos estado viendo las incesantes ansias de santidad en que vivía el Padre Fernando Huidobro. Muchos de los compañeros que más de cerca le trataron durante los últimos años de su vida, afirman, sin vacilar,

que su virtud se había ido fortificando; que nunca tuvo retrocesos (afirmación de enorme contenido), aun en medio de todas las distracciones de sus estudios filosóficos; que se le veía ir constantemente avanzando en su vida espiritual.

Muy interesante ha de sernos el contrastar todas estas afirmaciones con la realidad de su vida, en el frente de guerra, en el Tercio. ¿Perseveró en la eficaz práctica de sus deseos de perfección, aun dentro de un ambiente tan poco propicio para alcanzar la santidad, cual es el de un ejército en el tráfago de los combates? Esto es, al fin y al cabo, el preguntarnos: ¿Cómo estaba su alma al salir de este mundo en abril del 37?

Nadie, entre quienes pongan el ideal donde, para todo cristiano, se ha de poner, vacilará en afirmar que la materia del presente capítulo es realmente la principal, dentro de toda la biografía de Fernando Huidobro. Todos sus heroísmos y toda su enorme simpatía quedarían a ras de suelo, si les faltara la heroicidad y el atractivo de la virtud y la santidad.

Antes de examinar su vida espiritual en campaña, pongamos aquí, como un contrafondo sobre el que resalte mejor el valor de su actuar, lo que por dentro de su alma ocurría. Llegamos a conocer ese su interior más en lo hondo, gracias a algunas frases, no muchas, que en cartas o conversaciones muy privadas dejó escapar. Porque, de Capellán, ya no escribió más apuntes espirituales en su Diario Intimo. Es una pena; mas ni el tiempo ni la ocasión se lo permitían.

Los que sólo han conocido la actividad externa del Padre Huidobro, durante estos meses de guerra, siempre en acción intensa de apostolado, con todos afable, sin altibajos en su proceder ni en su hablar, lleno de paz y sosiego en sus juicios, ferviente en su virtud, alegre y optimista con sus legionarios, no sospechaban que toda aquella serenidad de alma, verdadera *sophrosyne* que encantaba y edificaba, muchas veces estaba lograda a costa de enérgico y continuado dominio de sí mismo. No conoceríamos este aspecto, interesantísimo, de su vida, sin sus brevísimas manifestaciones expresadas en el casi secreto de la mayor intimidad. Pocos, ni aun de sus compañeros, sabían que, bajo su exterior siempre en alegre expresión, había lucha y amargura. Y esta lucha le duró tanto como su vida.

Escribe una carta a su hermano, y precisamente desde las riberas del Jarama, allí donde a tanto subió su heroísmo al retirar heridos del campo, que sus legionarios, entusiasmados ante la incomparable actuación de su Capellán, llegaron a pasearlo en hombros. Pues en medio de esta entrega y de este entusiasmo, luego de contarle algo de lo que tiene que hacer durante las luchas, añade con expansión fraterna:

> « ¡Y si vieras qué sequedad y abandono, tedio, temor, falta de fe, acompaña muchas veces en esos momentos, cuando la naturaleza se rebela contra toda esta atroz ferocidad aborrecible de la guerra! »

Le aplaudían, y con razón, por no rehuir las balas, cuando cumplía sus deberes de sacerdote en la Legión. Cierto; su comportamiento fue de continua heroicidad. Pero nadie le aplaudía, porque la ignoraban, la heroicidad de su lucha interior. La muerte, poco miedo había de infundir a quien se hallaba, en todo instante, preparado a comparecer ante su Rey Eterno. Lo que sí le amargaba hondamente, era esa desolación interna en medio de su ardua labor: Dios, que durante casi toda su vida religiosa permitió cargase con la cruz de escrúpulos y molestas tentaciones, también quiso poner, a sus tiempos, en el alma del Capellán, un «doliente Calvario», para grabar más profunda en su interior, a fuego, la imagen de Cristo. Y rápidamente, porque Dios había dispuesto darle ya muy breve tiempo de servicio sobre la tierra; y en tanto, para disponerle mejor en su inescrutable y amorosísima Providencia, le concedía las mejores riquezas de santificación: las del sufrimiento oculto, y sufrimiento el más vivo, porque tocaba en el consuelo del alma. Así lo ha hecho muy frecuentemente con sus santos. Fernando Huidobro le fue íntegramente fiel a su Señor, lo mismo en la consolación que en la amargura escondida de su espíritu.

Causábale devoción el levantar la Hostia Divina en la Misa con los brazos doloridos por un cilicio; más le mordía su alma ese cilicio invisible de la amargura.

Si esta sequedad interior no fue angustia pasajera, sino prolongada en modo más ordinario, entonces no solamente se engrandece su figura, sino que se muestra a nuestros ojos emocionados como una noche oscurísima, en la que Dios le hizo en los últimos tiempos de su vida penetrar para, en lo oculto, más unirlo a Sí.

Los legionarios se maravillaban de ver a su Capellán que, sin arma ninguna y sólo con su Cruz y su heroísmo, atravesaba el campo por atender a los que caían. ¿Qué hubieran pensado, si hubiesen llegado a saber la repugnancia amarga que, en medio de sus actividades sacerdotales, experimentaba, que llevaba una Cruz en la mano, y otra, muy pesada, en su interior?

Dios, verdadero artista, va en lo oculto hermoseando las almas «a lo divino». Nosotros no lo comprendemos. Hay que dejarle a El.

Este sufrimiento interior, en modo más acuciante aún que en la carta a su hermano, se lo manifestó también al Padre Staehlin, en Villafranca, días antes de su muerte:

> «En los momentos de ataque nuestro o de los enemigos —son casi sus textuales palabras—, cuando más lugar hay a mi actividad sacerdotal, y cuando más necesito sentir fervor y unción, pues entonces me hallo, en mi interior, casi siempre seco, cada vez más... Corrientemente he dejado de sentir la fe, salvo en la Santa Misa; y en ocasiones de lanzarme al auxilio de algún herido, con riesgo de las balas, los pies no se me movían, y por dentro me oía yo mismo gritarme: '¿Para qué?... ¿Para qué voy a ir?..., si todo es una filfa...!' Claro que Dios podía conmigo, y me lanzaba sin más, a donde hacía falta...»

Es casi lo mismo que durante aquel su retiro le había confiado al Padre Capel:

> «En los momentos de mayor peligro de vida, tengo a veces una sequedad y oscuridad interior grandísimas. En esos casos creo que hasta me desaparece la fe.»

Contribuían a su amargura —se lee en sus cartas—, y él lo expresaba claramente, la poca correspondencia de alguna pequeña parte de la tropa y Oficialidad a sus esfuerzos como Capellán, el ambiente de diversión, ajeno a toda austeridad, de tantos en la retaguardia, el poco espíritu cristiano de algunos en su trato con prisioneros, la mortandad, en uno y otro campo, en aquella guerra tan cruel.

Y mientras llevaba el Capellán ese tedio en el alma, tenía que mostrar, en su rostro, sonrisa de paz; y, como él mismo había escrito: «Para reanimar, a reírme y alegrar a los soldados.»

A esta lucha interior, a esta «felicidad», como él, en una carta, la llamó, se refieren, a no dudarlo, otras frases en carta a su Provincial, ya en los últimos días de su vida:

> «Yo he pasado mis días tristes de desconsuelo y desánimo. Ahora ya se disipó el nublado.»

No es, pues, extraño que añorase, sin descanso, el consuelo interior de que, en tiempos pasados, tan de ordinario había gozado. Por carácter y por sólida formación religiosa, le era especialmente amargo el vivir alejado de esa paz.

> «Felices Pascuas y Año Nuevo —le escribe por Navidad a su hermano. Tú, que gozas de la paz del alma junto al Pesebre del Niño, pide por tu hermano, siempre en guerra por dentro y por fuera, inquieto en todas partes, y luchando por la paz que trajo al mundo el Príncipe de la Paz.
>
> Todavía no tengo del todo la 'eudokia', el beneplácito, o la buena voluntad, o lo que sea, para cuyos poseedores o poseídos la anunciaban los Ángeles.»

Dios quería, en los finales de su vida, hacerle sentir el peso de este destierro.

> «El cristiano —había él escrito una vez— lleva siempre en sus rasgos un dejo de tristeza. Hablo del cristiano que vive en Cristo y del Espíritu. Es el porte noble del desterrado.»

2. UNIÓN CON DIOS.

Quizá este mismo vacío que encontraba en lo más interior de su espíritu, le impulsaba a buscar, con mayor deseo, el trato íntimo con Dios, el ambiente sobrenatural en su vivir. Esa profunda, aunque oscura, vida íntima, le era fortaleza para el apostolado dentro de la 4.ª Bandera. Contesta desde Valmojado a una carta de su hermano. Rodeado de tanta gente, dícele que no tiene a nadie, sino a Dios.

> «Muy querido hermano: Una pausa de trabajo tengo ahora y la voy a aprovechar para contestar a tu cariñosa carta del 20, que me trajo la alegría íntima que tiene el cariño; tanto más cuanto más solo se está; aunque no estoy solo, teniéndolo a El.»

Andaba por dentro revolviendo ideales altísimos. Los que le llevaron al frente; los que él expresó al misionero del Japón, Padre Viera:

> «Mire, sólo el amor de Dios y el ver que se hace mucho bien a los pobrecitos soldados, sobre todo ayudándoles a muchos en la hora de la muerte, es lo que me mueve a ser Capellán y estar en el frente.»

Este ambiente sobrenatural en que procuraba de continuo vivir, no pasaba desapercibido a cuantos le trataban. Jefes, Oficiales y solados le miraban con veneración, más aún que por su valentía, porque le veían un hombre muy superior en su conducta sacerdotal, en su total desprendimiento de todo lo terreno.

Admiraba a algunos el notable equilibrio de todas sus facultades, transcurridos ya varios meses en guerra. La fatiga y debilidad, la falta de sueño, las fortísimas impresiones, la conmoción, casi ininterrumpida, a que está sometido el sistema nervioso de quien toma parte en una campaña, y si esta campaña es la del Tercio, mucho más, requieren toda la fortaleza de un legionario para saber resistir. El Padre Huidobro no estaba hecho para vida de superagitación. Eran su trabajo, los estudios. Pesaban ahora, además, sobre él el desgaste del ministerio sacerdotal, y la mayor concentración que necesariamente exigía su fervorosa vida religiosa, y, sin embargo, se conservó dueño de sí, y aun mostraba, en su plenitud, la limpidez de facultades, con que poder ocuparse en negocios de organización. Conservó la paz en la guerra.

Pero más que el dominio sobre sus nervios y facultades, hay que estimar, porque es también de incomparable mayor valor, el que en la Legión haya conservado, y aun aumentado, su deseo práctico de vivir vida recogida, en el trato con Dios.

El cambio de vida experimentado por él al venir al Tercio, no podía haber sido mayor. En otro que hubiese carecido del temple espiritual que él tenía, tan brusca mudanza de vida podría haber

sido un golpetazo tal, que hubiese dejado medio vacío su espíritu. Transportado al dinamismo arrebatador de la guerra en la Legión, conservó el recogimiento interior, el amor a la oración, la serenidad en su trato, hasta su sonrisa en medio del sufrimiento. Y todo esto, a la vez que se entregaba al vértigo de la acción.

Nos dejó unas páginas incompletas que intituló *La guerra educa*. A él no le educó la guerra, pero sí le ayudó a engrandecerse, a acercarse más a Dios. Lo heroico de los soldados le espoleaba a levantar su ánimo, y agradecía la lección que estaba recibiendo al contemplar tanto derroche de sangre y tanto derroche de generosidad. Se avergonzaba de sí mismo.

> «Yo estoy lleno de remordimientos —dice en una carta—, porque no hago lo que Dios me pide. Soy muy lento en el trabajo y muy condescendiente con los vicios. Temo mucho a la cuenta. Ayúdeme, porque barrunto que voy a tener que darla.»

De Toledo hizo el viaje hasta Villafranca, casi un día entero, teniendo de compañero al Padre Félix Viera. Varias veces durante aquel largo recorrido, con acento de profunda sinceridad, le pedía: « ¡Padre Viera, hábleme de Dios! ¡Hábleme de oración y de Jesucristo! » Más tarde, una espera de tres horas en Navalmoral de la Mata, de siete a diez de la noche. Toman un fiambre que llevaba el Padre Viera y un café con leche. Y luego, mientras que los dos paseaban algo apartados de la Estación, casi todo el tiempo estuvo el Padre Huidobro hablando de que Jesucristo es nuestra vida, que es indispensable llevar la Persona de Jesucristo al pueblo y dársela a conocer; él así procuraba hacerlo con sus soldados y Jefes cada vez que les celebraba la Santa Misa; que el ser uno más o menos apóstol de Jesucristo, está en proporción al grado de su vida en Jesucristo por la gracia, y de la conciencia de esta vida divina en sí.

> «Para mí, el vivir es Cristo —escribió en su carnet de campaña—. Los hombres todos viven en la mentira. La soledad es para mí siempre lo mejor. Y yo estoy solo en el mundo... con mi Dios. Todo me es vacío, sin orden, sin Verdad... Yo sólo aspiro a Él.»

En este mismo carnet, en unas brevísimas notas privadas de examen de su conciencia, él mismo reconoce que el amor a la oración se le ha acrecentado en la guerra.

3. FIEL EN SU ORACIÓN.

En las mañanas, su Misa. Durante el día, cuando le era posible, o si no, en las noches, no abandonaba su oración. En capítulo anterior ya hemos visto cuánta estima tuvo, durante toda su vida religiosa, de la Oración, y qué fiel era en emplear largos tiempos en este trato con Dios. Estos deseos tan vivos, verdadera ansia de unión con Dios, de recogimiento, de oración, no disminuyeron; fueron aumentando durante la campaña militar. Sentía en este último tiempo más la necesidad de la ayuda interior del Señor, precisamente por hallarse él en una vida tan difícil y tan amarga. Mucho nos revela esto de la vida espiritual del Capellán.

> «Me dijo alguna vez el P. Huidobro —cuenta el Capellán de la 10.ª Bandera, P. José Caballero— que el secreto de su esfuerzo en esta campaña, era la oración. Yo había logrado tener antes que él el Santísimo Sacramento, y por eso me tenía piadosa envidia. Después que él lo tuvo, supe que en los días de mayor peligro, por ejemplo, cuando amenazaba la explosión de alguna mina, pasaba gran parte de la noche ante el Santísimo en ferviente oración. Algunas de estas noches, me consta que ofrecía su oración al Señor, como reparación por los pecados que se cometían.»
>
> « ¡Qué feliz me siento —le decía el P. Huidobro a otro de los Capellanes— cuando, en medio de los combates, llevo conmigo, en el Portaviáticos, a Jesucristo Sacramentado! »
>
> «Una de las veces que nos encontramos en el Clínico —continúa dicho Capellán—, los dos nos confesamos. Era en un dormitorio corrido, donde había varios legionarios. Para la Confesión él se puso de rodillas, a pesar de la gran dificultad que tenía, dado que, por la herida, llevaba aún rígida su pierna. Me rogó le diera la bendición con mayor detenimiento, por si era la última; pues estábamos en graves peligros.
>
> Era notable con qué facilidad se recogía y pasaba del trato ordinario y familiar al trato con Dios. Parecía una verdadera transfiguración.»

Es de advertir, que la práctica seguida por el Padre Huidobro y algunos otros Capellanes de llevar consigo, tan de ordinario, en el Portaviáticos el Santísimo Sacramento, se basaba en la concesión tan amplia hecha por la Santa Sede a los países en guerra.

En una noche, tras una voladura en el Clínico, le impresionó enormemente al legionario Francisco Quiles Aranda lo que él vio. Había quedado destruida y sepultada la Capillita que tenía preparada desde hacía días el Capellán, y en la que estaba colocada una muy devota y grande imagen de la Inmaculada. Capilla e imagen que el propio Quiles solía cuidar. Ese día de la voladura, el Capellán había estado, como siempre, en incesante recorrer por todas partes, atendiendo a los heridos. Al llegar la noche, y a pesar de que continuaba el ataque de morteros y ametralladoras, sobre las ruinas, encima del sitio en que había estado la Capillita, permanecía de rodillas el Padre en oración. Le impresionó esta escena al legionario; y nos impresiona, ahora, aleccionadoramente a nosotros, al pensar que aun en la noche fría de enero, y con el cansancio del día y tan graves preocupaciones, dobla el Padre Huidobro sus rodillas y, como en sus habituales Horas Santas, deja que vayan pasando las horas, mientras ruega por los que allí sucumbieron, y ofrece su expiación por el Sagrario sepultado allí mismo, debajo de él, entre los escombros.

Varias anécdotas nos ha dejado el Padre Allendesalazar, Capellán de la 6.ª Bandera, recordando, con visible fruición, varias conversaciones tenidas con el Padre Huidobro, en las que aparece la intensa devoción y el gran espíritu de piedad que siempre conservaba :

> «La entrevista más larga de que pude gozar fue la que me proporcionó su visita a Navalcarnero, pocos días después de tomada esta población. Vino a verme desde Villamantilla. Tenía yo entonces el Santísimo Sacramento conmigo, y no se me olvidará el ratito de oración que tuvo ante Él, de rodillas, y con un recogimiento que me conmovió. Me habló de muchas cosas suyas. Ese espíritu sacerdotal y militar a la vez, tan difícil de aunar con acierto, y tan necesario en el apostolado de la guerra, era en él algo como connatural de puro asimilado, gracias a su continua meditación sobre las cualidades de la empresa que traía entre manos.»

Entre la aridez del campo de batalla, no faltaron ocasiones especiales en las que esta sincerísima religiosidad del Padre Huidobro necesariamente tenía que manifestarse. El mismo Padre Allendesalazar nos lo cuenta. Era el día de la toma de Cuatro Vientos por su Bandera. Aún no se había consolidado su posesión. Los tanques rojos hacían una de sus primeras apariciones, recién llegados al Frente de Madrid. Desde las ventanas de la Escuela de Aviación, las ametralladoras del Ejército nacional funcionaban con un estrépito mayor que el ordinario, pues el mismo edificio hacía de caja de resonancia. El Padre Huidobro, aun cuando su Bandera se hallaba en Móstoles, acudió en seguida a ayudar a este puesto de peligro más inmediato; y en una de las galerías de la Escuela se encontraron los dos Capellanes. Ambos aprovecharon tan breve y providencial encuentro para darse mutuamente la Sagrada Comunión, que bien podía servirles de Viático. Los días de grandes luchas llevaban al pecho la bolsita con las Hostias consagradas.

> «No se me olvidará nunca esta escena —escribe el P. Allendesalazar—, pues en el rostro y postura del querido hermano y compañero, arrodillado ante mí, se transparentaban, sin quererlo, los efectos de su corazón fervoroso.»

Palpable prueba de su fiel devoción en la campaña, es el rezo diario del Oficio Divino, hacia el que ya, aun antes de ser sacerdote, tanta veneración sentía. A pesar de que el Padre Caballero le recordó que los Capellanes estaban autorizados a conmutarlo por el rezo de las tres partes del Rosario, él perseveró rezándolo todos los días, con muy rara excepción.

Se había procurado un tomo pequeñito, y muy usado, del Breviario; siempre lo llevaba consigo. A veces tenía que rezarlo en la noche, a la luz de una vela. Era entonces desde la chavola, desde la Ciudad Universitaria, la voz de la Iglesia militante que alaba a Dios, pensamiento que tanta devoción le había dado siempre, al considerar el sacerdocio en ese rezo litúrgico, oficial.

Para devoción, no ya de sus soldados, sino de él mismo, llevó consigo durante toda la campaña la Medalla de la Congregación Mariana, ya muy gastada. Frecuentemente la besaba con su ingenua y acostumbrada piedad.

Desde el Jarama, un mes antes de su propia muerte, le escribía una breve carta al Padre Marín Triana, hablándole de las grandes luchas de aquella temporada, y del peligro de muerte en que se hallan, y termina:

> «Dios nos va ayudando. Oración, oración es lo que necesitamos, y vida cristiana; en vanguardia y en retaguardia. Pida usted que esto se acabe pronto, como espero.»

Un par de semanas más tarde, pasó por Toledo para dirigirse a hacer su Profesión solemne en la Compañía de Jesús. Por muy pocos días iba a hacer su Retiro preparatorio, pues las obligaciones de su Capellanía en la Legión le urgían. Decíales a los Padres de aquella Residencia:

> « ¡Qué lástima no pueda yo hacer ocho días enteros de Ejercicios Espirituales, antes de mis Votos! Siento necesidad de recogerme y de entregarme a la oración, al trato sosegado con Dios. Aunque estoy ocupado en cosa tan buena, como en atender de Capellán a los legionarios, pero veo que me es necesario retirarme, de vez en cuando, para darme más a la oración. Nuestra alma pide y reclama oración, igual que el cuerpo descanso. Si no, es fácil a la larga disiparse. También Jesucristo se retiraba, a veces, a hacer oración.»

Tan íntimos deseos de unirse a Dios en la meditación, serían ya muy laudables en quien se encontrase aislado del mundo exterior, en ambiente propicio al recogimiento. En un Capellán del Tercio han de ser mucho más meritorios. Eran segura prueba de que en activa labor, le impulsaba un celo de verdad. Y eran, a la vez, fuente de gracias para hacer fecunda esa misma labor apostólica.

El manantial de todo el magnánimo proceder del Padre Huidobro, brotaba pujante de su vida interior, pletórica de ideales divinos y fija en continuo recurso a Dios.

4. LA MISA EN EL FRENTE.

El 29 de junio de cada año leemos en el Martirologio Romano la alabanza secular que, por boca de San Gregorio, tributa la Iglesia a un Obispo del Santoral, ponderando que ni un solo día dejó

de ofrecer la Sagrada Víctima del Altar. Y cada año me quedo sin entender esta ponderativa alabanza. ¿Tan difícil es que, en la tranquilidad de ocupaciones ordinarias o en la vida ordenada de un convento, un sacerdote diga a diario su Misa? ¿Cómo exaltará la Iglesia a quien guarda esta fidelidad entre el ajetreo y peligros de los combates y en las vanguardias del Tercio? Los testimonios son unánimes y concluyentes. Con la única excepción de la imposibilidad física absoluta, jamás dejó el Padre Huidobro su Misa diaria. «Ya podía suceder lo que sucediera, que él nunca dejaba su Misa; aunque fuese en la misma trinchera», afirma, sin vacilar, el Sargento legionario don Fernando Maldonado. Exactamente igual a la afirmación del Comandante Canós, quien tantísimo conoció y trató al Capellán.

> «Nunca dejaba la Misa: sobre una mesa, en la plataforma de un carro de combate, donde fuera, allí instalaba su Altar; aun entre el silbido de morterazos.»

Ni dificultades ni peligros le apartaban de su diaria costumbre.

Una fotografía hay en la que aparece el Padre celebrando la Misa cerca del Jarama. Muestra del peligro en que allí estaba es que, en una camilla, traen muerto un legionario, que era, precisamente, hermano de uno de los gastadores que están rindiendo armas, por hallarse en el momento de la Elevación.

Muy frecuente fue en él el levantarse, descansando aún sus legionarios, a las dos o tres de la mañana, para no dejar de ofrecer el Santo Sacrificio, antes de emprender la marcha militar o el ataque.

A pesar de las balas, dice el Capitán Iniesta, celebraba la Misa con la mayor naturalidad, sin inmutarse en lo más mínimo. El decir la Misa acompañada de la desagradable música de las balas enemigas, era frecuente. Y se explica; él procuraba colocarse en un sitio algo elevado, y, además, allí, a su alrededor, en más o menos número, había concentración de soldados durante un largo rato. Tenían que caer en la cuenta de este acto desde el campo contrario.



El P. Huidobro celebrando Misa en el frente del Jarama.
Al fondo se ven dos camilleros que traen un herido.

El tiempo que se detuvieron en Maqueda, les decía Misa a unos doscientos metros de las líneas rojas. Colocaba el altar encima y fuera de la trinchera, a fin de poder ser visto más fácilmente, aunque protegido por un carro blindado; quedaba así defendido del fuego frontal, pero expuesto al tiroteo por ambos lados. Celebraba, no obstante, con la mayor tranquilidad. Nunca le sucedió nada durante la celebración de sus Misas. Al terminarla, recogía sin prisa, con la mayor serenidad, ornamentos y enseres del Altar, y allí mismo los guardaba en su maletín.

Una vez el ayudante de la Misa, que se estaba celebrando en la Cantera, como a un kilómetro de Casa Gózquez, asustado de tanto tiroteo a su alrededor, le dice medroso al Capellán: « Pater... Hay muchas balas...! » «Mira, hijo mío —le contestó el Padre Huidobro, procurando a la vez con su propia serenidad infundirle ánimos—, aquí nos quedamos hasta terminar la Misa; aunque nos tengamos que morir...»

El legionario don Tomás Morano, que es quien nos contó el hecho anterior, nos habló de una vez que el Padre celebró en un chalet cercano a los olivares de Arganda. Terminado el acto religioso, a las pocas horas los bombardeos habían dejado aquel chalet totalmente destruido.

En otra ocasión, los disparos no tardaron tanto en venir. Impresionó al Padre Huidobro y lo describió en su charla de Villafranca. También nos cuenta esta anécdota el Sargento Gutiérrez,

quien, en muy pocos rasgos, trazó un cuadro bellísimo del Capellán.

Con gran codicia se dirigía la Columna Castejón a la conquista de Maqueda, escribe en su narración este Sargento. Sabían que Masquelet y Azaña la habían visitado pocos días antes y la habían declarado inexpugnable. Razón de más para que los legionarios decidieran superarse a sí mismos hasta alcanzarla. Ven ya a los lejos destacarse sobre el horizonte la silueta del Castillo. Gran importancia tenía este pueblo en el avance forzado para liberar a los héroes del Alcázar. Importancia, no por su Castillo. Lo que da valor a Maqueda es un poste descolorido, con cuatro flechas, que marcan las cuatro carreteras: a Toledo, a Ávila, a Talavera y a Madrid. Es llave de oro que abre importantísimas comunicaciones:

La Brigada Internacional, con todo lujo de defensas, corta el paso. Pero los Coroneles Castejón y Yagüe dicen el « ¡Adelante, muchachos! », y al avance arrollador de la Columna, caen las tres líneas de maléficas alambradas, las trincheras de cemento armado, los abrigos subterráneos, los nidos de ametralladoras. Defensas que habían sido dirigidas todas ellas por el General Masquelet. Unas pocas horas de trágica lucha... Allí va el Capellán, que sólo lleva unos días en la Legión (todo esto sucedía el 21 de septiembre), pero ya va aureolado de la fama que le acompañará hasta abril. Todos le ven que va arrodillándose junto a cada herido, enjugando lágrimas y dolores. Antes del atardecer, ya la Bandera española ondea sobre el Castillo. Las fuerzas enemigas, tan superiores en número, tuvieron que retroceder. Mas la noche empezó horrible en contraataques rojos; una verdadera marea. Al fin pudo el Padre tenderse en el suelo a dormir un poco en el olivar, entre los arroyos Grande y Aljama. Ni había empezado a descansar, cuando oye:

> « ¿Dónde está el Pater?... Por fin doy con usted... Un favor muy grande. En la primera avanzadilla estamos 50 requetés; mañana es domingo; queremos venga a celebrarnos una Misa...» «Hijo, qué difícil; ya tengo que decir dos Misas: a las tres de la mañana —en seguida—, para los legionarios; otra, a las fuerzas de aquí al lado; vosotros sólo sois 50...» «Sí, pero somos requetés, y por nada perderíamos la Misa, no podemos turnarnos, porque somos los justos...»

El Padre Huidobro aceptó gustosísimo. A media mañana se dirigió, sin la más mínima vacilación, a satisfacer el cristiano deseo de los valientes muchachos.

> «Le llevaron un carro blindado, tomado a los rojos —escribe el Sargento Gutiérrez—; lo pusieron de parapeto; detrás del carro pusieron unas tablas haciendo de altar. El Crucifijo colgado en el tanque; 50 boinas rojas rodean el improvisado Altar. Y así dijo Misa, mientras las balas de los sin-Dios se estrellaban en la muralla de hierro.»

¿Cuadro sublime de heroísmo y piedad! Gran emoción le causó esta Misa al Padre Huidobro. En la breve sinopsis para la Conferencia que dio sobre la guerra en Villafranca, no se olvidó de escribir: «... Maqueda: la Misa del tanque.»

Escena semejante, aun cuando esta vez no hubo carro de guerra cogido a los rojos, que sirviera de altar, se tuvo luego de la sangrienta toma de Retamares. Al amanecer parecía inminente el acostumbrado contraataque, pero el Capellán subió al Altar para celebrar su Misa. Pocas veces tan a la letra empleado el verbo «subir» al Altar. Pues el Capellán había mandado se lo preparasen sobre la azotea de una casa bajita, allí en Campamento, antiguo bar. No había por qué resguardarse por miedo a los rojos; le podían ver más fácilmente en aquel sitio sus legionarios, y esto le bastaba. En el momento en que iba a alzar la Santa Hostia, coincidencia simbólica que contrajo algunos de aquellos rostros bien curtidos, comenzó de pronto un fuerte tiroteo sobre nuestra posición; salvas inconscientes. Nadie allí se movió. Ni el Capellán ni los soldados. El Padre Huidobro continuó sereno su Misa. Y a la Comunión se volvió a ellos, y tranquilo, con su acostumbrado gesto de grave sonrisa, les dirigió unas palabras; ni más largo, ni más corto que de costumbre; como si nada pasara... Y le estaban pasando por encima de su cabeza, formando dosel, obuses rojos del 15 y medio. Entre los asistentes a esta Misa hubo, durante ella, un herido.

Pero el Capellán no exigía por la Misa innecesarias heroicidades a sus soldados. Un domingo, cuenta el legionario Narciso Valiente, mientras celebraba el Padre su Misa ante la Bandera, contra aquel mismo puesto comenzó un fuerte cañoneo de los rojos, que

muy probablemente cayeron en la cuenta de la concentración. Entonces el Padre Huidobro se vuelve al Jefe allí presente:

> «Mi Comandante: si comprende que la tropa corre peligro, retírela; que yo seguiré la Misa hasta terminarla.»

Así lo hizo el Comandante. Y así lo hizo el Capellán.

Otra vez, fue en Cuatro Vientos, y lo cuenta el Teniente Parra, no tuvo tiempo el Capellán para indicar a los presentes a su Misa que podían retirarse, ya que el peligro arreciaba. Estaba celebrando en lo alto de una azotea, completamente al descubierto. Hacia la mitad de la Misa apareció la Aviación roja, disparando su metralla, a la vez que desde Madrid disparaba la artillería.

Todos se hallaban con recogimiento cristiano siguiendo la Misa; pero fue inevitable, que al ocurrir el repentino ataque, la desbandada fuera general, buscando todos el mejor refugio posible. Mas el Padre Huidobro prosiguió imperturbable la Santa Misa, sin ni acelerarla; con la más inverosímil tranquilidad. Más tarde le respondió al Teniente que se le quejaba de que se hubiera expuesto tan descaradamente: « ¿Por qué iba yo a perder la tranquilidad, Parra, si yo sabía que a mí no me tiraban?»

El Padre Fernando Delgado Cros cuenta que, meses después de la muerte del Padre Huidobro, estaba él en la Marañosa, donde acababa de caer el joven Capellán Lamamié de Clairac, y allí se encontró con el Teniente Coronel Vierna. Acércase a él deseoso de saludarle:

«Soy el Capellán de la 7.ª Bandera, supliendo a Marín Triana.» «Ah, ¿es usted jesuita?, ¿luego habrá sido compañero del P. Huidobro? Era un santo...; lástima que se haya muerto...; nos hablaba y nos fascinaba. Recuerdo un día en que estaba él diciendo Misa, y empezaron a llover andanadas de bombas... Yo tuve que decirles a mis soldados: Todos a tierra!...' Sólo el P. Huidobro continuó impávido la Misa, lleno de serenidad, y se volvía con la devoción de siempre al 'Dominus Vobiscum', y así hasta el final. Fue un emocionante ejemplo para los legionarios. Y mire, eso que él estaba en alto, pues así solía colocar su altar, para que todos le viésemos mejor. No puedo olvidar aquellas dos manos tensas del P. Huidobro, ligeramente temblorosas, levantadas en oración durante la impresionante Misa. »

Cuando a dos Padres de Villafranca confidenció algo de su interior en las tinieblas de la desolación, ponía la excepción de en la hora de la Misa. Dios, compasivo, no le desamparaba abandonado a sus débiles fuerzas. Iluminaba, cariñoso, esas noches del alma. Porque:

> «Esta sequedad y oscuridad en la fe —le dijo al P. Capel—, aunque me haya durado todo un día, me desaparece en el Altar. Allí, siento a Dios. No me hace falta la fe, porque Le siento clarísimamente. Sólo me falta el verlo. Menos verle, todo. Digo la Misa con los mismos sentimientos del primer día, aumentados con la mayor penetración que Dios me ha dado de la grandeza del Santo Sacrificio.»

Ya sabemos nosotros el río de luz y de gracias que, cuatro años antes, había inundado el alma del misacantano en Valkenburg.

La constancia del Padre Huidobro en la celebración de su Misa diaria, pese al grave peligro, pese al tener necesariamente que levantarse, muchas veces, para su Misa, antes del amanecer, ¿era simple valor legionario? ¿Era por buscar en ella el consuelo que su alma exigía? ¿Era más bien por alcanzar más eficazmente las bendiciones divinas sobre sus legionarios y sobre el éxito de la Cruzada? En todo caso, era amor muy intenso a Jesucristo en la Eucaristía.

La vida militar no le hizo disminuir ni siquiera la devota actitud exterior, mientras estaba ante el Altar. El religioso paúl, Padre Timoteo Martínez, manifestaba al Padre García Martín su admiración por el Padre Huidobro, aun cuando solamente se habían entrevistado una vez, en viaje de Talavera a Extremadura. Es que al dejar el tren en Cáceres, se ayudaron mutuamente la Misa, y le edificó sobremanera la devoción con que el Padre Huidobro celebraba el Santo Sacrificio, aun después de varios meses de estar en campaña. Muy extraordinaria debió parecerle a este religioso la actitud del Capellán, pues mucho tiempo después todavía se lo recordaba a otro Padre con quien se encontró en Toledo.

5. RELIGIOSO SIEMPRE.

En una de sus primeras cartas de Capellán, decía a su Provincial:

> «Mis feligreses son los legionarios. Ya he actuado intensamente. Militarizándose, sin dejar de ser jesuita, son fáciles de tratar por lo abierto y franco de su carácter.»

Es indudable que el «militarizarse» demasiado había de suponer un grave peligro para el novel Capellán; el ir perdiendo el atractivo por la manera de vivir de las Casas religiosas y por su recogimiento.

Se militarizó, como el que más, el Padre Huidobro, pero en nada perdió su amor, intenso y práctico, en nada disminuido, a la vida y sujeción de Comunidad.

Y es éste un gran indicio de cómo, durante el prolongado alejamiento de la campaña, conservó en fervor su espíritu. Se «militarizó»; era su deber. Pero no se «aseglaró»; esto hubiera sido el peligro.

Le fue sumamente duro el carecer, casi del todo, durante aquellos meses, de la fraterna comunicación con los demás Padres:

> «Son muchos —decía en Villafranca— siete meses sin contacto alguno continuado con los que vivimos la misma vida, y sentimos y esperamos igual. Siete meses solo, solo. Es lo que más trabajo me da.»

Por eso le sirvió de tanto consuelo su última visita al Colegio en la preparación para sus últimos Votos:

> «Después de tan larga separación, necesito aquí ahora desahogo espiritual; hablar yo y que me hablen de nuestras cosas.»

Y no es que él permaneciese de mala gana con su Bandera. Por no separarse, ni brevísimamente, de sus legionarios, ya lo veremos, renunció hasta el consuelo de hacer, en su fecha, la Profesión.

Dentro de sus ansias de santidad, quería llegar a ella por el camino en que Dios le había puesto y él había elegido. A su hermano jesuita escribe desde el frente y se despide así: «Pide la santidad ignaciana para tu hermano, Fernando.»

Clásico ya es el entrañable cariño, acrecentado por la distancia, que San Francisco Javier conservó por la Compañía naciente, mientras, apartado de sus demás compañeros, recorría tierras y tierras misionando en el Oriente. El recuerdo de sus hermanos de Roma y Portugal le consolaba en su soledad y aun brotaba en sus sueños; y las firmas recortadas de las cartas venidas desde Europa, las llevaba él sobre el pecho, a modo de relicario.

Rodeado del ambiente de soldados y de guerra, terminaba así, en noviembre, una postal, escrita por el Padre Huidobro al Rector del Colegio Pignatelli:

> «No sabe cuánto recuerdo esa Casa y a esos filósofos que son mi mejor estímulo, cuando me acuerdo de su juventud, y de su pureza y fervor.»

Y al mes siguiente, a la vez que agradece felicitaciones que, por su herida, le habían enviado desde la casa belga de Marneffe:

> «Mis queridísimos Padres: ¡Que Dios les pague sus cartas tan alentadoras, tan rebosantes de caridad! No saben lo que me han conmovido. Al acabar he besado la firma; y voy a hacer con las vuestras, hermanos míos de mis entrañas, lo que hacía Javier con las de los suyos.
>
> Procuraré escribir otra vez desde Madrid. Ustedes pidan; que sus oraciones son las armas mejores.»

De un modo práctico mostraba también este amor a su Orden religiosa, en la manera tan cordial corno trataba a los demás Capellanes, y la alegría que manifestaba cuando se encontraba con alguno de ellos. Aun cuando él tenía la delegación del Superior Provincial para cuantos Capellanes jesuitas había en los frentes de Madrid y la Sierra, nunca mostró imposiciones en su trato, sino una gran confianza y franqueza. Le gustaba mucho mantener comunicación con los otros Padres y recibir sus cartas, y ya que no podía encontrarse personalmente, como lo hubiera deseado, nunca dejaba de contestarles.

En medio de su juventud, el modo de tratarles era con cariño enteramente paternal. El aprecio grande que de todos tenía se observaba también en las cartas en que de todos informa al que era Superior suyo, y Provincial, Padre Sánchez-Robles. A la vez que con gran claridad le da cuenta de cuanto ocurre, manifiesta la delicadeza y estima con que pondera todo lo bueno que sabe de los demás Capellanes.

Por eso ellos le querían, y aun le veneraban, por el alto concepto que tenían de su virtud y de sus dotes de Superior religioso.

«En mis pocos meses de vida legionaria, he adquirido más amor a la Compañía que en todo el resto de mi vida», aseguraba él ya hacia el final de su vida. Es que había experimentado en la ruda práctica de su ministerio sacerdotal castrense, cuánto bien había él recibido durante los largos años de su formación religiosa.

Esto no lo ocultaba. Por eso pudo afirmar de él uno de los Capellanes: «Su amor a la Compañía le salía por los poros.»

Causó gran edificación a los Padres de la Residencia de Toledo su paso por aquella ciudad, cuando, convaleciente aún de la herida, fue a continuar su curación al Hospital de Toledo. Pudo quedarse a vivir en aquel Hospital, donde el Padre era muy conocido y estimado; allí le hubieran tratado a cuerpo de rey y en su habitación particular. Sin embargo, prefirió habitar en la casa, bien poco cómoda, que aún ocupaban los otros Padres:

«Para hacer —decía él— un poco de vida de Comunidad, y resarcir los peligros de disipación del espíritu religioso, que tan fácilmente se presentan en la vida de campaña.»

Y con los Padres vivió la semana que permaneció en Toledo. Y aunque al salir a la calle iba con su uniforme legionario, en casa y, sobre todo, en los actos de Comunidad se le veía siempre con sotana.

No desmintió, en estos tiempos de vida castrense, el proceder que tuvo durante toda su vida religiosa, de dejarse con plena sinceridad guiar por sus Superiores. Por eso, al ver que se retrasaba mucho más de lo que se suponía al principio, la entrada de los nacionales en Madrid, varias veces consultó, escribiendo a su Superior, el Padre Sánchez-Robles, qué había él de hacer respecto al curso de Filosofía interrumpido en Friburgo. De su parte le propone

continuar todavía en el frente, «vida no apetecible, pero sí muy provechosa», hasta que por fin se conquiste la capital y pueda entonces decidir sobre él el Provincial, Padre Polavieja, al quedar liberado de la Embajada en que se hallaba refugiado. «Ahora —añade— hay mucha tendencia a irse: y es de buen efecto que sigamos aquí, firmes al frío y a las balas, por amor del Rey Eterno y caridad con la Patria.»

Expresión de su gran amor a la Compañía y a sus hermanos en religión fueron dos memorables visitas hechas al Padre José Caballero, compañero en la vida religiosa y compañero en la Legión y hasta en el mismo frente de guerra, pues se hallaba de Capellán en «Firmes Especiales», que era el nudo de comunicaciones para con la Casa de Campo. Ambos, pues, estaban en la Ciudad Universitaria.

Decidieron celebrar juntos la Fiesta titular de la Compañía de Jesús, el día 1 de enero. La víspera, por medio de un enlace, quedaron en que se reunirían en el puesto de «Firmes Especiales». Hacia el mediodía, bajó el Padre Huidobro desde el Clínico. Los dos estaban con la gran ilusión de pasar juntos unas horas de familia, en fecha de tantos recuerdos para todo jesuita, y en especial para ellos que, por varios años, habían tenido la misma casa y los mismos estudios. Rato de expansión y de charla. Evocación de estas fiestas en años pasados. Comida que los de Sanidad e Intendencia, noble delicadeza, hicieron algo especial en su obsequio.

Terminada la comida, a las cuatro, ambos mutuamente se confesaron. Era primero de año y Primer Viernes de mes. Antes de separarse, quieren renovar juntos, lo mismo que lo habían hecho en años tranquilos con la Comunidad de Granada, el acostumbrado Acto de Consagración de la Compañía al Corazón de Jesús. Estaban en la única habitación que aún quedaba casi intacta en Firmes Especiales. El Padre Caballero descubrió la bolsita en que, al pecho, llevaba el Santísimo Sacramento, y los dos se arrodillan. El Padre Huidobro, apoyado en una mesa y sin poder doblar todavía su pierna derecha, iba repitiendo, completamente absorto y con grandísima devoción y sencillez, la Fórmula que el Padre Caballero rezaba...

Era ya tarde para los Capellanes. Se dan el abrazo de despedida. El Padre Huidobro no podía disimular la intensa emoción que

bullía en su alma, y rendido por su fe y por su amor a Jesucristo, dejó apoyada unos momentos su cabeza en adoración sobre el Portaviáticos del Padre Caballero, a quien con su actitud dejó hondamente impresionado. Toda un Padrenuestro por los demás hermanos, los jesuitas cautivos en aquel Madrid rojo, tan cercano y tan difícil. Una invocación por toda la universal Compañía, con las palabras que el Sumo Pontífice les recomendó: «Sagrado Corazón de Jesús, decidnos: Vuestra salvación soy Yo.» Se ponía el sol. Ya era el atardecer. Una última despedida a la entrada del puente que los separa, mientras ya subía la bruma del Manzanares.

La segunda principal entrevista la tuvieron los dos Capellanes algunos días más tarde. El 23 de enero tuvo el Padre Huidobro que encaminarse a Leganés y a Toledo, a fin de procurarse lo necesario para la celebración de la Misa, pues todo lo había perdido en la última voladura, que aplastó, con sus escombros, la humilde Capillita. Desde las afueras de Madrid pudo aprovechar el auto que su Comandante le proporcionó. Al volver, saludó en Firmes Especiales al Padre Caballero; lo encontró afiebrado, maltrecho, pero no le dio a esto especial importancia, acostumbrados ambos a los rigores de la campaña. Ya de noche, subió en el convoy hacia el Clínico.

Al pasar por la Escuela de Arquitectura, el Capellán Padre Meseguer y otros le contaron que aquella misma mañana, a eso de las nueve, habían alcanzado a ver con los gemelos que el Capellán de Firmes Especiales había entrado en un tanque que se hallaba medio destrozado en la carretera, y que estando él dentro todavía, fue cañoneado.

Comprendió entonces el Padre Huidobro el porqué del malestar con que lo había encontrado; y a pesar de la hora tan avanzada y del camino tan peligroso para hacerlo a pie, regresó para congratularse con su compañero.

Los soldados, al verlo llegar de nuevo, le contaron el hecho heroico. Es que en la curva llamada «de la muerte», a 200 metros de la Bombilla, un antitanque rojo había atravesado el blindaje de un tanque nacional, que venía de evacuar heridos. Hubo prohibición de salir antes de la noche a recoger al chófer, que parecía gravemente herido, pues era exponerse a muerte segura; tal era la cantidad de metralla que seguía cayendo. A un Capellán no alcanzan estas prohibiciones, y el Padre Caballero atravesó la carretera

por una estrechísima alcantarilla y se lanzó luego a toda carrera hasta que logró penetrar en el blindado, y asistió al chófer moribundo que tenía atravesado el costado izquierdo por una bala. En ese momento, otra bala de cañón rompió la torreta, y con un casquillo le alcanzó al Padre en el hombro, y, además, medio lo asfixia con los gases. Bajo lluvia de balas, regresó el Capellán, que, entre aclamaciones, fue recibido por los soldados: el mismo Teniente Coronel le envió su felicitación por medio del Capitán Velasco, y mandó que fuera el hecho mencionado en el Parte del Día.

¡Qué abrazo de fraternal cariño se dieron los dos Capellanes! Gloriábase el Padre Huidobro del abnegado celo apostólico de su compañero, aunque se le quejaba de que nada le hubiera dicho una hora antes. Gloriábase el Capellán de Firmes Especiales de haber logrado asistir cristianamente al chófer, que era un voluntario mutilado, y haber visto, cuando en la noche pudieron traer su cadáver, la extraordinaria placidez que había quedado impresa en su rostro. «Por amor a Ti sólo, Jesús mío...», había sido la respuesta interior del Capellán a tanta felicitación.

Muy pocos días más tarde, se refiere el Padre Huidobro a este hecho en carta a Bélgica:

> «Del P. Caballero sabrán un hecho heroico. Volvió bajo la ametralladora y el cañón, cubriéndole sólo la mano de Dios. Hablan de Laureada, y la merece. Y su hecho ha sido mejor que muchos sermones. Porque ven que sólo la Fe da esas fuerzas. Y creen muchos.»

6. AUSTERIDAD DE VIDA.

La vida de un Capellán militar en plena campaña, por necesidad, es vida llena de austeridades. El de la 4.ª Bandera se buscaba, con sacrificios voluntarios, una vida más dura aún. Era ejemplo a sus legionarios en el cumplimiento en lo que su «Credo» dispone: «Espíritu de sacrificio y dureza: no se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño; hará todos los trabajos que le manden.»

El ambiente en que se fortalece el espíritu para la heroicidad del Tercio, tiene mucho del ambiente para la heroicidad cristiana. El Capellán sobrenaturalizó para sí mismo, y en lo que cabe, también para ellos, esta manera legionaria.

El mismo se buscaba instrumentos de penitencia; parecíale poca la penitencia ordinaria que su estadía en el Tercio le deparaba.

Gran confianza tuvo siempre con su compañero de tantos años, Padre Carlos Sáenz, Párroco en esas fechas de Rielves. En uno de sus viajes atravesando Toledo, le entregó a dicho Padre alguna ropa que guardase en la maleta que en aquel pueblo tenía depositada. Con esta ocasión, y arreglándole el Padre Sáenz el maletín pequeño que acababa de traer del Clínico, le encontró dos cilicios de los que sirven para ponerse en los brazos. El Padre Sáenz se los quitó: « ¡Bueno, Huidobro, éstos son para mí, que usted ya hace bastante penitencia en el frente...! » El Padre Huidobro, bromeando, le contestó: ¡No, que yo también tengo que vencer mis tentaciones... » Al fin hicieron amistoso arreglo: le dejó uno y el otro se lo llevó.

También encontró el Padre Sáenz, en la cartera grande que trajeron después de la muerte del Padre Huidobro, unas disciplinas.

> «Su espíritu de mortificación en el comer y dormir era extraordinario —escribe el Comandante Canós—. Su frugalidad estaba sobre toda ponderación, y estoy cierto de que a veces pretextó no tener apetito para privarse de asistir a alguna de las comidas a que era frecuentemente invitado. Muchas, muchas veces, le invité yo personalmente a la mesa de mis Oficiales, y pocas veces conseguí tenerle en ellas. Sus excusas eran siempre corteses y parecían justificadas, lo que me dejaba más obligado. Con gran frecuencia se acercaba a los corros de los legionarios, y con ellos compartía algún fiambre. Y, como digo, aun en nuestra mesa era de una frugalidad asombrosa. Lo que a veces hacía era, una vez que habían terminado todas las Compañías, enviar a algún legionario para que trajese lo que había sobrado.»
>
> «Recuerdo —añade el legionario Reyes— que lo único que en una ocasión había eran ya solamente judías, y ésas frías. Se las comió y se quedó, sin más, tan contento.»

Y cuando escaseaban los alimentos, hasta entregaba la porción suya, asegurando que ya no le hacía falta más.

Eran ya proverbiales en la Bandera su abnegación y espíritu de sacrificio. Y su sencillez y humildad. Sabían ellos que el Capellán no rehuía, antes se procuraba ocasiones de ejercitar la pobreza en el comer y en todo su vivir.

Algo semejante sucedía respecto al alojamiento, so pretexto de estar más cerca de la tropa.

> «Sé —dice el Comandante Canós— que a veces dormía en el suelo. No se sabía cuánto ni cuándo dormía. Los días en que había operaciones, se levantaba pronto, como todos. Pero cuando no, y en esos días tanto la tropa como la Oficialidad se levantaban más tarde, él se levantaba a las cuatro o las cinco, a pesar de haberse acostado aun a la una o a las dos, es decir, cuando se había ya retirado el último legionario. Ni tenía inconveniente en celebrar la Misa más tarde los días en que los demás retrasaban más tiempo el levantarse.»

Pero todo este sacrificio lo hacía sin clamor ni ruido, procurando que nadie se enterase, dice uno de los capitanes, «sino yo y algunos otros que por afecto hacia él vigilábamos en lo posible su comodidad. Y ¡cuántas veces le he visto tiritar de frío, tratando de disimularlo; y esto, porque mantas, colchonetas y cuanto tenía lo daba a heridos o prisioneros, 'que tienen, decía, más necesidad que yo'.»

> «Su conducta era tal, que se olvidaba de sí mismo y no se acordaba de cuanto se relacionase con su alimentación y vestido. No tardé en saber estas cosas acerca de él, aun sin yo preguntar nada. Y es que mis legionarios veteranos venían a decirme muchas cosas: su bondad, su celo, su ayuda a todos; y más sorprendente que todo suceso, su labor de captación cristiana.»

En el momento de morir, sí que llevaba un muy buen capote y botas nuevas; es que pocos días antes se las habían hecho poner, tomándolas de la vestimenta que tenía uno de los legionarios muertos allí mismo en el campo.

7. EN ESPÍRITU DE HUMILDAD.

Tan pródigo en alabar a otros, ninguno de sus propios trabajos estimaba de especial mérito.

« ¡Pronto, Padre, ostentará usted sobre su pecho alguna Medalla Militar, que tanto se la merece», le decía uno en Talavera. « ¡Qué me van a dar —fue su respuesta—, si no hago absolutamente nada que la merezca! »

Sin embargo, no podía ignorar que, varias veces, había sido propuesto para condecoraciones militares, y aun para la Laureada.

> «Me han concedido la Profesión —escribe en marzo a su hermano—. Gracias a Dios. No la merezco. Me quieren conceder la Medalla Militar. Procuraré resistirme cuanto pueda. No me gusta eso.
>
> Me habla usted de estilo militar y de Medalla... ¡Si viera usted cuán de corazón, en medio de estas realidades, se desprecian estas cosas! »

Así se expresaba en carta del 20 de marzo, respondiendo a uno que le había aludido a felicitaciones y triunfos en su actuación de Capellán del Tercio.

Nunca quiso aparecer en nada, dijo de él el Capitán Alonso, ni ser citado laudatoriamente en partes ni en ninguna otra ocasión.

Siempre demostró obediencia intachable a todos los Jefes. Por eso también todos ellos le quisieron tanto. Era digno de ver con qué humildad y respeto iba entre Jefes y Oficiales, cuando, a fuerza de mucho ruego, consentía en acompañarles a dar una vuelta por alguno de los pueblos conquistados. Y es que observaba una verdadera inhibición de la vida legionaria, fuera de sus actividades sacerdotales. Jamás iba a reuniones meramente militares. Y por su parte, él estaba dispuesto y aun deseoso de servir a todos, y preferentemente a los más necesitados y humildes.

Su trato, que aun en la guerra mantuvo sosegado en la humildad y en la bondad, servía de confortamiento a los demás.

> «Por tanto guerrear —escribió su Capitán Gómez Vera— se perdía a veces el control y las buenas maneras. Y él era quien con su santidad y su palabra nos volvía a la reali-

dad.»

Su indumentaria nunca le preocupó. Cuando al fin dejó aquel mono azul con que se cubrió los primeros días, vistió el pantalón y camisa de legionario, como los demás soldados, entre quienes deseaba quedar totalmente confundido, para así hallar más fáciles oportunidades de tratarlos y de atraerlos amigablemente a confesarse.

Cuando le vieron entrar herido en el Hospital de Talavera :

> «Causaba impresión —escribe una de las religiosas enfermeras— ver aquel aspecto de santo y aquellos modales distinguidos, en un traje tan pobre y tan sucio como el del último soldado en campaña.»

Más tarde, siguiendo indicaciones de los Jefes, vistió más convenientemente, pero sin usar nada innecesario. Entró una vez en una tienda de Talavera, a comprarse unas botas. Sólo allí atendió, dice un Padre que le acompañaba, a que fuesen fuertes, duraderas. Nada le importaba todo lo demás. Su Crucifijo, su bastón y su gorro con la Cruz morada. Esto es lo que le interesaba.

Su mismo carácter de atractiva bondad se fue suavizando todavía más. El Capellán de uno de los Hospitales militares del frente escribió, luego de recibir su visita :

> «He visto al santo Padre Huidobro, a quien he tenido el consuelo de consultar varias veces, y en quien he encontrado un verdadero padre, a pesar de su juventud.»

No que se mostrase bonachón. Nunca lo fue ni quiso serlo. Pero si veía, cada vez más, lo bueno de las cosas. Y con generosidad, cada vez mayor, en comprender de veras a los demás; pero no como limosna de condescendencia glacial. Fácil en disculpar. Y fácil, también, en rectificarse, cuando comprendía que sus juicios o decisiones habían sido equivocados. Consultaba con toda llaneza las cosas que pensaba emprender o determinar, estando entonces designado representante del Superior entre los Capellanes. Y nunca quiso imponer su voluntad, sin antes haber explorado la opinión de los otros. «Vamos a pensar ante Dios —decía a veces a alguno de los Capellanes que le consultaba—, y luego veremos lo que más conviene.» Por eso mismo, su firmeza era inflexible cuando,

después de haber consultado con los hombres y con Dios, determinaba algo que juzgaba ser lo mejor.

La situación algo anómala y extraoficial en que estaban al principio los Capellanes voluntarios, sin más derechos en el Ejército que el poder atender espiritualmente a los soldados, aunque la buena voluntad de Oficiales y jefes, de ordinario, sobradamente suplía, le proporcionó buenas ocasiones para actos de humildad y de pobreza que él no rehuía, antes se procuraba.

Fue agregado a la mesa del Capitán Médico, o «república de Oficiales», pero tenía más devoción en ir con los demás de tropa a buscar le llegase su ración de rancho. Mientras se lo permitieron, buscó entremezclarse así con los soldados.

8. LIMPIEZA DE ALMA.

Aun cuando el confesor, sabedor de los secretos de la conciencia del Capellán de la 4.ª Bandera, nada pudo decirnos de cuanto el Padre Huidobro le comunicaba, poseemos otras pruebas muy definitivas de cuán grande era la limpieza de su alma en campaña.

Una de estas pruebas se encuentra en el pequeño carnet de bolsillo que llevaba consigo en tiempo de guerra. Aparece allí, entre otras cosas, anotado muy por menudo, un largo examen de su conciencia. Es fácil sea la preparación de una Confesión general o de una manifestación de su alma al Superior, en los últimos Ejercicios, realizados por él en Villafranca.

No sería indiscreción el publicarlo íntegro, pues es testimonio de los más irrecusables y sinceros de la pureza de su conciencia. Está escrito en alemán. Desciende a tan pequeños defectos, que el mero hecho de fijarse con dolor en ellos y acusarse, es gran prueba de exactitud y delicadeza. Así, entre otras cosas de que se arrepiente:

> «Comencé a orar sin la debida preparación. Preparé mal la materia de mi meditación. Muchas veces se pronunció ante mí el Nombre de Dios en sentido no cristiano. Hablé de Filo-

sofía con gente que no era católica. Dejé a veces en libertad mi fantasía y tres veces no dominé debidamente mi pensamiento. Consentí juicios contra la obediencia, delante de otro.»

A continuación anota lo bueno que encontró en sí:

> «Hallar a Dios en todas las cosas. Creciente amor a la oración. Muy varonil.»

¡Consoladora manifestación privada de la pureza de su conciencia! Y se encontraba ya dos meses en el frente de batalla, en un máximo de actividad y en un ambiente muy poco propicio para el escrúpulo espiritual!

Buscaba diligentemente esa pureza de alma. Era fruto de la gracia de Dios y de su propia cooperación.

> «Se confesaba siempre que tenía ocasión —dice el Capellán de la 7.ª Bandera— Su conciencia era delicadísima, pero nunca vi en él escrúpulo alguno.»

Los escrúpulos de conciencia que tanto le habían atormentado en los primeros años de su vida religiosa, y que ya hacía años había logrado superar, aunque de vez en cuando siempre le acongojaban con alguna ráfaga, habían producido en él el fruto que de los escrúpulos señala San Ignacio de Loyola en su Libro de los Ejercicios Espirituales:

> «El verdadero escrúpulo (es decir, el que no es sencillamente un error), por algún espacio de tiempo, no poco aprovecha a la ánima; antes en gran manera purga y limpia a la tal ánima, separándola mucho de toda especie de pecado.»

Otra gran prueba poseemos, más concluyente aún, para conocer el estado del alma del Capellán, respecto a la perfección cristiana y religiosa. Consta en un cuadernito que llevaba consigo al morir. En una de sus páginas aparece anotado su examen particular.

Este examen es un nuevo método inventado por San Ignacio para enmendarse con la máxima eficacia de pecados y faltas, se-

gún el mismo Santo explica en su Libro de los Ejercicios, y exige una constancia y fuerza de voluntad muy enérgica para conseguir la total enmienda. Y dice que para más exactamente tenerlo presente, se debe anotar en un papel, con toda constancia, a mediodía y a la noche, el número de caídas.

No sin emoción puede uno leer este papel del Padre Huidobro. En él aparece anotado un simple número, anónimo; es la constancia de su Examen Particular en la misma víspera de su muerte, en la mañana del 10 de abril.

Este examen es un fiel termómetro de la vida espiritual. No digo que el no hacerlo sea claro indicio de gran descuido en la conciencia, aunque no faltarán quienes así lo afirmen. Lo que sí digo es esto: el que en medio de los feroces combates de todos aquellos últimos días en la Cuesta de las Perdices, haya tenido el Padre Huidobro recuerdo y serenidad para examinarse y aun para señalar en el papel cómo cumplía su propósito hecho al Señor; y eso, él que se entregaba ardorosamente a animar a sus legionarios y atender a los heridos, es algo emocionadamente heroico. No sabemos de que materia llevaría en aquella temporada su Examen. No es eso lo más interesante. Sabemos, y esto nos basta, que todavía en la víspera cumplió con ese intenso examinarse. Que, al fin, la materia de ese Examen, cualquiera que fuese la forma en que se concretase, era en realidad en esas circunstancias, el Amor tierno y fiel a Jesucristo.

Vienen a la mente las palabras prometedoras del Evangelio: « ¡Alégrate, siervo bueno y fiel! Porque me has sido fiel en lo poco, Yo te premiaré en lo mucho.» Aunque, a la verdad, ¿habrá quien pueda afirmar que el llevar así este examen, era poco? Un hipotético retrato, el más exacto, de su conciencia, no lo representaría mejor que ese solo número, anónimo, señalado en su carnet, al mediodía del 10 de abril, frente a Aravaca.

9. ANTE SUS LEGIONARIOS.

> «Lo considerábamos como modelo de devoción y santidad, que se traslucía de inmediato en sus palabras y en su vida austera», dijo el Capitán Canós.

> «Durante su vida —escribe el Comandante Rodrigo—, era frecuente en las conversaciones de los legionarios, referentes al Capellán, oírles comentar sus proezas; pero no como hechos heroicos, sino como hechos de santo. Así, por ejemplo, la noche en que saltó al parapeto, volviendo poco después trayendo a cuestas un herido de los enemigos, el comentario de los soldados no fue para ponderar su heroísmo, sino para ponderar su caridad.
>
> El recuerdo que de él conservamos, tal vez agigantado, es el del nimbo de santidad que le envolvía cuando vivía entre nosotros.»

Conservó y acrecentó durante la guerra una de las cosas que, en aquellos adjuntos bélicos, era más difícil de conservar: una vida interior abnegada e intensa. Se comprende la pregunta que, en frase muy expresiva, dentro de su profunda sencillez, se hacía a sí mismo el Comandante Mora Requejo, al conocerle en la Legión:

> «Yo no sé definir lo que es un santo. Pero al ver al Capellán Padre Huidobro, siempre me pareció que, por las virtudes que practicaba, debía ser lo más cercano posible a los santos...»

Es que de su tan fervorosa oración y unión con Dios, de su limpieza de alma, de su humildad y espíritu de sacrificio y abnegación en su apostolado, brotaba abundante la unción divina, que luego difundía en todas sus obras y palabras, y que, antes y después de su muerte, hacía repetir a sus legionarios: « ¿Nuestro Capellán, el Padre Huidobro? ¡Un valiente y un santo! »

No es menester que acumulemos aquí testimonios de legionarios, manifestándonos el aprecio que tenían de la virtud de su Capellán. Tantísimos ya aparecen a lo largo de esta Biografía. Todos sus soldados repetirían el panegírico que, en una breve frase, sintetizó el legionario Vicente Reyes:

> «Quien no le conoció, no sabe lo que es la vida de un santo.»

O, como exclamaba un Capitán, no ya de la Bandera, sino de Reguiares, que hasta allí había llegado la fama de la ejemplar vida de aquel Capellán:

«Este Padre no era un hombre, era un santo.»

Últimamente hemos podido escuchar una valiosa opinión, para explicar el porqué del enorme ascendiente que sobre sus legionarios alcanzó el Padre Huidobro.

En febrero del 65 tuve la gratísima y honrosa oportunidad de saludar a S. E. el Jefe del Estado, Generalísimo Franco. Se habló allí de la nueva Biografía que se iba a publicar sobre el Capellán de la 4.ª Bandera, y se le ponderó el entusiasmo extraordinario que por él habían tenido todos en la campaña.

> «Recuerdo perfectamente al P. Huidobro —nos dijo inmediatamente el Caudillo, lleno de espontaneidad—. Era un Santo. Y por eso los legionarios se le entregaron. Era un Santo. Miren ustedes: los legionarios podrán haber sido en su vida anterior, lo que sea; serán difíciles. Pero si se encuentran con un Capellán del que ellos se persuadan que es hombre de santidad, se le confían del todo. Y esto ocurrió con el P. Huidobro.»

Y nos añadió, como comprobación de que estos soldados no dejan de estimar sinceramente la Religión:

> «Al principio, cuando se fundó el Tercio, no tenían Capellanes. Yo me interesé por que se les asignase alguno; y ¡si vieran ustedes cuánto me lo agradecieron los legionarios! »

Un sacerdote santo, en el sentido más exigente de este vocablo, ¿podría haber procedido en forma superior a la que mostró en su exterior, y, según nos es dado vislumbrar, a la que mantenía en su interior el Padre Fernando Huidobro? No somos nosotros quienes han de responder. Hablamos simplemente conforme al modo usual de expresarnos. Aguardamos sumisos la decisión de la Iglesia. Ya se le ha preguntado, y ella, y solamente ella, es la que puede declararnos la heroicidad de las virtudes en la vida del Capellán de la 4.ª Bandera. A esta decisión nos sometemos desde ahora entera y humildemente.

CAPÍTULO XXIII

EN LA CARIDAD, HASTA EL FIN

1. Amad a vuestros enemigos. 2. Disparad, pero sin odio. 3. Con los rojos: prisioneros o heridos. 4. En la caridad, justicia. 5. La pena más dolorosa. 6. Escritos orientadores. 7. Supremas normas. 8. ¿Todos iguales?

1. AMAD A VUESTROS ENEMIGOS.

La caridad del Padre Huidobro, como la del Maestro, era sin límites. Con generosidad evangélica, se extendía hasta los enemigos. En su corazón de cristiano y de sacerdote, no podía haber lugar para el odio. Sí sólo para la compasión y el perdón. Dentro, ya se entiende, de las exigencias obligadas de la justicia.

Sentía él, como sentían todos los buenos españoles, la traidora herida abierta en el corazón de España y de la Religión, por los marxistas: ellos estaban asolando la Patria, la habían vendido al extranjero, habían desencadenado la persecución y el odio entre el pueblo, atacaban la fe cristiana hasta el martirio más sádico. Lloraba él mismo, en el cautiverio del territorio rojo, a su propia madre y hermanos. Dos de ellos habían sido ya asesinados en Madrid. Pero la caridad, cuando es entera, heroica, se alza aun por encima de cualquier humano sentimiento. Que al fin, la multitud de los soldados del ejército rojo eran también hijos de España, aunque envenenados o engañados por los dirigentes marxistas; y eran, ante todo, hijos también de Dios, aunque pródigos, dignos de sincera lástima.

> «¡*Pobrecillos* —escribió en una carta a su Provincial, desde la Ciudad Universitaria, refiriéndose a los soldados rojos—, yo les compadezco a todos.»

Esta misma palabra, expresión de un constante sentimiento de amor cristiano, al escuchársela, extrañó a unos alumnos de Villafranca, cuando visitó el Colegio, muy pocos días antes de su muerte. El Padre Antonio Capel es quien nos conserva una anécdota, sencilla, pero reveladora del alma nobilísima del Capellán:

> «Bajó un día a visitar a los chicos de los primeros cursos de Bachillerato. Primero saludó a mis pequeños de la Oración, Sacrificio... Esto les inculcó. Nada de broma, siendo pequeñines sus interlocutores. Sacrificios por España; oración por España... Y no salía de ahí.
>
> ‘Padre, ¿mueren muchos?' —‘Muchísimos' —‘De ellos, ¿verdad?' —‘De ellos y de los nuestros.' —'Pero, de ellos más, ¿verdad?' —'Sí, mueren más de ellos.' —‘¡A ver si los matan a todos!’ —*‘¡¡Pobrecillos!!'* Y les llamó la atención a los pequeños que el Padre, en lucha ya ocho meses y herido por ellos, dijera `pobrecillos' a los rojos.»

«Amad a vuestros enemigos —dijo el Señor—. Perdonad y seréis perdonados.» El Padre Huidobro veía que a aquellos que tenía enfrente, también había que aplicar las palabras del Evangelio. No dudó. Ni, en realidad, llegaban a ser enemigos, muchos de los que se encontraban del lado de allá, en la línea de combate. Una gran mayoría eran buenos, pero arrastrados por el Comunismo internacional a aquella lucha de feroz crueldad.

Los sentimientos del Padre Huidobro respecto al amor, aun a los de enfrente, se muestran, como en pocas ocasiones, en el artículo que escribió el día que cayó herido en la Casa de Campo. Se le escaparon de su pluma los afectos del cariño más sincero y tierno hacia los soldados rojos, que a él le acababan de romper la rodilla, y a tantos otros de sus legionarios habían dado la muerte. Ni una palabra de rencor. Ni siquiera de expresar que les perdona. Hay ocasiones, llenas de emotivísimo, como el de la Casa de Campo en aquella mañana de invierno y horror, en que el silencio y el amor hacen superflua la manifestación escrita de que se concede el perdón. Lo firma el 9 de noviembre en el Hospital de sangre de Griñón. Copio aquí sólo dos párrafos referentes a los prisioneros de ese día.

> «Soldados de infantería, pobres mozos del pueblo casi

todos, empujados desde los cuarteles al frente, bajo la amenaza del fusil y la pistola.

Mueren como cristianos, entregando en mis manos sacerdotales sus almas a Dios; y sufren, invocando con gritos desgarradores a la Virgen de los Desamparados y a Nuestra Señora del Pilar.

¿Cómo podré olvidar yo a aquel pobrecito, un niño casi, que me abraza con el ansia desesperada con que resiste la vida joven a hundirse en el agujero oscuro de la muerte? '¡Sálvame, sálvame, sálvame!', y cubría de besos de fe ardiente el Santo Cristo de mi pecho.»

1. DISPARAD, PERO SIN ODIO.

Eran estos los sentimientos que con ejemplo y palabras trataba por arraigar en el corazón de sus legionarios, terreno aptísimo para todo lo que es noble y generoso. Por algo se llamaban y eran «Caballeros Legionarios».

Cuando, al entrar en la Casa de Campo, cayó en manos de la 4.ª Bandera, casi íntegro, un Batallón de soldados rojos, el Padre Huidobro no se ocupó tan sólo de atender a los heridos de aquel Batallón, sino también de salvar a los prisioneros del justo furor de sus soldados. Y lo conseguía. Porque su presencia y su palabra serenaban los más tormentosos y excitados ambientes. Siempre procuró, y enseñó a sus soldados, mitigar el dolor y aun la tristeza de los vencidos.

«Donde él estaba —dice uno de los legionarios hablando de su Capellán—, siempre había consuelo para el espíritu y el alma; porque cuando nos hablaba, salían de sus labios palabras de consuelo. Siempre dijo: No hay que tener odio a los otros. Hay que tenerles compasión y darles de comer y de beber; y así miraremos de poder hacer de ellos buenos cristianos y buenos españoles.»

Por eso el heroísmo legionario fulguraba ante él con atrayente brillo, cuantas veces lo encontraba entrelazado a la mansedumbre cristiana, que él tanto les iba inculcando.

> «Mil veces he visto —escribió el P. Huidobro en Talavera— a los bravos legionarios dar a beber agua a los presos, llevarles de comer, bromear con ellos en una franca camaradería. Los que fueron leones cara a cara, tienden al rendido una mano compasiva.»

Por eso el recuerdo de esa caridad cristiana que se iba cada vez más, y rápidamente, arraigando en sus soldados, llenaba su ánimo de consuelo, hasta la emoción. Grabada se llevó, al Hospital de sangre de Griñón, la estampa de guerra y al mismo tiempo de Evangelio, que sus ojos habían contemplado en la Casa de Campo, entre vencedores y vencidos. Así lo escribió aquel mismo día en el cuartito donde se hallaba recluido por su herida.

> «Y al acordarme de ellos (los legionarios), me acuerdo, sobre todo, de la generosidad con que curaban esta mañana, en la casita roja, junto al Lago, a los heridos de un batallón de infantería enemiga, que cayeron en sus manos. Mis legionarios no los remataban, sino que llamaban al practicante. Y el Comandante Vierna, valiente y cristiano, hacía llamar al Médico para que les asistiera.
>
> La caridad cristiana con que les trataban los legionarios, herirá la suspicacia de todos los valientes de pega, cuyo ánimo esforzado les lleva a desear muchos fusilamientos, quedándose tal vez ellos a retaguardia.
>
> Es de pueblos primitivos y bárbaros pasar a cuchillo al caído. Mis legionarios están más afinados y apurados al fuego del cristianismo. Saben luchar a muerte; no saben rebajarse en la crueldad.
>
> Y su buen sentido español, su pensar dócil y recto, les hace ver que ni es lo más útil acabar con la fuerza del trabajo, cuando, concentrados los prisioneros, podrían servir a la gran obra de reconstrucción que ahora empieza; ni son culpables todos los llevados, como reses de un rebaño de cebones, a la carnicería del frente.»

A propósito de este espíritu de caridad que existe entre los soldados, mucho más frecuente de lo que tal vez se piensa, recordaba un Capellán militar esta aleccionadora escena:

> «Fui a asistir a un fusilando. Íbamos en el coche con él, un Teniente, dos soldados y yo. Al llegar al lugar, todo ya preparado, el Teniente dice: ‘Dejadme; hoy lo voy a hacer yo.' Coge la metralleta y dispara, y le dio fijo en el corazón y, además, con notable puntería, en medio de la frente. La muerte fue instantánea. Al ungirle en la Extramaunción, noté el chorrillo de sangre en el entrecejo. Me disgustó la elección hecha por el Teniente. Parecía gozarse en matar. A la vuelta, yo iba muy serio. Lo notó. ‘¿Qué estará usted pensando ahora de mí?' ‘Pues nada bueno, mi Teniente.' ‘Pues mire; es que los soldados son nuevos; lo harían sufrir al fusilarlo, pues no tienen práctica. Yo soy estudiante de medicina; sé cómo se puede morir un hombre repentinamente. Además, soy cazador y de muy buena puntería. Ya lo ha visto, y no quería que este pobre hombre sufriera'.»

Tan lejos estaban la gran mayoría de los soldados nacionales de gozarse en ver sufrir a nadie, ni aun a los prisioneros rojos, al fin, metidos en ambiente tan cristiano, que rehuían, de ordinario, el ser designados para la triste tarea de fusilar a los condenados a muerte. Por eso había sido menester establecer turnos obligatorios para tan repulsiva misión.

El Padre Estanislao Ilundáin, Capellán del Cuerpo de Ejército de Extremadura, contaba un caso bien significativo del deseo que tenían, tanto Jefes como tropa, de apartarse de excesos en la aplicación de medidas de castigo con el enemigo. Cuando se dirigían las fuerzas del General Yagüe a la conquista de Oropesa, se encontró el Capellán con un legionario que andaba paseándose por retaguardia. Juzgándole algo amedrentado, le dice:

« ‘¡Vamos, mi amigo!, que aquí no llegan las balas, ¿verdad?' —‘Mire, Pater, le voy a decir la verdad. En Oropesa, los rojos han matado a mi padre; y lo mataron triturándole el cráneo con una piedra. ¿Podría yo contenerme si entrase hoy victorioso en Oropesa? Por eso he pedido quedarme aquí, no presenciar la entrada triunfante en mi pueblo.'»

Rara excepción era el conceder tales licencias al comienzo de fuertes combates; pero el Mando, deseoso de evitar represalias vengativas, aunque tan justa parecería ésta, se la concedió. Ni el legionario ni sus Jefes querían excesos en el castigo.

«Nuestro estilo es limpio —escribió el P. Huidobro desde Maqueda—. Nuestros procedimientos, otros que los suyos. Es verdad que ellos fusilan, atormentan, exterminan. Pero es que ellos son criminales. Nosotros, porque somos cristianos y caballeros, sabemos luchar, cara a cara, hasta la muerte, y acometer el peligro, seguros de vencer, aunque sucumbamos en esta vida temporal. Pero no sabemos negar un vaso de agua a un prisionero, ni dejar de vendar sus heridas, ni meter el cargador de la pistola en una cabeza indefensa, aunque sea culpable.»

El Padre Huidobro, que se esforzaba por infundir en sus legionarios sentimientos de perdón y de caridad cristiana, habría sin duda hecho suya, para sus legionarios, aquella frase de tanto fondo del Evangelio, con que Antonio Rivera exhortaba en el Alcázar de Toledo: « ¡Disparad, pero disparad sin odio! » Sin odio, y hasta con amor y conmiseración.

3. CON LOS ROJOS: PRISIONEROS O HERIDOS.

No era solamente con afectos de caridad y con palabras, como enseñaba a sus soldados. Mostraba el Capellán, con sus obras, heroico amor de compasión para el vencido. Obras que eran celo apostólico, al mismo tiempo que caridad. Le hemos visto cargar sobre sus hombros a los heridos de la Bandera, que le dejaban manchada, en gloriosa sangre legionaria, su guerrera. No siempre se trataba de heridos del campo blanco. El Sargento Gutiérrez nos proporcionó datos preciosos que se refieren a su trato con los heridos rojos.

Ocupada a punta de bayoneta, en la mañana del 15 de septiembre, la fuerte posición de Maqueda por las fuerzas de Castejón, llegó aquella misma noche a sustituirlas la 4.ª Bandera, para custodiar este baluarte de Madrid y dar lugar a que las otras tropas se fueran a la liberación del Alcázar. Allí se quedó la Bandera, no disfrutando de los laureles del pasado triunfo, sino aguantando tres días enteros la marea roja, verdaderas oleadas que se les echaban encima. Contraataques durísimos; caballería, infantería, aviación a

todas horas. Y es aquí donde se muestra el Capellán en magnífico gesto de caridad universal.

Ignorantes de las grandes jornadas que iba cubriendo nuestro ejército vencedor, subían en un coche unos cuantos Jefes milicianos, que iban desde Toledo en dirección a Maqueda. Descuidados, como por terreno propio. Entran en nuestras posiciones, al modo que entra una fiera en la trampa. Al darse cuenta de su equivocación, pretenden huir; era tarde. Al meterse en un desfiladero, funcionan nuestras armas y caen muertos o heridos los ocupantes del auto. El coche yace deshecho en medio de la carretera. El Mando ordena que nadie se arrime a aquel coche, pues está batidísimo por los fuegos enemigos.

Sin duda quieren impedir que caiga en manos de la Bandera la valiosa documentación que llevaban.

El Padre Huidobro se encontraba allí en aquellos momentos, y oye que «hemos cazado a unos milicianos». Inmediatamente sale hacia las trincheras; podría alguno de ellos requerir su ayuda de Capellán. El coche, destrozado, estaba algo lejos de nuestra posición. Su conductor, ya cadáver, con la cabeza rota. Desde la trinchera nuestra se escuchaban lamentos que parecían salir del interior del auto. El Padre no vacila. Hay allí un alma, en trance de muerte, que necesita ayuda sacerdotal. De inmediato salta afuera, con exposición grandísima de su vida. Y mientras los rojos cercanos descargan sus fusiles contra el que se aproxima al auto, él recoge al herido, que, bañado en sangre, yacía tumbado entre los otros cadáveres, se lo carga a cuestas y se lo trae al pueblo. Tenía una pierna partida a balazos. Su documentación lo denuncia como dirigente marxista. Se arrepintió. Se confesó con el Capellán, su salvador; y aun él mismo, públicamente, declaró sus crímenes.

El Capellán, todo lleno de sangre que le había dejado el herido, le decía al Sargento Gutiérrez: « ¿No veis? Si no voy a recogerlo, muere allí como un salvaje.»

Estos ejemplos del Capellán y sus enseñanzas iban perfeccionando el alma humanitaria de sus muchachos.

Nos contaba hace muy poco tiempo un antiguo Sargento de la Legión, don Fernando Maldonado, un hecho que, según él mismo afirma, se repitió una porción de veces, con variados adjuntos. Estaba la Bandera resguardada detrás de un parapeto, a no mucha

distancia de los rojos. Entonces fue cuando se le ocurrió a uno de los milicianos aprovechar la ocasión y pasarse a nuestras filas. Echó a correr hacia el parapeto, pero estando ya en tierra de nadie, cayó atravesado por una bala de los suyos, que le vieron huir. Permanecía tendido en el campo, lamentándose y pidiendo auxilio. Antes de que los Jefes de la Bandera se dieran cuenta, ya estaba el Capellán en esa tierra de nadie, y cargando sobre sus hombros al herido, se lo trajo a cuestas en medio de un intenso tiroteo. A los Jefes les pareció un disparate el haber expuesto tan inminentemente su vida, y se lo hubieran prohibido, pero su rapidez no les dio tiempo a tal prohibición.

Más afortunado todavía estuvo otro miliciano, que se salvó, bien inesperadamente, gracias al Padre Huidobro. Durante el rápido avance de Talavera a Madrid, un día los legionarios de la 4.ª Bandera acababan de asaltar, impetuosos, una última trinchera enemiga. Cuantos milicianos no quedaron allí mismo, destrozados sus cuerpos al explotar las bombas de mano, emprendieron la huida, perseguidos muy de cerca por los legionarios victoriosos. Surge de pronto, casi al lado de los legionarios, un pobre soldado rojo, desorientado en la precipitada huida de sus compañeros, con los ojos fuera de sus órbitas, los brazos en alto. Su vida está jugada. Ya varios fusiles le apuntan rápidos. Un momento más, y caerá como los otros, tendido, sin vida, al pie de su propia trinchera. El Padre Huidobro iba, como siempre, en vanguardia. Está cerca y le ha visto. Y al instante grita a sus legionarios con toda la fuerza de sus pulmones: « ¡¡no tiréis!! », al mismo tiempo que, de un salto, se abalanza sobre el infeliz y abraza al espantado muchacho, que no comprende haya quien le pueda abrazar en aquel sitio de muerte. Los legionarios tuvieron tiempo apenas para bajar sus fusiles, al ver a su Capellán. El espanto del miliciano no fue mayor que el de los legionarios, que veían cómo su Pater exponía tan gravemente su vida por salvar la de un enemigo. Más tarde les explicó el Padre: él distinguía entre dirigentes, merecedores de las máximas penas, y la caterva de desgraciados, arrastrados a la guerra. Estos saben estimar lo que es el perdón y son muy capaces de ser reeducados.

No se olvidará fácilmente aquel muchacho, mientras le dure la vida, de aquel abrazo de un Capellán que le salvó de quedar cadá-

ver dentro de una trinchera roja. Fue el mismo Padre Huidobro quien contó a algunos en Villafranca este hecho.

En su apostólica y arriesgadísima labor de buscar caídos y olvidados en el campo, pocos casos tan emocionantes, en su idílica sencillez, como el que le ocurrió al Padre Huidobro mientras caminaba un atardecer, medio hundido en el barro, por las cercanías del Parque del Oeste. El diálogo que allí se tuvo, muy en voz baja, está contado parte por el mismo soldado, parte por el Capellán.

Buscaba algún posible rezagado; unos quejidos le señalaron la pista; al fin encontró un miliciano herido...; se inclinó rápido hacia él... « ¿Vienes a rematarme?», le preguntó, espantado al verle... «No, vengo a salvarte», y abre sus brazos para recogerle. « ¡Cómo!, ¿llevas el gorro del Tercio... y dices que no me vas a matar?» « ¡No grites!, que si nos oyen nos van a matar a los dos! » «Pero, ¿no eres un legionario...?» «Soy el Capellán de la Bandera...» « ¡Ah!, eres un cura..., por eso eres tan bueno...! », y el herido rojo empezó a llorar de emoción... Y el Padre Huidobro, más emocionado aún que el rojo, puede ser que en aquellos momentos, mientras cargaba sobre sus hombros al herido, se acordase de la alegría del Buen Pastor, cuando encuentra la oveja extraviada y la recoge y la lleva, en brazos, al aprisco.

Con más lujo de detalles nos cuenta Vicente Reyes, que es un legionario gaditano, un rasgo de esta sublime caridad del Capellán con los heridos rojos. Caridad del Capellán, que tenía sus imitadores entre sus más bravos legionarios. Copiaremos íntegro el original. Es insustituible.

> «Hacía dos noches que desde el parapeto oíamos, en el silencio de aquella hora, unos ¡ay!, ¡ay! que llegaban del fondo de la oscuridad. Todos, instintivamente, se estremecían. Los quejidos cesaban a la madrugada. Entonces pensamos que era cosa de duendes, porque había con nosotros un gitano que era muy supersticioso.
>
> Y vino el Padre de mañana al parapeto —que venía todos los días—, y dice: ‘Qué, ¿se ven los rojetes?’ Y no se veían, porque estábamos en un olivar que tenía muchas hondonadas. Y luego: ‘¿Quién de ustedes os queréis venir a Misa?... Pero sin obligación, sino de buena voluntad...' Y como lo decía con su ángel que tenía, pues tós nos íbamos,

aunque no quisiéramos, pero de buena gana, por darle gusto.

Y entonces le dice el gitano: ‘Tae, le vi a consultá una cosa que pasa mú extraña.’ Y el Pae se sentó en una piedra, diciendo: ‘Vamo a vé, vamo a vé; que ya me interesa.’ ‘Pues que se oyen unos gemíos que no puen sé cosa deste mundo; porque llevan ya tres días y sólo se oyen por la noche.' ‘Pues esta noche voy a venir yo con ustés al parapeto a vé si satreve el ánima.’ ‘Pae, a lo mejón por vení usté, ya no viene el ánima.’ ‘Allí veremo... Hasta la noche...’

Y al llegar la noche se vino el Pae al parapeto, y yo estaba también de puesto. Y va y dice al gitano: ‘¿Lo vé usted? Esta noche no resuella.’

Y empezó el Pae a contarnos cosas pa entretenemos; y ya mu tarde, se oyó el quejido. Y el Pae escuchó y dijo a un Sargento: 'Esto debe ser un herido. Vete a pedirle al Alférez, de mi parte, que me deje ir a ver un poquillo.' Y fue el Sargento; y el Alférez dijo que no, que era mu peligroso porque nos enfilaban con ametralladoras y no se veía nada, porque el terreno era mu desigual.

Y el Pae se quedó esa noche en el parapeto, y cuando amaneció se fue. Y a la madrugada venía el Pae mu contento. Es que había conseguido el permiso; y nos dio la mano y se marchaba. ‘Pae, yo voy con usté...’ Tós queríamos ir, porque era mucho peligro ir solo. Pero él dijo que si tardaba mucho, que fuéramos a buscarlo.

Y saltó, y se fue. Y arrastrándose penosamente, se deslizó entre troncos secos y descuartizados por la metralla. Y tardaba bastante. Y fuimos a ver qué hacíamos... Y al fin aparece el Pater por entre las matas del fondo... Venía arrastrándose, pegado al suelo... Sudando, a pesar del frío... No traía al duende, sino, encima de sus espaldas, traía a un rojillo con la cara rota.

Entonces el Sargento se lanzó hacia donde estaba el Pae, y le ayudó a venir. En ese momento hirieron al Sargento en un brazo, que le dolía mucho.

Y vino el Pae sudando, que no podía más; y se llevó al botiquín a los dos. Y el practicante no quería curar al rojo, y

> entonces el Pae, casi llorando, dijo al Sargento: '¿No es verdá, legionario, que le van a curar al rojo antes que a ti?' Y el sargento, apretándose la herida, dijo que sí. Y así se hizo.
>
> El rojo había perdido la mandíbula inferior y llevaba cinco días sin probar bocado. El mismo nos dijo después, que el Padre se había acercado a él, le había abrazado, lavado la herida, dado de beber y metido caramelos en la boca. Y él le había dicho que era de la Brigada Internacional, pero que estaba mu desengañado; y se confesó; y el Pae se lo trajo sobre sus espaldas...»

Ese atender primeramente al herido rojo que al nacional, muchas veces lo procuraba el Padre Huidobro, dijo el Sargento de la Legión, don Constantino Alonso, con la intención de dar ejemplo a sus legionarios de total caridad cristiana con el enemigo.

4. EN LA CARIDAD, JUSTICIA.

La caridad más abnegada y más universal, no puede en momento alguno ser ciega. Ha de basarse en la exacta observancia de la justicia. Tenía el Padre Huidobro sentimientos muy hondos, no ya de mera compasión, sino de sacrificado amor a sus enemigos. Por el bien de los rojos, heridos o prisioneros, llegó, ya lo hemos visto, hasta el supremo heroísmo de exponer, sin titubeos, su propia vida. Bien lo saben quienes con él convivieron en el frente. Pero no cerraba los ojos a la imprescindible necesidad de que se mantuviese estricta justicia, con los culpables de los crímenes y ferocidades, que en España se habían efectuado.

Pero dos excesos le llenaban el alma de pena en esta aplicación de la justicia. Por un lado la extralimitación de algunos en el determinar estas penas de represión y de castigo; por otro lado, la calumniosa campaña antiespañola de quienes inventaban fantásticas crueldades de parte de los nacionales.

Por eso sentía gran dolor e indignación ante la insidiosa propaganda de infundios internacionales, iniciada por Radio Madrid y coreada por todos los medios marxistas mundiales, sin exceptuar Radio Bruselas; ni siquiera, expresamente lo señala el Padre Hui-

dobro, aun el católico y engañado Mauriac, quienes acusaban a los nacionales de feroz rigor en el reprimir a los marxistas. Ya antes de venir al frente había escrito el Padre Huidobro en agosto, todavía en Bélgica, un artículo refutando los farisaicos clamores de escándalo, que contra los nacionales levantaban en Francia y Bélgica muchas gentes llamadas de «orden»:

> «En el periódico *Vingtiéme Siécle*, a propósito de fuertes acusaciones de Mauriac contra los católicos españoles, y en otros periódicos extranjeros, se ha levantado un clamor de escándalo con motivo de las pretendidas ejecuciones en masa de Badajoz. Nosotros, como españoles y como católicos, condenamos el hecho, sí es cierto. Pero, ¿está bien probado? El periodista escribe con vesánica rabia, bien poco evangélica.
>
> ¡Señor Periodista! Los comunistas asesinan a niños y mujeres, queman vivos, fusilan y despedazan a las personas honradas, a los sacerdotes y católicos, sólo por serlo; desentierran los muertos, violan, destruyen por el fuego todo cuanto tiene algún valor religioso y artístico, por el afán infrahumano de aniquilar y matar. Se ha dado el caso de encerrar en habitaciones rociadas con gasolina a treinta personas, y quemarlas, saboreándose en sus tormentos. No suelen fusilar, sino martirizar.
>
> Si las tropas que tras lucha horrenda lograron entrar en Badajoz, y encontraron con las armas en la mano a los autores de tantos horrores, no a mujeres y niños, sino a soldados armados, no pudieron ser contenidas, y con el furor de la lucha hundieron las bayonetas en el pecho de hombres que se rendían, porque no podían resistir más, y que habían diezmado a la población pacífica, ¿está justificado que, por un hecho aislado de unos soldados, se nos llame horror en Europa y se hable de crueldades sádicas?
>
> Dicen por eso que somos iguales que los otros; cuando, en donde dominan los rojos, es el asesinato en masa la ocupación de las hordas armadas. Y por un hecho aislado, se ponen en pie, y rasgan las vestiduras, y nos echan en cara nada menos que 'sadismo'.
>
> ¡Señores!, si queréis buscar a eso un ejemplo en el

> Evangelio, pues en nombre del Evangelio habláis, no es en la persona de Cristo donde lo encontrareis, sino en los Fariseos. ¿Nunca habéis pecado vosotros?
>
> Cuando todo católico español tiene que llorar la muerte de muchos de su familia atormentados, y la Iglesia la de Obispos y religiosos y sacerdotes, el consuelo y aliento que nos viene de los 'hermanos', es decirnos que somos unos 'sádicos' y valemos lo mismo que los comunistas... ¡Señor!... ¡no les imputes este pecado! »

A la vez que con este y otros varios escritos, rebatía indignado a los que calumniaban el necesario y justo rigor de los nacionales, le era demasiado notorio el peligro de que llegase a propagarse, dentro del ejército 'blanco', el deseo de represalia excesiva contra los 'rojos' vencidos. Los primeros tiempos de lucha, únicos que a él le tocó vivir, eran tiempos aptos al desborde de la pasión vengadora. Y más si la lucha es a vida o muerte, y no entre dos pueblos, sino entre tan dos extremas ideologías.

Al compás del avance de nuestras tropas, redimiendo pueblos y campos de España, iban apareciendo ante los ojos atónitos de todos los buenos españoles, las macabras escenas realizadas doquier por la barbarie roja. ¿Qué extraño fuese arraigando a la par, hasta en los más serenos espíritus, el ansia de radical castigo? En el pueblo español, tanto más justiciero cuanto más noble, podrían alzarse clamores de venganza. Los Jefes y Directores tienen siempre el ánimo más sereno, pero podrían llegar a dejarse influir por un ambiente popular contrario.

Es verdad que había orden radical del Mando nacional de que, salvo casos totalmente excepcionales, la decisión para el último castigo tomase únicamente dentro de los Tribunales, que ya estaban establecidos. Pero a veces había escuchado el Capellán criterios de algunos exaltados, alabando el que se procediera con el mayor rigor, y aun con escarmiento para los vencidos, pues la clemencia traería luego peores consecuencias. Estas frases que a veces oyó, y el haber podido él mismo saber de excesos cometidos por particulares, le llenó de santa indignación, que luego se reflejó en frases amargas de algunas de sus cartas, Aun siendo incontrolados, fueron hechos que le llenaron de dolor.

Con un Capitán, felizmente no de sus Compañías, tuvo en cierta ocasión un encuentro muy duro, por esta causa.

> «No voy a decir que respeto otras opiniones, había escrito en noviembre. Cuando veo clara la verdad he jurado defenderla hasta la muerte. Aunque el error sea, como suele ser, dueño de la mayoría».

¿Es verdad, como algunos han llegado a creer, que de las cartas del Padre Huidobro se puede venir a la conclusión de que fue común ese exceso del castigo por parte de los nacionales? Nada más alejado de la verdad.

Tiene, es cierto, el Padre Huidobro, tanto en su relación a los altos Jefes, como en alguna carta privada, frases que protestan, con la energía que le caracterizaba, contra extralimitaciones dolorosísimas. Y existieron. Nadie lo niega. Pero ya sabemos que fueron pocas e incontroladas, condenadas por el Mando, y en lo posible, reprimidas. Además, dado el espíritu de justicia y de compasión enorme en el Capellán, hubiera bastado un solo caso de condenación excesiva, para que él no hubiera podido contener su noble indignación. Y estas frases están más que contrapesadas por tantas como tiene, ponderando la caridad con que se trata, aun entre las fuerzas de choque, la Legión, a los prisioneros.

Quien le trató mucho en toda la campaña, el Capellán de la 7.ª, Padre Marín Triana, escribió acerca del pensar del Padre Huidobro:

> «En medio de una improvisación general, como fue la de los primeros meses de guerra, en que los Jefes secundarios tenían que actuar con mucha autonomía, nunca le oí discrepar de la marcha de las cosas, en los aspectos substanciales; aunque trató de evitar algunas extralimitaciones locales, reducidas en número, de algunos que habían estado padeciendo el terror y el crimen, vigentes en los últimos meses de la República.»

5. LA PENA MÁS DOLOROSA.

Algunas veces, la caridad con los prisioneros tenía el Padre Huidobro que ejercitarla en circunstancias mucho más penosas. No todos los milicianos eran tan afortunados, ni tan dignos de perdón, como aquel joven, a quien el Capellán, con un abrazo, le salvó la vida en una trinchera. Y en múltiples ocasiones, la aplicación de la última pena era exigencia inexcusable de la justicia. El Padre Huidobro lo sabía muy bien. Los representantes de la justicia, dice él mismo en sus «Normas» siguiendo a San Pablo, llevan espada, no por mero adorno, sino para significar que pueden, en nombre de Dios, dar muerte a los malhechores. Mas ni en estos casos consentía abandonar a estos desgraciados.

> «Ponía enorme empeño en asistirlos y consolarles, escribe uno de los Capellanes. Todo le parecía poco para ellos. Se compadecía hasta lo más hondo de su ser.»

Cuando creía que por alguna circunstancia, como la edad u otra, podía temperarse la sentencia, usaba de toda su influencia para que así se hiciese. A esos desgraciados les trataba con enorme amor.

Brillaba en aquella hora suprema la caridad del Padre Huidobro; y ellos, ¡cuántos!, fácilmente se dejaban vencer por la gracia de Dios, que les movía al arrepentimiento y a la confianza en la Misericordia Divina, que veían resplandecer en el Capellán que, con cariño extrañable, les exhortaba! Llegaban muchos de esos infelices, en sus angustiosos momentos finales, a sentir el ansia del abrazo de Dios; y lograba muy sinceras conversiones.

Un hecho hay, contado frecuentemente por el Padre Huidobro. Escena, con más o menos variantes, muy repetida con el Capellán durante la campaña. Escena plena de sencillez e ingenuidad, pero que por su significado y por lo inesperada, es sublime. Digna de figurar en unas «Florecillas» bélicas de San Francisco de Asís.

Seguidos del pelotón designado para ejecutar la orden de suprema justicia militar, se dirigen los dos, el reo y el Capellán, hacia las afueras del pueblo. Se acerca el momento en que se va a cumplir la última pena. Ha precedido la conversación con el Capellán; la instrucción, y, sobre todo, la gracia de Dios, que se derrama abun-

dantísima en esas horas supremas, han abierto los ojos del alma al desventurado marxista, y ya está en paz con Dios; muere triste, pero resignado.

Puesto ante el pelotón, momentos antes de sonar la descarga, el Capellán, muy cerca del condenado a muerte, le exhorta a confiar en Dios, dado que está arrepentido de sus crímenes; le muestra el Crucifijo, le da la última absolución. El reo le mira al Capellán; diríase fascinado; no es el sacerdote lo que a él le habían dicho toda su vida. Oyó siempre decir a sus dirigentes marxistas que los curas desprecian a los obreros, que los explotan lo mismo que los ricos, y sigue mirando a aquel Capellán que se ha portado con él como un padre, como un amigo; ha llorado con él, le dio de comer, le consoló, y ni aun en esta última hora le abandona. Y, de pronto, con los ojos llenos de lágrimas, con ese brote pujante de cariño que, como decía el Padre Huidobro, solo se siente al morir: « ¡Padre!... ¡Padre!... ¡déme un beso...! » El Padre Huidobro va hacia él y le da un supremo abrazo: « ¡Hijo de mi alma!... ¡Que Dios te bendiga y te reciba en esta hora! y se juntan los dos rostros: contraído y pálido, con palidez de muerte, el del reo; encendido y rojo, por el ardor de la caridad, el del Capellán... Este cuadro sí que puede servir de símbolo de la paz social cristiana: instruidos y arrepentidos los pródigos, rebosantes en caridad con ellos, los ofendidos. Esto, será siempre: el triunfo de la justicia humana, de la caridad cristiana y del perdón divino.

Aquella noche, en la charla de la chavola, el Oficial contó la fuerza emotiva de aquel cuadro; lo que le diría el Capellán, para que en el momento anterior a la descarga, brotara la súplica ansiosa del infeliz y los dos se abrazaran. Y los legionarios aprendieron más con aquel hecho, que con muchas palabras, el amor de hermanos y la compasión que habían de tener con los infelices rojos.

Gozábase el Capellán al ver que los sentimientos cristianos más depurados iban penetrando en los ánimos de sus legionarios.

Desde Talavera, nos cuenta en una carta lo que presenció en un Cabo de la Legión: había llegado a hacer las veces de Capellán exhortando a un reo.

Aunque el fondo de esta escena es cuadro de muerte sombría, aparece hermoseado con la suave luz del arrepentimiento humilde y del perdón.

«Acompañaba yo una vez, a boca de noche, a un piquete de Regulares, que iba a fusilar a dos presos políticos. Los soldados eran africanos y el cabo español, y tan cristiano, como mostró lo que ocurrió luego.

Al acercarnos a las tapias del cementerio, negras en aquella noche, que ya era noche oscura, él mismo les exhortó a pensar sólo en Dios, y a pedirle a El perdón. Y después de hacer alto, puestos ya cara a la pared, se adelantó para pedirles en voz velada: 'Hermanos ¡me perdonáis, como yo os perdono a vosotros' Y sólo entonces cumplió la dura ley que la disciplina le imponía.»

No sabré decir si esta costumbre, de que el jefe del piquete de ejecución pidiera perdón al reo, antes de ejecutarle, era práctica ya de antes frecuente, o si fue el Capellán quien procuró introducirla, para, en lo posible, suavizar aquel amarguísimo trance al que iba a morir, y también al que se veía obligado a ejecutarle. En todo caso, práctica conmovedora.

Ni terminaba con la muerte de los rojos, condenados a última pena, la caridad del Capellán para con ellos. No se limitaba a rezar por sus almas.

De sus propios labios recogió, en Villafranca, el Padre Staehlin la siguiente narración, que tiene de ternura y de tragedia.

Inmediatamente después de tomar por asalto el pueblo de Valmojado, hubo que condenar a muerte a un Sargento rojo. El Capellán acudió, como siempre, a prestar los últimos consuelos, humanos y sobrenaturales, al sentenciado. Colocado éste ya junto al muro, y terminada la confesión, el Padre Huidobro le preguntó en voz alta: « ¿Tienes algo que decir a los que te van a fusilar?» y preguntó, visiblemente emocionado, el Oficial que mandaba el piquete: « ¿Nos perdonas?» «De todo corazón. No hacéis más que cumplir con vuestro deber». Y después, volviéndose al Capellán: «Padre, ¿no me dejarán insepulto? «No temas. La justicia te ha condenado a muerte, pero te respeta...». «Gracias, Padre...». Suena la descarga, la justicia se ha cumplido. Los soldados se van.

El Oficial y el Padre Huidobro, de pie junto al cadáver, en silencio, viven intensamente aquella hora de fuerte emoción. Ni aciertan a cruzarse dos palabras.

El silencio sagrado de aquel atardecer toledano fue roto por la presencia inesperada de un sujeto desgarrado, que, por su lucido modo de vestir, bien mostraba ser alguno de aquellos enchufados, de los que siguen el frente bien de lejos. Mira el cadáver, y con fingida indignación, lanzó el insulto: « ¡Canalla!, por fin te han reventado. Hijo de...» No tuvo tiempo de terminar su palabra soez. El Capellán, cual Padre que hieren a su hijo, saltó sobre el miserable, lo agarró por los hombros, lo zarandeó y le gritó a la cara: « ¡Mira! El frente está a diez kilómetros de aquí. Si quieres insultar a los rojos, ¡te vas al frente! ¡cobarde!...» y de un empellón lo arrojó carretera adelante. Y vueltos el Padre y el Oficial hacia el cadáver, empezaron a rezar un Padre Nuestro por el muerto; y también por la retaguardia que todavía no entendía la caridad de Cristo... «Padre, le dice entonces el Oficial: Usted se me adelantó. Cuando usted se metió por medio, iba a cruzarle la cara a ese miserable con la fusta.»

6. ESCRITOS ORIENTADORES.

No se contentó el Padre Huidobro con lamentar los excesos incontrolados de algunos. Se decidió, con la prontitud y eficacia que fue siempre norma de su proceder, a poner de su parte cuanto pudiera, por difundir, en medio del confusionismo de una guerra tan sin cuartel, luz de la Moral y de la Caridad cristiana, en el mismo ejercicio de la necesaria justicia. Ambas virtudes han de caminar concordes; quedaría viciada en su raíz la Caridad, si no fuera acompañada de la justicia; y ésta, sin la Caridad, fácilmente declinaría hacia la crueldad.

La labor que a este fin realizó, demuestra el gran dominio que tenía sobre sí mismo, y especialmente, el equilibrio en su sistema nervioso. Llevaba todavía muy poco tiempo de campaña, y a pesar de la actividad que como Capellán desplegó ya desde su primer día, halló tiempo y ánimo sosegado para ponerse a redactar dos escritos, modelos de serenidad, de claridad, de seguridad moral en sus criterios, de tajante valentía en su razonar. Uno iba dirigido a las Autoridades Militares, el otro, al Cuerpo Jurídico Militar. En uno y otro el argumento central es el mismo; y aun en la exposición, van los dos por caminos paralelos. Aparecen fechados el 4 de oc-

tubre, en Maqueda. Bien pudiera ser que ya, en sus clases de Ética, hubiera estudiado él de algún modo especial esta materia; pero cierto es que, en Maqueda, no pudo disponer de libros ningunos para ayudarse, como consulta.

El título que les dio es éste: *Sobre la aplicación de la pena de muerte en las actuales circunstancias. Normas de conciencia, por el Padre Fernando Huidobro, S. J.*

> « Trato de dar normas breves y prácticas para formar la conciencia de los Jefes y Oficiales del Ejército, y evitar que en el uso de facultades extraordinarias de justicia, que ahora por fuerza de las circunstancias tienen que desempeñar, haya excesos que manchen el honor de nuestras armas.»

Son páginas de razonamiento nítido; sólidamente fundamentadas en cristiana Filosofía; prácticas de aplicación la más inmediata. Revelan la gran cultura y equilibrio de su autor. Pero no es su mérito intrínseco, lo que más realza estas páginas a nuestros ojos. Es la ocasión en que fueron redactadas y la selecta difusión que les procuró, ya que hizo llegar estos escritos a los más capacitados y más influyentes.

La ilación de ideas es clara y en extremo sencilla:

1) Dios, dueño de nuestras vidas, es el único que puede conceder, y concede de hecho, aplicar la pena de muerte para que en todos reine la justicia. Luego para aplicar esta última pena, se requiere: en quien la aplique, autoridad delegada por Dios; y en el reo, culpa de la que conste la gravedad exigida por la ley.

2) Mientras se desarrolla el combate, se puede matar al enemigo, inocente o no, dado que la guerra es justa. Pero una vez depuestas las armas, no se puede fusilar a nadie, sin antes juzgarle.»

Termina el escrito enumerando otras muchas penas menores y más útiles, que pueden infligirse a los prisioneros, que se prueben culpables.

El Padre Huidobro se muestra inflexible con los que engañaron a las masas españolas, (inductores y corruptores); como también con los asesinos y criminales, que tanto han abundado entre los rojos. Pero lleno de compasión con los ignorantes, llevados al frente, como antes a las Casas del Pueblo: como borregos al matadero.

Luego de haber leído los escritos del Padre Huidobro, años más tarde, en 1959, dio este ponderado juicio sobre ellos, y sobre las Normas que contienen, el Auditor de guerra en Baleares, don José de Olives

> «Es verdad que valen la pena ser tomados en consideración, especialmente por quienes de la Justicia Militar hicimos motivo de profesional actividad, apoyada en afanes de rectitud y en sujeción a la Autoridad dimanada de Dios. A mi juicio, los conceptos vertidos por el Padre Huidobro en sus escritos improvisados de campaña, desde su puesto de cura de almas, son un dechado de viril respuesta al estado de circunstancias, apreciado por él como buen soldado de Cristo y de España, puestos a contribución de serena meditación para el Mando, y de ejemplo y norma a observar para quienes eran llamados a administrar justicia.
>
> Dichos conceptos fueron muy oportunos en su momento, pudiendo constituir además a posteriori, aleccionadoras reglas de conducta que, por su carácter inmutable, son y serán siempre de actualidad. Es decir, que por sí mismas, constituyen un manantial jurídico de sana aplicación en todo tiempo, por ser expresión de principios inconsusos de verdad evangélica, base de toda Justicia humana.
>
> Para su propio autor, son también aquellos conceptos prueba inequívoca de la integridad de su alma, escogida para dar testimonio de Cristo en momentos difíciles y cumbres de la historia contemporánea de España.»

Vamos a dejar copiados aquí solamente algunos pocos párrafos de estos escritos, prueba del espíritu de caridad y de justicia en que vivía el Capellán de la Bandera. No van con entera ilación de argumentos. Simplemente forman una como antología de las ideas que él aquí recogió y presentó luego a sus Jefes.

Entresaco primeramente del escrito dirigido a los Jefes Militares:

> «No se puede aplicar la pena de muerte sin que se tenga certeza de la culpabilidad grave del acusado. Por consiguiente toda precipitación que no deja plazo para investigar la verdad, toda condenación en globo, sin discernir si hay ino-

centes o no en el montón de prisioneros, es hacer asesinatos, no actos de justicia. Hay que dejar siempre el tiempo suficiente entre la sentencia y la ejecución, porque pueden ocurrir errores, que sólo el tiempo puede poner en claro.

Hay dos clases de culpables, que pueden incurrir merecidamente en la pena capital: los seductores de las masas, y los crueles ejecutores de los horrores comunistas.

Pero no cada uno de los milicianos, por el mero hecho de serlo, ni mucho menos, los miembros de asociaciones marxistas. Muchos padres de familia entraron en ellas para poder dar pan a sus hijos. Y en las mismas milicias hay mozos de pueblo, cazados a lazo, o poco menos.

El que yo sepa que un prisionero ha sido un comunista, asesino, incendiario de Iglesias y envenenador de las masas, no me autoriza a meterle cuatro tiros en el cráneo, mientras no esté yo investido de la autoridad competente, derivada de alguna manera del Poder Supremo.

Podrán ocurrir casos, en que sea necesario pasar por las armas a un espía o traidor, con alguna rapidez, no con precipitación, que es siempre señal de miedo; porque está el enemigo atacando a unos metros.

En combate se puede matar al enemigo sin investigar si es inocente o culpable, con tal de que la guerra sea justa; como lo es ésta de parte de las tropas nacionales. Pero, herido o rendido, no se le puede rematar. Como la culpabilidad no consta nunca por el único hecho de verle tirar, porque puede ser un forzado a combatir o un iluso de buena fe, el rematar al que arroja las armas o se rinde, es siempre un acto criminal.

Y es, además, anticristiano no darles lugar a que arreglen con Dios las cuentas de su alma. Y los que tal hacen, deben temer para sí la misma suerte de una muerte violenta, que les haga caer en manos de Dios airado.

Los excesos que personas subalternas hayan podido ejecutar, están en contradicción manifiesta con las decisiones del Alto Mando, que ha declarado muchas veces querer el castigo de los dirigentes, y reservar a las masas seducidas

para un juicio posterior, en que habrá lugar a la gracia.»

En el segundo escrito, más bien encaminado al Cuerpo Jurídico Militar, las ideas céntricas no difieren de las expuestas en el Documento anterior, pero hay aspectos que presentan diversos matices.

«En derecho de guerra hay casos en que se puede aplicar la última pena a delitos que, tal vez, en sí mismos no aparezcan tan graves, pero que, de ser consentidos, llevarían al Ejército a la derrota. Por eso es durísima la justicia militar con desertores, espías, etc. En este caso, más que castigar con pena de muerte, se considera al desertor o espía o rebelde, como a un enemigo cogido en el momento del ataque. Es un agresor a quien se repele por la fuerza.

Según las dos condiciones puestas, se puede afirmar que los asesinos de mujeres, sacerdotes y otras personas innocuas; los autores de esos crímenes repugnantes que marcan un grado infrahumano de perversión en la naturaleza, con casos de un sadismo asqueroso; los que han incurrido en delitos que todo Código sanciona con penas gravísimas, pueden merecer la pena de muerte. Y si no son locos o idiotas, se presume que la merecen.

Lo mismo se puede decir de los guías y promotores conscientes de un movimiento como el comunista, que lleva en sí tales horrores; los que desde el periódico, el libro o el folleto han excitado a las masas, valiéndose de la calumnia y la perfidia, mintiendo a sabiendas, provocando a la violencia y al asesinato, glorificando a los criminales. Los que se han dedicado metódicamente a envenenar a la juventud en la escuela y a corromperla con revistas como «Estudios», donde, con apariencia científica, se enseñaba la perversión sexual.

En cambio, hay que proceder con suma lentitud, cuando se trata de las masas engañadas. Las ideas socialistas tienen una parte de verdad, y lo que en ellas hay de falso, no es tan obvio que pueda verlo cualquier inteligencia. Aun la mayor parte de los que militan en el Movimiento Salvador de España, son incapaces de señalar dónde están los errores del marxismo. Los obreros que vivían en régimen social tan es-

candalosamente injusto y desigual, como el de España, donde aparentemente el Ejército y el Clero apoyaban el estado establecido, es muy fácil creyesen, sinceramente, en la verdad y bondad del sistema socialista.

Es claro, por tanto, que no se incurre en la responsabilidad necesaria para merecer la pena de muerte, por el mero hecho de estar afiliado a la UGT o a la CNT; ni aun por tomar un fusil para defender ideales, equivocados, pero sinceramente tenidos por lo mejor para la sociedad.

Hay que tener en cuenta que la masa del pueblo está formada por reses gregarias, que se dejan llevar a manadas. La mayor parte de los hombres van por donde les quiere conducir el agitador político, el periódico y la radio. Las gentes embrutecidas o ignorantes del campo y de los suburbios, que han oído desde hace tiempo predicar como lo único recto la doctrina social marxista, y llamar facciosos y aliados del capitalismo a los Generales que dirigen al Movimiento; que se sentían, además, atraídos por las diez pesetas diarias; y que veían que la policía y el Gobierno, aparentemente legítimo, estaban de parte de esas doctrinas halagadoras y nuevas, que prometían un estado social perfecto, no es raro que hayan sucumbido a tantas fuerzas de seducción.

En cambio, disminuyen en mucho la responsabilidad, la coacción moral y la material. Los Sindicatos presionaban enormemente al obrero y al empleado para obligarle a ir al frente. Para tener trabajo, había que estar asociado; y la Sociedad obligaba a sus miembros a ingresar en las milicias. La alternativa era padecer el hambre o coger un fusil. Por negarse a pertenecer a las milicias, se incurría en la sospecha de fascismo, que era peligro próximo de ser fusilado.

Matarles por eso sería cometer un crimen. Hay que instruirles. Hay que desengañarles.»

Cierra todo este largo escrito con un ideal nobilísimo, que no podía faltar en el Padre Huidobro. Aquí, como en el Evangelio, la última palabra es el mandato heroico de la caridad.

«Esto he escrito siguiendo casi exclusivamente los dictados del Derecho natural y la política.

El soldado cristiano debe tener aún más; combatir con más valor y denuedo que nadie, pero perdonando y amando a los enemigos.

Sería la ruina de lo más excelso que España tiene, el que desapareciesen tales sentimientos.»

7. SUPREMAS NORMAS.

Aun cuando se hubiera reducido toda la acción del Padre Huidobro, durante los meses de su campaña legionaria, a lo que se preocupó e influyó por asegurar la humanización del trato que se había de dar a los prisioneros rojos, España entera le sería deudora de haber sido él uno de los que, con gran fruto, colaboraron, en estos principios de la guerra, a fin de que ésta se deslizase por el sendero de una recta justicia, lo más conforme con la caridad cristiana.

Es este uno de los aspectos más gloriosos del Capellán de la 4.ª Bandera, y que mira no ya únicamente a su Bandera y a la Legión, sino a todo el Ejército Nacional.

Para esta labor emprendida por él, no bastaba poseer heroísmo, como el que demostraba al ir siempre en vanguardia para atender heridos. Le era necesaria visión clara del difícil problema, con sus adjuntos, en tiempos de una guerra llevada tan a fondo; e inteligencia y prudencia para actuar con acierto; y juntamente, gran valentía moral, unida al respeto y debida subordinación.

No fue la suya labor de propaganda clamorosa, llamativa. Fue mucho más eficaz. Buscó el conseguir, con apremio grande, que se marcasen más fija y universalmente las normas que se debían seguir con los prisioneros; y que jefes y Oficiales, cada uno entre los que tuviese a sus órdenes inmediatas, urgiesen y vigilasen por el estricto cumplimiento de la cristiana justicia. Sin duda que ya estaba todo ordenado, pero todavía algunos subalternos, acá y allá, incontroladamente lo violaban, a las veces, por su propia cuenta.

Se dirigió no a las masas, que no eran aquellos tiempos la ocasión oportuna para tales instrucciones populares. Para los soldados era suficiente su serena palabra; y sobre todo su ejemplo,

dentro del ámbito suyo, la 4.ª Bandera. Más operosa, aunque más callada, fue su acción.

Se dirigió, previniendo excesos futuros, a los Jefes del Movimiento, siempre atentos a reprimir abusos, pero a quienes era bueno esforzarles con el recuerdo de los principios, y aun de las concretas aplicaciones, del Derecho natural y cristiano. El personalmente, y por medio de otros Capellanes militares, fue hablando y entregando su escrito a Jefes y Oficiales.

Hoy día, sosegados los ánimos, teniendo ya, a Dios gracias, la guerra tan lejos de nosotros, es obvio que todos sepamos razonar serenamente, como el Padre Huidobro razonaba. Por eso no nos es fácil ahora apreciar todo el valor de lealtad y de verdad que suponen las gestiones del joven Capellán del Tercio, realizadas en los comienzos de la lucha, cuando todo estaba organizándose y cuando el grito de la pasión se dejaba en todas partes sentir. Valor, en atreverse a concretar estas Normas y en exponerlas, él el primero, un recién llegado y desconocido Capellán.

En un sector muy diverso al de las trincheras, bien podemos decir también aquí que su espíritu de cristiana caridad le llevó, una vez más, al heroísmo. «Pater, a usted le van a fusilar», le dijo un día uno de los Oficiales de la Legión, al verle dirigirse a altos Jefes con sus razonamientos de Justicia y Caridad. «A un hombre no se le fusila así como así», le repuso el Padre. Claro que no se habría de llegar a tanto. Pero, en todo caso, ya sabemos lo que es la disciplina militar, y el que un subordinado, los Capellanes aún no estaban reconocidos oficialmente, ni como Alféreces, sin ser consultado, se dirija a sus Jefes y les diga, en tono serio y de autoridad, qué es lo que han de hacer para cumplir con su obligación ante Dios y ante la Patria.

De una manera silenciosa, eficacísima, fue circulando su escrito por unos y otros sectores del frente nacional. Leído y, por la gran mayoría, aprobado y alabado. Algunas excepciones que encontró, de no aceptar en su integridad las Normas, le fueron al Padre Huidobro de amargo dolor.

> «Su escrito —escribe el P. Marín Triana, Capellán de la 7.ª Bandera— fue muy bien recibido. Lo daba, y le ayudábamos a ello, a leer a jefes y Oficiales, que veía bien dispuestos a comprender las razones que él aducía. El personalmente

se lo dio a leer a Castejón. Yo se lo di a leer al Comandante jefe de mi Bandera, López Pinto, y me lo alabó extraordinariamente, declarándose identificado, en absoluto, con todo lo que allí se decía. Yo estoy convencido de la influencia práctica y bienhechora de este escrito suyo.»

«Mucho estimé esas cuartillas que el mismo P. Huidobro me entregó —escribe el Capitán Canós—. Ellas fueron la guía en mi norma de conducta. Puedo asegurar que eran un modelo de razonamiento, de generosa crítica, de humanidad, de amor al prójimo. ¡Influyó tanto con sus enseñanzas sobre la suerte de los prisioneros que hacíamos al enemigo! »

Entre otros muchos, envió el Padre Huidobro su escrito al General Varela, que mandaba todas las fuerzas que avanzaban por el Sur sobre la capital. En la carta que con esta ocasión le dirigió, decía que pues Dios parece que le iba a constituir el conquistador de Madrid, no permitiera cayese sobre su glorioso nombre la mancha de asesinatos, que algunos subordinados clamaban por que se realizasen, en esta próxima entrada, como castigo y escarmiento.

En los mismos días en que hasta algunos moralistas juzgaban demasiado rígidas las Normas del Padre Huidobro, tenía éste el consuelo de recibir juicios tan nobles y serenos como el del laureado General, que le envió en seguida una respuesta «escrita de un tirón, sin un solo punto», como luego comentaba el Padre Huidobro:

«Yuncos, 3 de diciembre de 1936. —R. P. Fernando Huidobro, Capellán de la 4.ª Bandera del Tercio. —Reverendo Padre: Contesto con mucho gusto a su carta del 14 de noviembre pasado, teniendo el gusto de comunicarle que, en efecto, estoy en un todo de acuerdo con usted en el contenido de la misma; ya que mis sentimientos religiosos y humanos no me permitirían, ni por un momento, no proceder de acuerdo con la más recta justicia; celebrando muy de veras coincidir con un ministro de la Iglesia en esta cuestión, estándole asimismo muy reconocido por la sinceridad de sus palabras, que revelan en quien las ha escrito un gran corazón, avalado por el hecho de haber venido voluntario de Bélgica a tomar parte en esta Cruzada, en que todos los buenos españoles tenemos puesta nuestra fe y entusiasmo. —Aprovecho

> esta oportunidad para ofrecerme de usted afectísimo y s. s. q. e. s. m., José Varela.»

Otros muchos Jefes y Oficiales le manifestaron su entera conformidad con cuantas normas de justicia y caridad exponía en sus escritos.

Pero la satisfacción máxima la recibió el Padre Huidobro el día que llegó a tener en sus manos la prueba más valiosa de que el Supremo Mando aprobaba y hacía suyas las doctrinas por él desarrolladas.

Es que el Capellán había escrito al Caudillo por medio de su Ayudante, el entonces Teniente Coronel Carlos Díaz Varela. Aguardaba ansioso el Padre la respuesta, que no dudaba había de ser aprobatoria; pero siempre mantenía, indudablemente, algún temor de que su propia intromisión, no pedida, ante las máximas Autoridades, hubiera sido mirada con desagrado.

Díaz Varela retrasó algún tiempo el entregar la carta del Capellán, por no aumentarle las preocupaciones al General Franco, ocupadísimo entonces por el encauce de las operaciones. Pensaba, además, ser suficiente el que dichas Normas fuesen a manos del General Yagüe, que era quien, por estos tiempos, mandaba la División en la que estaba la 4.ª Bandera. Así se lo dio a entender al Padre Huidobro en carta de contestación.

Insistió entonces el Capellán con una segunda carta, en la que, con todo respeto, pero también con suma instancia, le rogaba no detuviese el escrito.

El mismo Ayudante del Caudillo contó más tarde que ante esta insistencia, entregó su carta y sus Normas al General Franco. Al enterarse de la exposición del Padre Huidobro, Franco «se indignó», tales fueron las palabras de Díaz Varela, pero no contra el autor de la carta, sino contra los excesos que, a pesar de todas sus prohibiciones, algunos particulares habían cometido. Se lamentó de que no le avisasen a él en seguida estas cosas. Y mandó que se volviesen a urgir sus órdenes de impedir cualquier abuso.

La carta que recibió tan gozoso el Capellán, decía así:

> «Salamanca, 25 de noviembre de 1936. —Sr. D. Fernando Huidobro. Talavera de la Reina. —Mi estimado Capellán y amigo: Ante todo mi sincero deseo de que se cure

pronto y bien de su herida, para que pueda volver a cumplir en el Frente su sagrada misión. Después, ruégole me perdone lo que he tardado en contestar a su interesante carta.

Pude enterar de sus quejas a la persona que deseaba. Las encontró justificadísimas y condenó, como se merecen, los excesos que denuncia.

Enemigo sincero de ellos, le aseguro que sólo desea puedan ser señalados sus autores o inductores, para ser sancionados con el rigor que merecen. Son muy lamentables esas extralimitaciones de algunos locos, que sólo sirven para desprestigiar la causa y ofender seriamente a Dios.

El Mando ha prohibido terminantemente lo que en conciencia es rechazable; y velará por que esa desobediencia no se repita.

Deseando que Dios le devuelva pronto la salud que pido para usted, le agradece muy de veras sus oraciones, su afmo. amigo q. b. s. m., Carlos Díaz Varela.»

Con razón podía estar contento el Padre Huidobro. Había recibido la mejor prueba de que los excesos que se hubieran cometido, y que a él le habían dolido tanto, habían sido acciones incontroladas, de particulares, en contra de las normas y de las órdenes de los Jefes; de esas acciones que no pueden faltar en toda obra humana. Humanamente, era imposible el reprimir todo exceso, cuando había centenares de miles de hombres empeñados en una lucha a muerte. Y sobre todo, cuando se daba el que los soldados vencedores de pueblos liberados, se encontraban, de pronto, con la palpable manifestación de las inauditas y monstruosas crueldades, que se habían perpetrado durante la temporada de dominio marxista.

Escribió entonces el Padre Huidobro una tercera carta, cariñosísima y llena de gozo y agradecimiento al Ayudante del Caudillo. Esta carta, desgraciadamente, se ha extraviado.

Bien puede asegurarse que esta labor personal, callada y discreta, contribuyó, muy eficazmente, a orientar más los espíritus dentro de las filas del Ejército nacional, y a hacer que de este modo España se presentara en aquella guerra, ante el mundo que la contemplaba, como ejemplo de cristiana comprensión con el vencido.

El fruto de esta última intervención del Padre Huidobro fue muy grande. Supieron los Jefes y Oficiales, supieron los legionarios, y este conocimiento se fue extendiendo por una buena parte del Ejército nacional, que, con ocasión de este Documento, el más Alto Mando había urgido muy severamente que se vigilase, a fin de que la más pura justicia, templada con la caridad, rigiese el castigo de los culpables. Desde ese día se divulgó aún más el escrito, dada la suprema aprobación recibida, e hizo hondo efecto en el ánimo de la Oficialidad.

Un segundo mérito conservan las Normas de conciencia escritas por el Padre Huidobro acerca de la Pena de muerte: constituyen un argumento muy decisivo contra la Leyenda Negra. Intentó refutar el Padre Huidobro, en periódicos y revistas, las calumniosas acusaciones del extranjero, que caricaturizaban a los Jefes nacionales, motejándoles de crueldad. Ineludible defensa de su justicia noble en el proceder, la dan estas Normas. Porque honra es de la España nacional, el que la voz justa y sincera del Capellán llegase hasta las más altas esferas de la jerarquía, y fuese allí plenamente acogida. Las escribió muy a los principios de la guerra, anótese con cuidado esta importantísima circunstancia, y fueron gustosamente aprobadas, en su totalidad, por los caballeros justos y cristianos que eran los Generales de España. Como que ya las guardaban. Testimonio irrefragable de que el Alto Mando nunca se apartó de esas reglas de justicia; testimonio de que la acusación, nacida en el extranjero, sabe a calumnia. Porque acusarles de no haber logrado impedir en todo el territorio español cualquier abuso, aun particular, esporádico, en medio de tal efervescencia de pasiones, sobre ser mal intencionado, sería ridículo.

8. ¿TODOS IGUALES?

Ante estas Normas de justicia y caridad cristianas, aceptadas e impuestas en toda su extensión por el Mando nacional, se levanta aquí espontánea la pregunta: En el millón de muertos de nuestra guerra (demos que no sea exagerada en exceso la cifra), ¿fueron lo mismo los de un bando y los del otro? Más exactamente: los que causaron la muerte a ese millón de muertos, ¿procedían lo mismo?

Quienes los mataron, ¿merecen el mismo juicio ante la conciencia pública, ante la Historia, ante Dios?

No es lícito poner en pie de igualdad ni el móvil y justicia de la causa, ni los procedimientos empleados. Ni en el modo ni en la cantidad, admite parangón una zona con otra.

Sin regatear por eso a los «blancos», pecados, venganzas, lamentabilísimas, pero incontroladas, y aun crueldades particulares que, imposible no se dieran, en medio de la inmensa multitud de hombres armados, en las mismas Cruzadas palestinenses se dieron, escoria que se da en toda obra humana. Pero una cosa es lo aislado, aunque fuese demasiadamente repetido, mas siempre prohibido y en lo posible castigado; y otra cosa es lo ocurrido en el lado rojo. Allí se había implantado, como ley ordinaria, el terror y la tortura y el martirio sistematizado, en grado y número tal, que la Historia de los últimos siglos no presenta hecho análogo con el que compararlo. Allí los asesinatos a mansalva, aun de tantos — ¡innúmeros!— inocentes; y el sadismo y la lujuria más repugnantes. Y no sólo sin el menor esfuerzo de los dirigentes por reprimirlos, sino, las más de las veces, abiertamente consentidos, cuando no impulsados y dirigidos por el Alto Mando y los gobernantes. Nunca las calles de las ciudades de España ni las cunetas de sus carreteras habían sentido el caer de tantos inculpables asesinados.

Esto ocurría en los centros de lucha, y en los campos y en los pueblos y ciudades, lejos del teatro de la guerra; a lo ancho y a lo largo de todo el territorio nacional, sometido aún al dominio marxista.

Equiparar los crímenes y torturas de la zona roja, con excesos de los nacionales, ni en modo ni en cantidad, sobre falso es injusto.

¿Quién se va a atrever a igualar los dos bandos, cuando a los dos meses justos de guerra ya pudo decir el Sumo Pontífice Pío XI:

> «Cuanto hay de más humanamente humano y de más divinamente divino: Obispos y sacerdotes, vírgenes consagradas a Dios, seglares de toda clase y condición, venerables ancianos, jóvenes en la flor de la vida..., todo ha sido asaltado, arruinado, destruido, con los modos más villanos y bárbaros, con el desenfreno más libertino, jamás visto, de fuerzas salvajes y crueles; que podrían creerse imposibles, no digamos a la dignidad humana, sino hasta la misma naturaleza

humana, aun la más miserable y caída en lo más bajo.»

¿Un millón de muertos? No solamente hubo muertos. También hubo mártires; bien que éstos, ¡muchísimos!, los hubo únicamente en el bando que el papa Pío XI solemnemente manifestó. Proporcionaron, es verdad, una página gloriosísima para la Historia de la Iglesia; que no fueron martirizados por represalias, sino por odio. ¡Y sin ni una sola apostasía entre los siete mil sacerdotes y religiosos asesinados por la Fe!

Terminada la guerra, el Papa Pío XII levantó su voz, al igual que su Antecesor, para proclamar el carácter de Cruzada que había tenido la lucha «en defensa —dijo— de los ideales de la Fe y de la civilización cristianas»; y añadió que todo esto se había hecho para defenderse «de los que no luchaban sino en provecho del ateísmo».

Por eso nada de extraño tiene el que a los muy pocos días de la Victoria, a principios de abril del 39, Su Santidad enviase un telegrama de felicitación y bendición a quien estaba al frente de los que habían salvado la Fe y la Patria.

Felizmente para España, para la Cristiandad y para todo el mundo civilizado, en esta decisiva ocasión, el Ideal venció al Odio.

No se había tratado de un forcejeo entre derechas e izquierdas. Ni fue «catástrofe sin justificación»; bastante se justificó aquel Alzamiento con haber salvado a España del comunismo y del caos.

CAPÍTULO XXIV

PREPARANDOSE AL TRIUNFO DEFINITIVO

1. La muerte aceptada. 2. Un descanso de la 4.ª Bandera. 3. En Retiro espiritual. 4. Holocausto ante el Altar. 5. Charla de legionario. 6. De nuevo hacia la Legión.

1. LA MUERTE ACEPTADA.

> «Dios sabe lo que quiere de mí. En sus manos está mi destino. Y si es la muerte, será por amor.»

Esta frase, sublime en su sencillez, la escribió un mes antes de dar su vida en Aravaca. Encierra todo un poema. La ingenua sinceridad con que está dicha, en una carta a su hermano, hablándole de los combates del Jarama, en donde por aquellas fechas se encontraba, realzan aún más su sentido: expresión de la totalidad de su entrega generosa y confiada en las manos paternales de Dios; expresión de que su alma ya estaba preparada para el encuentro definitivo; expresión de paz interna, en medio del ambiente bélico exterior.

Muy antiguos eran en el Padre Huidobro los sueños generosos de dar su vida, derramando la sangre por amor de Dios. En sus escritos íntimos, ya lo hemos leído, toma por su modelo al Capellán irlandés de la guerra europea, Padre Doyle, que terminó con sacrificio heroico entre sus soldados. De la muerte de este Capellán y de la grandiosidad de todo su actuar, ya varios años hacía que en el Colegio de Chamartín les habló con entusiasmo a los alumnos. Antes de su Sacerdocio, explayando sus sentimientos con Ignacio, su hermano, comentaba el martirio del mexicano Padre Miguel Pro, diciéndole con cuánto deseo él también estaba de irse pronto a donde se pudiera dar el testimonio del Martirio. También a unas religiosas de Berlín, en cuya pensión vivía, les llamaba la atención

cuánto ansiaba el Padre Huidobro una muerte semejante a la del Padre Pro.

Todos estos ideales de ofrecer el holocausto sangriento de su vida, no los tenía únicamente cuando en Chamartín, en Holanda o en Alemania nada hacía presagiarle tal suerte. Se le aumentaron aún estos anhelos cuando la vio cercana; cuando, a derecha e izquierda de él, veía caer a tantos heridos y muertos, y especialmente, cuando ya su alma, con el transcurso de una vida tan entregada a Dios, se había ido llenando más y más de amor a Jesucristo.

El Padre Paúl Timoteo Martínez, que en marzo viajó con él a Cáceres, en dos cosas quedó admirado de su compañero de viaje: de la devoción con que le vio decir la Misa, y de las ansias que tenía de morir mártir, para ofrendar a Dios su vida por España.

Soñaba en dar su vida por sus legionarios, y así triunfar. Esta es la palabra con la que designaba tal muerte. Lo que apenas entrado en la Legión había escrito a su hermano, refiriéndose al Capellán que pereció en una chavola juntamente con el Sargento a quien estaba confesando:

> «Estuve en Guadarrama; y allí dejé colocado al P. Martínez, que tan santamente luchó y triunfó.»

Y tan glorioso le parecía este triunfo final, que él se consideraba indigno de alcanzarlo. Así le escribe al Padre Arceo:

> «Mi queridísimo discípulo ha muerto como un jesuita. Otros quedamos menos maduros, dando tumbos por montes y barrancos, en auto, a caballo y a pie.
>
> Yo soñé, alguna vez, con ir detrás de él, pero no he sido digno ni siquiera de sufrir un poco. Todos son mimos.»

Una carta hay, precisamente la escrita desde el Hospital de Talavera a su hermano, exponiéndole sus planes para cuando la entrada en Madrid, en la que brevemente, pero con expresiva profundidad, le confía sus sentimientos ante la dura idea de morir. Morir por Cristo es la mejor manera de salvar las almas, pues así nos redimió Jesucristo y así Le imitó San Pablo. El Padre Huidobro ve venir la muerte, y no se le entristecen sus ojos, porque sabe contemplar la hermosura, y aun diré, la poseía, que se encierra en dar la vida, como Cristo, por las almas.

«Estoy con un vago presentimiento de que la herida será mortal. Ya sabes que el legionario es 'el novio de la muerte', y yo voy con ellos a todas partes.

¡Qué ruin es la naturaleza! Cuesta, aunque parezca mentira, hacerse a la idea de morir por ellos. Falsamente se nos representa que somos necesarios. Pero, ¿podemos hacer algo mejor por las almas que morir?

‘Yo por ellos Me santifico a Mí mismo, para que, de cuantos me has dado, ninguno perezca, sino el hijo de perdición’, dijo Jesucristo.

Dar la sangre y la vida por ellos en unión de Cristo, para que Dios los salve, en sus designios, por sus caminos.

Ese 'santificarse' no es hacerse santo. Sino: ofrecerse como hostia.

Lo que San Pablo hacía: 'Cada día muero —'impendam et superimpendar' (gustoso daré cuanto tengo, y a mí mismo, por las almas)— ‘immolor supra sacrificium’ (derramaré mi sangre en libación sobre el sacrificio que ellos, los legionarios, hacen a Dios).

Y no hay más camino que, en el ánimo y disposición, dar la vida.

Y cuando esto se ha hecho, es la paz y el gozo en medio de los mayores peligros.

Pídelo para mí; que sepa ser apóstol; que no sea tan ruin.»

Por los legionarios todos de la 4.ª Bandera, y por los demás soldados con quienes trató el Padre Huidobro, ofrecía su vida, para así ayudarles más eficazmente, como Cristo, a que salvasen sus almas. ¡Gran corazón el de su Capellán! De aspiraciones infinitas, no le importaba morir, sabiendo que su sangre sería fecunda y ejemplar.

«El morir en el combate, es el mayor honor», les dice a todos los legionarios su «Credo». El Capellán elevaba el sentido de esta frase aplicándolo al combate de la vida. Pues todos los planes y ensueños de trabajos futuros, no le impedían comprender que si grande es el trabajar por Cristo, mucho más grande es el sufrir por

este sublime ideal, y más aún el morir. No es sólo un honor. Es, lo dijo Cristo, la mayor prueba del verdadero amor hacia el Amigo Divino.

¿Previó el Padre Huidobro su próxima muerte? ¿Es cierto, como algunos dicen, que tuvo de ella «presentimiento»? Preverla, como en una especie de inspiración divina, no. No existe prueba ninguna. Pero tenía más; tenía la casi certeza. No se necesitaba ser profeta ni hijo de profeta para verla venir, y muy de prisa. Extraño se la haría a él, como se nos hacía a cuantos temíamos por él, el que tardase tanto. Casi ocho meses. Dado el puesto que eligió para sí desde el primer día en Cazalegas, la vanguardia más avanzada, y cayendo a su alrededor tantos, muertos y heridos, a él también la había de tocar muy pronto. Que estaba expuesto de continuo a la muerte, él, Capellán de una heroica Legión, fuerza de choque, no necesitaba se lo dijesen. No era aquella una Cruzada de ligeras escaramuzas, «a primera sangre».

> «La guerra —escribía el día de la Inmaculada— es ahora más dura; guerra de grandes vuelos, con todas las armas, con minas y tanques y grandes masas de hombres. Ahora es mucho mayor el peligro y hay que ir, más que antes, contando con la muerte. A todos da el Señor gran espíritu.»

Cuando él habla, y lo hace tantas veces, de que tiene presentimiento de su próxima muerte, nos es lícito interpretar la palabra por «Seguridad moral». No se creía invulnerable, y menos en la Legión. «Le dije al P. Huidobro cuando iba a regresar al frente —dice una religiosa del Hospital de Talavera—: Voy a pedir mucho a Dios para que tenga suerte.» El en seguida me contestó: «Madre, todas me dicen igual. No pidan eso, sino que se cumpla la voluntad de Dios. Yo tengo el presentimiento de que he de morir en esta guerra.» Lo mismo dijo ya en la puerta, al despedirse del Padre Marín Triana: «Tengo el presentimiento de que me van a matar.»

Más importancia tiene la plena aceptación de la probabilísima muerte, a pesar del sacrificio que el morir supone. No está reñido el anhelo de darle esa manifestación de amor a Jesucristo, con la repugnancia que todo ser humano tiene a salir de este mundo. En Jesucristo mismo existió: anhelo de morir por nosotros, y espanto ante la Pasión.

Sabía el Capellán que se iban a dar pronto el abrazo definitivo él y la muerte. O mejor: que Cristo, en ella, le iba a recibir muy pronto a él, su siervo Fernando, entre sus paternales brazos. Y lo aceptó sin vacilar.

Alguna tristeza suponía para él el renunciamiento a todos los ideales de apostolado. Y el haber renunciado a ellos supone la grandeza de su generosidad con Dios. Gozábase presintiendo la fructuosa labor del mañana cercano, y la idea de que quizá no llegará a haber puesto para él en ese trabajo de reconstrucción de la Patria renovada, levantaba ante sus ojos, resignados, es verdad, una nube de nostalgia. Una carta a su hermano, desde el Jarama, terminaba con estas palabras:

> «Es tal vez lo que más me apura ante la muerte, o lo que más me cuesta: renunciar a planes para el futuro. Pero es falta de fe. Dios sabe lo que quiere de mí. En sus manos mi destino.»

Desde luego, él había perdido todo respeto a la muerte y no la temía.

Recién vuelto del Hospital, cojeando aún y apoyado en su cachava, se encontró un día con el Padre Meseguer, Capellán como él en la Ciudad Universitaria:

> «Mire; si no se traga uno la muerte (fueron sus textuales palabras), no se puede cumplir dignamente la labor propia de Capellán.»

¡Cuánto heroísmo por la salvación de las almas encierra esta frase del herido, que volvía otra vez voluntario a las avanzadas! Este fue su estado de ánimo, todos los días, durante su permanencia en el frente.

Juntamente con la repugnancia al morir, llevaba en su interior el amargor de la guerra y del pecado. Como si Dios hubiera querido, en últimos cortos tiempos de vida que le quedaban, purificar y despegar de todo lo terreno su alma.

> «Alturas del Jarama, 20 de marzo. —Querido Ignacio: No sabes lo horrible que es la guerra. ¡Dios mío, que pase de nosotros este cáliz! La guerra, ahora, como siempre, favorece a Baco y Venus; y sigue el castigo de Dios escogiendo a los

mejores, como Enrique.

Gran parte de los Oficiales no se molestan en ir a Misa los domingos, y luego se pasan el día bebiendo y jugando. Ya muchas veces se siente uno movido a sacudir el polvo, como manda el Maestro. Pero no, porque hay tanta ignorancia y tan poca instrucción, que hay que disculparles. Yo estoy espiritualmente muy cansado de esta vida airada. Pídele al Señor que me dé esfuerzo para seguir, hasta el fin, en esta cruz.»

Notable es la frecuencia con que en sus cartas habla de la probabilidad de su muerte y de su aceptación gustosa. Señal de que esta idea no se le apartaba del pensamiento. Era ya su frase: «se la había tragado». Y juzgaba no de gran mérito llegar a tal estado de ánimo. En una porción de cartas expone lo mismo. Estas últimas expresiones, en tres cartas a distintos destinos.

«Creen ustedes que es más esto de lo que es.

Hay un paso que dar en raíz, que es renunciar a la vida. Confieso que cuesta mucho. Pero eso es toda la valentía. El título de héroe tengo que rechazarlo, porque soy muy cobarde.»

«Pida por mí mucho, para que me santifique, unido con Jesucristo, y dando la vida, si es preciso, por las ovejas para ser buen Pastor.

Yo ya voy atravesando innumerables peligros, y los soldados dicen que Dios me protege, porque debían haberme herido ya muchas veces.

Si hace falta morir, yo también ofrezco mi vida por que reine en España.»

Sin duda le movía a actuarse tan frecuentemente en esta sabia disposición, aparte de la realidad del peligro, dado su valiente proceder, la generosidad de espíritu con el Señor; procuraba que la voz de Dios, como al siervo fiel del Evangelio, le encontrase en vigilia.

No hay duda; fue esa su valentía: ¡renunciar de una vez para siempre a la vida! Bien está: pero, ¿no hay alguna otra valentía y generosidad mayor? Sí; la de renunciar a la vida *muchas veces*,

cual hacía cada una de las veces que entraba en fuego, yéndose a primera línea y sin armas.

Es curioso; habla más de una vez, con ponderación, de lo terrible que es el cañón ruso del 12,40. Y éste fue precisamente el cañonazo que le trajo la muerte instantánea.

2. UN DESCANSO DE LA 4.ª BANDERA.

Correspondíale al Padre Huidobro hacer su Profesión solemne en la Compañía de Jesús, el día de la Purificación de Nuestra Señora, 2 de febrero. ¡Gran consuelo para él, en medio de la campaña militar, ligarse más apretadamente a la Orden religiosa a la que ya hacía cerca de veinte años se había entregado!

Pero el bien de los legionarios reclamaba su presencia ininterrumpida en el frente. Por otra parte, a acontecimiento tan marcado en su vida religiosa debería preceder algún reposo espiritual, mayor que el permitido en la agitada vida de trincheras.

Ambas razones, celo y propia devoción, le decidieron a pedir retrasar esta solemnidad hasta el 15 de agosto, segunda festividad que escogía la Compañía para que, en día consagrado a la Virgen María, hagan sus hijos los Últimos Votos. Acudió, pues, al Padre General, por medio del Padre Gutiérrez del Olmo. Le envió la carta cuando, repuesto de su herida, se reintegraba a la Bandera.

> «Estando como está la lucha empeñada y habiendo falta de sacerdotes en primera línea, mientras abundan a retaguardia, quisiera pedir a nuestro Padre, que si llega el tiempo de incorporarme a la Compañía definitivamente y siguen estas circunstancias, me autorice para diferirlo hasta el 15 de agosto.
>
> Yo quisiera tener unos días de reposo espiritual para prepararme, no sólo con los Ejercicios, sino con la lectura de las Constituciones y consideración de ellas.
>
> Y ahora, entre el cargo que tengo de atender a los demás Padres (recuérdese que el P. Huidobro había sido designado Delegado del Provincial para los Capellanes jesuitas en el Tercio), y los trabajos apostólicos con la tropa, creo se-

ría muy difícil.

No es falta de aprecio de tan grande gracia, cuya dilación tendría por muy justificada, pues en mi pobre juicio habría que contestar ‘negative’ a muchas preguntas de los informes, sino deseo de hacerlo con más sosiego y preparación.

Pero en esto, como en todo, someto mi juicio a lo que Nuestro Padre tenga por más conveniente.»

El Padre General, providencialmente, no accedió a que difiriese sus Votos hasta la fiesta de la Asunción. «Cualquier sábado —fueron palabras suyas— es día dedicado a Nuestra Señora»; y le concedió hiciese la Profesión apenas su asistencia a los legionarios se lo permitiese.

¡Caminos amorosos de Dios! Estas dos últimas semanas, en la vida del Padre Huidobro, podrían, con razón, definirse: generosidad del hombre y generosidad de Dios. Dios premió con largueza la magnanimidad del Padre Huidobro. Renunció éste al consuelo y aun al provecho espiritual de sus Ejercicios y Profesión por el bien de sus legionarios; y Dios ordenó las cosas de manera que hiciese sus Ejercicios y Profesión, fuera de tiempo, es verdad, como preparación inmediata para que, apenas llegado al frente, se encontrase el terrible combate de la Cuesta de las Perdices, y más purificada y hermoseada su alma, entrase en el gozo eterno de la visión de Dios.

Así dice la carta en que el Padre Gutiérrez del Olmo le comunicaba, el 21 de enero, la concesión que le hacía el Padre General:

«Leí a nuestro Padre el trozo de la carta de usted, de 9 de diciembre, en que proponía la dilación hasta el 15 de agosto, con el fin de prepararse con más tranquilidad.

Nuestro Padre no aprueba dicha dilación. Entiende perfectamente que, estando usted en campaña, se vea impedido de hacer la Profesión el mismo día 2 de febrero; pero cree que debe usted hacerla tan pronto como le sea posible.

Y nada más oportuno para santificar la campaña, y en especial esta campaña de sentido tan cristiano, que ofrecerse al Señor en holocausto por medio de los Votos.

Si no puede usted hacer Ejercicios por espacio de ocho

días, conténtese con un triduo. Ni es menester a que llegue alguna festividad de la Virgen.»

Con la llegada del mes de marzo se fueron estabilizando los frentes victoriosos del Jarama, después de los tan encarnizados y violentos combates, y se le pudo conceder a la 4.ª Bandera un poco, muy poco, de descanso para reponer sus cuerpos físicamente agotados, sus filas diezmadas, su material malparado. El Padre Huidobro, aunque tan necesitado de total reposo, quiere aprovechar esta oportunidad para uno de los pasos trascendentales dentro de su vida religiosa. Se presentó al Comandante y le solicitó unos días de permiso. Era el primer permiso que pedía en toda la campaña; y lo pedía para retirarse al silencio de una Capilla a hacer Retiro espiritual. No le extrañó esta petición al Jefe Militar, que tanto estimaba la virtud religiosa de su Capellán.

Tenía pensado quedarse en Toledo para hacer el Retiro cerca de su Bandera, pero el Superior de aquella pequeña Residencia, aunque no lo era del Padre Huidobro, le recomendó fuese al Colegio de Villafranca de los Barros, lugar más apropiado para sus votos.

Mientras, el 29 de marzo, entraba en el auto de Toledo, le dijo al Padre Viera, misionero en el Japón, y entonces su compañero en la primera parte del viaje:

> «Yo había preferido hacer mi profesión aquí, para acudir con mis legionarios apenas hiciese falta. Pues si, de pronto, se renueva el ataque, pierdo dos días de camino, y pueden morir algunos soldados sin Sacramentos. Pero el Padre Superior cree mejor me vaya a Villafranca, y me dijo que en ese caso ya Dios proveerá.
>
> Ocurra lo que ocurra, yo ya voy tranquilo. ¡Qué paz y seguridad da el acudir a los Superiores y ponerse en sus manos! Voy, además, con gusto a aquel Colegio, pues tendré gran consuelo en hablarles a los alumnos.»

De todas maneras, iba decidido a interrumpir todo y regresar, de inmediato, al frente, si recibía aviso de alguna nueva operación de guerra con la 4.ª Bandera.

El viaje, dos días enteros, lento e incómodo. En auto a Bargas. De aquí, en ferrocarril, a Plasencia-Empalme, con una detención de tres horas largas, comenzada la noche. El Padre Viera ya le dejó aquí, para irse a su Terceronado de La Guardia. De Plasencia a Cáceres-Mérida-Villafranca. La última etapa la hizo en un autocamión de alemanes que se encaminaban a Sevilla.

El martes de Pascua, 30 de marzo, bullía el jardín del Colegio de San José, en Villafranca, con centenares de cabezas nerviosas: los colegiales vuelven de sus vacaciones. De pronto las conversaciones se detienen, las cabezas se vuelven a la reja de entrada. Por la avenida central sube un legionario, en uniforme de campaña: camisa descolorida, pantalones señalados por el barro, botas bien claveteadas. Sobre su pecho, el emblema de Capellán junto a la pica, arcabuz y ballesta de la Legión. Su andar era viril, aunque se ayudaba en un bastón; su ademán, sencillo. A todos saluda. Para todos tiene una mirada. Parece un amigo antiguo; el amigo entusiasta de toda juventud.

> «Entro en el comedor a media tarde, contó el Padre Ponce de León, y me lo encontré allí sentado, comiendo a las cinco del atardecer. Un legionario no tiene horas. Su guerrera de simple soldado, sin un solo distintivo encima, si no era un sencillo correaje y el Crucifijo, designando su sagrada misión sacerdotal. Con la sonrisa apacible de siempre. Con aquella mirada, tan suya, de paz y serena calma que tantos ánimos dio en los días de batalla. Su hablar reposado, diáfano, preciso siempre y atinado.»

Todos iban viniendo, luego, a saludarle, a su cuarto. ¡Qué contraste para él entre estas conversaciones dulces y sugerentes de tiempos felices de paz y estudio, y las escenas de tres días antes en el Jarama!

3. EN RETIRO ESPIRITUAL.

Comenzó aquella mima noche su retiro. El plan primitivo era hacer un triduo; a lo más, cuatro días de Ejercicios. Ya en Villafranca, resolvió a dedicar todo el tiempo que le fuera posible al recogimiento de su alma. Y eso que estaba deseosísimo, casi necesi-

tado, de hablar, de comunicarse y así descansar su espíritu en el trato con los demás Padres y Hermanos, a quienes hacía tanto tiempo que no veía, y cuya ausencia, él mismo lo aseguraba, constituía el mayor sacrificio que le imponía su vida en el frente.

En el Altar de San Ignacio celebraba la Misa, al mismo tiempo que los alumnos asistían a la que se decía en el Altar Mayor. Se quedaba luego a dar gracias en el Presbiterio o en el último de los bancos, con la exterior devoción y recogimiento, lleno de naturalidad, con que siempre se le vio ante el Santísimo.

> «Hago el Retiro de un modo especial —le dijo al P. Antonio Capel—. A lo mejor me paso dos horas en la Capilla. De pronto me vengo al cuarto, un descanso, y luego vuelvo. Allí estoy el tiempo que puedo.»
>
> «Encomiéndeme con insistencia a Dios, para que acabe yo de despegar de la tierra, por si esto se acaba»,

Le había dicho al mismo Padre la noche de su llegada. Este fue el fruto que pidió a Dios obtener en estos Ejercicios.

Cierto es que en la Capilla se le encontraba con mucha frecuencia.

En otros ratos leía las Constituciones de la Compañía, en su edición grande, como tanto le había gustado leerlas. Todos aquellos días, guardó mucha parquedad en las comidas.

Entró un día en el aposento del Padre Saturnino Arceo, para resolver algunas dudas sobre las fórmulas de sus Votos. Este Padre, refiriéndose a una carta del Padre Huidobro en la que escribió que había ofrecido su vida por la salvación de sus legionarios, y añadía: me parece que Dios la va a aceptar», le dijo:

> «Mucho piden todos a Dios por usted. Yo les digo que no tengan cuidado; pues todavía tiene que vivir usted mucho para dar mucha gloria a Dios.»

El Padre Huidobro, que hasta entonces había estado con sumo recogimiento de su vista, alzó los ojos y mirando con cierta admiración al Padre Arceo

> «Pues yo, Padre, he hecho todo este Retiro preparándome a la muerte.»

En una hoja de papel hallada más tarde en su maleta, fue anotando, durante los Ejercicios, unas pocas cosas: el número de actos hechos para su examen particular, mañana y tarde; varias dudas y permisos que tratar, entre los que se encuentran permiso para salir pidiendo limosna y para fregar platos en la cocina; el Plan del Retiro, con las meditaciones que se había señalado para el primer día: Fin del hombre; Confesión; Pecado; idea de la profesión; vida para morir. Allí se duele de:

> «Impaciencias que impiden fruto. Dejarme llevar de gustos de estudios no apostólicos. Dos o tres veces, cobardías. Buscar gusto en la comida.»

Se le notaba algún cansancio después de medio año en ruda campaña. Su aspecto, la notable modestia en sus ojos, la sobrenaturalidad tan espontánea en todas sus palabras, el amor que demostraba a sus hermanos en religión, fueron de eficaz ejemplo en aquellos días. Y en sus conversaciones, privadas y públicas, aparecía al punto el apóstol que todo lo mira bajo el aspecto de la gloria de Dios y salvación de las almas. Cuando los alumnos se encontraban en el Colegio con él, iban a besarle la mano con tal veneración y cariño, que a él mismo le llamó la atención, y así se lo manifestó más tarde a algunos en casa. Algo cojeaba todavía, aunque se esforzaba por disimularlo. «Sí, todavía me molesta un poco», respondió acerca de su herida en la rodilla.

Esto, su exterior.

Interesante, hasta lo más, sería el poder penetrar en las luces y afectos que iluminaban sus pasos en aquellos días. Su Diario, cerrado el 14 de julio, ya no lo volvió a proseguir. Tan sólo unas frases sueltas, oídas a él por uno u otro de los Padres del Colegio en la intimidad fraternal, y conservadas como veneradas reliquias, nos han dejado un resquicio para penetrar en el interior de aquellos días últimos del Capellán.

Seguramente que, en su largo trato con Dios, Le presentaría aquellos mismos sentimientos que acuciaban tan hondamente su alma y que, diez días antes, había explayado ante su hermano en una carta.

Algo muy íntimo logramos saber gracias a una hojita en que resumió sus propósitos. Consuela el pensar cuáles formaron todas

sus aspiraciones, días antes de salir de este mundo. Si hubiera tenido certeza de su próxima muerte, no hubiera procedido de otro modo. No solamente había conseguido la «indiferencia» que señala San Ignacio, al comienzo de sus Ejercicios, para «vida larga o corta». Subió más, dentro del amor generoso a Jesucristo.

Titula sus Propósitos, «Plan de vida y muerte». Pone al principio dos textos —del Salmo 72 y de la Carta de San Pablo a los Corintios—, en los que quizá sintetiza sus ideas: «Mi gran bien es unirme a Dios y poner en El toda mi confianza. Quien se une a Dios, vive a El.»

A continuación, sus propósitos prácticos, y para su estado presente de Capellán. Sólo tres párrafos, muy breves. Revélase en el primero, el Capellán, celoso y prudente. En el segundo, su ánimo nobilísimo, ante el pensamiento de la probable muerte. El tercero es hermosa síntesis de un apóstol. Con gran fruto se meditarán estos dos últimos párrafos.

> «I. Entregarme todo al ministerio presente, pues están en necesidad extrema. Y en particular:
>
> 1) Hablar claro, uno a uno, a los capaces.
>
> 2) Reunir por Compañías, con listas, a los míos (empezar por la 10.ª).
>
> 3) Hacer la estadística de todos, pidiendo relación nominal.
>
> 4) Llevar alegría y sonrisa a todos.
>
> 5) Hablar de Dios mucho y no de cosas militares, etc. Poco con los Oficiales.
>
> 6) Escribir sobre los problemas candentes.
>
> II. De la muerte. —Desearla de mi parte, por ser testimonio de amor a Cristo, el supremo; porque ha de acabarse la vida, y ¿cuándo mejor? Por la eterna visión del Bien y la Verdad. Todo con Cristo. Morir con El es vivir. Lo demás a la Providencia; ya tiene Dios determinado si debo morir y cuándo.
>
> ‘En tus manos está mi destino.’ ‘Tu salvación soy Yo.’
>
> III. Vida activa y contemplativa. — Contemplación por el Evangelio, San Pablo y las criaturas; cuanto haga falta para

la acción.

Esta es la suprema perfección del hombre: ‘agere ex contemplatione’ (obrar conforme a lo que ha meditado ante Dios).

La suprema perfección: Uno con Dios por Jesucristo.

Amén.»

Tres cartas escribió durante su Retiro en Villafranca: El día 31 a su pariente, la señora Rosario Hornedo, viuda del primo de los Huidobro, Enrique Leguina, muerto en el Pingarrón, confortándola en su pena:

«... Estás sola del todo como la Virgen al pie de la Cruz. ¡Que la Madre Dolorosa te sostenga y te dé la fuerza para sufrir!

Por su alma no tengas cuidado. Vivía en gracia de Dios y con un fervor que se le había aumentado desde que empezó la guerra.

Vivía verdaderamente de la fe... Estáte segura de que está con Dios. A mí no me gusta exagerar las virtudes de nadie. Pero su alma vivía en gracia y amor de Dios; de otra manera, no hablaría como hablaba. Si al que en el último instante se arrepiente, lo perdona Dios, ¿qué será al que vive siempre en paz con El?

Si hace falta morir, yo también Le ofrezco mi vida por que reine en España. Bastante más es lo que tú has ofrecido...»

El 1 de abril, a su Padre Viceprovincial:

«He podido escaparme del frente por una semana; y, como el Padre General me mandaba hacer la Profesión solemne cuanto antes, con no poco consuelo de unirme a la Compañía y en ella a Dios tan apretadamente, y sintiendo sinceramente que no lo merezco, haré mi oblación el lunes 5, fiesta de la Anunciación.»

Otra a su hermano, el día 3:

«Los pocos días de preparación que he tenido, me han renovado en cuerpo y alma, para volver a la guerra y a la

brega con las almas perdidas por esas trincheras.

El lunes hablaré a los chicos, y luego saldré para el frente otra vez.

Los Ejercicios me han entonado mucho y espero que ahora será mayor el fruto. Tenía necesidad de un poco de retiro y de respirar aires de familia en nuestra casa.

Ahora, venga lo que viniere.»

Esta frase última es: ponerse en manos de Dios con los ojos cerrados ante los planes de su Providencia: La Indiferencia de que habla San Ignacio, no a su Superior religioso, representante de Dios, sino a Dios mismo, « ¡venga lo que viniere! ».

4. HOLOCAUSTO ANTE EL ALTAR.

Se celebraba el día 5 la Encarnación del Señor, el 25 de marzo coincidió con el Jueves Santo, y por eso fue elegido para la Profesión.

La Capilla, adornadísima. Todos los alumnos. Médicos, Oficiales y muchos heridos del Hospital Militar de sangre, establecido en el mismo Colegio, y también gente de fuera. Dijo la Misa el Padre Rector, Padre Enrique Jiménez. Al alzar, cuando todos se postraron, se elevaron emocionantes los sones de trompetas y tambores, tocando la Marcha Real. El sacerdote se volvió cara al público, con el Cuerpo de Cristo en sus manos, y todos vieron que hacia El se acercó el Padre Huidobro vestida, sobre su camisa legionaria, la misma sotana que había llevado en su Primera Misa, y se arrodilló en la grada del Altar. El jesuita de los triunfos universitarios, el héroe de la 4.ª Bandera, y, lo que más vale, aun cuando al exterior no se aprecia, el entregado desde hacía tantos años, activa y místicamente, a Jesucristo, sin la menor reserva, va a realizar un acto cumbre en su vida religiosa. Resonó clara su voz potente:

«Yo, Fernando de Huidobro y Polanco, hago mi Profesión. Y prometo a Dios Todopoderoso, delante de la Virgen su Madre, de toda la corte celestial y de todos los aquí presentes, y a vos, R. P. Rector Enrique Jiménez, que en nombre del Prepósito General de la Compañía de Jesús y de sus

sucesores, tenéis el lugar de Dios:

Perpetua Pobreza, Castidad y Obediencia; y conforme a ella prometo tener especial cuidado de la educación de la juventud.

Prometo, además, obediencia especial al Sumo Pontífice acerca de las Misiones...»

Entregó conmovido al Padre Rector esta Fórmula escrita y firmada por él, y él a su vez recibió la Sagrada Comunión.

Después de tantos años transcurridos, todavía recuerda ahora el Padre Arceo que cuando, terminada ya la acción de gracia de la Misa, fue a recogerle a la Capilla para acompañarle a desayunar, se le veía al Padre Huidobro en impresionante recogimiento, como de quien acababa de estar orando, y, a lo que se le traslucía, en muy especialísima unión con Dios.



5 de abril de 1937. El P. Huidobro el día de su Solemne Profesión religiosa en el Colegio-Hospital de Villafranca de los Barros, rodeado de un grupo de alumnos. Seis días antes de su fallecimiento en Aravaca.

Fueron luego al jardín del Colegio para una foto. El Padre, vestido de legionario, rodeado de cuantos alumnos tuvieron a mano uniforme de requeté o falangista. Foto pequeña, de ninguna apariencia, pero de vitalismo y espiritualidad envidiables. El, en medio; los niños, a los que con tanto cariño miraba y saludaba al cruzar los tránsitos del Colegio, le están ahora venerando. En otras ocasiones, en días de fiestas, ven películas, comedias, personajes, asisten a desfiles...; ahora, se diría que presienten estar rodeando a un mártir. Fotografía preciosa por la ocasión solemne, y por ser la última, y de las pocas que hemos logrado del Padre Huidobro con su traje de legionario.

Habían todos respetado el recogimiento que el Padre venía buscando para su supremo y último holocausto a Dios, en la vida religiosa. Pero el 5 de abril se lo disputaban, chicos y grandes. Fue preciso ponerse de acuerdo en el Colegio, para que todos fuesen participando del consuelo de hablarle y de oírle. Se le dedicó todo el día; más exacto es decir que todo el día se dedicó el Padre a complacer al Colegio. Inconscientemente se daban cuenta que, para ellos, era el último día de la vida del Capellán.

> «Por la mañana —copio de la «Memoria del año escolar»— le invitamos a hablar a los mayores. Aceptó con gusto; más aún, quería hacerlo, y su deseo, nos dijo, hubiera sido comunicarles sus impresiones de guerra, al llegar, cuando aún no se hubiera desvirtuado su realismo. En un tono familiar, íntimo, profundamente sincero, escuchamos sus impresiones de la vida en el frente. El espíritu que reina en vanguardia y la visión con que, desde allí, se contempla una buena parte de la retaguardia.
>
> Su palabra sencilla, un poco rasgada, como la de un hombre que vive en la brecha, encendido en amor a las almas y a España, iba cayendo en el espíritu de nuestros chicos, como una lluvia mansa, de esas que le templan preparándole para el trabajo.»

5. CHARLA DE LEGIONARIO.

A la tarde visitó, primeramente, las salas de los soldados heridos que se hallaban en aquel Hospital de sangre. Allí sí que el Capellán se encontraba en su ambiente. ¡Cuánto confortó con su palabra y con su cariño!

Luego, en la Capilla, dio a todos la Bendición con el Santísimo.

A las seis y media se celebró, en su honor, una academia literaria, a la que asistió todo el Colegio y el personal del Hospital y los soldados convalecientes. Tras algunos recitados de los alumnos, en prosa y en verso, alusivos al Capellán y al Holocausto de sus Votos, hizo el gasto principal el mismo Padre con una preciosa

charla sobre su labor entre los legionarios. La ovación con que fue recibido al aparecer en el estrado, vestido de legionario y con el Crucifijo al pecho, manifestaba la admiración que había despertado en el Colegio. El aparecía con la misma modesta serenidad de siempre; que no eran estos fugaces triunfos los que allí buscaba.

En una simple hoja de papel había el Padre anotado de antemano el guión de su charla. La transcribiremos aquí tal cual el Padre la escribió. Aun cuando nada amplifica, nos sirve de índice para conocer los acontecimientos que más le habían impresionado durante su actuación en el frente; y nos da también un resumen ordenado de toda la campaña militar del Capellán. Nótese la ausencia, en lo posible, de su propia intervención en cuanto describe; con gran prodigalidad lo hacía al ponderar las heroicidades de los demás; y, en cambio, de sí mismo sólo hablaba cuando era inevitable, y entonces lo hacía rápidamente.

> «*Introducción*: Aplausos al sacrificio de los Votos. Felices, porque entendéis que el ser pobre y casto y obediente, es mejor. Y felicitáis por la cruz.
>
> Aplausos a la guerra. Al sufrir por España.
>
> En *Vista Alegre*: Heridos. Pecho roto, pierna; el Teniente Cabañero. El Capitán Maluquer. Para mi madre. ¡El «Douglas»! Terror a la aviación.
>
> Caer de la tarde. En auto. Camino de Santa Olalla.
>
> *Cazalegas*: Los prisioneros, la Misa, Bautismos, los padres del cura.
>
> Así en San Román, Santa Olalla, Escalona, Méntrida, Brunete, Valdemoro, Almorox, Maqueda. La Misa del tanque y la del patio. La toma de Villa del Prado.
>
> De Móstoles a Cuatro Vientos. Los carros. La cueva. La casita de los moros. Noche triste. Avanzando hacia Retamares; la casa bombardeada. Caballero infante. 'El bezito al Cristo'. Misa de campaña. ¡A Madrid! Casa de Campo.
>
> El Clínico: Entrada, fortificaciones, cinco cañonazos, la primera voladura. Nochebuena besando al Niño. Tengo que hablar. Misa de comunión. Segunda voladura. Precauciones: noches de ansiedad. El sábado 16. El 17. Sebastián: ¡A mí, la Legión! Mármol, Moncho, Pinillos, Luengo. Los enterrados vi-

vos. Comunión. La vida sobre el abismo. ¡Viviremos tal vez un cuarto de hora!

Al Jarama: Paso del río. Subida a la altura. Paso de los olivares. Avance victorioso contra los tanques: Dios con nosotros.

Se gana la guerra. Dureza. El espíritu de la Legión. Héroes. Qué pasa en una familia cuando hay una desgracia. Luchamos por que seáis. Lo que iban a ser los niños sin Catecismo. Eso bien vale la sangre. Pero os daremos una cruz y una espada.

Puros, en Cristo. Labor de la Iglesia: ayuda de los católicos.»

Esto es lo único que el Padre Huidobro escribió en su esquema-preparación.

Una breve relación de la misma velada nos la dejaron los Padres Gómez-Bravo y Ponce:

«Descripciones de días de paz y días de lucha en el frente. Le veíamos subir las lomas más castigadas por el fuego enemigo; y a las trincheras a buscar heridos. Y nos describió sus trabajos de paz por las diversas Compañías; las visitas nocturnas para confortar a las avanzadas; las horas de angustia pasadas juntos en la Ciudad Universitaria, sintiendo debajo crepitar el traidor taladro del enemigo, que prepara sus minas.

Después habló del espíritu que anima a las tropas; del heroísmo de sus legionarios; y, en esto hizo mucho hincapié, del trabajo y sacrificio necesario a retaguardia, para no hacer estéril la labor heroica de la vanguardia. 'Está cayendo —decía— lo mejor de la juventud en el frente. Está España sangrando en un derroche de fe y sacrificio; y hace muy mala impresión en el frente que a retaguardia esté la gente en diversiones como si tal cosa. Con las bayonetas en el frente estamos echando los cimientos. La gran obra tiene que venir después, y hay que prepararse a ella con grandes sacrificios; que sólo del sacrificio podrá salir una España grande, como Dios vinculó al Sacrificio de su Hijo la redención del mundo'.»

La sencillez, modestia, celo apostólico y copia de datos y apreciaciones, enlazadas con un vigor sintético que dejaba admirado al Comandante militar, que, junto al Padre Rector, presidía el acto, hicieron que aquella improvisación de más de hora y cuarto les pareciese a todos un instante, aun a los niños pequeños, que estaban sin pestañear y que protestaban de que se acabase: « ¡No, no, siga, siga! » A través de su cálida y a la vez sencilla palabra, y de su expresiva mímica, le habían ido todos siguiendo en las emocionantes descripciones de los hechos en campaña.

Se le aplaudió frenéticamente al terminar.

Impresionó a muchos la gran firmeza con que insistió en la necesidad de que los situados en la retaguardia ajustasen su conducta al heroísmo que se derrochaba en vanguardia. Se iba a marchar de nuevo al frente, y se le renovaba, vista en su conjunto, desde una ciudad de segunda línea, la imagen del sacrificio, sangre y dolor de la juventud española en el frente de combate. Hablando con el Padre Staehlin, una vez terminada la charla, le preguntó:

> « ¿Cree usted que he hablado con demasiada cobardía sobre el modo de proceder en retaguardia?
>
> No, Padre; ya ha dicho usted bastante claro cómo se ha de reformar ese espíritu.»

El Padre Huidobro le añadió que, de buena gana, hubiese dicho más aún, pero que, en una fiesta organizada para agasajarle, habría producido mala impresión.

Después de la Conferencia, logró uno de los Padres llevarle, unos momentos, a saludar a los pequeños; quería que aquellos muchachos le viesen de cerca. Fue dando a besar el Santo Cristo al enjambre aquel, que se lo pedía a gritos; y él, siempre sonriente con ellos, les iba al tiempo contando algunas anécdotas; cómo, después de cada operación militar, encontraba aquel mismo Crucifijo lleno de sangre, la de los legionarios heridos que lo besaban antes de morir.

Al ocurrir la muerte del Padre Huidobro, algunos de los Padres recordaron en Villafranca, ¡qué impresionantes coincidencias!, la contestación que a uno había dado: « ¿Quién sabe si viviré?» ¡Mueren tantos, heridos por la metralla y en la cabeza! »; y las

ponderaciones que había hecho al referirse al terrible 12,40 de «tan perfecta explosión».

¿Fruto conseguido con esta charla y con la breve permanencia del Padre en el Colegio? Extraordinario; y lo que es más raro, tratándose de jóvenes, fruto que perduró todo el curso. Es cierto que la muerte, tan a los pocos días, del Capellán del Tercio, hizo que se grabara mucho más intensamente la impresión producida. Cuando aquella misma noche, durante la cena, fue el Padre Huidobro recorriendo los comedores para despedirse de pequeños y grandes, dándoles a besar su Crucifijo, surgió entre los mayores la idea de impedir que la buena semilla sembrada aquella tarde, muriera sin fruto. Y fueron ellos los que pidieron que la marcha de todas las Asociaciones del Colegio tomaran una nueva orientación, la que el Padre les había trazado: que «el espíritu de vanguardia» se mantuviera en Villafranca, en vez de la apoltronada retaguardia. Y no fueron luego, simplemente, aquellos letreros que perduraron todo el año en las clases y corredores: « ¡Religiosidad, Austeridad, Unión, Dios lo quiere, España lo exige, Véncete, Sacrifícate! », letreros que recordaban el programa que los mismos alumnos mayores se señalaron; fue el ajustarse a esos propósitos que con gran generosidad se fueron cumpliendo al paso del Padre Huidobro: Oraciones y sacrificios por la salvación de España; correspondencia con Capellanes militares; limosnas para restauración de iglesias destruidas por los rojos.

Les había impresionado el Padre con su palabra, pero más aún con su presencia. «Es que en él —decía uno de los mayores— se veía aquella sonrisa y aquel bienestar que se tiene cuando se está sirviendo a Dios de una manera tan alta y sacrificada.» «Al principio de su charla —decía otro— nos narró casos de heroísmo de los bravos legionarios, hasta entusiasmarnos. Y cuando estábamos al rojo vivo, expuso secamente el contraste: las 'hazañas' de los de retaguardia: Banquetes, toros, cines, fiestas; y muchas cosas que son aún peores.» «Nos habló del espíritu que reina en el frente, tan distinto del de retaguardia; aquí no hacemos más que divertirnos. Y mientras, nuestros hermanos derraman su sangre para que el día de mañana gocemos de una larga paz, y nos sintamos orgullosos de decir que somos españoles. Son —nos decía— tiempos de hierro los que atravesamos, y para vencerlos, son pre-

cisas voluntades de acero, y éstas no se preparan halagando los sentidos.»

Se habían propuesto, para fomento del espíritu de vanguardia en el Colegio y aliento de sus legionarios, enviarle al frente para el día de su santo, el 30 de mayo, San Fernando, lista de los actos anónimos de vencimiento que cada uno de los alumnos hubiera ido haciendo. Dios dispuso las cosas de otro modo. Todos esos sacrificios juveniles quedaron todavía más ocultos. Juntamente con los ofrecidos a la Virgen durante su mes, le fueron todos presentados el día 31. Ese día, el Padre Rector, ante el Colegio en pleno, conteniendo a duras penas la emoción, los quemó ante una estatua de Nuestra Señora. El alma apostólica del tan querido Padre Huidobro, ya resplandecía en el Cielo. Al final, brotó, espontáneo, lleno de ardor, con sabor de lágrimas, el grito que seguía expresando la admiración y el cariño y la promesa de mantenerse en el espíritu que les había inculcado tan hondo: «Fernando Huidobro, Capellán legionario. ¡Presente!! »

Al día siguiente de su charla, el martes 6, el Padre Huidobro celebró la Misa ante todo el Colegio. Durante ella habló con delicado acierto el Padre Gómez-Bravo, comentando la doble vocación del Padre que allí estaba ofreciendo por ellos el Santo Sacrificio: Vocación a la santidad en la Compañía de Jesús, y Vocación al heroísmo humano-divino en la Capellanía militar.

Ese día abandonaría ya el Colegio de Villafranca.

6. DE NUEVO HACIA LA LEGIÓN.

Al mediodía se despidió de la Comunidad. « ¿Nos volveremos a ver?», nos preguntábamos todos con la mirada. No quiso aceptar alguna ropa que el ropero, Hermano Mariano Hernández, le ofrecía.

« ¿Para qué me va a dar usted más ropa? ¿Quién sabe lo que me puede pasar?»

Cuando, terminado su ligero almuerzo, bajaba el Padre Huidobro la escalera del comedor, en el descanso del principal se encontró con un Padre que subía: «Con que ya se vuelve... ¡Dichoso usted! » El Padre Huidobro contesta rápido: « ¿Quiere usted que

cambiemos?» El otro Padre continuó su camino repitiendo: « ¡Dichoso usted! ¡Dichoso usted! » Y él continuó también escaleras abajo, añadiendo a los que le acompañábamos: « ¡Pues no sabe él las pocas ganas que tengo de volverme! »

La última despedida de los Padres del Colegio fue en el descanso final de la escalera, donde se encuentra el artístico azulejo de la Virgen de Guadalupe, cercano a la Portería.

Con los Padres Capel y García Murga montó en el coche. Iban a tomar el autobús de la línea «Sevillana» para dirigirse a Cáceres. Habló el Padre Huidobro bastante en el camino, especialmente con el chófer.

Durante la larga media hora de espera en «la Parada», el Padre Huidobro se mostraba tranquilo; sereno por de fuera, pero algo impresionado se le notaba en el fondo.

Hasta el momento mismo de alejarse, seguía contando episodios de guerra, de sus legionarios. Con ocasión de cruzar por encima de ellos un hermoso trimotor, describía lo que son los combates aéreos, como el que él presenció en el Jarama, donde fueron derribados 11 aparatos rojos; la alegría de sus muchachos a cada uno que cae, que para ellos, por supuesto, siempre es rojo; la dificultad de reconocer si es amigo o enemigo, dada la diversidad de marcas existentes; las penalidades de los días inmediatos a la toma de Talavera, cuando nuestra aviación era tan escasa... Sus palabras, espontáneas y naturales, llenas siempre de ascética virilidad, y que tanto impresionaron a cuantos le oyeron en estos últimos tiempos, nada extrañaron a los que de antiguo le trataban, y reconocían ser el desarrollo natural de una vida de extraordinaria virtud.

A pesar de su temple de alma —dicen los Padres Capel y García Murga, que le acompañaron hasta el final—, no podía ocultar cierto aire de sentimiento al dejarnos; él mismo les confesó que no se iría tan pronto, sino por creer era su presencia necesaria a sus legionarios. Ya al irse tuvo unos instantes de vacilación, que comprendieron perfectamente los que conocían su lucha interior. Momentos antes de tomar el auto, y respondiendo a los que le seguían instando, un poco crueles, a que no se marchase sino unos días más tarde, que hasta podría seguir haciendo mucho bien en Villafranca, le oyeron, como hablando consigo en media voz:

«Claro que yo me quedaría con gusto aquí; pero no es

> éste mi sitio. El caso es que yo no sé dónde estará mi Bandera..., si esperase... telefoneando a Cáceres... y ¿qué haré allí... si apenas puedo con esta pierna?

Pero en seguida, como rehaciéndose, añadió ya en firme:

> « ¡Nada, nada... Ya daré con mi Bandera. Me voy ahora mismo al frente! »

Ya en el coche de línea, llegó a despedirse del Padre una viejecita del pueblo, a darle recuerdos para su hijo, que se encontraba en la 4.ª Bandera. Lleno de amabilidad, le aseguró el Padre que lo había dejado muy bien, y que tendría sobre él especial interés y cuidado.

Una palidez más pronunciada afloró a su rostro cuando dijo a todos el último adiós. Cuesta apartarse de los hermanos con quienes se ha vivido tan unidos; y más, cuando se presiente el sacrificio que Dios, en sus designios, tal vez le quiera pronto exigir. Trepidó el autobús, y arrancó al fin; y aquella mano, cansada de dar a besar el Crucifijo y administrar a los bravos soldados que por Dios y por España caían en el frente, después de trazar sobre su propio rostro la señal de la cruz, fue lo último que sus dos compañeros pudieron ver, al asomar por la ventanilla en despedida cargada de nostalgias.

Cuando el coche se perdió entre el polvo de la Carrera Grande, los otros dos Padres emprendieron silenciosos la vuelta al Colegio, pensando ambos entre sí: «Probablemente, ya no le volveremos a ver.» Y al entrar de nuevo en el Colegio, se postraron ante el Sagrario, ante aquel donde el Padre Huidobro había hecho su Profesión y sus consagraciones, y suplicaban en su emoción:

> « ¡Señor!, no te lo lleves demasiado pronto. Envía tus Ángeles que le defiendan. Que se cumpla en él lo que en el Salmo 90 rezamos: 'Caerán mil a tu derecha y a tu izquierda, pero el mal no se acercará a ti.' ¿Cuáles son tus planes sobre él, Señor Jesús...? »

Así oraban los dos ante el Sagrario. El señor escuchó la oración. Se sonrió; y en los inescrutables designios de su Providencia paternal, mandó a los Ángeles que preparasen para muy pronto una hermosa corona triunfal.

Muy pocos días más tarde, también ante un Sagrario improvisado, de una Capillita escondida dentro del Santander rojo, nueva Catacumba, una señora iba a llorar ante Jesucristo por su hijo, a quien un cañón ruso acababa de sacar de esta vida.

Entre los zarandeos del coche de línea «la Sevillana», iba el Capellán legionario revolviendo en su mente las meditaciones de sus Ejercicios; sus ofrecimientos al Señor; los torbellinos emocionales en los breves días de retiro en Villafranca. Bien lo sabía; cuántas veces sus muchachos se lo habían dicho, y se lo repetían horrorizados, cada vez que en los combates salía en busca de heridos; y él les glosaba lo de su «Credo»: «el morir en el combate es el mayor honor».

Su viaje de regreso a la Legión fue más afortunado que el de venida. Desde Cáceres, donde pernoctó, una familia conocida le llevó en su auto hasta Talavera. Aquí se encontraba, sin restablecerse aún de su herida, el Comandante Vierna, quien el jueves 8 puso a su disposición su coche para que lo condujese al frente.

Hacia las once llegó al pueblecito de Rielves, a pocos kilómetros de Toledo, donde se encontraba haciendo de Párroco el Padre Carlos Sáenz. A la dueña de la casa que salió a abrirle la puerta, le dijo:

> «Haga usted el favor de avisar al Padre que un legionario quiere verle. 'Usted es un Padre... —le respondió, mirándole con atención—, se le conoce en la mirada..., en el porte..., en no sé...' Bueno, no se lo diga al P. Sáenz, pues quiero darle una sorpresa'.»

Y le esperó escondido detrás de la puerta del comedor. Llano y alegre, como solía, pasaron media hora de expansión fraterna: rato dichosísimo, pues mucho se habían tratado los dos.

Se despiden... hasta que Dios les conceda otra entrevista. Ya el auto aguardaba en el puente.

Continuó viaje a Toledo. Y desde ahí, al atardecer, llegaba a Aravaca.

No sabía el Padre Huidobro que acababa de llegar al pedestal de su Triunfo definitivo.

CAPÍTULO XXV

SU GLORIA

1. Lucha en la Cuesta de las Perdices. 2. Puesto en las manos de Dios. 3. El cañón ruso «12,40». 4. Llorado por sus legionarios. 5. Entre sus legionarios hasta el fin. 6. Espontáneo homenaje.

1. LUCHA EN LA CUESTA DE LAS PERDICES.

Cerca del kilómetro 9 de la carretera Madrid-La Coruña, trozo llamado de la Cuesta de las Perdices, como kilómetro y medio antes de llegar a Aravaca, se ve, a mano izquierda, a unos 200 metros, un nono chalet, sobre un altozano. Es el único edificio que, en aquellos alrededores, se conserva tal cual era antes del 36. En estos últimos años ha sido reparado y modernizado, pero conserva toda su antigua arquitectura, si bien se le han disminuido el número y tamaño de sus ventanales. Las mismas dos entradas. El mismo porche y terraza.



Vista general del Chalet, convertido en Puesto de Socorro, en la Cuesta de las Perdices.

En esta finca, cuyo nombre es «El Ideal», un pequeño jardín rodea totalmente la casa. Esta es de muy buena construcción. Tiene sótano (pero no en toda la planta), dos pisos y un bonito torreón. Desde el jardín existía, hasta hace algún tiempo, una especie de escalerilla para llegar a la carretera. Por la parte opuesta de la casa

y jardín, pasa, bordeándola, otra carretera mucho más secundaria, llamada «de la Fuente del Rey».

Avisados del peligro de próximas revueltas por unos falangistas que allí cerca vivían, en una casa perteneciente a la Marquesa de Camaines —y que al poco fueron todos ellos fusilados en una Ermita a Virgen, en Aravaca—, los dueños de «El Ideal» abandonaron la casa, el mismo 18 de julio del 36, para refugiarse en Madrid.

Una vez comenzada la guerra, se apoderaron de este hotel los milicianos y lo dedicaron a Hospital.

Los nacionales, en sus avances por el frente de Madrid, habían ido empujando por aquí a los rojos, hasta echarlos al otro lado de la carretera de La Coruña. Pero la proximidad de las líneas de trinchera era tal, que muchas veces solamente los separaban los pocos metros que tenía de ancho dicha carretera, la mitad del ancho que ahora. Paralelamente se extendían los atrincheramientos; una cuneta era roja y la otra nacional. Se oían, a veces, de unos y otros, aun las conversaciones. A fines del 37, en estas mismas trincheras iban también los rojos a emplear el sistema de voladuras, aprovechándose de los desniveles del terreno, favorables para ellos. Los Puestos de Mando y de Socorro los habían dispuesto ya los nacionales en el chalet «El Ideal». Y sus trincheras se entrecruzaban por el jardín. Se extendía una de ellas hasta un pozo de agua, que ya de antes existía, en un ángulo no lejos de la casa. Aún bastante tiempo después de terminada la guerra, se podían visitar varias de estas trincheras.

Luego de ser retirada del frente del Jarama la 4.ª Bandera, y de haber pasado unos días de descanso y reorganización en Toledo, los mismos días que el Padre Huidobro había aprovechado para su Retiro y Profesión en Villafranca, fue destinada a engrosar el Cuerpo de Ejército de Madrid, entrando en la División mandada por el General Iruretagoyena, extendida desde Villanueva de la Cañada al Cerro del Águila y Casa de Campo inclusive. Otras tres Divisiones defendían entonces todo el frente, hasta Talavera.

Llegó la Bandera el 4 de abril, por la noche, y en un silencio riguroso reemplazó, en la Cuesta de las Perdices, a un Tabor de Regulares, en una línea de trincheras de más de un kilómetro, con dos sectores, Norte y Sur, al mando de los Capitanes Iniesta y Ca-

nós. Había llovido mucho. Les dijeron que tenían muy cerca al enemigo, mas todavía nadie sospechaba la terrible realidad. Al amanecer se dieron cuenta. El campo enemigo se empezó a llenar de actividad y de ruido. Por la carretera de El Pardo van bajando caravanas de hombres y material; los tractores resuenan emplazando baterías; desde las vecinas trincheras, los milicianos les gritaban a voces: «preparaos a correr hasta Talavera». Se conocía estaban haciendo, frente a los legionarios, una gran concentración de fuerzas. Pero durante los tres primeros días todo transcurre normalmente. Los legionarios presienten que la papeleta va a ser dura y difícil.

Al atardecer del día 8, se reunía el Padre Huidobro con su Bandera en Aravaca. Llegó, precisamente, cuando en el Madrid rojo preparaban, con forzado regocijo, los grandes festejos para celebrar el sexto aniversario de la Segunda República. Soñaban coronarlos rompiendo aparatosamente, por la parte Norte, el apretado cerco de Madrid. De varias naciones les había llegado importantísima ayuda para esta fecha, en material y hombres.

El plan de los rojos era el romper nuestra línea en dos puntos: uno, infiltrándose en la Casa de Campo, a fin de caer sobre la carretera de Extremadura; y el otro y más principal, cortando la unión, por la Cuesta de las Perdices, entre nuestras fuerzas y la Ciudad Universitaria, que de esta forma hubiera quedado prácticamente cercada. De haber conseguido triunfar, las consecuencias hubieran sido desastrosas para las fuerzas nacionales, y aun posiblemente para la misma Toledo. Y hubiera tenido que abandonarse por un tiempo largo la lucha por la conquista de Vizcaya. Por eso el sumo esfuerzo puesto por el Gobierno de Madrid en la acumulación de material de guerra y de hombres, especialmente de las más selectas Brigadas Internacionales. La mayoría de estas fuerzas estaban puestas bajo el mando de jefes y oficiales checos, rusos y franceses. La dirección suprema la llevaba, personalmente, el mismo Miaja, que estaba segurísimo de su triunfo aplastante en estos días. Fundamento sí tenía para tan gran optimismo.

Ese mismo día 8, al anochecer, se desencadenó la furibunda y tan preparada ofensiva roja, cuyos mazazos le tocó aguantar a la 4.ª Bandera; entonces se dio comienzo a lo que luego se llamó «la Batalla de Madrid». Los días 8 al 13 fueron durísimos. De los com-

bates más fuertes que, hasta entonces, habían organizado los marxistas. Las fuerzas que mandaron a una lucha ininterrumpida en aquel sector, enormes.

En la húmeda mañana del día 9, en que brillaba tristemente el sol en los charcos de los caminos y en el asfalto de la carretera, sonaron uno tras otro varios disparos de cañón, para corregir el tiro. Y en seguida comenzó una preparación artillera, tan intensa, tan dura, como jamás la habían soportado los legionarios desde que habían salido de Marruecos; seguramente, para sólo aquel trozo del frente, unos cuarenta cañones de todos los calibres, les arrojan, a fuego rápido, durante más de dos horas, miles de proyectiles. La tierra da la sensación de que arde, de que va a estallar. Los parapetos vuelan en fragmentos, mientras la metralla silba en todas direcciones.

La tropa aguanta el huracán metidos en los embudos, en las trincheras, detrás de alguna roca. Cesa la artillería. Pero antes de haber tenido ni unos minutos de respiro, aparece sobre los legionarios la Aviación roja. Son muchos. Una escuadrilla, y otra, y otra. Y empieza un bombardeo que no termina nunca. ¡Centenares de bombas! Y por fin se van, e inmediatamente empieza el ataque humano. Los rojos, que deben pensar que allí no queda nadie vivo, se lanzan a un ataque rabioso. Aparece un rebaño de 24 tanques rusos, seguidos de 15.000 hombres, que pelean desesperadamente por apoderarse de las trincheras nacionales; allí, como en otras ocasiones, los legionarios tenían enfrente a las Brigadas Internacionales del Campesino y Lister. Para luchar contra el Tercio, siempre eran enviadas las mejores Brigadas Internacionales.

En un segundo, cada legionario ocupa su puesto, para recibir la oleada marxista. Y la línea se inflama en un fuego violentísimo de contención, mientras suena insistente el estallido de las bombas de mano.

La lucha adquiere intensidades espantosas. Antes de media hora, los rojos tienen que retroceder, seguidos de todos sus tanques, menos tres de ellos que quedaron humeantes en el campo. En aquellas horas trágicas, dice el que entonces era Sargento de la 4.ª, don Constantino Alonso, «varias veces vi a nuestro Capellán que ni se le reconocía, todo él, hasta la misma cabeza, cubierto de la tierra que levantaba en sus embudos la artillería roja».

No había pasado ni una hora, y vino un segundo asalto, más rabioso, si cabe, que el primero. Gracias que España tenía allí un buen muro de defensa: la 4.ª Bandera, la que nunca había conocido el retroceso ni la derrota; ella sola, para aguantar tan furiosa ofensiva roja; y los rojos se estrellaron en ella y no pasaron y el cerco no se rompió. Hasta las mismas trincheras llegaron verdaderas oleadas de batallones enemigos, en una densidad increíble, y los legionarios siempre los rechazaron con bombas de mano, o bien saltando fuera de los parapetos con la bayoneta, o usando el fusil como maza. Los mismos jefes tenían a veces que contener el arrojo de los legionarios que, cantando sus himnos y dando vivas a España, luego de haber rechazado el fortísimo ataque, querían meterse en las trincheras enemigas. Todo este valor estaba en armonía con el de los que se encontraban luchando en la Ciudad Universitaria, en donde, a las preguntas del Mando, siempre respondieron en estos días: «Aquí no pasa nada. Nos bastamos nosotros solos para contener al enemigo.»

Cayeron, es verdad, muchos Oficiales, Suboficiales, tropa; muchos.

> «Pero todos ellos —escribió recordando estos días críticos, el Coronel Mármol—, con el consuelo de que, muy cerca de nosotros estaba para asistirnos nuestro sublime Capellán, el Padre Huidobro.»

Como días más tarde les había de decir Yagüe:

«Esta 4.ª Bandera heroica, sabe morir con alegría y elegancia, con el mismo gesto elegante con que desfila, con sus guantes blancos de manopla, en los días de gran gala.»

Y así el 9 y el 10. Apenas hay espacio de tiempo ni para comer ni para dormir. Ni aun para retirar los cadáveres, especialmente de rojos que cubren, en montón, la carretera que semeja un cementerio. Y en medio de los violentos combates, se escuchaban los himnos legionarios cantados a pleno pulmón. Todo el mundo está agotado. Pero no se ha retrocedido ni un metro. Había de coronar este increíble heroísmo un telegrama de Yagüe:

«Nadie ha igualado a la 4.ª Bandera en heroísmo, en servicios prestados a la Patria, en espíritu legionario. Estos días os habéis

superado a vosotros mismos. Os felicito y abrazo con toda mi alma. ¡Viva la 4.ª Bandera! »

2. PUESTO EN LAS MANOS DE DIOS.

En unos momentos en que, al anochecer del segundo día, se mitigó un poco la lucha, tuvo el Capellán serenidad de ánimo para escribir una breve carta, la última de su vida, a Ignacio su hermano. ¿Presentiría era como el testamento espiritual de toda su vida? Si entre el fragor de aquellos rudos combates no le concedió Dios el presentir su tan inminente muerte, diríase al menos, como que Dios mismo le dirigió la mano en estos momentos, para que dictase su propio epitafio, grandioso en gran sencillez y por esto mismo, más fiel reflejo de lo que siempre fue el alma del P. Huidobro.

Está fechada esta carta el día 9, en Aravaca. Hay prolongación de sus sentimientos en los Propósitos de Villafranca, síntesis de tres afectos nobilísimos: Amor a su vocación, celo intenso de apóstol y aceptación generosa de un sacrificio integral.

> «Querido Ignacio. De mí te diré que hice mis votos en Villafranca. ¡Qué alegría volver a vivir unos días vida de Comunidad! Y ¡cómo crece en estas circunstancias el amor a la Compañía!
>
> Pide mucho por mí. Por una parte, siento el deseo de trabajar por una España íntegramente católica, para lo cual falta infinito.
>
> Después, por otro lado, está la necesidad de morir para dar fruto, como Cristo, y la ninguna falta que le hacemos a Dios. Saludos a todos y pide por Fernando, S. J.»

Cuando seis años antes, teólogo en Oña, creyó el Padre Huidobro probable su muerte, por habérselo así pronosticado, equivocadamente, por fortuna, algunos médicos, antes de salir para el reconocimiento clínico en Madrid, dejó escritas unas pocas líneas en una hojita de papel, para retratar allí todos sus sentimientos ante la inesperada muerte que se le presentaba a tronchar los bríos ardientes de su juventud. Nunca había él mostrado esta página a nadie.

Aquellos terribles días de la Cuesta de las Perdices, mientras los cañonazos resonaban a pisadas de muerte, es creíble experimentara el Padre Huidobro la misma lucha y también la misma victoria en su interior. Aunque la expresión literaria es muy distinta, no en vano habían transcurrido unos años, muy transformadores, por su alma, el fondo es el mismo de la carta anterior a su hermano. Su nobleza y generosidad de ánimo era el mismo que hacía seis años; su juventud, la misma; quizá más pujante, si no en su cuerpo, en su alma sí. La ofrenda de su vida, permanente.

> «Página íntima: A veces toda mi naturaleza joven se revuelve ante la idea de la muerte. ¡Morir en medio de la vida, con las mejillas sonrosadas todavía; crespo el cabello; la mirada viva y ardiente; la musculatura, aunque delgada, pero de acero; la sangre, hirviente; la voz, capaz de competir con el estruendo de las cascadas!
>
> ¡Morir en el verdor de la edad lozana! ¡Salir del banquete cuando más suena la algazara del festín! ¡Dormirse al mediodía y ser enterrado no al caer de la hoja, sino al romper de los brotes y al florecer de las rosas!
>
> ¡Mi naturaleza cántabra se rebela contra ese pensamiento, y reviven montaraces pujos de guerra en mis venas!
>
> Pero me ha domado Cristo. Y a sus pies otra vez se amansa el león y lame sus llagadas plantas y tiende manso la melena al cuchillo que le sacrifica.»

Y luego, como queriendo insistir ante Dios que acepta sus designios, por costosos que fuesen, añadió con lápiz, al pie de esta hoja de papel:

> «Me temo un ataque a la cabeza. Ofrezco a Dios mi vida por la Santa Iglesia y por el Reinado del Corazón de Jesús.
>
> Nada me inquieta. Adiós a mi madre. Ave María.»

La ofrenda de su vida por los grandes ideales (son precisamente los que formaron la Intención de su Primera Misa) y la limpieza de su alma, las tenía, ahora como antes. Aun el Avemaría por su madre no le faltaría tampoco en aquellos tres días aciagos,

junto con sus recuerdos. ¡Pobre madre, separada de tres de sus hijos por la barrera roja!

El Comandante Rodrigo manifestó, más tarde, la impresión que le había causado la actuación del Capellán, en estos días verdaderamente trágicos. Su celo subió aún de punto.

> «Yo le vi —dice— cruzar varias veces de una parte a otra en medio de una lluvia de balas, buscando heridos y auxiliándolos espiritualmente.»

El Capitán Canós, que tenía encomendada la avanzadilla más extrema, y que ya en el primer día tuvo un 50 por 100 de bajas, cuenta que el acceso a sus trincheras para ir a ellas desde el Puesto de Socorro era prohibitivo, pues todo el camino estaba batido por el cañón, el mortero y la ametralladora enemiga, hasta el punto de ser casi imposible, durante el día, el transporte de municiones y la evacuación de bajas. No obstante, hasta allí llegaba el Padre Huidobro. Dice Canós que le apenaba el peligro a que se exponía, pero, ¡cuánto bien les hacía su presencia! Lo recibían cantándole el Himno legionario y él se ponía luego a atender a los heridos y a animar a todos. Con fingida severidad le ordenaba, al fin, el Capitán que se fuese y se acogiese al Puesto de Mando. Pero era igual. Cuando por allí recrudecía el combate, de nuevo aparecía en los sitios de mayores peligros el santo Capellán, «con su Crucifijo y su alegría sublime, a traer a todos el aliento de su espíritu esforzado».

«Soy valiente y leal legionario...», y entre los que más, el Capellán Huidobro.

El sábado día 10 se encontró con él el Capellán del 8.° Batallón de Galicia, que también prestaba sus servicios religiosos estos días en Aravaca, don Emiliano Latorre. Quedó muy gratamente impresionado de su afabilidad y unción sacerdotal; pero sobre todo le impresionó el ver que, en medio de tan feroces combates, desplegaba tal celo y actividad por la salvación de las almas de los legionarios, que se multiplicaba, viéndosele en todas partes donde pudiera atender a cualquiera que viese caer. La instante petición que el Padre Huidobro le hizo al otro Capellán, en esa tarde del día 10, después de haberse confesado con él, es el que celebrase Misa para las fuerzas que habían venido de reserva; que él se quedaría en las posiciones junto a la carretera, para atender a los que caían

de la 4.ª y 5.ª, y el Padre Latorre se quedase en el Puesto de Evacuación de Aravaca; y, además, que, de una manera especialísima, le tuviera a él presente en el «Memento» de esa Misa.

Tal vez presumía que a él no le fuese posible celebrarla al día siguiente, a pesar de ser domingo. Y así fue; los gigantescos ataques impidieron, en las trincheras, todo intento del Santo Sacrificio.

Tan intensos fueron los combates en la Cuesta de las Perdices, durante los días del desesperado esfuerzo por romper el cerco de Madrid, que de 217 hombres de que Iniesta disponía en su sector, solamente le quedaron ilesos 17. Era un cuerpo a cuerpo permanente, nos aseguraba recientemente el ahora ya General Iniesta. Llegaron a escasear de tal manera las municiones, que, a veces, para escatimarlas, los legionarios tenían que tirar piedras en vez de granadas. Se procuraba, en lo posible, ocultar a los legionarios, para no desmoralizarlos, esta angustiosa falta de municiones. Y a fin de disimular ante los rojos la escasez de nuestras fuerzas, iban los mismos tiradores disparando por turno las ametralladoras, que eran unas 15, extendidas a lo largo de las trincheras, haciendo creer al enemigo que era allí mucho mayor el número de legionarios que estaban defendiendo las posiciones nuestras.

Uno de los legionarios allí presentes, don Tomás Morano, de la 11.ª Compañía, nos relataba que tan desesperada situación provino, en parte, de que la preparación artillera enemiga había sido de tan enorme intensidad, que en el bombardeo les quedaron, a muchos de los soldados, soterradas en las mismas trincheras gran parte de las municiones que cada uno tenía allí dispuestas; y en estos derrumbes, debidos al eficaz bombardeo, llegaron muchos a perder hasta los mismos cuchillos. Y por eso se llegó a veces, privados de municiones y aun de bayonetas, a tener que luchar, en el cuerpo a cuerpo, con el fusil, pero agarrándolo por el cañón y usándolo como un garrote. Mas, a pesar de situación tan extrema, no lograron apoderarse los rojos de las trincheras defendidas por la Legión. En alguna de estas situaciones críticas, el Capitán se lanzaba el primero, pistola en mano, y todos, enardecidos, le seguían. Ni era fácil que lograsen el que los legionarios perdieran el ánimo, aun en estas circunstancias. Teniendo experiencia que las granadas que caían dentro de las trincheras tardaban unos segundos en explotar, no desaprovechaban estos segundos; y al ver caer la gra-

nada la agarraban y la devolvían contra los rojos. No recuerda el legionario Morano haber visto explotar ninguna de las granadas así cogidas, en manos de ningún legionario.

3. CAÑÓN RUSO «12,40».

En la mañana del domingo 11, varias horas sin interrupción llevaba, infatigable, el Padre Huidobro en las trincheras más batidas, las de la Cuesta de las Perdices, donde las bajas eran incesantes, ya que, nos decía Iniesta, «las granadas caían encima de nosotros, como cuando se sacude un árbol cargado de frutas maduras».

Y el Capellán iba de una parte a otra. Al Puesto de Socorro, y allí atendía. Y regresaba a las trincheras de nuevo, animando, consolando, dando a besar el Santo Cristo, con el celo de siempre y con una serenidad que asustaba. Iba a todas partes y se llegaba, algunas veces, a atender hasta el Puesto de Evacuación principal de Aravaca. Teniendo en cuenta su cojera, resulta impresionante ese ir y venir sin parar, en medio de una verdadera granizada de metralla. Esta mañana el Capitán Gómez Vera salvó la vida gracias a su Capellán. Le habían traído, por herida grave recibida la víspera, ya que los angustiosos momentos no le habían permitido abandonar antes la lucha. Ya en el Botiquín, se le acercó el Padre Huidobro; díjole que le iban a evacuar a Aravaca.

«Yo insistí en quedarme a su lado —escribió Gómez Vera—, pues era estar cerca de un santo.» El Pater se impuso. Al poco de ser trasladado, vino la explosión sobre el Botiquín.

«Lloré por él, corno un niño», dice el Capitán.

Aquel día no pudo celebrar Misa, pero entre el sonar horrísono de las balas, sus afectos, lo sabemos por sus expresiones en las cartas, habían de ser renovación de los de aquella vela nocturna antes de su Misa primera: « ¡Señor Jesús!...; si yo fuera digno de consumar mi vida en el martirio cruento, dando por Ti mi sangre...! »

Hacia las tres de la tarde, cuenta el Comandante Rodrigo, las Brigadas Internacionales volvieron con más furia, si cabe, al ataque, mediante una preparación de artillería verdaderamente feroz.

«Yo me fui desde el puesto de mando en que estaba, a otro más avanzado, desde el que podía mejor seguir las alternativas del combate. Y fue entonces cuando la artillería enemiga centró, de una manera precisa, sus disparos sobre el hotelito que servía de Puesto de Mando y de Socorro.»

«Estábamos todos —continúa Iniesta— aún los más avezados, pálidos, demudados, porque aquello era terrible. Y el Capellán, iba de una parte a otra, recorriendo todo lo largo del parapeto que estaba regado por la incesante metralla, asistiendo infatigable a los que caían, sembrando frases de aliento, dándoles los Sacramentos. Rebotaban las balas a su alrededor, como si temiesen herirle. Yo le dije que se retirase más a retaguardia, y se fuese al Puesto de Mando y Botiquín, que allá le mandaríamos los heridos. Me dio la respuesta frecuente en él, y a la que nada pude objetar: ‘Y a los que caigan aquí, mi Comandante, ¿quién los atiende si llegan a morir?’ Nada le contesté. Pero llegó ya un momento en que, preocupadísimo yo en la defensa de la posición, y atento solo a dar órdenes a los tiradores y lanzadores de bombas, en medio de la lucha ininterrumpida y extraordinariamente decisiva, hube de decirle: 'Mire, Padre, ahora se lo mando como jefe: Retírese al Botiquín, pues su presencia aquí, hasta entorpece la libertad de nuestros movimientos'. Obedeció. Y al irse dijo: 'Capitán, ¿tiene ahí la Medalla? ¿Quiere dejármela?'. Y besó con sencilla devoción varias veces aquella Medalla de la Virgen Milagrosa».

Era la misma que había besado en la Casa de Campo cuando aquella mañana de su herida. Luego se la devolvió agradecido, y salió. Con aquel beso coronaba toda una vida de servicios y de amor filial la Madre del Cielo.

¿A qué hora sucedió esto? Iniesta confiesa que, entre las impresiones, que fueron tantas, en aquel día, no puede tener presente el horario. Por las declaraciones de un legionario que allí intervino, y que allí mismo fue ascendido a Sargento, don Fernando Maldonado, parece eran ya las primeras horas de la tarde. O al menos hacia el mediodía. Mientras se dirigía hacia el Chalet el Padre Huidobro, el combate cada vez más arreciaba, pues el número de rojos iba en aumento. La 4.ª Bandera seguía conteniéndolos a

estilo legionario, irresistible. Ya había el Padre atravesado el paso tan batido, y uno de los legionarios de Sanidad le gritó, al ver desde dentro del Puesto de Socorro al Capellán, que ya estaba cerca:

« Métase aquí Padre!, defiéndase un poco! »

«Pero si hay más seguridad al aire libre...», respondió el capellán, mientras accediendo a la invitación se refugió en el Chalet. Sin duda entró no por la puerta delantera, que era la principal, sino por la que mira a la carretera de La Coruña, más cercana. Subió aquellas pocas escaleras de entrada, sin saber que le servían cual gradas del Altar para su último sacrificio.

El legionario Baldomero Gimeno, que estaba allí presente y que, en esta misma ocasión, quedó inválido por heridas en los ojos y piernas, afirma que apenas entró el Padre en la primera habitación, junto a la puerta, y se puso a atender sentado a un herido grave tendido a su derecha en una camilla, un obús rasante del temible cañón ruso del 12,40 cayó en el marco de la segunda ventana y allí mismo reventó. La explosión fue enorme, tal que la expansión del aire lanzó fuera de la casa, por una ventana, al asistente del Capitán Rodrigo. El Capitán médico, Moreno Monroy, corrió al instante hacia la casa: allí heridos unos pocos de los que estaban en el Botiquín; y muertos todos los heridos graves, diez al menos, a quienes estaba atendiendo el Padre Huidobro, como también Ezequiel, el Cabo enfermero. Y junto a ellos, cerca de la puerta, a donde sin duda lo lanzó la explosión, caído de espaldas, el Capellán, con una herida profunda en el lado derecho de la cara, producido por un trozo de metralla. Ya no tenía pulso. La muerte había sido instantánea. Fue el beso supremo y encendido de su Dios, encerrado en las entrañas de acero de un proyectil rojo del 12,40.



Entrada al Puesto de Socorro.
Subidas las primeras escaleras
y al poco de entrar en la habitación
de la planta baja, explotó en el marco
de la segunda ventana el proyectil
que le quitó la vida,
mientras atendía a un herido.

Había dejado ya de ser un héroe en la tierra, pero había entrado a formar parte de los héroes en el Cielo. Había triunfado. Para todos aquellos héroes legionarios de la Bandera se iba a pedir muy pronto, e iba a serles concedida, la tan merecida Cruz Laureada de San Fernando. El, sin pedirla, había ya recibido de su Sumo Capitán, Cristo Rey, la corona de gloria y de justicia. El obús del 12,40 formó el pedestal de su eterna grandeza. El campo de batalla, había sido para él buena estación de partida para el Cielo. En él se habían también realizado lo que en las Siete Palabras del Viernes Santo, un par de semanas antes, había dicho a sus legionarios:

> «Soldado que muere, al Cielo alzados los ojos, cuando sus ojos se cierran en la noche, rompe un día dentro de su alma.»

El Sol de ese día que rompe, ya brillaba para el Capellán. Murió en plena insolación de gloria. Sobre su cuerpo muerto, como sobre reliquias de mártir en el Altar, estaba aún depositado el Santísimo Sacramento que, en el Portaviáticos, llevaba el Padre consigo al morir ¡Qué sentido tan nuevo y tan real adquieren, pronunciadas ante el cadáver del Santo Capellán, tendido en el suelo, en la Cuesta de las Perdices, las promesas de San Pablo, supremo elogio para los héroes del cristianismo:

> «He luchado como bueno en el combate, cumplí hasta el fin mi deber, guardé fidelidad a mis promesas. Ya no me queda sino la Corona del Triunfo.»

Muchos triunfos había ido recogiendo, en su breve vida, (de sus Profesores, de sus soldados...); el único verdadero triunfo, que él ansiaba, ya lo consiguió al morir así.

Era aquel día el Domingo del Buen Pastor, el segundo de la Pascua de Resurrección.

Dios dispuso las cosas de manera (parece quiso salvaguardar las audacias apostólicas del Capellán), que ni la herida en la Casa de Campo, ni la muerte en la Cuesta de las Perdices, le sobrevinieran cuando el Padre Huidobro caminaba por las extremas vanguardias, en el modo que algunos calificaban de imprudencias de heroísmo. Santas, pero imprudencias. Murió en el sitio que, expresamente, su Jefe le señaló, el que juzgaba más seguro para el Capellán; y era el puesto preciso que Dios había escogido para llevar-

le al Cielo. Todos temían por su vida, cuando el Capellán andaba en las avanzadillas, en los lugares más batidos; Dios allí le preservó de las balas. El desenlace vino en la quietud y relativa seguridad del Puesto de Socorro.

> «Al poco de irse de las trincheras el P. Huidobro —continúa Iniesta—, llegó un enlace anunciando que, herido el Comandante don Fernando Rodrigo Cifuentes, Capitán de la 10.ª Compañía, que sustituía interinamente al Comandante Vierna, herido y hospitalizado en Talavera, él, como Capitán más antiguo, debía hacerse cargo de la Bandera. Iniesta, pues, dejando el sector Norte, que era el suyo, al mando de un Teniente, salió para el Puesto de Mando.»
>
> «Entonces me percaté —añade Iniesta— de que, contrariamente a mis intenciones, mi orden había expuesto al Capellán a mayores peligros todavía que en los parapetos, ya que, por la proximidad de las líneas, la artillería enemiga solamente descargaba sobre nuestra retaguardia. A cada paso que andaba y a cada paso que corría, caían a mi alrededor las granadas enemigas. No sé el tiempo que tardé en llegar, pero nunca olvidaré la impresión cuando, para poder entrar en el chalet, tuve que pasar sobre el cadáver del Capellán, que estaba tendido, con su capote militar puesto, en el mismo dintel de la puerta. No es cierto que el proyectil destrozase la cabeza del Capellán. Cuando yo le vi, tenía hasta las gafas puestas, aún no había perdido el color sonrosado de sus mejillas, y me parece estar viendo su expresión dulce y su sonrisa habitual. Con pena grandísima, me postré junto a su cadáver. Luego, di orden que lo trasladasen al Botiquín de Aravaca.»

4. LLORADO POR SUS LEGIONARIOS.

El asistente del Capellán, un galleguito muy bueno y que quería muchísimo al Padre Huidobro, llorando de pena, acudió en seguida, y separándole de los demás legionarios caídos aquel mismo día, lo depositó él mismo en una camilla de la única habitación disponible en el Equipo Quirúrgico, una casita de las primeras de Ara-

vaca, a la izquierda, según se va por la Cuesta de las Perdices. Recogió luego todas las cosas del Padre Huidobro y encargó a los Jefes retuviesen allí el cuerpo sin enterrar, pues volvería él más tarde para entregarlo a los Padres de Toledo. A pesar de que él mismo se encontraba herido y con la metralla en una pierna, no quiso dejar de cumplir este último oficio de caridad con el Padre Huidobro, su «Pater», que tan bueno había sido siempre con él.

Lloraba intensamente cuando, al día siguiente, ya de noche, se presentó en la Casa de los Jesuitas de Toledo. Con emoción y respeto, puso en manos de los Padres el Portaviáticos con el Santísimo, y algunas cosas del Padre Huidobro: su correaje, su maleta. Tan lleno de desconsuelo estaba, que apenas lograba hacerse entender, y sin querer cenar, se alejó, sollozando y repitiendo que mejor hubiera sido que le hubiesen matado a él, que no al Capellán que tanto bien hacía en la 4.ª Bandera.

El Capellán Alférez, señor Latorre, apenas se enteró de la muerte del Padre Huidobro, corrió al Equipo Quirúrgico y le dio la Absolución y Santa Unción «sub conditione».

> «Ante su cadáver, me encomendé a él como a un santo —escribió luego—. Perdí en él al compañero infatigable.»

El comandante interino, Rodrigo, dice que él fue herido este mismo día 11. Pero en cuanto pudo, al ver los horribles destrozos que la artillería enemiga había causado en el chalet del Botiquín, del que estaba apartado como cien metros, acudió a ver lo ocurrido. Alguien le dijo primeramente que el Capellán había sido herido, ocultándole la verdad para no impresionarle. Pero, a sus instancias, por fin le dijeron toda la desgracia y que su cadáver había sido trasladado a Aravaca. A las pocas horas, herido, fue llevado Rodrigo a aquella misma casita en que yacía el cadáver; cuando llegó, ya su asistente le había lavado el rostro, en cuyo lado derecho presentaba la herida que le causó la muerte. Su semblante aparecía con gran apacibilidad.

Por medio del enlace, el legionario señor Maldonado, fue llamado el entonces Jefe nato de la Bandera, Comandante José Jiménez Jiménez, que se hallaba entonces con el mando en otro sector, en Aravaca. Aquella misma tarde vino con su Capitán ayudante a hacerse cargo de las fuerzas.

La impresión que produjo en la Bandera fue terrible, dijo el Comandante Rodrigo, hasta el extremo de que, por el prestigio de que gozaba, el Mando tuvo diligente cuidado de que, al principio al menos, los legionarios no supieran lo ocurrido, pues temían que la noticia de su muerte pudiera engendrar desfallecimiento en la Bandera. Cuando ya no fue posible ocultarlo, recuerdo perfectamente la consternación que produjo en el ánimo de todos la noticia tristísima. Nuestros legionarios, acostumbrados a su trato paternal, lloraban su muerte como una pérdida irreparable.

Pocas ponderaciones podrán darnos a comprender lo que el Padre Huidobro significaba a los ojos de la Legión, como el temor que, en el primer momento, tuvieron los jefes de que la noticia de su muerte pusiese en serio peligro el ánimo y alta moral necesaria en aquellos angustiosos combates.

> «En Aravaca —dice el Capitán Canós—, donde tanto entusiasmo tenían por nuestro Capellán, al recibir yo la noticia por teléfono de su muerte, se la oculté a los míos; y me fui a un rincón a llorarle.»

A pesar de las innumerables bajas de aquel día 11 (en una Compañía de 160 quedaron solamente 40), no se habló otra cosa entre los legionarios que de la muerte del Capellán. Y aunque no es, ni mucho menos, corriente que los legionarios lloren, muchos lloraron. Y aun pasado gran tiempo, a cuántos, ante su recuerdo, se le llenaban los ojos de lágrimas.

El hecho de su muerte creó también ambiente de desolación y tristeza en todas partes, y sobre todo en la 4.ª Bandera, afirmó su Comandante Vierna.

En la tarde de ese domingo, llegó el enemigo a entrar en nuestras trincheras, en sus desesperados esfuerzos por romper en aquel punto el cerco sobre la capital. Bien es verdad que logró la Bandera, antes noche, obligarles a replegarse de nuevo.

Estas lágrimas en el Tercio fueron el primer homenaje al Capellán triunfante. Desde el Cielo agradecería él ese llanto, como lo agradeció conmovido cuando su herida en la Casa de Campo. En típicas frases expresa este dolor en el frente de Aravaca uno de la 4.ª Bandera, Frutos Gasca:

> «Grande duelo de sus hermanos legionarios cuando por

las trincheras se corrían los rumores de que nuestro Capellán había sido alcanzado por un obús. Todos los caballeros legionarios se miraban los unos a los otros y se decían: '¿Pero qué, ¿leve o grave?' Y cuando le recogieron, encontraron un Crucifijo manchado de sangre. Era el del santo legionario, Padre Capellán, que cubrió de gloria a la España católica. Murió en la Cuesta de las Perdices. Y en paz descanse.»

La pena de no tener consigo a su Capellán, les acompañó especialmente a los legionarios cuando, pasada la tempestad horrísona de aquellos pocos y larguísimos días de la batalla de Madrid, les vino la gloria del triunfo. Ya no le tenían entre ellos, como otras veces, en ocasiones parecidas, cuando se les contagiaba la sanísima alegría de su Capellán. Por las inmensas acciones gloriosas de estos días, les llegó la concesión de la Laureada de San Fernando. Orgullo de los mayores para un militar es el de poder llevar bordada sobre la manga «la Laureada». En esta ocasión, el orgullo iba entremezclado con la pena. Por eso las palabras de su Coronel:

«Legionarios de la 4.ª Bandera, caballeros laureados de la Orden de San Fernando, escuchad: Cuando ahora paseéis por esos campos de Castilla, borrachos de sol, esa Cruz, lucidla con orgullo. Pero acordaos con pena de aquellos que os ayudaron a ganarla y que dieron su vida en la Cuesta de las Perdices. Acordaos siempre de vuestros amigos, de vuestros hermanos.»

Y los legionarios, formados en aquel pueblecito de Castilla, pensando en sus compañeros, pensando en su Capellán, tenían los ojos brillantes de lágrimas que, en muchos, desbordaron por sus mejillas tostadas por el sol y quemadas por la pólvora.

Otro llanto hubo, muy lejos de la Cuesta de las Perdices. En territorio que todavía había de ser marxista por tres meses más, Santander, se encontraban su madre y hermanos. Ya ella había sabido que otros dos de sus hijos, Carlos y Rafael, habían sido sacados en septiembre de la checa de Fomento y asesinados en Madrid. A fines de este mes de abril, desde Bélgica y en frase disimulada, se vivía por entonces tiempos de catacumbas, su pariente el Padre Antonio Hornedo, actualmente Prefecto Apostólico en el

Marañón (Perú), retransmitió a la familia esta noticia: «Fernando se ha ido a vivir con su Padre.»

Mientras ella oraba ante el Santísimo Sacramento que, doblemente oculto, se guardaba secretamente en una casa particular amiga, su hijo el Ingeniero José María, le comunicó la dolorosa nueva. Fernando siempre había sido algo muy especial en el corazón de aquella madre, que tan orgullosa se sentía de él, aun dentro del tan fuerte cariño a cada uno de sus otros hijos. Cuando del todo comprendió lo que aquella carta, venida de Bélgica, les quería decir, con maravilloso dominio sobre sus sentimientos, exclamó:

> « ¡Pobre hijo mío...! Reuníos aquí..., vamos a rezar un Padrenuestro por Fernando...»

En su pena y en su humildad cristiana, decía luego que quizá Dios había querido llevárselo porque era ya demasiado lo que ella, ¡su madre!, se gloriaba en él y lo quería.

Coincidencia providencial: exactamente en esta fecha de la muerte Fernando, consiguió su familia el poder retener consigo, escondida en su propia casa, la Eucaristía.

5. ENTRE SUS LEGIONARIOS HASTA EL FIN.

Los jesuitas de Toledo, apenas se enteraron por medio del asistente del Padre Huidobro que éste había fallecido, en seguida procuraron activamente traer a la ciudad su cadáver para que reposase en el cementerio de la ciudad, entre los otros Padres allí enterrados. Dios dispuso mejor las cosas; todo se arregló de manera que, contra toda previsión y deseo, los despojos santos del Capellán quedasen entre sus legionarios.

Tres habitaciones tenía el Equipo Quirúrgico de Aravaca. En la primera, unos cinco metros cuadrados, cubierto con su capote, reposa el cadáver del Padre Huidobro, tendido sobre una camilla. Allí mismo, en otras seis, otros tantos legionarios gravísimamente heridos y que sólo a fuerza de inyecciones continuas pueden seguir viviendo. En el pequeño jardín, a la entrada, los cuerpos muertos de unos quince legionarios, que no cabían dentro, con tantos heridos

como habían ido trayendo. Hay que tener en cuenta que la región del Cementerio de Aravaca estaba aún dominada por los rojos.

Ni un momento dejaron solo los legionarios heridos a su Capellán. Volvían algunos una y otra vez a visitarlo. La razón era obvia; lo que dijo un Teniente que repetía su visita ante el cadáver:

> «Yo le consideraba un santo; y como a los santos se les ve pocas veces, quiero aprovecharme.»

Dos días quedó allí expuesto. Parece que estaba aguardando a que el feroz combate amainase.

> «Tal era el cariño y admiración con que le miraban sus legionarios —decía el Capellán Latorre—, que si en vida le respetaron como un sacerdote modelo, después de su muerte le veneraron como a un santo. Como ejemplo —añade—, solamente citaré un caso que presencié de un legionario que trajeron herido, mientras estaba el Padre de cuerpo presente en Aravaca: 'Padre —me dijo—, récele un Responso de mi parte y un Padrenuestro; porque todos le queríamos como a un Padre, y era tan bueno que es seguro que está velando por nosotros en el Cielo.' Rezó allí con tanto fervor, que después de terminar me dijo: ¡¿Ve usted? Hasta parece que me he olvidado de mis dolores y que me hace menos daño la herida. ¡Era tan bueno con todos! '»

El día 13, preparan en Toledo muy de mañana una caja para colocar el cadáver, y a media tarde salió con una camioneta para Aravaca el Hermano Carlos Zurbano. El iba vestido de requeté, el asistente, de legionario, y el chófer, de falangista. Llegaron retrasados, pues se extraviaron en el camino, debido a que las casas de aquellos pueblos estaban casi todas derrumbadas e impedían la carretera.

Mientras, el Capellán Padre Puyal se dirigió a Boadilla en un coche, que el mismo Gobernador le proporcionó, para pedir al General Iruretagoyena el necesario permiso para trasladar el cadáver a Toledo. Casi en este mismo tiempo, los Capellanes jesuitas de la Ciudad Universitaria hacían por su parte diligencias para ir a buscar los restos del Padre.

«Al entrar en el Equipo —escribió más tarde el Hermano Zurbano—, descubrí el capote del Padre, y caso curioso, que me hizo notar el Médico: llevaba más de dos días y aún estaba el cadáver fresco, conservaba el color natural y no era extraordinaria su rigidez. Tenía la cabeza, por detrás, completamente destrozada, tanto, que al trasladarle a la caja, tuvimos antes que fajarle la cabeza. La oreja, parte de la cara por la derecha y una mano, informes; el resto del cuerpo, sin una sola herida.»

Metido ya en la caja, todavía hay un legionario del grupo de heridos, que se les acerca, ruega le dejen el Crucifijo del Padre, y luego de besarlo, dice: «Vamos a rezar un Padrenuestro por él, que ¡era tan bueno...» Rasgo ingenuo de fe y de cariño.

Ya atardecía cuando salieron en la camioneta: esperaban llegar antes de la noche a Toledo. Unos Guardias civiles les detienen a la entrada de Boadilla del Monte. El General Iruretagoyena había dispuesto que se le enterrase en aquel pueblecito. Se paran a la puerta del pequeño Cementerio. Algunos Oficiales descendieron la caja. Allí estaban el General, con todo su Estado Mayor: el Comandante Calvo, el Conde de Argillo, el Capellán del Hospital de Boadilla y los Guardias civiles; unas 40 personas.

Al quitar el capote en que tenía envuelta la cabeza, apareció ya casi vaciado el cráneo; había sangre cuajada en la camilla. Pero su rostro estaba sonriente, con aquel su sonreír bondadoso, sereno, los ojos como si estuviesen durmiendo, la boca un poco entreabierta, muy natural.

«Aunque la muerte tome posesión del hombre justo, no le podrá desposeer de su dicha», se lee en la Escritura.

Conservó el Padre Huidobro en su rostro, ya cadáver, la misma dulce serenidad que en vida; su rostro había sido limpio espejo de su alma, y al venir de pronto la muerte, quedó en él impresa la imagen última que en él se reflejaba, imagen de un alma pura y santa. Lo que un mes antes había escrito a su hermano:

«Y si es la muerte, será por amor...»

Aunque en medio exterior de furores bélicos, conservaba su rostro la señal de la muerte plácida. ¡Feliz él!

Se reza un Responso. Colocaron la caja en un nicho nuevo. Unos guardias civiles y el Hermano Zurbano cerraron la sepultura

con ladrillos y barro. El Padre Puyal, en el revés de un trozo de lápida rota de mármol, escribió:

«P. Fernando Huidobro, S. J. — 11 de abril de 1937.»

Y la colocó encima, como distintivo y epitafio. Muy cerca de él, frente a los nichos, estaba la sepultura de 42 legionarios caídos también en la Cuesta de las Perdices, por Dios y por España. Dios había querido que se quedase junto a ellos; muy probablemente ellos, como todos, habían sido asistidos por el Capellán al caer.

Era ya casi de noche cuando abandonan aquel cementerio pueblerino. No hay trompetas y tambores. No hay discursos ni tropa que desfile ante los restos del héroe. La emoción de aquel acto sencillo, solemne, pero silencioso, hizo derramar lágrimas a no pocos de los que más habían tratado al Capellán. Tras la actividad vertiginosa de una vida corta, y ¡qué llena!, de pronto la repentina muerte y el entierro casi en el silencio, en un olvidado pueblecito, cara a Madrid. Aromas de flores campestres, en el camposanto, pequeño y pobre, que está en un altozano dominando, casi poéticamente, un pueblo diminuto. Así también, en la intimidad escondida, enterraron a Cristo a las pocas horas de haberse conmovido por El toda Jerusalén y Palestina.

Aquel mismo día 13, ya muy de noche, un grupo de legionarios venidos en una camioneta, expresamente desde la Ciudad Universitaria, con el Capellán de la 9.ª Bandera, Padre Val, cubrieron de flores el nicho del Padre Huidobro y la sepultura de los otros 42 legionarios muertos.

Otra visita, muy diversa, tuvo al parecer algo más tarde este Cementero. Durante las sangrientas acciones de Brunete, llegaron los rojos muy a las cercanías de Boadilla. Mas, cosa rara, no cometieron los acostumbrados desmanes en el Cementerio. Sin duda, por lo rápidamente que les obligaron de nuevo a retirarse.

El día 14, encabezaba así Juan Deportista su crónica de guerra, el *A B C*:

> «Cuando yo iba a regresar esta tarde de Boadilla, pasé por una de las emociones más terribles de esta vida azarosa de campaña. Allí, al camposanto del pueblo, había llegado el cadáver de aquel Padre jesuita, Fernando Huidobro, compañero inseparable y el más valiente de la 4.ª Bandera de la

Legión, semillero de audaces, como gigantes heroicos.

El Padre jesuita ya ha logrado su gran designio. Hoy, el General Iruretagoyena, su Estado Mayor, sus ayudantes y un puñado de hombres a los que estas durezas no evitan la conmoción espiritual terrible, hemos acompañado al sacerdote, mientras rezaba las preces en su loor, que le aproximaban al alto lugar de sus sueños de gran misionero. Destocados, húmedos los ojos y envuelto él en su bandera española, le hemos dejado allí, en el diminuto cementerio de Boadilla del Monte, feliz y contento.»

El viernes 16, en la iglesia de San Ildefonso de Toledo, se celebraron solemnes honras fúnebres por el eterno descanso de su alma. Varios de sus compañeros, Capellanes de la Legión, asistieron con emoción difícilmente contenida.

El Acta de Defunción, expedida algún tiempo después por el Mando Militar aun dentro de los fríos términos castrenses, tenía marcado tono de gloria:

«Don Mariano Rubio de Castro, Comandante Mayor del 2.º Tercio de la Legión, del que es Primer Jefe el Excmo. Sr. Coronel de Infantería, don Antonio Castejón Espinosa, Certifico: Que según antecedentes que obran en esta oficina de mi cargo, el Capellán que prestó sus servicios en concepto de Agregado a la 4.ª Bandera de este Cuerpo, don Fernando Huidobro Polanco, falleció el día 11 de abril de 1937, a consecuencias de las heridas que recibió en acción de guerra en la Cuesta de las Perdices (Madrid), sin menoscabo del Honor Militar; antes bien, siendo su muerte gloriosa y en cumplimiento de su sagrado ministerio. Y para que así conste, expido el presente en Riffien, a 8 de agosto de 1940. —Mariano Rubio. —V.° B.°: El Coronel Primer Jefe, Antonio Castejón.»

6. ESPONTÁNEO HOMENAJE.

Cuando un cañón ruso tronchó la vida del Padre Huidobro, un cálido y variadísimo homenaje de alabanzas se desbordó. Pero ya

este homenaje había comenzado durante su vida. Todos iban, a medida que le fueron conociendo en los años de su relativamente corta vida, marcándole de encomios. Cada uno, unánimes, ponderaba aquel aspecto que principalmente le interesaba. Y entre todos, abarcaban su persona entera, todas las manifestaciones de su actividad. Los Profesores, de dentro y de fuera, ponderaban su talento y su capacidad extraordinaria de trabajo. Los Superiores religiosos y compañeros, su caridad y su oración y su vida de perfección ejemplar. En el Tercio, su abnegación y su valor, modelo aun para los mismos legionarios. Cuantos le trataron, su bondad y su simpatía enormes. Los amantes de la doctrina tradicional, su seguridad y su profundidad en los estudios teológicos y su docilidad amorosa y sentidísima a cuanto emanase de la Iglesia. Los inclinados al movimiento moderno, se entusiasmaban ante su ánimo abierto, comprensivo, que no rechazaba la verdad dondequiera que se encontrase; que admitía y buscaba, apostólicamente, el diálogo. Los españoles se gozaban por su patriotismo, y los extranjeros quedaban conquistados por su espíritu tan de veras universal, literalmente católico. Entre tal cúmulo de alabanzas, apenas sí se da la posibilidad de advertir en algunos tan pequeños defectos que a veces se le notasen.

Esto en vida. A su muerte, como en todo caso suele suceder tanto en pro como en contra, esto ha crecido. Fácil tarea sería la de llenar aquí páginas, y aun capítulos, con la simple transcripción de los elogios hechos sobre la persona del Padre Huidobro.

Lo que más dice del valer, y del heroísmo, y sobre todo, de la santidad del Padre Huidobro, es la unanimidad absoluta en los juicios que se oyen o leen de él. No se habla con una persona que lo haya tratado, que no lo pondere, no por decir algo, sino narrando los hechos concretos que demuestran la grandeza de aquella alma. La estima por él, aún creció durante la campaña, pues las cartas que él escribió desde las trincheras (salvando las distancias, piensa uno en las de Javier desde la India), se copiaban y se repetían y se oían leer en muchas partes públicamente.

Unos cuantos ejemplos de juicios formulados a su muerte.

Durante los primeros días de abril de 1937, se encontraba herido en Talavera, en el Hospital de Santo Domingo, Vierna, Comandante de la 4.ª Bandera.

Allí recibió la noticia de que su Capellán había muerto. Por medio del ayudante, hizo llamar al aposento al Padre Felipe Díez, Capellán Militar en el Hospital. No podía disimular su emoción y sus lágrimas:

> «Padre, le doy el pésame. Pero con derecho a que también usted me lo dé a mí. Pues acaba de perder la Legión un verdadero Padre, la Religión, un santo, y España, un héroe.»

Podía haberle contestado el Padre Díez: «Y la Compañía de Jesús, uno de sus hijos mejores.»

El mismo Comandante fue más explícito en el prólogo puesto a la Biografía escrita por el Padre Peiró:

> «Con el triste mensaje recibí también las pruebas de dolor de mis legionarios. Quedé anonadado. Nuestro santo Capellán, el insustituible, el alma de la Bandera, había muerto. Como siempre ocurre en la guerra, al dolor humano por la pérdida del amigo querido, se sobrepuso la preocupación por las consecuencias que aquello pudiera traer y la desmoralización para seguir la lucha. El Padre Huidobro, dije, no nos ha dejado. Está al lado de Dios, y desde allí sigue nuestros pasos y nos dará la victoria. La victoria vino. El lector de su Biografía podrá decir si contribuyeron algo a obtenerla, primero, los heroísmos, y luego las oraciones de este santo Capellán.»

En carta dirigida a su familia, a los pocos días, por el Teniente Coronel de Artillería don Luis Alarcón:

> «Por no abandonar mi puesto, no pude ir a verlo muerto, a pesar del afecto que le tenía, como se lo tenía todo aquel que lo había tratado; ya que sus condiciones de valor, virtud, talento, abnegación, y sobre todo entereza de héroe, eran muy difíciles de reunir en una misma persona. Y este es el elogio póstumo que de él hacen, desde sus Jefes, hasta el último soldado.»

La noticia de su muerte produjo universal impresión de dolor dentro de la Compañía de Jesús entre quienes más le habían tratado durante su vida. Pena, mas no depresión de ánimo. A todos era patente su triunfo. Las numerosas cartas que sobre él se escribie-

ron, eran de pésame que venía impregnado de exaltación gloriosa. Cada carta un nuevo elogio a sus virtudes y a sus cualidades y al heroísmo de su vida entera.

El Padre Gutiérrez del Olmo, Asistente en Roma del Padre General de la Compañía, escribió apenado al saber su muerte, pero encabezando los panegíricos a su memoria:

> «No era poco lo que todos esperábamos de él. La idea que de él me formé, coincide con el juicio que de él se habían formado los demás, tanto compañeros como superiores, de quienes he oído siempre las mejores alabanzas. Me acuerdo, en especial, de lo mucho que le ponderaba el Padre Carvajal (Secretario del Rdmo. P. Ledochowski).»

El Padre Enrique Jiménez, antiguo Rector del Padre Huidobro en Chamartín, y que siendo Rector en Villafranca, acababa de recibir su Profesión, manifestaba así sus impresiones:

> «Ha sido la muerte del Padre una pérdida de la cual es humanamente imposible consolarse. Hay que recurrir a la fe en Dios para conformarse y esperar.»

El Padre Jiménez fue el primero que, al poco de morir el Padre Huidobro, comenzó a divulgar estampas con su imagen, exhortando a que se encomendasen a su intercesión.

El actual Arzobispo de Barcelona, Monseñor Modrego, en aquel tiempo Obispo Auxiliar de Toledo y Provicario General Castrense, a los dos días de la muerte del santo Capellán, envía al Superior de los Jesuitas de Toledo un pésame que es al mismo tiempo un claro preanuncio de futuras glorias:

> «Si es que hay lugar a pésame, y no más bien a felicitación por la gloriosa muerte de tan excelente Padre, acaecida en circunstancias y a tiempo en que todo hace presumir la inmediata glorificación en el Cielo. El ruegue por nosotros.
>
> Lo he encomendado a Dios para que pronto lo glorifique.»
>
> «Bajo la terrible impresión que me ha causado la muerte santa y heroica de nuestro inolvidable P. Huidobro, le pongo estas líneas —decía el P. Marín Triana—.
>
> Yo estoy anonadado por el golpazo; y no puedo hacer-

me a la idea de no volver a ver sobre la tierra al que fue ejemplarísimo religioso, celosísimo apóstol e intrépido héroe, además de compañero queridísimo.

La noticia de su muerte nos ha causado a los demás Capellanes verdadero pesar, como si fuese imposible que nos faltase.

Yo bendigo a Dios y acato sus juicios. Pero no puedo consolarme más que pensando que no está muerto; que sigue viviendo junto a Cristo, junto a Aquél a quien tanto amó, a quien tantas almas llevó y por quien tanto se sacrificó.»

Meses antes de su muerte, decía de él el Padre Victoriano Larrañaga, luego de mencionar al Padre Larragán, asesinado por los rojos en Madrid:

«Según es de valiente y heroico, me temo vayan a perder ustedes igualmente al Padre Huidobro, y la verdad que sería una gran pérdida. Dios nos lo conserve para reconstrucción espiritual de la postguerra.»

El Padre Manuel Grund había sido Rector en Granada, cuando allí estudiaba el Padre Huidobro. Apenas se pudo enterar de su muerte, escribía el 14 de abril, desde Bruselas:

«Gran pena nos embarga con la pérdida para la Compañía de la tierra, de nuestro buenísimo Padre Fernando. ¡El Señor nos lo dio, el Señor nos lo quitó! ¡El sea bendito para siempre!

Yo consideré esta pérdida, no como pérdida sólo de la provincia de Toledo, sino de toda la Compañía y de la España católica. ¡Si el Señor nos lo hubiera dejado más tiempo! El sabe lo que hace. ¡Un intercesor más en el Cielo! »

En Méjico, publicaron los Padres, en el primer número del Boletín, un artículo necrológico del heroico Capellán de la Legión. En medio de las persecuciones que allí estaban soportando, este ejemplo de tanta abnegación y valor les estimulaba.

El Padre Brust, su antiguo Rector en Valkenburg y Consejero luego del Padre General de la Compañía, aseguraba que Huidobro:

«Era de gran capacidad, de gran actividad, de magnífi-

cas esperanzas para el futuro, de bellísimo carácter, siempre jovial, siempre modelo de estudiantes y excelente religioso.»

Lo que pensaban de él sus compañeros lo compendiaba, desde el Perú, el entonces Rector de Arequipa, Padre Pablo Menor:

> «No me atrevo a decir que haya yo visto en este mundo otro hombre que tenga cualidades más completas y sobresalientes. El conjunto era de lo más brillante. Lo que escribo hoy, lo tengo afirmado hace muchos años.»

Llegaron cartas hasta de la lejana y desconocida Ponapé, en las Islas Carolinas. Escribía desde aquellas soledades el misionero Padre Gregorio Fernández:

> «Han llegado hasta estas remotas islas los últimos datos de la santa vida y heroica muerte de nuestro P. Fernando Huidobro. Los ejemplos de sus virtudes, que yo desde lejos admiraba, su carácter peculiar de alma noble, fiel con Dios y con los hombres, hacían de él el modelo que San Ignacio quiere para su Compañía, soldados de Cristo.»

Otro misionero, el Padre Herreros, Procurador en Tokio, compañero unos años de él, termina así su carta al enterarse del fallecimiento del Padre Huidobro:

> «Lo he sentido por los demás. Y en particular por los muchos que se hubieran aprovechado de sus ejemplos. Pues los que yo he visto, eran los de un santo.»

Tan laudatorios y tan universales eran los comentarios, que el Padre Antonio María Arregui, Instructor en Bélgica, decía:

> «No le conocí personalmente, pero por lo que oigo y veo, los elogios humanos parecen pálidos para lo que él merecía.
>
> Su ejemplo es aleccionador. Lo que ha hecho en el frente no se improvisa; es el fruto natural de toda una vida llevada con heroísmo.»
>
> «Ha sido —escribió el P. Ricardo Cobos, al enterarse de su muerte— un gran Capellán, como antes había sido un gran estudiante y un gran religioso.
>
> Ha muerto en la vanguardia del Ejército, él que siempre

estuvo en la vanguardia de los estudios y en la vanguardia de la virtud.

Ha muerto en el cerco de Madrid, en la primavera de 1937 y en la primavera de su vida. Qué mejor sitio y qué dos mejores épocas!

¡Que ruegue al Señor por nosotros!

Me parece que le estoy oyendo repetir una vigorosa frase del P. Baltasar Álvarez, según creo, que le oí pronunciar hace diez años y por la energía con que la recalcó se me quedó grabada: ‘ ¡De los aserrados, de los acuchillados y de los partidos en pedazos por Cristo, es el Reino de los Cielos! '

¡Y de los ametrallados por El, podríamos añadir ante la gloriosa muerte de Fernando Huidobro.»

Quien le sustituyó como Capellán en la 4.ª. Bandera, Padre Elías Alduán, de la Congregación de la Misión, añade luego de ponderar la edificación dada a los legionarios por su antecesor:

«Si un día se buscara un modelo y ejemplar de Capellán castrense, el P. Huidobro será, sin duda, el más destacado, por su vida llena de bondades y de sacrificios.»

Bien se pueden terminar estos testimonios, tan ponderativos, con la frase que cierra la carta del Padre Madoz, Profesor en Teología del Padre Huidobro:

« ¡Cuántas esperanzas, hoy tronchadas en flor, tenía en él cifradas la Compañía, la Iglesia, España! »

EPÍLOGO

LLORARLE... ¿NADA MÁS?

« ¡Padre!... ¡guárdese! ¡que le van a matar!... », le gritaban al Padre Huidobro sus legionarios cuando le veían anhelante cruzar de una a otra parte del campo buscando heridos, mientras silbaban a su alrededor las balas. « ¿Que me van a matar? —respondía a veces lleno de tranquilidad y con su poco de ironía—; pero, ¿quiénes?» « ¿Quiénes? ¡Los rojos!, ¿no los oye?» Y el Padre Huidobro, ya más en serio, con el sentido profundo y popular de las hablas del pueblo cristiano: « ¡No, hombre, no!... los rojos no matan. ¡Mata Dios!...»

No van al acaso las balas. Cuando dan en un blanco, es que así Dios, misterios de su Providencia, lo ha querido o permitido. Sabía El que un proyectil iba a explotar en la casita, Puesto de Socorro, de la Cuesta de las Perdices, a los pocos momentos de haber entrado en ella el Padre Huidobro. Dejó que el Padre entrase y se sentase adentro, junto a un herido. Y dejó que precisamente entonces, desde el ejército rojo disparasen el proyectil. No lo impidió. Quiso llevarse de este modo al Padre Huidobro. «Los rojos no matan; mata Dios.» El, que sabe escogerse sus víctimas, eligió la mejor para trasladarla al Cielo. Se cumplió, al fin, lo que él había escrito muy poco antes: «El Gran Rey le había llamado con el relevo definitivo.»

Murió, cuando más falta hacía. Cuando comenzaba a vivir en la vida pública del trabajo apostólico. Cuando había empezado Dios a mostrar que lo había hecho instrumento eficacísimo para la salvación de las almas.

Pero, ¿es que en realidad hay alguien que sea necesario para las obras y los planes de Dios?

Algo parecido a lo que hemos sentido en ese abril del 37 nosotros, sus hermanos en religión, debieron sentir los primeros jesuitas del tiempo de San Ignacio, cuando en las más fundadas esperanzas del apostolado en Oriente, en medio de los grandes planes

de más conquistas, trajeron un día las naves la inesperada noticia: « ¡Ha muerto Francisco Javier! » ¡Cuántas esperanzas desgajadas! Comparo las impresiones en las dos muertes; no las personas. Aunque en la grandeza de alma, en el conjunto de potentes y equilibradas facultades, hasta en la extraordinaria simpatía de sus virtudes, Fernando Huidobro tenía mucho de Javier.

«Sentí gran deseo de la muerte del santo. La muerte de Javier, mi ideal», había escrito Huidobro en su mes de Ejercicios tres años antes.

La Compañía de Jesús se miraba complacida en el joven Fernando Huidobro, sobre quien tantos planes formaba para el servicio de Dios: sueña así una madre con el hijo privilegiado que el Señor le ha concedido. Dedicado al apostolado, sería excelente operario para acercamiento al pueblo, al elemento obrero, al que tan profundamente él entendía y amaba; su talento nada vulgar podía abrir en el campo intelectual fecundo surco que prometía óptimos frutos en la apologética, para un mañana que ya amanecía; abrazaba y atraía por igual, dado el prestigio que le daba su virtud y su talento y la nobleza de su espíritu universal, a los antiguos y a los modernos; como Superior, disponía de notables dones de prudencia, amplitud de miras y firmeza en la ejecución. Había la Compañía de Jesús, con ilusión de madre, empleado todos los medios a su alcance para procurarle la más íntegra formación intelectual y moral. Cuando ya, recién terminada su lenta obra de preparación, esperaba comenzar a recoger los frutos de sus afanes, se inicia el glorioso Alzamiento Nacional. El Ejército, privado de Capellanes por la República, clama por sacerdotes que le asistan en los supremos momentos de la campaña. Fue entonces cuando el Padre Huidobro, en Bélgica, sintió el llamamiento de Dios, y se ofreció a sus Superiores para irse al frente. Nadie dudó. Ni el Padre General, que desde Roma aprobó su demanda, ni los Superiores inmediatos que accedieron. La Religión y la Patria estaban en inminente peligro. No eran aquellas horas de regateos al sacrificio.

El Padre Huidobro y el Padre Martínez, su compañero de viaje, los dos primeros Capellanes jesuitas venidos del extranjero, regaron y santificaron con la entrega de su sangre y de su vida el campo de batalla. Pronto les seguirían otros: el Padre Marticorena, muerto entre los requetés navarros que avanzaban sobre Bilbao; el

Padre Ramón Molina, que cayó mientras asistía a los Flechas Azules que combatían en Aragón en la última ofensiva.

La Compañía los ha llorado; pero no con arrepentimiento de haber dado por Dios la flor de sus esperanzas. Todas las madres españolas fueron, en aquellos momentos trágicos, generosas en entregar, para la liberación de su Patria, los hijos más queridos, las mejores flores del hogar.

El Comandante de su Bandera, que profesaba inmenso cariño al Padre Huidobro, decía:

> «A este Padre debían haberle relevado. Era muy arriesgado. Y un hombre de tantas cualidades, no debía estar expuesto a peligros tan inminentes. Había que conservarlo para bien de muchas almas. Ha sido pérdida irreparable para la 4.ª Bandera y para España.»

Muchos hubo que, entonces y ahora, reaccionaron en el mismo sentido: «Habrían debido los Superiores retirarlo del frente; no haberlo expuesto al inminente peligro de perder la vida.» Hasta el mismo Provincial interino, que fue quien, inmediatamente, le concedió el permiso para marcharse de Capellán, el edificantísimo religioso Padre Sánchez-Robles, hace muy poco tiempo, decía también lleno de humildad: «Yo falté a la prudencia, como Superior, al permitirle al Padre Huidobro irse a la guerra, a la Legión.»

Iguales sentimientos manifestaba el entonces Vicario General Castrense, hoy Arzobispo de Barcelona, Monseñor Modrego. Contestando al Padre García Martín, que, de inmediato, le había comunicado la muerte del Padre Huidobro, le decía en su carta:

> «Ustedes sabrán por qué han mandado a un Padre de tanto valer al frente. Yo he hablado una sola vez con él, y en seguida vi que se daba cuenta de todo. Me había formado de él un elevadísimo concepto.»

Estuvo acorde con los anteriores sentimientos otro de altísimo significado y que con el debido respeto quiero reproducir.

El señor Obispo Auxiliar de Toledo, Provicario Castrense, le exponía en Burgos al Generalísimo la fructuosa labor de los Capellanes. Acababa de morir el Padre Huidobro. De él especialmente le habló. De su extraordinaria actuación entre los legionarios. Del

gran rendimiento que, para la cultura y para la gloria de la Iglesia, fundadamente se esperaba de sus excepcionales dotes... Escuchaba atento el Caudillo que, en aquellos mismos meses en que iba trazando, con mano segura, al Ejército nacional los caminos del triunfo, tenía a la par puesta su providente mirada en la España que ya se iba bosquejando, la de después de la guerra. Y vino su interrupción rápida:

> « ¡Qué lástima! Si yo hubiera sabido antes cuánto valía ese Padre, inmediatamente mando retirarlo del frente. Otros habría que pudiesen desempeñar allí su ministerio. Y necesitamos también hombres como ese en España.»

Simpática faceta del providencial jefe de Estado.

Frente a los anteriores modos de reaccionar ante su permanencia en el Tercio, y ante la muerte del Padre Huidobro, me atrevo a disentir: No. No deberían haberle relevado de su Capellanía en la Legión. Hicieron bien en dejarle allí. Aparte de que para los demás Capellanes, de saber el porqué, y estas cosas se llegan a saber, hubiera sido una discriminación hiriente. Aparte de esta razón, queda otra que es primordial: también esos, los de las grandes cualidades, han de dar el ejemplo de saber sacrificarlas por un ideal nobilísimo, con la generosidad con que él las sacrificó. Miremos nosotros su muerte, con la misma alteza de miras con que él la miraba: cual la de Cristo, que a los treinta y tres años quiso sufrir la Pasión para realizar su obra redentora.

No hemos perdido al Padre Huidobro. Nos dejó su ejemplo, heroico, como de auténtico legionario-religioso. No es su única grandeza la de su obra externa de Capellán, con ser tan sublime. Lo más grande en él, lo que lo levanta por encima de lo vulgar, es lo elevado de su vida interior: su alteza de ánimo. En nuestros tiempos, en que el factor predominante ante muchísimos es la «acción», «el movimiento», el «hacer», necesario es insistir sobre esta gran verdad: lo grande no es el hacer, sino el «deshacerse» por un grande ideal, ni está la mayor hazaña en el trabajar, sino en el darse. Como Cristo, que lo más grande que hizo fue el morir. ¡Ay, si no, de los heroísmos ocultos y de los héroes que mueren jóvenes! Luis Gonzaga, por asistir a los apestados; Javier, por haber destrozado sus fuerzas en el Asia, murieron bien jóvenes. La vida de Fernando Huidobro, impulsada y realzada en todo momento por los

más eficaces ideales, es ejemplar y estímulo para la juventud. La santidad del Capellán, estaba forjada en la vida abnegada, oculta, de estudiante en la Compañía. En el Tercio, esta santidad creció, manifestó los simpáticos resplandores de su brillo; pero el héroe, el santo, es anterior a su vida en campaña.

Con gran ponderación y acierto se expresaba, en este mismo sentido, el Padre Pedro Abellán, muy pocos días después de la muerte de su compañero de estudios:

> «No seré yo quien repita la consabida frase: 'Es una gran pérdida para la Compañía.' ¡No! El fruto sobrenatural de esta oblación plenamente consciente, la fuerza de su ejemplo lleno de generosidad, y las gracias que nos alcanzará desde el Cielo, valen, a mi pobre entender, mucho más que su actividad futura. ¡Y eso que su actividad hubiera sido fecundísima! Sin embargo, me parece más hermosa y más fecunda su muerte, después de su breve apostolado en la línea de fuego. Bien está que sepamos prepararnos con una formación seria y paciente, como lo era la suya, al apostolado futuro. Pero a eso llegamos sin gran dificultad, aun los mediocres. Lo difícil es entregar al Señor, con desprendimiento, nuestros pobres caudales de juventud, de amor a la vida, de planes para la gloria de Dios. Cuando este verano me habló, en la intimidad, de su ofrecimiento para el frente, temiendo haber insistido con exceso sobre los Superiores, yo le animé a continuar insistiendo. Y creo que ahora, viendo las cosas en la luz de Dios, no desaprobará el buen amigo aquel consejo.»

Ahora, cuando él ya se ha ido, nos ha dejado en herencia su ejemplo. Múltiple la variedad de facetas que contemplar en vida tan sencilla y tan corta. Modelo de apóstoles, aun sin haber casi llegado a operario evangélico. Modelo de estudiantes. Modelo de catequistas. Los Capellanes, y todo sacerdote, mucho podemos aprender de su espíritu de celo incansable e ingenioso, y de su conducta toda sacerdotal. Modelo hasta para soldados y combatientes. Modelo de vida en observancia y generosidad religiosa. Muchos talentos había recibido de Dios; con todos ellos negoció. El ha triunfado y goza ya de la visión de Dios en la Jerusalén eterna. Se realizaron

las más íntimas y definitivas aspiraciones de su vida: unirse con el Bien Sumo, la Trinidad Augustísima.

Dios realizó, con modo divino, y superó cuanto de grande se esperaba, de haber seguido en la vida Fernando Huidobro. Y le concedió a él el supremo triunfo de morir con una muerte la más semejante al martirio. Pues como por aquel mismo tiempo el Padre Azpiazu escribía en la revista Razón y Fe, siguiendo doctrina de Santo Tomás:

> «Quien muriendo por la Patria, a la Patria confiesa, es mártir de la Patria.
>
> Y quien muriendo por Dios, a Dios confiesa, es mártir de Dios.
>
> Quien por Dios y por la Patria muere en una guerra religiosa, sabiendo escalonar en su debida jerarquía estos valores, mártir es de la Patria y mártir es de Dios.»

Fructificará, plenamente lo confiamos, con su ejemplo y con su intercesión; porque es grano que, por amor a Dios y a las almas, cayó en el surco. En su muerte, como en la de Cristo, ¡Divino Modelo!, hemos de ver que, por la humana derrota y destrucción, se va al triunfo. Desde el Cielo nos ayudará a prepararnos para triunfar, como él, con Cristo triunfador.

Es lo que dos años antes de su muerte, simbolizó el Padre Huidobro en un pequeño drama alegórico, *Cristo que vuelve*, compuesto por él mismo en Portugal. Lo representaron él y sus compañeros de entonces. Al finalizar esta obra, decía allí Huidobro, con vehemencia profética, por boca del Gran Convertido, que apostrofaba a los modernos perseguidores oficiales del Cristianismo; a los que quizá ahora aparentan, y aun se creen, ser los dominadores, los «grandes», en la Humanidad, y a la postre no serán triunfadores, sino vencidos:

> «... ¡No, no se hundió el Reino de Cristo! ¡Vosotros sois los que os habéis hundido!
>
> ¡Vosotros, los poderes viejos de un mundo caduco! Sois carne senil, y la carne acaba en la muerte. Nosotros somos los siempre nuevos, los eternamente jóvenes.
>
> ¿No habéis oído que vive? ¡Y ha derramado desde arri-

ba su Espíritu! Espíritu que lo hace todo nuevo y vivaz.

¿No veis por todo el mundo esas juventudes de ojos puros y corazón heroico, que se agrupan bajo el signo de Cristo?

¡Sí! Tenemos que pasar por la muerte, para atar con el Espíritu en nosotros todo lo viejo de la carne, como lo clavó en su carne Cristo por el mundo entero. En dolor de pasión ganaremos a todos para la vida.

¡Ya viene el huracán que os barre a vosotros, poderes de la muerte, y os sepulta en el pozo de Satán, el fracasado para siempre!

¡Luego lucirá nuestro día! La paz sobre la tierra. De los cañones se funden campanas, y de las espadas se forjan rejas de arado.

Vuestros secuaces de hoy, el león y el leopardo, pastan junto al Cordero; y un Niño pequeño los pastorea...

... Y en el Cielo de cristal, un luminar de reverbero eterno: Dios en la altura, que se derrama sobre todos en cascadas de luz. ¡Porque ese Niño es Emmanuel, que es la Palabra que lo dice todo; que es: *Con nosotros*, Dios!»

No hemos tan sólo de lamentar que el Padre Huidobro haya muerto en edad bien temprana, privándonos de cuanto su prometedora actuación hubiera realizado, de haber permanecido acá abajo entre nosotros. Hemos también de mirarle con agradecimiento por su ejemplo y hasta con envidia por su triunfo.

A los ojos humanos fue vencido por el cañón ruso, que hubiera podido felicitarse de haberlo al fin derribado.

¡Mas no!; que el 11 de abril no le sobrevino derrota alguna ni desgracia: él fue grano de trigo, que se deshizo generosamente en el surco terreno y que ya ha germinado en nueva vida eternal. Nos ha dejado en herencia su nobilísimo proceder, modelo para cuantos aún estamos en la presente vida, que tan rápidamente se nos marchita.

«Si tamen compatimur —dice San Pablo (Rom. 8, 17)— ut et conglorificemur»: con Cristo sufrió y murió, en aparente desgracia

humana; ¡como Cristo y con Cristo ya ha recibido la palma de la verdadera victoria, en inacabable juventud...!

APÉNDICE

GLORIFICACIÓN EN LA TIERRA

Esta es la suerte de los cuerpos humanos, que fuera de rarísimas excepciones, los que mueren, una vez depositados en la sepultura, allí se quedan. Y su memoria, y su sepultura misma, van poco a poco pasando al olvido.

El cuerpo del Capellán de la 4.ª Bandera está entre las excepciones.

Mientras por las cercanías del pequeño Cementerio de Boadilla del Monte andaban legionarios, unos y otros, a solas o en grupos, aun Jefes y Oficiales, iban acercándose a aquel sencillo «dormitorio» que llama la Iglesia. Querían reavivar la gratísima presencia del llorado Capellán, y depositar junto a su nicho ramos de flores, exponentes de perdurado cariño. El mismo Comandante Rodrigo, hoy General, era de los que así acostumbraban satisfacer el deseo de honrar su sepultura.

Pero ya aquel pequeño nicho del solitario Cementerio de Boadilla del Monte quedó vacío. Seis años después del cañonazo ruso en la Cuesta de las Perdices, el 6 de noviembre de 1943, volvieron otra vez a presentarse juntos en Boadilla militares y jesuitas. Habían llegado de Madrid en una caravana de autos ofrecidos por el Gobernador Civil, Excmo. General Sáenz de Buruaga y Polanco, primo del Padre Huidobro. Con él y su Ayudante habían ido Monseñor Ocampo, S. J., Obispo Auxiliar en Colombia; los cinco hermanos Huidobro: Rosario, José María, Joaquín, Ignacio y María Teresa; el Padre Provincial, Carlos M. Gómez Martinho; varios Superiores, y otros Padres y Hermanos y, entre aquéllos, algunos antiguos Capellanes del Tercio. A la entrada del Cementerio les aguardaba el Comandante Rodrigo, que era quien mandaba interinamente la Bandera el día 11 de abril; el Coronel Manso, juntamente con el Párroco, Alcalde, Inspector de Sanidad y otras varias personas.

Quitada la lápida del nicho, se abrió la caja, que se encontraba en perfecta conservación, y se trasladó el venerado cadáver, envuelto en una sábana, a la nueva caja forrada en cinc que habían llevado desde Madrid en una furgoneta militar, conducida por el Hermano González Estrada. La cerró con llave el General Buruaga. Fueron así oficialmente entregados aquellos humildes y santos restos por el Comandante Rodrigo al Padre Provincial de la Compañía de Jesús, para ser trasladados al Cementerio que en su huerta de Aranjuez tiene el Noviciado de los jesuitas.



Boadilla.
Ante la caja abierta, Monseñor Ocampo. S. J., Obispo en Colombia, reza un responso. Asisten el Padre Provincial y cinco hermanos del P. Huidobro.

Estaba el cadáver reducido a huesos, completamente descarnados. El capote militar de legionario se conservaba bastante bien y le cubría la cabeza y parte superior del cuerpo; por debajo del capote asomaba la guerrera militar. Sus botas, enteramente nuevas, como si las acabase de estrenar. Ya no se percibía el más mínimo mal olor.

El Comandante Rodrigo, único entre los allí congregados que había presenciado, hasta en su último día, las actividades apostólicas del Capellán y había contemplado en Aravaca su cadáver, estaba especialmente emocionado en todo este acto del traslado, y con grandes elogios iba ponderando la obra del Padre Huidobro en la Legión.

Toda la Comunidad del Noviciado de Aranjuez, Padres y Hermanos revestidos de roquete, aguardaban a la entrada del jardín la llegada de la caravana de Boadilla. Allí aguardaban también las autoridades del pueblo. A través de la huerta se encaminaron, en perfecto silencio, hasta el rústico y pequeño Cementerio, que se halla en el ángulo alto de la finca. Brillaba espléndido el sol en el día invernal. Se rezaron los Responsos. El Padre Pedro María Ilundáin, compañero de estudios, ya desde su niñez, del Padre Fernando

Huidobro, y compañero de él también en campaña, como Capellán al mismo tiempo en la Bandera 8.ª, se adelantó hacia el féretro, y tuvo una preciosa arenga, recordando la gloriosa y ejemplarísima labor del Padre con sus legionarios. Después de él, el Rector de Aranjuez, Padre José Ridruejo, expresó su agradecimiento a Dios por haber dispuesto las cosas de manera que viniese a quedar depositado en medio de ellos, delicado obsequio de la Providencia, el cuerpo del Padre Huidobro, perenne recuerdo de una vida consagrada toda al servicio del sumo Capitán General de los buenos.

El Padre Provincial agradeció a las autoridades y a todos los allí reunidos y exhortó a pedir a Dios la glorificación de los Padres Huidobro y Rubio.

Y se bajó al fin la caja a su nueva sepultura, muy cercana a la que allí ocupaba, desde el año 29, el tan venerado Padre José María Rubio.

Todos se fueron. Y allí se quedó él, su cuerpo nada más, en el cementerio sencillo y alegre y devoto de aquel «bendito Aranjuez», como él con tanto cariño nombraba. Muchas veces, durante sus dos años de Magisterio, había él visitado aquel recinto santo, bien en sus descansos durante el paseo de circunvalación por la huerta, bien en su rezo del Rosario. Ahora vendrían novicios y estudiantes a visitar las tumbas gloriosas y evocadoras de recuerdos ejemplarísimos del Padre Rubio, y del que había sido tan entusiasta Profesor en aquella Casa de estudios.

Su sepultura fue la primera de la izquierda, según se mira hacia la Capilla, junto a los nichos y a la verja lateral.

A los pocos años tuvo lugar un acontecimiento que llenó de gozo y de fundada esperanza a todos cuantos han conocido y querido al Padre Huidobro: el 19 de noviembre de 1947, bajo la Presidencia de Monseñor don Leopoldo Eijo y Garay, Patriarca Obispo de Madrid-Alcalá, se celebró sesión pública en la Capilla del Palacio Episcopal, para la apertura del Proceso de Beatificación y Canonización del Padre Fernando de Huidobro y Polanco. Vice Postulador de esta Causa quedó nombrado el Padre Francisco X. Peiró, S. I.

Los trámites, los estudios y los testimonios que la Iglesia exige en estas Causas son muchos y muy lentos. Roma aguarda sin prisas y necesita las máximas pruebas confirmatorias de la santidad de vida. El Proceso comenzado en Madrid ha de culminarse en Roma. Han de aparecer también las pruebas divinas de que Dios quiere sea glorificado su siervo: los milagros. Son éstos la rúbrica del Señor Omnipotente al Proceso hecho con los medios humanos: el visto bueno de la Causa. Aguardemos. Y pidamos a Dios quiera conceder los máximos honores de la Glorificación ante la Iglesia universal, a su siervo Fernando.

Ya para esta gloriosa fecha, la madre del nuevo Siervo de Dios no estaba en la tierra. Dos años antes, el 4 de febrero del 45, había santamente fallecido.

Solamente quince años permaneció el cuerpo exánime del Capellán en el plácido Cementerio del Noviciado de Aranjuez. Al mediodía del 21 de noviembre de 1958, en presencia del Tribunal Eclesiástico de la Causa, Superiores de la Compañía, familiares del Padre Huidobro y algunas otras personas, y con asistencia de toda la Comunidad del Noviciado, se exhumaron sus restos de la sepultura.

Apareció el cadáver ya totalmente deshecho. Al pretender subir la caja, ésta se desfondó, y los huesos, cuando quisieron sacar el cuerpo, se disociaban unos de otros. En el cráneo, todos pudieron admirar cuál había sido la enorme fuerza de la explosión del 12,40: un trozo del parietal derecho, destrozado, y, lo que comprueba más la violencia del impacto, quebrado el hueso, pero en sentido contrario al normal en el tejido óseo.

¿Quién habría podido descubrir allí, en medio de tan humillante destrucción, al incansable y heroico Capellán? Sin embargo, entre aquellos huesos rotos, continuaba manifestándose bien patente la marca inconfundible de cuán extraordinaria había sido la virtud del alma sacerdotal, que hasta abril del 37 estuvo animando aquellos sencillos despojos, que con devota emoción todos ahora contemplaban. El Padre José Caballero tomó en sus manos, y a todos los allí reunidos mostró, los huesos de la rodilla derecha del cadáver: secos y descarnados, pero que se hallaban todavía perfectamente sujetos por el emplasto endurecido de aquella «goma

de caballo» que le pusieron al abandonar el Hospital de Talavera, para acceder a los ruegos, que el Capellán instantemente hacía, de que le permitiesen regresar al frente con sus legionarios. Con la rodilla casi inmovilizada, perseveró los cuatro meses que le quedaron de vida en campaña, y así recorría el campo de batalla, apoyado en su bastón, por la Ciudad Universitaria y el Jarama. Incomprensible que haya podido llevar la vida que mantuvo en la Bandera: siempre moviéndose, siempre corriendo de una parte a otra en busca de los heridos, a pesar del impedimento de su rodilla. En el pequeño Cementerio de Aranjuez, y entre sus huesos deshechos, a la vista de todos aparecía así un testimonio de la heroicidad apostólica y sacrificio perenne del santo Capellán.

Los huesos, previa y muy cuidadosamente examinados y numerados, fueron colocados en una caja de zinc, juntamente con el Acta oficial. Y la caja, sellada con el Sello del Arzobispado.

Luego de los Responsos, en procesión fue trasladado el cuerpo a la Sala de visitas, donde quedó cubierto con la Bandera Nacional. Al anochecer fue llevado a Madrid, y depositado en la Capilla de la Virgen del Pilar, dentro de la Casa Profesa, que los Padres jesuitas tienen en la calle de Maldonado.

El día siguiente, sábado 22, se celebraron, al anochecer, en la Iglesia del Sagrado Corazón y San Francisco de Borja, solemnes honras fúnebres. Presidió este acto religioso, en representación del Ministro del Ejército, el Teniente General Rodrigo, Capitán General de Madrid; el Teniente General Alcubilla, Jefe del Estado Mayor Central, y el Director General de la Guardia Civil, Teniente General Sáenz de Buruaga. Asistieron Monseñor Luis Alonso Muñoyerro, Arzobispo Vicario Castrense; el doctor Lahiguera, Obispo Auxiliar de Madrid; el Presidente de las Cortes, don Esteban Bilbao; el Alcalde, Conde de Mayalde; los hermanos del Padre; 20 Capellanes castrenses; representaciones de Generales, Jefes y Oficiales; el doctor Gallo, en representación del Tribunal Supremo. Seis legionarios y un Teniente escoltaban el féretro, puesto en medio del Crucero, y cubierto con la Bandera Nacional y flores. El Padre José Caballero, Medalla Militar y antiguo Capellán de la 10.ª Bandera, tuvo la oración fúnebre, dirigida especialmente a las juventudes de hoy, al presentarles el ejemplo de heroísmo del Padre Huidobro. Se organizó después el traslado del féretro, por dentro del Templo,

hasta el atrio de entrada, donde quedó depositado en el Sarcófago. Antes de retirarse, el señor Arzobispo Vicario Castrense, en breve alocución a todos los fieles, les exhortó a suplicar a Dios Nuestro Señor la pronta glorificación de los santos para su fiel siervo el Padre Huidobro. Y rezó con todos, a esta intención, un Padrenuestro y Avemaría.

Miles de personas, en ese día y al siguiente, fueron, en incesante desfile, acercándose a la nueva tumba del santo Capellán, pidiendo a Dios quiera ensalzarle con los máximos honores que la Iglesia concede a sus hijos.

¡Cuántas personas hay que agradecen a Dios los favores que de El han recibido, cuando se los han pedido al Señor luego de haber puesto como intercesor a su fiel siervo, el Padre Fernando Huidobro!

La nueva sepultura está situada ante la puerta de entrada al Templo, en el lado del Evangelio. Es un sarcófago de piedra, en cuya lápida superior se ha grabado la inscripción:

> «Fernando de Huidobro y Polanco, S. J. Capellán voluntario de la Legión. Murió heroicamente asistiendo a los heridos de su Bandera, en el frente de Aravaca (Madrid), el 11 de abril de 1937. A los treinta y cuatro años de edad.
>
> Está en Roma el Proceso de Beatificación y Canonización. Rogad a Dios por que la Iglesia le otorgue pronto la glorificación de los Santos.»

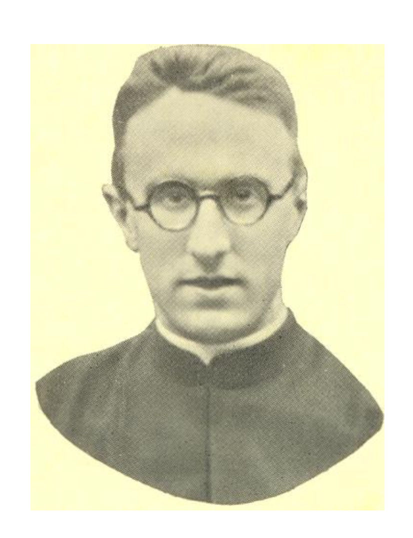
Sobre la lápida hay un gran medallón que representa, en altorrelieve, a la Virgen de Espeja, con el Niño. Este medallón es copia del que, en el antiguo Monasterio de Jerónimos, en el pueblo de Espeja (Burgo de Osma), remata el gran sepulcro de alabastro de don Diego Collantes de Avellaneda, Obispo de Tuy.

A mediados del año 64 apareció en el periódico de Cartagena *El Noticiero*, un artículo del escritor Carlos de Luna Alajarin, con este llamativo y muy destacado titular: *¿Por qué no se lo pides al Padre Fernando de Huidobro y Polanco?* El autor casualmente había leído una biografía de este Capellán y se movió a publicar algo sobre él, y a recomendar se le tome por intercesor en las gracias que necesitemos.

Con la misma recomendación quiero cerrar esta Biografía.

Muchos hay que se le consideran deudores por gracias obtenidas de Dios por su mediación. «Todo cuanto pido a Dios por medio de él, lo alcanzo. Tengo experiencia.» Así se oye repetir tantas veces.

Probemos su valimiento ante el Corazón Divino de Jesús, la gran devoción del Padre Huidobro, y nos alegraremos.



ORACIÓN

para pedir favores a Dios Nuestro Señor, por intercesión del Siervo de Dios, P. Fernando Huidobro:

«Señor Dios de los Ejércitos y Rey de las Victorias, que habéis mostrado, con la virtud tan atrayente de vuestro Siervo Fernando, cuán suave es vuestro camino, aunque sea áspero a la naturaleza.

Os suplico humildemente que os dignéis glorificarlo ante la Iglesia, concediéndome la gracia que os pido por su intercesión..., si me ha de ayudar a serviros, como Vos merecéis. Amén.»

(Con licencia eclesiástica, pero sólo en culto privado.)

Está introducida su Causa de Beatificación. —La Autoridad eclesiástica dará en su día el

fallo. — Quienes reciban algún especial favor de Dios, por intercesión del P. Huidobro, no dejen de comunicarlo por escrito al Postulador de la Causa (Almagro, 6; ó Maldonado, 1. Madrid).

¿POR QUÉ NO SE LO PIDES AL PADRE HUIDOBRO?

Puede mucho en el Cielo, ante Dios.

Su vida corta —34 años—, fue toda ella rebosante en simpatía y heroísmo y perfección: Una línea recta de luz blanca, siempre dirigida hacia grandes ideales.

Fernando de Huidobro y Polanco —jesuita—, nació en Santander, en 1903.

Dos partes tiene su vida: primero, los años plácidos de destacado estudiante y modelo de religiosos —marcado su paso con el optimismo y el brillo de muy grandes dones, regalo del Cielo—. Después, su asombroso y santificador actuar en la Legión. La primera parte, atrae por la ejemplarísima hermosura de su interior y por su carácter eficaz y amable. La segunda, por su espontánea y sencilla grandiosidad.

Lleno siempre de contrastes: Ansia de apostolado externo; y a la vez entrega perseverante a muy intensa y larga oración. Discípulo predilecto del filósofo Heidegger en Alemania; pero él con señalada preferencia busca a pobres y aceituneros. Fidelísimo en sus más menudas obligaciones, y al mismo tiempo el más lanzado de los bravos legionarios en la 4.ª Bandera.

Un mes antes de morir escribió en una carta a su hermano: "...y si es la muerte, será por amor...".

... y sucedió, que en el cénit de su abrasadora labor por asistir incesante a los heridos, un cañonazo ruso del 12,40 tronchó su vida terrena. Fue el 11 de abril de 1937, cuando en la Cuesta de las Perdices, a las afueras de Madrid, triunfó —en pleno amor al prójimo y en encendido amor a Jesucristo.